ESTUDIOS FILOSÓFICOS

SOBRE EL CRISTIANISMO,

POR

AUGUSTO NICOLÁS,

JUEZ DE PAZ,

CON APROBACION MOTIVADA

DEL ILUSTRÍSIMO SEÑOR DONNET,

ARZOBISPO DE BURDEOS,

SEGUNDA VEZ TRADUCIDOS AL CASTELLANO POR

D. FRANCISCO PUIG Y ESTEVE,

PRESBÍTERO,

CONFORME Á LA EDICION DE PARÍS DE 1847, REVISADA Y CORREGIDA CON CUIDADO POR SU AUTOR.

> No quiero que se tenga una filosofía para las ciencias y otra para la Religion.
> (PORTALIS, *De l'usage et de l'abus de l'esprit philosophique*).
>
> Qui studuerunt intelligere, cogentur et credere.
> (TERTUL., *Apolog.*).

TERCERA EDICION.

TOMO PRIMERO.

BARCELONA:

LIBRERÍA RELIGIOSA.—IMPRENTA DE PABLO RIERA,

calle de Robador, núm. 24 y 26.

1858.

Varios Prelados de España han concedido 2320 dias de indulgencia á todos los que leyeren ú oyeren leer un capítulo ó página de cualquiera de las publicaciones de la Librería religiosa.

CENSURA.

Por comision del M. Iltre. Sr. D. Ramon de Ezenarro, Pbro., Doctor en Jurisprudencia, Dignidad de esta Santa Iglesia, y Vicario General del Excmo. é Ilmo. Sr. D. José Domingo Costa y Borrás, Obispo de Barcelona, he leido y examinado atentamente la obra intitulada : *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo,* y no he hallado en ella cosa alguna contraria á los dogmas de nuestra santa Religion y sana moral; antes al contrario, he admirado en ella la verdad del Cristianismo puesta tan evidente con la fuerza de argumentos, sacados de toda especie de erudicion y conocimientos naturales, que puede ser considerada como una apología la mas completa de nuestra santa Religion.

Segun mi juicio, la utilidad que puede resultar de esta obra, de cuyo mérito es una prueba incontestable la favorable acogida que ha merecido de los sábios, es tan manifiesta como los esfuerzos que en nuestros dias hace la impiedad, abusando de la razon y conocimientos naturales, para confundir nuestra santa Religion con las ficciones y vanos sistemas de los hombres.

Barcelona 7 de noviembre de 1853.

José Jacinto Clotet, *Pbro. y Maestro en sagrada teología, de la Órden de Predicadores.*

APROBACION.

Barcelona siete de noviembre de mil ochocientos cincuenta y tres : En vista de la anterior censura, damos nuestra aprobacion para que se reimprima esta obra.

Dr. Ezenarro, *Vicario General.*

APROBACION MOTIVADA

DEL

ILUSTRÍSIMO SEÑOR DONNET, ARZOBISPO DE BURDEOS.

Nos D. Fernando Francisco Augusto Donnet, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Arzobispo de Burdeos, Primado de Aquitania, etc.

Hemos mandado examinar y hemos examinado por Nos mismo la obra titulada : ESTUDIOS FILOSÓFICOS SOBRE EL CRISTIANISMO, que Mr. Augusto Nicolás, juez de paz y antiguo abogado del tribunal real, publicó en Burdeos y se propone publicar de nuevo en París.

Jamás recomendaríamos lo bastante este excelente libro, que creemos asegura á su autor un distinguidísimo lugar entre los mas sólidos y elocuentes apologistas del Cristianismo. Cuando Mr. Nicolás emprendió los trabajos que debian producir una obra tan notable no pensaba ni pretendia escribir para el público : queria solo resolver algunas dudas que le habia propuesto uno de sus amigos ; pero apenas habia empezado á sondear las bases de la revelacion, se le apareció en toda su magnificencia el campo abierto ante la razon humana por la

maravillosa economía de la fe. Entró en él, y lo recorrió conducido por el irresistible atractivo que este objeto, el mas digno de ocupar la atencion del hombre, debia tener para un talento tan eminentemente filosófico, para un alma tan buena y religiosa como la suya. Por esto, despues de cuatro años de laboriosas meditaciones y de prolijo exámen, llevó á feliz remate una demostracion de la verdad católica, que será sin duda uno de los mas bellos monumentos levantados en nuestros dias á la gloria de la Religion.

En la primera parte de su obra, despues de exponer, bajo el título de pruebas preliminares, todo lo que una sana filosofía, ayudada de las luces de la primitiva revelacion, nos hace conocer de las grandes verdades de la religion natural, emprende Mr. Nicolás el estudio de la revelacion hecha al pueblo judío por el ministerio de Moisés. Demuestra que las narraciones del historiador sagrado, y particularmente los dos grandes hechos en que se apoya la base principal del Cristianismo, á saber, la caida original del hombre y la promesa de un Reparador, se hallan confirmadas por todo cuanto la ciencia, con el grado de desarrollo que tiene en nuestros dias, nos enseña de cierto sobre la constitucion física y las revoluciones del globo y sobre las tradiciones primitivas de la humanidad.

En la segunda parte nos hace penetrar el autor en las entrañas del Cristianismo, y allí desenvuelve las admirables relaciones que existen entre los dogmas, la mo-

ral y el culto católico, y todas las necesidades de la inteligencia y del corazon del hombre : divinas armonías que constituyen las pruebas intrínsecas de la verdadera Religion.

Por fin, en la tercera parte, expone Mr. Nicolás las pruebas extrínsecas, es decir, históricas, de la divina mision del Salvador Jesucristo, las profecías que lo anuncian al mundo, los milagros que lo manifiestan, los efectos sobrenaturales de la predicacion del Evangelio, la saludable revolucion que opera y que modifica todas las condiciones de la existencia de la humanidad, la perfeccion intelectual y moral cuyos fecundos gérmenes deposita en el seno de la sociedad para que los desarrolle la mano de los siglos, y el prodigio de la conservacion de la Iglesia, en medio de las pruebas y de las contrariedades de todo género contra las cuales se hubiera necesariamente estrellado toda obra humana.

Estos *Estudios sobre el Cristianismo* abrazan, pues, un plan de defensa el mas completo y á la vez el mas apropiado á los tiempos en que vivimos. La ejecucion corresponde perfectamente á la grandeza del designio : un libro que el autor habia empezado no teniendo á la vista mas que el estado particular de una alma querida, se terminó de manera que satisface las necesidades de gran número de talentos. La Religion se muestra en él desde el verdadero punto de vista que conviene en nuestros dias, brillando, por decirlo así, con todos los rayos de luz que las meditaciones de una sana filosofía y los des-

cubrimientos mas recientes de la ciencia hacen resaltar sobre las bases divinas de su autoridad.

No debemos omitir un mérito de este libro que, con preferencia á cuanto acabamos de señalar, presagia el bien que está destinado á producir y explica el que ha obrado ya en nuestra diócesis: es la fe viva y la profunda piedad que inspiraron tan hermosas páginas, en las cuales se revela el alma mas aun que el privilegiado talento del autor.

Dado en Burdeos, firmado por Nos, y refrendado por nuestro Secretario y sellado con el de nuestras armas, á los 23 de mayo de 1845.

FERNANDO, *Arzobispo de Burdeos.*

Por mandato del Arzobispo mi Señor,
H. DE LANGELERIE, *Canónigo honorario, Secretario general.*

DEDICATORIA

Á LOS

ABOGADOS DEL COLEGIO DE BURDEOS.

SEÑORES MIOS Y ANTIGUOS COLEGAS:

Cuando emprendí esta obra, tenia aun la honra de pertenecer á vuestro colegio. La primera idea nació de un interés de particular amistad; pero el giro que fué tomando, me llevó desde luego á dar mas extension á su objeto, y puedo aseguraros que el círculo de vuestra amable confraternidad fue el primer horizonte que se ofreció á mis ojos. Troqué despues el ejercicio de vuestra profesion por el de una magistratura de paz, en cuyo seno he podido dar la última mano á mi trabajo; aunque alentado siempre por el espíritu que en su laboriosa concepcion me habia animado, hasta que, á manera de navegante llegado á buen puerto, voy á cumplir, dedicándoos el fruto de mis tareas, el voto que hice en medio de la tormenta.

Cualquiera que sea la extrañeza que pueda causar el ver tratado por la pluma de un jurisconsulto semejante argumento, esta circunstancia, léjos de debilitar, quizás avive el interés que en vosotros excitaria, si se tratase de un objeto mas análogo á vuestra profesion; pues no hay entre vosotros uno solo

que no tenga aquí su propio lugar, y á quien no pueda dirigirse con aprovechamiento: á los unos, porque hiere precisamente en la parte mas viva de su alma y corresponde á una confraternidad mas indisoluble que la que se funda en las relaciones humanas, la confraternidad de la fe; á los otros, porque sondeando esa ancha y secreta llaga de la duda que ve en ellos en estado de transicion dolorosa, recibirán con algun aprecio una obra en la que me propongo ofrecerles el consuelo que necesitan, animado como me hallo por un sentimiento de confraternidad mas poderosa todavía, si es posible, que la de la fe, la de la caridad. Y aun cuando mi obra encontrase por casualidad entre vosotros algun adversario, no importa: á este mismo elegiria yo juez de la verdad, porque nadie mejor que él estaria en situacion de manifestar todo el poder de aquella, y le sucederia lo que al gobernador de Judea, ante quien fue san Pablo acusado de enemigo público y que, medio corrido y como asustado de la exposicion de la nueva doctrina, pidió al acusado un plazo para meditar [1].

Por otra parte, lo que antes hubiera sido excéntrico en la justa distribucion y comun respeto de los principios y deberes, se hace ahora oportuno y conveniente en medio de la general confusion de ideas y desquiciamiento de todas las instituciones. La fe se hallaba encerrada en los fundamentos del edificio desde donde derramaba con igualdad sus fuerzas á todas las partes exteriores: hoy se halla ya al descubierto á causa de la ruina de todo lo demás, y por esto adquiere toda la importancia y la generalidad de un último bien relativamente á lo pasado, y de un cimiento único con relacion á lo presente y á lo futuro. En este concepto puede decirse que la verdad religiosa absorbe en

[1] **Disputante autem illo de justitia et castitate et de judicio futuro, tremefactus Felix, respondit: Quod nunc attinet, vade: tempore autem opportuno accersam te. (*Act.* XXIV, 25).**

la actualidad todas las ideas especiales; que esta cuestion es la del dia; que ilustrarla y defenderla es defender implícitamente todas las demás: cuando se halla la plaza sitiada, todo habitante tiene su hogar en la muralla [1].

Si esta obra no puede seros indiferente en razon de su objeto, creo que por sus formas ha de llamar tambien vuestra atencion. Á lo menos me he esforzado en ella á hacer resaltar todas las tradiciones, todos los ejemplos que me ha suministrado vuestra profesion en el arte de discutir y convencer aplicando á la probanza de la Religion el mismo método que tan eficazmente empleais en defensa de los intereses de la tierra.

Mi objeto quedaria completamente satisfecho si hubiere tenido la dicha de reproducir en mí mismo aquellos grandes modelos de raciocinio y elocuencia que nos legaron nuestros antepasados, y de los cuales se conservan aun algunos vivos en vuestro seno: esa claridad de exposicion que desde el principio del discurso brilla como una antorcha, alumbrando toda su extension; esa distribucion, ese enlace de pruebas que envolviendo al enemigo no le dejan un punto débil por donde pueda escapar; esa ciencia copiosa y circunspecta á la vez, que alimenta toda la argumentacion y que, despues de alimentarla, descubre el repuesto que queda todavía de reserva; ese estilo, en fin, apasionado en fuerza de la razon y del celo; ese lenguaje tan ático en sus formas, tan elevado en su inspiracion, que en las grandes causas se santifica en cierto modo y logra imprimir en los pasajeros intereses de este mundo algo parecido

[1] Nuestro combate, en efecto, interesa á nuestros altares, á nuestro hogar, á nuestros templos, á los mismos muros de Roma, á estos muros justamente llamados *santos* por nuestros Pontífices, los cuales mejor con la Religion que con las fortalezas materiales tienen pertrechada la ciudad. Causa es esta que no podré abandonar, mientras viva, sin hacerme criminal. (Ciceron, *De natura Deorum*, in fine).

á la inmortalidad: ¡prendas eminentes que, trasladadas con frecuencia á mas vasto teatro, se han elevado naturalmente á la altura de los grandes intereses de la patria y de la sociedad, y han ensalzado vuestro colegio hasta el punto de que, para trazar su historia fuera necesario escribir la de la nacion francesa, aun en estos últimos cincuenta años; porque, inagotable en este período, jamás ha dejado de dar á la ciencia jurisconsultos profundos y elocuentes, á la magistratura respetables oráculos, á la corona ministros famosos, á la tribuna y al foro atletas esforzados, y lo mas maravilloso, señores, á todas las nobles creencias mártires generosos!...

Permitid que me acoja á la sombra de tanta nombradía, y cubriendo con ella mi nombre, tome aquí mi credencial y mi ejecutoria en este momento solemne para mí, en que voy á lanzarme á la aréna de la publicidad. Ayudadme, señores, y dadme ánimo en esta mi primera salida, y pueda yo con vuestro auxilio y por vuestro medio dirigirme á la juventud de mi patria, y ponerle á la vista las grandes verdades que, si lastiman, es para sanar.

Recibid, señores y colegas, el testimonio de mi inviolable afecto.

AUGUSTO NICOLÁS.

PREFACIO.

Un amigo, á quien estaba yo unido con los mas tiernos vínculos, apesadumbrado por la pérdida de un hijo único, me escribió que esta desgracia le tenia meditabundo, que habia vuelto los ojos hácia la Religion, y que nunca habia deseado tanto hallar la verdadera. Me suplicó con este motivo que disipase sus dudas, exponiéndole los fundamentos de la Religion cristiana, cuya peticion produjo en mí la mas viva ansiedad; pues conocia bien cuán imperioso y sagrado era el deseo de un padre afligido que me pedia le devolviese á su hijo en la esperanza, y cuánto debia yo á un amigo que, llamando á la puerta de la verdad, me rogaba que se la abriese. Sin embargo, temblaba á la vista del escabroso terreno en que iba á entrar, espantado por el interés mismo de la verdad y por el de mi amigo, del riesgo que ambos corrian en que fuese yo su intérprete. Íntimamente convencido de la verdad religiosa, jamás me habia cuidado de reunir las razones de mi creencia, que se hallaban esparcidas en mi espíritu, y aunque ellas eran el secreto pacto de mi alma y hacian sentir en mi interior toda su fuerza, temia que comunicadas acaso se debilitasen: eran para mí como el árbol de la divina ciencia, cuyo fruto no me atrevia á coger. Á lo mas se me presentaba á manera de un sueño lejano la vaga esperanza de que, cuando la edad mas madura me hubiese aproximado algo mas á los confines de la eternidad, podria legar á mi familia la reseña de las creencias de toda mi vida, y envolver mis últimos dias en este santo trabajo á la manera de un bello y honroso sudario. Pero me ha-

llaba ya comprometido á explicarme de repente, á usar de la palabra de Dios, atolondrado como aun me sentia por el ruido de las agitaciones del siglo. Sometíme sin embargo, y en el conocimiento de mi propia flaqueza encontré la confianza de verla auxiliada por el Ser que la escogia para su órgano. Puse manos á la obra prometiendo ser sóbrio y circunspecto en mis explicaciones, sin abordar mi asunto, por miedo de estrellarme. ¡Vana resolucion! El contenerme dueño de estos límites me hubiera costado mas esfuerzos que los que hube menester para entrar á velas desplegadas: mis reflexiones se reproducian mútuamente y se iban dilatando sucesivamente en mi pluma á medida que yo las iba desenvolviendo: por todas partes me asaltaba el recuerdo de mis antiguas lecturas; y otras lecturas nuevas que el acaso, pero un acaso inteligente, escogia al parecer y me ponia á la vista, conversaciones imprevistas, un pasaje, una palabra, un lance, todo, en fin, parecia concurrir y convertirse á mi alrededor en materia ó instrumento de mi trabajo, que fué creciendo poco á poco hasta la extension que ya presentaba antes de poder apropiarme su plan, como si ya preexistiese en mi espíritu y una mano misteriosa hubiese levantado el velo que lo cubria á mis propias miradas.

Tal es la historia de este trabajo, que por consejo de algunas personas ilustradas, cuyo juicio es para mí una autoridad, me decido hoy á publicar. Necesariamente se resentirá de las circunstancias de su orígen, que me atrevo á llamar providencial; y dejo á mis lectores el cuidado de atribuir á esta causa una gran parte de las impresiones que puedan experimentar, y me bastará hacerla conocer y colocarme yo bajo su garantía.

Limitándome aquí á entrar en ciertas explicaciones necesarias para la inteligencia de mis intentos y objeto, diré que si bien jamás perdí de vista el fin particular que habia puesto la pluma en mis manos, la no prevista extension de mi trabajo me condujo de paso á ponerme al nivel de la generali-

dad de las inteligencias y á hablar á muchos en un solo individuo.

Siguiendo esta idea, me dediqué á formular de nuevo en los espíritus el conocimiento de la Religion, cogiendo desde el principio todos los eslabones de la cadena, desde las verdades mas sencillas, como las del principio espiritual en el hombre, la de Dios, la de la inmortalidad del alma, etc., hasta las pruebas y documentos mas explícitos de la fe católica, procediendo siempre por inducciones filosóficas, y apoyando cada punto en argumentos y testimonios tomados en lo posible de las ciencias y autoridades modernas mas extrañas á la Religion, de modo que la verdad, resultante de la perfecta conformidad de todo con aquella, pueda herir á los espíritus mas prevenidos.

En esta parte se me presenta una consideracion, que da á mi trabajo un valor relativo, que creo deber exponer, y es que, como me he criado en el mundo, tratando con los que se han apartado de la Religion, puedo conocer mejor sus desconfianzas y susceptibilidades, acercarme á ellos por un lado mas simpático, ser como el intérprete de la verdad religiosa, cuyo lenguaje han olvidado, y hacérsela mas accesible presentándosela con un aspecto y como traje secular, que sin variar el fondo de las cosas cambian de un modo maravilloso su aspecto. Yo ya sé que si nos halláramos en un siglo de fe seria muy ligera esta consideracion; pero se hace muy séria é importante en nuestros dias, en los que no se conoce la Religion sino por las prevenciones que la desfiguran, y la ofrecen á ciertos talentos como un espectro que no es dable seguir sin divorciarse de los vivientes.

Muchas son por cierto las apologías de la Religion, y su verdadero mérito me hubiera reducido al silencio, si hubiese abrigado la necia presuncion de compararme con sus autores; pero ha corrido el tiempo, han cambiado la disposicion y las exigencias de los espíritus, y el adelantamiento de las

ciencias ha dislocado el antiguo punto de vista de la verdad; de todo lo cual resulta que una obra capaz en su tiempo de confundir á la irreligion, no está ya en armonía con las actuales necesidades, pues defiende los puntos ya abandonados por el enemigo, y no contesta á los ataques que por otros puntos se le dirigen. La verdad es en sí misma inmutable; pero cambiando frecuentemente la posicion del error, es preciso que le oponga distintos lados inexpugnables, y que, firme en su asiento, pare por doquiera las asechanzas de tan inquieto enemigo.

El sistema que en nuestros dias este ha adoptado consiste no en atacar directamente la fe, sino en pasar de largo pretendiendo que ella nada tiene que ver con la razon, ni la Religion con la filosofía; que son dos potencias del todo independientes entre sí y aun incompatibles; que cada una debe tener sus enseñanzas, sus discípulos y sus verdades, y poder por consiguiente llegar á resultados opuestos, hasta el punto de poder desechar como filósofo lo que uno debe creer como cristiano.

¡Peregrino error, pero funesto! ¡Cómo si el fundamento de la fe, que es la verdad eterna revelada en una admirable proporcion con nuestras necesidades, no fuese el mismo fundamento de la razon renovado en la humanidad, esa misma *luz que alumbra á todo hombre que viene á este mundo*, pero mas brillante, y como si el destino natural de la inteligencia y de la verdadera filosofía no consistiese cabalmente en asimilar este divino fundamento y en sacar siempre de él la materia primera de sus operaciones y el gérmen fecundo de sus mas elevados conocimientos!

«¡No permita Dios que sea yo injusto ni ingrato! —decia «el ilustre sábio y gran filósofo, Bonnet: —yo contaré con «mis dedos los beneficios de la Religion, y reconoceré que la «filosofía verdadera le debe asimismo *su nacimiento, sus progresos y su perfeccion* [1].»

[1] *Indagaciones sobre el Cristianismo*, cap. 41.

Este sistema no es mas que una falsa interpretacion de la famosa hipótesis de Descartes, y una exageracion impía del respeto que excitaba á este grande hombre á dejar momentáneamente á un lado, como dentro de un arca santa, las verdades de la fe, para no exponerlas en la batalla que su genio se proponia dar á brazo partido contra la impiedad de su siglo: confianza desdichada, que frustró su loable designio, abriendo despues de él la sima del espinosismo con los mismos instrumentos de que se habia servido *para remover la arena*, segun decia, *y cavar hasta la peña*, ¡tan rápida corre al precipicio la razon humana desde que se aisla sistemáticamente de la fe, aun con deliberado propósito de volver á ella!

Por otra parte el buen sentido rechaza esa distincion capciosa entre las verdades filosóficas y las verdades religiosas. No es posible que verdades dirigidas á un mismo fin, cual es la direccion moral de la humanidad, sean diferentes: unas y otras deben precisamente encontrarse en su orígen, y no ser mas que una verdad misma y única, aunque presentada bajo diversas formas de enseñanza.—«Por lo que á nosotros to«ca, creemos con san Agustin, y lo enseñamos como el fun«damento de la salvacion de los hombres, que la filosofía y «la Religion son una misma cosa.» *(De Vera Relig.*, c. 5). Así lo reconoció perfectamente un filósofo de nuestros dias, Mr. Francisco Bouillier, profesor de filosofía de Lyon: «Esta «distincion entre verdades del órden filósofo y verdades de «órden religioso, dijo, ningun fundamento tiene en la reali«dad de las cosas, solo puede influir en la forma, y de nin«gun modo en la naturaleza y orígen de tales verdades: dis«tincion por lo mismo mas bien artificial y aparente, que ver«dadera y profunda [1].»

Enhorabuena; pero entonces,—á menos que desechemos toda verdad revelada, ó lo que es lo mismo, toda religion,—

[1] *Historia de la revolucion cartesiana*, pág. 330.

será fuerza reconocer que la filosofía debe necesariamente venir á unirse á ella, no siendo mas que el movimiento ascendente de la inteligencia en la esfera de la fe, así como la fe es el descanso de la inteligencia sobre la base de la autoridad. Son dos hijos de una misma madre, uno de los cuales reposa en su seno, mientras el otro juega á su vista; ó bien, para usar de una expresion mas filosófica, es la fe convertida en inteligencia y modelada en comprension. Todo lo demás, aun cuando suele todavía ser llamado con el bello nombre de filosofía, no es otra cosa que la ficcion de ella, y *creemos que no merece siquiera una hora de atencion*, pudiera decirse con Pascal, á excepcion de los casos en que deja de ser inocente, para extirpar entonces su error y señalar su peligro; destino propio de la verdadera filosofía, natural auxiliar de la Religion, cuyo apostolado externo consiste en confundir el error por medio de la ciencia, y en atraer á la razon por medio de la razon misma, conduciéndola á la fe. La filosofía, en una palabra, es una potencia demostrativa, pero no reveladora de la verdad.

Bien definidas así las cosas, rechazamos la censura fulminada por algunos contra una escuela que se han dado en llamar *teocrática*, achacándola que quiere aniquilar la filosofía; censura inventada tan solo por *filósofos de cierta especie*, sin mas objeto que el de desquitarse de otra censura que con harto mayor fundamento se les dirige. Injusticia seria y aun ingratitud, que á nadie se habrá ocurrido, el negar los útiles servicios prestados por la filosofía y desconocer lo que todos los dias vemos y admiramos. Léjos de esto, me complazco en proclamar su utilidad, su importancia y sus derechos, que reclamo en este momento á mi favor por la escasa parte que tengo en el ensayo que voy á emprender para conducir los espíritus á la Religion.

La Religion y la filosofía se pondrán así para siempre de acuerdo para el bien y la gloria de la humanidad: la Religion

dando á la filosofía los verdaderos gérmenes de la ciencia, y presentando la filosofía á la Religion los frutos de su cultivo, y ambas elevando á porfía las facultades del hombre hácia la divinidad.

Tal fue sin duda el pensamiento de Descartes; tal fue el de su mas ardiente discípulo Malebranche, ese genio extraordinario, en quien tan maravillosamente se conciliaba la osadía de la razon filosófica con la sumision de la fe. Él mismo explica su idea en términos que merecen copiarse y que formulan en este punto el espíritu de mi obra.

«El mejor uso que de nuestro entendimiento podemos ha-«cer, dice en su *sexta Conversacion sobre la metafísica*, es «procurarnos el conocimiento de las verdades que creemos «por la fe y de todo lo que concurre á confirmarlas. Cree-«mos estas verdades, es cierto; pero la fe no nos dispensa, «á los que podemos hacerlo, de buscar todos los medios de «conviccion que estén á nuestro alcance, porque precisamen-«te Dios nos ha dado la fe para regular con ella todas las ope-«raciones de nuestro espíritu y todos los movimientos de nues-«tro corazon: nos la ha dado para guiarnos hácia la inteligen-«cia de las verdades que ella misma nos enseña... No puedo «por lo tanto convenir en que la verdadera filosofía sea opues-«ta á la fe, y en que el buen filósofo pueda tener sentimientos «diferentes de los del buen cristiano; antes bien estoy persua-«dido de que es necesario ser buen filósofo para elevarse al «conocimiento de las verdades de la fe, y que cuanto mas es-«té uno imbuido en los principios de la metafísica, tanto mas «firme estará en las verdades de la Religion... Puedo asegu-«rar que me he visto dulcemente sorprendido al contemplar «la admirable conformidad entre lo que la razon por estos me-«dios me ha descubierto y las grandes necesarias verdades que «la autoridad de la Iglesia manda creer á los hombres mas sen-«cillos é ignorantes, á los cuales quiere Dios salvar lo mismo «que á los filósofos... Es preciso, por consiguiente, no oponer

«la filosofía á la Religion, como no sea la falsa filosofía de los «paganos, la filosofía basada en la autoridad humana, en una «palabra, todas esas opiniones reveladas que no llevan im-«preso el sello de la verdad... Hay tantos por otra parte que «escandalizan á los fieles con una metafísica exagerada, y que «con arrogancia nos exigen las pruebas de lo que debieran «creer en virtud de la infalible autoridad de la Iglesia, que «si bien la firmeza de nuestra fe nos hace inexpugnables á «sus embestidas, nuestra caridad nos obliga á remediar co-«mo podemos el desórden y confusion que en todas partes «introducen. Aprueba, pues, Aristo, el plan que te pro-«pongo [1].»

Semejante propósito, que en tiempo de Malebranche podia parecer prematuro y meramente especulativo, ha adquirido en nuestros dias un vivo interés de actualidad y de urgencia por la verdadera anarquía en que han venido á confundirse las ideas y las costumbres; y en ninguna parte puede tener

1 No puedo resistir al deseo de reproducir aquí otro pasaje de Malebranche, notable por aquel fondo de cordura que se descubre entre los resplandores de su ingenio, y por aquel ojo certero que dirige sus tiros al blanco preciso sin desviarse un punto de él ni traspasarlo. «Tengo que confesarte francamente, «Teodoro, mi prevencion. Antes de nuestra conversacion opinaba yo que de «toda cuestion religiosa debia descartarse el discurso como cosa propia úni-«camente para embrollarla. Pero ahora conozco que si lo dejáramos á los ene-«migos de la fe, muy pronto nos veríamos acorralados y silbados como la caza. «Quien tiene de su parte la razon, posee armas poderosísimas para dominar «los espíritus; porque al fin todos somos racionales, y esencialmente racio-«nales; y pretender que nos hemos de despojar de la razon como quien se quita «un vestido, es hacerse ridículo, y empeñarse vanamente en lo imposible. Así «es que cuando afirmaba que en materia de teología no debíamos jamás racio-«cinar, bien conocia yo que á semejante exigencia no se allanarian fácilmente «los teólogos. Pero ahora comprendo que caia en un extremo peligroso, y que «honraba poco á nuestra santa Religion, fundada por la razon suprema, que «se ha acomodado á nuestra inteligencia para hacernos mas racionales. Vale «mas tomar el término que has adoptado de apoyar el dogma sobre las autori-«dades de la Iglesia, y buscar las pruebas de estos dogmas en los principios «mas sencillos y mas inteligibles que nos presta la razon. Conviene tambien «aplicar la metafísica á la Religion, y derramar sobre las verdades de la fe «aquella luz que da seguridad al espíritu y lo pone en consonancia con el co-«razon.» *(Última conversacion sobre la metafísica,* in fine).

aplicacion mas exacta que en la defensa y desagravio de las verdades mas fundamentales.

Desde este punto de vista el designio de aquel grande hombre debe ofrecer ahora una grande importancia universal, sea cual fuere el grado de incertidumbre de las convicciones de cada uno; porque todos somos indivíduos de una sociedad que está pereciendo por falta de principios, y que á grandes voces pide los que se han perdido para ella, pero que sin embargo existen; sino que excluidos de las instituciones humanas que en otros tiempos vivificaban, se han refugiado en el seno de la Religion, su natural asilo, la única cosa que conserva la vida y el vigor, y que lleva consigo la paz ó la guerra, la vida ó la muerte de las sociedades, segun como por ellas se vea tratada.

Afortunadamente todas tienden á volver á su antiguo centro, y no hay por qué extrañarlo, porque en esto lo que obra es el instinto de la propia conservacion que es una ley indeclinable. Esta conversion de los espíritus hácia la Religion, es un hecho que ha adquirido suficiente consistencia para poder proclamarlo en alta voz, hecho que se verifica en todo lo grande por medio de un movimiento pausado, pero vasto, constante, poderoso, que arrastra á toda la sociedad y la transforma sin que ella misma lo advierta. No se le siente obrar, tan dulce y tan natural es su fuerza, y solo por el espacio que ha recorrido observamos el cambio que se ha efectuado. La ola despues de haber azotado inútilmente el firme peñasco y de haber pasado sobre él al soplo de la tempestad, se retira á espirar blandamente en su base, abrazándola como á un amigo. Cansada, rendida la sociedad en lucha tan desigual, se habia dormido en brazos de la indiferencia, dudando si la Religion era ó no una verdad: ahora despierta por fin dudando, si es ó no una mentira. En semejante disposicion de los espíritus, todo se transforma en un rayo de luz, tanto las cosas mas fútiles como las mas graves, las mas débiles como las

mas fuertes. La verdad religiosa vuelve á penetrar por todas partes: no se encastilla ya en los púlpitos donde se habia retirado, sino que saliendo de ellos y del templo, se apropia todos los medios y todos los órganos para extenderse: aun de aquellos que le fueron mas hostiles se apodera con cierta preferencia: la tribuna, los diarios, las escuelas, las conversaciones, los hábitos, las modas, todo, hasta el aire que se respira, se halla impregnado de sus celestes emanaciones. «Dios, «por leyes que nos son desconocidas, dice Montesquieu, en«sancha y dilata, como le place, los límites de su Religion. «¿Escóndese la fe dentro de los subterráneos? Esperad y la «veréis debajo del dosel imperial. No son los triunfantes obs«táculos de la tierra los que detienen sus pasos. Fomen«tad en los espíritus la mayor repugnancia contra ella: ella «misma vencerá estas repugnancias. Inventad costumbres, «fomentad ideas, publicad edictos, promulgad leyes; ella «al fin triunfará del clima, de las leyes y de los legisla«dores [1].»

¡Dígnese esta Religion augusta no desechar el pobre escrito que le consagro! ¡ojalá los que, fastidiados del vacío que en su alma encuentran, dejaren caer sobre ella sus miradas vagas y distraidas y las fijen de intento como forzados y traidos por la fuerza de la verdad! Abandónense á ella sin desconfianza, pues no tengo pretensiones de doctor, no me titulo teólogo, ni siquiera me creo filósofo. Fácilmente lo verán todos en la naturaleza de mis argumentos y citas, cási todas extrañas á las tradiciones de la cátedra y del púlpito. Soy meramente un hombre convencido, que habiendo tenido la felicidad de conservar ilesa la fe en medio del general naufragio donde tantos la perdieron, está dispuesto á comunicarla á los que se la piden, y la propone á experiencia ajena, como testigo personal, de que es tan persuasiva para el entendimiento como consoladora para el corazon.

[1] *Defensa del espíritu de las leyes.*

ESTUDIOS FILOSÓFICOS

SOBRE EL CRISTIANISMO.

INTRODUCCION.

I. MOTIVO DE LA OBRA. — II. FUNDAMENTOS DE CERTIDUMBRE MORAL. — III. OBJECIONES PRELIMINARES. — IV. PLAN DE LA OBRA.

I. Al anunciarme la necesidad que sentís de abandonaros en brazos de la Religion y pidiéndome que os la haga conocer, me habeis hecho experimentar, mi querido amigo, dos sentimientos muy diversos. Mi alma se ha llenado de inefable dulzura al considerar vuestro cordial retorno á la verdad religiosa, que es el bien soberano, y al entrever la futura y pacífica posesion que vais á tener de este bien. Mas si calculo que desde este momento pesa sobre mí la responsabilidad de enseñaros la luz y conduciros por sus gloriosos senderos, se apodera de mí una penosa ansiedad y temo que mi insuficiencia amengüe la importancia del objeto.

¿Sabré transmitiros esta gran verdad en toda su magnificencia, en toda su fuerza, tal como es en sí, tal como yo mismo la veo? ¿Podré *demostrar* la Religion cristiana, en la acepcion que de ordinario se da á esta palabra?... La buena fe y la prudencia me obligan á confesaros, que si por demostrar entendeis adquirir una evidencia geométrica, os digo sencillamente que no puedo *demostrarla* [1]. ¿Creeis que haya muchas verdades que se sometan á semejante prueba, y que

[1] « ¡*Una demostracion exacta!* esto es mucho pedir, Aristo. Te aseguro « que no la he logrado nunca: todo lo contrario, me parece que he adquirido « una *demostracion exacta* de la imposibilidad de semejante demostracion. Sin « embargo, procura persuadirte de que no me faltan pruebas ciertas y capaces « de disipar tus dudas.» (Malebranche, *Conversacion VI*).

las mismas verdades geométricas se sujetarian á ella, si se interesase el corazon en conformarse ó sustraerse á ellas [1]? Si alguno cree haber demostrado la verdad religiosa hasta este punto, cualquiera que sea el resultado de sus esfuerzos, esté seguro que no es ella la demostrada. Os iré dando con frecuencia razones sobre esto, á medida que se me ofrezca ocasion de recordarlo. Entre tanto baste deciros que la verdad religiosa es una verdad *práctica;* que su objeto no es solo satisfacer al espíritu, sino sobre todo y antes que todo reformar el corazon, que no se rinde tan fácilmente; que aun en los mejor intencionados opone efugios y sofismas, á fin de retardar su derrota y colorear su resistencia; y que para semejante adversario, los mas grandes argumentos no tienen sino una cierta demostracion, dependiendo lo demás de la propia voluntad y de la de Dios. En una palabra: nuestra voluntad no se corrige sin el ejercicio de nuestra voluntad, lo cual no tendria lugar si pudiese adquirir la evidencia sin ningun esfuerzo de su parte. De esto se deduce que el que está acostumbrado á meditar sobre las verdades religiosas y á practicarlas, tiene en el fondo de su alma una multitud de elementos de conviccion que le son inseparables, y que no pueden transmitirse de repente al que hace mucho tiempo que no se ocupa de ellas, y que acaso no ha fijado nunca su atencion.

No podré, pues, comunicaros mas que una parte de esta verdad de que mi alma rebosa; y sin embargo creo que para cualquiera talento de buena fe, que desea sinceramente ser ilustrado, cuanto yo diga será decisivo para obligarle á marchar por sí mismo en el descubrimiento de la verdad pura y entera. Insensiblemente se le irán disipando las tinieblas, y el acrecentamiento de la luz será resultado de la perseverancia de la voluntad en emplear todos los medios de ilustracion que son inseparables de la naturaleza del objeto: lecturas, reflexiones, reforma moral, las mismas prácticas religiosas si no se entibian, si se persiste en ellas, si la voluntad y la conducta siguen inmediatamente y sostienen paso á paso los progresos de la convic-

[1] La verdad, cuya *exacta demostracion* dice Malebranche que no puede encontrar, es la relativa á la existencia de los cuerpos. Posteriormente añade: «Si los hombres tuviesen algun interés en que los lados de los triángulos se-«mejantes no fuesen proporcionales, y si la falsa geometría fuese tan cómoda «para sus inclinaciones perversas como la falsa moral, podrian hacer paralo-«gismos tan absurdos en geometría como en materias de moral, porque sus «errores les serian agradables, y porque la verdad les estorbaria é incomoda-«ria.» (Malebranche, *Indagacion de la verdad*, lib. IV).

cion, las sombras acabarán por desvanecerse, la verdad saldrá radiante de entre las preocupaciones que la cubrian, el entendimiento será penetrado, inundado por ella, el alma se dolerá de haberla tan tarde conocido y amado, y le parecerá que desde aquel dia empieza á vivir.

Debo decíroslo, amigo mio: me disgusta toda discusion ociosa y puramente especulativa sobre la Religion, porque la miro como profanacion y peligrosa temeridad. Hace tiempo que me he obligado á no abrir inútilmente lo que llamaré aquí el santuario de mis convicciones; y si me decido á contestaros, es por la seguridad que me dais de que al preguntarme no os mueve sino un verdadero y franco deseo de ilustraros. No me leais, pues, con ese espíritu contencioso de un controversista, por cuyas manos no hacen mas que deslizarse los mejores argumentos, porque los recibe, por decirlo así, de una manera oblícua: leedme empero con la ingénua confianza de un hombre que se creeria dichoso si se le probase que se equivoca, y que quiere separarse de sí mismo, para irse á colocar enfrente de la verdad. Si mis razones os parecen buenas y plausibles, recibidlas sin resistencia; no fatigueis vuestro talento inquiriendo en ellas sutiles defectos, porque al fin los encontraríais en lo que no los tiene. Portaos con la Religion, como lo haceis con los negocios mas ordinarios de la vida, en los que con frecuencia os decidís sin tener pruebas de rigurosa certidumbre, dejando al tiempo y á la experiencia el trabajo de convenceros plenamente. Creedme: en adelante encontraréis mas certeza en la verdad religiosa, que en las demás; y cuando llegue á enseñorearse de vuestra alma, será ella el centro de vuestras convicciones.

Por fin, elevaos á la altura de tan grande objeto, y dejaos absorber por el sentimiento de su importancia... No se trata aquí de la lucha del espíritu acerca de un interés facticio ni de una de esas vanas utopias que la imaginacion levanta y deshace impunemente en sus juegos; trátase de una deliberacion tardía y urgente, de la cual está como suspendido el interés principal de la vida humana, y el de todo ese porvenir indefinido, hácia el cual el hombre va precipitándose... ¡Qué interés tan poderoso, en efecto, para quien se detiene un momento en reflexionar que su objeto es un bien que no depende de los hombres, de la fortuna, ni del tiempo; que podemos inmediatamente procurárnoslo con un simple acto de nuestra voluntad; que subsiste y se hace sentir en nuestra alma cuando los otros bienes pasan y se

nos escapan; que crece con nuestras pérdidas; que se fortifica cuando todo para nosotros se debilita; que sobrevive para siempre entre los despojos de la muerte; y que, proporcionándonos un medio infalible para satisfacer esa justicia misteriosa y formidable, que todas las convicciones humanas colocan mas allá del sepulcro, nos permite, en medio de las vicisitudes de esta vida, el goce pacífico de una confianza superior, que sabe siempre en dónde ha de descansar!

II. Busquemos desde luego la adquisicion de este gran bien, poniéndonos de acuerdo sobre algunos puntos esenciales, que serán como los instrumentos para la investigacion.

Como nuestras convicciones dependerán del contentamiento de nuestra razon, conviene saber, ante todo, hasta qué grado podrá ser esta exigente. Es esto una balanza, cuyo mecanismo importa experimentar antes de servirnos de ella: los mismos intereses de la sana razon nos aconsejan esta desconfianza. Si en cualquier materia se halla la razon dispuesta á reconocer su debilidad é impotencia, cuando se trata de religion, da motivo á preocupaciones, que exagerándole sin cesar los intereses de su propia grandeza, la obligan á repudiar á cada instante la verdad á fuerza de exigencias.

Creo que caeis en esas preocupaciones cuando me decís: «El hombre no puede buscar la verdad en su corazon; porque, ¿no vemos «que nuestros errores provienen todos de nuestros deseos y pasiones, «cuya raíz se halla en el corazon? Las impulsiones de nuestro corazon deben, ante todas cosas, someterse al exámen de la razon, por«que la sola razon, la severa razon es la que debe guiarnos.»

Si por *razon* entendeis la facultad general de percibir la verdad, *ratio*, si entendeis por ella la *certeza moral*, estamos conformes; pero si por *razon* quereis significar la facultad de raciocinio, la lógica del talento, *ratiocinatio*, como parece lo declaran vuestras palabras, no puedo concederle tanta importancia.

La facultad de que me hablais, es otra de las puertas por donde la certeza puede entrar en nuestra alma, y de seguro no es la menos sospechosa. Hay verdades que son de su jurisdiccion, como las geométricas, por ejemplo; pero hay una infinidad de otras para las cuales es ciega é incompetente, y que dependen de facultades distintas, y particularmente del sentido comun y del sentido moral.

Hablemos desde luego de esta última, del *sentido moral*. Todas las verdades morales dependen de esta facultad. El raciocinio no puede ni demostrarlas ni refutarlas, así como el sentimiento no puede demostrar

ni refutar una proposicion de matemáticas. Las nociones de justicia, de moralidad, de deber, de conformidad con el órden y el bien, son resultado exclusivo de los impulsos de nuestro corazon: el órgano de estas verdades y la regla de su aplicacion es el sentido moral, que tiene su asiento en el corazon. Desafio al dialéctico mas afamado á que me demuestre, por ejemplo, que no puedo defraudar los bienes de nadie, aun contando con la impunidad y la ignorancia de todos; que no debo aprovecharme de una secreta ocasion para vengarme de quien me insultó; que mi obligacion es volver bien por mal, y ser fiel en todas las cosas. Hay además otras verdades que pertenecen al gusto; y el que al descubrir un rasgo de generosidad ó una bella estatua preguntase, qué significa esto, ¿debilitaria acaso la bondad ó la belleza que de ello resulta?

Hay por otra parte el *sentido comun,* que es á la verdad intelectual lo que el sentido moral á la verdad moral. No son tan solo las verdades de moral y de gusto las que escapan al análisis del raciocinio. Hay un gran número de verdades puramente intelectuales sobre las cuales el raciocinio nada puede, que son indemostrables é irrefutables, y estas verdades son, entre todas, las primeras en el órden de las ciencias: son los axiomas, los primeros principios sobre que se ha levantado todo el edificio de los conocimientos humanos, y que el raciocinio se ve obligado á tener por ciertos sobre la única autoridad del sentido comun, sin los cuales ni aun este podria dar un paso, pues que de ellos deduce sin esfuerzo sus principales silogismos [1]; por ejemplo, las ideas de espacio, de tiempo, de movimiento, de infinidad, de ser, de libertad moral, etc. Siento que no duermo, que en realidad estoy escribiendo, que soy libre, que todo esto no es una ilusion; y sin embargo no puedo demostrar nada de esto por el raciocinio. «Los principios se *sienten*, dice un gran geómetra, las proposiciones «concluyen, unos y otras con certeza, aunque por medios y caminos «diversos. Por esto es tan ridículo que la razon pida al sentimiento «y á la inteligencia pruebas de estos primeros principios para asentir «á ellos, como lo seria que la inteligencia pidiese á la razon un sen«timiento de todas las proposiciones que esta demuestra.» El mismo autor ha dicho muy á propósito en otro lugar: «El entendimiento tie«ne un órden peculiar que consiste en principios y demostraciones, y «otro tiene el corazon. Seria extravagante que uno pretendiese pro«bar que debe ser amado, exponiendo por órden las causas del amor.

[1] Puede decirse que en la base de todo raciocinio hay sentimiento.

«Jesucristo siguió mas bien el órden del corazon, ó sea el de la cari-«dad, que el del entendimiento [1].»

El sentido comun y el sentido moral ocupan, pues, un lugar muy preeminente en la organizacion de nuestro ser moral. Son respecto del raciocinio lo que la simple vista es á la vista artificial, y el ojo desnudo á un instrumento óptico. Demuestran las cosas en sí mismas, las hacen *e-videntes;* de modo que el que quisiese aplicar el raciocinio á estas cosas, se pareceria al astrónomo que se empeñase en no ver mas que por su telescopio, y que lo aplicase igualmente á los astros y á los muebles de su habitacion. Hé aquí por qué el amor y el genio, que son de vista perspicaz, se apoderan de sus objetos con una simple mirada, y abrazan á la vez todas sus partes y relaciones. Ven por intuicion las últimas consecuencias en los mismos principios, y saltan de una ojeada todo el espacio del raciocinio; no se detienen en discurrir: ven y adivinan, lo cual justifica aquellas bellas palabras de Vauvenargues: «Los grandes pensamientos salen del corazon [2].»

Además, esta facultad de raciocinar, de que estamos tan envanecidos, se ve á cada paso obligada á admitir cosas que no solo no se le alcanzarian, sino que la adelantan y la confunden. ¿Hay algo, por ejemplo, mas incomprensible que la eternidad? ¿Hay á pesar de esto nada mas cierto? Los que se la niegan á Dios, se ven obligados á concedérsela á la materia. ¡Cuántos misterios no encierra nuestra organizacion física! ¡Cuántos misterios nuestra organizacion moral! ¡Cuántos misterios la asociacion de ambas! ¡Cuántos misterios fuera de nosotros, derramados con profusion por toda la naturaleza! ¿Será posible decir que, al través de tantos misterios, *debe solamente guiarnos la razon, la severa razon*, y que es preciso no admitir mas que lo que ella comprende? Esto seria repudiar cási todos los tesoros de nuestra inteligencia; porque las certezas en el hombre son incomparablemente mas numerosas que sus comprensiones.

Y si acontece esto con la razon aplicada á los conocimientos naturales, ¿qué no deberá suceder con el uso que de ella se haga respecto

[1] Pascal, *Pensées*, parte I, 19.

[2] *Mente cordis*, dicen los Libros santos en su lenguaje eminentemente filosófico, tan poco comprendido por el raciocinio. Podria decirse que el sentimiento es un raciocinio implícito, y el raciocinio un sentimiento explícito. De aquí se sigue que el sentimiento precede siempre al raciocinio y lo contiene como en su gérmen. Dentro de poco verémos cómo habla Juan Jacobo de este *juicio interno.*

á la Religion? La Religion, que se apoya por un lado sobre el primero de todos los principios y de todos los axiomas, *Dios*, termina por el otro en la mas sublime perfeccion de la moral, y se manifiesta por medio de estos dos *términos*, el *sentido comun* y el *sentido moral*, cuya jurisdiccion es, segun hemos visto, mucho mas extensa que la de la razon.

Por esto dice Portalis en su excelente obra: *Del uso y del abuso del espíritu filosófico*: «La Religion verdadera debe ser, entre cuanto exis-«te, lo mejor para inclinarnos al bien. Pero ¿qué es lo mejor? Difí-«cilmente puede contestarse á esta pregunta, juzgando de las cosas «por el entendimiento: pero lo mejor se halla cási siempre sensible «en las cosas de las cuales juzgamos esencialmente por medio del co-«razon. El entendimiento duda, inquiere, raciocina; es nuestra parte «mas contenciosa: el corazon siente, sus operaciones son mas sim-«ples y menos complicadas, y su resultado rápido é inmediato es la «evidencia y la certidumbre. Incesantemente encuentro límites en las «cosas que pertenecen al entendimiento: la perfeccion y el infinito «son del vasto dominio del corazon. Por esto, en las ciencias relati-«vas al entendimiento no conozco verdad sin sombras: en lo moral, «que está radicado en el corazon, tengo la intuicion y el sentimiento «de una virtud sin mancha. Por el corazon principalmente juzgamos «de la bondad y excelencia de las doctrinas religiosas[1].»

— «Todos nuestros errores, decís, provienen de nuestros deseos «y pasiones, cuyo orígen está en el corazon.» — Convenimos en ello; pero advertid que por esto mismo la Religion debe manifestarse al corazon, porque ella es el remedio para nuestros errores y pasiones, y el remedio debe siempre aplicarse á la causa, al orígen del mal. Por mas que el entendimiento demuestre al corazon los peligros y locuras de su pasion, no llegará á curarlo mientras no le presente otro alimento que le ocupe, pues es tan difícil que el corazon deje de amar como de latir. La Religion que se dirige al corazon y á la inteligencia es la religion por excelencia; porque establece entre el soberano Bien y el corazon humano esa relacion íntima que le hace comprender de repente, esto es, *sentir*, la vanidad de todos los bienes caducos, por medio de una comparacion experimental, de la cual solo él puede ser juez soberano, y de la que la misma inteligencia necesita para pronunciarse.

Si insisto en este primer punto, es porque he notado que hace mu-

[1] Portalis, t. II, pág. 196.

cho tiempo que vivís en la preocupacion que voy atacando, y porque esta preocupacion se halla sin duda colocada á la entrada de vuestra alma para impedirle el acceso de la verdad. Podria decirse que tiene miedo á vuestro corazon, y que no quiere permitir que se comunique con vuestro talento, como esos legatarios codiciosos que cercan el lecho del moribundo, y no permiten que llegue hasta él un honrado y celoso deudo.

Además semejante preocupacion nos la ha importado en gran parte la filosofía del siglo XVIII, que en el dia cási ha generalmente caducado. Al examinar esa época encontramos aquella preocupacion siempre arraigada en las creaciones de su filosofía, ó mas bien en sus destrucciones. En efecto, el medio mas seguro para arruinarlo todo era el exigir la *razon* de todo; pero era tambien el medio menos *filosófico* en la buena acepcion de esta palabra: porque ¿qué filosofía es la que empieza por hacer abstraccion de todas nuestras facultades y por mutilar nuestra alma, á fin de no dejarle mas que un solo órgano, el raciocinio? ¿No debe cualquiera filosofía racional ponerse de acuerdo con la naturaleza, y mejorarla? ¿Y no es en la verdad de nuestra naturaleza que todas nuestras facultades se corresponden, se sostienen, se comprueban mùtuamente, y se confunden, en fin, en la simplicidad de nuestra alma? ¿No son todas ellas igualmente falibles y mejorables? El desunirlas, ¿no es el medio mas á propósito para extraviarlas? Semejante filosofía debió ser y fue en efecto altamente corruptora.

Uno de sus corifeos, en cuya lectura parece os habeis imbuido, y que cediendo al movimiento del espíritu de su época, le echaba á veces terribles reconvenciones, J. J. Rousseau, alzaba con frecuencia su voz vigorosa contra esa preocupacion. En una carta que escribia á un jóven incrédulo, y cuya oportunidad me excusará la cita, se explicaba así: «Todo esto, amigo mio, os parecerá poco filosófico, «lo mismo me parece á mí; pero cuando me pongo de buena fe con«migo mismo, siento que se une á mis mas sencillos raciocinios el peso «del asentimiento interior. *Vos quereis que desconfiemos de este último,* «enhorabuena: mas yo no sé resolverme á pensar como vos en este «punto: muy al contrario, hallo siempre en este juicio interno una «salvaguardia natural contra los sofismas de mi razon. Temo por otra «parte, que en la actualidad esteis confundiendo las secretas inclina«ciones de nuestro corazon, que nos extravian con aquel *dictámen* «mucho mas secreto aun, que se queja y reclama contra esas deci-

«siones interesadas, y nos encamina, á pesar nuestro, hácia las sen«das de la verdad. Este sentimiento interior es el de la misma natu«raleza: es una apelacion que ella interpone contra los sofismas de «la razon... Además ¿cuántas veces la misma filosofía, á pesar de su «inconmensurable orgullo, se ve obligada á recurrir á este juicio in«terno que tanto afecta despreciar? ¿No era él el que hacia andar «á Diógenes cuando queria contestar á Zenon, que se empeñaba en «negar el movimiento? Y sin necesidad de ir tan léjos, la filosofía «moderna rechaza los espíritus, y de repente aparece Berkley dicien«do que no hay cuerpos en la naturaleza. Suprimid el sentimiento «interior, y desafio á todos los filósofos modernos juntos á que con«testen á este terrible dialéctico... ¡Ah! ¿quién ignora que sin el «sentimiento interior muy pronto ni rastros de verdad quedarian so«bre la tierra; que seríamos juguete de las mas descabelladas opi«niones, á medida que fuese mayor el talento, la habilidad y el in«genio de los que las sostuviesen; y que, en fin, reducidos á tener «que avergonzarnos de nuestra propia razon, llegaríamos á no sa«ber qué creer ni qué pensar?—Pero ¿y las objeciones?... es cierto «las hay insolubles para nosotros; mas todavía señaladme un siste«ma que no las tenga, y decidme cómo debo portarme en semejan«tes casos... hacedlo, amable jóven, y me prestaréis un gran servi«cio, os lo suplico, poneos de buena fe [1].»

Os dejo, amigo mio, bajo la impresion de esta palabra, que os es tan familiar. Añadiré tan solo, que si he insistido tanto en reivindicar la parte del sentimiento contra la razon, no ha sido para abusar de ella y arrojarme á un extremo opuesto. Guardémonos del espíritu sistemático: siempre se pierde el hombre que se conduce por él. No recurriré al sentimiento mas que en las cosas que sean verdaderamente de su incumbencia, y estoy en la confianza de que vuestra razon no tendrá que quejarse de semejante particion, porque léjos de encontrar en él un enemigo, será para ella un útil aliado.

III. Un defecto muy ordinario en los que quieren discutir sobre materias religiosas es el empezar por objeciones, y por objeciones sacadas siempre de la incomprensibilidad de los misterios. Semejante conducta es cómoda sin duda, mas no es conforme á las reglas de una franca dialéctica. En la investigacion de la verdad de una cosa debe empezarse siempre por el exámen de los motivos de credibilidad de su existencia, y despues pasar á las objeciones. Si las razones

[1] Rousseau, *Lettre à M...*, edic. en 18.° de 1793, t. XXXIII, pág. 261.

ó motivos de credibilidad son tan satisfactorios que colmen la conviccion, ¿qué importan algunas objeciones? Hay un principio recibido de que siempre que se pruebe una proposicion por medio de pruebas que le sean propias, cualquiera objecion, aun la *insoluble*, debe importar poco, *á menos que la contradiccion esté en los términos*. Además, las objeciones entran comunmente en la misma naturaleza de la cosa que se examina: por consiguiente para apreciarlas bien, es necesario ante todo conocer la misma cosa por las razones de su existencia, y sucede entonces con mucha frecuencia que se funden y desaparecen en la exposicion.

Tal es la regla que deberíamos seguir invariablemente. Con todo, prefiero ceder en favor de una ó dos objeciones que parece os preocupan mucho, y que en efecto pueden considerarse como perjudiciales.

Pero «¿para qué todo este aparato de discusion? me decís; ¿por «qué una verdad destinada á regenerar el mundo, una verdad se«gun la cual debemos ser juzgados tan rigurosamente, que de ella «depende nuestra dicha, ó nuestra infelicidad eternas, no es tan evi«dente como el sol á los ojos de todos, y puede tolerar un solo in«crédulo?»

He tocado ya esta réplica al principio de la presente introduccion, y ha llegado ahora el momento de contestarla mas directamente. Creo poderlo hacer en pocas palabras; pues serán bastantes tres razones que os suplico sigais con atencion.

La evidencia inmediata é intrínseca que pedís, es imposible, implica contradiccion. Siendo la Religion una relacion del hombre con Dios, necesariamente debe haber en ella uno de los términos de esta relacion inaccesible, á lo menos en parte, á la razon humana. El hombre ni siquiera es evidente á sí mismo, todo lo que naturalmente le cerca, lo mismo que su propia persona, está cubierto con los velos del misterio, *evidencia*, esta palabra tan familiar á nuestros labios, es como la de *felicidad*, siempre en el deseo y la esperanza, cási nunca en la realidad. ¿Dónde se halla en la tierra? ¡Ah! solo podré contestaros señalando donde no está. ¡Extraña ilusion del hábito y de la ignorancia! A fuerza de vivir en el misterio cási nunca nos apercibimos de él [1]. Estamos sumergidos en él, lo respiramos, lo tocamos, lo re-

[1] «La mayor parte de los hombres creen conocer la causa de los efectos na«turales que son mas comunes, y cuando se les exige la razon de ellos, pien«san que se debe quedar satisfecho aunque no contesten mas que lo que uno

movemos á cada instante; pero deslizándonos maquinalmente por la superficie de las cosas, atontados en cierto modo por la costumbre, no reparamos en los abismos de que somos centro, y es preciso ser sábio para llegar á comprender que uno no es nada. Si las cosas de este mundo estuviesen al revés de lo que ahora están, nos parecerian asimismo tan naturales y evidentes, y las que existen en el estado actual, se nos figurarian el cúmulo de la oscuridad y del misterio. ¿Por qué las cosas de la Religion nos parecen mas misteriosas que las de la naturaleza? Porque estamos menos habituados á ellas. En sí mismas no lo son; diré mas todavía, ellas aclaran muchos misterios de nuestra naturaleza, y descorren sus velos donde debe haberlos mas tupidos, en Dios. Despues de esto, ¿cómo es que nuestra razon, no conociéndose á sí misma ni á nada de cuanto la cerca, quiere empezar por tener evidencia de Dios? ¿Por qué, cuando el plan de la creacion material y temporal se le escapa por todas partes, pretende abarcar el plan de los eternos designios de Dios en el órden espiritual? Preguntar el por qué la Religion no es tan evidente como el dia, es preguntar por qué el mismo Dios no es mas comprensible al hombre en sus atributos y designios que la naturaleza en sus operaciones y secretos, y el hombre en su propia organizacion y hasta en el insensato raciocinio que aspira á esta evidencia de Dios. ¿Tenemos quizá necesidad de la evidencia para reconocerlo y dirigirnos á él en su Religion? Ciertamente que no, puesto que en las cosas de la vida obramos sin evidencia, sin que por esto creamos engañarnos. Hagamos con la Religion lo que hacemos con la naturaleza. Todo hombre racional cree ver á Dios en esta naturaleza, y sin embargo está en ella oculto y no

« sabe ya tan bien como ellos. ¿Por qué de un huevo sale un polluelo? Porque « el huevo se empolla con el calor de la gallina: es claro. Nada mas comun: « pero no espereis nunca ninguna otra razon. ¿Por qué un grano de trigo germina y rompe la tierra para extender por ella sus raíces y sacar su espiga? « Todo esto lo hace la lluvia: no es necesario saber mas. Si estas respuestas no « os gustan, interrogad á los que pasan por filósofos, y os dirán que la *humedad* y el *calor*, palabras bien claras, son los principios fecundos de la generacion y de la corrupcion de todas las cosas. Siendo niños hemos oido decir « estas bellas cosas y otras semejantes á hombres graves que se llamaban nuestros maestros. Para ser dócil era preciso entonces creer sin exámen, retener « bien y repetirlo despues. Por consiguiente, ya que uno ha creido y repetido « tantas veces estas insulceses, ¿por qué avergonzarse de creerlas ahora y de « repetirlas á los demás? ¿Deberémos dudar? ¿deberémos examinar? ¡Ah! « ya no es tiempo. Se nos consulta, y debemos responder y juzgar con prontitud.» (Malebranche, *Traité de morale*, t. I, cap. 6).

todos lo ven. ¿Vacilarémos por esto en reconocerlo, y el encuentro de un ateo nos dará motivo á un argumento bastante fuerte para impedirnos oir el himno general del universo? Ahora bien, ¿por qué hemos de obrar de otro modo respecto de la Religion, y por qué el encuentro de algunos incrédulos sistemáticos, que son poquísimos, nos ha de excusar de ver las cosas por nosotros mismos, cuando quizás bastará que abramos los ojos para que quedemos convencidos ó al menos heridos por la luz de la verdad? Seguramente hubiera Dios podido darnos una razon mas vasta y por este medio hacernos mas aptos para comprenderlo; pero aun así, no hubiera hecho mas que agrandar los límites de la evidencia, porque siempre quedaria algo fuera de su dominio, digo mal, siempre quedaria velado el infinito, en su naturaleza y en sus designios respecto de nosotros, y en esto solo se cebaria la incredulidad, supuesto que la incredulidad no quiere rendirse mas que á la evidencia. No depende de Dios el que suceda de otro modo; pues es contradictorio que lo finito y limitado pueda comprender y abarcar lo infinito é ilimitado. Seria, pues, *contra la razon* el que la Religion no fuese *en parte superior á la razon*. Digo *en parte* [1], porque si no tenemos derecho á la evidencia, á lo menos lo tenemos á una claridad determinante para la razon. Si la Religion se hallase enteramente fuera del alcance de nuestra razon, no seria para seres racionales como nosotros, seria falsa; y si por otra parte fuese enteramente comprensible para nuestra razon, no provendria de Dios, y seria falsa tambien. Es, pues, indispensable que se adapte por un lado á la inteligencia humana, y que se pierda por el otro en las profundidades de la inteligencia divina; que sea, por consiguiente, en parte luminosa y en parte oscura, y que la proporcion de su luz y de su oscuridad esté en relacion con nuestra aproximacion á la Divinidad por la perfeccion de nuestra naturaleza. Esto es precisamente lo que sucede en la Religion cristiana, y no sucede mas que en ella.

La segunda razon que se opone á la evidencia absoluta en Religion es la siguiente: la Religion es una relacion de homenaje, de sumision del hombre para con la Divinidad. Por medio de este homenaje, el hombre debe ofrecer á Dios lo mas distinguido de su naturaleza, lo que lo separa de los brutos, de las plantas y de los minerales, es decir, su inteligencia, su voluntad y su libertad. Si este homenaje fuese obligado por la evidencia, dejaria de ser el homenaje de un ser inteligente y libre, el homenaje del hombre, es decir, que en semejante

[1] *Ex parte*, per speculum et in ænigmate. (I Cor. XIII, 12).

acto no habria ya *homen-haje*, *actividad humana*, sino un movimiento pasivo de la naturaleza material. Si la verdad religiosa, el conjunto de todas las perfecciones, Dios, se presentase desde luego visible y radiante como el sol, no nos seria posible resistirnos á su imponderable actividad, nuestra razon, nuestra voluntad y nuestra libertad se precipitarian, se anonadarian repentinamente en él; pero no habria en ello mérito ni demérito, y nuestras relaciones con la Divinad serian mucho menos nobles que las que tuviéremos con el último de nuestros semejantes. Puede decirse que se trastornaria toda nuestra situacion acá en la tierra; que se cortarian todas nuestras relaciones naturales, y que estaríamos sumergidos en un éxtasis perpétuo sin resistencia posible, sin libertad, sin reflexion ni reaccion, es decir, sin vida; y que Dios, el orígen de nuestro ser, llegaria á ser su nada. Una Religion que estuviese poco conforme con la naturaleza humana, y que respetase tan poco sus derechos, no seria la del Autor de esta misma naturaleza que se los ha concedido. Al contrario, la Religion, que obra en el hombre por medio de sus facultades naturales é imprescriptibles, la razon y la voluntad, que deja expedita la libertad humana, que se sirve de la inteligencia para el culto de la inteligencia, de la voluntad para el culto del amor, es por esto solo una Religion que lleva un sello eminente de verdad. No es necesario por esto que haya en ella evidencia irresistible ni oscuridad impenetrable: basta que se preste á la investigacion, que haya motivo de mérito y posibilidad de ambas cosas. Entonces empieza la actividad humana, el *homenaje;* se paga el tributo; se establece reciprocidad entre el hombre y Dios, y el hombre se posee á sí mismo poseyendo á Dios, lo que es indispensable para poseer al mismo Dios.

Por último, la tercera razon que se deduce naturalmente de la segunda, pero que merece sin embargo un desenvolvimiento particular, es que la Religion no debe ser solo un homenaje libre é inteligente del hombre á Dios, sino un medio de perfeccionar y moralizar al hombre por el ejercicio de este homenaje. El hombre es por su naturaleza esencialmente perfeccionable y meritorio en todas sus facultades: el objeto de la Religion es desenvolver esta naturaleza y conducirla á la práctica de todas las virtudes. Para esto es absolutamente indispensable que la voluntad humana esté en ejercicio, esté en lucha; lo que le conviene no es una posesion inmediata del soberano Bien que la absorberia sin permitirle desarrollarse, sino una carrera en cuyo término se le aparezca como cubierto por la polvareda del com-

bate, y en el cual tenga esperanza de conquistarlo. Quien dice esperanza, dice fe [1]. No hay moralidad sin libertad; no puede haber libertad donde la evidencia del bien no permite ninguna duda en su investigacion. Ver toda la naturaleza del bien, es ver todo el interés del bien; circunscribir la vista al interés del bien, es desterrar la virtud y sustituirle el egoismo: de aquí aquella hermosa frase de la santa Escritura: *El justo vive de la fe.* «Debemos amar la virtud por razon, «dice excelentemente Malebranche, y no por instinto. Dios quiere que «le sirvamos por la fe, por una fe contenta con sus promesas y ase- «gurada en su palabra, á pesar de las dificultades y de la aridez. El «placer es la recompensa del mérito y no su principio [2].» El principio del mérito en todas las cosas, aun las mas inconexas con la Religion, es siempre *la fe*. Esperar contra la esperanza, abrazar el bien bajo la figura de un sacrificio, y no reconocer con evidencia su delectacion sino cuando se ha bebido el cáliz hasta las heces, hé aquí la virtud. Notadlo bien: la misma objecion que haceis á la Religion, podeis hacerla con la misma fuerza á la conciencia, cuya ley sin embargo no poneis en duda. Los principios y los encantos de la virtud no nos los revela la conciencia con evidencia irresistible. ¿Cuántos hombres hay que la tienen ofuscada por los vapores de su temperamento, por las preocupaciones de la educacion, por las seducciones ó los desengaños de su condicion social? En una palabra, ¿no la tienen todos los hombres mas ó menos embotada por las pasiones? Y fuerza es que suceda así; sino, no seria una *virtud*. No obstante, ¿es por esto menos obligatoria, tarde ó temprano menos vengada?... «Nada hay tan «amable como la virtud, dice Juan Jacobo; pero para reconocerla «tal, es preciso poseerla. Cuando el hombre quiere abrazarla, seme- «jante al Proteo de la fábula, toma al principio mil formas espanto- «sas, y no se muestra al fin bajo su propia figura, sino á aquellos «que no se la han dejado arrebatar [3].» Esta bella reflexion puede aplicarse palabra por palabra á la *fe*, que es la virtud del entendimiento, á la piedad, que es la virtud del corazon, y que invitándonos á mas noble desarrollo y á una felicidad mayor, deben asimismo convidarnos á una lucha mas sostenida [4].

[1] La fe es la sustancia de la esperanza, dice admirablemente san Pablo: *Fides substantia rerum sperandarum.*

[2] *Médit. chrét.*, 14, 18.

[3] *Emilio.*

[4] *Regnum Dei vim patitur, et violenti rapiunt illud.*

Para resumir, pues, en esta importante cuestion, dirémos, que el preguntar por qué la Religion no es evidente, es preguntar ¿por qué Dios no es del todo comprensible? ¿por qué el hombre es inteligente y libre? ¿por qué ès perfeccionable y meritorio, y por qué está obligado á hacer uso de sus facultades en sus relaciones con el que se las ha dado, y mejorar sus facultades con este uso? ¡Cosa rara! El cristiano defiende de tal modo los intereses de la razon y de la libertad, que quiere hacerlas participantes del divino comercio del hombre con su Autor, y el incrédulo quisiera que esta razon y esta libertad fuesen aterradas por la evidencia como una víctima que un golpe imprevisto derriba al pié del altar. Es verdad que la Religion exige que nuestra razon se le sujete; pero es por nuestra propia razon. Convida á nuestra razon á que reconozca por *sí misma* que se halla en la alternativa de someterse ó rebelarse contra la razon soberana de Dios; y el incrédulo quisiera el sacrificio de la razon, sin que esta interviniese en ello, por desvanecimiento, por una fuerza inevitable, por la fatalidad, como un cuerpo bruto que cae en el centro de la tierra, y no como un astro que gravita al rededor del sol. —¿Cuál de estos dos sistemas honra mas á la dignidad del hombre? ¿cuál es mas conforme con su naturaleza, y por consiguiente con la verdad?

«Enhorabuena, decís vos; pero es un honor que nos cuesta muy «caro, supuesto que nos obliga á emprender un estudio profundo de «la Religion, so pena de vernos eternamente condenados; y ¡cuántos «hombres no tienen ni la capacidad, ni la oportunidad que exige un «trabajo semejante! ¡Cuántos pueblos hay sobre los cuales no ha lu«cido todavía el sol del Evangelio! ¡Cuántos hombres miserablemente «perdidos, ya que *fuera de la Iglesia no hay salvacion!* Mi concien«cia y mi razon se rebelan contra tamaña injusticia, y atribuírsela «á Dios es hacerle un ultraje.»

Sosegaos, amigo mio, sosegaos y atended. Hay efectivamente en este movimiento de indignacion algo de verdad, pero que degenera en sofisma por la confusion y la exageracion de las cosas. Esa viva solicitud por los pueblos que nunca han oido hablar del Cristianismo ¿no puede ser tal vez una ilusion de nuestra secreta resistencia á la verdad, que nos hace oponer á la luz que nos deslumbra las nubes lejanas que la ocultan á otros? Pongamos en el lugar de la Religion, la filosofía y la moral consideradas como hijas de la civilizacion: ¿se nos ocurrirá por ventura dudar de su verdad, porque los hotentotes no las conozcan? ¿No nos alegramos encontrar en la máxima *fuera de la*

Iglesia no hay salvacion, una reconvencion que nos ha de servir como de broquel para oponer á la verdad? ¿No nos complacemos en exagerar su rigor, y ponderando excesivamente la severidad de la Religion, como si fuéramos mas celosos de la ortodoxia de la Iglesia que la misma Iglesia, no le hacemos pronunciarse demasiado pronto contra los idólatras, con el fin sin duda de evadir las decisiones que ha dado ya contra nuestra conducta?...

Dejo estas cuestiones á vuestra buena fe, y os suplico que le permitais desenredar todos esos menguados sofismas de vuestro corazon, hasta que yo conteste directamente, y me atrevo á deciros de una manera satisfactoria, á la parte de vuestra objecion relativa á los pueblos que están en una ignorancia invencible de la ley evangélica. Dejémosles, pues, por ahora, y hablemos de nosotros mismos.

Para los que nos hallamos inundados de la luz del Evangelio, esta objecion es la mas fútil de cuantas pueden presentarse; aun digo mas: si ella impide que la verdad cristiana nos convenza es toda nuestra la culpa.

En efecto: todos nosotros hemos sido educados en esta Religion, todos hemos poseido la fe en nuestros primeros años: ¿de qué modo empero algunos, ó la mayor parte de nosotros, la hemos perdido? Dejándonos llevar en nuestra conducta á extravíos vituperables á los ojos de la sencilla razon; fundando en estos extravíos razones interesadas para no creer en una Religion que los condena, buscando el error mas cómodo de una filosofía que coloca todas las virtudes en la imaginacion y todos los vicios en la práctica; en una palabra, dejando de raciocinar para seguir las inspiraciones falaces de las pasiones. ¿No es esto exacto? ¿Hallaréis muchos hombres, que conservando la integridad de sus costumbres al mismo tiempo no conserven toda la integridad de su fe? De aquí deduzco yo, que el oscurecimiento que se ha obrado en nosotros lo hemos producido nosotros mismos, y que ella, no solamente hubiera continuado iluminando nuestros ojos, sino que se hubiera acrecido con los progresos de nuestra inteligencia, si no la hubiésemos dejado extinguirse, y aun trabajado en repudiarla. Es verdad, y la justicia exige que lo reconozcamos, que hemos atravesado dias infáustos, en que todas las tradiciones religiosas han sido quebrantadas, rotas todas las convicciones, y en los cuales el sol de la fe ha estado cubierto por los vapores de una impiedad sistemática. Nuestra generacion ha crecido, ha andado á tientas en la noche de la ignorancia y de la preocupacion, y sin duda la soberana justicia

se habrá satisfecho con las calamidades públicas que nos ha enviado, para tratar despues con indulgencia á cada uno de nosotros; mas no por esto cada uno de nosotros deja de tener una parte de responsabilidad en la causa especial que he señalado á la pérdida de su fe, es decir, los desarreglos de su voluntad.—Seguramente algunos han abandonado ya esos desarreglos, esos extravíos, y sin embargo continúa la incredulidad ocupando su entendimiento; pero ¿qué hay de raro en esto? Nada, el entendimiento toma á la larga los pliegues del corazon, y acaba por retenerlos; y el alma despues de haber sido empobrecida y ofuscada por las pasiones, conserva el vacío y las tinieblas en que ellas la sumergieron, y las preocupaciones y errores en que necesariamente fue envuelta. Añadid á todo esto, que el respeto humano por una parte y la indolencia moral por otra, se hallan siempre en el umbral de nuestra alma para impedir el retorno de una fe, que el hombre no puede volver á abrazar sin singularizarse algo, y sobre todo, sin abrazar con ella las sujeciones que son el precio que la misma fe pone á su conversion y á las nuevas virtudes que forman su cortejo. Convengamos en que, si el sublime plan de la Religion no nos pidiese mas que la aquiescencia de nuestro entendimiento, si no fuese mas que un sistema filosófico ó científico propuesto tan solo á nuestra razon, sin pedir nada á nuestra voluntad, ¡con cuánto entusiasmo lo abrazaríamos y seguiríamos, y con cuánto menosprecio trataríamos á los incrédulos! Mas no es así; el conocimiento de la Religion se halla de tal modo enlazado con la moralidad humana, que la debilitacion de esta importa la decadencia de aquella y recíprocamente, y esta perfecta armonía entre la doctrina y la moral es una prueba brillantísima de la verdad de esta Religion. No es, pues, su oscuridad, sino su santidad lo que nos hace incrédulos.

Pero ya que esta incredulidad tiene su orígen en nuestra conducta, y que por este lado no tenemos de qué quejarnos, ¿serán necesarios largos y profundos estudios para disiparla y restablecer la buena armonía entre nosotros y la Religion? La experiencia contesta que no. La luz está en medio de nosotros; de algun tiempo á esta parte vuelve á avivarse, y despide por todas partes otros abundantes destellos de fulgor. No se trata sino de colocarnos en las condiciones necesarias para verla bien; y una de estas primeras condiciones, que resulta de lo que acabamos de decir, es, racionalmente hablando, ordenar nuestras costumbres. En efecto, para tener libres los ojos del entendimiento, conviene empezar por desembarazarlo de las preocupaciones apa-

sionadas del corazon, reponiendo á este en una situacion de moralidad natural; porque siendo la verdad religiosa una verdad práctica, es claro que su luz no aumenta sino cuando se la sigue [1]. Una vez tomada esta primera determinacion, lo demás se irá haciendo por sí mismo sucesivamente, y la fe brillará al fin en nuestra alma con todo su esplendor. En efecto, á la mayor parte de los hombres, esto es, á todos aquellos en quienes las preocupaciones de una falsa ciencia no hayan sofocado enteramente el buen sentido [2], este les dirá que una Religion que mejora tan eminentemente el corazon humano, es digna de los homenajes de su entendimiento. Este sencillo raciocinio nos lleva sin violencia á reproducir aquellas palabras de Montaigne: «Nuestra virtud es la señal evidente de nuestra verdad.» Hé aquí lo que arrastra las masas siempre electrizables con el contacto de la virtud, hé aquí lo que ha convertido al mundo, y lo que quita toda excusa á los que se obstinan en mantenerse apartados de la Religion: la santidad de su moral, el espectáculo de las sublimes virtudes de sus verdaderos discípulos. ¡Ah! á la vista de una sola Hermana de la Caridad... los cielos se abren, se abaten para contemplarla, y la tierra que la sostiene, sin conocer todo su valor, brota flores de bendicion por doquiera que pone sus plantas... ¡Cuántos otros brillantísimos rasgos de verdad hieren de continuo nuestros ojos y exigen nuestra fe! La perpetuidad de la Religion [3], siempre la misma en medio de las instituciones humanas, las leyes, las costumbres, las doctrinas y los imperios de la tierra, que ruedan incesantemente por perpétuos cambios. Su indestructibilidad, que se fortalece con los mismos golpes que se la dan para destruirla. Su invariable unidad, que no há tolerado que despues de su primera emision se haya añadido ni quitado un ápice á su doctrina, á pesar de la natural flaqueza de sus depositarios. Su universalidad, que nos la presenta primero como la

[1] *Qui facit veritatem venit ad lucem* (Joan. III, 16); palabra profunda que no pudo salir sino de la boca *de la Verdad*.

[2] «Es preciso confesar que se meten á veces cosas muy raras en las cabezas «de los hombres, dice el gran Molière en boca de un hombre sencillo del pue-«blo que está hablando con un espíritu fuerte, y que con frecuencia despues de «haber estudiado mucho se es menos sábio que antes. Yo, á Dios gracias, no «he estudiado como vos, caballero, y nadie podrá envanecerse de haberme en-«señado nada; pero con la ayuda de mis pobres sentidos y de mi escaso juicio, «creo ver las cosas mejor que todos los libros.» (*Convidado de piedra*, acto III, escena I).

[3] *Nació el dia en que nacieron los dias.*

reina de las primeras naciones del mundo, y en seguida nos la ofrece como la centinela mas avanzada de la civilizacion entre los pueblos mas apartados y salvajes. Su aptitud para todas las inteligencias, que se deja comprender por el tierno niño que la aprende de memoria y la explica, y á su vez es encanto é inagotable pábulo para el mas elevado genio que la contempla. Sus recursos, en fin, tan inmensos como nuestras necesidades, y sus beneficios tan numerosos y tan variados como nuestras miserias. ¡Cuántos rasgos esplendentes de evidencia, sin que haya necesidad de trabajo ni de estudio para descubrirlos, y que mas bien debe el hombre hacerse violencia para no verlos!

En verdad, que hay algunos que no los ven ó que no se satisfacen con ellos, y que para esos es preciso un estudio mas profundo; pero ¿quiénes son esos? Los que pueden mas fácilmente y deben con mas justicia emprender este estudio; los que han llegado á esta exigencia, y á esta prevencion *filosófica* contra la Religion por el estudio hostil y mal dirigido que de ella han hecho ya. ¿No es, pues, lógico y justo que sean castigados por donde han faltado, y que si han gastado el estudio en entorpecer su juicio y falsificar sus ideas sobre la Religion, sean condenados á buscar en un estudio mas profundo y mas concienzudo el enderezamiento de sus falsos y precipitados juicios? Seguro es que tienen menos necesidad de estudiar la Religion, que de desaprender la irreligion. Pero por esto mismo, ¡cuántos tesoros de instruccion se abren delante del que se acerca de buena fe á la Religion para estudiarla! ¡Qué palabras tan elocuentes no salen de los púlpitos! Entrad en esas bibliotecas, y encontraréis alimento adecuado á todas las condiciones; ved cuántas obras y tratados sobre ella nos han dado los mas grandes ingenios que han tratado las ciencias y han tomado todas las formas á fin de ilustrar, conmover, persuadir y encantar al entendimiento y al corazon. No concibo por consiguiente ninguna dificultad en los hombres para conocer la Religion; lo que me admira es, por el contrario, que cada cristiano tenga en su mano tal cúmulo de fácil instruccion, que hubiera bastado para convertir á todos los pueblos idólatras, y para convencer á todos los filósofos de la antigüedad.

De ahí se sigue que á cada uno de nosotros puede decirse: *sin fe no hay salvacion*, por mas que para entrar en ella de nuevo deba costar algunos esfuerzos á nuestro entendimiento. Es muy racional y justo: porque si la Religion es al mismo tiempo un homenaje de nues-

tra voluntad inteligente á Dios, y un medio de mejorar la voluntad por medio de este homenaje, es moralmente lógico, que esta voluntad expie proporcionalmente la sinrazon de su rebeldia por un penoso trabajo en su arrepentimiento.

IV. Pero bastante nos hemos detenido ya debajo del pórtico, y ha llegado la hora de penetrar en el templo.

Decís que á vuestros ojos el dogma de la inmortalidad del alma es muy problemático. No lo extraño: tal vez hace mucho tiempo que dudais de este dogma. Es tan débil nuestra razon por sí, que cuando se separa de la fe, no acierta á encontrar ningun puerto en el vasto océano de la duda. La verdad religiosa, aun en lo que tiene de mas familiar para el entendimiento humano, no se le aparece entonces sino como aquella ilusion óptica, movible y pérfida, que simulaba á la vista de Ulises, errante por los mares, las amables selvas de la patria. Siéntese en todas nuestras convicciones un sacudimiento general; degeneran primero en simples opiniones, despues en conjeturas, y en este estado se rehacen y desaparecen en nuestro entendimiento sin poderse fijar, y hacen pasar perpétuamente nuestro espíritu por todos los grados de afirmacion y de negacion, desde la existencia de Dios hasta las verdades reveladas mas sencillas, sin que se pueda detener en ninguna, para admitirla ni para desecharla. Nuestro entendimiento no puede contener la verdad, é incesantemente aspira á recibirla; pero solo la fe puede proporcionarle un fondo para retenerla.

Parece, pues, que el mejor medio, para asegurarnos de todas las verdades religiosas, seria remontarnos directamente á la Religion cristiana, que es su centro y que las contiene todas en la fe. La prueba histórica del hecho de la revelacion y de la divinidad de su Autor traeria necesariamente consigo todas las demás verdades del espiritualismo y de la teología, y nos ahorraria el trabajo de probarlas. Teniendo abrazado el tronco serian nuestras todas las ramas.

Pero este órden, seguido generalmente, y que yo no quiero criticar, me parece que puede conciliarse con el órden inverso, que consiste en marchar de la circunferencia al centro, estableciendo sucesiva y progresivamente las verdades filosóficas y teológicas, y haciéndolas converger todas hácia la divinidad del Cristianismo, cuya prueba histórica viene luego en su ayuda, y las sella todas con el sello de la fe. Semejante método me parece aun mejor, porque sin excluir al antiguo, produce doble efecto: es mas nuevo y variado, y por consiguiente tiene mas atractivo y dirige mejor nuestra razon, demasiado suspi-

caz para someterse de repente á nuestros misterios por una simple prueba histórica, y que tiene necesidad de ser conducida por grados á la fe, de manera que pueda convencerse por sí misma y que encuentre, no tanto un obstáculo en su vuelo, como una expansion en todas sus facultades, no tanto un límite como una nueva carrera; y que se persuada de que esa venda con que se la amenaza, no es mas que una ayuda de su vista, que aclarándole y corrigiéndole todas las verdades naturales, le hará descubrir además todo un mundo de verdades nuevas.

Preparada de este modo la razon, acoge las pruebas históricas como una confirmacion poderosa, que la adhiere con tanta mas fuerza á la doctrina, cuanto esta se la ha hecho ya amable y asequible á la inteligéncia.

Sé muy bien que este método exige desenvolvimientos infinitos, pues va marchando de los argumentos generales á los particulares; pero no se crea que se convence siempre el entendimiento con la sencillez de las pruebas. Es verdad que lo afectan con energía por un momento; mas muy luego se pierden en el vacío de la inteligencia, y acaban por extinguirse en el fondo de la ignorancia y de las preocupaciones. Es indispensable desarraigar primero estas preocupaciones, desvanecer esta ignorancia; desmontar, revolver en todos sentidos este terreno abandonado, y pasar por él muchas veces el arado; en fin, hacer desear la verdad dándola á conocer antes de gustarla, y hacerla gustar por medio de la prueba mas persuasiva y mas duradera, el aspecto de su inefable belleza. No se compromete la verdad con una prueba semejante: solo pide sin temor que se la juzgue de buena fe. La verdad se presenta siempre tranquila en donde la buena fe la espera para juzgarla, y dejándose interrogar y examinar en todos sentidos haciéndose fácil y popular, atrae á sí los mas orgullosos talentos, y acaba por sentarse en el trono de su inteligencia.

Por lo demás, se va desarrollando actualmente en los espíritus un gusto generalizador, una necesidad grandísima de comprender las cosas bajo su aspecto mas ámplio y mas absoluto, resultado sin duda del ansia por salir de la ignorancia que los consume, y que busca un alimento tan vasto como su capacidad. En semejante disposicion el mejor medio para interesar y satisfacer esos espíritus en el estudio de la Religion, es mostrársela en toda su magnificencia, de frente, por decirlo así, á cuya exigencia se presta la Religion mejor que ninguno de los sistemas del universo; la Religion, que encierra en

su seno cuanto hay de mas general y absoluto, que llena todos los tiempos, todos los lugares y todas las esferas, que contiene en sí á la humanidad entera, y no es contenida ni encerrada mas que por Dios, ó mas bien que es el mismo Dios, único y verdadero objeto al cual sin saberlo buscamos.

Todas estas consideraciones me han hecho adoptar en la presente obra el siguiente plan. Dividiráse en tres partes principales, que reunidas ó separadas tendrán por objeto probar la divinidad del Cristianismo, y formarán tres tratados en uno solo:

PRIMERA PARTE.—Pruebas preliminares ó filosóficas.
SEGUNDA PARTE.—Pruebas intrínsecas ó teológicas.
TERCERA PARTE.—Pruebas extrínsecas ó históricas.

Estas últimas denominaciones de *filosóficas*, *teológicas* é *históricas* expresan el matiz dominante en cada una de las partes; pero pido que no se tomen demasiado al pié de la letra y en un sentido harto exclusivo y absoluto. Habrá citas históricas entre las pruebas filosóficas ó teológicas, y recíprocamente. La dificultad de establecer y fijar divisiones absolutamente limitadas en ciertos puntos es de la misma verdad, que por razon de su unidad y simplicidad no se presta á semejante descomposicion, y se la halla siempre toda entera en cualquiera parte donde se presente. Por lo demás, el *espíritu filosófico,* en la acepcion racional de esta palabra, es decir, la penetracion respetuosa de las verdades y de los fundamentos de la fe por las luces naturales de la razon, reinará incesantemente desde el principio al fin de la obra, que deberá justificar su título de *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo.*

Expongamos entre tanto detalladamente cada una de las tres partes.

PRIMERA PARTE.

Se dividirá en dos libros, que se subdividirán así:

LIBRO PRIMERO.

Capítulo I.—El alma.
Capítulo II.—Dios.
Capítulo III.—Inmortalidad del alma.

Capítulo IV.—Religion natural.—Refutacion del deismo.
Capítulo V.—Necesidad de una revelacion primitiva.
Capítulo VI.—Necesidad de una segunda revelacion.

LIBRO SEGUNDO.

Capítulo I.—Enlace entre las dos revelaciones.—Exposicion.
Capítulo II.—Moisés.
§ I.—Su antigüedad, su carácter y el de sus escritos.—El pueblo judío.
§ II.—Moisés juzgado por las ciencias en el siglo XIX.—Demuéstrase su inspiracion.
§ III.—Moisés considerado en el relato de la *caida* del hombre y en la promesa de su rehabilitacion.
Capítulo III.—La naturaleza humana.—Estudio psicológico sobre el hecho de la caida y de la rehabilitacion.
Capítulo IV.—Tradiciones universales.
§ I.—Tradiciones sobre la caida del hombre.
§ II.—Estudio sobre los sacrificios.
§ III.—Tradiciones acerca la esperanza de la rehabilitacion.
Capítulo V.—Circunstancias de la venida y el reino de Jesucristo.
Capítulo VI.—Resúmen y conclusion.

Tal será la primera parte.

SEGUNDA PARTE.

Versará sobre las pruebas intrínsecas, es decir, la prueba de la divinidad del Cristianismo, sacada de lo que hay de sublime y sobrehumano en su moral y en sus dogmas, con relacion al estado y las necesidades de nuestra naturaleza, y en oposicion á la impotencia absoluta del espíritu humano para acercarse á ella. Esta segunda parte se subdividirá como sigue:

Capítulo I.—Preámbulo.—Transicion.
Capítulo II.—Exposicion de la moral de Jesucristo.
Capítulo III.—Estudio sobre la divinidad de esta moral evangélica considerada en la sencillez de su principio y en la fecundidad de sus aplicaciones.
Capítulo IV.—El dogma.
Capítulo V.—Naturaleza y atributos de Dios.
Capítulo VI.—La inmortalidad del alma y el cielo.
Capítulo VII.—El purgatorio.
Capítulo VIII.—El infierno.
Capítulo IX.—La redencion.—Su enseñanza.
Capítulo X.—La redencion.—Sus aplicaciones.
Capítulo XI.—La Trinidad.
Capítulo XII.—La Iglesia.
Capítulo XIII.—Estudio sobre el Protestantismo.
Capítulo XIV.—*Fuera de la Iglesia nadie puede salvarse.*—Demostracion de esta doctrina dogmática.
Capítulo XV.—La Gracia y los Sacramentos.
Capítulo XVI.—La Confesion.
Capítulo XVII.—La Eucaristía.
Capítulo XVIII.—El culto y sus ceremonias.
Capítulo XIX.—De la devocion á la santísima Vírgen.
Capítulo XX.—Conclusion.

TERCERA PARTE.

Abrazará las pruebas extrínsecas ó históricas, y se subdividirá como sigue:

Capítulo I.—Prólogo.
Capítulo II.—Persona de Jesucristo.
Capítulo III.—Los Evangelios.
Capítulo IV.—Las profecías.
Capítulo V.—Los milagros.
Capítulo VI.—Establecimiento del Cristianismo.
Capítulo VII.—Efectos del Cristianismo.
§ I.—En el órden moral.

¡Qué programa!!! Y ¿quién soy yo para desempeñarlo dignamente? ¿quién soy yo para relatar todas estas grandezas del hombre y estos sublimes abatimientos del amor de un Dios? Seria necesaria para esto el arpa de un profeta, ¡y yo no tengo en mis trémulos dedos mas que una pluma!...

¿Revelaré de una vez el secreto de mi fuerza, y haré conocer á mis lectores lo que ha pasado en mí?... Desde mi mas profundo abatimiento, cuando todo mi ser, retirado en el sentimiento de su impotencia, habia llegado á hacerse hasta cierto punto cási vecino de la nada, sentí que el espíritu de verdad se llegaba á mí, y tocando mi frente humillada, me dijo:

«Levántate: ofréceme tu debilidad y te daré mi fuerza; deja tus «pensamientos y recibe en cambio mis inspiraciones. Yo me complaz«co en visitar á los humildes de corazon, y cuando ellos creen que «todo está perdido, me levanto yo sobre las tinieblas de su ignoran«cia como la hermosa estrella de la mañana. En un instante les hago «penetrar mas secretos de mi verdad eterna, que aprenderá el hom«bre en diez años de estudio en las escuelas; y esto lo hago sin rui«do de palabras, sin mezcla de opiniones, sin fausto de honores y sin «contienda de argumentos. Pero tengo especialmente una inclinacion «particular á todos los que entran generosamente en mis designios, «que contribuyen con sus trabajos á la perfeccion del edificio que es«toy levantando, y que colocan sobre los cimientos, que ya le he pues«to, oro, plata, piedras preciosas ó leña y paja, cada uno segun sus «fuerzas y las facultades que *mi gracia* y la naturaleza le han dado. «Yo soy el que en otro tiempo salia al encuentro de Job en sus noc«turnas visiones; el que murmuraba palabras misteriosas al oido de «Sócrates, y le enseñaba esta frase, la mas progresiva de todas las «ciencias humanas: todo *lo que sé consiste en saber que no sé nada*. «Yo soy el que para convertir y civilizar al mundo escogí y envié á «su conquista doce pobres pescadores de Galilea. Yo soy el que ha«blaba por boca de Pablo en el Areopago de Atenas, y el sentimien-

«to de mi asistencia hacia decir á este, *artesano*, doctor de las na-«ciones: *Cuando soy débil, por esto mismo me hallo fuerte, porque to-«do lo puedo en el que me fortifica.* Yo soy, en fin, el que he dirigido «la pluma á todos mis apologistas, desde Justino hasta Pascal, y el «que acabo de quebrantar la de un genio extraviado, que queria «dirigirla fuera de mí, y cuyos golpes se han tornado contra él mis-«mo... Deja que yo te sirva de guia, pero tiembla al seguirme; «porque si el convencimiento en que estás de tu insuficiencia me ha «traido, él solo podrá detenerme contigo, y mis inspiraciones que-«darian desvanecidas ante los mas leves vapores del orgullo.»

PRIMERA PARTE.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

EL ALMA.

No es necesario ir á buscar muy léjos las pruebas de esta primera verdad, pues el primer fundamento de su demostracion se encuentra en el mero hecho de enunciarla. En efecto, puede decirse que por lo mismo que tenemos idea del *alma*, es preciso que esta idea sea verdadera.

No tenemos ninguna idea, que no suponga en sí un principio directo ó indirecto de la existencia de alguna cosa. Podrémos acaso formarnos ideas falsas, pero no hay ni una sola idea falsa que no tenga sus elementos de verdad; la falsedad está en la agregacion de estos elementos. Por ejemplo, el animal fabuloso que llaman *hipogrifo* es enteramente imaginario, y sin embargo nada es mas verdadero que los elementos de que convienen en componerlo, á saber: un caballo, una águila y un leon. Si no tuviésemos préviamente verdadera idea de estos tres animales, no la podríamos tener falsa de su compuesto; ó si no existiesen los tres en la naturaleza y á pesar de esto tuviésemos idea de su compuesto, seria por fuerza indispensable que este último existiese por sí mismo, porque con nada no puede hacerse ni representarse cosa alguna.

Siendo esto así, ¿quién hubiera podido comunicarnos la idea del *alma*? ¿Cómo se hubiera introducido esta idea en el mundo si careciese de toda realidad? Para que fuese una mera suposicion, seria necesario que hubiéramos tenido otras ideas anteriores con que formarla. Nos hallamos sumergidos en un elemento material, y nuestros sentidos no nos comunican mas que ideas de materia, ¿cómo hubié-

ramos podido, pues, adquirir la idea de una sustancia que nada tiene de la materia? ¿Puede la materia contener en su fondo una idea tan pura, tan sencilla, tan inmaterial como la del espíritu? ¿Cómo puede ser principio de lo que la niega y la excluye de su propio ser? ¿Cómo puede ella ser en el hombre lo que piensa, es decir, lo que para el mismo hombre es el convencimiento de que su ser es algo mas que materia? Entre la idea de materia y la idea de espíritu existe un abismo insondable, que no es capaz de salvar la mas fecunda imaginacion: ambas se excluyen mútuamente. Pueden inventarse las modificaciones; pero no se han inventado nunca las sustancias: y sino ¿quién se formará la idea, por ejemplo, de una tercera sustancia que no sea ni material ni espiritual? Desde luego aseguramos que nadie, porque no se sabe de dónde podria tomarse la idea. Pues bien, aconteceria absolutamente lo mismo á quien no quisiese usar mas que de su idea de la materia, para formarse la idea del espíritu. Por consiguiente, si tenemos la idea del espíritu, es necesariamente porque esta idea es una *idea-principio*.

Este razonamiento no tendria réplica, aun cuando la idea de alma se encontrase en la cabeza de un solo filósofo, porque la imposibilidad de habérsela este forjado seria la misma; pero, ¿cuánta consistencia no toma cuando se nota que todos los hombres, en todos tiempos, en todos los lugares y en todos los grados de civilizacion, llevan en sí esta misma idea, distinta y positiva, de tal modo que se encuentra en universal circulacion en todas las lenguas, en todas las acciones de la especie humana, y que siempre y en todas partes se ha oido decir: «mi alma, mi espíritu,» del mismo modo que se dice «mi pié ó mi mano.»

Bajo este respecto, semejante certidumbre es la mas fuerte de todas. El alma, por cuyo medio sentimos las impresiones de todo lo demás, se reconoce á sí misma y se distingue de estas impresiones, raciocina sobre ellas, las une, las separa, las pesa, las juzga, las combate y las domina, les preexiste y les sobrevive. El mismo sentimiento interior que nos hace afirmar estas proposiciones: *Yo soy, á mi rededor hay objetos que veo, que oigo, que toco,* nos asegura al propio tiempo en que este yo, que este yo es de distinta naturaleza que esos objetos, y aun cuando estos objetos se manifiestan por todas sus relaciones de extension, de forma, de gravedad, de color, de divisibilidad y otras, ninguna de estas cualidades conviene al alma; y que al contrario, el sentimiento, el deseo, la voluntad, el pensamiento, la

simplicidad del ser que son sus atributos esenciales, en nada pertenecen al cuerpo; y que el alma es *incorpórea*, del mismo modo que son *inanimados* aquellos objetos. De suerte que el sentimiento interior que tiene el alma de sí misma y de su distincion de los cuerpos, descansa sobre la misma base que el sentimiento del ser y de todos los seres, y no puede negarse esta verdad, sin negar tambien las cosas mas palpables.

Aun diré mas: creo que podria el hombre sospechar de todo, negarlo todo, mientras que esta verdad permaneceria exenta de la mas ligera duda, y se cerneria como el espíritu sobre el cáos para iluminarlo y ordenarlo una segunda vez. Porque todo cuanto nos parece dotado de existencia á nuestro rededor, todo este mundo sensible que se agita á nuestra vista, podria no ser mas que un sueño ó una impresion fantástica. Semejante suposicion es tan imaginaria y atrevida como se quiera, pero no es absurda[1]. A veces creemos estar viendo objetos y acontecimientos reales cuando nos dispertamos: la realidad aparente del mismo dispertar y su distincion del sueño, podrian muy bien no ser sino otro sueño mas especioso. De este modo nuestra vida no seria mas que un sueño prolongado, durante el cual tendrian lugar otros sueños que en oposicion á los del dispertar, nos parecerian mas fantásticos sin serlo en realidad: y bajo este concepto no hallaríamos en ninguna parte, ni un solo asidero de la terrible pendiente de la duda. Felizmente tamaña suposicion no podria existir un instante, sin el manifiesto absurdo de que el mismo YO que duda fuese dudoso, y de que la vida, como dice Píndaro, fuese el *sueño de una* SOMBRA, porque si YO DUDO, YO SOY, puesto que no se puede dudar sin EXISTIR. Además, *dudar* ¿no es *pensar?* El principio pensador, el alma, es, pues, la sola realidad incontrastable donde van á replegarse todas nuestras certidumbres, la única que nos responde de nosotros mismos, y de todo lo demás que está separado de nosotros, y á la cual la materia se ve obligada á pedir continuamente testimonio de su existencia.

Por otra parte, ¡cuán vivos son los caractéres de superioridad que separan á nuestra alma de toda asimilacion con la materia! La materia, inerte en sí, no hace mas que obedecer al movimiento que se le ha dado, y yo siento en mí un principio de espontaneidad, concentrado en la unidad mas indivisible, que manda á todos mis órganos, y por ellos á toda la naturaleza, y los hace servir á la satisfac-

[1] La han hecho san Agustin y Descartes.

cion de mi libre voluntad. La materia no se da cuenta de sí misma ni de todo el universo que llena; solamente yo pienso, reflexiono, me recojo en mi interior, concentro allí las impresiones exteriores, me alimento de ellas, ó las combato y neutralizo por medio de una fuerza interior que las domina y que se basta á sí misma. Colocadme en medio de un desierto; estoy allí rodeado de objetos materiales, graciosos, agradables y movibles, —los árboles, las aguas, los animales; — sin embargo siento que estoy SOLO... que nada hay en rededor mio, que sea de la misma naturaleza que yo: YO, tan débil en mis órganos, tan mezquino en presencia de esa colosal naturaleza, siento dentro de mí un principio de superioridad sobre toda ella. No soy mas que una frágil caña, pero una caña *pensadora*, como dice Pascal; conozco mi flaqueza, y el universo ignora su fuerza, por esto solo soy superior á esa misma fuerza.

Mas no está todo ahí: no es el solo este mundo material el que se halla bajo el dominio de mi inteligencia. Tengo en mi interior otro mundo intelectual, donde mi pensamiento se espacia, se encierra ó se eleva del mismo modo que mi cuerpo en la naturaleza. Lo verdadero y lo bello habitan en este mundo que no es iluminado por la luz del sol, sino por otra luz intelectual y divina, la VERDAD; la verdad sin formas, ideal, pura, simple, eterna é inmutable, que es incesantemente el mismo objeto de mis investigaciones, de mis trabajos y de todas mis delicias. Estoy embelesado, absorbido, abismado en ella, separado, muy separado de la parte corporal de mi existencia, nada oigo, nada veo, ni nada siento de cuanto hay material en el universo, y sin embargo en esto mismo encuentro el placer mas puro de mi vida; y cuando mas la siento, y cuando salgo de este mundo intelectual para volver de nuevo al material, me parece que me arrancan de mi propio ser, y que entro en una oscura prision.

Hay mas aun: el mundo moral es otro de mis dominios, de mis palacios, cuyo trono es la conciencia. En ella entro, como en un santuario, y me pongo en relacion con una justicia eterna y una perfeccion infinita, que el mundo corporal no conoce. Aquí siento mejor que en ninguna otra parte la dignidad de mi naturaleza, me reconozco dueño, libre y responsable, y observo que mientras todo lo que es materia obedece á las leyes precisas, yo solo soy el que me las impongo, aceptando ó desechando las que se me han dado. Aquí gozo, sufro, pero un gozo y un sufrimiento que mis órganos no pueden ni aumentar ni debilitar, y que tienen todo su orígen en el uso que he

hecho de mi libertad. Aquí, aun faltándome todo cuanto puede lisonjear á mi cuerpo, y hasta en la destruccion de mi mismo cuerpo, puedo ser feliz; y aun nadando en la abundancia de todos los bienes sensibles, y hallándome en completa paz con la materia, puedo tambien ser desdichado.

La sensibilidad, — la inteligencia, — la conciencia, — hé aquí, pues, tres principales atributos de mi ser, que ningun contacto ni relacion tienen con la materia, y por medio de los cuales percibo y me convenzo de la existencia de una sustancia inmaterial que está dentro de mí y que es el YO.

Hay muchas otras pruebas muy luminosas del espiritualismo; pero creo deber limitarme á las presentes, porque sin duda dejarán satisfecho á cualquiera entendimiento reflexivo que solo busque la verdad.

Digamos, pues, con un gran filósofo:

No el instinto, no el acaso
Mueve el labio ni el pié mio,
Sino mi libre albedrío,
Cuando yo hablo ó doy un paso:
Yo siento en mí un celestial
Espíritu inteligente,
De quien es siervo obediente
Este cuerpo material.
Y aunque ocultas en mí estén
Sus fuerzas, por ellas vivo,
Y mas claras las concibo
Que cuanto mis ojos ven [1].

[1] La Fontaine, fábula: *Los dos ratones, la zorra y el huevo.* Todos los mas laboriosos sistemas de los materialistas caen ante esta exposicion sencilla, de una verdad tan al alcance del sentido comun, y tan bien expresada por aquel autor, á quien llaman *el hombre de bien.* A esto puede agregarse la reflexion siguiente, no menos natural y significativa, por haberla puesto el gran Molière en boca de un criado: « Lo que digo es, señor, que por mas que os empeñeis, « alguna cosa hay en el hombre tan maravillosa, que ningun sábio acertó á ex- « plicarla. ¿No es en efecto la mayor maravilla esta cosa que me anda en la ca- « beza, y que á la vez piensa en cien objetos distintos, y que hace de mi cuer- « po todo cuanto se le antoja? » (*Convidado de piedra,* acto III, escena IV).

Seguramente no serán muchos los materialistas que leerán nuestros escritos, y así no es precisamente para ellos que hemos escrito este capítulo, en el que nos hemos propuesto la exposicion de las primeras verdades, menos como un objeto, que como un preludio al objeto principal de nuestros *Estudios*, que es el Cristianismo. Porque si hubiéramos tenido que probar contra un materialista la espiritualidad de nuestra alma, nos hubiéramos extendido mas; aunque

CAPÍTULO II.

DIOS.

Triste cosa es verse obligado á probar esta verdad, cuando deberia bastar su simple enunciacion para que el mundo la reconociese como la luz del mediodía. Todas las verdades se originan de esta verdad primitiva: el sentimiento de nuestra existencia y de la de todos los demás seres, la misma idea de existencia, son inseparables de la idea de un primer ser, que es su esencia, y por el cual todo vive, se mueve y respira.

Entremos sin embargo en algunas explicaciones. Las pruebas de la existencia de un Ser supremo son infinitas en su variedad, porque cada ser particular la prueba á su modo. Resumiendo empero las principales, las limitarémos á siete:

I. *Prueba del sentido comun.* «Siento que hay un Dios, dice La Bru-«yère, y jamás siento lo contrario: esto me basta para de aquí dedu-«cir que Dios existe. Todos los raciocinios del mundo no me lleva-«rian tan lógicamente á esta conclusion, que está además en mi mis-«ma naturaleza. No puedo sospechar falsedad en ella, porque adquirí «sus principios con mucha facilidad en mi infancia, y despues en edad «mas avanzada los he conservado muy naturalmente. Hay no obs-«tante algunos *espíritus fuertes* que pretenden haberse desprendido «de esos principios: dudoso es si efectivamente lo han logrado; pe-«ro en tal caso, esto solo probaria que entre los hombres hay algu-

hubiéramos parado á un razonamiento sencillo, y á nuestro parecer insoluble, que es el siguiente:—El YO, en quien se resume la sustancia pensadora, que es el alma, es esencialmente UNO, pues en mí no hay mas que un YO, como lo está proclamando á voces el sentimiento íntimo. No es así la materia, que no es una sino dos, tres, cuatro, ciento, mil, etc., ó lo que es lo mismo, indefinidamente múltiple, por ser infinitamente divisible: hecho que de ningun modo puede negarse. Seria, pues, indispensable para que el alma fuese materia, que lo que es esencialmente *uno*, fuese al mismo tiempo *dos*, *tres*, *cuatro*, etc., lo que es absurdo. Puede por consiguiente decirse que está matemáticamente demostrada la espiritualidad del alma.

«nos mónstruos [1].» Estas líneas fueron dictadas por el sentido comun; de modo que si en vez de dejarnos llevar á argumentaciones sin término, supiésemos conducir y retener en este sentido comun á los pretendidos espíritus fuertes, llegaríamos á abrumarlos con todo el peso de la verdad, de la cual se mofan.

Lo que constituye toda la fuerza de la reflexion de La Bruyère es que lo mismo que dice de sí se puede aplicar á la humanidad entera. La verdad de un Dios es de instinto y de práctica universales, y como dice admirablemente otro autor afamado: «Desde que un raciocinio ataca al instinto y á la práctica universal, puede tal vez «ser difícil de refutar, pero *de seguro es falaz y sofístico,* y el hom«bre discreto se libra de él siguiendo la opinion comun [2].»

Los ateos, si es posible que los haya, son muy audaces, porque no solo combaten al instinto universal, sino que lo hacen sin armas, sin raciocinios, y toda su fuerza consiste en el arte con que cambian el giro de los argumentos, y en la manía de querer persuadir al género humano que es este el que debe probarles que Dios existe.

Para confundirlos no se necesita mas que decirles: la imposibilidad en que estais de probar que no hay Dios, prueba su existencia.

La humanidad está en posesion de la idea de Dios: probad que no lo hay. Esta verdad se apoya en el sentido íntimo y en el sentido comun: echadla por tierra si podeis. Nos hallamos dispuestos á oiros y á dejarnos vencer por la fuerza de vuestros raciocinios: hacednos conocer, pues, la invencible razon que ha sabido convenceros á despecho de la razon comun. Es verdad que llegais ya tarde: toda la especie humana os acosa, la misma naturaleza se subleva y se empeña en venceros, el universo entero reclama contra vosotros, pero no importa: por respeto á la filosofía queremos oiros; hablad.

Á semejante interpelacion, tan arreglada á los mas severos principios de la controversia, nada seguramente tendrian que contestar los pretendidos ateos, y su silencio, dejando de nuevo el sentimiento universal en toda su fuerza, producirá la mas cabal demostracion de la existencia de Dios.

No dejeis nunca esta primera prueba, porque es invencible, cier-

[1] La Bruyère, cap. 16.

[2] *Pensées de Joubert*, t. I, pág. 318.—Este era tambien el pensamiento de Ciceron, cuando decia: «Cualquiera juicio de la naturaleza que sea universal, «*es necesariamente* verdadero. Es, pues, indispensable reconocer que hay «dioses.» (*De natura Deorum*, lib. I, cap. 17).

ra todos los caminos y abrevia toda vana y estéril argumentacion. Tal es la prueba del sentido comun: todas las demás son gratuitas y subsidiarias; pero vamos á recorrerlas á pesar de esto, á fin de edificarnos y satisfacernos cada vez mas.

II. *Prueba sacada de la necesidad de una causa primera.* Existe el universo, luego existe un Autor que le haya dado el ser. Ocupémonos solamente del *hecho* de la existencia del universo, sin ocuparnos todavía de su manera de existir, y digamos con el sentido comun y la experiencia universal, que *nunca hay efecto sin causa.*

Nadie osa impugnar directamente este principio, nadie se atreve á decir que el universo se ha creado por sí mismo, porque esto seria decir que la *nada ha producido* el universo, absurdo insigne con cuya responsabilidad nadie quiere cargar. No obstante, algunos filósofos del siglo pasado dijeron que el universo ha existido siempre, y que si todos los dias nacen nuevos hombres para reemplazar á los que mueren todos los dias, y si sucede lo mismo con todas las plantas y todos los animales, no hay ninguna razon para creer que no haya sucedido constantemente así, ni que pueda cambiar jamás el órden de cosas existentes. Segun este raciocinio el mundo es eterno.

Si á esto se llama resolver la dificultad, diré: que, á mi ver, es hundirla en una insolubilidad absoluta, que es desesperar y contradecir caprichosamente á la razon.

Pero antes de recurrir á la metafísica destruyamos por su base ese peregrino sistema. Los que lo imaginaron se dedicaron *únicamente* á probar que el hecho del orígen del mundo se perdia en una antigüedad sin límites. Buscaron todas las fábulas de la India y de la China; las examinaron con una credulidad muy impropia de espíritus fuertes, y levantaron con ellas una especie de torre de cronología fantástica, que se perdia de vista entre las sombras de la noche. Dichosamente ha aparecido en nuestros dias la ciencia geológica, y colocándose como una reina en medio de los dos campos enemigos, ha aterrado y destruido aquellos gigantes de la mentira, y mostrando á los contendientes de buena fe las pruebas auténticas, ha restablecido entre ellos la armonía y la paz. Ya es una verdad por todos reconocida, que el mundo no cuenta mas que de cinco á seis mil años de existencia; y la ciencia, que despues de ímprobos trabajos ha llegado á esto por medio de los mas positivos resultados, tributa á la Religion este testimonio de gloriosa conformidad.

«Lo cierto es, dice Cuvier, que la vida no ha existido siempre

«sobre el globo, y es bastante fácil al observador reconocer el punto «en que la misma vida empezó á depositar sus restos [1].»

«Nada hay eterno en la tierra, dice otro geólogo, y todo, tanto «en las entrañas del globo como en su superficie exterior, atestigua «un principio é indica un fin [2].»

Mas adelante entraré de lleno en detalles interesantes sobre este punto; contentaos al presente con estas autoridades, y sabed que en la actualidad es sola y unánime esta opinion en el mundo científico.

Hé aquí, pues, destruido de raíz el sistema de la eternidad del globo. Como, pues, tanto los hombres como los animales no pueden vivir sino en la organizacion actual, resulta que los hombres y animales son nuevos en el globo, y con esto solo ya queda probada la necesidad de una causa primera de su existencia á mas de la naturaleza, porque no hallamos en la naturaleza ninguna causa capaz de producir tal efecto, y no se ha oido decir jamás que hayan sido producidos los hombres de otra manera que por la via ordinaria.

Además, aun haciendo abstraccion de esa nueva antorcha, que nos proporcionan las ciencias físicas, y dejándose guiar por solas las luces triviales de la metafísica, ¿no se ve que el sistema que excluye á Dios por la eternidad del mundo es de todo punto inadmisible?

¿Sabeis por qué los autores de semejante sistema niegan la existencia de Dios? Sin duda porque su razon no puede comprenderlo, porque ¿qué hay en él de mas incomprensible que esa impenetrable eternidad, ese círculo de ser, causa y fin de sí propio, que nuestro entendimiento habituado á ver un principio en todas las cosas no puede conocer por mas que lo medite? ¡Pobres locos! no reparan que trasladando la eternidad de Dios al mundo material, aumentan la dificultad y nos dan un Dios MATERIA en lugar de un Dios ESPÍRITU. Pretenden huir de lo *incomprensible*, y se precipitan, quizás sin advertirlo, en lo que *nadie podrá nunca concebir* [3].

[1] Cuvier, *Discours sur les révolutions du globe*, pág. 24, 8.ª edicion.

[2] Nérée Boubée, *Manuel de géologie*, pág. 4, 3.ª edicion.

[3] «Concebir una cosa es tener idea de su existencia; comprenderla es co«nocer su manera de existir. Cuando nuestro entendimiento puede suponer «existente una cosa, tenemos idea de ella, la *concebimos:* para comprenderla «es necesario conocerla á fondo, conocer sus diferentes modificaciones, y sa«ber el por qué se halla en tal estado. Para concebir una cosa, basta no hallar «en ella repugnancia ni contradiccion: no *concibo un* triángulo de cuatro la«dos, pero puedo muy bien *concebir* habitantes en la luna.» (Delauro-Dubez, *L' Athée redevenu chrétien*, pág. 14, 2.ª edic.). Puede *concebirse* una cosa

¿Cómo concebir, en efecto, que la materia esté dotada de la suprema prerogativa del ser, —de existir por sí misma, —y negar al espíritu esta calidad? ¿Cómo se concibe que el pensamiento del hombre, que domina y abraza todo el universo; que se conoce á sí mismo y conoce todo lo que le rodea; que tiene idea de lo infinito y de la eternidad, y que es indivisible, haya tenido un principio, y no lleve en sí la razon de su existencia; y que este universo material, insensible, inerte y destructible sea eterno? Concíbese perfectamente un espíritu superior dotado de esta prerogativa; pero el alma, que ve en el otro sistema un desórden, una contradiccion y una imposibilidad, disputará siempre á la materia una eternidad de que ella misma se ve privada.

Apuremos todavía mas este sistema.

El universo es eterno, nos dice, ha recibido de sí mismo el ser, y lleva consigo la causa de su existencia. Tenemos un medio infalible de comprobar esta suposicion.

El ser que lleva en sí la razon de su existencia debe ser inmutable. La inmutabilidad es la piedra de toque de la independencia y de la eternidad del ser.

Yo siento que no está en mí la RAZON ó la CAUSA de mi existencia; pues si la tuviese, mi existencia hubiera sido siempre CAUSADA, es decir, permanente por igual, y mi ser hubiera estado libre de sucesion y de cambio. Estando la causa de mi existencia siempre funcionando, esta continuidad de funciones produciria en mí una continuidad igual de ser. Cualquier cambio, no siendo mas que un aumento ó una disminucion del ser, es inconcebible, aun por un solo instante, en el ser que lleva siempre en sí la causa de su existencia; porque ¿de dónde podria venirle el aumento, no reconociendo fuera de sí mismo ninguna otra causa de su existencia? ¿Cómo podria experimentar disminucion llevando siempre en sí su causa incesante y siempre presente el principio de su integridad? Un ser semejante no sufre variacion. Un cambio en él implica contradiccion, y su existencia es necesaria.

Lo que acabamos de decir de la existencia de semejante ser, debemos decirlo de todo cuanto le constituye, y por consiguiente del modo y de la sustancia, porque la existencia de una cosa no se con-

sin comprenderla; pero cuando ni se *comprende* ni se *concibe* es inadmisible. *Concibo* que hay un Dios, aunque no le *comprendo;* pero no *concibo* ni *comprendo* que pueda haber un mundo sin Dios: lo primero excede mi capacidad, y lo segundo me resiste.

cibe sin un modo ó una manera determinada de existir que le es propia, peculiar, y que constituye las circunstancias actuales de su ser. La inmutabilidad de existencia debe, pues, llevar consigo la inmutabilidad en la manera de existir. Por otra parte partiendo siempre del supuesto de que el ser en cuestion tiene en sí toda esta causa de existencia, de esta misma causa deben venir tanto el modo como su sustancia; y el raciocinio que hemos formado debe por consiguiente aplicarse á entrambos con igual fuerza. Cualquiera modificacion en ese ser y cualquiera deterioro en su sustancia envuelven contradiccion.

Apliquemos ahora esta regla al universo.

Este es la reunion ideal de todo cuanto vemos. Lo que hay, pues, real en él son las diferentes cosas que se presentan á nuestra vista, y su conjunto ó personificacion, que es á lo que damos el nombre de *universo*, no es mas que una abstraccion, un *ente de razon*, acerca del cual no debemos preocuparnos. ¿Qué hay en todo cuanto vemos, cuya existencia sea necesaria é inmutable, cuyo menoscabo ó simple modificacion sea inconcebible y envuelva contradiccion, y que no sea indiferente bajo tal ó cual forma, y aun siendo ó dejando de ser? ¡Mas qué digo! ¿Hay algo en la naturaleza que no varie sin cesar y que no se halle constituido en una senda de perpétuo cambio? ¿Qué es el universo entero mas que un agregado de cosas efímeras y contingentes, un continuo vaiven de existencia siempre prestada y siempre devuelta, sin independencia y sin reposo? Digamos, pues, que el universo no lleva en sí su causa, y por consiguiente que es necesario buscar fuera de él su CAUSA PRIMERA Y CREATRIZ, ese SER SUPREMO, en quien únicamente residen la plenitud, la inmutabilidad, la independencia y la eternidad del ser, esto es, DIOS.

III. *Prueba sacada de la existencia del movimiento.* Hay en el universo material un fenómeno particular que nos lleva muy rápida y sencillamente á reconocer la existencia de un primer principio. Hablo del *movimiento*.

Vemos que nada es movimiento en la materia, y que todo es movimiento en el universo, y en seguida preguntamos, ¿quién introdujo este movimiento? No viniendo de la materia de que el universo se compone, es absolutamente preciso que provenga de un principio de movimiento inmaterial, que se halle fuera del universo. Todo movimiento, en último resultado, indica un motor, que no puede ser sino una voluntad. Profundicemos este argumento y démosle mas fuerza y claridad.

Es un axioma en ciencias físicas que la materia es inerte. La materia no se mueve nunca y siempre es MOVIDA: la inmovilidad le es tan esencial que el movimiento le llega siempre por comunicacion. Ponedla una vez en movimiento, y se moverá perpétuamente en la misma direccion y en el mismo grado del impulso, si no la para ó la desvia algun obstáculo. No sucederia así, si el movimiento le fuese propio y esencial; ella por sí lo emprenderia, lo dirigiria, lo moderaria ó activaria; pero no: una vez impulsada, sigue matemática y servilmente su ruta, y detenida una vez, se queda para siempre parada; de modo que su inercia se hace en algun modo mas palpable cuando se halla en movimiento que cuando está en reposo. ¡Cuán ciega é inerte, cuán destituida de movimiento propio debe de estar la materia para ejecutar con tanta precision y puntualidad movimientos tan vastos y tan complicados en el universo!

Hay, pues, necesariamente un principio fuera de la materia, una voluntad fuera del universo que imprime estos movimientos, y así como en mi limitada esfera doy yo movimiento á mi cuerpo y á lo que le rodea, esta idea de mi voluntad propia me sugiere la idea mas alta de la voluntad motriz del universo.

Es verdad que las distintas partes del universo se mueven por la accion respectiva de las unas sobre las otras; pero el principio de este movimiento se halla en ellas como en las ruedas de una máquina montada por la mano del hombre. Por mas que se trabaje en simplificar la ciencia de las leyes del movimiento y en descubrir generalidades, nunca se llegará á la causa primera hasta despues de haber atravesado enteramente los dominios de la materia, y haber descubierto esa mano, esa voluntad soberana fuera del universo, que ejecuta por sí sus propias leyes. Así lo conocia el autor del bello descubrimiento de las leyes de atraccion, el gran Newton, pues nunca quiso explicar su sistema por las propiedades materiales, limitándose á sentar el *hecho* de la potencia atractiva. Digo mal, ni aun á esto se atrevia diciendo que las cosas sucedian en el universo *como* si existiese una atraccion, porque la naturaleza, en su concepto, solo funcionaba por similitud y dependencia como un autómata, y que él no reconocia mas potencia verdadera que la de Aquel, en cuyo acatamiento se humillaba al nombrarlo. De forma que todas las causas *naturales* del movimiento, de la atraccion, de la afinidad y de la electricidad son para la ciencia misterios que no pueden ser actualmente aclarados, sino para ceder el lugar á otros misterios mas pro-

fundos, supuesto que en último análisis los hechos del movimiento son *materialmente* inexplicables, y siempre se ha de venir á parar á estas palabras de Rivarol: *Dios explica el mundo, el mundo prueba la existencia de Dios; pero el ateo niega á Dios en su presencia.*

IV. *Prueba sacada de la armonía del universo: refutacion del panteismo.* Ved aquí otra cosa mas admirable todavía: el universo no solamente se mueve, sino que se mueve con un movimiento regular, uniforme, armonioso; esta armonía y esta regularidad son resultado de una voluntad inteligente, sábia y providencial. Y como la materia carece todavía mas de inteligencia y de sabiduría que de simple movimiento, de aquí se deduce con mucha mas razon, que la materia debe recibir las perfecciones que ejecuta de otro ser inmaterial como estas perfecciones, y que las posea en su esencia.

Mas antes de pasar adelante en estas consideraciones, digamos algunas palabras que, sin serlo, parecerán una digresion.

El panteismo, que hace de la Divinidad una inmistion del ser y de la vida en todas las partes del universo, *intus alit venis et magno se corpore miscet,* es un ateismo enmascarado, aunque mucho mas inconsecuente. Hay algo mas que la vida en todas las partes del universo; pues se descubre siempre en todas las cosas un pensamiento expresado, leyes observadas, pensamiento y leyes no de detalle tan solo, sino de conjunto; se destaca en todas las partes de la naturaleza una unidad tan perfecta y un órden tan constante, que la infusion de la Divinidad en cada cosa no explicaria nada, porque cada cosa se refiere al todo, y el todo necesita por consiguiente una preconcepcion que lo domine y que presida á su armonía y conservacion.

Pero el vicio del panteismo es mas radical. ¿Qué entiende él por vida? *El movimiento organizado.* Si analizamos estas dos palabras, observarémos que *movimiento* en su principio envuelve *una voluntad de su accion*, y que *organizado* significa *dispuesto con inteligencia*, de modo que la vida, en su mas lata acepcion, podrá definirse: *una voluntad inteligente en accion en el universo*, que es venir á parar de nuevo á la definicion que el antiguo panteismo daba de la Divinidad: *un espíritu que mueve el universo: Mens agitans molem.* Es decir, que no considerando el panteismo al universo y á la Divinidad mas que como un solo todo, y segun Espinosa, como un solo tronco, se pone en una doble y palpable contradiccion. Desde luego preguntarémos: porque el autor de la vida, el *mens*, fue mezclado con la materia universal y formó con ella un todo solidario, ¿era preciso que estuviese compues-

to de partes como ella sin que corriese peligro la solidaridad? Pero ¿de qué manera se concibe que una voluntad, una inteligencia, un espíritu esté compuesto de partes y les sea asimilable? Quitarle la simplicidad que le distingue, ¿no es quitarle la espiritualidad, y decir que un espíritu no es espíritu? En segundo lugar, la accion que el panteismo no puede recusar á la Divinidad sin destruirla, el *agitans molem* como toda accion, supone necesariamente dos cosas, el sujeto y el objeto, el *mens* y el *molem;* en cuyo caso, ¿qué hace el panteismo mezclándolo y confundiéndolo todo? Aniquila la accion y el espíritu, y deja una especie de naturaleza mónstruo, á la vez engendrando y engendrada, *natura naturans et natura naturata*, como dice Espinosa, en lo cual lo indivisible degenera en divisible, lo necesario en contingente, la causa en efecto, en una palabra, Dios en criatura. Mejor seria decir que esta existe por sí misma y negar á Dios, y así se evitaria otro absurdo mas. Hé aquí el cáos de contradicciones en que se han sumergido los panteistas: Malebranche los pintaba con mucha exactitud cuando decia de ellos: « Verdaderamente hay gen- «tes capaces de forjarse un Dios sobre una idea bien monstruosa: ó «no quieren ver nada, ó nacieron para buscar en la idea del círculo «todas las propiedades del triángulo [1].»

Es preciso, pues, negar la existencia de Dios ó conformarse á definirle como el Catecismo: «Dios es un espíritu infinito, que crió el «cielo y la tierra, y que es el soberano Señor de todas las cosas [2].»

Pero ¿cómo puede el hombre negar ese espíritu infinito sin negarse á sí mismo; cómo puede negar la inteligencia que brilla en el órden de todo el universo sin negar su propia inteligencia?

No exige esta prueba grandes esfuerzos de talento: basta ser capaz de reflexion y de racionalidad en el mas sencillo grado, para ver la

[1] Novena conversacion.—Bayle, dice Voltaire, halla la doctrina de Espinosa contradictoria y ridícula. Efectivamente, ¿en qué imaginacion cabe un Dios del cual todos los seres fuesen modificaciones, y que por lo mismo seria á la vez jardinero y planta, médico y enfermo, asesino y víctima, destructor y destruido? *(Notes sur les systèmes).*

[2] Cualquiera de las respuestas del Catecismo tan completas y á la vez tan sencillas y tan claras, que hemos aprendido sobre las rodillas de nuestras madres, hubieran encantado á los Platones y á los Anaxágoras. ¡Cuánta luz hubiera salido para ellos de la boca de uno de nuestros niños, si preguntado por el motivo de su permanencia en el mundo les hubiese contestado: «Para «conocer á Dios, amarlo, servirlo, y obtener por este medio la vida celes- «tial!»

manifestacion de un espíritu infinito en todo cuanto es objeto de nuestros sentidos.

Todas las cosas que vemos son de tal manera el reflejo y la expresion de la inteligencia, del órden, del poder, de la sabiduría, de la belleza y bondad infinitas, de Dios, en una palabra, que no parece sino que el objeto de su creacion fue el que nos contasen estas maravillas. La materia toma incesantemente la expresion de una calidad inmaterial; no cambia sus modificaciones sino para variar de lenguaje, y es como un sublime jeroglífico en movimiento perpétuo para transmitirnos el conocimiento de su autor. El mundo, segun la admirable expresion de san Pablo, *es un sistema de cosas invisibles visiblemente manifestadas* [1].

Y sin embargo, ¡hay ateos! ¡Ah! el hombre en no reflexionando es capaz de todo, y puede decirse que el hábito de ver las cosas nos impide considerarlas. ¿Qué seria de esos pretendidos ateos si parasen un momento su reflexion, no diré sobre sí mismos, sino sobre la mas comun de las obras de Dios, una hoja, un grano de trigo, un solo mosquito? Pero han estado viendo desde niños estas maravillas, estos prodigios, y se han acostumbrado y familiarizado con ellas antes de poder pensar con órden, reflexionar y examinar con deliberacion. Han llegado á mirarlas con desprecio, y han vivido rodeados de portentos sin siquiera apercibirse de ellos. Ellos mismos son la obra maestra de las manos de Dios, y de lo que menos se ocupan es de su propia existencia.

Supongamos hombres que hubiesen habitado siempre debajo de tierra, en hermosos y brillantes palacios, bien provistos de todo cuanto abunda en esas espléndidas moradas de los que se llaman felices: que sin haber salido nunca de semejante mansion, supiesen sin embargo que hay un Dios omnipotente, y que abriéndose de repente el abismo saliesen de aquella tenebrosa habitacion para venir donde estamos nosotros. Al contemplar la tierra, los mares y el cielo, la inmensidad del firmamento, la violencia de los vientos y ese sol tan brillante, tan hermoso, que por la emision de su luz hace nacer el dia en el espacio; y al cubrirse la tierra con las sombras de la noche, al ver esas innumerables estrellas de que la bóveda celeste está tachonada, esa melancólica luna, símbolo de la inconstancia del ser, el nacimiento y ocaso de los astros, su invariable regularidad y sus

[1] *Intelligimus aptata esse sæcula verbo Dei, ut ex invisibilibus visibilia fierent.* (Hebr. XI, 3).

perpétuos movimientos; al ponerse esos hombres enfrente de semejante espectáculo, ¿podrian dudar que efectivamente existe aquel gran Dios en quien ya creian, y que todo lo que ven es obra suya?

«Si un reloj, dice Voltaire con su *extraño* buen sentido, presupo-«ne un relojero, si un palacio indica un arquitecto, ¿por qué el uni-«verso no ha de demostrar una inteligencia suprema? ¿Cuál es la «planta, el animal, el elemento ó el astro que no lleve grabado el «sello de Aquel á quien Platon llamaba el eterno geómetra? Soy de «parecer que el cuerpo del mas pequeño animal prueba tal inmen-«sidad y tal unidad de designio, que deben á la vez admirarnos y «espantarnos. Ese miserable insecto no solo es una máquina cuyos «resortes se hallan perfectamente acomodados entre sí, y no solo ha «nacido y vive por medio de un arte que no podemos ni imitar ni «comprender, sino que su vida está en relacion inmediata con la na-«turaleza entera, con todos los elementos, con todos los astros... quien «no descubra en él inmensidad y unidad de designio que pruebe la «existencia de un Artífice inteligente, inmenso, único, es preciso «que esté completamente ciego... Nunca nos ha dado una prueba «completa de la no existencia de una inteligencia suprema [1].»

«Organizar en una materia informe todas las maravillas de un «cuerpo viviente, dice un distinguido naturalista, disponer los mús-«culos, los nervios, las vísceras, los órganos de los sentidos con pro-«funda sabiduría y admirable prevision, dar vida, movimiento é «*instinto* á esta carne inanimada, hé aquí una irrecusable atestacion «de un Dios: es necesario que la intencion preceda á la obra, *es «necesario una inteligencia para crear el instinto* [2].»

Para juzgar hasta qué punto la verdad de la existencia de un Dios es positiva, bastaria pasar la vista por los absurdos sistemas á que se ha recurrido para reemplazarla. ¿Puede imaginarse nada mas insensato que el sistema de Epicuro y de Lucrecio, que hacen nacer el mundo del acaso por medio de átomos mezclados y confundidos, que á fuerza de chocarse, adherirse y repelerse, llegaron al fin á formar las plantas, los animales, el hombre, la tierra y el cielo? Este sistema, que ha tenido la insigne gloria de ser refutado por Ciceron y por Fenelon, no merece en nuestros dias mas honra que reproducir aquí contra él la siguiente anécdota:

En la sociedad del baron de Holbach, despues de una comida muy

[1] Voltaire, *Notes sur les Cabales.*
[2] Virey, *Dict. d'hist. naturelle.*

sazonada de ateismo, propuso Diderot nombrar un abogado de Dios, y la eleccion recayó en el abate Galiani que se sentó y dijo: «Hallán-«dome en Nápoles, asistí á unos juegos de manos. El charlatan que «los hacia tomó una vez seis dados, y metiéndolos en un cubilete dijo «que haria salir parejas de tres. Sacó los dados, y efectivamente sa-«lieron como él habia prometido. Yo dije ¡va! esto es una casuali-«dad. Repitió la misma operacion, y yo reproduje iguales palabras. «Volvió á meter los dados en el cubilete, tercera, cuarta y quinta «vez, y los dados daban siempre idéntico resultado. ¡Por vida! ex-«clamé entonces, los dados deben ser falsos, y lo eran en efecto.

«Señores, al considerar el órden siempre renaciente de la natura-«leza, sus leyes inmutables, sus revoluciones siempre constantes en «una escala infinita, esa suerte única y conservadora de un mundo «como el nuestro, que reproduce siempre los mismos fenómenos, á «pesar de tantas casualidades, tantas perturbaciones y destruccio-«nes, no puedo menos de exclamar: ¡seguramente la naturaleza es «falsa!» Esta original agudeza en nada hizo mudar las convicciones de aquellos hombres burlones, pero tampoco tuvieron motivo para envanecerse con su ateismo [1].

Hay además otro argumento que pone la locura del ateo en una objecion completa. Platon lo expresa en estas palabras, que hace decir á uno de sus interlocutores: «Si creeis que tengo una alma inteli-«gente porque notais órden y concierto en mis palabras y acciones, «al contemplar el órden y armonía que reinan en el mundo deberéis «tambien decir que hay en él una alma soberanamente inteligente.»

La mas sencilla coordinacion en la esfera de las acciones humanas revela que la ha presidido la inteligencia. Nuestras mas sublimes concepciones, nuestras artes é industrias, y cuanto atestigua mas vivamente nuestra inteligencia, no es empero mas que una imitacion, un plagio de la naturaleza, cuyas inimitables perfecciones quedarán siempre fuera del alcance de todos los esfuerzos humanos. ¿Rehusarémos, pues, á sus supremos y divinos modelos la inteligencia que concedemos á las que no son mas que copias groseras? ¡Qué digo! el conocimiento de esos modelos, su sola penetracion es el encanto y la gloria de las mas elevadas inteligencias, y nos sirve para medir el talento de un Newton y de un Cuvier, y ¿habrá sido formado sin inteligencia lo que es objeto de este estudio? Mas por lo mismo que ha sido formado con inteligencia, es penetrable á nuestra inteligencia, es de-

[1] *Leçons de philosophie*, par Flottes.

cir *inteligible*, pues lo *inteligible* implica necesariamente en sí la *inteligencia*, como la palabra indica el pensamiento. Causa un verdadero asombro ver que el genio del hombre haya llegado á comprender el mecanismo de la naturaleza hasta el punto de poder fijar con anticipacion por minutos y segundos la reaparicion sobre nuestro horizonte de un cometa que pasó por él hace muchos siglos, y que reconstruya exactamente todo un animal antidiluviano y desconocido, con solo que tenga el pequeño hueso de un diente. De mí puedo decir, que mientras los demás admiran esos prodigios de la humana ciencia, yo me prosterno delante de ese grande Artífice que ha impreso en su obra la inteligencia y la armonía con tanta precision, que un ser tan limitado, tan pequeño, tan miserable como es el hombre en la creacion, haya podido conocer sus leyes y calcular su curso á través de tan insondables abismos. Y ¿qué sucederia si viésemos que el mismo genio del hombre, por el cual se dejan penetrar las leyes de la naturaleza, es tambien obra, pero obra mas perfecta de aquella mano que no solo ha fabricado el espectáculo de tantas maravillas, sino que ha fabricado además al espectador? Si no existiese una razon soberana que hubiese creado y ordenado el universo, seria preciso decir que no hay nada que sea superior al hombre. ¿Qué habria efectivamente en todo el universo mejor que él, que es el solo dotado en la razon, calidad que con nada puede compararse, y que tiene sobre la naturaleza la ventaja decisiva de conocerla cuando ella misma no llegará nunca á comprenderse? Y por otra parte, ¿no seria locura el pensar que nada hay superior al hombre cuando todo atestigua su fragilidad é impotencia, y cuando la perfeccion de las obras de la naturaleza está en una desproporcion tan gigantesca con todo cuanto él puede producir? Preciso es, pues, reconocer que por encima de las leyes de la naturaleza y de la razon del hombre que las contempla, y por el lado del espectador, y del espectáculo, está el espíritu soberano que los crió el uno para el otro y á entrambos para sí, y que el universo no es superior al hombre sino precisamente en presentar á su razon el reflejo de una razon superior que lo confunde.

«Convengamos, exclama Diderot [1], en que seria un gran desatino «negar á nuestros semejantes la facultad de pensar. — Pero ¿qué si«gue de aquí? — Que si el universo, digo mal, si el ala de una ma«riposa me presenta rasgos mil veces mas pronunciados de una inte-

[1] Diderot, citado por el editor de la *Razon del Cristianismo*, y por el de la obra de Delauro-Dubez.

«ligencia soberana que vos no teneis indicios de que vuestro semejante está dotado de la facultad de pensar, es una locura mil veces «mayor el negar que hay un Dios, que negar que vuestro semejante «piensa. Confio esta reflexion á vuestras luces y á vuestra conciencia. ¿Habeis observado alguna vez en los raciocinios, en las acciones y en la conducta de un hombre cualquiera mas inteligencia, «mas órden, mas seguridad y consecuencia que en el mecanismo de «los insectos? ¿No se ve tan claramente impreso el sello de la divinidad en el ojo del arador como la facultad de pensar en los escritos «de Newton? ¡Y qué! el mundo formado ¿probaria menos inteli- «gencia que el mundo explicado? ¡Qué locura! Pues bien, pensad «que no os he aducido mas que el ala de una mariposa, siendo así «que podria aplastaros con todo el peso del universo.»

¿Quién, en efecto, puesto á la vista de la naturaleza, solo con ella, al contemplar la bóveda del cielo y el rodar majestuoso de los mundos sobre su cabeza... al admirar una simple flor, no sorprenderá, por decirlo así, la mano de Dios en su obra, no reconocerá la filiacion de la inteligencia que la formó, no descubrirá á Dios en la naturaleza, y no conocerá que solo él es la fuente de la inteligencia y del pensamiento, de la sabiduría y de la hermosura?

«He visto á Dios de paso y por la espalda, como Moisés, exclama «el ilustre Linneo, lo he visto y me he quedado mudo, herido de ad- «miracion y de asombro. He acertado á descubrir las huellas de sus «pasos en las obras de la creacion, y he visto que en todas estas obras, «aun en las mas pequeñas y en las que parecen nulas, hay una fuer- «za, una sabiduría, una perfeccion inexplicables [1].»

V. *Prueba sacada de la existencia de los espíritus.* Si Dios nos hace sentir su presencia en el órden físico, no se revela con menos fuerza en el órden metafísico y moral.

Cerrando los ojos para todo el universo, y concentrando mi atencion en el interior, en la parte mas íntima de mi ser, siento que soy *espíritu,* es decir, sustancia inmaterial dotada de espontaneidad, de sensibilidad, de inteligencia, de conciencia y de una simplicidad de

[1] Linneo, citado en la *Razon del Cristianismo.*—Hé aquí, además, en otro órden de inteligencia, un pensamiento no menos notable que el de Linneo: Preguntaban un dia á un pobre árabe del desierto, ignorante como cási todos ellos, cómo se habia asegurado de la existencia de Dios.—«De la misma ma- «nera, contestó, que conozco por las huellas impresas en la arena si ha pasado «por ella un hombre ó una bestia.» (*Viaje en Arabia,* de Mr. Darrieux).

existencia que se resume en la indivisibilidad que llamamos *yo*. Me es igualmente fácil reconocer que este *yo* no siempre ha existido; que no me he dado yo mismo el ser; que no depende de mí el conservarlo; en una palabra, que no traigo en mí mismo la existencia, y que esta *causa*, cualquiera que sea, de la cual provenga y de quien dependo, existe en alguna parte fuera de mí.—Hasta aquí es imposible contradecir este raciocinio, y por consiguiente debe existir un ser que haya creado mi alma y que la conserve.

Pero ¿quién es este ser? no lo sé todavía: sin embargo, á pesar de no saber lo que es, sé positivamente lo que no es, sé con toda certidumbre que no es esta materia universal en que mi cuerpo se halla sumergido. Esta materia pudo muy bien haber servido para la formacion de mi cuerpo, porque ambos son de mi naturaleza; pero es imposible que haya entrado para nada en la creacion de mi alma, cuya sustancia excluye la suya. Es imposible que lo compuesto haya producido lo simple, que lo inerte haya hecho lo espontáneo, que lo que no siente ni conoce haya engendrado lo que no vive sino de sentir y conocer y de distinguir asimismo de todo lo que lo rodea. Seria preciso que la materia no solo estuviese dotada de inteligencia muy superior á la nuestra para que hubiese podido producirla; vemos claramente que no la posee ni siquiera para sí misma en el mas ínfimo grado. De consiguiente el principio originario de mi espíritu no ha podido ser esa materia universal.

Este principio, pues, debe ser inmaterial ó espiritual como yo. Es preciso que esa cosa que me hizo alma y espíritu sea tambien ella misma alma y espíritu. Y si, como hemos visto ya, debió preceder inteligencia para dar á la materia movimiento y armonía, y si fue necesaria inteligencia para criar el instinto, con mucha mas razon debe haber habido inteligencia para dar inteligencia á los seres humanos. Aquí este raciocinio llega al estado de evidencia. «El espíritu huma- «no, dice Ciceron, debe remontarnos á otra inteligencia superior que «sea divina. *¿De dónde hubiera sacado el hombre el entendimiento de «que está dotado?* dice Sócrates. Sabemos que á un poco de tierra, «de fuego, de agua y de aire debemos las partes sólidas de nuestro «cuerpo, el calor y la humedad que en él se hallan y el mismo soplo «que nos anima; pero, ¿dónde hemos encontrado, de dónde hemos «tomado la razon, es decir, el espíritu, el juicio, el pensamiento, la «prudencia y todo cuanto en nosotros es tan superior á la materia [1]?»

[1] Ciceron, *De natura Deorum*, lib. II, n. 6.

Es, pues, indispensable que exista algun ser que tenga en sí mismo, y haciendo parte de su esencia, todas esas cualidades que me han sido comunicadas, y que sea como el tipo de mi estirpe espiritual. Así, ya que ese espíritu debe de ser eterno por sí mismo ó haber recibido inmediatamente y como en última apelacion la existencia de algun otro espíritu superior que posea todas estas perfecciones en el mas infinito grado, se sigue naturalmente, que hay un criador inmaterial de quien se deriva toda inteligencia, y al cual llamamos *Dios*. En resúmen, si se puede decir: YO PIENSO, luego YO SOY, se puede tambien añadir: YO SOY, luego HAY DIOS [1].

VI. *Prueba sacada de la idea de lo infinito.* Hasta aquí nos hemos remontado á la idea de la Divinidad solo por medio del raciocinio: ahora esta idea va á presentársenos por sí misma y sin otro auxilio que la simple percepcion.

La idea de Dios es inseparable del entendimiento humano, es el elemento dentro del cual se mueve nuestra inteligencia, el molde en que se vacian nuestras ideas, hasta tal punto que los mismos que lo niegan no pueden encontrar argumentos contra su existencia mas que en aquellas prenociones que necesariamente la suponen.

Esta prueba exige grande atencion, porque es puramente metafísica: sin embargo, voy á presentarla de un modo muy perceptible.

Borremos en primer lugar el nombre de Dios, nombre que no diciendo nada por sí mismo, y siendo de mera convencion, ha llegado por la costumbre á ser como un velo que cubre lo mismo que expresa. En vez del nombre tomemos la idea.

¿No es verdad que todos tenemos la idea de alguna cosa *infinita?* Esto no admite duda, porque poseemos el nombre, y el nombre presupone infaliblemente la idea. No digo todavía que la idea supone la realidad, y me limito por ahora á establecer el hecho de que esta idea

[1] «Cuando alzo al cielo los ojos, dice el impío, creo descubrir señales de «la Divinidad; pero cuando miro á mi rededor... Mira á tu interior, le con«testaríamos; y ¡desgraciado de tí si esta prueba no te basta! En efecto, no es «menester sino bajar al fondo de nosotros mismos para reconocer en nosotros «la obra de una inteligencia soberana que nos ha dado la existencia y la con«serva. Esta existencia es un prodigio que cási no nos causa impresion porque «es continuo, y á pesar de esto á cada instante nos recuerda un poder supre«mo del cual dependemos. Pero cuanto mas sensible es el sello de su accion «en nosotros y en lo que nos rodea, mas obligados estamos á buscarla en los «objetos minuciosos y frívolos.» (D' Alembert, *De l'Abus de la critique en matière de religion*, cap. 7).

existe. Tenemos la idea de cierta cosa infinita en todas las condiciones del ser: infinito en duracion, infinito en espacio, infinito en poder, infinito en toda clase de perfecciones. Á cada paso usamos los nombres *im-perfecto*, *des-ordenado*, *in-justo*, *de-fectuoso*, *im-potente*, lo cual da por establecido que las ideas que de las cosas tenemos se derivan de la idea primera de una cosa ABSOLUTA en perfeccion, en órden, en justicia, en santidad, en poder: de un Ser que no puede medirse y por el cual se miden todas las cosas, que existe por sí mismo y sobre todo lo demás: Ser necesario, superior á todos, sin restriccion, INFINITO, para decirlo de una vez. Los nombres relativo y finito que usamos á cada paso se refieren sin remedio al *absoluto* y al *infinito*. Si todo fuese relativo y finito, nada lo seria, ó por lo menos no repararíamos en ello. No se concibe lo limitado, sino suponiéndole un término, que es una pura negacion de otra extension mayor, dice Fenelon, como si dijéramos la privacion y ausencia de lo infinito. Y no pudiéramos concebir la privacion de lo infinito, si no concibiésemos antes el mismo infinito, á la manera que no podríamos formar idea de lo que es enfermedad, si no concibiésemos primero la salud, de que aquella no es mas que una privacion. —No se diga, que la idea que se tiene del *infinito* no es otra que la del *indefinido*, y que por ella atendemos un objeto cuyos límites nos son desconocidos, pero que sin embargo existen, sin otra diferencia que la de ser mas ó menos exteriores, y siempre determinados. No es esto ciertamente: si fuese así, nos bastarian los nombres finito é indefinido, y no hubiéramos acudido á un tercer nombre, si no tuviésemos tambien una tercera idea. Léjos de esto, la voz *indefinido* hace mas significativa y vigorosa la voz *infinito*, reservándolo para expresar la idea de una cosa que no tiene fin, sea esta conocida ó desconocida, fija ó vaga: en una palabra, una cosa cuyo fin no existe. *Indefinido* aleja y suspende el límite, *infinito* lo excluye totalmente. Tal es el concepto del nombre infinito en todas las aplicaciones que de él hacemos. El espíritu se pierde sin duda en semejante idea, no la entiende, pero la concibe, y tan bien concebida, que nada puede concebir sin ella. La idea, pues, del infinito existe inseparablemente en el espíritu humano.

Y esta idea, pregunto yo, ¿tiene una realidad de la clase que llaman *objetiva*, ó es meramente una quimera? ¿Existe positivamente un ser que sea infinito en todo?

Bastaríame contestar que es absurdo el decir que por una quimera medimos todas las realidades, ó sean todas las cualidades relativas

que atribuimos á las cosas. Si la suprema perfeccion es una quimera, serán quiméricos tambien todos los juicios que formemos sobre los diversos grados de perfeccion de las demás cosas, y todo desaparece ante una indiferencia completa ó una negacion absoluta.

Voy á dar á mi demostracion una ilacion mas matemática. La nada es invisible: donde nada hay absolutamente, nada se ve.

Por consiguiente, cuando tenemos idea de algun objeto, una de dos: ó la recibimos de la impresion *que este objeto* produce en nuestro espíritu, y entonces la idea es verdadera, ó bien la forjamos dentro de nosotros mismos á semejanza de otro objeto que nos la sugiere, y entonces no es mas que una imitacion, una idea prestada y por lo mismo falsa.

De aquí deduzco que si existe una idea que no pueda habernos sido sugerida por algun objeto extraño, preciso es que venga directa é inmediatamente de su objeto propio, y que este objeto exista y sea verdadero.

Tal digo yo que es la idea del infinito: solamente lo infinito puede representarse á sí mismo: si no existiese, no tendríamos su imágen en nuestra mente. Si no tengo á mi alcance otra cosa mas que lo limitado, ¿cómo puedo sacar de ello la idea de lo infinito? Esto es matemáticamente imposible, porque en lo menos nunca puede verse lo mas: no pueden verse cien realidades donde no hay mas que cuarenta; porque entonces se verian sesenta que no existirian, y la nada ni es visible ni inteligible.

¿Me diréis quizás que añadiendo lo finito á lo finito se llega al fin hasta la idea de lo infinito? Este es el punto donde os aguardo. Sumad cuanto quisiéreis, en el total nunca encontraréis mas que las partidas que hubiéreis acumulado, y como solo habeis echado mano de lo finito, no obtendréis mas que una suma finita tambien. Agregad cuanto se os antoje lo finito á lo finito, y todos vuestros esfuerzos conseguirán todo lo mas haber alejado mas allá y ensanchado los límites de lo finito. La diferencia entre lo finito y lo infinito no es una diferencia de extension, sino de naturaleza, y como la extension de un objeto finito, por grande que fuere, solo consiste en el ensanche y no en la supresion de sus límites, resultará que en cualquier punto donde la lleváremos nos hallaríamos siempre tan léjos de lo infinito como lo estamos en el primer punto; es decir que no hay punto de partida desde lo finito á lo infinito.

¿Diréis que para formar esta idea de lo infinito por lo finito su-

primiréis los límites de este último? Entonces llegaréis no á la idea de lo infinito, sino á la nada. Porque ¿qué es suprimir los límites de una cosa finita? Suprimir la misma idea de lo finito: y siendo esto lo único que teníais, ya nada tendréis, si de otra parte no teneis una idea con que llenar esta sima, y esta idea es la de lo *infinito*.

Lo que sobre esto nos engaña es el no observar que léjos de poder formar la idea de lo infinito por lo finito, es porque la realidad es cabalmente lo contrario, y que, como ya hemos visto, solo por la presuposicion de la idea de lo infinito venimos á concebir la idea de lo finito. Aplicada esta á cualquier objeto que sea, al espacio, al tiempo, á la belleza, á la perfeccion de toda especie, presupone ya la idea del espacio, del tiempo, de la misma perfeccion tomada absolutamente y sin restricciones, tipo al cual referimos y ajustamos el movimiento de lo finito, segun aquella bellísima definicion del tiempo, sacada de Platon: *el tiempo, móvil imágen de la inmoble eternidad;* de suerte que cuando de la idea de lo finito nos remontamos á la de lo infinito, no hacemos mas que volver á la fuente primitiva en que hemos bebido la idea de lo finito.

Pero ¿por dónde hemos concebido la idea de lo infinito?... Es imposible decirlo.

Resulta, pues, que bajo cualquier órden de ideas lo finito no puede ser el tipo general de lo infinito, que en ninguna cosa puede ser comprendido, y por ninguna otra representado, sino que es modelo y tipo de sí mismo. Y si la mente ve lo infinito, preciso es que ello exista en realidad, porque no siendo la nada ni visible ni inteligible, lo que se ve sin objeto preexistente y sin velo intermedio existe necesariamente por sí mismo: Es LO QUE ES.

Y este ser infinito por esencia, actualmente existente, como la idea que lo representa á mi espíritu, ó por mejor decir, este ser cuya idea no es mas que su presencia, su vision inmediata, es precisamente lo que llamamos Dios.

«Este Ser, dice Newton, es eterno é infinito, todo lo puede y todo «lo sabe, es decir, que existe desde la eternidad y durará por toda «la eternidad, está presente en todas partes desde lo finito hasta lo «infinito, todo lo gobierna y todo lo conoce, lo que es y lo que pue- «de ser. No es la eternidad ni la inmensidad, pero es eterno é in- «menso; no es la duracion ni el espacio, pero dura siempre y todo «lo llena con su presencia, y existiendo continuamente y donde quie- «ra, constituye el tiempo y el espacio. Como todo punto indivisible

«del espacio existe en todos los instantes del tiempo, y todo instante «del tiempo existe en todos los puntos del espacio: él es el autor y «el árbitro de todas las cosas en todo tiempo y en todo lugar [1].»

Nuestro espíritu no puede abarcar esta profunda idea de Dios, es una verdad, y todo el genio de Newton, al quererle definir, no hace mas que tartamudear su nombre, pero es cabalmente lo que mejor le define, segun este bello pensamiento de Tertuliano: «Nada nos «da una idea tan magnífica de Dios como esta misma imposibilidad «de definirlo; su infinita perfeccion lo descubre y al mismo tiempo «lo oculta á la vista de los hombres [2].»

VII. *Prueba sacada de la existencia de las verdades necesarias.* Esta última prueba se enlaza con la precedente y es como su consecuencia. Sin embargo, la idea de Dios va á resultar de ella mas perceptible, ó por mejor decir, mas palpable para nuestra mente.

Hay verdades que han permanecido inmóviles desde el principio del mundo y que de seguro permanecerán tales hasta su fin, por mucho que tarde: hablo de aquellos principios primitivos, de aquellas leyes eternas de la razon y de la conciencia que gobiernan el mundo de los espíritus en el órden intelectual y en el órden moral.

En el mundo intelectual, por ejemplo, todos los primeros principios geométricos, tales como la naturaleza y propiedades del triángulo, del cuadrado, del círculo, ó las proporciones de las figuras, se hallan en el mismo caso, que siempre han sido y serán las mismas; ni siquiera concebimos que hayan podido tener algun principio, ni que en tiempo alguno *dos y dos* no hayan sido *cuatro*. Decir que esto ha sido un trato convencional entre los hombres seria absurdo, porque es evidente que esta verdad no depende de ellos: mas bien ellos dependen de esta verdad que han hallado ya establecida, y que quedaria tal aun cuando desapareciesen todos. Lo mismo sucede con las demás verdades preexistentes y necesarias que están al frente de todos los

[1] *Philosophiæ naturalis principia.* — Esta profunda definicion de la Divinidad no aventaja con todo á la del Catecismo, del cual solo es un magnífico comentario.

[2] Tertul. *Apolog.*, 17. — Esta hermosa prueba de Dios, deducida de la idea de lo infinito, de la cual se atribuye el honor á Descartes, no es suya ciertamente: es de varios Padres de la Iglesia, y entre ellos de san Anselmo. — Por lo demás debo advertir que esta prueba no presupone que la idea de Dios sea innata en el alma de cada uno de nosotros, pero sí en el género humano. Me explicaré mas extensamente en el capítulo: *De la necesidad de una revelacion primitiva.*

órdenes de ideas. Son la piedra de toque de nuestros juicios, y por ellas en todo tiempo y lugar distinguimos lo verdadero de lo falso.

Lo mismo acontece en el órden moral: nuestras acciones y pensamientos no son indiferentemente buenos ó malos; á unos llamamos justos y á otros injustos, distincion que nunca varia, ni sucede á los tiempos, ni se acomoda á los intereses particulares, ni ha sido jamás escrita, ni ha tenido necesidad de serlo. Cada uno de nosotros la trae escrita en el fondo de su conciencia privada, y todos juntos la tenemos en la conciencia pública. Ella es la que domina y regula de su propia autoridad así las naciones como los indivíduos, así los siglos como los dias. Los historiadores de cualquier país que sean no tienen necesidad de caracterizar los hechos que refieren, les basta exponerlos y entregarlos á esa conciencia universal del género humano, que ningun poder puede abolir, como dice Tácito, para que la unánime posteridad deje de darles la corona del aplauso, ó la marca infame del vituperio.

Ahora bien, esta razon universal, esta verdad perdurable, increada, eterna, infinita, inmóvil, donde vienen á encontrarse todas las sendas de nuestra inteligencia y de nuestro sentimiento, como en el punto céntrico de todo el mundo moral, supone necesariamente una inteligencia suprema, igualmente infinita é increada, como lo es ella, la que es el asiento donde aquella reside, la mente que la concibe la formula eternamente, de la que es la hija y el verbo, que la comunica toda su fuerza y divinidad. «El rey del Olimpo es su padre, dice «un poeta antiguo hablando de esta ley del humano entendimiento; «no procede del hombre, nunca se borra de su alma, en ella hay «un Dios, el Dios supremo que no envejece jamás [1].» «Esta ley ver«dadera y primitiva, dice Ciceron, que es nuestra regla y nuestra «defensa, es la recta razon del Dios todopoderoso [2]. — Universal, in«variable, eterna, nos enseña el bien y nos separa del mal, no pue«de ser derogada ni alterada: ni el pueblo ni el senado pueden dis«pensar á nadie de su obediencia; ella es intérprete de sí misma, y «no es una en Roma y otra en Atenas, una hoy y otra mañana; ley «inmutable y santa, que regirá en todos tiempos y en todas partes, «y con ella está el Dios que la ha hecho, discutido y sancionado, el «Dios árbitro y soberano del universo [3].»

[1] Sófocles, *Edipo rey*, vers. 863.
[2] *De las leyes*, lib. II.
[3] *De republica*, lib. III, n. 17.

La única objecion especiosa, para concluir, que se ha opuesto contra la existencia de Dios, la que se saca del desórden moral de este mundo, desaparece ante esta última prueba, y no solo desaparece, sino que se convierte con toda su fuerza á favor de la verdad que quiere combatir.

Porque ¿quién no ve que para hacer el argumento del DES-ÓRDEN, es preciso tener préviamente la idea positiva del ÓRDEN inmutable y necesario?

Si no existe el principio del ÓRDEN, no puede existir ni siquiera concebirse la idea del DES-ÓRDEN, y entonces la argumentacion se destruye por sí misma, pues en el mero decir que hay DES-ÓRDEN se conoce desde luego la existencia de un ÓRDEN preexistente é inmutable, que acusa y condena lo DES-ORDENADO. Y este ÓRDEN preexistente y no sujeto á mudanza es el mismo Dios, de donde se infiere que el argumento del ateo se apoya en Dios para combatirle, y lo demuestra cuando le impugna. — «¡Ah! ¡estos señores, dice muy «ingeniosamente Mr. de Maistre, saben que ese Dios, que para ellos «no existe, es justo por esencia: conocen los atributos de un ser qui- «mérico, y son capaces de decirnos á punto fijo como seria Dios si «por acaso hubiese uno! Á fe que entre todas las locuras esta es la «mas peregrina[1].»

Lo que por el contrario es realmente admirable, lo que prueba irresistiblemente la Divinidad, es que el desórden moral de este mundo, este océano siempre borrascoso, no haya llegado jamás á sumergir la conciencia del órden: que al través de sus mas horrorosas tormentas se hayan mantenido siempre firmes é inflexibles las columnas de lo justo y lo injusto, y que el tiempo que se lleva siempre tras de sí los errores y las pasiones humanas no haya hecho mas que dar nueva fuerza á la virtud y nuevo lustre á la verdad.

Por lo demás, si el desórden es la consecuencia necesaria de la libertad moral, tambien lo es la responsabilidad, y á no ser que neguemos el libre albedrío, hemos de convenir en que ella es el mayor correctivo, ó por mejor decir la reparacion del desórden producido; responsabilidad inexorable que sigue los pasos del perverso, protesta incesantemente contra sus delitos, y levanta hasta por encima de las testas coronadas los preparativos del suplicio que se anticipa durante la vida por medio del remordimiento. Sean testigos de esta verdad las palabras de un soberano del mundo, que demuestran cuán

[1] *Veladas de San Petersburgo*, t. II, pág. 124.

convencido se halla de la existencia de otro soberano superior á él. «¿Qué podria yo escribiros, padres senadores, ó cómo os escribiria? «Ó mas bien ¿deberia yo pensar en escribiros en este momento? Si «lo sé, dénme los Dioses una muerte mas cruel que esta que me tiene «en perpétua agonía [1].» ¡Tanto le atormentaba, añade este grave historiador, el recuerdo de sus infames atentados! ¡Y tanta razon tenia Sócrates en afirmar que si se abriese el pecho del perverso veríamos su corazon traspasado y destrozado por mil agudos dardos!

¡Qué prueba mas patente de la existencia de Dios que estos suplicios de una conciencia culpable, *esos cardenales impresos por un azote invisible!* Así dice el poeta:

> .... *Et surdo verbere cædit*
> *Occultum quatiente animo tortore flagellum!*
> *Pœna autem vehemens...* [2].

¿Quién no conoce ese fiscal formidable que dia y noche llevamos en nuestro propio seno? ¿quién no ha oido esa voz delicada é incorruptible que previene todas nuestras acciones con sus consejos y las persigue con su censura, que habla á los mismos que no la consultan, que grita cuando mas queremos sofocarla, á menos que á fuerza de crímenes hayamos dejado de ser hombres, que en medio del tumulto de las pasiones nos dirige palabras severas, amenazadoras, terribles, mas penetrantes que una espada de dos filos, y nos dice, ¿á dónde vas? detente; ¿qué has hecho? ¡prevaricante!

Voz eterna, independiente, universal; que no necesita intérprete, y á la que entienden todos los pueblos: voz, en fin, que consuela á los hombres en su miseria, y espanta á los malos en medio de su opulencia, y que en su imperioso tono ostenta una autoridad inmutable, infinita, que es Dios.

Así pues, en resúmen de este importante capítulo, vemos que todo prueba la existencia de un Dios:

1.° El sentido íntimo lo revela, y el sentido comun lo proclama;

2.° Su necesidad resulta de la misma existencia de los seres contingentes que pueblan el universo, como causa primordial de todos ellos;

3.° El movimiento universal es por todas partes testimonio completo del impulso recibido de su omnipotente voluntad;

[1] Tácito, *Anales*, lib. VI, n. 6, carta de Tiberio.
[2] Juvenal, *sátira XIII.*

4.° La armonía del mundo entona un himno de gloria á su inmensa sabiduría;

5.° Nuestras almas vuelven á él, como los rios al mar, y se mueven en su seno como los cuerpos en el espacio;

6.° Se nos aparece constantemente en el fondo de todas las cosas, y en esa idea de lo infinito que nos atrae, y nos sigue donde quiera;

7.° En fin, él mora y platica con nosotros en el recinto de nuestra conciencia, y se muestra asimismo á los indivíduos, á las familias, á las sociedades, á los imperios, á todo el género humano, por una ley imprescriptible é inviolable.

Así toda la inteligencia, sin exceptuar la mas oscura y atrasada en la carrera de la civilizacion, reconoce el GRANDE ESPÍRITU, y si una razon ciega en las cabezas de algunos pobres filósofos ha podido negarse á sí misma, negando su autor y su modelo, no les ha sido posible abandonar el mundo sin legar á la humanidad la confesion de su error, y sin dejar de levantar el grito sublime de la verdad que toda su vida se habian empeñado en sofocar.

Dos materialistas famosos han sido en el espacio de cincuenta años los fundadores y jefes de sus escuelas: el doctor *Cabanis*, y el doctor *Broussais*; y los dos al morir han dejado una retractacion motivada de su lúgubre sistema. No puedo concluír mejor que copiando los dos:

Retractacion de Cabanis [1].

«El alma, léjos de ser el resultado de la accion de las partes, es «una sustancia, un ser real, que con su presencia *inspira* en los ór«ganos todos los movimientos que constituyen sus funciones, con«serva mútuamente unidos los elementos, empleados por la natura«leza en su combinacion, y los abandona á la descomposicion desde «el momento en que de ellos se separa para siempre.

«El espíritu humano no está destinado á comprender que todas las «operaciones de la naturaleza se verifican sin precision y sin objeto, «sin inteligencia y sin voluntad. Ninguna analogía, ninguna seme«janza le conduce á semejante resultado: todas al revés le hacen mi«rar las obras de la naturaleza como el efecto de operaciones com«parables á las de su espíritu en la produccion de las cosas mas sá-

[1] *Carta á Mr. F.* inserta en todos los diarios de su tiempo, y en la *Revista francesa*, en diciembre de 1838, de donde yo la tomo.

«biamente combinadas, las cuales no se diferencian de aquellas mas «que por un grado de perfeccion mil y mil veces mayor: lo cual le «hace concebir la idea de un ser inteligente que las concibió y de una «voluntad que las ha ejecutado, sabiduría altísima y voluntad eficaz «y atenta á los mas minuciosos pormenores, dotada la una de un po- «der inmenso, y la otra de una prolijidad extremada.—Lo confieso: «paréceme, lo mismo que á muchos filósofos, á quienes no se pue- «de acusar de sobrada credulidad, que la imaginacion se resiste á «concebir como una causa ó causas privadas de inteligencia puedan «crear tantas maravillas; y creo, como el gran Bacon, que para «negar con formalidad la causa primera, es preciso ser tan crédulo «como para dar asenso á todas las fábulas del Talmud.»

Retractacion de Broussais [1].

Esta retractacion no es tan explícita como la anterior, pero es quizás mas significativa; porque descubre la tortura moral del espíritu de sistema luchando con la fuerza de la verdad, siendo por lo mismo mas fuerte cuanto mas violentamente combatido fue el homenaje que rinde *Broussais* á su última conviccion.

«Á MIS AMIGOS, Á SOLOS MIS AMIGOS.

«RESEÑA DE MI OPINION Y DECLARACION DE MI FE.

«*Tengo, lo mismo que otros muchos, el sentimiento íntimo de que* «*todo lo que existe ha sido ordenado por una inteligencia:* procuro in- «dagar si ella es la que todo lo ha criado; pero no puedo alcanzarlo, «porque la experiencia no me ha representado un hecho de creacion «absoluta... Mas sobre todos los puntos debo confesar que en mis «facultades intelectuales no tengo mas que conocimientos incomple- «tos, y *siento* una inteligencia ordenadora, que no me atrevo á lla- «mar creadora, *aunque tal debe ser.*»

Triste es á la par que consolador para la humanidad el ver como los talentos tan eminentes como *Cabanis* y *Broussais*, campeones del

[1] Este documento se insertó íntegro en 1839 en la *Gaceta médica de París*, y se repitió por extracto en 1841 en el periódico titulado *El Derecho*, con ocasion de un litigio entre su secretario y sus herederos sobre la propiedad del manuscrito.

materialismo en todo el curso de su vida, muriendo en todo el vigor de la edad, borran con una plumada todos sus famosos escritos, para no dejar á las generaciones venideras mas que tres ó cuatro palabras de aquella eterna verdad, por la cual empezamos todos.

Se ha erigido una estatua á Broussais: ignoro qué inscripcion se ha grabado en su base; pero me gustaria leer en ella esta retractacion, como una grande leccion dada al espíritu humano, para enseñarle que por soberbias que sean las olas de su arrogancia hay un nombre escrito en la playa ante el cual todos deben inclinarse.

CAPÍTULO III.

INMORTALIDAD DEL ALMA.

Nos hallamos en presencia de una verdad decisiva. El alma ¿es inmortal ó no lo es? La respuesta á esta pregunta deberá influir poderosamente en nuestros sentimientos y creencias. Si nuestras convicciones salvan alguna vez los límites de este mundo, nos detenemos á la vista de un porvenir misterioso, donde podrémos ser felices ó desgraciados, segun el uso que habrémos hecho de nuestra libertad en el tiempo presente. Todos nuestros pensamientos y deseos, todas nuestras acciones se enderezan y ordenan entonces bajo la impresion de esa perspectiva de inmortalidad, y desde luego se establece una inevitable relacion entre las dos vidas, ó mejor entre las dos edades, semejante á la que hay aquí bajo entre la juventud y la vejez, la vida y la muerte. Este es el motivo porque sentimos á veces la necesidad de saber qué es ese otro mundo, del cual podemos hallarnos habitantes en el instante menos pensado, y porque queremos examinar lo que en él nos espera, y lo que debemos hacer para que nos quepa en él un sitio dichoso. Cuando nos constituimos en tal estado, ya no se nos presenta la Religion como una importuna enemiga de nuestros placeres, sino como una benévola y compasiva mensajera que nos trae la *buena nueva* de nuestros intereses eternos, y que desde esta vida recoge y transporta á la otra los sacrificios y virtudes que nos inspira para que sean como las provisiones de nuestra inmortalidad.

Esta verdad es por lo mismo de grandes consecuencias, y por esto nuestra razon es mas lenta en recibirla y creerla, que en recibir y creer las simples verdades precedentes del *alma* y de *Dios*. Es clara como ellas, pero el peso de sus resultados excita en nuestro entendimiento mas resistencia y mas dudas. Tal es, en efecto, la suerte de la verdad: el homenaje que le rendimos no está siempre en armonía con la luz que despide, sino con las consecuencias que importa, y á veces cuantos mas derechos tiene sobre nuestro corazon mas se le opone nuestro entendimiento. Á medida que vayamos adelantando en la série de verdades que nos hemos propuesto exponer, se nos ofrecerá ocasion de notar este secreto vicio de nuestra voluntad, de la cual es necesario que desconfiemos, y que desembarazando nuestro juicio de las preocupaciones interesadas del corazon, consideremos cada cosa en sí y con ojos verdaderamente filosóficos.

Pertrechados ya contra este obstáculo, entremos de lleno en la gran cuestion de nuestra inmortalidad.

§ I.

I. Desde luego quiero reproducir el primer argumento por cuyo medio empezamos á reconocer en nosotros la existencia de un principio espiritual.

Porque tenemos idea de la inmortalidad del alma, es necesario que esta idea esté fundada en la realidad, es imposible señalarle otro orígen que no sea la misma *vista* de esta inmortalidad existente en nosotros. Es una de esas ideas que no pueden formarse, por decirlo así, sino sobre el original, y segun su naturaleza. De otro modo, ¿á dónde hubiéramos ido á buscar esa idea de inmortalidad, y de dónde nos hubiera venido ni la conjetura de ella, supuesto que todas las apariencias sensibles y exteriores están en contra de ella? Todo muere en este mundo, únicamente se conservan las especies; los indivíduos perecen para no volver á existir. No hay ejemplo de un solo ser cuya individualidad haya escapado á la general destruccion, ó haya revivido despues de aniquilarse. Todo nos habla el lenguaje de la muerte, por esto en todas las cosas no sabemos ver sino su idea.

Por otra parte, nada hay en lo exterior de nuestra humana naturaleza que pueda hacernos sospechar una derogacion de la ley general en favor suyo. Cuando el hombre muere, cuando está muerto, nada dice á nuestros sentidos que esta muerte no es tan completa y

tan definitiva, como la de una bestia ó la de una planta. El fenómeno natural es idénticamente el mismo, é incesantemente oimos repetir entre nosotros y leemos en los Libros sagrados, que el hombre pasa como la flor de los campos, y muere como la yerba de los prados.

> ¿Qué sois, mortales? Hojas que en estío
> Desde la copa que se eleva al cielo
> Cubrís la tierra so un dosel sombrío,
> Y al cansado viandante dais consuelo;
> Pero los soplos del movimiento frio
> Os barrerán ya secas por el suelo,
> Y cuando fuéreis pasto de la llama
> Con nuevas hojas se ornará esta rama [1].

¿De qué modo, pues, la idea de nuestra propia inmortalidad ha podido penetrar, germinar y florecer en medio de tantos estorbos, en el seno de esta destruccion universal en que respiramos, en el centro de este sepulcro de nuestra vida mortal en que nos hallamos encerrados? ¿Por qué no ha habido nadie que haya pensado en unir esta idea al principio orgánico ó vital de la planta ó de la bestia, y todos cási sin titubear la unen al principio vital de ese otro *mortal* que llamamos hombre? ¿De dónde proviene que solamente á sí mismo se da este el adjetivo *mortal*, que es lo que parece contrariar en el mas alto grado la idea de su inmortalidad? ¡En un mundo donde todo es *mortal*, el hombre reserva para sí solo esta calificacion, como si todo fuese *inmortal* menos su propia persona!

Pero no, la verdad está en la parte inversa del cuadro, y vamos á ver el motivo por que tiene el hombre precision de decir que en cierta manera y en su cuerpo es *mortal*. La muerte para él es un accidente; para los demás seres es todo su destino. Se da el hombre la calificacion de *mortal*, porque en el fondo y sustantivamente todo en él está diciendo que no lo es: la muerte no lo toca mas que *ad-jetivamente* en la esencia de su ser: y se llama *mortal*, porque tiene necesidad de ello, aunque continuamente toda la naturaleza se lo grita. Inventa pompas y ceremonias sensibles que le recuerdan que es polvo: MEMENTO HOMO QUIA PULVIS ES, ET IN PULVEREM REVERTERIS; y de seguro que sin esto se desvaneceria y se creeria inmortal hasta en su cuerpo; ¡tan innata é instintiva le es la idea de su inmortalidad!

De modo que léjos de venirnos del exterior y de haberse engendrado en nosotros á fuerza de alguna ilusion extraña, la idea de la

[1] *Imitacion de Homero*, por Andrés Chenier, *eleg.* XXXII.

inmortalidad nos ocupa enteramente contra toda apariencia é ilusion. Á pesar de que todo nos está diciendo que somos mortales, que nosotros mismos nos lo repetimos y que hacemos de ello una calificacion vulgar, la idea de nuestra inmortalidad subsiste en nosotros siempre imperecedera. ¿Dónde puede, pues, fijarse el orígen y la persistencia de semejante idea sino en el sentimiento íntimo y en la vista inmediata de su realidad?

Esta conclusion adquiere un valor infinito si se observa que la idea de nuestra inmortalidad es además una de esas ideas consagradas por el instinto y la práctica universales; que el corazon de todos los hombres se halla concorde en este punto, y que despues de haberla visto altamente profesada por los mas eminentes ingenios en el seno de las naciones civilizadas, la vemos tambien venerada entre los pueblos mas salvajes. Puede decirse que á veces forma el solo carácter distintivo entre el hombre y los animales, y que imprime hasta en su frente envilecida el sello de su raza [1].

En la exposicion de vuestras dudas me decís: «Que el hombre bus«ca en la idea de su inmortalidad consuelos para esta vida y espe«ranzas que le preserven del horror á la nada. Pero solo la razon, «añadís, debe guiarnos.»

Podria responderos que ese horror á la nada, esa gran necesidad de consuelos, que señalais como principio de nuestra ilusion, son una prueba de nuestra inmortalidad, que explicarémos mas tarde.

Podria añadiros, que la idea de la inmortalidad no siempre se presenta tan consoladora á nuestro espíritu, para que nos sintamos naturalmente inclinados á hacernos ilusion sobre ella. Al contrario, es terrible para muchos é inquietante para todos. Hay algo que aterra en ese *qué sé yo qué*, que sigue á la muerte, y no nos sometemos á él sino á despecho de nuestro propio cuerpo, por decirlo así, mucho

[1] De ahí el culto tan universal y tan constante á los sepulcros, cuyo abuso ha sido una de las principales raíces de la *supersticion*, como lo indica la misma palabras, *super-stare, sobre-vivencia* de los espíritus. «Un padre, dice la «santa Escritura, afligido por la prematura muerte de su hijo, mandó fabricar «la estatua del que habia perdido: muy pronto empezó á adorar como Dios al «que poco antes habia muerto como hombre, y estableció entre sus domésti«cos un culto y sacrificios en su honor.» *(Sap.* XIV, 15). Esta costumbre criminal, como la llama la misma Escritura, que no debe confundirse con la Religion verdadera, segun observa tambien Ciceron *(De natura Deorum*, lib. II, n. 28), es una gran prueba del poder del sentimiento de nuestra inmortalidad, de la cual es un extravío y un abuso.

mas si la Religion no determina el objeto que en él nos espera, y no nos aclara sus distancias; de manera que no puede decirse que sea esta una idea gratuita.

Pero quiero contestar mas directamente á vuestra objecion, haciéndoos observar que es viciosa en la misma base del raciocinio que la constituye; porque la razon á que apelais exige saber cómo se puede *dar esperanza* de una cosa de que no se tiene *idea,* y cómo se puede tener *idea* de una cosa tan inconciliable con todo lo que nos rodea en este mundo perecedero.

La razon, por lo mismo, se ve obligada á confesar con el sentimiento universal, que esa idea no es solo una ilusion extraña, que nos ha sido infundida por el mismo Dios; que lleva en la sola realidad de su objeto la causa de su existencia, y que se halla garantida en nosotros con títulos iguales á los de la verdad de nuestro ser y de su espiritualidad.

II. Además esta espiritualidad de nuestro ser importa necesariamente la idea de su inmortalidad, ó mas bien, estas dos verdades no forman mas que una sola; de modo que el que haya admitido la espiritualidad del alma, ha admitido al mismo tiempo su inmortalidad. Nada es mas fácil de demostrar que esta proposicion.

Lo que llamamos *muerte* no es una *aniquilacion.* Nada se aniquila en la naturaleza, y la razon no sabe comprender cómo podria suceder lo contrario. Para la aniquilacion de un solo átomo seria preciso poner en accion todo el poder que crió el universo, y hacerse superior á todas las leyes de la naturaleza que este mismo poder estableció al criarla. Aniquilar y crear son dos actos iguales: lo mismo comprendemos el uno que el otro. Sacar alguna cosa de la nada, y reducir alguna cosa á la nada, son un solo milagro, y el mas inconcebible de todos los milagros. Diré mas aun: la aniquilacion de un ser seria un milagro mucho mayor todavía que la creacion del universo, porque tendria además en contra suya la existencia de ese ser y la tendencia de Dios, infinitamente liberal y fecundo, en crearlo y conservarlo. Por consiguiente no se debe admitir, sin razon, aquello á que se oponen la experiencia, las leyes de la naturaleza, la comprension del entendimiento humano y hasta la naturaleza de Dios.

Lo que llamamos MUERTE no es, pues, un *aniquilamiento;* es una *des-composicion*, una *di-solucion,* una *cor-rupcion,* palabras que indican solamente una separacion de partes. Hé aquí lo que entendemos por muerte. Por consiguiente, cuando decimos que el alma *ca-*

rece de partes, decimos que no está sujeta á la MUERTE. Y sabemos que *carece de partes*, porque la llamamos *espiritual* y *simple*, esto es, ALMA.

La idea de alma envuelve, pues, en sí misma la idea de INMORTALIDAD, y á menos de decir que no tenemos alma, es preciso convenir en que somos INMORTALES [1].

Esto es precisamente lo que hace que esta misma idea de INMORTALIDAD sea en nosotros tan instintiva, y que de la idea de nuestra propia existencia salga inmediatamente la idea de una ALMA, y por medio de esta salga del sentimiento de nuestro propio ser.

No tenemos conciencia de nuestra existencia mas que por la percepcion inmediata de una cosa en quien ella se resume esencialmente, y á la cual llamamos YO. Es así que no concebimos este YO sino como un ser *simple*, luego es *inmaterial*. Esta es la mas sublime expresion de la indivisibilidad y de la unidad. Si decimos que el YO puede dividirse en muchos YO, habrá contradiccion entre la idea y el sentimiento. Todo, hasta el lenguaje, se opone á semejante pluralidad, y es preciso que el YO subsista ó se aniquile todo entero. Pero hemos visto ya que el aniquilamiento de un ser es una cosa de que no hay ejemplo, de donde se sigue que la cosa en quien mi existencia se halla radicada debe subsistir segun su naturaleza, tal como es en sí, es decir, *indivisible*, *incorruptible*, IMMORTAL.

La verdad de la inmortalidad del alma se desprende asimismo del sentimiento reflejado de nuestra propia existencia; se confunde en la misma percepcion, y de la una puede sacarse como consecuencia la otra, y decir: Yo SOY, —luego YO SOY INMORTAL [2].

[1] «La sana filosofía y la revelacion, dice Leibnitz, están de acuerdo sobre «este punto. Porque, en efecto, siendo el alma sustancia, y no siendo posible «que perezca esta del todo sin una aniquilacion positiva, ó lo que es lo mismo, «sin un milagro; se sigue que el alma es naturalmente inmortal, y como ca- «rece de partes, ni aun en otras sustancias podria ser dividida.» *(Systema theologicum)*.

[2] Hay seres que duran poco, dice La Bruyère, porque se componen de cosas muy distintas entre sí, y que se perjudican mútuamente; hay otros que duran mas, porque son mas simples, pero al fin perecen, porque no dejan de contener algunas partes, segun las cuales pueden ser divididos ó separados. Esto que dentro de mí piensa debe durar mucho, porque es un ser puro, sin mezcla ni composicion, y no encuentro razon alguna por que deba perecer. ¿Quién podrá corromper ó separar un ser simple y que carece de partes? Lo que dentro de mí piensa es el alma: por consiguiente ¿cómo podrá nunca dejar de ser tal? (Cap. 12).

III. Bajo este punto de vista no puede haber mas analogía entre el destino de mi alma, en la cual reside el YO, y el de mi cuerpo, que la que haya entre ambas naturalezas. De esta profunda distincion entre la naturaleza y las operaciones del alma y las del cuerpo, resulta que su asociacion, léjos de ser una necesidad, es el mas grande de todos los misterios para la razon humana, y que se comprende mucho mejor su separacion.

En la misteriosa sociedad que liga el alma al cuerpo, recibe el alma por medio de los órganos las advertencias, y transmite las voluntades que la ponen en contacto con el mundo exterior, ó mejor, que la sujetan á este contacto; pero en sí misma lleva incesantemente un principio de actividad que se hace sentir con mas fuerza á medida que se coloca mas aislada de sus órganos. Tiene el alma un órden de operaciones intelectuales y abstractas que funcionan con tanta mas soltura cuanto ella mas se separa y olvida del cuerpo, de donde proviene ese fenómeno psicológico que llaman *distraccion*. Se diria que en este estado el alma se halla DIS-TRAIDA, separada del cuerpo, ó á lo menos que ensaya una separacion mas completa que comprende se podrá efectuar mas adelante. El cuerpo, al contrario, tiene necesidad de la no interrumpida presencia del alma para subsistir, pues por sí mismo tiende constantemente á su ruina y disolucion. «El al«ma, dice muy bien *Cabanis*, es quien *inspira* á los órganos todos «los movimientos de que se componen sus funciones, retiene ligados «entre sí los diversos elementos empleados por la naturaleza en su «composicion regular, y *los abandona* libremente á la descomposi«cion desde el momento que se separa definitivamente de ellos para «no volver á asociárseles mas.» Conservando cada cosa su naturaleza, el cuerpo, *abandonado* á sí mismo, se disuelve; y el alma, quedando completamente sola en sí misma, se desprende y sobrevive. En esta asociacion del alma y del cuerpo, las dos naturalezas están unidas por medio de condiciones inversas, el alma se halla rebajada y el cuerpo realzado: esto es precisamente lo que constituye el misterio de su union; lo que hace que su desunion se comprenda mucho mejor, supuesto que la inclinacion de sus opuestas naturalezas tiende mas á la segunda que á la primera; lo que hace, en fin, que esta desunion sea toda en perjuicio del cuerpo y toda en ventaja y provecho del alma, cuya inmortalidad es tambien mas comprensible que su asociacion con el cuerpo, y que su aniquilamiento.

Si no sucediese así, se trastornarian hasta sus cimientos todas las

nociones que tenemos acerca de la naturaleza de nuestro ser; porque aconteceria, lo que nunca es concebible, que mientras durante la vida todo nos está diciendo que la parte *intelectual* de nuestro ser, lo que en nosotros piensa y quiere, es un principio superior al cuerpo, cuando llegase la muerte, no solo seria este principio rebajado á igual condicion que el cuerpo, sino que seria mas humillado todavía y seria mucho peor su destino. En efecto, los elementos de nuestro cuerpo no se aniquilan, no hacen mas que desunirse; y aun esta funcion de la naturaleza tarda algun tiempo en efectuarse, como si la muerte respetase su presa; pero nuestra *alma*, nuestro *yo*, nuestra personalidad inteligente seria desde luego despojo de la nada, de modo que hasta tendria el cuerpo sobre el alma la prerogativa de sobrevivirle.

El suicidio, ese terrible abuso de la dominacion del alma sobre el cuerpo, ¿no es una gran prueba de la distincion de sus destinos? ¿Puede el poder que mata ser el mismo que es muerto, y no debe precisamente serle superior y sobrevivirle? ¿Puede el acto del alma que en ese fatal instante es, en *cierto sentido*, un acto extraordinario de poder, ser al mismo tiempo el acto de su aniquilamiento? La voluntad mata al cuerpo, pero ¿quién mata á la voluntad?... Prescindiendo de la inmoralidad del acto del suicidio, no es difícil concebir como el alma decreta la muerte del cuerpo, y la ejecuta para librarse de las miserias de esta vida, y pasar á otra sea cual fuere, porque en esto se ve la ley de curacion y conservacion bien ó mal entendida y aplicada, y se halla un punto distinto en que pueden apoyarse la voluntad, el interés y la accion del suicida. Mas en la hipótesis que confunde en un mismo aniquilamiento tanto el alma como el cuerpo, y en la que todo el hombre pereceria á la vez; prescindiendo de que la ley de la conservacion, que es la mas imperiosa y universal de todas las leyes, y que es la que impele al suicidio, se opone directamente á esta hipótesis de completa destruccion, no puede concebirse en qué paraje se hallaria el punto de apoyo de esta accion del alma. Porque ¿cómo es posible que la fuerza de voluntad, que requiere el suicidio, viniese de un ser á quien esta misma fuerza aniquilaria, ó en una palabra, que la fuerza del alma destruyese á la misma alma?

No ignoro que á esto suele decirse que la mayor parte de los que cometen el crímen de suicidio piensan que con ello se aniquilan completamente; mas á esto respondo sin titubear que esta su opinion no es mas que una ilusion, efecto de la enfermedad que padece su espíritu, que les hace confundir la cesacion de esta vida miserable con

el aniquilamiento de toda vida, ilusion que en su fondo queda desmentida por el mismo sentimiento que les arrastra á buscar con esta salida libertarse de sus males y hallar su tranquilidad y reposo.

Estas últimas reflexiones se encuentran desarrolladas con un fondo extraordinario de filosofía en el lib. III *De lib. arb.*, cap. 7, de san Agustin. Hablando á este propósito otro sublime genio, se explica en estos términos: «En vano me alegaréis el juicio de aquellos que oprimidos por la miseria se dan la muerte. Cuando alguno se figura que «no queda nada para despues de la muerte, y haciéndosele insopor«tables sus miserias, se siente movido á desearla, resuelve matarse y «lo ejecuta, hay en él dos cosas, que son la opinion y el sentimiento. «En su opinion, ó para hablar con mas exactitud, su ilusion, se ha«llan el error y la preocupacion de una destruccion total; mientras «que en su sentimiento, que es el grito de la naturaleza, se encuen«tran la idea y el deseo del reposo. Lo que está en paz no es segu«ramente lo que es nada; muy al revés, el ser se halla mas en lo que «se halla tranquilo, que en lo que está inquieto, por la sencilla razon «de que la inquietud remueve de tal modo los afectos, que el uno «ahoga el otro; pero el reposo consiste en una estabilidad, que es la «idea mas adecuada que pueda darse de lo que se llama *ser*. — De «aquí resulta que todo el deseo que tienen los que quieren morir, «no es seguramente de ser aniquilados por la muerte, sino de disfru«tar mayor reposo. De manera, que al mismo tiempo que por un error, «que solo se halla en su opinion, están creidos que no existirán mas, «el sentimiento, hijo legítimo de la naturaleza, y que sobrepuja in«finitamente esta su falsa y errónea opinion, no les hace desear otra «cosa sino hallar reposo, ó lo que es lo mismo, tener mas ser.»

Por consiguiente, todo nos descubre la sobrevivencia del alma en ese complicado fenómeno del suicidio, hasta el mismo sentimiento del que se figura aniquilarse mientras lo comete [1].

[1] Además, otra de las cosas que hacen resaltar de una manera muy sensible la distincion y la *sobrevivencia* del alma, es esa plenitud de espíritu que observamos en algunos cuerpos ya decrépitos, y esos extraordinarios brillos de luz que se observan en el supremo instante de la muerte. *Ha conservado todo el uso de la razon*, decimos, *hasta el último momento*. Hace ya algun tiempo que el cuerpo está destruido por la vejez ó la enfermedad, y el alma llega toda entera y mas penetrante que nunca, hasta los últimos confines de la vida; se cierne, por decirlo así, un momento despues de la muerte sobre la frente y los labios del que acaba de dejar... Cuéntase que Cuvier examinaba y contaba los pasos de la muerte en sus postreros instantes, y sometia á los cálculos los úl-

Procuremos, pues, completar la demostracion de su inmortalidad con pruebas muy superiores á todo lo dicho y puramente *psicológicas*, es decir, sacadas de la sola naturaleza del alma.

§ II.

1. Todo en la naturaleza tiene un principio de existencia análogo á lo que le sirve de alimento. Científicamente se llama á esto *ley de asimilacion*, y el principio lleva en sí mismo la evidencia. Siendo la principal ley del ser el conservarse, la naturaleza no puede engañarlo en la eleccion de los medios de conservacion que le inspira, y su existencia debe de participar de la sustancia que entra en su desarrollo y conservacion.

Examinemos, pues, cuál es la sustancia de que el alma se alimenta. ¿Qué es lo que busca en todos los hombres, y qué es lo que abraza con ardor?

La respuesta no puede ser dudosa: una sola cosa hay que el alma quiere y busca de continuo con afan, con amor entrañable, LA VERDAD.

La verdad bajo todas sus formas y en todas sus aplicaciones, la verdad en las ciencias naturales, la verdad en las ciencias morales, la verdad en las artes: lo verdadero, lo bueno, lo bello, hé aquí su invencible afinidad. No está en sí ó no se siente á sí misma sino cuando se ocupa de ello, y su desarrollo está en razon directa de su apli-

timos golpes que le daba. Cuéntase igualmente de Guillermo de Humbolt: «Que «dió la mejor prueba del poder tranquilo del pensamiento sobre las enferme«dades de nuestra naturaleza, y que al instante de morir mostró toda la in«fluencia que el genio puede ejercer sobre una vida larga y meditabunda. Ha«cia mucho tiempo que habia revelado á sus amigos la intencion de compo«ner, como su último codicilo, un tratado muy conciso acerca de la filosofía «del lenguaje, y en los postreros momentos de su vida, reducido por la enfer«medad á un estado de debilidad tal, que no podia tener en la mano el libro ni «la pluma, reclinado en su bufete, como un hombre encorvado bajo los años, «parecia que reconcentraba en su interior aquellas facultades tan enérgicas y «variadas que, en mejores tiempos, le dejaban dedicarse igualmente á las me«ditaciones filosóficas y á los trabajos del hombre de Estado. En tal situacion «dictó una obra profunda acerca de tan difícil asunto, obra que, cuando se «publique, dará al mundo el noble ejemplo, no de una pasion que domina la «muerte, sino de una inteligencia directiva, que saca de ella su mayor fuer«za.» (Nicolás Wisseman, *Discurso sobre las relaciones entre la ciencia y la revelacion*).

cacion á estos grandes manantiales de su vida. Como una llama ligera que está revoloteando en la superficie de este mundo material, podria decirse que tiende incesantemente, y á pesar de todos los obstáculos, á juntarse otra vez al foco de verdad de donde procede y hácia el que de continuo gravita. No parece sino que reconquista su patrimonio cuando la descubre, y que respira su aire natal cuando la conoce y la goza. Nada es comparable entonces á su alegría, á su orgullo, á su delirio en cierto modo: es un Arquímedes que corre por las calles de Siracusa, gritando como un loco: *¡ya la he encontrado!* es un Pitágoras inmolando una hecatombe á los dioses en gratitud al descubrimiento del cuadrado á la hipotenusa; es un Galileo que no pudiendo abandonar su sistema astronómico á pesar de la indignacion de su siglo contra él, pinta el globo en las paredes de su cárcel, y dice á aquella figura animada por la verdad: *¡pero sin embargo tú das vueltas!* es un Sócrates, es un Régulo, es un Tráseas, es un Mateo Molé, sacrificándose por la verdad moral y el deber; es el artista, bajo la figura de Pigmalion, animando el mármol con todas las inspiraciones de la verdad en lo bello. La misma generalidad de los hombres en todos los desconciertos de su espíritu y de su corazon no puede permanecer á sabiendas en el error, pues cuando están en él, lo disfrazan y sistematizan, es decir, se lo hacen verdad para alucinarse mejor.

¡La verdad! hé aquí, pues, el principio nutritivo del alma. «*Esta* «*comida de los espíritus*, como dice admirablemente Malebranche, es «tan deliciosa y da al alma tal vigor cuando la gusta, que no nos «cansamos nunca de desearla y buscarla, pues hemos sido criados «para ella [1].»

La verdad es inmortal, subsiste inmutablemente, es *coeterna* con Dios, como dice Orfeo.

Y ¿se quiere que lo que se alimenta de inmortalidad sea mortal? ¿que el alma, que no viviria en tal caso mas que un dia, que no haria sino pasar de la nada á la nada, se anegase, durante esta corta travesía, en ese amor inmenso por todo lo que es eterno? ¿que emplease todas sus potencias en asimilarse lo que seria contrario á su naturaleza, y que el pensamiento del hombre atraido, absorbido del ser por esencia, encontrase en él la nada, y se extinguiese en la misma fuente de la vida? No, la razon se me subleva contra semejante contradiccion, y exclama con La Bruyère: «No concibo cómo pue-

[1] *Conversacion III.*

«da ser anihilada una alma que Dios ha llenado de la idea de su ser «infinito y de sus eternas verdades [1].»

Además ¡si el alma no se ocupase sino de las verdades necesarias á sus limitados destinos en la vida presente y del arreglo de sus negocios temporales!... podria pasar; pero léjos de esto, descuida todo lo material y perecedero, y se abandona á sus dulces abstracciones, agota, consume las fuerzas del cuerpo en la investigacion de la verdad á la cual ama por sí misma, y por grandes que sean las conquistas que sobre ella haya alcanzado, su ambicion se extiende inmensamente mas allá, su capacidad se aumenta con sus descubrimientos, y al fin conoce que mientras esté en la tierra no le será dado gozarse plenamente en su posesion. Escuchad estas admirables palabras de Newton moribundo: «No sé lo que pensará el mundo de mis «trabajos; pero á mí me parece que he sido siempre un niño jugue- «teando en la orilla del mar, encontrando á veces una china algo «mas tersa que las comunes, á veces una concha un poco mas bri- «llante, mientras que el grande océano de la verdad se extendia in- «explorado delante de mí [2].»

El alma que ha sido bastante grande para concebir idea tan vasta de la verdad, para sentir tan insaciable sed de su posesion, y á quien ha sido permitido entrever la existencia de ese *grande océano*, creedlo, no debe quedar para siempre sobre la orilla. Desde que ha tenido conciencia de sí misma ha aspirado, aspira necesariamente á ella, por consiguiente no es otro su destino sino vivir en ella como en su elemento, y el instante de la muerte no es mas que el instante de su partida, de su salida de la lúgubre cárcel en que se hallaba encerrada.

Digamos, pues, con seguridad: el alma vive y respira en un elemento inmortal, por consiguiente no puede morir.

II. Hay una segunda ley no menos invariable que la que acabamos de explicarte, y es la siguiente: Todos los seres se van perfeccionando á medida que obedecen mejor á su naturaleza: esta es la ley del *perfeccionamiento*, del *progreso*. Basta anunciarla para que se conozca su exactitud. No puede un ser darse á sí mismo el desarrollo de su vida, así como no ha podido darse á sí mismo la vida misma, y si se desarrolla manifiestamente por un medio cualquiera, se puede afirmar sin temor, que este medio está en su naturaleza, que

[1] Cap. 16.
[2] Correspondencia de Newton.

tiene una realidad de accion y por consiguiente de existencia que se manifiesta de dos maneras, en el desarrollo del ser cuando ese medio se le aplica, y en su deterioro cuando se le espera. Esta es una evidencia axiomática.

Ahora bien: la humanidad saca evidentemente de la aplicacion del principio de la inmortalidad del alma el mas poderoso vehículo de su perfeccionamiento. ¿Quién duda de esta verdad? Si hay algun freno sobre la tierra, si existe entre nosotros algun móvil de elevacion y de virtud, es por esta conviccion. Suprimidla completamente si podeis, sustituidle la otra conviccion, de que todo nuestro ser va á estrellarse contra las puertas del sepulcro, y que toda nuestra vida está circunscrita á lo presente, único campo de nuestra felicidad, de nuestra responsabilidad: —Veréis como se desmorona todo el edificio, como desaparece el órden de la sociedad, y venir luego en ella la confusion mas espantosa. ¡La conciencia! no se la mirará sino como una mentirosa importuna, de que procurarán todos desembarazarse: ¡la verdad! ¡el deber! ¡la justicia! no serán ya mas que estorbos, de los cuales se librará mas pronto el que sea mas diestro: todos los afectos, todas las esperanzas se fijarán en la posesion de los bienes terrenos; su mayor fruicion posible será la suprema ley del mundo; todas las inteligencias estarán absorbidas en el afan de procurárselos; la fuerza se empleará solo en conseguirlos; el órden intelectual y moral se abismará en el interés carnal y físico, que tambien se agotará á fuerza de excesos; y en medio del majestuoso é imponente órden del universo, la humanidad, que es su centro, ofrecerá el espectáculo de la subversion y del cáos, y retrogradará hasta la nada.

Recordad ahora la idea de que nuestra vida no es mas que un corto momento de prueba, y que del otro lado está el término de nuestra felicidad; que nuestros bienes y males son provisionales, y que menos que bienes y males, son medios variados, para obtener ó evitar los bienes y los males reales de la otra vida: —Veréis entonces que la resignacion y la paciencia elevarán el corazon del pobre y del que sufre; la moderacion y la templanza ensancharán el del rico y del poderoso. Cada uno procurará beneficiar su situacion en el sentido mas moral y mas meritorio, y desenvolverse en la parte de su ser que debe sobrevivir á la destruccion, es decir, en su inteligencia y en su voluntad. La mas poderosa ley será el deber. El menosprecio de los bienes de un mundo que habemos de dejar, y la sed de los bienes de otro en que hemos de vivir siempre, absorberán todas las almas; y

como la inversa de los bienes sensibles, los bienes morales son inagotables y tienden á reunir á los que los buscan y poseen, la paz y la benevolencia descenderán sobre la tierra, y la humanidad se elevará por ellas á un perfeccionamiento ilimitado.

Los dos cuadros que acabo de trazar nunca han tenido en la tierra modelo completo: jamás ha sido la humanidad ni tan perversa ni tan perfecta, porque la creencia en otra vida no ha sido ni tan universalmente destruida ni tan universalmente profesada: pero todos los movimientos morales que el mundo ha presentado han estado siempre en razon directa de la elevacion ó del abatimiento en que se ha hallado esta creencia en los corazones.

Y ¿se querrá aun que este principio de la inmortalidad del alma, por quien la humanidad se eleva y engrandece, y sin el cual se envilece y desorganiza, no esté en su naturaleza? ¿Se pretenderá aun que sea un contrasentido, una mentira?

En tal caso ¡insigne absurdo! esta mentira seria preferible á la verdad; la criatura que la hubiese inventado se habria entendido mejor que el Criador; la nada se hubiera dado el ser. ¡El hombre que en el órden físico no puede añadir una sola línea á su estatura, se habrá dado la estatura de un gigante en el órden moral, y sustrayéndose á la ley que lo condena á no ser nunca mas que polvo, se habria dado alas para escalar el cielo!—¡Irrision!

Otra cosa dice la razon cuando despues de este exámen conviene en que la humanidad crece y se desenvuelve por medio de su adhesion al principio de la inmortalidad del alma. Por consiguiente, esta inmortalidad, principio vital de la humanidad, es un hecho existente, cierto, revelado por sus efectos y por el concurso de todas nuestras facultades para apoderarse de él como el móvil de su ennoblecimiento y de su progreso.

III. Hay todavía una tercera ley que nos garantiza esta verdad.

Todo en la naturaleza tiene un objeto: cada ser se halla organizado en vista de un determinado destino. Seria preciso negár la naturaleza entera, en su conjunto y en sus detalles, para dejar de ver impresa esta constante ley; y es tan exacta, que con frecuencia por medio de la organizacion de una cosa conocemos fácilmente su destino, y al revés, por su destino su organizacion. Si la marcha de esta ley no ha sido siempre comprendida, no lo achaquemos á falta de fidelidad de la naturaleza; ha sido la ciencia del hombre la que no la ha alcanzado. Pero cuando conociendo ya el hombre la organi-

zacion de un ser, se ve obligado á decidirse entre dos hipótesis sobre su destino, y una de estas dos hipótesis combate la organizacion, y la otra está perfectamente acorde con ella, entonces no puede caberle ninguna duda acerca de la exactitud de esta última solucion, porque la tiene garantida con dobles títulos, por su ecuacion con el primer término de la referencia establecida, y por la exclusion de la sola hipótesis que podria disputarle esta certidumbre.

Apliquemos esta regla á nuestro asunto.

La incógnita sea el destino del hombre: solo quedan dos hipótesis: — Primera, ¿el hombre morirá todo con el cuerpo? Segunda, ¿su alma sobrevivirá y será llamada á otra vida? — Interroguemos su organizacion moral, que es el primer término de la comparacion y que está á nuestro alcance, y veamos lo que nos dice. Conocemos esa organizacion por la experiencia de las operaciones y afecciones del alma: se compone de hechos que llevamos en nosotros mismos y que forman la historia y como la trama de nuestra vida.

El primer rasgo dominante y universal de esta organizacion es un indefinible hastío, un profundo malestar, un inexorable enojo, que constituyen el fondo comun de la vida humana. Notadlo bien: hastío, malestar, enojo, que crecen á medida que se va hallando el hombre mas favorecido por la fortuna y mas en el colmo de la posesion de los bienes mundanos. Si hubiera sido creado solamente para lo de la tierra, si fuese este su exclusivo destino, ¿por qué su satisfaccion y sus deseos no se habrian de limitar ásu destino? ¿por qué no habria de estar tanto mas satisfecho y tranquilo cuanto mas y mejor los pudiese gozar? Pero no, sucede todo lo contrario. Enseñadme el hombre mas feliz segun las falaces apariencias del mundo; yo os mostraré el mas desgraciado, y tal vez será el mismo que habréis indicado. Cualquiera que sea, es seguro que os repetirá muy enérgicamente aquel grito formidable que se han transmitido unas á otras las generaciones de la tierra: *¡Todo es vanidad!* En esta vida no hay mas que principios y bosquejos de felicidad. Que se escoja el hombre la suerte mas adecuada á sus gustos é inclinaciones; que obtenga la satisfaccion de los deseos mas sábiamente concebidos y mas hábilmente combinados; desde aquel momento fatal renuncia á su felicidad, y cuando haya llegado al término que se proponia, habrá indefectiblemente consumado su ruina. Que desengañado una, dos, cien veces, vuelva á empezar de nuevo su tentativa; que pueda disponer de un genio poderoso, de un talisman infalible que le haga pasar sucesivamente por todas

las esferas de la vida humana, siempre y en todas partes la felicidad huirá delante de sus deseos, y su postrera palabra será: *¡Me equivoqué*[1]!

Solamente en el hombre tiene lugar este inconcebible fenómeno. Ni un solo ser hay á su rededor que no se contente á proporcion que ve satisfechas las necesidades de su vida: únicamente él, el hombre, que parece debiera gozar mas, puesto que su genio domina toda la naturaleza, únicamente él es el que siempre desea, el que de continuo gime, el que incesantemente hace sentir sus quejas en medio del bienestar universal. Parece un ser que está fuera de su elemento y que solo piensa aquí en volver á él. No hay equilibrio entre él y el mundo: va infinitamente mas allá por una exigencia, por una tendencia de deseos y de concepciones que nada en la tierra es capaz de limitar y que se proyectan por todas partes fuera del horizonte de la vida.

Hé aquí el primer rasgo de la organizacion moral del hombre, y por decirlo así, todo su resíduo. Es un hecho positivo, universal, constante, ha pasado á proverbio en la especie humana, y tarde ó temprano todas las bocas profieren alguna vez con amargura: ¡No hay felicidad acá en la tierra[2]!

[1] De aquí proviene esa solicitud de los hombres para las cosas extraordinarias, y que tienden al infinito, y al mismo tiempo su aficion á las que son oscuras y misteriosas. No por esto se puede decir que aman las sombras, y sí únicamente que esperan encontrar en ellas el bien que desean, ya que están seguros que á la luz del sol no puede ni siquiera buscarse, porque no se halla en la tierra. Aquí está la fuente de lo sublime. Parece que á la sola mirada del alma se abre de repente una perspectiva imprevista, y que al fin encuentra una puerta para huir de la decepcion.

[2] Esta verdad que ha sido inconcusa en todos los tiempos, la experimentamos mas nosotros, porque el Cristianismo ha desarrollado en el corazon del hombre el sentimiento y la necesidad de lo infinito, revelándole su verdadero objeto. Alfredo de Musset nos ha pintado admirablemente esto mismo en los siguientes versos:

Si alguna vez ansioso
De mitigar la pena,
Que ilusiones falaces
En mi pecho fomentan,
Con mundanos placeres
Quiero satisfacerlas,
En medio de los goces
Siento mortal tristeza.
En aquellos momentos
En que el alma inquieta
Por sacudir la duda,
Que la oprime y molesta,
Negar tal vez prefiere
Á la Justicia eterna,
Aun cuando tuviese
Cuanto en la vida aquesta
Desear puede el hombre,
Poder, salud, riquezas,
Y hasta el amor lograse,
Bien único en la tierra:

¿Cómo se explica esto?

La ley que hemos establecido de que los medios de cada ser están en relacion con su fin, ley que tiene á su favor la autoridad del universo entero, nos conduce rápidamente al siguiente resultado: Siendo el fin del hombre la *felicidad*, y no hallándose esta para él en la tierra, su fin debe precisamente estar mas allá de esta vida, y solo la inmortalidad del alma y su vocacion á un órden de concepciones y de sentimientos mas conformes con su naturaleza pueden explicar y resolver el misterio de su organizacion.

Es esto tan exacto, que si por contraprueba abrimos á esta alma la perspectiva de la inmortalidad, la persuadimos de ello, la damos fe; ya cesan todas las oscilaciones de su ser; y la paz, el contento, el aplomo interior hasta en el seno de los sufrimientos y de la muerte, nos atestiguan plenamente que hemos descubierto el secreto de la naturaleza del hombre y la clave de su arquitectura intelectual.

La objecion de que el corazon del hombre procura *hacerse* consuelos para esta vida y esperanzas que le preserven del horror á la nada, mas bien robustece que debilita esta conclusion: porque esta necesidad de consuelo y ese instintivo horror á la nada, son precisamente resultado y no causa del sentimiento de nuestra inmortalidad. Somos inconsolables, porque somos inmortales: tenemos horror á la nada, porque la nada es contraria á nuestra naturaleza. Por lo demás ¿quereis un sólido testimonio de la exactitud del presente raciocinio? Aquí está.

Hubo un hombre que en nada creia ó que al menos se habia declarado contra todas las creencias. Para él no habia Providencia, y sobre

Aun cuando sus brazos
Abrirme consintiera
Astarte rubicunda
Que idolatraba Grecia:
Cuando los elementos
Ocultos conociera
Que producen los frutos,
Y transformar pudiera
La materia á mi gusto,
Creando una belleza
Única, que yo solo
Sin rival poseyera:
Cuando el viejo Epicuro
Y vates de su escuela
Me llamaran dichoso
Cantando las ternezas
Y celos de sus dioses,
Á todos les dijera: —
No hay remedio, es ya tarde,
Yo sufro donde quiera,
El mundo se ha hecho viejo
Y no hay dicha completa.
Á la tierra ha bajado
Una esperanza inmensa
Que sin cesar el cielo
Á los ojos nos muestra,
Y aunque lo repugnemos
Levantarlos es fuerza.

(La esperanza en Dios).

todo no habia inmortalidad. Léjos de *hacerse* esperanzas, se procuraba á toda costa la *desesperacion:* ya se conocerá que hablo de Mr. de Senancour, el autor del *Obermann.* Pues bien, admirad como, á pesar de sí mismo, brilla el sentimiento de su inmortalidad en el seno de su naturaleza, y se da á conocer por medio de gritos lastimeros, y como rompe y arroja de sí las cadenas del sistema con que quieren cautivarlo.

«Aunque es apacible mi situacion, llevo una vida triste. Vivo, co-«mo no puedo menos, libre, tranquilo, sano, sin negocios, indife-«rente sobre el porvenir donde nada espero, y recordando sin pena «lo pasado en el que de nada he gozado...; pero siento en mí una «inquietud que no me abandona nunca, una necesidad que no sé «definir, que no concibo, que me domina, me absorbe y me arrastra «mas allá de los seres perecederos... Os engañais, y yo mismo me «habia engañado á mí mismo, creyendo que era la necesidad de amar. «Hay una distancia inmensa entre el vacío de mi corazon y el amor «que he deseado tanto, media el infinito entre lo que soy y lo que «tengo necesidad de ser. El amor es inmenso, pero no es infinito. «¡Yo no quiero gozar; quiero esperar, quisiera saber! Me hago ilu-«siones sin término que se desvanecen para dejarme siempre mas en-«gañado: ¿qué me importa lo que puede tener fin? Miro como pre-«sente la hora que ha de llegar antes de sesenta años. Ya no anhelo «lo que va preparándose, acercándose, llega y desaparece para siem-«pre... Quiero, deseo un bien, un sueño, en una palabra, una es-«peranza, que si fuese posible sea mas grande que mi misma es-«peranza, mas grande que todo lo transitorio, mas grande que todo lo «imaginable; quisiera ser todo inteligencia... Conozco con asombro «que mi idea es mas vasta que mi ser, y si considero que mi vida es «ridícula á mis propios ojos, me pierdo entre tinieblas impenetra-«bles. ¡Mas feliz es sin duda el pobre leñador que toma agua bendita «cuando oye sonar la tormenta, y despues canta alegremente en me-«dio de su trabajo! ¡Nunca conoceré yo su paz, y sin embargo mi «existencia pasará como la suya [1]!»

¡Cuán convincente es este testimonio de inmortalidad escapado de la boca del incrédulo! Hé aquí nuestra naturaleza vengándose y rebelándose cuando se la quiere contradecir y sofocar. Es el Sanson hebreo llevándose sobre sus espaldas las puertas de la cárcel en que querian sujetarlo [2].

[1] Pág. 83, en la edicion de Charpentier.

[2] «¿Creeis, dice en otra parte, que me sea dable vencer esa necesidad de

Otro rasgo de nuestra organizacion moral, juntándose al precedente, acaba de corroborar la deduccion de nuestra inmortalidad. El hombre imprime la idea de lo infinito en todo lo que le pertenece. «Tiene el hombre un cuidado excesivo por dilatar su ser, dice Mon«taigne. Todo lo ha previsto, para todo ha tomado disposiciones: pa«ra la conservacion del cuerpo hay sepulcros; para la conservacion «del nombre hay la gloria. Impaciente por su fortuna, ha empleado «todo su poder para reconstruirse, y para afianzarse por medio de «sus invenciones[1].» Á cada instante se escapan de entre sus manos los bienes de este mundo, no importa, él quiere imprimirles un sello de inmortalidad. Semejante á aquel rey de la fábula que trocaba en oro cuanto tocaba, el hombre quiere dar la inmortalidad á todo lo que es suyo en el mundo, y está dotando de ella todos los objetos de sus pasiones. Podria decirse que las eleva á su capacidad, que pretende igualarlas á su estatura, á su necesidad, que consiste en amores *eternos*, en dolores *perpétuos*, en glorias *inmortales*, etc. Se conduce enteramente como si nunca debiese morir y nunca estuviese muy próximo á dejar cuanto le rodea. Bajo este aspecto, todas nuestras acciones atestiguan en sentido inverso de la experiencia, y los moralistas se rien de esta extravagancia de nuestra especie: no importa; somos incorregibles. La muerte no es mas que un ligero obstáculo á nuestros proyectos, cási nunca la hacemos entrar en nuestros cálculos, y no porque no la veamos, sino porque hacemos saltar el pensamiento por ella, como si no fuese mas que una insignificante nube en nuestro horizonte. Se desliza por nuestro espíritu; y mas aun: edificamos sobre ella, de modo que nuestras concepciones, nuestras esperanzas y nuestros proyectos nos entusiasman tanto mas, cuanto su realizacion promete extenderse mas allá de la tumba. Pasamos toda nuestra vida privándonos de gozar, con el objeto de esperar una

«hallar los resultados tan luego como los datos se me presentan, y este instin«to á quién repugna que seamos en vano? ¿No veis que está en mí, que es «mas poderoso que mi voluntad, y que he de obedecerle so pena de que me «haga un desgraciado? ¿Veis que no estoy en mi asiento?... Yo echo de mí «todo lo que pasa, y *me precipito hácia el término de mis enfados sin que nada «desee despues de ellos.*» (Pág. 233). — ¡Cuán lúgubre no es esta última nota! Toda la obra no es otra cosa sino un lamentable cáos de contradicciones, en las que está gimiendo la pobre naturaleza, mientras arrastra las cadenas de un escepticismo sistemático, y que se arroja á veces contra lo que la detiene como un águila enjaulada que va á tomar su vuelo.

[1] *Essais*, lib. II, cap. 12.

época en que ya de nada gozarémos: preferimos esta ilusion á la realidad, y morimos trabajando para lograrla.

¿Cómo puede no descubrirse en este instinto de la especie humana, y al través de tantas ilusiones á que da márgen, la manifiesta revelacion de nuestra inmortalidad? Es necesario que sea muy fuerte este sentimiento para que tan violentamente nivele á todos los hombres. Los que creen en una inmortalidad real en la otra vida hallan en esta creencia una expansion natural á las superabundancias de su ser, que los pone en armonía con la verdad de cuanto les rodea; juzgan con acierto de todo lo de este mundo, lo ven tal como en sí es, y no haciéndose ninguna ilusion, dan á cada cosa su justo valor. Por el contrario, los que se cierran este camino natural de inmortalidad son condenados por la naturaleza á abrirse otro artificial en la tierra, cambiando todas las condiciones de su ser en sus verdaderas relaciones con las cosas de este mundo, y alimentándose toda su vida de quimeras é ilusiones. Puede decirse que todos los hombres sin excepcion obran como seres inmortales, de modo que la única diferencia entre unos y otros solo consiste en la transposicion del sitio de su inmortalidad.

Hé aquí el hombre: es preciso negar su naturaleza y destruir su organizacion para borrar el principio de que la inmortalidad es el primer instinto de su ser. Sin esta verdad todo en él es inexplicable. Concluyamos, pues, diciendo que el Dios que nos crió no pudo engañar á nuestra naturaleza dándole un instinto que seria á la vez invencible y engañoso.

IV. Existe, finalmente, en nuestro ser moral otra ley, de la cual se desprende igualmente esta verdad, y es la *conciencia*.

La *conciencia* en efecto es un hecho de nuestra organizacion moral indestructible: negarla seria locura; y añado yo que es menester ó negarla, ó creer en la inmortalidad del alma. Vamos á la prueba.

¿Qué es la conciencia? Es el sentimiento que cada uno lleva en sí mismo del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, del mérito y de la culpa, destello de aquella justicia universal que vivifica las humanas sociedades. Es la ciencia intuitiva de nuestras relaciones con una ley natural é imprescriptible, á la cual nos creemos obligados á dar mas pronto ó mas tarde estrecha cuenta del uso que hicimos de nuestra libertad. Todas las leyes, todos los derechos humanos proceden de esta ley natural, de esta justicia oculta, cuyo órgano es la

conciencia, y de ella sola obtienen el prestigio y la sancion moral que necesitan para hacer respetar su autoridad.

Esta justicia original, tipo y norma de todas las justicias de la tierra, exige una sancion mas alta, sin la cual careceria de la existencia que á las otras comunica. La idea de *justicia* y de *ley* solo se concibe por las ideas de *precepto* y de *prohibicion*, y las ideas de *mandar* y *prohibir* no se conciben sino por las de *sancion* y de *fuerza*. La justicia que puede indefinidamente ser violada, puede decirse que no existe, es una quimera; y segun antes hemos observado, seria un absurdo que una quimera fuese la regla y medida de todo lo que es real. Por consiguiente, ya que hay una justicia original, es necesario que tenga su ejecucion en alguna parte, y que emplazándonos ante su tribunal, tome allí una satisfaccion completa é infalible, tal como la reclama su misma naturaleza.

¿Esta satisfaccion la toma siempre en este mundo? Es claro que no.

Es evidente en primer lugar que las leyes humanas no siempre toman esta satisfaccion, pues solo tienen jurisdiccion sobre una parte muy débil de nuestra vida moral: muy pocas de nuestras acciones le pertenecen, y son infinitas las que están fuera de su alcance. Por otra parte la justicia humana no hace mas que castigar, y no premia: es una justicia manca, como dijo Charron: una justicia artificial, una vara de plomo sujeta al antojo de los que la funden ó la aplican, y algunas veces llega hasta ser una infraccion de los principios mucho mas escandalosa que todas las infracciones que se propone reprimir. «Ví debajo del sol á la impiedad sentada sobre el trono del juicio, «y á la iniquidad sobre el trono de la justicia [1].» De ahí ese desórden que desfigura las sociedades humanas, y por el cual vemos á la desgracia siguiendo los pasos de la virtud, y á la prosperidad halagando los delitos. ¿Quién será capaz de restablecer el equilibrio, y vengar las ofensas de aquella Justicia suprema, que protesta incesantemente contra semejante desórden, y bajo cuya sombra protectora nos acogemos todos? ¿Dirémos acaso que la estima ó el desprecio de la pública opinion acuden á consolar al justo y á cubrir al protervo de ignominia? Esto es positivo hasta cierto punto; pero ¡cuántos crímenes se ocultan á su vigilancia! ¡cuántas virtudes modestas no aparecen en la escena del mundo, ó que perderian todo su mérito si pidiesen recompensa! Y luego ¡cuántas equivocaciones, cuántas injusticias comete la opinion, y cuántos rigores añade á los ciegos capri-

[1] *Eccles.* III, 16.

chos de la fortuna! ¿Dirémos, en fin, que al cabo el aprecio en que uno mismo se tiene, la tranquilidad del espíritu, la ausencia de todo remordimiento compensa todas las contrariedades del bien obrar? ¡El remordimiento! cuanto mas lo merece uno, tanto mas lo sofoca, y el crímen llega á endurecer la conciencia hasta hacerla insensible, y á granjearse una calma espantosa. ¡La tranquilidad del espíritu! Pero ¿en qué consiste que nadie queda satisfecho con ella? ¿De dónde proviene que el mismo que de ella disfruta llora sin embargo, sufre y es tenido por infeliz? La tranquilidad del espíritu es á la verdad un dique contra la desesperacion; pero no destruye sus motivos. Es como el lastre de la virtud, que la salva del naufragio, pero ninguna recompensa le ofrece. Y ¡qué! ¿El varon justo bajará al sepulcro sin verse vengado, el criminal sin recibir castigo, y el uno y el otro sin dejar siquiera memoria de sí que les haga conocer por lo que fueron? Y la insultante injusticia de su suerte ¿vendrá todavía á perpetuarse en sus descendientes y á sentarse sobre la losa que cubre sus cadáveres?

Encerrado en esta última trinchera, el que se niega á reconocer la inmortalidad del alma, no tiene mas recurso que renegar igualmente de la justicia, de la moral, del deber, de la conciencia, de la Divinidad, y arrancar de cuajo el fundamento de toda sociedad humana, porque la conciencia y la justicia social no tienen otro valor ni otra solidez que la conviccion de una Justicia infalible y suprema que es su orígen y su modelo; esta justicia no se concibe sin la certeza de una satisfaccion completa, y está demostrado que tal satisfaccion no existe en este mundo.

Abrid ahora las puertas de otra vida, y al momento se descubre esta Justicia augusta que al bueno y al perverso reparte con igualdad su merecido, justificando la paciencia de su tardanza con el poder incontestable de sus decretos, el desórden moral con la accion necesaria y meritoria de nuestra libertad, y estableciendo con su rectitud el órden de este mundo inferior turbado por la inobservancia de sus leyes.

Preciso es dar esta solucion á la conciencia, ó ahogarla del todo: así es que no me maravillo cuando oigo al mismo autor de *Obermann* despues de haber pintado con los mas negros colores la agonía de un anciano abandonado por su hija única, se exclama: «¡Un anciano venerable espirar de esta manera! ¡Acabar un padre con tanta amargura dentro de su propia casa! ¡Y nuestras leyes son insuficientes

«para impedirlo! *Fuerza es que un tal abismo de miserias esté lindante «con los confines de la inmortalidad* [1].»

La paz del espíritu y el remordimiento que se nos presentan como una satisfaccion bastante aquí en la tierra de la Justicia absoluta, son en resúmen la prueba mas irrecusable, y por decirlo así, el pleno testimonio de nuestra inmortalidad.

¿Qué es en efecto la paz de la conciencia, sino el sentimiento de nuestro mérito y la confianza de que recibirá su retribucion? ¿Qué es el remordimiento mas que la prévia notificacion de nuestra comparecencia ante la divina Justicia y la sorda amenaza de nuestro castigo? Mas todo resentimiento y aprension suponen un objeto *futuro*, como término y expectativa de nuestro temor ó de nuestra esperanza, y como discretamente dijo Séneca, *merecer es esperar* [2]. La paz y el remordimiento, la confianza y el temor nos siguen, nos acompañan hasta dejarnos en brazos de la muerte, y allí ¡cosa maravillosa! allí mismo, al borde del sepulcro, cuya losa debiera ser un refugio seguro contra los tiros de la humana justicia, si otra mas alta no existiera... allí, repito, en aquel instante terrible, es donde el remordimiento clava su puñal con mayor encono, ó se manifiesta mas serena la paz, y la conciencia gastada por el crímen y la desgracia cobra su antiguo vigor entre las ruinas de los intereses temporales. Es, pues, indispensable que este objeto de nuestros temores y esperanzas, de nuestra confianza y de nuestro remordimiento, esté situado mas allá del sepulcro, y que el alma llena de tal idea sobreviva para verla realizada [3].

[1] Pág. 151.

[2] *Quisquis meruit expectat.* (Epist. CV).

[3] «Si fuese posible que en la edad de la razon hubiese yo faltado gravemen- «te á mi padre seria desgraciado toda la vida, porque no existiendo ya el ofen- «dido autor de mis dias, mi culpa seria irreparable. Podria decirse que daño «causado á quien no lo siente ya, es actualmente quimérico, como son todas «las cosas pasadas. Es una verdad, y sin embargo yo quedaria inconsolable. «La razon de este sentimiento es bien difícil de explicar. Si no fuera otra cosa «que el sentimiento de una caida que envilece, y de la cual no puede uno le- «vantarse con nobleza por haber perdido la ocasion de hacerlo, encontraría- «mos algun resarcimiento en la misma verdad de nuestra intencion. Con todo «observamos que la idea de esta injusticia, cuyos efectos no existen ya, nos «está siempre persiguiendo, nos martiriza, nos avergüenza, y nos destroza «como si fueran eternos sus resultados. Parece que el ofendido se halla ausen- «te por pocos dias, que va á volver mañana y que tendrémos que renovar con «él nuestras relaciones en un estado que no admitirá mudanza ni reparacion, «sino que el mal será perpétuo á despecho de nuestro arrepentimiento.» *(Obermann*, pág. 154).

Resumamos nuestro discurso y concluyamos:

La certeza de la inmortalidad del alma está radicada en nuestro ser, y no puede arrancarse de él sin destruirlo.

La primera idea de aquella procede del sentido íntimo, es la verdad de la naturaleza ratificada por el instinto universal, contra toda apariencia exterior, y por lo mismo fuera de toda ilusion. —La muerte no es mas que una descomposicion; y siendo el alma simple, no puede ser mortal. — Su esencia y sus operaciones son de tal manera distintas de las del cuerpo, que la separacion de sus destinos se concibe aun mejor que la de su asociacion. — No puede admitirse la suposicion de que el alma, reina del cuerpo, tenga un destino peor, como seria el de quedar reducida á la nada, al paso que el cuerpo sobrevive, no solo en la sustancia, sino tambien en su forma anterior que resiste á la muerte por algun tiempo.

Las leyes mas constantes de la naturaleza y de nuestra organizacion, particularmente la moral, se verian violadas si el alma no sobreviviese al cuerpo. Si es cierto, en efecto, que cada uno de los seres participa de la naturaleza de aquel de quien recibe su alimento, el alma es inmortal, porque el suyo es la verdad. Si la perfeccion de los seres está en razon de los principios que los constituyen, el alma lleva en su seno un principio de inmortalidad; porque su mejora y su degradacion están en razon del culto ó del abandono de este principio. Si es verdad que la organizacion de los seres está en relacion con su destino, el alma no ha sido formada únicamente para esta vida, porque las cosas de esta vida no pueden satisfacerla, y todos sus instintos la llevan mas allá. Si es cierto, por fin, que hay una Justicia y que la conciencia nos la revela, como una verdad y no como una fábula, el alma ha de ser inmortal, porque esta Justicia no está en la tierra, y el bueno y el malo dejan de vivir antes de haberla encontrado.

Es preciso, pues, que nos convenzamos de nuestra inmortalidad si no queremos chocar ciegamente con la razon y la naturaleza. Es preciso creer que tantos y tan poderosos argumentos no pueden seducirnos, porque están sacados del fondo de las cosas; y el órden admirable que reina en este grande universo, á cuya cabeza nos hallamos colocados por razon de nuestra inteligencia, descubre una sabiduría infinita que no puede haber querido engañarnos, induciéndonos á un error que seria en tal caso solo suyo, desmintiéndose á sí misma en su obra maestra por un cáos de contradicciones.

«Es necesario, como dice Platon, creer á los legisladores y á las «tradiciones antiguas, y particularmente por lo que respecta al ALMA, «cuando nos dicen que es cosa enteramente distinta del cuerpo, y que «es lo que cada uno llama YO: que nuestro cuerpo no es mas que su «sombra que la sigue: que este YO del hombre es positivamente in-«mortal, que es lo mismo que llamamos ALMA: y que ha de dar cuen-«ta de sus acciones á los dioses, segun lo enseñan las leyes patrias, «creencia tan consoladora para el justo como terrible para el malvado. «No creais que esta masa de carne que enterramos por acá sea el HOM-«BRE, y sabed que ese hijo, ese hermano, á quien creemos dar se-«pultura, ha PASADO á otra region despues de haber cumplido en «esta lo que aquí tenia que hacer.—Esto es lo cierto, aunque la «prueba exigiria largos discursos, y es menester creerlo bajo la pa-«labra de los legisladores, y de las tradiciones antiguas, COMO NO «HAYAMOS PERDIDO ENTERAMENTE EL JUICIO [1].»

[1] Platon, *De las leyes*, XII, *Op.*, t. IX, edic. Bip., pág. 212, 213.

No dudamos que será leida con un vivo y saludable interés una carta, cuyos sentimientos tienen una relacion íntima con el asunto que estamos tratando, y que ha sido escrita por una de las mas desgraciadas víctimas de la isla de Guadalupe á uno de nuestros amigos, y que es precisamente aquel por quien hemos compuesto esta obra.

Su autor era un hombre feliz, que hallándose con un elevado puesto, adquirido por su mérito y dignamente desempeñado por su bello talento, tenia una esposa que era digna de él; se hallaba padre de siete hijos que lisonjeaban sus esperanzas, y tenia una cuñada cuyo corazon angelical embalsamaba su hogar doméstico con el suave olor de sus virtudes; pero en menos de dos minutos ha visto esta cuñada, esposa é hijos aplastados á su misma presencia... La antigüedad pagana habria cubierto con un velo la cara de este padre, y el judaismo no hubiera podido decir de él sino el: *Noluit consolari, quia non sunt...* Pero el Cristianismo, que tiene consuelos que igualan á las calamidades, y cuyas esperanzas son mas sólidas que la tierra, ha sabido inspirar á este nuevo Job las palabras sublimes de consuelo y de fe que ofrecemos á nuestros lectores.

«Tierra-Baja 14 de febrero de 1843.

«Sr. D. N...—Mi carísimo amigo: he sabido que vino V. á la Punta para «recibirme y ofrecerme un asilo. No le haré á V. el agravio de darle por ello «las gracias, mi caro amigo; porque dar gracias á un amigo es suponer que «habria podido hacerlo de otro modo. Por mi parte puedo asegurarle á V. que «siento una especie de necesidad de recibir noticias de V. y saber cómo le van «sus asuntos, para participar de su dicha, como V. ha tomado parte en mis «aflicciones.

«Mi afliccion no ha sido tan amarga como algunos se figuran... porque, no «lo dude V., hay creencias que consuelan y condiciones que en cierto modo

CAPÍTULO IV.

UNA RELIGION NATURAL.

Tenemos una alma, — hay un Dios, — nuestra alma es inmortal. Hemos probado ya estas verdades, y de la union de las tres vamos ahora á deducir la existencia de otra cuarta verdad, la existencia de una Religion natural, es decir, la existencia de las relaciones naturales y obligatorias entre el hombre y Dios.

§ I.

I. La primera sensacion de nuestro ser es el placer de gozarse á sí mismo, ver y contemplar este bello universo, la imponente armonía de su conjunto y la inagotable profundidad de perfeccion que reina en sus mas pequeñas partes. Sentimos que nuestra alma fue cria-

«recompensan de las mayores pérdidas: y unas y otras son tan profundas que «mis relaciones intelectuales con los mios no han sido interrumpidas. Yo les «consulto, y el corazon, que es el solo órgano de comunicacion que me queda «con ellos, ve sus resoluciones y oye sus respuestas: y mi conciencia, que pisa «á mi razon, es la que decide mi juicio. Persuádase V., mi amigo, que en el «hombre hay algo mas que barro.

«¡Al ver que en menos de dos minutos me eran arrebatados todos esos cuer- «pos, que cubria una hermosura admirable, no hermosura precisamente ma- «terial que consumen los gusanos con tanta prontitud, sino aquella que alum- «bran con un destello celestial la virtud y la inteligencia; al ver que volvia á «entrar de nuevo en el polvo la parte de barro de los mios, mi perdicion era «inevitable, si la nada hubiese sido en mi espíritu el último término del hom- «bre!... Mas ahora, mi espíritu se halla en la calma, está tranquilo y resigna- «do. Inclino con respeto mi cabeza bajo la mano que ha querido que las cosas «se *modificasen* de esta manera; y todavía va mas léjos mi resignacion; por- «que le doy por ello las gracias..., sabiendo, como sé, que no es dirigida sino «por principios de eterna justicia. Y al permitirme que yo pudiese apreciar to- «do lo que tenia de grande, de noble y celestial, la reunion de los objetos que «me han sido quitados, me ha hecho conocer el Señor que me ponia en la si- «tuacion de ser un injusto ó un mentecato si llegaba á suponer que no ha te- «nido un fin digno de su grandeza en todo lo que me ha pasado.

«No dude V., Sr. D. N., bajo la palabra de su antiguo amigo que Luisa es

da para este placer, para este sentimiento de órden, y que cuanto mas se entrega á él, mas se extiende á sí misma, se dilata mas, vive mas.

Pero es esencial á nuestra naturaleza el darnos á nosotros mismos razon de todas las cosas, y señalar un objeto y un fin á nuestras ideas y sentimientos. Ese éxtasis vago y flotante, que experimentamos al aspecto del universo, se fija y determina luego que damos lugar á la sencilla reflexion de que un órden tan grande supone de necesidad un primer Ser esencialmente dominador é independiente, de quien todo procede y por quien todo vive.

Desde entonces, siento que no soy extraño á ese gran Señor de todas las cosas, porque yo tambien estoy comprendido en sus obras y le pertenezco como todo lo demás. Para ver su criatura, no tengo necesidad mas que de mirarme á mí mismo. *Él es el que ordenó todas las partes de mi cuerpo; el que primero me preparó como una leche que se cuaja y condensa; despues me revistió de carne y piel, y me aseguró con huesos y nervios; me dió, en fin, el espíritu y la vida, y continuando en socorrerme me conserva el alma y el cuerpo* [1].

Por esta sencilla reflexion descubro ya una primera relacion de *dependencia*, que me complazco en reconocer y conservar como el fundamento de mi ser, y el que me adhiere á ese autor de mi existencia como á mi principio y mi apoyo.

II. En seguida observo que no solo presidieron á la formacion

«inmortal...; que Victorina y Estefanía son inmortales...; que mis tiernos ni-«ños, que eran tan inocentes y agraciados, son inmortales...; y que esta virtuo-«sa Malvina, que fue una santa y una mártir, es inmortal. Pensar de otra ma-«nera seria pisar todas las afecciones que están basadas sobre la virtud, para «poner en su lugar las huecas é insensatas teorías, y los sofismas de una ra-«zon ignorante y presuntuosa.

«En este momento me hallo dominado por dos fuertes impresiones, la de la «verdad, y la del afecto que le profeso á V., mi caro amigo... ¡Oh cuánto deseo «que participe V. de las creencias, que son las *únicas* que pueden hacerle á V. «feliz! Pero mi situacion es demasiado extraordinaria para permitirme la sa-«tisfaccion de dar con el discurso un asalto al entendimiento de V. y obtener «lo que mi afecto no me permite esperar sino de la fuerza de las convicciones.

«Adios, mi caro amigo, y sírvase V. presentar mis respetos á su señora y «familia, y disponga de su antiguo amigo y S. S. Q. S. M. B.

«Nadau des Ilets.»

Nota. Nadau des Ilets fué á reunirse con su familia muriendo precisamente el aniversario de la desgracia de aquellos.

[1] Job, x.

del universo el poder y la sabiduría, sino que además una bondad inagotable se complace en proveer á cada cosa de los medios de existencia, y que entre todos los objetos de esta providencia yo soy la criatura de prediléccion, colocada sobre todas las demás por la facultad que me ha dado de sujetarlas, y de constituirme su rey; por el don de la inteligencia que me hace dueño de la naturaleza; por el don del libre albedrío que me permite gobernarme á mí mismo y escogerme un Señor, que no puede ser otro que aquel de quien he recibido tantos beneficios y hácia el cual me siento siempre atraido por la dulce reaccion del don hácia el donador. Hé aquí una segunda relacion de *reconocimiento* hácia Dios, que domina mis sentimientos, porque se los debo todos, porque el corazon que los experimenta y los objetos que los excitan proceden tambien de él.

III. Pero mi pensamiento se fija aun mejor en Dios, y me siento mas atraido hácia él, cuando considero todo lo que me rodea. Los objetos que excitan mis sentimientos, no tienen atractivo sino en cuanto los veo bellos, buenos, armonizados, nobles, sábios, graciosos y sublimes; pero estas perfecciones que solo son accidentales y pasajeras en las criaturas, fueron derramadas sobre ellas por el que las crió, y que debe ser por consiguiente como el *sustantivo* de todas estas perfecciones, es decir, la bondad, el órden, la sabiduría, el poder infinito. «Las perfecciones de Dios son las de nuestras almas y las de «toda la naturaleza, dice Leibnitz; pero él las posee sin límites: es «un océano del cual no recibimos mas que algunas gotas. Hay en «nosotros algun poder, alguna inteligencia, alguna bondad; pero «todas estas cosas están completas en Dios. El órden, las proporcio-«nes y la armonía que nos encantan, la pintura y la música, son pe-«queñas muestras de aquel gran todo, Dios, que es el órden por ex-«celencia; que guarda toda la exactitud de las proporciones; que «constituye la armonía universal, y que por la prolongacion de sus «rayos forma la belleza en todo [1].» Guiado por estas reflexiones descubro á Dios en todas las cosas bellas y amables, se las dirijo, se las subordino, y formo con ellas un hermoso conjunto al cual consagro todo el amor de que soy capaz, y al conocer y sentir que mis facultades me fueron dadas para gozar de esas perfecciones y encontrar mi ventura en ellas, infiero que debo encaminarlas todas hácia Dios, como á la plenitud de su satisfaccion. Á él refiero la admiracion y el amor que en mí despierta la perspectiva de tantas maravillas, y me

[1] *Teodicea*, prólogo.

considero dichoso con saber á quien pagar el tributo de mi inteligencia y de mi corazon, mucho mas cuando reconozco que pago este tributo al mismo que me ha dado este corazon y esta inteligencia, que los atrae á sí por medio de sus demás obras, haciéndose de esta manera el principio y el fin de mi destino y el alimento infinito de mi felicidad. Tenemos, pues, ya una tercera relacion de *amor*, que se compone de todos los amores, como Dios se compone de todas las perfecciones, y que nos obliga á amar en él á la suprema belleza, la soberana bondad, el órden, la sabiduría y el poder mas admirables, el tipo absoluto del bien.

IV. Esta consideracion toma un carácter mas sublime y persuasivo cuando noto que por mi calidad de hombre soy el único ser en la naturaleza capaz de rendir semejante homenaje. Desde entonces siento mas la necesidad de satisfacer á Dios la deuda del reconocimiento y del amor, no solo por lo que respecta á mí, sino por todas las criaturas colocadas bajo mi dependencia, por todo este gran mundo que se resume en mi pensamiento como en un santuario, y que me recuerda la gloria de su Criador para que yo le tribute su reconocimiento con el mio. Entonces conozco que si he sido constituido rey del universo ha sido para que fuese al propio tiempo su pontífice, y que soy en la tierra como el vasallo de Dios. Esta facultad religiosa que me distingue entre todas las criaturas hace de mí el vínculo que une al mundo con su Autor; dejarla ociosa seria faltar á mi carácter mas esencial. De este modo mis primeras relaciones de dependencia, de reconocimiento y de amor hácia Dios, tienen su complemento en otra relacion mas solemne de *adoracion*.

V. Del estudio interior de nuestro ser se deducen relaciones mas íntimas todavía. Como ya hemos visto, pertenecemos por el pensamiento á otro mundo que no vemos, á un mundo intelectual y moral. En él está la sede principal de nuestro ser: en él ya no se nos comunica Dios por la interposicion de las criaturas, sino directamente y por los rayos que emanan inmediatamente de su sustancia; es decir, que se comunica á nuestra inteligencia por la verdad, á nuestra conciencia por la justicia, y á nuestro corazon por el sentimiento del órden y la belleza moral. Esta verdad, esta justicia, esta belleza moral, que no son otra cosa que diferentes aplicaciones de la RAZON suprema, reclaman un culto perpétuo en nuestro interior, y no le desconocemos sin confundirnos, desordenarnos y hacernos desdichados. Esta RAZON suprema es como el aire y la luz del alma, que sin cesar

tiende por todos sus buenos instintos á asimilársela. Es el foco de donde el alma emana y á cuyo rededor gravita hasta que otra vez pueda entrar en él y dilatarse en la absoluta posesion de su principio; es como la matriz de todas las inteligencias, es Dios. Es una grosera ilusion en hacernos de la RAZON un ente abstracto en sí, que en nada se apoya y que viene á ser una especie de fantasma forjado por nuestra imaginacion; muy al contrario, nuestra imaginacion es obra suya, nuestra razon es hija de esta RAZON, ó mas bien la aspiracion instintiva de nuestro espíritu hácia Dios, que segun la bella expresion de Malebranche es el *lugar de los espíritus, como el espacio lo es de los cuerpos.*

Se ha dicho que la nobleza es un prolegómeno de la soberanía; podria decirse que el alma es un prolegómeno de la Divinidad. Tenemos, efectivamente, algo de Dios, y remontándonos hasta él no hacemos sino volver á entrar en nosotros mismos y reconstruirnos. Es verdad que está lo infinito entre Dios y nosotros; pero es un infinito en *perfeccion* que tendemos eternamente á igualar, y no un infinito en *naturaleza;* mientras que hay el infinito en *naturaleza* entre el alma y el cuerpo donde esta se halla encerrada, y todo el universo material en donde estamos detenidos. De suerte que por medio del alma estamos mas cerca de Dios que de nuestro propio cuerpo [1], y somos mas parecidos á él que á todas las criaturas; y siendo la proximidad y la semejanza de los seres la base de su sociedad, nuestra sociedad con Dios, la Religion, es mas conforme á nuestra naturaleza que todas las relaciones que tenemos con el mundo exterior y sensible.

De ahí aquellas profundas palabras del Génesis: *Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza*, es decir, inteligente como nosotros, amante de la verdad y apto para poseerla, como nosotros. Existe en efecto entre Dios y el hombre la semejanza de que ambos aman la verdad y son aptos para poseerla, con la sola diferencia que Dios la posee en sí mismo, y nuestra alma tiende á poseerla en Dios y beberla en él como en su fuente. Ciceron en la exquisita sencillez de su razon filosófica entra admirablemente en este pensamiento cuando escribe estas notables palabras: «La ley moral es el espíritu de Dios, «cuya soberana razon obliga ó prohibe...; la ley verdadera y primi-«tiva es la recta razon de Dios..., cuando esta razon *ha entrado y* «*se ha desarrollado* en el espíritu del hombre, es la ley... Y puesto «que la razon *está en Dios y en el hombre*, debe existir una sociedad

[1] *Regnum Dei intra vos est.*

«de razon entre el hombre y Dios, *una semejanza del hombre con Dios,*
«de modo que podríamos llamarnos *la familia, la estirpe ó el linaje*
«de los seres celestiales. De áquí se sigue que para el hombre, *reco-*
«*nocer á Dios, es reconocer y recordar el orígen de donde ha salido*[1].»

El culto de esta RAZON, que es el objeto único de nuestra alma, es, pues, el culto de Dios *en espíritu y en verdad*, culto que deja de ser verdadero y se convierte en una ciega y estéril idolatría, si en lugar de Dios, que es la RAZON única, colocamos y divinizamos nuestra razon, que no es mas que un destello de aquella, y si absorbemos y limitamos en nosotros mismos la actividad moral que se nos ha dado para que podamos andar en Dios: *ambulare in Domino.* ¡Expresion la mas bella!

VI. Este argumento adquiere mas robustez y da lugar á una relacion mas explícita entre el hombre y Dios, si sondeándome á mí mismo mas profundamente llego á descubrir que hay en mí una insaciabilidad de espíritu y de corazon, una sed ardiente de conocer y de amar, un disgusto profundo de todo lo que pasa, una tendencia invencible hácia lo infinito, que enérgicamente atestiguan que, á diferencia de todas las demás criaturas, yo no he recibido todavía el complemento de mi ser, sino solo las facultades para conquistarlo; que en la tierra no hago mas que preludiar mis destinos futuros; que la perfeccion y el mas indefinido progreso son la ley impulsiva de mi naturaleza; que para mí no hay en esta vida mas que principios y bosquejos de conocimiento y de felicidad; que mas allá de ella me espera algo infinito y eterno, y que ese algo, que ha de llenar esta capacidad ilimitada de conocer y de amar que me aqueja, debe por consiguiente ser infinito en verdad y en amor; y como tal el conjunto de todas las perfecciones: Dios.

Hay entre el hombre y todas las demás criaturas una evidente desemejanza, que nos conduce insensiblemente á la inmortalidad de sus destinos y de su último fin en Dios, es decir, que todas las criaturas, comprendido el hombre, pero solamente en su cuerpo, llegan con rapidez al último grado de desarrollo y perfeccion de que son capaces, y en seguida se paran y dan vueltas, por decirlo así, en el círculo de su organizacion ó de su instinto hasta que los vuelven á conducir á su orígen la extenuacion y la decadencia; al revés sucede en el hombre, quiero decir, en el hombre inteligente, que se dilata y se desenvuelve sin cesar todas sus facultades; que sigue una carrera indefi-

[1] *De legibus*, lib. I.

nida, una línea perpétuamente ascendente de ilustracion y de virtud; que es siempre ignorante é imperfecto, porque está siempre llamado á conocer y á merecer mas. Es un edificio cuyo techo no se cubre nunca. Una sola inteligencia devora en corto tiempo todos los tesoros de ciencia adquiridos en todos los siglos por la humanidad entera; y como si este inmenso botin la hubiese hecho mas codiciosa y ágil, se precipita con mas ardor que nunca hácia el campo de los descubrimientos, ensancha el límite de las ideas humanas, y cuando llega la muerte y le sorprende dentro del cuerpo en que reside, apenas ha formulado ella su proyecto, ni ha concluido su primer ensayo; y cuanto ha recogido, cuanto ha trabajado no es comparable, como dice Newton, sino al juego de un niño sobre la playa con respecto al océano de la verdad que le queda todavía por recorrer. Lo mismo que decimos de la verdad en las ciencias, podemos decirlo de la virtud en las acciones, de la belleza y perfeccion en las artes, y de la felicidad en las afecciones: por todas partes nuestra alma concibe, aspira, codicia un océano ilimitado de perfecciones. No se considera infeliz sino porque se siente siempre llamada á cosas mas grandes, y el eterno plañido de su indigencia no es mas que el grito orgulloso de su destino.

De aquí se sigue que la Religion, en el mero hecho de establecer nuestra comunicacion con la infinita perfeccion de Dios, está esencialmente concorde con la primera ley de nuestra naturaleza, que es capaz de una perfeccion indefinida é inmortal. Nuestra alma se halla en estado de creacion empezada; todavía está sobre ella la mano del Criador; todavía no ha terminado la obra de su perfeccion, y es seguro que no terminará jamás, puesto que su destino es ser semejante al mismo Dios. Sustraernos á esta accion *perfeccionante* de Dios para limitarnos á nosotros mismos y á las criaturas, es abrogarnos indignamente los oficios de la Divinidad, hacer traicion á sus designios, y suicidarnos moralmente: buscar á Dios en todo, dirigir y mantener incesantemente nuestra alma bajo su mano creadora y paternal, y adherirse á él con todas las fuerzas de nuestro espíritu y nuestro corazon, es poseernos á nosotros mismos, es caminar á nuestro fin, es dirigirnos á nuestra verdadera felicidad.

VII. Por fin, hay una última relacion entre el hombre y Dios, que pone el sello á todas las demás, y que es como el remate de todo lo que llevamos expuesto. Es el vínculo que nos sujeta á su justicia y nos hace responsables á él de nuestra vida, vínculo inevitable que nos tiene siempre bajo su dependencia y que no se afloja aun cuando se

hayan relajado todos los demás lazos y todos los vínculos voluntarios. —En vano procuraríamos desconocer esta relacion y este vínculo: si somos libres es con la condicion de que seamos responsables: y si por la libertad de gozar nuestro pensamiento y acciones pueden burlarse de Dios en esta vida, por la responsabilidad que nos es inherente contraemos con él compromisos eternos para la vida venidera. Cuanto mas libres somos de negarnos á reconocerlo y honrarlo acá en la tierra, menos debemos hacerlo; porque la libertad es la justa medida de la responsabilidad, con la sola diferencia, que la libertad del hombre es temporal y su responsabilidad es eterna. Nos parece haberlo demostrado ya; la justicia absoluta no se ejerce en esta vida; deja flotar, por decirlo así, las riendas del mundo moral á merced de nuestras voluntades, y hasta tolera que empleemos contra ella las fuerzas que hemos recibido de su poder. Si no sucediese así, no seríamos libres ni podríamos aspirar á ser semejantes á Dios. Pero viene un momento en que su brazo se encoge de repente, y entonces nos obliga por la expiacion y el terror á tributarle el homenaje que le habíamos rehusado por voluntad y por amor. Tambien es menester que suceda así; de otra manera Dios no seria Dios: seria menos que nosotros. De esto se sigue forzosamente, que siendo la primera ley de nuestro ser un tributo de homenaje á su Autor, la primera cuenta que se nos exigirá despues será la de nuestra conducta con respecto á esta primera ley: los intereses mas vitales, mas infinitos están ligados con nuestra fidelidad ó nuestra rebeldía, con nuestra negligencia ó nuestra sincera y fervorosa adhesion. «¡Ah Teodoro! ¡ah Teótimo! Dios «solo es el vínculo de nuestra sociedad: procuremos que ya que es «su principio sea tambien su fin. No abusemos de su poder, y ¡ay «de aquellos que lo hagan servir para satisfacer á sus criminales pa«siones! porque nada es mas sagrado ni divino que este poder. Ser«virse de él para usos profanos es un sacrilegio, es servirse del jus«to vengador del crímen para consumar la iniquidad [1].»

Véase, pues, como todo en mí y en torno mio proclama la verdad de una religion natural, de un culto necesario de todo mi ser á solo Dios: relacion de existencia y de dependencia, —de reconocimiento, —de amor, —de sacerdocio natural y de adoracion, —de semejanza y de filiacion original, —de sociedad de razon y de destino, —de responsabilidad y de interés eternos.

¡Cuán falsa, pues, y cuán vana es la ilusion en que viven los *hom-*

[1] Malebranche, *Conversacion VII sobre la metafísica*, núm. 14.

bres de bien, segun el mundo, cuando creen que toda la hombría de bien se reduce al cumplimiento de nuestros deberes sociales, y que ya es uno justo cuando los ha cumplido! ¿Se cumple por ventura con los deberes sociales cuando se da á sus semejante el ejemplo de irreligion, cuando se escandaliza á sus hermanos, cuando con la indiferencia se debilita en las almas la fe ó se la ahoga con un desden, y cuando se hace servir la honradez para poner en boga la impiedad?... Á mas de nuestros deberes con nuestros semejantes, ¿no estamos por ventura obligados tambien á ciertos deberes con nosotros mismos, entre los que sobresalen el de mejorarnos continuamente por nuestras relaciones con la perfeccion suprema, y el de corresponder á nuestra vocacion á la inmortalidad?... Y finalmente ¿no tenemos tambien deberes directos con Dios, deberes que son los primeros que debemos cumplir? En estas palabras de *dar á cada uno lo que es suyo* ¿no está esencialmente embebido el deber de tributar homenaje á aquel, á quien todo es debido? ¿Nos habrá hecho Dios para ser justos, agradecidos y amantes de todos, menos de él que es la Justicia, la Beneficencia y el Amor mismo? ¿Es probo un hombre, es justo, en una palabra, es hombre de bien cuando niega su principal deuda? Era muy diferente el juicio que de ello formaban los paganos; y apelo á aquella hermosa definicion que de la piedad nos da Ciceron: LA PIEDAD, dice, ES LA JUSTICIA CON RESPECTO Á DIOS, *est enim pietas justitia adversum Deos*[1].

De todo esto se sigue, que para el hombre, reconocer y adorar á Dios, es, como dice Ciceron, recordar y reconocer el orígen de donde ha salido, la fuente de donde todo le proviene, el ser á quien todo se lo debe, el objeto de su permanencia en el universo, y el término á que ha de dirigirse: es adherirse á su principio, á su centro, á su fin; es, en una palabra, el hombre completo.

Nadie vacilaria en reconocer esta gran verdad, si Dios se nos manifestara en todo el esplendor de sus perfecciones. Entonces nos precipitaríamos en su seno, como en el océano de la belleza y de la vida; pero hallándose ahora oculto detrás de sus obras, y no brillando sino por los rasgos de hermosura que sobre ellas ha esparcido, nos hacemos ilusion, limitamos en las criaturas el conocimiento de amor que

[1] Son bellísimas las palabras que Racine dirigia á su hijo: «No dudo, que «haciendo cuanto esté de tu parte para ser un perfecto hombre de bien, te per«suadirás que no podrias serlo sin dar á Dios lo que le es debido.» (*Lettres de Jean Racine*).

Dios nos ha impreso para encaminarnos á él, y derramamos sobre ellas los inmensos tesoros de nuestra inteligencia y de nuestro corazon. Y como entre todas las criaturas somos nosotros, por nuestras facultades, las mas ricas y las mas parecidas á Dios, convertimos nuestros obsequios é idolatrías hácia nosotros mismos, y las prodigamos en seguida y sin reserva á todo cuanto puede embelesarnos. El sentimiento de adoracion y de amor que el Señor nos infundió para que podamos remontarnos á él, no se extingue jamás; se extravia, sí, algunas veces dejándose llevar exclusivamente por el atractivo que Dios esparce en sus obras, y que es como un rayo de su belleza, que las ilumina y está jugueteando en la superficie de los seres. En vez de servirnos de este atractivo para remontarnos á su verdadero principio, para pasar de la obra al artífice, del rayo de luz á su foco, y de las criaturas al Criador, se las sustituimos y las convertimos en instrumentos de nuestra infidelidad, para que sean despues los instrumentos de nuestro infortunio, de nuestra indigencia y de nuestra nada [1].

Repugna al orgullo de nuestro espíritu y á la impaciencia de nuestro corazon, esperar aquella felicidad verdadera, cuya fruicion, aunque imperfecta, vale infinitamente mas que el gusto actual de todos los bienes perecederos; nos negamos á las pruebas de la fe y de la virtud para obtenerla; queremos poseerla desde luego, y forjárnosla nosotros mismos; pretendemos ceñir la corona antes de empezar el combate, y tener el cielo en la tierra; trastornamos el órden y el uso de nuestras facultades, las pervertimos, y empleamos todos nuestros esfuerzos en falsificar nuestro destino y en precipitarnos léjos de nuestra órbita.

Una mujer, que experimentó muy sensiblemente este extravío de nuestra naturaleza, ha trazado una página divina en una obra infernal, página que resume elocuentemente mi pensamiento. Héla aquí:

[1] «Los hombres que no conocen á Dios son solo vanidad: por medio de los «bienes sensibles no han podido comprender al soberano Ser, y en el estudio «que han hecho de sus obras, todo lo han admirado menos la mano del artífice.

«Si la hermosura que les ha seducido es tan extraordinaria, que han tomado «á las criaturas por dioses, figúrense cuánto mas hermoso será Aquel que es «el dominador de todas, puesto que es el Autor mismo de la hermosura el que «la ha comunicado á todas estas cosas.» — *Quorum si, specie delectati, Deos putaverunt, sciant quanto his dominator eorum speciosior est; speciei enim generator hæc omnia constituit. (Sap.* XIII, 1, 3).

«El amor, Stenio, no es lo que tú crees: no es esa violenta aspi-«racion de todas las facultades hácia un ser creado; es la santa aspi-«racion de la parte mas pura de nuestra alma hácia lo desconocido. «Seres limitados, queremos satisfacer esos agudos é insaciables de-«seos que nos consumen, les buscamos objeto cerca de nosotros, y á «pesar de ser tan pobres, nos hacemos pródigos, y adornamos nues-«tros frágiles ídolos con todas las bellezas y materiales que hemos «visto en nuestros ensueños. No nos bastan las emociones de los sen-«tidos: la naturaleza nada tiene en el tesoro de sus sencillos goces, «capaz de apagar la sed de felicidad que experimentamos; seria pre-«ciso el cielo, y el cielo no lo tenemos. Por esto buscamos el cielo en «una criatura semejante á nosotros, y gastamos en ella esa sublime «energía, que se nos dió para mas noble uso. Rehusamos á Dios el «sentimiento de adoracion que se nos infundió para que lo consagrá-«semos á solo Dios, y lo colocamos en un ser débil é incompleto, que «al fin llega á ser el dios de nuestra idolatría. En nuestros dias, pa-«ra las almas poéticas, el sentimiento de adoracion entra hasta en el «amor físico. ¡Grosero error de una generacion codiciosa é impo-«tente! Por esto cuando se descorre el velo divino y aparece la cria-«tura mezquina é imperfecta, detrás de esas nubes de incienso, de-«trás de esa auréola de amor, nos avergonzamos de nuestra ilusion, «aterramos al ídolo y lo pisoteamos con rabia. Pero ¡poco despues «buscamos otro! Necesitamos amar, y nos engañamos todavía, has-«ta que al fin, desengañados, ilustrados y purificados, abandona-«mos las esperanzas de una afeccion permanente sobre la tierra, y «elevamos á Dios el homenaje entusiasta y puro, que jamás hubié-«ramos debido dirigir sino á él solo [1].»

Este homenaje está en nuestra naturaleza, todas nuestras relaciones terminan en él, todos nuestros intereses lo reclaman, y es el primer artículo de la ley natural: AMARÁS AL SEÑOR TU DIOS CON TODA TU ALMA, CON TODO TU ESPÍRITU Y CON TODO TU CORAZON.

VIII. El medio de ejercer este homenaje, y al cual debe referirse toda la Religion, es la oracion.

Á este fin es menester crearse un retiro y una especie de santuario en el fondo de la conciencia, donde podamos sin cesar tener encerrados todos nuestros pensamientos en presencia de la Divinidad, hasta llegar á hacer por medio del hábito esta presencia tan sensible, que nunca la perdamos enteramente de vista en medio de los cuida-

[1] George Sand, *Lelia*.

dos y de la confusion exterior de la vida, y que la encontremos fácilmente en los momentos de recogimiento interior, que debemos dedicar periódicamente al exámen y reforma de nuestra alma. En este retiro, en este santuario, debemos dirigir todas nuestras acciones al cielo, inmolar nuestros malos deseos, ofrecer en expiacion nuestras contrariedades y sufrimientos, y armarnos de fuerza y de prudencia para observar siempre mas cumplidamente las leyes de la justicia y de la verdad. Siendo inconcebible la idea de semejante culto sin la palabra interior, nos acostumbrarémos á conversar con Dios por medio de la oracion, que es la expansion del alma con todas sus debilidades, sus miserias y necesidades en presencia de la absoluta perfeccion de su autor, no para que Dios conozca estas miserias y necesidades, sino para que las sintamos y conozcamos mejor al recordarlas, y nos penetremos de las divinas perfecciones al contemplarlas. Acostumbrándonos á hacer uso de tales medios, se llegará á establecer una relacion íntima y permanente entre el cielo y nosotros, se formará un místico himeneo entre nuestra alma y Dios, y la experiencia nos enseñará luego que semejante himeneo no es estéril, porque Dios lo enriquecerá con la abundancia de sus inefables dones [1].

IX. Para afirmar y robustecer nuestras relaciones con Dios hay otro medio, que constituye el segundo artículo de la ley natural, y es el amor del prójimo.

Por lo mismo que somos todos objeto del amor de nuestro Dios, criados á su imágen y destinados á poseerlo, debemos ver en cada uno de nuestros semejantes el objeto de este mismo amor, un hijo de Dios, un hermano. El mejor medio, pues, de agradar á Dios, á quien no podemos favorecer directamente, porque es el manantial del bien, es favorecer á aquellos por quien él se interesa, y ser los unos para los otros instrumentos y limosneros de su providencia; es decir, servirnos de una celestial subrogacion, para pagar en los hijos las deudas que teníamos contraidas con el padre, y ser para ellos lo que de-

[1] «Es preciso hacer oracion todos los dias, fijar nuestro pensamiento en esa «lumbre que purifica, en ese fuego que consume nuestra corrupcion, en ese «modelo que nos regula, en esa paz que calma nuestras agitaciones, en ese «principio del ser que reanima nuestra virtud.» (*Pensées* de Joubert, t. I, p. 120).

«Solo están despiertos, Dios mio, los que piensan en Vos y os aman; todos «los demás duermen y se hallan entregados á sueños y fantasmas. No hay mas «realidad que Vos: ¡dichosos los que emplean su corazon y su espíritu en ocu-«parse de Vos, en hacerlo todo por Vos y en consagraros todas sus accio-«nes!» (*Idem*, t. I, pág. 107).

seamos que sean ellos para nosotros, haciéndoles todo el bien que deseamos se nos haga. Esta beneficencia universal que ha de tener el amor de Dios por principio, el amor propio por medida, y el amor de nuestros semejantes por objeto, forma el complemento de la religion natural: AMARÁS Á TU PRÓJIMO COMO Á TÍ MISMO.

Así es como de la soberana y única paternidad de Dios deriva la fraternidad humana: estrechar los vínculos de la primera, es apretar los lazos de la segunda, hasta poder decir con toda propiedad: PADRE NUESTRO, en cuyas dos palabras está compendiada toda la Religion.

X. Pero seria engañarnos muy lastimosamente y caer en un escollo, que voy á señalar, juzgar de la facilidad de la práctica de esta religion natural por la sencillez de su teoría.

Amar á Dios y al prójimo está dicho muy pronto, pero no se cumple con tanta presteza. No diríamos demasiado afirmando que para llegar á esto no bastan todas las fuerzas humanas; y se comprenderá fácilmente si se nota que este *amor de Dios*, que constituye toda la sustancia de la Religion, debe absorber en sí todos nuestros sentimientos, y envuelve por consiguiente el *des-amor* de todo cuanto nos rodea, en particular de nosotros mismos, que nos amamos tan exclusivamente.

De este modo llega á ser esto una cuestion de vida ó muerte para el amor propio y las pasiones, es decir, para el alma que no es mas que pasion y amor propio; cuestion que el alma no puede resolver porque le faltan la luz y la fuerza que para ello son absolutamente indispensables.

¿De dónde proviene esta extraña oposicion entre el alma y su bien supremo? ¿Por qué concurriendo todo, en el órden de la razon y de la verdad, á conducirnos hácia Dios, todo conspira, en el órden de nuestras inclinaciones y voluntades naturales, á separarnos de él? Hay aquí un abismo donde se halla sumergido el secreto de nuestra organizacion moral, y no nos es dado todavía sondearlo. El constante resultado de todo es que la oposicion entre nuestros gustos y nuestros deberes en el órden de la Religion es muy cierta, pero se mantiene insuperable á la sola naturaleza, abandonada á sí misma.

Véase, pues, como llegamos sin violencia á la conclusion que yo buscaba, como un correctivo á todo lo que antecede; es decir, que esta calificacion *natural* que damos á la Religion, cuando la consideramos especulativa, deja ya de convenirle en el momento en que descendemos á la práctica. Entonces, para hablar con propiedad, es pre-

ciso llamarla *sobrenatural*, y por esto mismo es impracticable, si no se cuenta para ello con la ayuda de auxilios *sobrenaturales*.

Esta gran verdad de experiencia es el escollo del Deismo y la piedra angular del Cristianismo.

Excluyendo toda religion revelada, el deismo excluye á la vez toda religion natural; pues esta no puede por sí misma sostenerse sobre un fondo de tinieblas y miserias como el de nuestra alma, *á menos*, como decian Sócrates y Platon, *que Dios se digne enviarnos algun mensajero suyo, que en su nombre nos instruya y nos reforme* [1].

Negándose el deista á sujetarse al reconocimiento de semejante verdad, y quedándose por este hecho sin ninguna religion, ¿cómo puede tener la menor idea de Dios y no ser ateo [2]?

¿Cómo se puede concebir que Dios existe y que nos haya dejado abandonados, sin medios para dirigirnos á él? ¿que haya intervenido para introducirnos en el camino del cielo, y que ya no intervenga para sostenernos y guiarnos en él? ¿que nos haya infundido la idea de sí mismo hasta el punto de que no podamos dejar de pensar en él, y que no se haya revelado lo suficiente para impedir que caigamos en una multitud de conjeturas extravagantes y de prácticas supersticiosas, que con frecuencia han ocasionado la ruina de la moral y de la razon? Dios, que no engaña el instinto de la hormiga; que la dirige y la inspira sosteniendo este instinto hasta el fin, ¿podria engañar el instinto religioso de la especie humana?... Esto seria suponer que el hombre no hace parte de la creacion, que ha sido desheredado ó que su patrimonio es la demencia. Almas de Vicente de Paul y de Fenelon, contestad á tan monstruosas suposiciones manifestándonos, en el grado de perfeccion á que llegásteis, que la mano del buen padre se halla siempre extendida sobre sus hijos.

[1] Platon en la *Apologia de Sócrates*.

[2] Por dos partes se le hace esta intima, ya por parte de los ateos, ya por la de los creyentes, tan falsa é inconsecuente es su posicion. — «Si hay un «Dios, dice el autor del *Sistema de la naturaleza*, ¿por qué no hemos de hon-«rarlo?» (T. II, pág. 224). — «Hay dos clases de ateismo, dice Joubert, el «que quiere prescindir de la idea de Dios, y el que pretende que Dios *no inter-«viene* en las cosas humanas.» (*Pensées*, t. I, pág. 112). — Así es como los deistas son empujados por los ateistas hácia el Cristianismo, y rechazados hácia el ateismo por los Cristianos: «Semejantes, dice Mr. de Bonald, á esos pe-«queños soberanos, que se hallan colocados entre dos grandes potencias be-«ligerantes, que ahora están por la una, y ahora por la otra, y que al fin pe-«recen oprimidos por entrambas.» (Pág. 59, t. I).

Sin embargo, la religion natural, tal como acabamos de trazarla, permanece siempre especulativa como el tipo de la religion primitiva, y como el sello que mas adelante nos ha de hacer reconocer la verdad de la Religion cristiana, que no es otra cosa que su restauracion práctica. Una religion revelada ha podido muy bien desenvolver y facilitar la religion natural; pero de ningun modo contradecirla. Si habló Dios una vez para atraer á los hombres á sí, ha debido hacerlo mas explícitamente la segunda vez, pero no en un sentido distinto. En la exacta conformidad de los dos lenguajes se reconoce la identidad de Dios.

Al presente, dejamos ya probada la verdad de una religion natural, y vamos á poner fin á la exposicion precedente añadiéndole el sello del consentimiento universal.

§ II.

Al través de todas las alteraciones que el extravío del espíritu humano ha ocasionado en el homenaje rendido á la Divinidad, este ha constituido y constituye siempre y en todas partes el fondo de nuestra naturaleza. La primera piedra de toda sociedad fue un altar, y cuando esta piedra ha desaparecido, la sociedad ha desaparecido tambien con ella. Nunca se le ha permitido al hombre poderse conservar sin este elemento indeleble y primordial de su especie. No solamente el hombre civilizado, sino tambien el hombre perdido en los límites de la naturaleza social, el hombre salvaje, el hombre, en fin, por el mero hecho de ser hombre, ha llevado constantemente en su seno este fuego del cielo. Muchas veces no ha tenido mas que esto de la humana naturaleza, pero jamás ha dejado de tenerlo, porque es el instinto mas profundo, mas radical, mas universal de cuantos hay en él.

«Ningun animal, excepto el hombre, dice Ciceron, tiene conocimiento de Dios; —y entre los hombres no hay ninguna nacion «tan feroz y salvaje, que si ignora cuál es el Dios que debe haber, «no sepa al menos que es preciso que haya uno [1].»

«Podréis hallar, dice Plutarco, ciudades sin murallas, sin casas, «sin gimnasios, sin leyes, sin moneda y sin letras; pero un pueblo «*sin Dios, sin oraciones, sin juramentos, sin ritos religiosos y sin sa*«*crificios*, —nadie lo vió jamás [2].»

[1] *De legibus*, lib. II, cap. 8.
[2] *Adver. Coloten.*

En los tiempos modernos los descubrimientos de la navegacion han abierto un vasto campo á la experiencia de este hecho, que no se ha visto desmentido en ningun punto del globo. En todo el continente americano se ha notado que la existencia de Dios y la inmortalidad del alma son como las primeras bases de la religion de los salvajes [1]. Todos los viajeros atestiguan asimismo que estas creencias son universales en toda el África [2]; los negros creen firmemente en la existencia de Dios, en cuya bondad confian, cuyo poder adoran, y á quien ofrecen una parte de todos sus alimentos [3]. — Por fin, en todas partes donde se han encontrado huellas humanas, se han visto tambien señales de religion.

Es necesario que sea muy constante este hecho para que el autor del *Sistema de la naturaleza* se haya visto obligado á estampar la siguiente declaracion, que protesta altamente contra todo el resto de su obra: «Es imposible poder suponer razonablemente que haya en «la tierra un solo pueblo que no tenga nociones de alguna divini- «dad [4].»

De aquí inferimos que *se puede razonablemente suponer,* que una nocion tan universalmente recibida debe ser natural y verdadera; que es imposible que sea resultado de un *hecho expreso* universal; que es tan absurdo negar la voz de la naturaleza cuando dice igualmente á todos los hombres que hay un Dios que debemos honrar, como cuando dice que somos superiores á los brutos por la razon; y que el instinto religioso es tan natural y universal en todos los hombres como la razon; de manera que para definir al hombre lo mismo se le puede llamar un *animal religioso*, que un *animal racional*. «No *ser capaz de* «*religion* era entre los antiguos una de las señales características de «ser *irracional* [5].»

Pero los hombres, unánimes sobre el punto de la existencia de estas relaciones necesarias entre el hombre y Dios, se ponen en discordancia sobre el modo de existencia de semejantes relaciones, sin cal-

[1] Carli, *Cartas americanas*, t. I, pág. 103; Ramnusio, *Navegacion del Nuevo Mundo;* Lahontan, *Viaje á la Amér. sept.*, t. II, pág. 123; Jos. Acosta, lib. V, pág. 475, etc., etc.

[2] *Relacion de la Guinea*, por Salmon; *Relacion de Desmarchais*, pág. 66; *Viaje de Isiny*, pág. 17; Pilgrin, t. I, pág. 180; Dapper, *Descripcion del África*, t. II.

[3] *Viaje á Surinam y al interior de la Guyana*, por el capitan Stedman.

[4] Tomo II, cap. 13.

[5] Joubert, t. I, pág. 113.

cular que si esta discordancia acerca del modo de ser importa el error, la unanimidad acerca del principio atestigua la verdad.

Es preciso, pues, guardarse de este lazo tendido por el ateismo del siglo XVIII, y especialmente por Volney en sus *Ruinas*, lazo que consiste en poner de manifiesto las contradicciones y extravagancias de las diferentes religiones que han existido entre los hombres, para venir á parar en que *todas son falsas*, y que de consiguiente no hay religion verdadera, porque la verdad no puede permitir tantas contradicciones, y porque no se revela mas que por la *unidad*.

Este último principio es justo, pero la aplicacion que le da Volney es evidentemente falsa.

Es muy justo decir que la verdad solo está en la unidad. Suscribimos de muy buen grado á este principio, y hasta lo aplicarémos á nuestro objeto, reconociendo que de la contradiccion que reina entre las varias religiones, se debe inferir que *no todas ellas son verdaderas*. ¿Es lo mismo decir esto, que decir que *todas son falsas?* Aquí está oculto el sofisma. Busquémoslo.

El recuento universal, que se complace Volney en hacer de todos los grandes desatinos en religion, prueba precisamente, y en el mas alto grado, el consentimiento unánime y universal acerca del principio y de la verdad de una religion. Si cada una de las religiones que ha habido entre los hombres ha pretendido ser la *verdadera* y ha podido hallar espíritus dispuestos á crearla, ha sido necesariamente porque con anticipacion todos los hombres estaban acordes en que debe haber *una religion verdadera*. En este punto hay conformidad universal, y por consiguiente, segun la regla sentada por el mismo Volney, hay tambien VERDAD. Todos los charlatanes en religion explotaron esta propiedad comun; pues nunca pudiera haberse introducido una falsa religion, ni haber sido engañado nadie por las supersticiones, sin la prévia verdad de una religion. De modo, que si se ha conseguido hacer recibir entre los hombres no solo una extravagancia religiosa sino ciento y mil, esto prueba mil veces mas sólidamente la fuerza de la persuasion universal acerca de la verdad de una religion y su crédito, y esta conformidad es tanto mas concluyente, cuanto la division universal, que se ha introducido sobre el *modo* de ser de la Religion, demuestra que los hombres entregados á sí mismos son incapaces de conciliarse en ningun punto, y por esta misma razon si alguna vez concuerdan sus pareceres sobre un punto único, como el del principio de una religion, es precisamente porque

los reune la fuerza de la naturaleza y de la verdad. El error, dice Bossuet, *es un abuso de la verdad.* Hay religiones falsas del mismo modo que hay moneda falsa, remedios falsos, falsas influencias atribuidas á la luna. Pero es muy necesario, repito, que en el fondo de todo esto haya un verdadero culto, una Religion verdadera, sin lo cual nadie hubiera imaginado suponer é inventar todas esas religiones falsas, del mismo modo que nadie se hubiera dejado persuadir á creer en ellas, si el espíritu del hombre no se hubiese hallado *predispuesto* por la misma verdad de una religion á ser el juguete de tantas falsedades, del mismo modo que se inclina, por la experiencia de la buena moneda, de la eficacia de ciertos remedios y de algunas verdaderas influencias astronómicas, á creer en la falsa moneda, en los falsos remedios y en las falsas influencias.

Por otra parte, ¿es cierto que aun en el cáos de todos esos cultos, no haya sido fácil á los corazones sencillos y rectos reconocer el verdadero? ¿Ha habido siempre y en todas partes, como diseminados en el seno de las naciones, algunos sábios que han guardado el sagrado fuego de la religion natural, y que han protestado contra las locuras supersticiosas de sus contemporáneos, sin caer por esto en el ateismo, y tributando un *piadoso* y *ferviente* culto al Dios verdadero? Hé aquí lo que debe buscar siempre la buena fe: hé aquí lo que no es lícito ignorar hallándose atestiguado por los mas recomendables monumentos de la filosofía y de la historia.

Recordarémos algunos:

«La primera tentativa para establecer los ídolos, dice un antiguo «libro, digno por lo menos de todos nuestros respetos, llamado de la «*Sabiduría*, fue el principio de la prostitucion, y su establecimiento «causó la entera corrupcion de la vida humana. *Los ídolos no existieron desde el principio, ni los habrá para siempre*[1].» Este testimonio se halla confirmado por todos los autores profanos.

«Al principio no tenian los egipcios, dice Luciano, ninguna estatua en sus templos[2].» Lo mismo acontecia entre los carios, los lidios, los arcadios y los pelasgos, que segun Herodoto, adoptaron mas tarde el culto de las divinidades egipcias[3]. Hasta entonces el culto y las creencias se habian conservado puros. «No se adoraba, dice «Teofrasto, ninguna figura sensible; todavía no se habian inventado

[1] *Sap.* XIV, 12, 13.
[2] Luciano, *De Dea Syr.*
[3] Herodoto, lib. II, núm. 9.

«los nombres de esa innumerable genealogía de dioses, que despues «fueron tan venerados; tributábanse homenajes inocentes al primer «principio de todas las cosas, y se le ofrecian yerbas y frutos de la «tierra en reconocimiento de su soberano dominio [1].»

Varron asegura que los romanos, por espacio de mas de ciento setenta años, no tuvieron ninguna imágen de los dioses, y que los que introdujeron el uso de los ídolos *establecieron un error desconocido anteriormente* [2]; lo cual se confirma de un modo explícito por la autoridad de Plutarco [3].

Se halla demostrado, que la religion primitiva de los celtas y germanos estuvo siempre exenta de idolatría, hasta que empezó á corromperse cuando abandonando estos pueblos las tradiciones antiguas, adoptaron las supersticiones egipcias y romanas [4].

Los habitantes de la América [5], de la Persia [6] y de la India [7] en su orígen no daban culto mas que al solo Dios verdadero.

Lo mismo sucedia en todas las regiones de la China [8].

[1] Teofrasto, *ap. Porphyr. de abstin. animal.*

[2] Varron, citado por san Agustin en la *Ciudad de Dios,* lib. IV.

[3] Plutarco, *Vida de Numa.*

[4] *Antigüedades de Vesoul,* etc., por el conde Wilgrin de Taillefer.

[5] Carli, *Cartas americanas,* t. I, pág. 105.—Garcilaso de la Vega dice que —«antes de la llegada de los incas al Perú, los antiguos habitantes de estas «regiones creian que habia un Dios supremo, á quien daban el nombre de *Pa«cha-Camack* (el criador del mundo), que lo vivificaba todo, que conservaba «el mundo, y era invisible, y que levantaron un templo en su honor en un si«tio llamado el *Valle de Pacha-Camack.*»

[6] Sir John Malcolm, *Historia de la Persia,* t. I, pág. 273: «La religion «primitiva de la Persia, dice, segun Mousin Faui, fue una firme creencia en «Dios supremo, que crió el mundo por su poder, y que por su sabiduría lo go«bierna y conserva; un piadoso temor á este Dios, mezclado de amor y de ado«racion; un profundo respeto á los padres y á los ancianos, y una afectuosa «fraternidad con todo el género humano.» — Véase tambien la *Biblioteca oriental* de Herbelot, t. I, pág. 180, edicion de París de 1783.

[7] «El *teismo,* dice Mr. de Sainte-Croix, fue la religion primitiva del género «humano. La marcha progresiva del *politeismo* atestiguaria esta verdad, si por «otra parte los hechos no la demostrasen tambien. Entre los indios, lo mismo «que entre todos los pueblos de la tierra, á través de las fábulas y de las mas «extravagantes ficciones se reconoce *un culto puro en su origen,* corrompido «despues en su curso... El comercio con las naciones alteró el culto público de «los indios, y aunque bastante separados del Egipto, no se puede dudar que «conocieron la religion de este pueblo...» (*Observaciones preliminares sobre el Ezour-Vedam,* t. I, pág. 13 y 14).

[8] Un escritor, que parece haber estudiado prolijamente la historia de la Chi-

Todos los sábios modernos que han estudiado con detencion punto tan importante, proclaman unánimemente esta verdad. Llenaríamos un libro con la abundancia de materiales que las ciencias nos ofrecen en corroboracion de lo que vamos exponiendo, por cuyo motivo nos limitamos á indicar tan solo los nombres del sábio y juicioso Mignot [1], del doctor Shuckford [2], de Leland [3], del mismo Voltaire [4] y de Bolingbroke [5].

Mignot, Shuckford, Leland y mil otros sábios están acordes sobre este punto que constituye el cimiento histórico de la humanidad. Todos convienen en que «cuando, despues del diluvio, los hombres se «dispersaron para poblar otra vez la tierra y habitar sus diferentes «regiones, los jefes ó conductores de cada horda llevaron consigo al «país donde iban á fijarse las principales nociones de religion y de «moral; las conservaron al menos por algun tiempo, y las transmi«tieron á las generaciones sucesivas... La autoridad les servia de fi«losofía, y su único argumento era la tradicion. Anunciaban y en«señaban, pues, sus máximas mas importantes como lecciones que «habian aprendido de sus padres, y estos de sus antecesores, remon«tándose así hasta á los primeros hombres á quienes Dios habia ha«blado. Su creencia estaba particularmente fundada en una antigua «tradicion que enseñaba, que al principio del mundo el mismo Dios «habia dado su ley á los hombres [6].»

De todas estas citas, cuyo número hemos abreviado infinitamente, resulta, que en el orígen de todos los pueblos se encuentra *sola* so-

na, asegura «que los chinos desde su orígen hasta el tiempo de Confucio no «fueron idólatras: que no adoraron mas que al Criador del universo, á quien «llamaban *Xan-ti*, y en cuyo honor levantó un templo su tercer emperador, «*Hoam-ti.*» (*Moral de Confucio*, advertencia, pág. 15). Esta opinion se halla confirmada en el libro titulado: *Motivos que ha tenido el príncipe Juan para abrazar la religion cristiana.* Cartas edificantes, t. XX.

[1] *Memorias de la Academia de las Inscripciones*, t. LXI.

[2] *Conformidad entre las dos historias sagrada y profana*, t. I.

[3] *Nueva demostracion del Evangelio*, t. III, pág. 57-59.

[4] Véanse las *Cartas de algunos judios portugueses*, t. II, pág. 73.

[5] Tomo V, pág. 277. — «La doctrina de *un* Dios, de la inmortalidad del al«ma, y de un estado futuro de recompensas y castigos se pierde en la noche de «los tiempos antiguos, y es anterior á cuanto creemos saber de cierto. Desde «que empezamos á penetrar en el cáos de la historia primitiva encontramos «esta creencia establecida con toda solidez en el espíritu de las primeras na«ciones que conocemos.»

[6] Leland, *en el lugar citado.*

bre la tierra una religion pura, que sale del fondo del corazon y del espíritu del hombre; se dirige á un solo Dios y lo honra por medio de un culto interior de virtud, y por medio de ceremonias públicas en extremo sencillas y exentas de supersticion, y que esta religion se apoyaba principalmente en la autoridad de los antepasados y en la tradicion que subia hasta á la enseñanza divina.

No apoyándose esta tradicion, base de la religion primitiva, en ninguna autoridad precisa é inmutable, sino solamente en la transmision oral de padre á hijos, la corrupcion de costumbres llegó con el tiempo á levantar algunas nubes que ofuscaron la verdad de la doctrina, y sucesivamente se fueron introduciendo en el culto primitivo errores y supersticiones, y poco á poco sustituyeron las pasiones á las virtudes, los sentidos al espíritu, la forma al pensamiento, el hombre á Dios, y la religion natural acabó por hundirse universalmente en el cáos de la idolatría [1].

Sin embargo, nunca la tierra se vió *completamente* privada del precioso depósito que habia recibido. Además del pueblo judío, que parece no haber tenido en la antigüedad otro destino que el de conservar puras las nociones de la Divinidad, por cuya razon podríamos llamarle un pueblo-pontífice, hubo en todos los puntos del globo algunos sábios que protestaron contra los idólatras delirios de sus contemporáneos, conservando en el seno de la noche que cubria al mundo no pocos destellos de la verdad primitiva.

Voy á apoyar mas esta asercion con algunas autoridades.

Al principio la idolatría no borró completamente el dogma de la verdad de Dios; no hizo mas que cubrirlo; de modo que era enseñado por los sacerdotes egipcios. Solon, Tales, Pitágoras, Eudoxio y Platon, que lo consignaron en sus escritos, habian ido á Egipto, segun Plutarco [2], para instruirse en las antiguas tradiciones religiosas.

El mismo Plutarco atestigua que en el pórtico del templo de Sais se leia la siguiente inscripcion:

> Yo soy el que ha sido, — el que es, — y el que será.
> Ningun mortal se atreva nunca á levantar mi velo [3].

Semejante definicion no puede convenir sino á la soberana y única Inteligencia, y recuerda aquella de la Biblia: *Yo soy el que soy.*

[1] El orígen de la idolatría se halla admirablemente explicado en el capítulo XIV del libro de la *Sabiduría*. v. 12. 15. y 20. y siguientes.

[2] *De Isis y Osiris.*

[3] *Idem, idem.*

Á la entrada del templo de Delfos se leian asimismo estas palabras: *Tú eres*, juntamente con la célebre sentencia *conócete á tí mismo*; con cuyo motivo añade Plutarco: «Me parece que esta escritura no sig-«nifica ni número, ni órden, ni conjuncion, sino una entera salu-«tacion y *apelacion* de *Dios*, que al pronunciar las palabras induce «al lector á pensar en la grandeza y poder de él.[1].»

Últimamente, en la misma Atenas la célebre inscripcion *Al Dios desconocido*, grabada en el frontispicio de un templo, y á la cual san Pablo hizo alusion predicando en medio del Areopago, expresaba la nocion del verdadero Dios, sin mezcla de idolatría, por la ingénua confesion de su ignorancia. «Tenian los atenienses en tanta venera-«cion á este Dios desconocido, que juraban por él en todas las oca-«siones importantes. En un diálogo de Luciano, titulado *Philópatris*, «Critias jura por el Dios desconocido de los atenienses, y Trifon ex-«horta á los demás á adorar á este Dios. *En cuanto á nosotros*, dice, «*adoremos al Dios desconocido de los atenienses, que hemos descubier-«to; y levantando las manos al cielo, démosle gracias por habernos he-«cho dignos de estar sujetos á semejante poder*. Prueba de que aquella «inscripcion estaba dedicada á un solo Dios, y se le creia superior «á los demás [2].»

Todos los antiguos filósofos de la Grecia, y particularmente Tales, Hermotimo, Anaxágoras, Heráclito y Archelao, reconocian á *Dios*, como el *mas antiguo de los seres, porque nunca habia tenido principio* [3]. *El alma*, decian, *es el espíritu, que es el principio de todo, la causa y el señor del universo* [4].

«Dios, dice Solon, concede buena fortuna al que obra bien; Rey «y Señor de todas las cosas visibles y de los seres inmortales, nadie «le iguala en poder [5].»

«Sabed, dice Sócrates, que nuestro espíritu gobierna á su volun-«tad el cuerpo mientras le está unido. De consiguiente, es preciso «creer tambien, que la sabiduría, que vive en cuanto existe, gobier-«na este gran todo de la manera que mejor le place. Este Dios, que «lo ve y ordena todo, es el que al principio crió al hombre [6].»

[1] Plutarco en el tratado que tiene por título: *¿Qué significa la palabra fe?*

[2] El abate Anselme, *Memorias de la Academia de las Inscripciones*, t. VI, pág. 307.

[3] Diógenes Laert., *in Thalet.*

[4] Idem, *in Anaxagoras.*

[5] Solon, *Sentent. inter gnomic. græc.* Ed. vet.

[6] *Xenophont. memorab. Socrat.*, lib. I, cap. 4.

«Habiendo el universo tenido principio, dice Platon, debe nece-«sariamente tener una causa : esta causa es Dios, criador y padre de «cuanto existe, bueno, eterno, soberanamente inteligente y todopo-«deroso : el mundo, que contiene todos los seres mortales é inmorta-«les, es la imágen de este Dios inteligible, único que existe por sí «mismo [1].»

Si se quiere un símbolo completo de la Religion verdadera oigamos todavía á Platon :

«Mortales, hay un Dios que los padres de nuestros padres llama-«ron principio, medio y fin de todos los seres. Á su lado marcha «eternamente la justicia que castiga á los violadores de la divina ley. «El hombre predestinado á la felicidad se le adhiere, y sigue con hu-«mildad la huella augusta de sus pasos, mientras el insensato, ce-«gado por sus pasiones, se encuentra luego sin Dios y sin virtud, lo «trastorna todo, y despues de haber gozado momentáneamente de «una falsa gloria, víctima reservada á los golpes de la inevitable jus-«ticia, se pierde á sí mismo y pierde á su familia y á su patria. ¿Qué «debe, pues, pensar y hacer el sábio? — *Dirigir todas sus ideas y «esfuerzos hácia Dios,* porque de él es de quien debe hacerse amar, «y á quien necesita seguir. No hay mas que un camino trazado ya «por la razon de los *antiguos pueblos:* cada uno se complace con su «semejante. Dios es el soberano bien y en su presencia desaparecen «todas las perfecciones humanas. Para agradarle es, pues, indispen-«sable procurar parecérsele obrando bien. El que obra mal se sepa-«ra de él, queda solo y ultraja á la inefable justicia. — Esta distin-«cion nos conduce á una *grande y hermosa* verdad : El hombre justo, «acercándose á los altares, y comunicando con los dioses por la ora-«cion, las ofrendas y toda la pompa del culto religioso, hace una ac-«cion *noble, santa, útil á su felicidad y conforme en todo á su natura-«leza* [2].»

Hé aquí la Religion verdadera tal como nosotros la hemos expuesto; nada le falta; Dios, el culto, la oracion.

Si hay algo mas significativo que este pasaje de Platon, son las palabras que le añade Aristóteles : «¡ Dichosos, dice, bienaventurados «los que ya hayan guardado esta ley desde el principio de su vida [3] !»

Mas la afluencia de riquezas me agobia, y no sé qué escoger en-

[1] Platon, *De legibus,* lib. IV.
[2] Idem, *idem.*
[3] *De mundo*, cap. 7.

tre tanta multitud de esclarecidas atestaciones en favor de la Religion verdadera, producidas en todos los tiempos.

«¡Oh tú! exclamaba el hierofanto en un himno que se remonta á los «tiempos mas lejanos, y que se cantaba en los misterios, ¡oh tú, Mu-«seo, hijo de la brillante Silena, presta atento oido á mis acentos «que voy á revelarte secretos sublimes! ¡Que las preocupaciones y los «vanos afectos de tu corazon no te desvien nunca de la vida dichosa! «Fíjate en estas verdades augustas, abre tu alma á la inteligencia, y «marchando por la senda de la justicia, contempla al Rey del mun-«do! él es uno, y de sí mismo tiene su ser, de quien han nacido to-«dos los seres; está en ellos y es superior á todos, tiene los ojos fi-«jos sobre todos los mortales, y ninguno de ellos puede verlo [1].»

Estas atrevidas verdades no solamente salian de la lira de los pontífices, algunas veces se oian tambien en los teatros, desprendiéndose vivamente de entre los cuadros mitológicos. Se diria que estos acentes de Sófocles habian sido arrebatados al arpa de David:

«¡Ojalá pueda yo gozar la dicha de conservar siempre la santidad «en mis acciones y palabras, segun las sublimes leyes bajadas de la «eminencia de los cielos! El rey del Olimpo las engendró, pues no «han salido del hombre, ni el olvido jamás las borrará. En ellas hay «un Dios, el gran Dios que no envejece nunca... ¡Dios mio, yo te «invoco! Incesantemente pondré en Dios mi esperanza. Soberano Se-«ñor del universo, cuyo imperio es eterno, muéstrame que nada «escapa á tus penetrantes miradas [2].»

Eurípides, el amigo de Sócrates, ó mas bien el mismo Sócrates bajo el nombre de Eurípides, lanzaba á veces los rasgos de la mas pura verdad en medio de los errores de sus contemporáneos:

«El poder divino se ejerce con lentitud, pero su efecto es infalible. «Persigue al que por un lamentable extravío se subleva contra el cie-«lo y le rehusa su homenaje, y su marcha secreta y como desvia-«da sorprende al impío en medio de sus vanos proyectos. ¡Oh necio «orgullo, que pretendes ser mas discreto que las sábias y antiguas «leyes! ¿por qué deberá ser violento para nuestra debilidad, con-«fesar la fuerza de un Ser supremo, cualquiera que sea su natu-

[1] *Vide* Christ. Eschembach, *de Poesi orphica*, pág. 135. Sea quien fuere el autor de este himno, dice el abate le Batteux, no puede negarse que pertenece á la mas remota antigüedad tanto por su sentido como por su letra. (*Memorias de la Academia de las Inscripciones*, t. XLVI, pág. 371).

[2] Sófocles, *Edipo rey*, vers. 863.

«raleza, y reconocer una ley santa anterior á todos los tiempos [1]?»

Así vemos siempre y en todas partes elevarse sobre las debilidades y locuras de la idolatría, sublimes y puros acentos que se concentran en una region espiritual donde adoran al Dios verdadero con un culto digno de él; culto del entendimiento, del corazon, de la virtud; culto en *espíritu y en verdad.*

Otra notable particularidad que justifica la existencia de esta religion primitiva y verdadera, es que los discípulos de semejante religion, cada vez mas estrechados y como ahogados por el progreso siempre creciente de la supersticion y del ateismo, que se siguen de cerca, luchaban igualmente y á la vez contra estos dos demonios de la inteligencia, y se esforzaban en desprender y salvar de su amalgama la pura y verdadera Religion que se hallaba colocada en el centro. Y esto no era solamente por su parte una guerra contra la supersticion, sino una lucha no menos enérgica contra el ateismo.

En una carta de Platon á Dionisio de Siracusa encontramos estas significativas palabras: «Me piden que les escriba muchos con quie-«nes no puedo explicarme abiertamente. Notad esto: mis cartas sé-«rias empiezan siempre por esta palabra, *Dios,* y las demás por es-«tas otras: *los Dioses* [2].»

Haciendo Ciceron una reseña de las prácticas supersticiosas de su tiempo, no puede contener el secreto impulso que hace sentir la verdad á su alma, y se explica así:

«*Para hablar con verdad,* las almas de cási todos los hombres es-«tán oprimidas bajo el peso de la supersticion, que esparcida por «todos los pueblos tiraniza la debilidad humana; y nosotros creería-«mos prestar á los demás y á nosotros mismos un servicio muy emi-«nente, si consiguiésemos destruirla del todo. Pero al decir esto, «queremos que se entienda bien lo que deseamos, y es que destruyen-«do la supersticion, quede intacta del todo la religion. El deber del «sábio es conservar el *culto* de sus padres. ¿No nos obligan la hermo-«sura del mundo y el órden de los cielos á reconocer que existe una «naturaleza perfecta y eterna, á la cual deben todos los hombres admi-«rar y adorar, ofreciéndole su espíritu y su corazon? Debemos, pues, «trabajar en difundir tanto mas la religion, cuanto es útil al mundo «extirpar la supersticion que en todas partes nos persigue y asedia [3].»

[1] Eurípides, *Bacch.*, vers. 870.
[2] Obras de Platon, t. XI, p. 177, edicion de Bipont.
[3] Ciceron, *De divinat.*, lib. II, cap. 72.

Plutarco se condolia tambien, como Ciceron, de ver á la Religion verdadera ahogada entre la supersticion y el ateismo, y en su acostumbrado estilo tan vigoroso y conciso exclamaba: «Hay quien hu-«yendo de la supersticion cae y se precipita en la cruel impiedad del «ateismo, saltando por encima de la *Religion verdadera,* que se halla «colocada entre las dos [1].»

El ateismo se enmascaraba á veces, y especialmente en los últimos tiempos, con las apariencias de un culto vago á la naturaleza, y de una admiracion estéril por sus maravillas. Este fue precisamente el mismo error que reapareció en el siglo XVIII, y que Séneca habia ya perseguido con sus escritos:

«¿Qué es la naturaleza, decia este ilustre filósofo, sino *Dios,* la «razon divina derramada por todo el universo?...Por cualquiera lado «que mireis, siempre se os pondrá delante; porque llena enteramente «toda su obra. Desagradecido mortal, te engañas mucho cuando di-«ces: Nada debo á *Dios,* y todo á la naturaleza... Llamarlo natu-«raleza, destino ó fortuna, es igual: son nombres del mismo Dios que «usa indistintamente de los atributos de su poder [2].»

En fin, abandonemos las citas, y bastan las ya aducidas, que serán sin duda suficientes para confirmar la verdad de que existe una religion natural, primitiva y verdadera, que nunca ha sido lícito confundirla con las extravagancias humanas que le han usurpado el nombre; que en todos tiempos ha tenido adoradores; y que además del pueblo judío, donde principalmente se conservó como en su foco, brilló tambien algo entre los demás pueblos, aun en medio de las tinieblas de la idolatría, alimentándose de las tradiciones antiguas y de las inspiraciones reunidas de la conciencia y de la naturaleza. Por esto san Pablo, predicador de esta religion natural dada por segunda vez al mundo, pudo decir con razon al pronunciarse contra los paganos, que no tenian excusa por haber desconocido la verdad, ó mejor, como él mismo dice, «*por haberla detenido cautiva en injusticia,* «supuesto que lo que se puede conocer de Dios les fue manifiesto á «ellos; porque Dios mismo se lo manifestó. Porque las cosas de él «invisibles se ven despues de la creacion del mundo, considerándo-«las por las obras criadas, aun su virtud eterna y su divinidad; de «modo que son inexcusables. Pues aunque conocieron á Dios, no lo «glorificaron como á Dios ó dieron gracias: antes se desvanecieron

[1] Plutarco, *De la superst.*, *Obras morales*. t, I.
[2] Seneca, *De Benef.*, lib. IV, cap. 7.

«en sus pensamientos, y se oscureció su corazon insensato: porque «teniéndose ellos por sábios, se hicieron necios, y mudaron la glo-«ria del Dios incorruptible en semejanza de figura de hombre cor-«ruptible, y de aves, y de cuadrúpedos, y de sierpes. Por lo cual les «entregó Dios á los deseos de su corazon, á la inmundicia, de mo-«do que deshonraron sus cuerpos en sí mismos, los cuales mudaron «la verdad de Dios en la mentira, y adoraron y sirvieron á las cria-«turas antes que al Criador, el cual es bendito por los siglos [1].»

¿Qué reflexiones no despiertan en nosotros esas reconvenciones, tan terribles ya contra los mismos paganos? No nos requieren tan solo la voz de la creacion y el grito de la conciencia: no nos acusa únicamente esa universal conformidad de la mas noble porcion del género humano, aun en el seno de las mas densas sombras de la idolatría; es la VERDAD en persona que vino á iluminar el mundo, á colocar su antorcha en medio de nosotros, y que hace mas de diez y ocho siglos se manifiesta á nuestra vista por medio de innumerables portentos entre los cuales el mayor es el de su conservacion. *Temblemos de detenerla* tambien nosotros cautiva en injusticia, y dejemos que nuestros labios, cerrados quizá por mucho tiempo para la oracion, eleven al cielo este homenaje antiguo, que el género humano prosternado ofrece desde sus primeros dias á la gloria de su Autor:

«¡Glorioso Rey de los inmortales, adorado bajo nombres tan di-«versos, eterno y omnipotente, autor de la naturaleza y gobernador «del mundo, yo te saludo! Todos los mortales pueden invocarte; «porque todos somos hijos tuyos, *tu imágen*, y como un débil eco de «tu voz, nosotros que vivimos un instante y arrastramos por el sue-«lo. Siempre te celebraré, siempre cantaré tu gloria. Tú diriges la «razon comun, tú penetras y fecundas todo cuanto existe. El uni-«verso entero te obedece como un súbdito dócil. Rey supremo, nada «sucede sin que tú lo quieras, nada ni en el cielo, ni en la tierra, ni «en las profundidades de la mar, excepto el mal que cometen los in-«sensatos mortales. Concordando los principios contrarios, mezclan-«do los males con los bienes, y señalando límites á cada uno, man-«tienes el conjunto, y de tantas partes heterogéneas formas un solo «todo, sometido á un órden constante que los culpables y míseros «mortales perturban con sus pasiones. Los hombres apartan sus mi-«radas y pensamientos de la luz de Dios, luz universal que hace bien-

[1] *Epístola de san Pablo á los romanos*, cap. I, vers. 18 y siguientes. Traduccion del P. Scio.

«aventurados y arregla á la RAZON la vida de los que la obedecen; «y precipitándose segun sus pasiones en extremos opuestos, unos «buscan la gloria, otros codician riquezas y placeres. Autor de todos «los bienes, Padre de los humanos, líbralos de esta triste ignoran-«cia, disipa las tinieblas de su alma, hazles conocer la sabiduría con « que gobiernas el mundo, á fin de que te honremos, y sin cesar can-«temos tus maravillas, tu gloria inmortal [1].»

Los postreros acentos de esta hermosa súplica revelan la insuficiencia humana, y piden socorro al Padre comun de los hombres para que *los libre de tan triste ignorancia, disipe las tinieblas de su alma, y les haga conocer la* SABIDURÍA *que gobierna al mundo, á fin de que le honremos como es debido.* Hé aquí los últimos suspiros de la religion natural, que forman como el sello indeleble con que se ha dado á conocer en todos los tiempos.

CAPÍTULO V.

NECESIDAD DE UNA REVELACION PRIMITIVA.

Probablemente este título concitará en algunos de mis lectores cierta desconfianza y prevencion injusta, contra la cual tendré que luchar antes de todo para hacer mas franca y expedita la marcha de la verdad.

Tanto declamó, tanto intrigó contra el dogma de la revelacion la filosofía del siglo XVIII, que la generacion actual ha llegado á contraer ciertos hábitos de desvío, de ceguedad, de irreflexion, de injusticia, y aun de irritabilidad contra todo lo que atañe á la doctrina de la intervencion divina en el destino de la especie humana.

Calmado el primer furor, han calmado tambien algo estas repugnancias; pero esta reaccion, como todas las demás, adolece de equivocaciones y abusos. Los reveladores se hallan en todas partes; pero el verdadero Revelador cási en ninguna está. Su espíritu divino no

[1] Este bello himno, que se remonta á la mas alta antigüedad, y que atribuyen algunos á Cleanto, ha sido conservado por Stobeo, *Eglog.*, lib XII, y ha sido traducido en muchas lenguas.

es otra cosa que un manto bajo el cual se cubren los sistemas mas desconcertados. Si su doctrina recibe de parte del público buena acogida, no se le ofrece asiento en el lugar doméstico, ni se le confia la direccion de los actos de la vida civil. Solo se le admite bajo el concepto de lo maravilloso, para pulir y dorar los caprichos de las artes y de la moda, y para hacer mas palpable por la pureza de sus contrastes el juego de las pasiones, dándole mas intensidad, y sensualizando, por decirlo así, las místicas relaciones del alma con el cielo. En esto no se descubre la razon ni la verdad; y cási preferiria yo una hostilidad franca y abierta contra el Cristianismo á esas apoteosis de teatro y de tocador que hoy se le prodigan.

Voy á tratar estas grandes cuestiones con gravedad, con espíritu filosófico, sin preocupacion y sin capricho. Mucho tiempo hace no se ha hecho sufrir al Cristianismo este género de exámen, que no teme, y que por el contrario solicita y provoca. Síganme los que quieran entrar en esta liza, y los que no se sujeten á tales condiciones deténganse enhorabuena en la última verdad de *una religion natural*, ó mas bien retrocedan á la duda tenebrosa, de donde hemos arrancado para elevarnos al conocimiento de la Religion, de la inmortalidad, de Dios y del alma; porque no hay en estos puntos uno solo de descanso para la inteligencia, desde el instante en que se prescinde del Cristianismo, que á todos los abraza y los completa; y fuera de él, es necesario avanzar ó volver á caer en el abismo [1]. Trepamos por una pendiente muy rápida, y desde el principio de la subida nos vamos agarrando á verdades de mas á mas escarpadas, pero sostenidas recíprocamente de manera que de unas á otras no hay escabrosidad ni pretexto racional para detenerse á la mitad del camino. Ningun *sacrificio* exijo de la razon; exijo, sí, sobre el punto *de la necesidad de una revelacion, exámen* mas atento y prolijo que sobre el de la existencia de Dios y el de la espiritualidad del alma; y en cambio ofrezco por mi parte dar aquí explicaciones mas satisfactorias y convincentes, pues si las primeras verdades sostienen á las que las siguen, estas á su vez por una útil reaccion las completan y consolidan hasta que al llegar uno á la cima, contempla desde ella toda la cadena con una sola mirada, gozando del armónico conjunto de todos los puntos que ha recorrido.

Por lo demás, esta es la condicion de todas las ciencias para el

[1] «Quien no puede persuadirse de que ha habido revelacion, nada cree de «fijo y con certeza.» (Joubert, *Pensamientos*, t. I, pág. 111).

hombre *degenerado* [1], que se ve en la necesidad de salir gradualmente desde el abismo de su ignorancia, pasando de lo simple á lo compuesto, de lo general á lo particular, de lo conocido á lo desconocido, de la síntesis de la duda al análisis de la observacion, hasta llegar á la síntesis del saber. Aceptamos este método para el estudio de la Religion como lo adoptamos por necesidad todos los dias en otros órdenes de conocimientos; no sigamos, en una palabra, como dice Portalis, una filosofía para las ciencias y otra filosofía para la Religion.

Los dos capítulos de la *Necesidad de una revelacion primitiva* y de la *Necesidad de una segunda revelacion*, deben presentarse el uno inmediatamente despues del otro. En mi concepto no debian formar sino uno solo dividido en dos párrafos: la extension é importancia de la materia me han inclinado á distribuirlos en dos capítulos; pero siempre se resienten de su union primitiva, y exigen que esta se conserve.

Entremos en materia.

1. *La verdad*, decia Zoroastro, *no es una planta de la tierra.* En efecto, si queremos explicar la generacion de la verdad en la tierra, partiendo de nuestro espíritu donde ha penetrado mas ó menos, y bajando de rama en rama hasta su tronco y sus raíces, la verémos irse separando cada vez mas del elemento humano é individual, descansar en seguida en el consentimiento unánime, seguir los senderos de la tradicion y reducirse por último á la primera accion del Ser supremo, que despues de haber sacado el mundo de la nada y de haber formado al hombre capaz de inteligencia, debió echar en esta inteligencia del primer hombre las semillas, y por decirlo así, los alimentos de la verdad que debian mantener tradicionalmente á toda su raza. Efectivamente, al nacer no traemos en nuestra alma ninguna idea de verdad, sino únicamente facultades para recibir y cultivar las verdades que se nos han de ofrecer.

La sociedad del género humano, en la cual nos vemos desde luego mezclados, nos ofrece en todas partes el tesoro de las verdades, de las ideas y de los conocimientos que ha adquirido por el espacio de muchos siglos. Las aspiramos con maravillosa facilidad, las asimilamos á nuestra inteligencia ya predispuesta á recibirlas, y con la elaboracion á que las sujetamos en nuestro interior, las fecundamos derramando sus frutos en torno nuestro con mas ó menos abundancia.

[1] Este nombre se ha escapado de mi pluma con alguna anticipacion, sin embargo lo dejo así.

Pero esta fecundacion no se verificaria si la sociedad no nos hubiese proporcionado de antemano el primer elemento de la verdad, que no habríamos podido encontrar, abandonados á nosotros mismos. Carecemos del poder de *producir* la verdad por nuestra propia virtud: podemos únicamente, si me atrevo á decirlo así, *amamantarla* en nuestro espíritu. Los genios mas elevados que han enriquecido el dominio de la verdad en la tierra, — Newton, — Bossuet, — Pascal, — no tenian una sola idea en su vasta inteligencia, que de cerca ó de léjos no procediese de su comunicacion con el género humano; diré mas: su vigorosa fecundidad dependia en gran parte de mil circunstancias de la época y de la posicion en que vivieron; tanto que aislados de estas circunstancias no hubieran producido obras tan admirables, así como privados de todo contacto con el género humano nada hubieran producido, hubieran quedado sumergidos en el vacío natural de sus facultades vírgenes.

De aquí se deduce que recibimos de la sociedad una verdadera REVELACION de la verdad á medida que vamos penetrando en su seno.

Pero esta sociedad de hombres, á su vez ¿cómo ha podido adquirir la posesion de la verdad? — Aquí es menester no darnos por satisfechos con equívocos y subterfugios, perdiendo el hilo del raciocinio que hemos comenzado. — Si, segun hemos probado, nadie en particular trae al nacer la menor idea de verdad, y no hace mas que fecundar el gérmen de ella que encuentra dentro de sí mismo, es necesariamente imposible comprender cómo la sociedad, no siendo mas que la reunion de estos mismos indivíduos, que no aportan ningun capital al fondo comun, tiene asimismo acumulado un tesoro tan copioso; y debemos inferir que una inteligencia superior se lo ha anticipado como se lo anticipa todos los dias á cada uno de nosotros.

Que el genio de un hombre solo ó de muchos, de un pueblo ó de un siglo, avance hácia la verdad con pasos de gigante; que su dominio se extienda ó se limite, segun el movimiento del espíritu humano, segun la eventualidad de sus descubrimientos ó segun la revolucion de los sucesos, todo esto no explica sino el progreso de la verdad en su carrera; pero nunca su orígen y punto de partida: aplicando á un pueblo el mismo discurso que á un indivíduo, podemos decir sin titubear que este pueblo no se ha dado á sí mismo la verdad que no ha creado, sino que la ha recibido de sus antepasados ó de sus colindantes, por algun canal ó infiltracion, como estos la recibieron á su vez; de suerte que si pudiéramos suponer una solucion

de continuidad completa y sin posible contacto entre una generacion de hombres y la que la precedió, por mucho que aquella se esforzase en trabajar por sí misma, quedaria eternamente sumida entre las sombras de su muerte intelectual, privada eternamente de todo elemento de civilizacion, sin otra vida que la de su instinto y de sus sentidos corporales, y condenada á perecer muy pronto de inanicion moral entre los desórdenes de su brutalidad [1].

La observacion de los hechos viene en apoyo de este raciocinio, pues que aunque la hipótesis que acabamos de sentar no se haya visto jamás completamente realizada, es constante sin embargo que las tribus salvajes descubiertas en lo interior de África y América, y el estado estacionario de embrutecimiento en que vivieron por muchos siglos á consecuencia de su aislamiento, manifiestan que la sociedad, lo mismo que el indivíduo, no puede darse á sí misma la verdad; y por otra parte el progreso de las luces en el mundo civilizado nos patentiza como de generacion en generacion, de pueblo en pueblo y de siglo en siglo, la antorcha de la civilizacion, de las artes y de las ciencias ha ido propagando lentamente sus resplandores desde el Asia Mayor, que fue al parecer su primitivo foco, al Egipto, al Asia Menor, á la Grecia y á sus colonias, á Roma y á las naciones actuales de la Europa occidental, desde donde las luces se esparcieron sobre todo el globo. Por esta sucesion y regularidad de su marcha la verdad se nos presenta como una viajera celeste que se comunica á la tierra, que se REVELA á los pueblos y á los indivíduos, pero que no nació en su seno, pues de otra manera la hubiéramos visto aparecer á un mismo tiempo en diversos puntos aislados y sin mútua comunicacion [2].

Esforzando ahora el resultado de nuestra investigacion, y aplican-

[1] Esto fue lo que en el siglo XVIII se llamó *estado natural*, como si el estado natural de todo ser, sea el que fuere, no fuese el estado de su complemento y madurez, que para el hombre es el *estado social*. Hablar de este modo seria lo mismo que decir que la bellota es el estado natural de la encina.

[2] Todo demuestra históricamente que el Oriente fue la cuna del género humano. Varias colonias emigradas de la primera familia ó nacion se esparcieron sobre la tierra, no llevando consigo mas que pocas provisiones de civilizacion y de verdad, que desaparecieron al instante en el aislamiento; al paso que el gran depósito de luces se conservó, extendiéndose con regularidad, desde el Asia, de donde la civilizacion, despues de muchos siglos, vino á ilustrar los descendientes de los primeros emigrados.—Por lo demás, el reciente orígen de la familia humana sobre la tierra, su unidad primitiva de raza y de lengua, son hechos averiguados y defendidos hoy por la ciencia lo mismo que por la fe. Mas adelante insistirémos en este argumento.

do inmediatamente nuestro raciocinio y observaciones á la primera generacion de hombres que vivió sobre la tierra, preguntarémos: ¿Cómo esta primera sociedad, que transmitió y REVELÓ la luz de la verdad á los que vinieron en pos de ella, pudo recibirla en su orígen? Aquí la dificultad se presenta con toda su fuerza y llega hasta su último grado, y es fuerza llegar á la conclusion. No puede haber dos soluciones en una cuestion tan precisamente formulada, porque es evidente que no habiendo podido los primeros hombres recibir la herencia de la verdad en el estado que nos la transmitieron, y siendo por otra parte, lo mismo que nosotros, incapaces de crearla, debieron exclusivamente recibirla de aquel Ser que les dió la vida y la inteligencia, y es tambien evidente que debió existir originariamente una alianza entre los primeros hombres y Dios, como la hubo despues entre hombres y hombres, en una palabra, una PRIMERA REVELACION.

Por lo demás el raciocinio que nos conduce á este resultado puede reducirse á términos muy sencillos.

Toda la cuestion consiste en saber si *las verdades necesarias, las ideas universales*, son *innatas* en cada uno de nosotros; porque si no lo son, han sido *importadas*, socialmente á los indivíduos, y divinamente á la sociedad.

El sistema de las ideas innatas, generalmente abandonado, no se funda, segun sus principales partidarios, como son Descartes y Leibnitz, sino en ciertas nociones prévias, pero tan oscuras que cási se confunden con nuestras facultades, sin la *virtualidad* suficiente para separarse de ellas, para elevarse á la altura y especialidad *de una idea* [1].

Esta doctrina, aun interpretada en este sentido, no hubiera inspirado tanto entusiasmo á sus secuaces, si no hubiese sido por su bien

[1] «Cuando dije que la idea de Dios es innata, escribia Descartes, no quise «significar una cosa diferente de la que entiende mi adversario, á saber, que «la naturaleza nos ha concedido una *facultad* por la cual podemos conocer á «Dios; pero jamás he escrito ni me ha pasado por la imaginacion que tales «ideas tuviesen una existencia actual, ó que fuesen especies distintas de nues«tra facultad de pensar.» (*Cartas*, t. II, pág. 477).

«Debemos sin embargo confesar, dice Leibnitz, que la propension que te«nemos á reconocer la idea de la Divinidad, se halla en la *naturaleza humana*, «y aun cuando atribuyésemos su primera enseñanza á la revelacion, veríamos «siempre que la facilidad con que los hombres han abrazado esta doctrina pro«cede del fondo de su alma.» (*Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*, lib. I). Cosa que reconocemos muy bien nosotros.

fundada repugnancia á la doctrina opuesta, á saber: «que no hay «idea en el entendimiento sin que haya antes existido en los senti- «dos:» *Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*, doctrina que han profesado Locke y Condillac, y que dió orígen al materialismo de Cabanis y de Broussais.

Pero no es necesario abrazar el *sensualismo* de Locke y de Condillac, por la sola razon de no aceptar el idealismo de Descartes y de Leibnitz. El vicio general de estos dos sistemas y de otros muchos es el de haberse fundado *à priori*, sin apoyarse en el sólido terreno de la observacion; su vicio particular, es el de atribuir al hombre-indivíduo propiedades que corresponden únicamente al *hombre-especie*.

De hecho la observacion desmiente que las verdades necesarias, tales como las de la Divinidad y de la moral, se desprendan de experiencias sobre el mundo sensible. —La misma observacion desmiente igualmente que no sean innatas, y que la sola reflexion pueda sacarlas de una inteligencia aislada. —En fin, es tambien inexacto decir que provenga de la accion del espíritu sobre las impresiones sensibles, como lo ha pretendido Mr. Laromiguière. — Estos tres sistemas quedan refutados con solo observar que un hombre educado sin el menor roce con su especie, quedaria en una completa inaccion intelectual, por mas que se halle provisto de todos los instrumentos, con cuyo auxilio se opera en nosotros el trabajo de las ideas.

Las verdades necesarias en que estriba todo el edificio de nuestros conocimientos tienen su orígen en nuestro contacto con la sociedad donde fueron infundidas, donde existen de hecho, y donde todo se transmite y se aprende hasta la virtud. Hé aquí lo que está fundado en la observacion, y lo que, á tenor de todo lo que hemos dicho sobre el progreso de la civilizacion y de las luces, se halla elevado á la altura de un *hecho* evidente; en una palabra, el conocimiento de las verdades necesarias, que son nuestras ideas, es *innato*, no en el hombre sino en la sociedad.

De esto resulta que el patrimonio de verdades que posee la sociedad no lo ha heredado fundamentalmente de los hombres, supuesto que estos no han hecho mas que ser partícipes de la herencia; y no viniendo de los hombres no puede venir mas que de Dios. —Así es, que este programa de principios, á que damos el nombre de RAZON, este código de moral que llamamos la CONCIENCIA, —la ley *natural*, en una palabra, —no son tales sino con respecto á una revelacion posterior y á las aplicaciones positivas que de ello hacemos; pero en

sí misma y con relacion á nuestra naturaleza propia é individual, la ley NATURAL no es mas que una ley REVELADA, una ley aprendida, una ley transmitida, y solo por medio de una reaccion se hace NATURAL, porque poseemos facultades predispuestas á recibirla [1].

II. Por sólidamente establecido que esté el importante principio de una REVELACION PRIMITIVA en fuerza de las razones que acabamos de deducir de *la generacion de la verdad* en la tierra, podria sin embargo quedar en nuestro espíritu aquella ligera duda que dejan siempre en él las verdades mejor demostradas, cuando lo han sido por un solo género de prueba. Pero un segundo exámen, que si bien de los mas luminosos no será todavía el último, le servirá de contraprueba, y ensanchará la base de nuestra conviccion.

Hablo del orígen del lenguaje.

El orígen de la palabra humana es absolutamente inexplicable sin una primera revelacion. Fijemos nuestra atencion en este punto tan interesante.

[1] Este raciocinio tiene en su apoyo la autoridad de la experiencia. ¡Cuántas ideas se han naturalizado en nosotros y se van connaturalizando mas todos los dias, siendo así que eran muy extrañas á nuestra creencia hace diez y ocho siglos! Hablo de todas las ideas introducidas en el mundo por el Cristianismo, rechazadas al principio como antinaturales, y antisociales por la sociedad pagana, han venido á ser las bases de la razon pública y las reglas universales del sentimiento moral, hasta el punto de que en el dia no las distinguimos de la ley natural.—La máxima de que *tenemos grabada en nuestras conciencias la ley natural* es un grande error en que han caido los mejores talentos, por ser muy especiosa, y, en cierto sentido, muy moral; pero los deistas del siglo pasado nos han hecho ver todo lo que tiene de falso y peligroso, sirviéndose de sus consecuencias para combatir la Religion: es una manera de hablar que se ha hecho usual, pero que puede sostener un exámen filosófico. Es positivo que la conciencia tiene una predisposicion admirable para recibir la ley natural; pero no es la mano de sola la naturaleza la que grabó en ella esta ley, sino la de la sociedad. Y si tanto se quiere para honrar aquella metáfora y engalanar con ella el discurso que *llevemos grabada en nuestras conciencias la ley natural*, es preciso decir que fue grabada en ella con *tinta simpática*, y que sus caractéres necesitan que se les acerque al hogar social y á la antorcha de la Religion para que se hagan visibles. Puffendorff dice «que las mas generales y «mas importantes máximas de esta ley son tan claras y manifiestas, que son «aprobadas al momento por aquellos, *á quienes se las propone*, y *que una vez «conocidas* no es posible borrarlas de nuestro entendimiento;» en lo que se ven dos cosas, como lo observa Mr. Bonald; la una es que no conocemos estas leyes sino en cuanto *se nos las propone*; y la otra, que su *naturalidad*, si podemos valernos de este término, consiste en la correspondencia que tienen con nuestra razon.

¿Qué es en efecto la palabra? Es la expresion sensible, y como si dijéramos corpórea del pensamiento. Por lo mismo el pensamiento debe preexistir á la palabra. Es preciso saber pensar para poder hablar, y en suma, los primeros que hablaron, si fueron realmente los inventores de la palabra, solo pudieron serlo con el auxilio y á impulso del pensamiento. Esto es incontestable.

Pero este pensamiento que ha debido presidir al acto de la invencion de la palabra, ¿qué puede ser mas que una *palabra* del interior del alma que habla consigo misma? Y si es así, ¿cómo fue posible pensar, si ya no se sabia hablar? ¿Habria la palabra precedido al pensamiento? Pero acabamos de ver que la invencion de la palabra es inexplicable sin el auxilio y la preexistencia del pensamiento. Círculo fatal, en que se hubiera visto encerrada la humanidad y del cual jamás hubiera podido salir, sino como el niño que sale de él todos los dias recibiendo á la vez la palabra y el impulso de la razon de una autoridad amiga y anterior á él [1].

Esta consecuencia no tiene réplica desde el momento en que reconozcamos que el pensamiento, sin cuyo auxilio no podemos concebir la invencion de la palabra, tampoco puede concebirse sin el socorro de una palabra preexistente, ó al menos coexistente.

Todo depende, pues, de este punto; y por lo mismo importa muchísimo aclararlo bien.

Las impresiones que nuestro espíritu recibe de los objetos sensibles no dejan en él mas que imágenes ó sensaciones. Por la accion del pensamiento adquirimos la conciencia de estas sensaciones é imágenes: en seguida meditamos sobre ellas, las comparamos, las analizamos, las calificamos, y deduciendo consecuencias afirmativas ó negativas,

[1] Es cosa notable que el niño aprenda á hablar antes que á pensar. ¡Cuántas palabras se acumulan á su memoria antes que su entendimiento haya concebido la significacion que á ellas corresponde! Habla por mucho tiempo lo que piensa su madre, de cuya voz no es la suya mas que el eco; y solo al cabo de mucho tiempo se emancipa su entendimiento individual y se apodera por medio de la inteligencia del terreno que habia ya ocupado por la palabra y por la fe.

Te hablo, y no me oyes... ¿Duermes, hijo mio?
Mas ¡ay necia de mí! ¡qué desvarío!
¿Oyérasme despierto por ventura?
Veo la hilaza de tu mente oscura
Enmarañada aun... ¡oh! deja, deja
Que de tu alma devane la madeja.

(*Poesias de Clotilde de Surville*, Versos á mi primer hijo).

deliberamos sobre el conjunto, y formamos nuestro juicio: hé aquí el mecanismo del pensamiento; mas para meditar, para analizar, para deducir, para deliberar, para juzgar, en una palabra, para pensar, nuestra inteligencia necesita indispensablemente tener á la vista un vocabulario para nombrar, distinguir y retener los varios objetos y elementos de sus operaciones. El pensamiento es la cuenta que se da el espíritu á sí mismo. En el acto de pensar, parece que nuestras facultades se desenvuelven para obrar cada una de ellas dentro de la esfera de su atribucion, y que las convocamos como en consejo privado con nosotros mismos; pero para esto es menester que se entiendan entre sí por medio de signos interiores y convenidos, así como lo verificamos exteriormente, comunicándonos con los demás, sin lo cual las referidas facultades permanecieran en perpétua inercia, de manera que no hay pensamiento sin monólogo, y el monólogo en este caso no es mas que un coloquio entre nuestras facultades. Así es, que cuando nos hallamos absortos, solemos hablar en plural ó en tercera persona como si hubiese en nosotros muchos indivíduos: misterioso abismo del alma, en que sentimos á un mismo tiempo la unidad de su naturaleza en la diversidad de sus facultades, y la diversidad de sus facultades en la unidad de su naturaleza; y por esta analogía con lo que la Religion nos enseña sobre la Trinidad de las personas en un solo Dios, viene á quedar comprobada aquella grande expresion del Criador en el Génesis: *Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza.*

Pero reduzcamos á mas sencillas proporciones esta consideracion, en la actualidad tal vez demasiado atrevida. Es un hecho constante que á cualquier hora podemos comprobar la imposibilidad de darnos razon de una sola idea sin el auxilio de esta palabra interior de que acabo de hablar. En vano Descartes describió el entendimiento bajo la forma de una tabla rasa, y llegó á persuadirse de que podia borrar en ella los caractéres allí impresos, á fin de no ser deudor de sus conocimientos mas que á sí mismo. Su primer acto de independencia y de invencion: *yo pienso, luego existo,* no es mas que una copia y repeticion de la palabra de su nodriza sin la cual jamás hubiera podido adquirir la conciencia *del pensamiento* ni *del ser.*

Esto hizo decir á Mr. de Bonald, *que es preciso pensar la palabra antes de hablar el pensamiento* [1], y á Platon, que el pensamiento *es la*

[1] El nombre esclarecido de Mr. de Bonald exige aquí un tributo de honor y de alabanza, por haber sido el primero que deslindó y popularizó la doctrina que estoy exponiendo.

conversacion del espíritu consigo mismo [1]. Hé aquí la razon por que los hebreos dieron al hombre el dictado de *alma parlante*, y porque el *logos* de los griegos significaba promíscuamente *palabra* y *pensamiento.* Entre los latinos la accion de la inteligencia, *intelligere*, INTUS LEGERE, no significaba otra cosa que la accion del alma cuando lee dentro de sí misma la expresion de su pensamiento. Y por fin, en el lenguaje eminentemente filosófico del Evangelio, el pensamiento eterno y por esencia, aquel de donde dimana la verdadera luz que ilumina á todo hombre al venir á este mundo, se llama *palabra*, el *verbo:* como si el pensamiento fuera tan esencialmente parlante, que la mas elevada expresion de su poder fuese de quedar enteramente absorbida en la palabra y de ser mas bien *palabra* que *pensamiento.* Además, una experiencia vulgar va á hacernos mas palpable esta verdad: cuando hablamos en una lengua extraña ¿qué hacemos? Antes de proferir en ella nuestro pensamiento lo formulamos en nuestro interior con arreglo á la lengua materna, y luego lo traducimos en la otra. Por rápida que sea esta operacion, jamás deja de verificarse el fenómeno de este doble lenguaje sucesivo. El francés piensa en francés, y luego habla en inglés: prueba clara de la necesidad de una palabra para la accion del pensamiento [2].

Hallamos otra prueba experimental, mas evidente todavía que la que antecede, y que confirma todo lo que antes hemos dicho sobre la mediacion de la sociedad para que se transmita la verdad entre los hombres, en el estado de los sordo-mudos, los cuales mientras se les deja á sí propios, están tan faltos de pensamiento como de palabra. Este hecho es no menos cierto que decisivo. Todos los que se consagran al alivio y á la instruccion de estos infelices tanto en Francia, como en los demás países de Europa, convienen unánimemente en constatar esta verdad de observacion, á saber, que el sordo-mudo por sí solo se halla totalmente privado de la vida intelectiva y moral [3]. Solo Mr. de Gerando ha querido por un tiempo poner en duda

[1] Platon, *in Theœt, Op.*, t. II, pág. 150 y 151.

[2] Esto explica la exactitud de la siguiente expresion de Boileau:

Lo que bien se concibe, bien se expresa.

[3] Se halla sobre este asunto en la entrega nona, que es la del mes de setiembre de 1846 de la *Universidad católica*, un trabajo muy curioso de Mr. de la Haye, en el que se llena la medida de la conviccion con una multitud y diversidad de testigos los mas idóneos, de los que vamos á citar algunos.—« Los «sordo-mudos, dice el abate de l'Epée, están en cierto modo reducidos á la

esta verdad, porque quiso oponer un sistema á la experiencia; pero ha tenido por fin que rendirse á la evidencia, y asegurarnos expresamente que «los secretos del mundo intelectual quedan desconoci-«dos al sordo-mudo; que seria inútil pedirle cuenta de ellos, y que «solo la instruccion puede hacer que los sordo-mudos entren en la «vida social, moral y religiosa.» *Histoire de l'Academie des Sciences*, t. II, p. 453 y 661).

«condicion de animales, mientras no se trabaja en sacarlos de las densas tinie-«blas de que están envueltos.»—El abate Sicard dice: «que el sordo-mudo, «mientras no se le rasga el velo con que está envuelta su razon, queda limitado «al solo movimiento físico, y que le falta hasta aquel instinto seguro que dirige «á las bestias. El sordo-mudo se halla solo en la naturaleza, *sin ningun ejerci-«cio pasible de sus facultades intelectuales, las que tiene sin accion y sin vida...* «á no ser que halle una mano benéfica que lo saque de este sueño de muerte. «Por lo que toca á la moral *ni aun sospecha que exista.* No tiene ojos sino para «el mundo físico; pero ¡qué ojos, Dios mio! ojos que miran sin ningun interés. «*Para él no hay mundo moral, y tanto las virtudes como los vicios no tienen «para él realidad alguna.* Esto es el sordo-mudo en su estado natural, como «él mismo se me ha manifestado siempre en el largo espacio de tiempo que «con él he vivido.»—Mr. Paulmier, maestro afamado de la escuela de París, llamado al tribunal del Sena para ser el intérprete de un sordo-mudo, acusado de robo, se expresó en estos términos: «¿Hay alguno que se forme una idea «exacta del estado infeliz en que se halla un sordo-mudo sin instruccion y «abandonado á su estado de desnudez?... El pobre es dos veces sordo, la una «porque le falta el oido y por esto se halla condenado á un perpétuo silencio, «y la otra porque es sordo de *entendimiento*, si puedo expresarme así, porque «ninguna mano compasiva ha venido á sacarle de las tinieblas de la ignoran-«cia, en que está profundamente sepultado.»—El mismo concepto ha formado de los sordo-mudos Mr. Eschke, fundador y profesor de la escuela de Berlin. «El sordo-mudo, dice, no vive sino para sí propio: desconoce todo lazo «social, y no tiene *ninguna idea de virtud:* solo la educacion puede levantarlo «del nivel de las bestias... etc.»—En Leipsick ha observado Mr. César lo que en todas partes se ha observado: «Los sordo-mudos, dice, tienen efectiva-«mente la figura de hombres; pero es lo único que tienen de comun con los «demás; porque estando privados de la palabra, lo están igualmente de po-«nerse en comunicacion de inteligencia con ellos; de practicar ninguna virtud «social, y de levantarse de la tosquedad de los sentidos á la espiritualidad de «la inteligencia,... sin serles jamás posible desarrollarla, ni formarla, ni for-«tificarla por el uso de las potencias espirituales de su alma. Todavía mas, su «inaccion les hace de cada dia mas incapaces de aplicarse... Tal es el estado «de su inteligencia. El de su corazon no es menos deplorable, porque hecho el «juguete continuo de las sensaciones que sobre ellos hacen los objetos, y de «las pasiones que se levantan en su alma, *no conocen ni leyes, ni deberes, ni «justicia, ni injusticia, ni bien, ni mal: para ellos la virtud y el vicio son co-«mo si no fuesen,... etc., etc.»*

No insistamos mas sobre un hecho tan patente, y convengamos en que para poder pensar es preciso dirigirnos á nosotros mismos la palabra, así como es preciso pensar para dirigir la palabra á los demás; círculo vicioso, del cual, segun hemos observado, jamás hubiera salido el género humano; porque implica necesariamente el hecho primitivo de la audicion de una palabra suprema para el hombre, quien no ha hecho mas que repetir el eco de ella en sus ideas primeras. Si el pensamiento debió preceder á la palabra y fue necesario para la invencion de esta, por su parte el pensamiento para salir á luz tuvo necesidad de una palabra ya formulada, sin la cual jamás hubiera dado un paso, siendo como un molde primitivo, en el que fue vaciado para amoldar en seguida el lenguaje exterior y sensible que debia servirle de expresion.

J. J. Rousseau, ese deista intratable que tanto se esforzó en atribuir á Dios la parte mas mínima posible en el destino de la razon humana, y para quien la palabra *revelacion* era una especie de blasfemia contra la naturaleza, se vió obligado, por la sola fuerza de la lógica, á confesar que el orígen del lenguaje es inexplicable sin una primera revelacion. En su célebre discurso *Sobre el orígen y fundamento de la desigualdad entre los hombres* plantea del modo siguiente el problema y su natural insolubilidad: «Si los hombres tuvieron ne«cesidad de la palabra para aprender á pensar, mas necesidad tu«vieron todavía de saber pensar para inventar el arte de la palabra; «y aun cuando pudiéramos comprender el cómo los sonidos de la voz «se aplicaron á ser intérpretes convencionales de nuestras ideas, nos «quedaria aun por averiguar cuáles pudieron ser los intérpretes pri«meros de este convenio con respecto á aquellas ideas que no refi«riéndose á un objeto sensible, no podian indicarse ni por el gesto «ni por la voz; de suerte que apenas podemos formar conjeturas «aceptables sobre el nacimiento de este arte de comunicar los pen«samientos y de establecer un comercio entre las inteligencias. En «cuanto á mí, como estoy convencido de la imposibilidad *cási de«mostrada* de que hayan podido nacer y formarse las lenguas por «medios puramente humanos, dejo la discusion de este difícil pro«blema al que se empeñe en emprenderla.»

Esta opinion de Rousseau es tanto mas notable cuanto es del todo desinteresada, porque no era necesaria para el propósito de su discurso; y la reserva verdaderamente filosófica que la distingue ofrece singular contraste con la costumbre y la necesidad que aquel ingenio

inventor tenia, de darse razon de todo. Aquí confiesa que el orígen del lenguaje es humanamente inconcebible. No le convenia ir mas léjos, pues se hubiera perdido en la opinion de su época, comprometiendo la posicion atrevida y equívoca que tomaba en su discurso, si se hubiera distraido hasta el punto de soltar de su pluma esta verdad de la Escritura: «que en en el principio el Criador habló á la criatura.» Sin embargo, esta era la sustancia del pensamiento de Rousseau, porque en otro escrito mas modesto que despues publicó *Sobre el orígen de las lenguas*, volviendo á tratar la misma cuestion, se atrevió á emitir la verdadera solucion, aunque tomando la voz del P. Lami: «En todas las lenguas, dice, las exclamaciones mas enérgicas son «inarticuladas, los gemidos son simples emisiones del aliento, los «sordo-mudos no dan mas que sonidos inarticulados: *el P. Lami ni* «*siquiera concibe* que los hombres hubieran podido inventar otro, *si* «*Dios no los hubiese enseñado adrede á hablar* [1]. »

Otros testimonios y mas autorizados que el de Rousseau proclamaron antes y despnes de él esta opinion como la única satisfactoria y razonable.

Platon, despues de decir en su libro de las leyes que *todo hombre inteligente debe grandes alabanzas á la antigüedad, por el gran número de nombres de singular exactitud que impuso á las cosas* [2], deduce una consecuencia incontestable: «Lo que es por mí, dice, tengo por «verdad evidente que los nombres primitivos no pudieron aplicarse «á las cosas sino por un poder superior al hombre, *y de aquí pro-* «*viene que son tan exactos* [3].»

[1] *Ensayo sobre el origen de las lenguas*, cap. 4.

[2] *De leg.*, VII, *Op.*, t. VII, pág. 379.

[3] Los que piensan, dice un sábio autor anónimo, que las lenguas son obra humana, y que deben su orígen á un convenio arbitrario que hicieron los hombres para dar cierto nombre á las cosas, no han meditado bien lo que aseguran; pues para que haya convenio en algun punto arbitrario, es menester hablar y ser escuchado: es preciso, además, que el sonido formado por un hombre esté en relacion con una cierta idea existente en el espíritu del de su interlocutor; es preciso, en fin, que se haya establecido por medio de la palabra cierto comercio para atribuir á palabras nuevas nuevas significaciones.—Sin esto los hombres serian todos mudos, cada uno con respecto al otro, y nada tendrian de comun sino aquellos gritos universales que expresan las pasiones y fuertes movimientos del ánimo, y que sirven para unir á los hombres por disposicion del Criador y no por un convenio arbitrario.—Aun despues de hallarse establecidas las lenguas, no podrá un árabe convenir con un aleman en llamar las cosas de esta ó de aquella manera, si el uno no entiende al otro; y

El célebre Guillelmo de Humboldt, que habia reconcentrado todas las fuerzas de su ingenio en el estudio comparativo de las lenguas en sus relaciones gramaticales, filosóficas é históricas, y que á la mas vasta erudicion juntaba una penetracion maravillosa, no pudo llegar á concebir la formacion humana y progresiva del lenguaje: y no es que adopte sin exámen la explicacion que de ello nos da la fe, sino que á fuerza de ingenio y trabajo porfia en encontrar una explicacion cualquiera á este fenómeno: habla de una *fuerza divina*, de un *genio creador*, de un *misterioso procedimiento de la naturaleza*, de una *causa primera;* pero no puede detenerse en este punto, y de analogía en analogía, la buena fe que lo anima lo eleva al seno de aquella verdad que aparecia á Platon tan evidente. Hé aquí sus expresiones textuales: «Segun mi íntima conviccion, debe la palabra considerarse «como inherente al hombre; porque si se la considera como la obra «de su entendimiento en la sencillez de su primitivo estado, *es de todo punto inexplicable:* el lenguaje, pues, no ha podido inventarse «sin un *tipo preexistente* en el hombre... Por *algun procedimiento misterioso de la naturaleza* las lenguas han sido en cierta manera va«ciadas en un molde, pero *molde viviente,* del cual salen con todas «sus bellas proporciones, y este molde, en que se vacian *por algun* «*misterioso procedimiento* de la naturaleza, es el alma humana [1].» — «Estoy íntimamente convencido de que es necesario no desconocer es«ta fuerza *verdaderamente divina,* que se halla oculta bajo las faculta«des del hombre, este *genio creador de las naciones*, especialmente en «el estado primitivo en que todas las ideas y aun las facultades del «alma adquieren una fuerza mas enérgica por la novedad de las im« presiones, en que el hombre puede presentir y adivinar combina«ciones, á las cuales nunca llegaria por medio de la marcha lenta y «progresiva de la experiencia. *Este genio creador* puede salvar la bar«rera prescrita al resto de los mortales; y aunque es imposible trazar «su carrera, no es por esto menos manifiesta su presencia vivificante. «Antes de prescindir, en la explicacion del orígen de las lenguas,

sin embargo las palabras están ya inventadas por una y otra parte, y solo se trata de que las acepte el que ignora su sentido.—Los principios del lenguaje son muy sencillos y naturales; pero jamás se hubieran hallado ni puesto en uso, si Dios no hubiera preparado para el hombre un lenguaje que le sirviese de medio para explicar su pensamiento. (*Explicacion del Génesis*, París, 1732, t. II, pág. 347).

[1] *Memorias de la Real Academia de Berlin, clase histórica y filosófica*, 1820 á 1821.

« del influjo de esta *causa poderosa y primera*, y de señalar á todas «ellas una marcha uniforme y mecánica que las arrastraria paso á « paso desde su rústico principio hasta su perfeccion, abrazaria yo el «parecer de aquellos que atribuyen el orígen de las lenguas á UNA «REVELACION INMEDIATA DE LA DIVINIDAD [1]. »

No tiene en efecto otra salida ese laberinto del orígen de la palabra; y tampoco tiene otra, como ya hemos visto, el del orígen de la verdad en la tierra. Por mas vueltas y revueltas que demos, vendrémos siempre á parar en este punto. Estos dos problemas se confunden hasta cierto punto entre sí, para desesperar al espíritu humano, cuando rehusa la llave que para salir le presentó la fe, y que en suma es la misma que le ofrece la simple razon.

Esta nos dice que el don de la verdad y de la palabra con respecto al alma humana es tan necesario como el don del alma para el cuerpo. El cuerpo dispuesto á recibir la inteligencia y obedecerla estaria sin embargo condenado para siempre á un estado cadavérico, á pesar de las visibles señales de su destino, sin haber podido jamás darse á sí mismo la mas leve chispa de vida, si Dios no le hubiese inspirado el alma. El alma á su vez, pronta á recibir la verdad y servirse de la razon por sus diversas facultades, yaceria eternamente en las tinieblas y en la inactividad intelectual, si Dios no hubiese venido á encender en ella el pensamiento y á hacer vibrar la palabra. De suerte que la primera revelacion aparece en nosotros como el complemento necesario de la creacion y el desenlace de la obra divina, con la cir-

[1] *Carta á Mr. Abel Rémusat, sobre la naturaleza de las formas gramaticales*, por N. G. de Humboldt. París, 1827, pág. 13. Esta última solucion es en efecto la única que puede dejar satisfecho á un espíritu positivo, que se proponga indagar si la forma de las lenguas es obra del *humano entendimiento en la sencillez de su conocimiento nativo*. Ese *genio creador*; esa *causa poderosa y primera*; ese *misterioso procedimiento de la naturaleza*, de que habla aquel sábio esclarecido, no son mas que superfetaciones gratuitas, si no son verdaderos sinónimos de la Divinidad. La secreta resistencia que le impide confesarla francamente ¿procederia acaso de aquella debilidad propia de la misma fuerza del espíritu humano, propenso siempre á atribuirse todas las invenciones, á fabricar causas á su antojo para adorarse á sí mismo adorándolas á ellas? «Semejante, como dice Malebranche, á los niños que tiemblan ante los com«pañeros de sus juegos despues de haberlos zambullido, ó si se quiere una «comparacion mas noble, aunque tal vez no tan exacta, semejante á aquellos «romanos que respetaban con religiosa veneracion las invenciones de su fan«tasía, y que adoraban neciamente á sus emperadores, despues de haber sol«tado el águila en sus apoteosis.» (*Indagacion de la verdad*, parte II, cap. 3).

cunstancia esencial de que este último acto de la mano de Dios no se renueva como el don del cuerpo y del alma en cada indivíduo, sino que se conserva en la especie; y al paso que debemos el cuerpo y el alma *inmediatamente* á la naturaleza, quiso Dios que la verdad y la palabra no llegasen á nosotros sino mediante y por las *tradiciones* de la sociedad, revelándolas á su cabeza y no á sus miembros. ¡Economía admirable de la Providencia, que deja entrever el designio que se propone de una unidad espiritual, haciendo de la verdad una herencia indivisible entre los hombres, justificando y explicando anticipadamente, por las mismas leyes de la naturaleza y contra las exigencias del deista, el modo y la conveniencia de la segunda revelacion que nos tenia reservada!

Al dar Dios al hombre la palabra, debió darle ideas y verdades, porque estas dos cosas se suponen necesariamente, y debió enseñar al hombre lo que mas le importaba saber y lo que con mayor urgencia reclamaba su naturaleza intelectual; y como su necesidad primera es la verdad, es la razon, es el amor, que no pueden encontrar su desarrollo y su verdadero objeto mas que en Dios, verdad eterna, razon por esencia y suma de todas las perfecciones, lo primero que debió Dios revelar al hombre fue el conocimiento de su propia divinidad, atrayendo y encaminando hácia su seno, por medio de la Religion, todas las nacientes facultades de su criatura predilecta.

El descubrimiento de otras verdades de órden inferior pudo dejarse como pábulo á las investigaciones del espíritu humano, una vez lanzado en el campo de su propio pensamiento y reflexion [1]; pero la *verdad religiosa*, es decir, el conocimiento mas indispensable, y al mismo tiempo el mas difícilmente accesible para la razon humana, debió por necesidad ser el primer objeto de la revelacion: el hombre debió recibirla, pero no encontrarla por sí mismo [2].

III. Todo lo que hemos dicho sobre la verdad en general tiene

[1] *Tradidit mundum disputationi hominum.*

[2] «Dios dejó al tiempo el cuidado de engendrar las ciencias físicas; pero se «reservó á sí mismo el de la generacion de las demás: él fue quien creó la mo-«ral, la poesía, etc.—Él fue quien echó las primeras semillas recientemente «producidas por su mano en las almas y en los escritos de los primeros hom-«bres. De aquí es que la *antigüedad*, como el punto mas próximo á todas las «creaciones, debe servirnos de modelo en todas aquellas cosas cuyos princi-«pios mas puros recibió y transmitió hasta nosotros. Para no extraviarnos, es «preciso sentar nuestros piés en las huellas que dejó impresas, *insistere ves-«tigiis.*» (Joubert, *Pensamientos*, t. IV, pág. 409).

aplicacion exacta á la *verdad religiosa*, con una fuerza particular que debemos poner de manifiesto.

La verdad religiosa en todos tiempos y en todas partes ha estribado sobre tres ó cuatro puntos fundamentales, á saber: —que hay en nosotros un principio inmaterial, —que hay sobre nosotros un Ser infinitamente superior en inteligencia y en perfeccion, —que entre este Ser y nosotros existen relaciones obligatorias, — que la muerte no es mas que el tránsito á otra vida, en la cual nuestra alma conservará para siempre su existencia, y responderá del uso que haya hecho de su libertad, etc., etc.

Pues bien: todas estas ideas universalmente adoptadas, no están naturalmente bajo el dominio de los sentidos. Nuestra razon no se agita mas que dentro del círculo de los objetos naturales, y solo obra por el testimonio de sus sensaciones, de manera que aquellas verdades pertenecen á un órden sobrenatural y superior á lo sensible. ¿Cómo, pues, nuestra razon podria por sí misma elevarse á ellas, ni siquiera sospechar que existen? No hay anteojo racional de tan largo alcance; y del mismo modo que no concebimos cómo un habitante de nuestro planeta pudiese saber lo que en otros planetas acontece, sin una revelacion que desde allí se lo comunicase, tampoco podríamos concebir cómo nuestras almas encarceladas en la naturaleza, y en los sentidos *clausæ tenebris et carcere cæco*, habrian podido tener jamás algun conocimiento de lo que está mas allá de la esfera de los sentidos y la naturaleza, si una voz de lo alto no se lo hubiese declarado. Si existe, como se nos dice, un mundo superior al que habitamos, ha sido necesario un enviado de él para darnos á conocer su existencia y la relacion que al mismo nos une. Si hay verdades sobrenaturales, es indispensable que para enseñárnoslas haya habido una palabra sobrenatural análoga á ellas. *Los granos encerrados en una granada*, dice un Padre de la Iglesia, *no pueden comunicar con lo que se halla fuera de la corteza: el hombre encerrado dentro de la mano de Dios, con todas sus criaturas, tampoco puede alzar sus ojos hasta Dios* [1]. Por esto no me sorprende el oir al deista mas ardiente,

[1] Teófilo, *Apologia*, n.º 5. — Tambien san Hilario ha dicho con mucha exactitud: *Que no tenemos tal naturaleza que podamos levantarnos con nuestras fuerzas al conocimiento de las cosas celestiales, y que Dios es quien ha de enseñarnos cómo hemos de pensar de Dios.* (De Trinit., v. 20). — Orígenes, á pesar de culpársele de conceder á la filosofía un imperio sobre la Religion, ha dicho igualmente: «La naturaleza humana no es suficiente para buscar á Dios

al partidario mas declarado del racionalismo contra la revelacion, cuando en un momento de cansancio y abandono, deslumbrado por un súbito destello de la verdad de Dios nos dice: «El Ser incompren-«sible no se deja ver por nuestros ojos ni palparse por nuestras ma-«nos: la obra se hace patente, pero el Autor de ella se esconde; *y «no es corto trabajo el venir al fin en conocimiento de que existe*[1].» Hé aquí hasta dónde nos conduce el empeño de prescindir del auxilio de la revelacion, aun despues de haberla recibido: ¿qué seria empero si jamás hubiese llegado hasta nosotros?

Pero ¡qué! se me dirá, ¿no pretendes tú mismo demostrar claramente por medio de la sola razon estas mismas verdades *del alma, de Dios, de la inmortalidad, de la religion natural?* ¿Por qué, pues, las supones fuera del alcance de esa misma razon? ¿á qué viene lo que dijiste en los capítulos anteriores? tú mismo destruyes la obra de tus manos: mejor era haber luego entrado de lleno en la revelacion. Tal vez habria sido mas peligroso, pero á lo menos hubieras mostrado mas franqueza.

No niego yo el poder y el uso legítimo de la razon en lo relativo á la verdad religiosa, y léjos de declinar su jurisdiccion sobre las verdades que á ella he sometido, ninguna hay entre cuantas se ofrecen á nuestro espíritu, sea cual fuere la profundidad en que se las quiera colocar dentro del santuario de la fe, ninguna, digo, que rehuse yo ocultar á su mirada escrutadora; pero hé aquí precisamente el lazo de union entre estos dos poderes, la razon y la fe, á las cuales se ha intentado poner en lucha por no haber comprendido ni deslindado bien á la una ni á la otra.

La razon es como el ojo del espíritu y la mirada del alma; la re-

«de cualquier modo que se le mire, ni aun para *nombrarlo*, sin el auxilio de «Aquel, á quien ella busca.» (Contra Celso, lib. VII). Finalmente hasta el mismo Voltaire, que es el Celso moderno, llevado de su buen sentido ha dejado escapar esta grande verdad: «Claro está que el hombre no puede por sí «mismo ser instruido de todo esto; porque no pudiendo el espíritu humano «adquirir nocion alguna sino por la experiencia, ninguna experiencia puede «enseñarnos ni lo que existió antes que nosotros, ni lo que vendrá despues. «Los mayores filósofos no han sabido mas sobre estas materias que los mas «ignorantes de los hombres. Sobre esto me atengo al proverbio popular: *¿La «gallina fue antes que el huevo, ó el huevo antes que la gallina?* El proverbio «es bajo, es verdad, pero confunde la mas alta sabiduría, que nada sabe sobre «los primeros principios de las cosas, SIN UN SOCORRO SOBRENATURAL.» (Voltaire, poema sobre los *Desastres de Lisboa*, notas).

[1] J. J. Rousseau, *Emilio*, lib. III.

velacion es la luz que reflejando en los objetos los hace visibles. El ojo por sí solo no ve; es menester que la luz le *advierta* la presencia de los objetos. La luz por sí sola tampoco hace ver, si el ojo no se abre, no se fija y no penetra con sus miradas los objetos. Esta es la imágen de la razon y de la fe. Y siendo la verdad religiosa formada á propósito para el alma humana, todas las facultades é instintos de esta deben ser apropiados á aquella: desde el momento en que la verdad llega á tocar nuestra inteligencia, la inteligencia *la reconoce*, la abraza, se apodera de ella como del objeto único que llena su vacío, y se adapta á su interior configuracion y capacidad, y despues de recibir su luz á manera de un espejo, la reverbera á su alrededor como si fuese suya propia. La razon, iluminada de repente por la verdad, exclama entonces por el entusiasmo de su sorpresa interior: — *Esto es: — no hay duda: — es evidente: — no puede ser de otra manera*, — y se agolpan al momento mil raciocinios y deducciones exactas á festejar á la verdad celebrando su feliz desposorio con el espíritu humano, á quien *racionaliza*.

Pero este trabajo del espíritu humano sobre la verdad revelada es mas bien un acto de asentimiento y penetracion que un acto de invencion y descubrimiento. Ha sido menester que se nos diera la clave del enigma; pero una vez abierta la puerta, entramos francamente y sin dificultad, al paso que de otra manera hubiéramos quedado para siempre fuera del templo. «Estas cosas se aprenden fácil y perfectamente, «dice Platon con aquella sencillez penetrante que le es propia, SI ALGUNO NOS LAS ENSEÑA; pero nadie es capaz de enseñárnoslas, á no ser «que Dios le indique el camino [1].» Todo está dicho en estas palabras.

De ahí se deduce por rigurosa consecuencia que la verdad religiosa queda perjudicada si se la sujeta á la exclusiva accion del raciocinio, cuando este se halla en pugna con la fe, ó lo que es lo mismo, con la luz; porque entonces la inteligencia recae en el círculo de lo natural y sensible, y se precipita rápidamente por todos los derrumbaderos de la vida hasta el fondo de las tinieblas que le son propias, á medida que intercepta sus relaciones con la fuente de la verdad, llegando á negar á Dios y á negarse á sí misma por aquella razon, sencilla por cierto y aun exacta en el sentido en que está tomada, de que Dios y el alma, como decia Rousseau, NO SON VISIBLES PARA LOS OJOS NI PALPABLES PARA LAS MANOS [2]. — *En cuanto á mí, confieso*, dice un

[1] *Epin. Op.*, t. IX, pág. 269.

[2] Esta es, en efecto, la razon definitiva de los ateos y materialistas.

hombre que cito con frecuencia, porque en su doble calidad de filósofo y de creyente puede oponerse con igual ventaja á los amigos y á los enemigos de la Religion, *me hallo perplejo á cada paso siempre que intento filosofar sin el auxilio de la fe. Ella es la que me guia y me sostiene en la indagacion de las verdades que tienen alguna relacion con la Divinidad, como son las pertenecientes á la metafísica* [1].

Así es como todo viene á parar en la necesidad de una REVELACION PRIMITIVA:—la generacion de la verdad sobre la tierra,—el orígen del lenguaje,—la naturaleza de la verdad religiosa en particular.

IV. La última observacion que voy á hacer dará una consistencia definitiva al objeto de nuestro exámen, haciéndolo bajar desde la region de la metafísica á la de la historia, y recorrer á nuestra vista el terreno de los hechos.

Un suceso histórico, universal, que hemos ya demostrado en el capítulo anterior, y que se apoya en los mas auténticos documentos, bastaria por sí solo para dejarlo atestiguado. Hemos visto que la religion natural en toda su pureza precedió en la tierra á la idolatría y supersticion, y se la vió brillar en la cuna de todos los pueblos antiguos, cuando las artes y todos los demás conocimientos se hallaban entre las sombras de la noche; prueba evidente de que la verdad religiosa fue originariamente revelada al hombre, porque de otra manera como esta es la que se halla mas léjos de su alcance, hubiera sido el último descubrimiento, si hubiese sido fruto de sus invenciones y raciocinios; por lo menos se hubiera extendido y alimentado á proporcion del desarrollo del espíritu humano, siguiendo la misma carrera que las demás verdades. Pero no: sucedió todo lo contrario. La verdad religiosa apareció de repente y sola en el horizonte del espíritu humano, y sucesivamente fué resplandeciendo con mas brillo: los errores mas groseros vinieron despues á oscurecerla cabalmente cuando el género humano iba haciendo progresos en las artes y ciencias, enriqueciéndose con sus propias conquistas.

Este hecho tan notable se enlaza con otro no menos significativo, el cual exige mas atento exámen, y nos conducirá como por una pendiente natural á la cuestion reservada para el capítulo siguiente. Este nuevo hecho es el método empleado en todas partes en los tiempos antiguos para conservar y volver á encontrar la verdad religiosa.

¡Cosa extraña! jamás se ha conservado entre los hombres la verdad religiosa por medio del estudio, sino por medio de la tradicion. Pa-

[1] Malebranche, *Conversacion IX sobre la metafísica*, núm. 6.

ra encontrarla no recurren á su propia razon individual, sino á sus recuerdos colectivos, á la voz de lo pasado, siempre que quieren saber á qué deben atenerse sobre esta verdad.

Es evidente la importancia de un hecho semejante, en el cual está visiblemente encerrado el de una revelacion primitiva; importa, pues, afirmarlo mucho antes de sacar consecuencias.

«Los moralistas de los primeros siglos, dice un autor *protestante* «que he citado ya, no *discurrian* como los nuestros sobre los principios «de la moral: la *autoridad* era su filosofía, y la *tradicion* su único ar«gumento. Enseñaban sus máximas como lecciones que habian re«cibido de sus padres, y estos de sus predecesores, remontándose «hasta los primeros hombres, á quienes Dios habia hablado, creen«cia fundada sobre una antigua tradicion [1].»

Esta doctrina tradicional subsistió por largo tiempo en el Oriente, de donde salieron las luces; y lo atestigua Diodoro de Sicilia al elogiar á los caldeos: «Ellos no tienen mas maestros que sus padres, «dice, de lo que resulta que poseen una instruccion mas sólida y mas «fe en lo que aprenden. Pero los griegos, añade, que no siguen la «doctrina de sus padres, y solo se consultan á sí mismos en las inda«gaciones que emprenden, *ipsi sua sponte in disciplinarum studio pro «libitu incumbunt,* corriendo sin descanso tras de opiniones nuevas, «disputan entre sí sobre las cosas mas elevadas, y obligan á sus dis«cípulos, continuamente perplejos, á divagar toda su vida por los «extraviados senderos de la duda, sin tener nada por averiguado [2].»

Igual reconvencion dirigian á los griegos los egipcios, quienes lo mismo que los caldeos fundaban su fe sobre la antigua tradicion. Leemos efectivamente en Platon que cuando los sábios de la Grecia iban á buscar la verdad en los antiguos templos de Menfis ó de Sais, los sacerdotes les respondian: «¡Oh griegos! todos sois niños, no hay un «solo anciano en toda la Grecia. Vuestro ingenio, eternamente mo«zo, no se ha alimentado de las opiniones de los antiguos, *transmi«tidas por la tradicion inmemorial* [3].»

[1] Leland, *Nueva demostracion evangélica*, parte II, cap. 2, t. III, páginas 57-59.—Eduardo Ryan confiesa tambien que «la tradicion fue la fuente «en la cual bebieron las naciones y los sábios de la antigüedad sus ideas racio«nales sobre la existencia y atributos de Dios.» (T. I, cap. I, pág. 12).

[2] *Diod. Sicul.*, lib. C.—La filosofía tradicional que no se apoyaba sobre el raciocinio y la explicacion de las causas, me parece, dice Burnet, que subsistió hasta despues de la guerra de Troya. (*Archæolog. Philos.*, lib. I, cap. 6).

[3] Plato, *in Timæo, Oper.*, t. IX, pág. 290-291.

Esta reconvencion sin embargo no era justa, aun en la Grecia, sino con respecto á los filósofos de corto mérito, llamados mas propiamente sofistas [1], porque los verdaderos filósofos eran los que mas se distinguian por su sumision intelectual, y que para descubrir la verdad se esforzaban en acallar su propia razon, para dedicarse exclusivamente á recoger la lejana voz de la antigüedad. Oid á Platon y á Sócrates, á Pitágoras, á Aristóteles, y despues de ellos á Ciceron su mas aventajado discípulo, á todos aquellos, en fin, que pertenecieron á la misma familia y obtuvieron de la posteridad el dictado de sábios, y los hallaréis unánimes en el punto de que: para descubrir lo mas cierto en materia de religion basta buscar por medio de la tradicion lo mas antiguo, lo que mas se acerca á la infancia del mundo, de manera que la novedad es el sello infalible del error, así como la fuente de este es el racionalismo absoluto. Á este breve, pero irresistible argumento, apelan siempre para atacar á un mismo tiempo las supersticiones de la idolatría y las impiedades de la falsa ciencia, y para disipar á la turba de sofistas que hacian de la razon humana un uso tan fatal como ridículo y vergonzoso.

«¿Quereis descubrir con *certeza* la verdad? decia Aristóteles, tomad «con sumo cuidado lo *primero*, y no lo solteis; allí, solo allí encon«traréis el dogma paternal en que se cifra *la palabra de Dios* [2].»

«*Es antigua tradicion*, dice el mismo en otro lugar, *transmitida* «donde quiera de padres á hijos, que Dios es el que hizo todas las «cosas y *las conserva todas* [3].»

Sócrates enseñaba igualmente que, «los antigúos, mejores que «nosotros y *mas inmediatos á los dioses*, nos transmitieron por la tra«dicion los conocimientos sublimes que de ellos habian recibido...; «por lo cual, deducia él, cuando afirman que el mundo está regido «por una inteligencia suprema, apartarse de su opinion seria expo«nerse á graves peligros [4].» Todos los demás argumentos sobre la existencia de Dios le parecian secundarios.

[1] «Pudiéramos dar el nombre de plebeyos, dice Ciceron, á todos esos filó«sofos que se separan de Platon, de Sócrates y de toda su familia.» Plebeii *videntur appellandi omnes philosophi qui à Platone et Socrate, et ab ea familia dissident*. (*Tusc.* Quæst. I, 23).

[2] *Si quis ipsum solum* primum *separando accipiat; hoc est enim paternum dogma*, divine profecto dictum putabit. (Arist., *Metaph.*, t. XII, cap. 8).

[3] Arist., *De mundo*, cap. VI, *Oper.*, t. I, pág. 471.

[4] *Prisci, nobis præstantiores, diis propinquiores, hæc nobis oracula tradiderunt*. (Plato, *Phileb.*, *Oper.*, t. IV, pág. 219).

La tradicion, la fe en la antigüedad, aun en aquello que no parece atestiguado por el raciocinio, hé aquí el criterio que invoca y proclama incesantemente el príncipe de los filósofos, el divino Platon. «Es «preciso, decia, que *prescindiendo de todo raciocinio* creamos en todo «lo que nos transmitieron los antiguos tocante á la Religion[1].» — «Esto es lo *cierto*, dice en otro pasaje, aunque la prueba de ello exige «largos discursos; y debemos creerlo bajo la palabra de los legislado«res y de las *tradiciones antiguas*, á menos que hayamos perdido el «sentido comun[2].» — «Dios, como enseña la *antigua tradicion*, aña«de, es el autor de todo bien... ¿Qué es, pues, lo acepto á Dios y lo «conforme á su voluntad? Una sola cosa, *segun la sentencia antigua «é invariable* que nos enseña, que solo cabe amistad entre seres se«mejantes[3].» — «Debemos por lo mismo *prestar siempre entera fe á la* «ANTIGUA Y SAGRADA TRADICION que nos enseña que nuestra alma es «inmortal, y que despues de separada del cuerpo recibirá de un juez «inexorable los castigos que hubiere merecido[4].»

Jamás se aparta Platon de esta regla; y si le preguntais la razon en que se funda, os contestará como Sócrates y Aristóteles, que es «porque los primeros hombres, salidos inmediatamente de la mano «de Dios, debieron de seguro conocerlo, como á su propio padre, «y deben ser creidos como sus hijos[5].»

Una circunstancia muy propia para acreditar esta doctrina tradicional, es el medio empleado por los sofistas para eludirla. «El expe«diente á que se recurria para introducir un nuevo sistema, dice «un sábio, era suponer que su idea primitiva habia ocurrido á algun «varon de la antigüedad, cuya reputacion estuviese bien sentada[6].»

Hasta los oráculos proclamaban este principio universal. Habiendo consultado los atenienses á Apolo Pitio, acerca de la religion que debian adoptar, el oráculo respondió: — «La de vuestros padres.» —

[1] *Licet nec necessariis nec verosimilibus eorum ratio confirmetur, etc.* (Plato, *in Timœo*, *Oper.*, t. IX, pág. 324).

[2] Plato, *De leg.*, XII, *Oper.*, t. IX, pág. 212.

[3] Idem, *De leg.*, IV, *Oper.*, t. VIII, pág. 185-186.

[4] Plato, *Epist.* VII, *Oper.*, t. XI, pág. 115.

[5] *Priscis itaque viris hac in re credendum est, qui diis geniti, ut ipsi dicebant, parentes suos optime noverant, impossibile sane deorum filiis fidem non habere.* (Plato, *in Timœo*, *Oper.*, t. IX, pág. 342). — Por esta palabra *dioses*, segun nos observa el mismo Platon, entendia *Dios*.

[6] Mr. de la Barre, *Memorias de la Academia de las Inscripciones*, t. XXIX, pág. 71.

«Con todo, replicaron ellos, nuestros padres mudaron su culto mu-«chas veces: ¿cuál preferirémos pues?» — «El mejor,» volvió á responder el oráculo. «Y ciertamente, añade Ciceron, que cita este he-«cho, por lo mejor no podia entenderse sino el mas antiguo, *el mas «inmediato á Dios*[1].»

Ciceron, á quien acabo de citar, aunque se hallaba mas léjos todavía que los filósofos griegos del foco primitivo de la tradicion, en cási todos sus escritos viene á referirse mil veces á este único fundamento como al último refugio de la razon humana, agotada en sus estériles investigaciones.—«Para fundar la opinion de que deseas con-«vencerte (sobre la inmortalidad del alma), tengo que alegar graves «autoridades, y te citaré nada menos que la de toda la antigüedad, «la cual *mas cercana al orígen y al mismo Dios* conocia mejor la ver-«dad[2].» — «La ley de las doce tablas, dice en otro lugar, nos man-«da atenernos al culto de nuestros padres, y la razon es porque *la «antigüedad está mas inmediata á los dioses*, y porque esta religion «está garantizada por *una tradicion divina*[3].»

Y no era que á los ojos de Ciceron y de los antiguos filósofos dejasen de presentarse otras pruebas de las verdades religiosas; pero estas pruebas debian en su opinion subordinarse al grande argumento de la autoridad tradicional, ó como ellos decian, de la enseñanza divina, siendo por lo mismo mas bien confirmaciones que argumentos principales; pues la razon humana podia muy bien elevarse al conocimiento y á la contemplacion de estas verdades, apoyándose en la autoridad divina que se las propone; pero de ninguna manera puede suplir por sí misma esta condicion sin caer en mil precipicios desde el momento en que quiere prescindir de ella. Así era como aquellos claros ingenios conciliaban la filosofía racional con la filosofía tradicional; esta precediendo á la otra y trillándole el camino, y aquella siguiéndola paso á paso apoderándose de sus resplandores. Hé aquí

[1] *Et profecto ita est, ut id habendum sit antiquissimum et Deo proximum quod sit optimum.* (*De leg.*, lib. II, cap. 16).

[2] *Quæ quo propius aberat ab ortu et divina progenie cernebat, hoc melius ea fortasse, quæ erant vera cernebant.* (*Tuscul.* lib. I, cap. 12).

[3] *Jam ritus familiæ patrumque servare, id est* (quoniam antiquitas proxime accedit ad deos) *à diis quasi traditam religionem tueri.* (*Tusc.* lib. I, cap. 11). —Del mismo dictámen participaba Séneca expresando la idea de este modo:— *Non tamen negaverim fuisse primos homines alti spiritus viros; et ut ita dicam,* A DIIS RECENTES: *neque enim dubium est quin meliora mundus nondum effatus ediderit.* (Sen., *Epist.* XC).

con cuánta energía hacia Ciceron su profesion sobre este punto : — «Siempre he defendido y siempre defenderé las creencias que reci- «bimos de nuestros padres con respecto á los Dioses y al culto que «les es debido [1]; y todos los discursos del hombre, sea sábio ó igno- «norante, no me harán vacilar en esta persuasion : hé aquí, ó Balbo, «la opinion de Cota. » — Esta es la filosofía tradicional, sólido ci- miento de la fe del sábio. — «Explícame ahora la tuya, continúa «Ciceron bajo el nombre de Cota, pues deseo saber de tí, *que eres «filosofo,* EL POR QUÉ de la religion...; pero entre tanto debo ate- «nerme á mis antepasados, aun en aquello en que NINGUNA RAZON DAN «de lo que nos enseñan [2].» — Balbo, el interlocutor de Cota, entra en seguida á hacer un largo discurso sobre la naturaleza de Dios, á lo que responde Cota: — «No encontrando este dogma tan evidente «como tú deseas, has querido probar por medio de argumentos la exis- «tencia de los Dioses; mas por lo que hace á mí me basta la TRADICION «de nuestros mayores, al paso que tú despreciando la AUTORIDAD bus- «cas el apoyo de la razon : permíteme, pues, que mi razon comba- «ta la tuya. Te vales de todo género de argumentos para probar que «existen Dioses, y argumentando haces dudosa una verdad que á «mi modo de ver está fuera de toda duda [3].»

Jamás la filosofía racional y la filosofía tradicional, es decir, el fi- losofismo y la filosofía, se han visto puestas en pugna mejor que en este pasaje de Tulio, que resume el estado de la cuestion tocante á la verdad en los tiempos antiguos... y aun en los tiempos modernos,

[1] Por estas palabras, *Dioses inmortales*, significaba Tulio, lo mismo que Pla- ton, *Dios*, la *Divinidad.* Así lo explica en otro lugar. — «Conservar el culto de «nuestros mayores es el deber de todo hombre sensato: así cómo creer que «existe una naturaleza superior y eterna, á la cual todos debemos elevar nues- «tra alma y nuestro corazon.» (*De divin.*, lib. II, cap. 72).

[2] *Opiniones, quas à majoribus accepimus de diis immortalibus, sacra, cæremonias, religionesque... ego eas defendam semper, semperque defendi: nec me ex ea opinione, quam à majoribus accepi de cultu Deorum immortalium, ullius unquam oratio aut docti aut indocti movebit... Habes, Balbe, quid Cotta, quid pontifex sentiat.— Fac nunc ergo intelligam tu quid sentias, à te enim* philosopho, RATIONEM *accipere debeo religionis:* majoribus autem nostris *etiam* NULLA RATIONE REDDITA *credere.* (*De natura Deorum*, lib. III, cap. 2, n. 56).

[3] *Mihi unum satis erat, ita nobis majores nostros* TRADIDISSE; *sed tu* auc- toritates *contemnis,* RATIONE *pugnas. Patere igitur* RATIONEM MEAM *cum* TUA RATIONE *contendere. Affers hæc omnia argumenta, cum Dii sint: remque mea sententia minime dubiam, argumentando dubiam facis.* (*De natura Deorum,* cap. 4, n. 9-10).

porque el espíritu humano no ha cambiado, sino que la lucha se ha extendido y elevado con toda la fuerza y expansion que el Cristianismo vino á dar al imperio de la verdad sobre la tierra.

Lo que elevaba esta verdad á una esfera superior á toda duda, á los ojos de Ciceron y de los sábios antiguos, era por consiguiente la autoridad de la tradicion inmemorial fundada en que *la antigüedad estaba mas cerca de Dios, quien necesariamente hubo de enseñar á los hombres lo mejor*: ET PROFECTO ITA EST UT ID HABENDUM SIT ANTIQUISSIMUM ET DEO PROXIMUM QUOD SIT OPTIMUM; opinion universal que expresó Lucano en estos dos hemistiquios:

Dixitque semel nascentibus Auctor
Quidquid scire licet.

Esta opinion que hoy dia es, aunque apoyada en un fundamento mas firme, el grande argumento de la fe católica, fue en todos tiempos el principal argumento de la verdad en el mundo. Todos los pueblos del Oriente la acataban; y de allí sobre todo, de esa cuna de la Religion, de las artes y de las ciencias, es de donde debemos sacar esta tradicion primitiva sobre la cual insistimos. De allí pasó á todos los pueblos, y no hay verdad histórica mejor demostrada [1]. «Los sá«bios del Oriente, dice un historiador, eran famosos por las excelen«tes máximas de moral que habian recibido de la *mas antigua tradi«cion*. Esta observacion se halla igualmente comprobada por todos los «antiguos sábios entre los persas, los asirios, los bactrios, los indios «y los egipcios [2].»—«Los árabes, dice otro historiador, se fundan so«bre sus *tradiciones paternas*, que en su concepto les han conservado «la memoria de la creacion del mundo, del diluvio y de los otros acon«tecimientos primitivos que sirven para establecer la fe en un Dios «invisible, y el temor á sus altos juicios [3].» — No hablo del pueblo hebreo, que era el pueblo tradicional por excelencia, y que unia siempre al santo nombre de Dios el nombre venerado de los Patriarcas que se lo habian transmitido: este pueblo será el objeto de un exámen especial. — En fin, en el interior de la China, por medio de la memoria de los hombres, la doctrina tradicional y la antigua creencia se remontaban hasta Dios y eran el testimonio invocado por los sábios, y opuesto á las novedades filosóficas, cási en los mismos términos que

[1] Fabricy, *De los titulos primitivos de la revelacion. (Discurso preliminar*, pág. 76).

[2] Navarrete, *Historia de la China*, pág. 120.

[3] Boulainvilliers, *Vida de Mahoma*, lib. II, pág. 190.

en Atenas y en Roma por Sócrates, Platon, Aristóteles y Ciceron. El *Chou-King* ó libro por excelencia, coordinado por *Koung-fou-tseu*, Confucio, en la mitad del siglo VI, antes de nuestra era, atestigua esta doctrina en cada una de sus páginas. — «¿Á qué son tus esfuer-«zos, dice, para tejer una nueva tela de seda? Lo que es por mí, «para nunca equivocarme, meditaré siempre sobre las costumbres y «la doctrina de nuestros antepasados. ¡La antigüedad! Yo la estu-«dio continuamente. *Mi espíritu se transforma en el espíritu de los an-«tiguos, y hasta* la salida del sol no puedo conciliar el sueño. *Gran-«de, brillante, encantadora es la doctrina que nos han* TRANSMITIDO «los sábios. Este hombre ha rechazado nuestras antiguas doctrinas, «pero su marcha es incierta, y nada fijo hay en él [1].»

¡Qué acuerdo tan maravilloso entre todos los sábios del universo! Y ¿en quién no hará impresion?

Ya podemos concluir nuestras citas. La evidencia de este hecho aparece ya con bastante claridad, resultando que todo el género humano, en la persona de sus mas nobles representantes, se ha sujetado á recibir *la verdad religiosa* por el canal de la tradicion, á volver hácia atrás la vista para encontrarla, á considerarla tanto mas exacta y mas pura cuanto mas se aproxima al orígen y á la infancia del mundo; en una palabra, á recibirla mas bien que á dársela á sí mismo: hecho universal, evidente, irresistible.

¿Cuál es su consecuencia?

Ya la hemos deducido de paso, porque se desprendia de cada una de nuestras citas; pero vamos á resumirla.

La doctrina de la tradicion envuelve, necesariamente en sí, la creencia de una revelacion primitiva, y como esta doctrina ha sido universal, ha sido igualmente universal esta creencia, de modo, que á la demostracion de esta verdad nada le falta: ni la naturaleza de las cosas estudiadas en sí mismas, ni la experiencia del hecho, y lo que es mas decisivo aun, ni el testimonio del género humano, que fue uno de sus actores, y que por la marcha que ha seguido nos muestra la impulsion que recibió, y nos hace oir, por decirlo así, de boca en boca la misma palabra que le fue dirigida al principio.

Si el hombre hubiese podido hallar en sí mismo y por medio de la reflexion el conocimiento de las verdades religiosas, cuanto mas hubiera deseado encontrar este conocimiento, mas se hubiera ensi-

[1] Cap. 2, núm. 4. Véase la traduccion de este libro en los *Libros sagrados del Oriente*, publicados últimamente por F. Didot.

mismado en sus propias reflexiones; pero como, al contrario, los hombres, y sobre todo los genios superiores, han juzgado no poder encontrar estas verdades sino saliendo de sí mismos, abdicando su investigacion individual para limitarse á recibir de sus abuelos la doctrina religiosa, del mismo modo que estos la habian recibido de los suyos, debemos forzosamente inferir de aquí, que ellos pensaron que la verdad habia sido comunicada *sobrenaturalmente* á la tierra, pues de otro modo todos los hombres la hubieran hallado naturalmente en sí. La doctrina de la tradicion no atribuia el descubrimiento de la enseñanza primitiva de la verdad á *ningun hombre*, por sábio y antiguo que fuese. Respecto á esta doctrina los hombres eran considerados, no como fuente sino como canal de la verdad, la cual se reputaba tomar su orígen fuera del hombre y en Dios. Los mas antiguos solo eran creidos porque se hallaban mas próximos á la *edicion original* de la verdad, y porque poseian su texto mas puro, y por decirlo así, una copia mas exacta del divino *manuscrito*; de otra suerte hubieran merecido menos crédito que los modernos, porque estos últimos tienen mas experiencia y mayor caudal de ideas adquiridas. La doctrina de la tradicion no estaba aplicada á las ciencias físicas y á las artes; al revés era la doctrina del perfeccionamiento y del progreso, y de consiguiente, si se aplicaba á la ciencia teológica, era sin duda porque seria entonces general el convencimiento de que procedia de otra parte. La tradicion además atestiguaba el principio y conservaba las escasas verdades que se habian salvado como sobrenadando. El racionalismo por su parte atestiguaba tambien su ilegitimidad, porque cuanto mas se esforzaba en colocarse en el lugar de la tradicion, y cuanto mas se oscurecia y descomponia la verdad, mas hacia pulular el error y la mentira. El argumento, que él mismo ministraba contra sí y á favor de la verdad, era incontestable. Si los conocimientos teológicos se hubiesen deducido de las investigaciones de los hombres, los filósofos posteriores hubieran perfeccionado los descubrimientos de sus predecesores, y los hombres que han vivido muchos siglos despues de Pitágoras y de Tales hubieran podido estar mas instruidos que estos filósofos en las ciencias sagradas. Pero ha sucedido todo lo contrario. Los antiguos sábios tuvieron ideas mas puras de la Divinidad que los que les sucedieron, y el género humano se fué haciendo despues mas supersticioso; prueba infalible de que la enseñanza de las primeras verdades no podia venir del hombre, sino de Dios [1].

[1] La doctrina tradicional, que se desprende de este modo de juzgar á los

Los antiguos se burlaban de los que pensasen de otro modo atribuyendo á la sabiduría y verdad religiosa una fecha humana; y los filósofos racionalistas modernos, es decir, los partidarios declarados de la razon contra la revelacion, que tanto se han reido de nuestra fe, que se han vendido por doctores del género humano, privado de razon hasta que ellos han parecido, y que se han dado á sí mismos el bautismo de la vanidad llamando á su siglo *el siglo de las luces*, hubieran sido en la antigüedad un objeto de burla y de desprecio por parte de los verdaderos filósofos que soltaban á veces estos golpes de buen sentido contra los sofistas sus antepasados: — «Es muy fácil «comprender que no es ella la sabiduría, decia Hortensio, hablando «de esta filosofía, porque conocemos su orígen y la época de su na«cimiento. ¿Cuándo empezó á haber filósofos? Me parece que Tales «es el primero, y esta fecha es muy reciente. ¿Dónde estaba, pues,

filósofos de la antigüedad, acomoda muy poco á los modernos racionalistas, que por lo mismo levantan la voz contra ella, calificándola de *teológica*, pretendiendo que es nueva y que no se halla de ella ningun rastro en los filósofos cristianos del siglo XVII. Es positivo que en nuestros dias se ha procurado aclarar mas que antes la doctrina tradicional, que parece estaba como dormida en los filósofos cristianos de que se habla; pero esto solo quiere decir que los enemigos con quienes tenian que combatir aquellos no les precisaban tanto á emplearla como lo hacen los de nuestros dias. Pero es menester no haberles jamás leido para sostener que no la conocieron, y que no la profesaron en el fondo. Fácil nos seria probar lo contrario aduciendo muchas citas; mas nos limitarémos á una sola que sacamos del no menos modesto que sábio d'Aguesseau, quien, á pesar de ser *cartesiano*, y de sostener en una polémica la *excelencia* de los filósofos de la antigüedad, se expresaba sin embargo en estos términos: «En el fondo, señor, tal vez no tengo una opinion mas aventajada «que V. de los filósofos antiguos. Convengo con V. en que cási puede afirmar«se que no han escrito sino para manifestarnos, segun V. se expresa, que *es «muy débil la razon humana hasta en aquellos en que parece desplegar mayor «fuerza y energía, que han tocado las mas importantes verdades sin haber sa«bido apoderarse de ellas, y que las verdades que conocieron no supieron apro«vecharlas sino para precipitarse en un mas profundo abismo de errores.* Sus«cribo á esta opinion de V. con todo mi corazon; mas esto mismo me hace «reconocer que, cuando hablan bien, y se explican de un modo que solo pue«de entenderse por las ideas que nos ha suministrado la revelacion, no es de «su propio fondo que aquello se deriva, sino que en sus razonamientos descu«bro los vestigios de una revelacion, que se presenta mas pura y menos alte«rada á proporcion que se acerca á su principio. En ellos hallo y sigo con pla«cer el rastro de aquellas primeras y fundamentales verdades, que importa «sobremanera al hombre no ignorar, y que no es probable que Dios haya con«servado únicamente entre los judíos, dejándolas perder enteramente en la «memoria de los demás pueblos. Cuanto mas se considera que estas verdades

«la verdad antes que él existiese?» «No hay mas que mil años que «se conocen los elementos de la filosofía, decia igualmente Séneca; «por consiguiente, ¿estaria el género humano durante una série de «siglos privado de razon?» —Necedad de que se mofaba tambien Perso: —«Desde que con la pimienta y los dátiles se ha introducido «la sabiduría en Roma...» «¡cómo si la sabiduría, añade Lactancio «de quien tomamos estas citas, que debe de haber existido necesa«riamente antes que el hombre, hubiese sido traida con las espe«cias [1]!»

Este juicioso raciocinio, sacado todo del buen sentido, es en efecto aterrador para el racionalismo. Si la verdad religiosa, la sabiduría propiamente tal, es indispensable al hombre, como es claro que lo es, debió serle enseñada desde el principio, y su conservacion hubo de estar confiada á un medio natural y accesible á todos, la tradicion.

«son superiores á las fuerzas del espíritu humano, mas me siento inclinado á «creer cuán digno es que su autor haya perpetuado su memoria por medio de «una tradicion oral, que pasaba de padres á hijos. Parece que la verdad de la «creacion es una de aquellas que se conservaron en la opinion y en el lenguaje «del pueblo, y seguramente que si sobre este punto se hubiese preguntado á «los paisanos de la Ática, ó á las personas mas sencillas de Atenas, quizás «hubieran respondido mejor que la mayor parte de los filósofos. Para formar «juicio sobre esto consulto á los poetas, que escriben comunmente segun las «ideas del vulgo, y son infinitos los pasajes en que me representan á Dios no «solo como Señor y Gobernador, sino tambien como Padre y Autor de todas «las cosas. Mas sin salir de la nacion de los filósofos, ¿se necesitan muchos «eslabones para juntar la cadena de esta tradicion, y formar esta especie de «sucesion que la conservó en las escuelas?— En otra parte lo hemos dicho ya: «no cabe duda que Noé legó á sus hijos este depósito, y que ellos fueron los «que lo llevaron á Egipto. Renovaron su memoria los hijos de Abrahan, que «habitaron en este país por espacio de doscientos años: y Moisés, que, segun «nos refieren los Libros santos, fue instruido en todas las ciencias de los egip«cios, no les dejaria ignorar lo que él sabia. Mientras habitaban en Egipto los «hebreos, se fundaron las principales ciudades de la Grecia por colonias sa«lidas de aquel país: y doscientos años despues de Moisés van los griegos al «Egipto para atar el hilo de las tradiciones antiguas, que de allí recibieran. Y «es digno de notarse que los filósofos que mas magníficamente nos hablan de «la Divinidad, son precisamente aquellos que hicieron este viaje; y su escuela «es la que ha conservado las expresiones mas sublimes de la omnipotencia de «Dios, y de la inmensa fecundidad del Ser primero... Así es que entre los «griegos y Noé no encuentro mas que á los egipcios, ó si queremos encerrar «este medio dentro de un círculo mas estrecho, podemos decir, entre Moisés «y los griegos.» (*Lettres sur divers sujets de métaphysique*, t. XVI, pág. 39-40, edic. en 8.º).

[1] Lactant., *Divin. Instit.*, lib. III, cap. 16.

¿No es, pues, un solemne despropósito hacer depender el descubrimiento y la posesion de una verdad, que podríamos llamar el sol de las almas, no de la sencillez del corazon, sino de las elucubraciones del espíritu, y empeñarse en hacer creer al género humano que esta misma verdad salió de la pluma de algun sofista, y que se deben leer sus escritos para encontrarla? «Me sublevo contra semejante presun-«cion, dice Laromiguière, y la denuncio al respeto que debe un in-«divíduo á las naciones. Osar envanecerse de haber por fin descu-«bierto la única prueba de la existencia de *Dios, el solo camino que «á él nos conduce*, es en cierto modo acusar de ateismo á todo el gé-«nero humano. El hombre sencillo que, viendo que la tierra le de-«vuelve en espigas el grano que habia sembrado, levanta las manos «al cielo y bendice á la Providencia, tiene indudablemente mas prue-«bas de la existencia de Dios que esos filósofos orgullosos [1]. »

Este fogoso rasgo de Laromiguière, tanto mas notable en sus escritos por la claridad y sangre fria que ordinariamente los distingue, lo trazó al pensar en Descartes: «Permítaseme, dice, una reflexion «que de ningun modo aplico á Descartes. Olvidémonos por un mo-«mento de este grande hombre, de quien solo se debe hablar con mu-«cho respeto.» El autor se dirige únicamente á sus pretendidos imitadores; y en verdad que no sabe uno cómo hacerlo para clamar con todas sus fuerzas contra esa pretension de nuestros dias de presentar la filosofía atea como una continuacion de la de Descartes, haciéndole participar de todas las extravagancias de una razon pronunciada contra la fe, llamándole padre de la filosofía moderna, y jefe de la revolucion del talento humano, en la emancipacion de todo yugo de autoridad.

Nada es mas falso que semejante imputacion, á lo menos en el sentido que se la entiende, pues Descartes no ha ofrecido al mundo nada de nuevo sino sus errores. Su famosa duda metódica, y todo el partido que de ella sacó contra los incrédulos, es un arma tomada al mismo san Agustin, y de la cual no se sirvió sino con igual espíritu de religion y de fe que el célebre Obispo de Hipona [2]. Seria un aten-

[1] *Lecciones de filosofía*, por Laromiguière, t. II, pág. 279.

[2] En efecto, san Agustin presenta de un modo el mas explícito la duda metódica de Cartesio, y su famoso principio *Yo pienso, luego soy*, en el siguiente diálogo: — «*La Razon*. Empecemos nuestra obra. — *Agustin*. Confiemos que «Dios nos ayudará. — *La Razon*. Pídeselo, pues, con la mayor brevedad y per-«feccion que te será posible. — *Agustin*. Ó Dios, que sois siempre el mismo,

lado sacrílego hacer pasar á Descartes por padre de una filosofía cuyo propósito es destruir la religion, la fe y la sociedad.

Léjos de acreditarse semejante filosofía por medio de tal patronazgo, el mismo patrono la confunde; y si no fuese así, el nombre de Descartes pereceria con ella antes que poderla salvar.

Efectivamente, ¡qué espectáculo ofreció al mundo esa pretendida *revolucion cartesiana!* ¿Cuáles son los frutos que nos ha traido? Dejemos hablar á su mismo apologista é historiador:

«haced que os conozca á Vos y que me conozca á mí; esta es mi súplica.—*La* «*Razon.* Mas tú, que deseas conocerte, ¿SABES, por ventura, QUE TÚ EXISTES? «—*Agustin.* Lo sé.—*La Razon.* ¿Y de dónde lo sabes?—*Agustin.* LO IGNO«RO.—*La Razon.* ¿Tienes conciencia de tí mismo como de un ser sencillo ó «compuesto?—*Agustin.* LO IGNORO.—*La Razon.* ¿Sabes si eres tú el que te «has puesto en movimiento?—*Agustin.* LO IGNORO.—*La Razon.* ¿Sabes tú «si piensas?—*Agustin.* Si, LO SÉ.» (*Soliloquios*, lib. II, cap 1).—No es únicamente en los *Soliloquios*, sino en muchas otras de sus obras, que el grande Obispo de Hipona ha indicado este MÉTODO, que se ha mirado como uno de los primeros títulos de la gloria de Cartesio. Fenelon, aunque *cartesiano*, decia: «Si hubiese de creer á algun filósofo por sola su nombradía, antes creeria «á san Agustin que á Cartesio; porque además de que este Padre ha sabido «conciliar mucho mejor la filosofía con la Religion, se halla en sus obras un «esfuerzo mayor de ingenio sobre todas las verdades metafísicas, por mas que «no haya nunca hablado de ellas de propósito, sino por incidencia. Si hubiese «un hombre ilustrado, que reuniendo en los libros de san Agustin todas las «verdades sublimes, que como por casualidad esparció en ellos este Padre, «formase de ellas como una coleccion hecha con tino, no dudo que saldria «muy superior á las *Meditaciones* de Cartesio, por mas que ellas sean el ma«yor esfuerzo que hizo el talento de este filósofo.» (*Lettr.* IV *sur la Religion*). —Lo mismo sucede con la prueba de la existencia de Dios, con la que no se ha querido honrar menos á Cartesio, y sin embargo la tomó de varios Padres de la Iglesia y en particular de san Anselmo. Y sino véase bajo el título de *Racionalismo cristiano*, el *Monologium* y el *Proslogium* de este gran Obispo, cuya traduccion, hecha por Mr. Bouchitté, acaba de ser premiada por la Academia francesa:

Sic vos non vobis mellificatis, apes.

Es cosa digna de notarse que la razon no ha tenido jamás unos campeones mas celosos y mas nobles en todos los tiempos que los discípulos de la revelacion, pudiéndose con exactitud llamar Padres de la razon á los que son los Padres de la fe. Ellos la alimentan haciendo que retorne á tomar nuevo temple en la fuente de donde saliera, y en seguida hacen que se atreva á cosas tanto mayores, cuanto la ponen á cubierto de sus caidas y hacen que emplee útilmente su ardor. Los que desaniman la razon y la obligan á echarse en el escepticismo son sus verdaderos enemigos, pues la disipan por medio de locas y estériles investigaciones, buenas únicamente para que vea en ellas su flaqueza.

«Hemos ido siguiendo desde su orígen hasta el fin ese movimien-«to filosófico que tiene á Descartes por jefe. Nuestra mision de his-«toriador está cumplida; nada nos queda que decir: sin embargo «la mision mas difícil de llenar queda intacta.—Nos ha sido impo-«sible volver hácia atrás armados de la crítica, sin experimentar des-«de luego cierta especie de desaliento, de escepticismo, al observar «que el camino que habíamos andado se halla todo cubierto de rui-«nas: —todos los sistemas que hemos sucesivamente estudiado han «pasado ya en la ciencia; han sido reemplazados por otros sistemas, y «ya no representan ningun papel en la escena filosófica del siglo XIX. «¿Es tal vez porque hayan perecido enteramente? ¿Nada queda «ya de todas las opiniones de los mas grandes ingenios, con que se «honra la filosofía, mas que polvo y viento? Esa gran revolucion filo-«sófica ¿no ha enriquecido al mundo con alguna verdad nueva [1]?»

El mismo autor contesta á estas preguntas *ecléticamente*. Y sobre todo retóricamente: «La humanidad, dice, atraida en diferentes di-

[1] *Historia y crítica de la revolucion cartesiana*, por F. Bouillier, p. 367-368. —El grande Bossuet, á pesar de que era *cartesiano*, porque en su *método* veia como Cartesio un medio de reducir los *filósofos*, no dejó por esto de vislumbrar el partido que podrian sacar estos del *método* cartesiano contra las intenciones de Cartesio, y los verdaderos intereses de la razon y de la verdad. En una de sus confidencias epistolares descubre con franqueza las alarmas que este temor le inspiraba, hablando de esta manera: —«Para no ocultarle á V. «nada, debo decirle que veo se prepara un gran combate contra la Iglesia bajo «el nombre de *filosofía cartesiana*. Me parece que de su seno, y de sus princi-«pios, por cierto mal entendidos, estoy viendo como va á nacer mas de una «herejía; y preveo las consecuencias que van á sacar de ella contra los dogmas «que han creido nuestros padres, como van á hacerla odiosa, y que la Iglesia «no pueda sacar de ella el fruto que podia esperar para cimentar en el espíritu «de los *filósofos* el orígen divino y la inmortalidad del alma. Porque con el «pretexto de que no se debe admitir sino lo que se entiende claramente, lo que «es muy verdadero si se reduce á ciertos límites, todos van á tomarse la liber-«tad de decir: Esto lo entiendo, y esto no lo entiendo; y sin *mas fundamento* «que este aprobar ó rechazar todo cuanto les acomode: sin hacer caso de que «*además de nuestras ideas claras y distintas, hay otras confusas y generales* «*que no dejan de encerrar verdades tan esenciales que todo se va á rodar si se* «*las niega*. Bajo este pretexto se va introduciendo una libertad de juzgar que, «sin miramiento alguno por la tradicion, se hace se diga temerariamente todo «lo que viene al pensamiento... Se admirará V. al leer esto; pero esté V. per-«suadido que no es sin motivo que lo digo. Hablo á la presencia de Dios, y te-«niendo presente su espantoso juicio, y como un obispo que debe velar por la «conservacion de la fe.» (*Lettres diverses*, t. II, p. 109, édit. du Panthéon).— ¡Qué profecía!

«recciones por medio de fuerzas y de opiniones diversas, va mar-
«chando majestuosamente siempre hácia adelante.»—Estas palabras nos traen involuntariamente á la memoria aquel ingenioso dicho de Lutero: *La humanidad se parece á un rústico borracho; si lo levantais por la derecha se cae en seguida por la izquierda.*

Véase, pues, el progreso, *el siempre hácia adelante*, de los esfuerzos y variaciones que el racionalismo imprime en el espíritu humano, desviándolo de la tradicion: desaliento, escepticismo, ruinas. «El término de nuestras investigaciones, dice Montaigne con su acos-
«tumbrada exactitud, viene á ser un desvanecimiento. Los mas gro-
«seros y los mas pueriles desvaríos tienen siempre orígen en las ca-
«bezas de los que quieren tratar las cosas en un terreno muy eleva-
«do y adelantado, hundiéndose desde allí en el abismo de su curio-
«sidad y presuncion [1].»

Los talentos mas sublimes se distinguieron siempre proclamando esta debilidad de la razon humana y la necesidad de una ayuda divina que le facilite la senda de las verdades teológicas. En los escritos de los sábios de la antigüedad los vemos huir á cada instante de su propia razon como de un abismo, y refugiarse á la tradicion, y por la tradicion á la revelacion primitiva. Solamente aquí quedan sin cuidado, y se les oye entonces hablar un lenguaje elevado y enérgico, como el que hemos citado hace poco de Ciceron; lenguaje que contrasta de una manera pasmosa con la tartamudez de su razon, cuando pretende aventurarse sola á la peligrosa investigacion de la verdad.

En este punto podríamos medir cási con exactitud la fuerza de la inteligencia por el grado de su sumision: por esto hemos visto que los dos genios quizás mas poderosos de los tiempos modernos, Montaigne y Pascal, no hicieron servir el poder de su razon sino para llevar el yugo de la fe [2].

Algunos modernos racionalistas se han visto obligados al fin de todo á convenir en ello y acogerse á la revelacion, extenuados y llenos de vergüenza por el mal uso que habian hecho de su propia razon para suplantarla.— «Nuestra razon, dice Bayle, no sirve sino

[1] *Essais* de Montaigne, lib. II, cap. 12.

[2] El escepticismo proverbial de Montaigne es generalmente muy mal comprendido. Su *¿qué se yo?* no es el carácter absoluto que se le atribuye. Muy al contrario; es una arma que emplea siempre contra la razon para hacerla desesperar y obligarla á arrojarse en brazos de la fe, cuyo imperio proclama en todas partes. Véase su libro: *Apologia de Raymond Sebond.*

«para embrollarlo todo y hacer dudar de todo: apenas acaba de le-«vantar un edificio, nos enseña los medios de destruirlo. Es una «verdadera Penelope, que deshace de noche la tela que habia tejido «durante el dia. De modo que el mejor uso que podemos hacer de «la filosofía es reconocer que es un camino propio para extraviar-«nos, y que en esta vida tenemos precision de buscarnos otro guia, «que es la LUZ REVELADA [1].»

Preciso es, pues, volver á ella, cuando todo nos obliga: — la generacion de la verdad en la sociedad del género humano, — el orígen del lenguaje, — la naturaleza particular de la verdad religiosa, — el modo de conservacion de esta verdad por la tradicion en los tiempos antiguos, — la impotencia natural de la razon humana privada de este socorro, — el desaliento y las declaraciones de sus mismos partidarios. — La única salida del laberinto la hemos señalado ya, á saber: es necesario que en el seno de la humanidad haya habido primitivamente una REVELACION.

Pero ¿cuál fue la suerte de esta primera revelacion? ¿No intervino segunda vez el cielo para influir en los destinos de la verdad entre los hombres? Hé aquí el segundo problema filosófico é histórico que debemos resolver, y que debe excitar vivamente nuestra curiosidad.

CAPÍTULO VI.

NECESIDAD DE UNA SEGUNDA REVELACION.

Si el racionalismo hubiese comenzado con el género humano, es probable que la verdad no hubiera brillado un solo dia sobre la tierra. Esta divina planta habria sido ahogada en su mismo gérmen, y se hubiera visto á la idolatría con todos sus delirios empañar la aurora misma de la creacion [2]. Pero por mucho tiempo no conoció el

[1] *Diccionario crítico*, artículo *Maniqueos*, nota D.

[2] Es evidente, sin embargo, que la filosofía racionalista y por ella la tendencia del género humano á la idolatría y á la impiedad se remontan á la misma cuna del mundo. «No recibimos de Adan la filosofía que enseña estas cosas, «sino de la serpiente; y la prueba está en que despues del pecado el espíritu «del hombre ha sido siempre pagano.» (Malebranche, *Indagacion de la ver-*

hombre otra doctrina que la de la tradicion, y, por este medio, vivió en la sencillez de la fe y en la obediencia á un Dios único, creador del universo y remunerador en otra vida del bien y del mal que se hace en esta. Posteriormente, cuando los hombres, como dice Diodoro de Sicilia, abandonaron la doctrina de sus padres y *se anegaron en el interior de sí mismos* por medio de las investigaciones que emprendieron, se alteraron los dogmas primitivos que el Señor les habia enseñado, los densos vapores de la duda y del sensualismo envolvieron á los espíritus, y engendraron en ellos todas las supersticiones, las utopias y extravagancias de la idolatría y de la filosofía sofistica. Poco á poco se fué la verdad alterando, mezclando y bastardeando, y el error acreditándose y extendiéndose por todas partes. Entre ambos principios tuvo lugar entonces una lucha prolongada: los hombres discretos, escudados en la tradicion, rechazaban el error del mismo modo que la Iglesia católica confunde á la herejía, acusándolo de NOVEDAD; mas no podian hacerlo con igual seguridad y sobre todo con igual duracion, porque la verdad y la tradicion no estaban entre ellos, como en la Iglesia católica, garantidas por una autoridad depositaria y dispensadora, única en el mundo, universal y perpétua como la verdad misma, y por una sucesion no interrumpida de ministros exclusivamente dedicados á su guarda y á su culto; sino que entre ellos se hallaba la verdad esparcida, sin defensa, sin unidad, sin autoridad visible, entregada á los recuerdos de los pueblos, y sostenida por los testimonios cada vez mas vagos y corrompidos del género humano. Al principio fue fácil justificar su antigüedad: pero poco á poco el error se fué haciendo antiguo tambien, y pronto empezó á combatir con la verdad en el terreno flotante é indeciso de la tradicion. Atribuíase á sí mismo, como hemos visto, una antigüedad facticia ya que le faltaba la antigüedad real; y al fin no encontrando en su marcha ningun acusador que hiciese siempre patentes sus fraudulentas tentativas, logró echar tan completamente á su rival y adquirir tal prescripcion, que cuando mas tarde la verdad pudo volver á aparecer en el mundo, fue á su vez acusada de novedad, y Sócrates, profesando la unidad del Ser supremo, fue condenado á beber la cicuta por haber querido *introducir nuevos dioses.*

dad, parte II, lib. VI. No obstante el veneno inyectado en el espíritu humano por el que hizo oir el primer *por qué*, no llegó á apoderarse de toda la masa y corromperla sino poco á poco y sucesivamente. Nos reservamos volver á hablar de esto en otra parte.

La verdad se refugió entonces bajo el amparo de algunos sábios, que la defendieron de una manera indecisa y problemática, y la *detuvieron cautiva en injusticia*, como tan elocuentemente se lo echó despues en cara el apóstol san Pablo. Aceptábanla y la abandonaban, adulterándola con sus propios desvaríos, y sobre todo contradiciéndola en sus acciones, arrastrados en su aislamiento por el desconcierto universal; y cuando aparecieron esos nublados de sofistas que pululaban en Atenas y en Roma, viviendo del oficio de defenderlo todo; cuando en aquella época quedó el mundo cubierto entre las sombras de la noche, el espíritu humano se mofó de la verdad como de una prostituta, y el título de filósofo se hizo sinónimo de parásito é histrion. La corrupcion marchó á la par de las pretensiones filosóficas: donde abundaban los sofistas, abundaban igualmente las supersticiones y la inmoralidad en las costumbres, porque está ya muy probado que nada desvia tanto al corazon del yugo del deber, como las incertidumbres del espíritu, y que nada engendra tantas incertidumbres en el espíritu, como el abuso de su independencia.

Por otra parte, la filosofía antigua tenia, además de su indecision, su carencia de unidad y su torbellino de sistemas que se excluian mútuamente, el grave defecto de ser demasiado abstracta y totalmente inaccesible al comun de los hombres. La religion natural, la mas pura concebida, y tal comó ya la hemos expuesto, hubiera tenido en sí misma el inconveniente de ser incomprensible para los espíritus entregados á los negocios de la vida presente, y desviados de su primitiva sencillez. Para que las verdades del órden sobrenatural se introduzcan en una sociedad, circulen y se arraiguen en ella, y lleguen sin alteracion á encarnarse en las criaturas que deben dirigir, es preciso que se introduzcan en esa sociedad enteramente formuladas, revestidas de un cuerpo, de un símbolo sensible, marcadas con el sello de una autoridad reconocida por todos, en una palabra, dogmatizadas. Los mismos hombres mas versados en las prácticas de la filosofía, y que viven en sus dulces abstracciones, tienen tambien necesidad de crearse ciertas fórmulas, planes de creencia y de conducta, para poner coto á la perpétua inconstancia de su espíritu y encontrar armas á propósito para hacer frente á los continuos é imprevistos peligros á que nos expone la debilidad de nuestra naturaleza. Si la filosofía antigua hubiese podido conocer desde el principio sus intereses, hubiera podido en lo sucesivo aliarse con el culto público, prestarle sus inspiraciones, adornarle con sus formas, y por este me-

dio dirigir la sociedad; pero cabalmente entre los antiguos nada fue nunca tan antipático como la filosofía y la religion. La filosofía hacia á la religion una guerra sorda y constante, se burlaba de ella, la escarnecia; y á su vez la religion enviaba la cicuta á la filosofía, y la acusaba de negar á los dioses. La filosofía con frecuencia tenia la debilidad de desacreditarse sacrificando públicamente á groseras supersticiones que hubiera debido desarraigar, y de aquí se seguia que en lugar de ennoblecer el culto y la moral atrayéndolos á sí, sellaba su alianza con este culto, humillándose hasta practicar sus mas enormes vicios. Semejantes contradicciones, tan inherentes á la naturaleza de las cosas, produjeron su natural resultado: ni la filosofía ni la religion pudieron hacer nada en favor de la sociedad, y solo se concordaron en demolerla; la religion sin principio y la filosofía sin consecuencia, empobreciéndose recíprocamente por su aislamiento y su repulsion, la una terminó necesariamente en la supersticion, la otra en el ateismo, y ambas en el mas desenfrenado sensualismo; el ateismo dejó á las pasiones suelta la rienda, y la supersticion las aguijoneó, de modo que precipitado el género humano por la pendiente del mal, vió aumentarse la rapidez en su descenso con toda la fuerza de los medios destinados á sostenerlo y levantarlo [1].

El mundo pagano nos presenta constantemente un espectáculo de corrupcion y de descomposicion siempre crecientes, que desconsuela; pero el cuadro que ofrece Roma en los últimos tiempos del Imperio es superior á todos los coloridos. Mientras que algunos talentos especulativos, con un Ciceron y un Séneca, por una especie de atrevimiento y de emancipacion filosófica se elevaban á atreverse á creer algunas veces en un primer ser inmaterial; para el pueblo, para la sociedad, para el mundo, Dios, el principio, el orígen de la moral, del órden, de la sociabilidad, era totalmente tal como lo habian llamado en el frontispicio de aquel templo de Atenas: IGNOTUS, DESCONOCIDO. El culto idólatra, que no es mas que la deificacion de las pasiones humanas ó de los instintos brutales, atraia todas las miradas, ocupa-

[1] Acababa de dictar estas consideraciones sobre la filosofía y la religion entre los antiguos, cuando encontré con inexplicable placer el juicio que de ellas habia formado un antiguo filósofo cristiano, que por la conformidad con lo que llevo escrito, lo copio á continuacion:—«*Philosophia et religio deorum dis-«juncta sunt,—longeque discreta;—siquidem alii sunt professores sapientiæ, «per quos utique ad deos non aditur; alii religionis antistites, per quos sapere «non discitur;—apparet nec illam esse veram sapientiam, nec hanc veram «Religionem.*» (Lactant., *Divin. Instit.*, lib. IV, cap. 3).

ba todas las imaginaciones, llenaba todos los corazones, y constituia toda la esencia de la vida humana desde la cuna hasta el sepulcro. Las fábulas mitológicas, cuya parte mas bella solo sirve para engalanar las composiciones de la poesía, eran entonces realidades efectivas, que se hacian adorar en infinitos templos, en los cuales se respiraba su influencia, y se autorizaban solemnemente todas las perversidades del humano corazon.

Es incontestable, y esto solo hubiera sido una enorme desgracia, que este culto ocupaba el lugar del culto, de la moral y de la ley natural, interceptando así á la sociedad las luces de la ciencia y las inspiraciones del sentido moral. Jamás entraron en este culto como elementos necesarios en el divino servicio, ni las justas nociones acerca de la naturaleza de Dios, ni la obediencia de la ley moral, ni la pureza del corazon, ni la santidad de la vida, ni el arrepentimiento de las faltas pasadas, ni la enmienda en la conducta futura. — «Nunca «en este culto se habla de nada que pueda conducir á reformar las «costumbres y arreglar la vida, decia Lactancio; nunca se busca la «verdad, toda la atencion está ocupada en las ceremonias de un culto «en que el alma no toma ninguna parte, y que atañe tan solo al cuer- «po [1].» —Así, léjos de prestar ningun apoyo á la virtud, la religion de los paganos no tenia conexion alguna con nada que fuese virtuoso: dirémos mas: en sí misma entrañaba un gran fondo de depravacion, porque dejaba el corazon abierto á la seduccion de las pasiones, y la conciencia desmantelada contra sus violencias.

Pero hacia aun mas esta religion: estimulaba y avivaba el aguijon de las pasiones por medio del sentimiento de la divinidad, que debe ser siempre su freno. El orgullo y la voluptuosidad eran incensados y preconizados bajo sus mas groseras y degradantes formas. Creáronse una multitud de divinidades con los mas odiosos caractéres, atribuyéndoles la infamia de crímenes atroces, y el mundo adoró la personificacion viva de la borrachera, del incesto, del rapto, del adulterio, de la bellaquería, de la crueldad y del furor que sugerian al corazon del hombre argumentos prácticos en favor de sus inclinaciones. —«Júpiter sedujo á una jóven cambiándose en lluvia de oro, «hace decir Terencio á uno de sus actores, y yo, mezquino mortal, «¿no podré hacer otro tanto [2]?» —Ovidio, cuya autoridad, como

[1] Lactant., *Divin. Instit.*, lib. IV, cap. 3.

[2] *Ego homuncio hoc non faxim!*

(Ter. *Eun.*, act. III).

dice Chateaubriand, no es sospechosa, se oponia á que las solteras fuesen á los templos, para que no viesen las muchas madres que Júpiter habia hecho [1]. Los salteadores y los asesinos tenian tambien sus patronos en el cielo. — «Bella Laverna, concédeme el arte de engañar á los demás, y que me crean justo y santo [2].»

El culto correspondia por precision al carácter de tales dioses; consistia en los mas viles y detestables ritos. La fornicacion y la embriaguez hacian parte del culto de Vénus y de Baco. En los templos y en los juegos consagrados á estas divinidades se representaban los misterios de Adonis, de Cibeles, de Príapo y de Flora. Veíase á la luz del sol lo que se oculta ahora en las mas profundas tinieblas, y que el honor y decoro de la lengua no nos permiten nombrar [3]. En Babilonia las mujeres se prostituian públicamente en el templo de Vénus [4]. En Armenia las familias mas distinguidas consagraban á esta diosa sus hijas, vírgenes todavía [5]. Las mujeres de Biblos, que no querian consentir en cortarse el pelo en el duelo de Adonis, estaban obligadas, para expiar semejante impiedad, á entregarse por un dia entero á los extranjeros. Refiere Estrabon que el templo de Vénus en Corinto era sumamente rico, y que poseia mas de mil mujeres públicas, entre esclavas y sacerdotisas, regalos hechos á la diosa por personas de ambos sexos. «Esto era, añade, lo que atraia tantos «forasteros á Corinto y la hacia opulenta [6].»

No debemos admirarnos de nada de esto: era una consecuencia natural de la pérdida de las divinas verdades. Hallándose borrada de la superficie de la tierra la primera de todas, la nocion del culto de un Dios único, espiritual y santo, el hombre se acostumbró á creer divino todo lo que era fuerte y poderoso; y como se sentia inclinado al vicio y arrastrado hácia él por una fuerza invencible, creyó fácilmente que esta fuerza le venia del exterior, y la divinizó. Por esto tuvo tantos altares el amor impúdico, y se mezclaron con el culto todas esas impurezas que ahora nos horrorizan, y que entonces acabaron por

[1] *Quam multas matres fecerit ille deus!*
(*Trist.*, lib. II).

[2] ..... *Pulchra Laverna,*
Da mihi fallere, da justum sanctumque videri.
(Horat., *Epist.* XVI, lib. I).

[3] Lactant., *De falsa religione*, lib. I.

[4] Herodoto, lib. I.

[5] Luciano, *De Assyria init.*

[6] Justin., Athen., Strab., etc.

constituirlo exclusivamente. Cada uno hacia un Dios de la violencia de su pasion, como dice el poeta : *Sua cuique deus fit dira cupido.*

Calcúlese cuáles serian las costumbres, bajo la influencia de un culto que, en oposicion al culto espiritual y moral que nosotros tenemos, se impregnaba por todas partes, en la vida pública, en la vida privada, en la vida individual; porque en todas partes se hallaba de acuerdo con las pasiones que le facilitaban todos los accesos, y el cielo y la tierra, los hombres y los dioses, se daban la mano para acreditarlo y propagarlo.

Los goces de la sensualidad, y todas las torpezas y barbaries que le sirven como de cortejo, eran llevados hasta el mas alto punto. Habia en el embrutecimiento de los espíritus y en la depravacion de los corazones algo de basto y monstruoso que no podemos definir. Esa energía de la inteligencia y de la voluntad, que bajo la influencia del espiritualismo cristiano se ha revelado en los tiempos modernos por tantas inspiraciones caballerescas, por tantas instituciones morales y religiosas, tantos descubrimientos científicos, tantas obras maestras en las artes y tan portentosos trabajos en la industria, se hallaba entonces abismada en los sentidos, y solo se la empleaba para saciarlos. La organizacion sensual del hombre habia adquirido tan vasta capacidad como la de la inteligencia, porque la inteligencia se habia trasladado enteramente á los sentidos, y de aquí surgieron aquellas proporciones tan colosales en los gustos, las fiestas y los placeres de los antiguos comparados con los nuestros, que nos los hacen aparecer como una raza de gigantes acabada ya en la tierra si los consideramos por el punto de vista sensual; y como una raza de pigmeos si los medimos por esa fuerza de ideas y esa elevacion metafísica y moral á que nosotros hemos llegado, y que haria de un niño de nuestros dias el catequista de todos los filósofos de la antigüedad.

Mas de las dos terceras partes de los habitantes de los países mas civilizados estaban sumidos en la esclavitud, y empleados únicamente en fomentar las sensualidades de la otra tercera parte. Esto solo da una idea espantosa de la abyeccion del hombre, de la fuerza del egoismo y de la enorme corrupcion que debia producir. ¡Cuántas crueldades inauditas se cometerian á la faz del dia, en una sociedad en que todo se hallaba autorizado por el uso, las costumbres, la ley y los dogmas de la religion! Los señores tenian sobre sus esclavos poder absoluto, y podian á su antojo molerlos á palos ó condenarlos á la muerte mas dolorosa. Un edicto del emperador Claudio prohibia

matar un esclavo por solo ser viejo y enfermo. En este caso habia tambien la costumbre de deshacerse de aquellos desgraciados, dejándolos abandonados en una isla del Tíber, y el citado edicto concede la libertad á los que recobrasen la salud despues de haber sido expuestos de este modo. Semejantes transacciones de la ley con la inhumanidad de las costumbres nos revelan toda la depravacion de aquellos pueblos. Una ley de Constantino (su constitucion de 312), que todos los historiadores están acordes en mirar como característica de la introduccion del espíritu cristiano en la legislacion [1], reprime los excesos de los señores para con sus esclavos, y nos manifiesta lo que aquellos habian sido hasta entonces.

«Use el amo, dice el Emperador, de su derecho con moderacion, «y sea condenado como homicida el que mate voluntariamente á su «esclavo con azotes ó piedras, el que le haga una herida mortal con «dardo, el que lo ahorque con lazo ó lo envenene, el que le despe«dace el cuerpo con puntas de hierro ó lo entregue á las fieras, el «que le mande surcar las carnes con carbones encendidos, etc., etc.» La pluma se cansa de enumerar tantos horrores.

Los que hubieran debido ilustrar á su siglo acerca de estas aberraciones, las veian y las cometian tambien ellos mismos con una ingenuidad y una sangre fria que espanta. *Nuestros esclavos son enemigos nuestros*, decia Caton: palabras crueles que servian de excusa á todo cuanto la tiranía doméstica podia inventar de mas odioso. La máxima constante de aquel célebre romano, *dechado de virtud*, era vender sus esclavos ya ancianos por cualquier precio antes que sufrirlos cuando no eran mas que una especie de carga inútil; y permitir á sus esclavos varones tener comercio con las esclavas mediante cierta cantidad de dinero que aquellos le pagaban por este privilegio [2]. Polion, el amigo de Augusto, criaba lampreas de extraordinaria magnitud, á las que alimentaba con la carne de sus esclavos [3]. El senador Q. Flaminio mandó dar muerte á uno de sus esclavos sin mas motivo que proporcionar un espectáculo nuevo á cierto amigo suyo que nunca habia visto matar á un hombre [4]. Si un padre de familias era

[1] Véase el análisis del hermoso trabajo de Mr. Troplong: *Influencia del Cristianismo sobre el derecho privado de los romanos.* (Monitor del 11 de mayo de 1842).

[2] Plutarco, *Vida de Caton.*

[3] Plinio, lib. IX, cap. 39.

[4] Plutarco, *Vida de Q. Flaminio.*

asesinado, todos sus esclavos eran condenados á la pena capital. Un patricio de Roma, que poseia cuatrocientos esclavos, murió á manos de uno de ellos, y todos cuatrocientos fueron en seguida pasados á cuchillo [1]. En los funerales de los poderosos eran degollados frecuentemente muchos esclavos, como víctimas agradables á sus manes. En fin, si no tuviésemos ninguna prueba del bárbaro tratamiento que se daba á los esclavos, bastaria observar la circunstancia de que, en los apacibles climas de Italia y de Grecia, aquellos rebaños de hombres, léjos de multiplicarse, solo podian conservarse en fuerza de las numerosas levas que se importaban de las provincias lejanas.

Y lo mas notable es que, todas estas cosas que tanto trabajo nos cuesta creer ahora, no solamente no se miraban entonces como excesos, ni como abusos, sino como el legítimo ejercicio del mismo derecho natural. Semejantes escenas pasaban todos los dias á la faz del público, sin excitar la mas leve censura, la mas pequeña protesta de parte de esa caterva de escritores y de sofistas que empleaban toda su vida en declamar y disertar sobre las costumbres [2]. No hablemos de la legislacion, que habia sido la primera en sellar la frente de los esclavos con esta afrentosa inscripcion: *Non tam viles quam nulli sunt. Son mas nulos todavía que viles.*

Si reflexionamos sobre el orígen de tan monstruosa depravacion en las mútuas relaciones de los hombres, lo descubrirémos fácilmente en la depravacion de sus relaciones con la Divinidad, y nos convencerémos de que existe una íntima conexion entre el dogma de la unidad de Dios y el de la fraternidad humana. La unidad de Dios se anima y vivifica por el sentimiento de su amable paternidad, inspirándonos no un temor servil, sino un puro y desinteresado amor; bajo la influencia de tales ideas el género humano llega pronto á convertirse en una familia de hermanos, en la que los mas pobres y desvalidos son los que mas valen. Por esto en el Cristianismo, sublime realizacion de esta doctrina, el sentimiento de ese amor, ya tenga por objeto á Dios ó á los hombres, se llama igualmente *caridad*, como un rio que conserva siempre el nombre de su manantial por todas partes donde corren sus aguas. De aquí se sigue que la ruina del dogma de la unidad de Dios debió acarrear necesariamente la decadencia del dogma de la fraternidad humana; y no dispertando la vista de la Di-

[1] Tácito.

[2] A excepcion de Séneca; mas este filósofo habia ya participado del Cristianismo, como lo probarémos.

vinidad mas idea que la de la pura fuerza, desapareció del universo el soberano tipo de la verdad, y le sustituyó el infecundo egoismo. Así notamos que la horrible y asquerosa llaga de la esclavitud se agrandaba y extendia á medida que el politeismo se iba infiltrando é inveterando en el corazon de las naciones. Remontándonos hasta los tiempos antiguos, observamos al contrario, que á medida que nos vamos acercando mas al reinado de la religion natural, la esclavitud se va suavizando, pierde su carácter, y al fin desaparece cási enteramente. En tiempo de Homero es ya bastante limitada; refiere el poeta que solo quedaban esclavos los cautivos hechos en el campo de batalla. Apenas se empleaban otras calificaciones que las de *cautivos* y *cautivas*, y poco despues hasta estos nombres y el destino que ellos suponen desaparecian en el seno de la vida doméstica. En la morada de Alcinoo, de Ulises y de Laercio, estos cautivos de los dos sexos eran *servidores* y *compañeros*, que se mezclaban con familiaridad en los negocios y hasta en las diversiones de sus señores, *adictos á su persona*, dice Homero, *mas bien por inclinacion que por necesidad* [1]. El conductor de cerdos, el *buen* Eumeo, es llamado en la *Odisea* el *noble pastor* [2]. Últimamente, entre los judíos que reconocieron siempre el dogma de la unidad de Dios, la esclavitud no pudo echar raíces nunca, pues los que caian en ella degeneraban forzosamente en criados temporales, que quedaban libres cada siete años. — « Si tu «hermano obligado de la pobreza se vendiere á tí, no lo oprimirás «con servidumbre de esclavos; sino que lo tendrás como un jornalero «y como un colono: trabajará en tu casa hasta el año del jubileo, y «despues saldrá con sus hijos, y volverá á la parentela y á la heren«cia de sus padres; porque siervos mios son, y yo los saqué de la «tierra de Egipto [3].» Palabras afectuosas que manifiestan la grande correlacion que existe entre los dogmas de la unidad de Dios y de la fraternidad humana. El dogma de la fraternidad humana es la sociabilidad, el vínculo de existencia de las naciones y de todo el género humano; de modo que á medida que se iba ensanchando la sima del politeismo, todo el mundo caia y se perdia en ella [4].

[1] Homero, *Odisea*, cant. XXIV.

[2] Idem, *idem*, cant. XIV.

[3] *Levítico*, xxv, 33 y siguientes. Traduccion del P. Scio.

[4] Conviene decir, sin embargo, que esa suavidad de la legislacion judáica no existia mas que para los esclavos judíos, y no para los extranjeros. Estaba reservado al Cristianismo, por la gracia de aquel que se hizo *esclavo* por el

Volvamos todavía la vista á ese mundo pagano, y procuremos sondear toda la profundidad de la llaga que roia á la humanidad, si queremos conocer bien el prodigio del divino remedio que la curó.

Los espectáculos de los gladiadores eran una costumbre horrible, procedente de la misma causa que acabamos de indicar, y es la prueba mas auténtica del espíritu de crueldad reflejada en todos los pueblos mas civilizados del politeismo. Estos gladiadores eran una clase de hombres compuesta de cautivos, esclavos, malhechores sentenciados al último suplicio, que se los alimentaba y conservaba con aquel destino, y se les hacia salir á millares en esos inmensos anfiteatros, donde debian despedazarse mútuamente para divertir á los ciudadanos de todos sexos y condiciones [1]. Hubo veces que en el transcurso de un mes estos espectáculos devoraron veinte ó treinta mil hombres. Roma en masa, todo el universo pagano corria á presenciar aquellas carnicerías, donde no solo no tenia lugar la piedad, pero ni siquiera se notaba rastro de instinto piadoso. Cuando los moribundos pedian gracia, ¡era á las mas jóvenes damas romanas reservado el placer de negársela, haciendo un gesto que era la señal de su muerte [2]! Y no se crea que estos horribles pasatiempos fuesen invencion de dos ó tres mónstruos que, como Neron y Calígula, deshonraron la corona imperial; los príncipes mas amables, aquellos que fueron *las delicias del género humano*, se entregaban á ellos con igual placer, y la sociedad entera *aullaba*, para que se le abriesen aquellos mataderos con la misma ansia con que hubiera buscado el pan de cada dia necesario á su subsistencia [3]. No exageramos: el historiador Dion nos refiere que Trajano, á la vuelta de su triunfo sobre los dacios, dió espectáculos

género humano, *formam servi accipiens*, generalizar la manumision del hombre y la paternidad de Dios, é inspirar á su grande Apóstol aquella sublime epístola, rebosante de caridad fraterna, en la que pidiendo á un amo gracia para su esclavo fugitivo, le dirige estas palabras, tan incomprensibles entonces, y que se han hecho tan naturales entre nosotros bajo la accion incesante de la caridad: «Te lo vuelvo á enviar, suplicándote que lo recibas como á mis «entrañas,... no ya como siervo, mas en vez de siervo, como hermano muy «amado. Si algun daño te hizo ó te debe algo, apúntalo á mi cuenta... Yo soy «Pablo, que te escribo de mi puño, yo lo pagaré. Aunque tenga yo mucha li-«bertad en Jesucristo para mandarte lo que te conviene, prefiero suplicarte por «caridad aunque soy Pablo, anciano ya, y además en la actualidad prisionero «por Jesucristo.» (*Epístola á Filemon*).

[1] *Jugulantur homines ne nihil agatur.* (Seneca, *Epi t.* VII).

[2] *Pollicem vertebant.* (Juvenal, *Sátira* III).

[3] *Panem et circenses.* (Juvenal, *Sátira* X).

de gladiadores que duraron *ciento veinte y tres dias*, en los cuales se despedazaron *diez mil* gladiadores y *once mil fieras...* Y, cosa que hiela el alma y paraliza el juicio bajo la seccion del pasmo y la indignacion: Plinio el jóven, en el panegírico que hizo de Trajano á la sazon, no pronunció una sola palabra de piedad ó de moderacion contra aquellos horribles juegos; ni siquiera recurrió á alguna de esas precauciones oratorias que hasta la mas baja lisonja sabe encontrar á veces para evitar la sangre: pero ¡qué digo! aquellos mismos juegos sugirieron al orador frases cadenciosas y flores de lenguaje para glorificar á su señor y ensalzar su justicia y humanidad. Y ¿sabeis por qué? ¡Oh gran Dios! por no haber tomado de entre los espectadores nuevos despojos que echar á la arena y aumentar así el número de las víctimas. —«Despues, dice, de haber provisto á las necesidades de los ciudada-«nos y de los aliados, no has olvidado tampoco sus placeres. Nos has «proporcionado un espectáculo no de aquellos que pueden debilitarnos «ó afeminarnos, sino de los que son tan propios para inflamar nues-«tro valor, familiarizarnos con la vista de nobles heridas, é inspirar-«nos el desprecio de la muerte. Nos has mostrado el amor de la glo-«ria y el ardor de vencer, aun en el alma de los malvados y de los «esclavos. ¡Con qué magnificencia, con qué justicia has brillado en «esta ocasion! Siempre imparcial, siempre dueño de tus pasiones, «*has otorgado lo que se apetecia, has ofrecido lo que nadie se atrevia á* «*pedirte, has interpretado el deseo general*. Un espectáculo ha seguido «á otro, y siempre cuando menos se esperaba. ¿Vióse alguna vez «mas libertad en los aplausos, mas seguridad para declararse cada «uno segun su inclinacion? ¿Se nos ha imputado á mal, como en «tiempo de otros emperadores, haber tomado aversion por un gla-«diador? ¿*Por ventura á alguno de los espectadores* se le ha dado á él «mismo en espectáculo, y ha sido tan desventurado, que haya teni-«do que expiar placeres funestos por medio de crueles suplicios [1]?» —¡En qué grado tan profundo de abyeccion habria caido ya la humanidad, para que un emperador como Trajano se dejase alabar de esta manera por un hombre como Plinio [2]!

[1] Plinio, *Panegírico* 33.—*Esos placeres funestos, expiados por medio de crueles suplicios*, encierran un sentido secreto que no quiero profundizar: es un misterio de relajacion dentro de otro misterio de crueldad. Nuestra inteligencia no se atreve á sondear mas; y si á fuerza de curiosidad llegase casualmente al fondo, es seguro que el corazon no querria seguirle.

[2] Mr. Villemain, en su *Curso de Literatura*, se indigna con razon, recor-

Por fin no dejaba de haber una cierta humanidad de la parte de Trajano en no haber hecho degollar sino *diez mil* gladiadores; y no es mal fundada la alabanza que Plinio le tributa en no haber mandado echar al espectáculo los espectadores como Calígula, uno de sus antecesores, lo habia hecho. Porque habiendo faltado un dia gladiadores para las fieras, este Emperador mandó coger á los primeros que se hallaron de entre los espectadores, y les hizo echar á los animales despues de haberles cortado la lengua para ahogar sus quejas [1]. Diréis que estos son juegos de un mónstruo, y yo lo concedo; pero el pueblo romano lo aplaudió, y hasta el Senado le animó á repetirlo, pues habiendo tenido que redactar en aquel tiempo un código teatral, no se avergonzó de decretar con la solemnidad de un Senatus-consulto, que los gladiadores no se batirian en adelante uno á uno, sino en masa como en los verdaderos combates. El historiador al contarlo añade, que la sangre sustituyó al sudor [2].

Aquellas feroces costumbres se habian connaturalizado de tal modo, que las víctimas se prestaban, por decirlo así, á sus exigencias con una resignacion estúpida; ni siquiera se acordaban de que tenian derecho á vivir; la muerte, que quebranta todos los lazos, nada podia contra la cadena de su esclavitud; sus eternas sombras no eran tampoco un refugio para su libertad, y las frentes que ella (la muerte) iba á consagrar, se encorvaban indignamente hasta el polvo para adorar por última vez al dios-César; *Ave Cæsar*, exclamaban estas víctimas ya consagradas, al pasar por delante del trono imperial, *morituri te salutant* [3].

dando la famosa carta de Plinio á Trajano sobre los cristianos, en la cual informa, *que los halla inocentes de cuanto se les acusa, pero que no obstante, cree que se debe seguir haciéndolos ajusticiar.*—Trajano le contestó:—HAS DADO UN CONSEJO QUE ES PRECISO ADOPTAR.

[1] Tácito, *Anales*, lib. VII, suppl. 29.

[2] Idem, *idem*.

[3] Al lector que juzgue de lo pasado por las ideas que actualmente tenemos del derecho, de la libertad, de la dignidad humana, y que, no viendo en la antigüedad ninguna protesta enérgica contra semejantes abominaciones, se siente inclinado á creer que es exageracion lo que se dice, la relacion que acabamos de trazar le asombra y le parece fabulosa. Pero aquí está precisamente el colmo del mal. Se hallaban de tal manera aclimatados víctimas y verdugos, que nunca se oye ni un grito, ni un solo recuerdo que, en nombre de la filosofía ó de la historia, clamen contra un desórden cuya diezmillonésima parte sublevaria en nuestros dias á la Europa entera. Todo esto acontecia, como si dijéramos, á puerta cerrada; y semejante silencio es espantoso. Estaba reservado

Las fieras habian adquirido en aquella época una especie de derecho de igualdad y de fraternidad humana. La ley extendia á ellas sus cuidados maternales, hasta en sus cavernas salvajes del fondo de los desiertos. Estaba prohibido, bajo pena de la vida, matar á ninguna en sus soledades, con el objeto de reservarlas para que devorasen hombres en los juegos del circo.

Infiérase de aquí, qué instintos tan bárbaros y crueles debia producir todo esto en las costumbres privadas, y con qué tiranía tratarian á todo lo que era débil, á los niños, á las mujeres, á los esclavos, á los desgraciados y aun á sí mismos cuando se hallaban caidos en el seno de la adversidad. Los recien nacidos, los *sanguinolentos*, como se les llamaba, estaban diariamente expuestos á perecer de hambre ó de frio: los exponian á las aceras de los caminos, y eran devorados por las manadas de lobos que bajaban todas las noches del Abrucio. Las mujeres en cinta eran repudiadas bajo el mas frívolo pretexto, aun antes que hubiesen dado á luz el fruto de sus entrañas: el matrimonio era una especie de prostitucion legal; aun á este precio cási nadie lo queria, y se invocaba el adulterio como un alivio del yugo marital. ¿Qué dirémos de los pobres? ¡Ah! de todas las instituciones del paganismo ni una siquiera habia sido fundada por los ministros de la religion ó por el jefe del Estado para socorrer á los enfermos, á los inválidos y desdichados, faltos de todo lo necesario. Aquellas palabras de un emperador romano, hablando de los pobres, lo dicen todo: *Nobis graves sunt.* Últimamente ejercian la ferocidad consigo mismos, por medio del suicidio. En cuanto atacaban al hombre el infortunio ó la desgracia, dirigia aquel los golpes de su mano contra sí mismo, y á esta cobardía moral se le daba el nombre de virtud, sancionada por el ejemplo de los hombres mas venerados en la pública estimacion, y era mirada como la puerta por donde se salia noblemente de la vida.

Otro carácter de las costumbres paganas que disputaba el lugar á la inhumanidad, y en el cual conviene que nos detengamos algo to-

á los cristianos ser los primeros en romperlo con sus bellos apologéticos, y apoyándose, finalmente, en otro poder que el del César, se atrevieron á pedir á este, sin rebeldía, pero tambien sin temor, el motivo por que les hacia violencia. En esto no hacian mas que seguir las huellas de su divino Maestro, que recibiendo un bofeton sobre su faz adorable, contestó con toda la calma del Dios y la dignidad del hombre:—SI HE HABLADO MAL, MUESTRA EL MAL QUE HE DICHO; SI NO ¿POR QUÉ ME HIERES?

davía, era la pérdida de todos los instintos de templanza y de pudor.

Bajo este concepto, al modo que la inhumanidad de las costumbres se resumia en una enorme violacion del derecho natural, que era la esclavitud y los sangrientos juegos del circo; así su disolucion se reflejaba en una grandísima monstruosidad, que era ese amor que la misma naturaleza condena.

Estos dos desórdenes caracterizan toda la antigüedad, principalmente sus últimos siglos, y ponen en evidencia el mas alto período de agonía del género humano.

El amor antifísico, ese crímen inaudito, del cual, gracias á Dios, nuestras costumbres cristianas pueden oir hablar con la santa libertad de la inocencia, se hallaba en cierto modo mas generalizado que el gusto por las mujeres. Gibbon lo echa en cara á los quince primeros emperadores romanos, á excepcion de Claudio, que vivia en comercio incestuoso. La mas exquisita delicadeza no se ofendia de él, y la filosofía mas austera se divertia con semejante monstruosidad: la flauta del amable Virgilio, la lira de Tíbulo y de Horacio buscaban en él inspiraciones; hacia los placeres de Caton, y el mismo Ciceron (la sangre se sube á la cabeza al leerlo) en su precioso tratado *De la naturaleza de los Dioses*, consignó sobre él su confesion, y hasta le proporcionó un argumento para su asunto... Voy á citar este pasaje: es preciso que la antigüedad expie en la persona de uno de sus primeros filósofos la degradacion moral á que se habia abandonado, y que sufra en presencia de nuestro santo pudor cristiano la vergüenza de una exposicion que interesa á la causa de la verdad... Ciceron, pues, queriendo probar que no debemos representarnos la Divinidad bajo formas humanas, porque por muy hermosas que sean nunca corresponden á la belleza absoluta de los atributos divinos, concluye diciendo: — «Mas ¿y de qué hombre se tomaria la figura, puesto que son tan «poco comunes los hombres hermosos? Cuando yo estuve en Atenas, «apenas se veian algunos entre las turbas de muchachos... Observo «que esto os excita á la risa, sin embargo es la verdad... Además, «para nosotros que, CON EL PERMISO DE LOS ANTIGUOS FILÓSOFOS, AMA«MOS Á LOS MOZOS, con frecuencia los defectos nos parecen atractivos. «Un lunar en el dedo de un niño parecia una gracia extraordinaria «á los ojos de Alceo [1].» ¡Á qué extincion del pudor y de todo sen-

[1] *Sed tamen cujus hominis? quotus enim quisque formosus est? Athenis cum essem*, è gregibus epheborum *vix singuli reperiebantur. Video quid arriseris; sed tamen ita res se habet. Deinde nobis, qui* concedentibus philosophis anti-

tido moral era preciso que se hubiese llegado, para que un hombre tan decoroso como Ciceron, un pontífice, un padre de la patria, al meditar en la naturaleza de Dios, hubiese creido poder mezclar con sus elevaciones filosóficas tan abyectas revelaciones!

¿Qué sucederia con los demás hombres, particularmente en los tiempos posteriores en que iba siempre creciendo la depravacion de todos sus excesos?

Séneca refiere que en su tiempo despues de la comida, los niños eran víctimas de ultrajes infames [1]; y la ley *Escantinia* creia sin duda ser rigurosa exceptuando de la prostitucion pública á los muchachos de *familias distinguidas*. En el diálogo *de los Amores* atribuido á Luciano, pone el autor en escena dos personajes que discurren sobre esta abominacion, y entre otros argumentos aducidos en su apoyo se lee este: «¿Decís que los leones no tienen comercio con los leo-«nes?... esto es porque los leones no saben FILOSOFAR [2].» Hé aquí

quis, adolescentulis delectamur, *etiam vitia sæpe jucunda sunt. Nævus in articulo pueri delectat Alcæum. (De natura Deor.*, lib. XXVIII).

Leyendo atentamente á Ciceron, sobre cuya memoria no quisiera yo hacer pesar imputaciones tan afrentosas, aunque fuese en ventaja de mi propósito, he notado que no quiere tomar parte en nombre propio en la discusion-diáloga de su *Tratado de la naturaleza de los Dioses*. Pone solamente tres interlocutores: Velleyo, filósofo *epicúreo;* Cotta, filósofo *académico*, y Balbo, filósofo *estóico*. Hubiera deseado, hasta por el decoro del mismo Ciceron, que la iniciativa de esta cuestion la hubiese puesto en boca del epicúreo Velleyo, para que hubiese sido un cuadro de costumbres que correspondiera al personaje sin redundar en perjuicio de Ciceron. Pero no, el autor reservó todos los papeles para los dos personajes restantes, y escogió precisamente á aquel que podia representar mejor la persona de Ciceron, para que entablase la conversacion; es decir, á Cotta, *académico* como él, *pontífice* como él, y cási él mismo, cubierto con el velo del pseudónimo. Con todo, para ser verdadero hasta el fin en un punto tan delicado, debo decir que la obra acaba por estas palabras: «Tal fue el término de esta «conversacion: nos retiramos por estas palabras; Velleyo creyendo que Cotta te-«nia razon, y YO que las probabilidades estaban de la parte de Balbo.» Pero esta conclusion, como observa el èditor Víctor Leclerc, no resulta de la obra, y la refutacion de *Cotta* que le pone fin, nos impide juzgar; y además *parece que Ciceron quiso ceder la ventaja al académico Cotta en esta importante discusion.* Calculándolo todo, queda bastante empañado el honor de Ciceron, y es seguro que con sus costumbres paganas quedaria bien admirado de los escrúpulos de nuestro juicio, estando, como estaba, en seguridad de conciencia con *su permiso de los antiguos filósofos.*

[1] *Transeo puerorum infelicium* greges, *quos post transacta convivia aliæ cubiculi contumeliæ expectant.* (Seneca, *Epist.* XCV).

[2] *Non amant sese leones, nec enim philosophantur.* (Lucian., *Amores*).

un dardo satírico bien disparado. Hé aquí, en efecto, el arreglo que la filosofía habia introducido en el mundo.

La práctica de este gusto *filosófico* habia llegado á hacerse tan universal en aquel tiempo, que llegaba á mirársela como una virtud, y adquirido una especie de prescripcion contra la misma naturaleza. «En las ciudades de la Grecia, ha dicho Montesquieu, el amor no «tenia sino una forma *que uno no se atreve á nombrar* [1].» Y Plutarco en su *Tratado del amor*, en el que se extiende tanto sobre este asqueroso asunto: «En lo que toca, dice, al verdadero amor, no «tienen en él las mujeres ninguna parte [2].»

Semejante crímen tenia para la sociedad dos resultados disolventes, que eran el desprecio de la mujer y del niño. Todo el órden de la naturaleza estaba invertido. Los sexos destinados á estar juntos, se abandonaban: las edades llamadas á respetarse, se marchitaban mútuamente: se llegó hasta el extremo de que la ley tuvo que intervenir para reemplazar por medio de la fuerza el atractivo que la naturaleza ha unido á nuestra reproduccion; y la sociedad, amenazada de atajarse y disolverse, se vió obligada á dar decretos contra el celibato.

Aquí llegamos á tocar el fondo del abismo del mal: detengámonos un momento á observar este abismo, y verémos salir de él prodigios de ignominia.

Las leyes *Julia de maritandis ordinibus* et *Papia Popæa*, publicadas por Augusto contra el celibato, tuvieron por objeto trocar el vicio de que acabamos de hablar en otro vicio no menos pronunciado; pero menos perjudicial al mantenimiento de la sociedad. Humanamente hablando, no se podia exigir mas, atendido el estado de putridez á que el mundo pagano habia llegado. Se procuró atraer los hombres al matrimonio por medio de la avaricia. Los celibatarios fueron declarados inhábiles para adquirir nada de cuanto se les legare, y aunque semejante medida hizo que muchos se decidiesen á casarse, no se llenaba todavía con esto el designio del legislador; era preciso obligarlos á ser padres. Decretóse, pues, que los que siendo casados no tuvieran hijos, no adquiririan mas que la mitad de lo que les legasen, adjudicando lo restante, *caducum*, á los que tuviesen sucesion. Además, ambos esposos podian hacerse regalos mas ó menos considerables, segun que tuviesen hijos ó no; de manera que se celebraban los matrimo-

[1] *Esp. des lois*, lib. VII, cap. 9.
[2] Obras morales, *Tratado del Amor*.

nios y se tenian hijos, dice Plutarco, no para tener herederos, sino herencias, y el fuego de la codicia habia reemplazado al fuego del amor:

Inde faces ardent; veniunt à dote sagittæ [1].

Pero estos remedios fueron ineficaces para curar de raíz el mal, y lo mas que se consiguió fue desarrollar á su vez el adulterio. Leed, si teneis valor para ello, á Juvenal, á quien se acusa de exageracion por haber pintado esos originales en sus verdaderos colores, y cuya conciencia parece quiso el cielo preservar siempre vírgen, para salvar en ella el honor de la humanidad en aquel general naufragio [2]. «¿Qué «estima haces tú de mi sacrificio? le hace decir á un amigo adúltero «al marido: ¿no te acuerdas ya de tus instancias y promesas? Con «frecuencia he contenido á tu mitad; pues de lo contrario hubiera roto «ya tu himeneo, y hubiera contraido otro... ¿De qué te quejas, pues, «ingrato? Ya eres padre, ya puedes disfrutar del *jura parentis*... y «todo me lo debes á mí, que te he habilitado para ser instituido he«redero, para coger los legados y los dulces emolumentos de los ca«ducos, *et dulce caducum*. Y si llego á dar tres hijos á tu casa, ¿no «calculas las ventajas que esto te reportará además de las que dis«frutas ya ahora [3]?»

¡Qué costumbres! ¡qué sociedad! exclama aquí Mr. Troplong.

Mientras el honor del matrimonio se hallaba de esta manera entregado á los *sacrificios* del adulterio, el esposo mantenia á su vez otras relaciones, y contrataba nuevas nupcias, en cuya celebracion nada absolutamente faltaba: toga, velo, juramentos, antorchas; nada absolutamente faltaba, repito, excepto la esposa.

En tiempo de Juvenal el público no tomaba todavía parte en la ceremonia, ni habia registros donde escribir el auto de las solemnidades; pero «si vivimos algo mas, exclamaba el gran satírico, verémos

[1] *Sátira* VI.

[2] «¡Oh Marte, protector de nuestra ciudad! exclama en un transporte de san«ta indignacion, ¿qué funesto genio encendió ese fuego criminal en los cora«zones de los pastores latinos? ¿Quién sopló esos detestables ardores en el seno «de tus hijos? ¡Dios de la guerra! ¿por qué permaneces indiferente? ¿Por qué «no arrojas tu lanza contra esta indigna region, ó no imploras, para castigarla, «el rayo de tu padre? Salte, pues, de ese campo formidable, que te fue consa«grado, y que tú desprecias. (*Sátira* II). Efectivamente habia llegado la hora en que la justicia divina iba á castigar, pero la tierra hasta era indigna del castigo: para semejante expiacion se necesitaba otra víctima.

[3] Juvenal, *Sátira* IX.

«como estas execrables uniones se forman en público y se legitiman « por la autoridad [1].»

Pocos años habian pasado sobre la tumba del poeta, cuando su profecía se realizó, y oleadas siempre crecientes de las inmundas costumbres habian alcanzado y hasta traspasado aquella *ardiente hipérbole.*

Un hombre grave, un sacerdote, Salviano, llamado el Jeremías del siglo V, describe de este modo la horrible torpeza de que vamos hablando, y de la cual habia sido espectador: *Viri in semetipsis fœminas profitebantur, et hoc sine pudoris umbraculo, sine ullo verecundiæ amictu; ac sic, quasi parum piaculi esset, si malo illo malorum tantum inquinarentur auctores,* PER PUBLICAM SCELERIS PROFESSIONEM FIEBAT ETIAM SCELUS INTEGRÆ CIVITATIS; *videbat quippe hoc universa urbs et patiebatur: videbant* judices, et acquiescebant: POPULUS VIDEBAT, ET APPLAUDEBAT: *ac sic diffuso per totam urbem dedecoris scelerisque consortio, et si hoc commune omnibus non faciebat actus, commune omnibus faciebat assensus* [2].

¿Estaba colmada la medida del mal? ¡Ah! despues de esto ¿qué podríamos decir del desconcierto enorme que se habia introducido en el resto de las costumbres paganas, del lujo en las habitaciones y del refinamiento y monstruosidad en las comidas? Es necesario abandonar la empresa de pintar un sensualismo semejante; es necesario desesperar de ser creido. Si alguna vez nuestra imaginacion se traslada á esos tiempos del viejo paganismo, si nos detenemos en él, si evocamos sus sombras y respiramos sus costumbres, experimenta nuestra alma como una sofocacion espantosa; ¡ tan oprimida se siente por los sentidos! tan densas son las tinieblas morales que la cercan! tan trastornada observa la naturaleza! ¡al hombre tan degenerado! y á Dios tan desconocido! Habiendo sido totalmente borradas por la filosofía y el politeismo las nociones tradicionales sobre Dios y el alma, con la unidad de Dios habia desaparecido la fraternidad humana, con los dogmas de la espiritualidad y de la inmortalidad del alma habia desaparecido la vocacion de la humanidad al reino de la inteligencia, y la degradacion de la inteligencia habia traido consigo la desorganizacion de la carne y la disolucion de la sociedad material de los hombres. Impregnados como estamos ahora, sin notarlo y á pesar nuestro, de las luces y virtudes del Cristianismo, podemos muy difícilmente

[1] Juvenal, *Sátira* II.
[2] Salv. lib. VII, *De gubernat. Dei,* num. 18.

formarnos una idea de lo que era el mundo cuando esta Religion aun no habia parecido, y cuando se habian acumulado sobre la especie humana cuarenta siglos de supersticion y de toda clase de anarquía: era el cáos privado del soplo de Dios [1].

Y como si todo debiera concurrir á consumar la muerte del género humano, de un lado se encontraba este, por la primera vez despues de su dispersion, reunido en un solo cuerpo bajo la dominacion romana, cuya corrupcion, como una úlcera inficionada, se propagaba por todas las demás regiones como una espantosa epidemia, y de otro, las oleadas de los bárbaros que, asomando ya por todas partes como fieras que esperan que se les abra la arena, iban á arrojarse sobre el mundo y á despedazarse disputándoselo, sin que ningun elemento civilizador, ninguna mano suprema pudiese interponerse como mediadora á la destruccion, para arrancar los vencidos á la victoria, y los mismos vencedores á su propia ferocidad.

Fallad ahora: —¿Quién podia salvar al mundo en un estado semejante?

Este es un problema que todo hombre pensativo debe proponerse á sí mismo al estudiar la historia de esa época, al asistir á esa gran descomposicion del mundo pagano.—Si el Cristianismo, debe decirse, no hubiera aparecido en aquel fatal momento para hacer entrar de nuevo el mundo moral en la senda de sus primitivas leyes, y para contener y suavizar aquellas hordas feroces que lo inundaban: si la barbarie de aquellos pueblos invasores hubiera simplemente venido á encontrarse y reunirse con la barbarie de las sociedades caducas del mundo pagano, ¿qué hubiera resultado?... La imaginacion retrocede á semejante perspectiva. Y cuando, con la historia en la mano, se consideran las fundaciones y creaciones que el espíritu cristiano hizo salir de en medio de aquellas ruinas, y que todas las sociedades actuales, con todo cuanto las constituye, han sido engendradas, educadas y conducidas al punto en que se hallan y hácia el que todavía progresan, por el SOLO soplo de ese divino espíritu, se siente uno forzado á deducir de que sin él no existiríamos, y que en vez de estos veinte siglos de civilizacion y de progreso, hubiera tenido el mundo

[1] El que tenga dificultad en creer que el cuadro de la disolucion del mundo pagano, por mas cargado que parezca, es sin embargo muy inferior á la realidad, no tiene mas que leer á Chateaubriand, ***Estudios históricos,*** y á Mr. Troplong en su bello libro: ***De l'influence du christianisme sur le droit privé des Romains.***

veinte siglos de disolucion y de barbarie, ó tal vez no mas que desiertos y la nada.

¿Qué era menester, pues, para salvar entonces la sociedad del género humano?

Lo que realmente la salvó.

¿Qué faltaba?

Faltaba que se le devolviesen los elementos morales que constituyen siempre su naturaleza, y que á la sazon habia perdido; que se renovasen en el corazon del hombre esas verdades fundamentales que adhieren el hombre á Dios, la razon individual á la razon suprema, para someter y ordenar luego los instintos y apetitos brutales á la razon; finalmente, que se inyectase una nueva sávia de verdad y de vida en el viejo tronco del género humano. La pérdida de todos estos principios habia desordenado al mundo; solo su retorno podia restaurarlo.

Pero ¿de qué manera podian estos principios entrar de nuevo en el corazon del hombre?

Hemos visto que la verdad religiosa, de donde dimanan todos los principios sociales, habia ya reinado originariamente sobre la tierra en toda su pureza. Hemos visto asimismo que jamás habian podido los hombres darse á sí mismos esta vida de su alma, como ni tampoco habian podido darse el alma que es la vida de su cuerpo, y que la adquisicion primitiva de la verdad no habia podido venir mas que de una revelacion. Hemos visto además, que todo el género humano habia vivido mucho tiempo en la fe de esta revelacion, y que habia podido conservar el precioso depósito, ateniéndose á una doctrina que la supone necesariamente: la doctrina de la tradicion. Hemos visto, por último, que á pesar de este medio de conservacion, el género humano habia perdido la verdad, y que cuanto mas se habia ido alejando de su orígen, mas se habia apartado de ella, se habia engolfado mas y mas en las tinieblas de la desmoralizacion, llegando finalmente á un estado de disolucion que podríamos llamar pestilencial. — ¿Cómo pudo reaparecer *de repente* en el alma humana la verdad pura, santa y radiante, destruir todos los groseros errores que se habian apoderado de ella, remontarse hasta el trono de la inteligencia, y someter la naturaleza humana, sustraida á todas sus leyes, á leyes mas austeras y rigurosas todavía?... ¿Cómo pudo conservarse en este estado contra los ataques de toda la sociedad pagana, furiosa por verse arrancar el mal que en sus delirios adoraba, y conservarse todavía en él despues

de veinte siglos de borrascas y rebeliones incesantes?... Por una fuerza interior que posee en sí misma, por la misma fuerza que la habia introducido la primera vez en el espíritu humano y héchola visible; en una palabra, por la REVELACION.

Me parece que esta conclusion es incontestable. Sin embargo, quizás su misma importancia hará titubear á algunos espíritus á abrazarla sobre la fe de un primer exámen. Por mas poderosas y decisivas que sean, pues, las razones que acaban de conducirnos á ella, pongámoslas otra vez en el crisol, usemos de todos nuestros derechos respecto de una verdad, cuyo resultado debe ser sujetar nuestra inteligencia á la fe, y para que esta sea racional, no nos rindamos hasta que hallemos la entera evidencia de la divinidad de sus motivos.

La sana filosofía ha proclamado ya, por boca de sus sábios, la impotencia de la razon humana aislada en sí misma, para formarse ideas fijas y convincentes de Dios, del alma, de su inmortalidad y de sus mútuas relaciones; relaciones que son no obstante el fundamento necesario de todas las sociedades humanas, que deben por consiguiente existir en el fondo de las cosas, y que el hombre debe conocer y practicar. Platon, Sócrates, Ciceron, Confucio, y en nuestros tiempos modernos cuantos han sido verdaderamente filósofos: Montaigne, Pascal, Bayle y otros, han confesado que solo una enseñanza divina, una revelacion podia sostener y dirigir al hombre por este sendero. La última palabra de Ciceron, el mas digno representante de la filosofía antigua, su última palabra, digo, sobre la gran verdad de Dios, y por la cual termina su tratado, es VEROSIMILITUD. «¡La verosimi-«litud! dice con este motivo Víctor Leclerc; hé aquí todo lo que es «permitido á las luces puramente humanas. El mismo Platon, cuyo «genio religioso es el que mas se aproximó á las verdades cristianas, «pedia una *revelacion divina* que viniese á socorrer su ignorancia [1].» La verdad tan importante de la inmortalidad del alma no era ménos problemática á los ojos de los mas grandes filósofos de la antigüedad [2].

[1] Obras de Ciceron publicadas por Víctor Leclerc. Nota sobre el tratado *De la naturaleza de los Dioses*, in fine.

[2] Despues de la exposicion de la inmortalidad del alma, Sócrates, en el *Gorgias*, dice á su interlocutor: «Sin duda consideras estas relaciones como cuen-«tos de una vieja chocha, y las desprecias. Yo las despreciaria tambien si en «mis investigaciones hubiese encontrado algo mas saludable ó mas cierto.» Ciceron termina su tratado *De la vejez* por un pasaje encantador acerca de la inmortalidad del alma, y en seguida añade: «Si me equivoco creyendo en la in-

Gibbon, cuyo talento, como sabemos, tiene tan pocas simpatías por la revelacion cristiana, despues de haber consignado este hecho, deduce de él la siguiente consecuencia: «Supuesto que la filosofía, á «pesar de los mas sublimes esfuerzos, no pudo conseguir otra cosa «que indicar débilmente el deseo, la esperanza, y á lo mas la proba-«bilidad de una vida futura, solo pertenece á la revelacion divina afir-«mar la existencia y presentarnos el estado de ese país invisible des-«tinado á recibir las almas de los hombres despues de haberse sepa-«rado del cuerpo [1].» En fin, el cáos de extravagancias y de errores que el racionalismo esparció por el mundo desde que quiso sustituirse á la tradicion, manifestó experimentalmente la impotencia natural de la razon en estas materias. Ya Sócrates y Platon, al ver que se rompia el hilo de esta tradicion, se esforzaban constantemente en reanudarlo, y haciéndoseles cada vez mas difícil el conseguirlo, imploraban una segunda revelacion como el único medio de devolver al mundo la verdad, y escribian estas notables palabras, á las cuales alude Víctor Leclerc: — «Sin embargo, es preciso que sobre estos restos de ver-«dad que nos quedan, pasemos como sobre una frágil barquilla este «mar tempestuoso de la vida, á menos que se nos proporcione un «medio mas seguro, como por ejemplo, *alguna promesa divina, al-«guna* REVELACION, *que será para nosotros un navío que no temerá nun-«ca las tempestades* [2].» — Y en otra parte: — «Debemos esperar que «vendrá alguno á enseñarnos cómo nos hemos de portar respecto á «los dioses y á los hombres. SOLO UN DIOS PUEDE ILUSTRARNOS [3].» — Palabras que en semejantes labios son la mas alta expresion del desaliento de la inteligencia humana á la vista de su debilidad y de su impotencia para reconstruir el edificio religioso.

Ahora preguntamos: lo que en tiempo de Sócrates y Platon le era al hombre imposible sin una nueva emision del espíritu de verdad,

«mortalidad del alma, me equivoco muy agradablemente, y de ningun modo «quiero que nadie me desvanezca un error que hace el encanto de mi vida.» Entre los filósofos de la antigüedad que mas se han acercado á la verdad, se halla en todas partes un fondo de escepticismo que á uno le desespera, y como un peso que se halla en lo mas elevado de sus transportes, que les hace titubear y abandonar la presa.

[1] Gibbon, *Historia de la decadencia del imperio romano*, t. XIII, pág. 42, traduccion de Mr. Guizot. Léase la página que antecede.

[2] Platon, *in Phæd.*

[3] Platon, *Apol. Socratis.* — Véase tambien Alcibíades, *Dial.* II. — El Epinomis y las Cartas.

¿pudo habérsele hecho fácil despues? ¿Pudo el hombre haberse hecho mas apto para conocer la verdad primitiva despues que su corazon se depravó mucho mas, y que su inteligencia cayó en mayor laberinto de errores? ¿Se dió acaso á sí mismo una naturaleza mas intuitiva que la que poseia en el estado de inocencia? ¿Pudo el género humano subir de golpe la pendiente de desórden en que se hallaba lanzado? Es menester renunciar al buen sentido para ni siquiera imaginarlo: y con efecto, vemos que mas tarde Ciceron proclama la postracion siempre mas invencible del género humano bajo el peso de la supersticion, *que nos persigue y asedia*, dice, *por cualquier lado que volvamos la vista, y que derramada entre todos los pueblos tiraniza la debilidad humana; de manera que creeríamos prestar un gran servicio á nosotros mismos y á los demás si se la desarraigase conservando la religion.* El medio de purificar y conservar la religion era, segun Ciceron y como hemos visto ya, volver por la tradicion al tiempo de los antepasados, á la enseñanza divina, es decir, á la revelacion primitiva. Pero la dificultad de semejante retorno era mayor aun en el tiempo de Ciceron que en el de Sócrates y Platon: el peso de la supersticion habia ido aumentando; las sendas de la antigua tradicion se habian obstruido y cerrado, y por consiguiente la violenta caida del género humano en toda especie de desconciertos no hizo mas que añadir el ateismo especulativo de las clases elevadas á la supersticion mas inveterada de las masas, y los arrebatos del mas desenfrenado sensualismo á la flaqueza ya tan extraordinaria de la razon.

Estudiando detenidamente la sociedad pagana en esa época, notamos en ella una transformacion que se rebela contra la hipótesis, ya tan quimérica, de que el género humano pudiera volverse á dar á sí mismo las antiguas verdades que habia perdido.

El hecho es, que en tiempo de Ciceron el politeismo se estaba hundiendo bajo su propio peso. Minado sordamente por el racionalismo, habia perdido todo su prestigio y aplomo sobre los espíritus. Sus fábulas mitológicas eran objeto de burla y escarnio; sacudíase abiertamente el yugo de su teogonía, y los filósofos mas circunspectos, al par de los mas osados criminales, Catilina y Ciceron, estaban acordes en mirar con desprecio á *los dioses* en la acepcion mitológica de esta palabra. No obstante, pretender descubrir en este movimiento una disposicion de retorno á las antiguas y simples verdades de la religion natural seria una grandísima equivocacion; era, al contrario,

un paso mas y una nueva caida en el error. En sus primeras tentativas, el racionalismo habia ejercido desde luego su accion disolvente sobre la religion natural, y la habia entregado á las pasiones humanas, que la adulteraron y transformaron segun sus caprichos é intereses. De un solo Dios se hicieron muchos dioses; pero en el cáos mitológico que de esto resultó, por mas ridículas, absurdas y sacrílegas que fuesen las fábulas del politeismo, subsistia siempre en su fondo alguna cosa religiosa. Envolvia la idea de la Divinidad dilatada, disfrazada, envilecida si se quiere, pero no estaba del todo borrado su sentimiento; descollaba todavía un poco, y penetraba por entre los extravíos del espíritu hasta el interior de muchos corazones. Los importantes dogmas de una justicia divina, de una vida futura y de una alternativa de castigo ó recompensa sobrenadaban todavía, aunque groseramente desfigurados, y servian de freno y contrapeso á los postreros excesos del humano corazon. En los primeros tiempos tenia el politeismo algo de grave, de severo y hasta de santo en cierto modo, que era como un resto de calor de la religion natural. Pero mas tarde perdió enteramente sus primitivos caractéres, y obedeciendo á la ley de su orígen, aquel culto corrompido se corrompió mas y mas, y llegó á ser el amigo y como el medianero de todos los desórdenes. Entonces el racionalismo, que constantemente iba siguiendo su marcha agresiva, atacó de frente todas las religiones, porque en su concepto la religion se habia hecho infame, y ya no subsistió mas. Sus laboriosos conatos dieron por resultado abrir la sima tenebrosa del ateismo y de la carencia de toda religion. Bajo este respecto, semejante resultado fue la consumacion del mal sobre la tierra. El mundo pasó de la supersticion á la impiedad radical, y llegó por este camino á dar los últimos golpes á la verdad. Así hemos visto á Ciceron insistir igualmente en la doble necesidad de extirpar la supersticion y conservar la religion, defender á esta y atacar á aquella, aunque desdichadamente fueron vanos y estériles sus laudables esfuerzos; porque la supersticion podia desaparecer ó al menos mudar de formas, pero no podia renacer la religion, y como decia Plutarco: *Huyendo de la supersticion iba el hombre á caer y precipitarse en la ruda y escabrosa impiedad del ateismo, saltando por encima de la Religion verdadera, que está colocada entre las dos.* Y esto sucedia, porque la religion se habia hecho imperceptible é imposible de ser hallada, y aun cuando esto se verificase, habia llegado á ser impotente para detener y reunir los espíritus que andaban extraviados fuera del camino

de la tradicion, primero por los perdidos senderos de la supersticion, y despues en los abismos de la impiedad[1].

Todos los escritores atestiguan esta impiedad, y la confunden con la horrible depravacion de costumbres en que cayeron los romanos en tiempo de los primeros Césares. Antes de esta época ya habia Lucrecio poetizado el ateismo y el materialismo, lo cual supone que estas doctrinas circulaban entonces por la sociedad; el mismo César las habia adoptado paladinamente en pleno senado, y solo se levantara Caton para protestar contra ellas en nombre de las antiguas costumbres[2]. Pero muy luego las doctrinas de Lucrecio y de César llegaron á ser la única ciencia del vulgo, y refiere Juvenal, que de su tiempo ni los niños creian ya en los infiernos[3]. El historiador Filon, que vivió en el reinado de Calígula, se lamenta de que el mundo se hallaba á la sazon poblado de ateos[4]. El mismo Séneca dice, en el *Consuelo á Marcia*, «que los muertos no sienten dolor alguno, y que son fá«bula esos terrores del infierno: la muerte, añade, es el desenlace «de todo y el término de los dolores, y nuestros males no pasan mas «allá.» Pero ¿no es este el mismo filósofo que en una tragedia habia puesto en escena aquellas palabras tan aplaudidas por la Roma de Claudio y de Neron: — *Post mortem nihil, ipsaque mors nihil*[5]? — ¿No fue Ciceron el que en un acto solemne, en una causa llevada al tribunal de los magistrados del pueblo, en la defensa del jóven Cluencio, sacrificó al espíritu público, calificando de fábula y absurdo la creencia de los dolores de otra vida, y aduciendo como argumento en favor de su doctrina la opinion general de aquel tiempo? ¡ Tan

1 El mismo Plutarco se entregaba á la supersticion como un niño. Así nos refiere que iba á ofrecer sacrificios al *Amor* sobre el monte Helicon, y que en su vejez, siendo todavía sacerdote de Apolo, dirigia las danzas en torno del altar del dios.

2 Salust. *in Catilina*.

3
Esse aliquos manes, et subterranea regna
Nec pueri credunt...

Era digno del alma grande de Juvenal añadir en seguida:

SED TU VERA PUTA. (*Sátira* II).

4 Philo. *Allegor. legis*, lib. III.

5 «Se preguntará tal vez, dice Mr. Villemain: ¿cómo puede conciliarse esta «doctrina con tantos otros pasajes de Séneca, en que el alma virtuosa se halla «representada como una porcion de Dios, como un Dios? — Por una contradic«cion que con frecuencia acontece.» (*Del politeismo*, nota).

vana es la mejor filosofía[1]! Finalmente, el mismo Ciceron nos ha dicho, que filosofía y ateismo habian llegado á ser sinónimos[2]. Hé aquí á dónde conducia la supersticion y el empeño por separarse de ella.

Pero hay mas aun: se caia en el ateismo sin dejar la supersticion. Se hacia uso de esta para excitarse al crímen, y de aquel para librarse de los remordimientos. Se blasfemaba de Júpiter en la escena, y se divinizaba á Claudio en el Senado. Venian nuevas supersticiones á ocupar en seguida el lugar que habian dejado las antiguas: porque nunca hay vacante en el alma humana para la creencia en lo sobrenatural, y el ateismo no arranca la fe sino para ceder á la credulidad su puesto. La astrología y la brujería estaban entonces en moda, y se enriquecian con las pérdidas del Paganismo. Voy á hacer hablar por mí á un ingenio cuyo nombre revela la idea de la sagacidad, de la precision y de una feliz concordia entre la elocuencia, la filosofía y el saber. «No pueden leerse los escritores de aquella época, observa «Mr. Villemain, ni estudiar su lenguaje, que contiene cási siempre «un pensamiento histórico, sin ver con sorpresa la continuacion de «las supersticiones humanas despues de las obras de Ciceron y de Lu«crecio. En toda la historia de los Césares no se encuentran por to«das partes mas que presagios, predicciones astrológicas, sucesos «maravillosos é invocaciones mágicas. Lo poco que restaba del culto «antiguo se hallaba manchado por la corrupcion de las públicas cos«tumbres, y la devocion era tan impía en sus votos como absurda en «su objeto. Seguramente no es despreciable para el observador la «conformidad de tantos escritores de esa época, que pintan con igua«les colores las súplicas impuras que desde los templos se dirigian «al cielo, y las ofrendas que se hacian á los dioses en demanda de «cosas infames. — Destruido de esta manera el culto romano en lo que «antes habia tenido de patriótico, no conservaba ya mas que lo que «habia en él de corruptor: religion inmoral y mercenaria, impiedad «maligna, credulidad sin culto y fomentando las mas extravagantes

[1] *Quæ si falsa sunt, id quod omnes intelligunt*, etc. (*Pro Cluent.*, LXI). La anterior reflexion de Mr. Villemain puede aplicarse del mismo modo á Ciceron, á menos que se diga que en aquella circunstancia Ciceron era *el hombre de su causa*. Pero en tal caso es preciso convenir en que su filosofía era muy especulativa, ó que realizaba muy poco en su persona el tipo del abogado que él mismo habia trazado: *Vir probus dicendi peritus*.

[2] *Eos qui philosophiæ dant operam non arbitrari deos esse.* (*De invent.*, lib. I, cap. 29).

«imposturas, peligrosas cási siempre para la patria, confusion de to-
«das las regiones y de todos los vicios en aquel vasto cáos de Roma,
«degradacion de los hombres por la esclavitud, el hábito de la hu-
«millacion y la ociosidad: hé aquí en lo que habia venido á parar
«el politeismo romano [1].»

Creo, pues, haber adquirido justo derecho para decir que jamás estuvo el mundo mas incapacitado que en esa época, para restablecer entre los hombres la verdad religiosa; que jamás se vió mas completamente privado de ella, y que, sin embargo, jamás la necesidad de esa verdad-madre se manifestó por una disolucion mas espantosa. El género humano se estaba muriendo. Del corrompido politeismo en que se iba hundiendo hacia treinta siglos, le era mas que nunca imposible levantarse hasta la religion primitiva: cada dia se iba abismando mas y mas.

Y no obstante, en aquel mismo período se halla el género humano transportado de repente como por un brazo todopoderoso á la cumbre de la mas pura verdad y de la mas alta perfeccion moral. En un momento se disipan las tinieblas de todas las supersticiones; el astro de la religion primitiva, eclipsado hacia tres mil años, vuelve á aparecer en el horizonte, arroja sobre la tierra, que despierta sobresaltada, las mas luminosas y puras nociones acerca de la unidad, la santidad, la bondad, la justicia y la soberanía infinita de Dios; acerca de la espiritualidad, la inmortalidad y la perfectibilidad indefinida del alma; acerca de la fraternidad, la caridad, la libertad y la dignidad humanas; y penetra é introduce en este mundo todas las virtudes, todos los deberes, todo el heroismo de desinterés y de sacrificio, hasta cambiarlo enteramente en otro mundo nuevo, que poco á poco va separándose de los elementos desorganizadores que se le habian unido, y se lanza animosamente en los senderos de la civilizacion, por los cuales está marchando hace ya diez y ocho siglos.

Quiero ahora preguntar á la razon mas exigente, en nombre de la misma evidencia, ¿quién podia obrar tan gran prodigio? En una ocasion en que habia en el mundo, no solo privacion completa de la verdad religiosa, sino obstáculos infinitos que se le oponian, ¿quién pudo devolver la verdad á la tierra sino el mismo que se la dió la vez primera? ¿De dónde pudo venirle la lumbre y la fuerza de esta verdad que con tanto brillo y espontaneidad demostró, sino de sí misma, de aquel que es su eterna fuente y que dijo de sí á la razon, *que*

[1] *Del politeismo.* Misceláneas, edicion en 18.°, t. XI, pág. 52.

habia desplegado la fuerza de su brazo[1]? ¡Qué! el espíritu humano no habia podido darse al principio la verdad y conservarla luego, ¿y se la hubiera vuelto á dar de repente mas completa que nunca despues de haberla totalmente perdido? — ¿Habria sido impotente por espacio de treinta siglos para preservarse de una disolucion siempre creciente, y se hubiera súbitamente resucitado y héchose capaz de dirigirse á sí mismo? — ¿Habria tal vez la muerte engendrado naturalmente la vida? ¿Habria la corrupcion hecho germinar la santidad, y las tinieblas habrian producido la luz? — ¡Cuántos contrasentidos! ¡En qué credulidad se ve uno precisado á caer cuando desecha una fe racional!...

Montaigne, despues de haber citado estas palabras de Séneca: *¡Qué cosa tan vil y abyecta es el hombre, si no se eleva sobre la humanidad!* exclama: «Hé aquí una expresion admirable y un útil deseo, pero «igualmente absurdos los dos; porque si es imposible y monstruoso «querer abarcar con la mano mas de lo que permite el puño, abra«zar cosas mas extensas que el brazo, ó saltar otras mayores que la «abertura de las piernas, mas lo es aun que el hombre pretenda ha«cerse superior á sí mismo y á la humanidad, supuesto que no pue«de ver sino con sus ojos ni apoderarse mas que de lo que está á su «alcance. El hombre se elevará si Dios le da *extraordinariamente* la «mano, si abandona y renuncia á sus propios medios, y se deja ayu«dar y conducir por medios puramente celestiales. Solo nuestra fe «cristiana, y no la *virtud estóica* de los hombres, puede aspirar á es«ta divina y milagrosa metamórfosis[2].»

Estas palabras, tan conformes con el sentido comun, resumen perfectamente todo cuanto hemos querido asentar en estos dos últimos capítulos, y se aplican en toda la extension de su significado, particularmente al último punto á que hemos llegado. Para el hombre que quiera aconsejarse de una razon ilustrada y concienzuda, la metamórfosis del género humano por el Cristianismo será siempre un HECHO DIVINO. Buscar su principio y su agente en las fuerzas naturales de la humanidad, considerada, sobre todo, tal como se hallaba cuando se apoderó de ella esta gran renovacion, es verdaderamente, como dice Montaigne, querer *abrazar mas de lo que los brazos permiten*; es decir, que es IMPOSIBLE Y MONSTRUOSO[3].

[1] *Fecit potentiam in brachio suo.* (Cántico *Magnificat*, vers. 6).
[2] *Essais*, lib. II, cap. 12.
[3] Debemos añadir la confesion de Voltaire á las varias que hemos reunido

APÉNDICE.

Vamos á completar la exposicion de tan importante asunto satisfaciendo, antes de concluir, la necesidad que sentimos de contestar de una manera explícita á la objecion de que se apoderan con entusiasmo algunos espíritus superficiales para escapar á la verdad de una revelacion que por todas partes los estrecha, objecion que ha podido suscitar el pasaje de Montaigne que acabamos de citar.

Se han esforzado en encontrar el gérmen del Cristianismo en el estoicismo que apareció en tiempo de los Emperadores, pretendiendo que la religion de Jesucristo no ha sido mas que un desarrollo ó transformacion de aquella secta.

En la segunda parte se nos ofrecerá ocasion de confrontar el Cristianismo con el estoicismo y todas las doctrinas filosóficas de la antigüedad, y de hacer ver hasta la evidencia que hay una distancia inmensa entre estas y aquel, y que los puntos en que parece tener mas contacto son precisamente aquellos en que mas se diferencian.

Entre tanto podria limitarme á decir con Mr. Villemain que una «influencia pasajera no puede compararse con un principio siempre «activo, ni el gobierno virtuoso de algunos hombres con esa gran«de emancipacion del género humano, que ya se proponia el Cris«tianismo al nacer [1].»

en el curso de este *Estudio*. Voltaire, á pesar de la rabia satánica que le agitaba contra el Cristianismo, tenia unos como intervalos lúcidos de sensatez y de sinceridad. Y aun es cosa digna de notarse, que esta sensatez no le ha faltado cási nunca cuando se ha tratado de juzgar al mundo antiguo y compararle con el Cristianismo. Nunca se ha hecho ilusiones sobre la debilidad humana y la necesidad que tenemos de un socorro divino, llegando á confesar con frecuencia esta verdad en perjuicio de su mala causa. Así es como en muchos pasajes de sus obras, particularmente en el *Sofronismo y Adelos*, en el poema sobre el *Desastre de Lisboa*, en las notas, y en *Un cristiano contra seis judíos*, hace resaltar de una manera muy notable todo lo que hay de incierto é incoherente en los escritos de Ciceron y de los otros filósofos de la antigüedad con respecto á las grandes y necesarias verdades de Dios y de la inmortalidad del alma; sacando de ello esta conclusion, que hemos recogido ya de la pluma de Gibbon, y de la boca de aquellos mismos filósofos: — ES POR CONSIGUIENTE MUY CIERTO Y MUY DEMOSTRADO QUE NOS ERA INDISPENSABLE LA REVELACION, PARA QUE NOS INSTRUYESE SOBRE UN SUJETO TAN IMPORTANTE. NO NOS BASTABA UN SÓCRATES NI UN PLATON, SINO QUE NECESITÁBAMOS UN MAESTRO QUE FUESE ALGO MAS QUE ELLOS. (Voltaire, *Un cristiano contra seis judíos*).

1 *De la filosofía estóica y del Cristianismo*. Misceláneas, t. II, pág. 110.

Mas no puedo contentarme con semejante respuesta : esa misma pasajera influencia del estoicismo, y esa pretendida virtud estóica de algunos hombres, que se hizo notar desde Neron hasta los Antoninos, pertenecia al Cristianismo y procedia de él.

Me explicaré.

El estoicismo de que se trata no era el de Zenon sino el de Séneca y de Epicteto, y sobre todo, el de Marco Aurelio y de Antonino Pio. Pues bien, el Cristianismo habia aparecido en el mundo antes de Séneca y de Epicteto. Séneca vivió en el reinado de Neron, en cuyos últimos años nació Epicteto, es decir, cuando el Cristianismo derramaba las luces de su enseñanza por todo el universo, cuando Roma estaba ya regada con la sangre de los Mártires. El hecho es incontestable. Las Epístolas de los Apóstoles, y en particular las de san Pablo, se leian ya en las asambleas de los fieles, en todos los puntos del mundo civilizado ; y el heroismo con que se justificaban y morian los cristianos en la capital del Imperio debia necesariamente hacer penetrar algunos rayos de su doctrina hasta en el alma de sus antagonistas y verdugos. Tácito, al hacerse cargo de la crueldad empleada por Neron contra los cristianos, refiere que ya entonces formaban estos en Roma una multitud muy grande, *ingens multitudo* [1]; y dice además, que antes de esa época se habia ya procurado reprimir la *perniciosa supersticion* que se desbordaba de nuevo como un torrente: *Repressa in præsens exitiabilis superstitio rursus erumpebat* [2]. De aquí podemos deducir por cuántas ramificaciones habia ya podido el Cristianismo penetrar en los espíritus observadores, y sin cambiarlos enteramente, dispertar en ellos las verdades de la religion natural, cuya luz habia venido á encender de nuevo. Antes que una doctrina tan eficaz y reformadora como la del Cristianismo hubiese podido obrar la metamórfosis del mundo, debieron efectuarse, además de algunas conversiones públicas y ruidosas, notables modificaciones y gradaciones infinitas en las luces arrojadas secretamente por él en el alma de los que permanecian paganos en la apariencia, y quizás se mostraban perseguidores. Es imposible que no hubiera sucedido así. Por otra parte, los puntos de contacto eran ya tan notorios, y tan expeditas y rápidas las comunicaciones, que un sábio ha podido sostener, con bastante fundamento, que Epicteto habia sido iniciado en la doctrina cristiana por su maestro Epafrodito. San Pablo habla, en efecto, en su epístola á los romanos, de un Epafrodito, y lo designa entre los pri-

[1] *Anales*, lib. XV, núm. 44. — [2] *Ibidem*.

meros adeptos del Cristianismo en Roma [1]. Por lo tocante á Séneca, es probable que en su calidad de ministro de Neron, debió ver á los cristianos de muy cerca [2].

Pero no son tanto Epitecto y Séneca los que se quiere oponer al Cristianismo como el emperador Marco Aurelio, á quien la malévola filosofía del siglo XVIII ha hecho servir de objecion perpétua contra el Cristianismo. Escritores que estaban muy léjos de imitar y practicar las virtudes de aquel grande hombre, y á quienes él no hubiera querido sin duda reconocer por amigos suyos, se apoderaban de su famoso nombre como de un vestido de teatro, con el cual cubrian y adornaban todo lo que no era cristiano, para luego deducir que ninguna necesidad tenia el mundo del Cristianismo. Felizmente esos libelos filosóficos están reducidos hoy á su justo valor, y se pueden examinar sus argumentos con decencia y sangre fria. Pues bien, es cierto que en la moral de Marco Aurelio hay algo de la moral del Evangelio, y hasta se observa, bajo este punto de vista, un progreso sensible entre Epicteto y él; pero todo se explica por la accion siempre creciente de la luz evangélica en el mundo. Es el crepúsculo que precede á la hermosa claridad del dia. Los hechos vienen aquí en apoyo

[1] *Epist. á los Romanos.*—Parece que el Cristianismo habia penetrado tambien en la casa de Narciso, favorito del Emperador. *Saludad á los de la casa de Narciso,* dice el grande Apóstol.

[2] *El senador:* «¿Creeis acaso en el cristianismo de Séneca ó en su correspondencia epistolar con san Pablo?—*El conde:* No sostendré ninguno de esos dos hechos, pero me parece que ambos tienen una raíz verdadera, y estoy seguro que Séneca vió y oyó á san Pablo como vos me veis y oís en este momento. El Cristianismo, apenas nacido, se arraigó en la capital del mundo; los Apóstoles habian predicado en Roma veinte y cinco años antes del reinado de Neron, san Pedro vivia en ella con Filon; y san Pablo despues de haber predicado año y medio en Corinto y dos en Éfeso, llegó tambien á Roma, donde «*permaneció dos años enteros en la casa que tenia alquilada, y recibia á cuantos venian á verlo, predicando el reino de Dios; y enseñando todas las cosas que son del Señor Jesucristo con toda libertad, sin prohibicion.*» (*Hechos de los Apóstoles, in fine,* el libro mas auténtico que nos ha legado la antigüedad, como dice Mr. Guizot en sus notas á Gibbon). «¿Creeis que un predicador semejante se hubiera podido escapar á la observacion de Séneca? ¿Creeis que habiendo sido san Pablo llevado dos veces al tribunal á causa de la doctrina que enseñaba, de haberse defendido públicamente y haber sido absuelto, todas estas circunstancias no habian de hacer notable su predicacion y su persona? «*Habiendo nosotros nacido, y viviendo en medio de la luz, no sabemos conocer esos efectos que debian hacerse sentir en el hombre que no la habia visto jamás.*» (De Maistre, *Veladas de San Petersburgo*, t. II, pág. 181).

del raciocinio. Marco Aurelio veia todos los dias á los cristianos, tenia cristianos en su palacio, en sus legiones; y atribuyó su victoria contra los marcomanos á la legion Fulminante, compuesta toda de cristianos. Tan pronto los perseguia como les dispensaba decidida proteccion. Su alma, naturalmente elevada, luchaba entre las preocupaciones del paganismo y los resplandores de la nueva verdad [1]. Se sentia mudado sin estar convertido, y guardaba en el fondo de su corazon los rasgos que mas excitaban su simpatía. ¿Podríamos dudar de que así le sucediese, despues de haber leido las bellas apologías que le dirigieron san Justino y Atenágoras, filósofos estóicos convertidos al Cristianismo, y que además debian tener para el Emperador doble mérito, por estar escritas con toda la gracia del estoicismo que sus autores acababan de dejar? Hé aquí el titulo de una de estas apologías: «Embajada de Atenágoras, filósofo cristiano, á los empe-«radores Antonino y Cómodo, vencedores de los armenios y de los «sármatas, y, *lo que vale mucho mas*, filósofos.»—San Justino empieza así su apología: —«Al emperador Tito Elio Antonino, piadoso «y augusto; á su hijo, muy veraz y filósofo; á Lucio, filósofo, hijo «de Lucio por nacimiento y de Antonino por adopcion, príncipe ami-«go de las letras; á la venerable asamblea del Senado y á todo el «pueblo romano; en nombre de los que, entre todos los hombres, «son injustamente odiados y perseguidos, yo uno de ellos, Justino, «hijo de Prisco, presento este discurso y esta súplica.» El discurso es digno de tan noble exordio. «Podeis hacernos morir, dice el ilustre «Mártir, pero os será imposible hacernos mal alguno.» Es preciso convenir en que hay algo de estóico en semejante cristianismo: ¿será, pues, extraño que se les hubiese pegado algo del Cristianismo á aquellos estóicos, á quienes este lenguaje se dirigia? Lo que nos parece imposible es la suposicion contraria, y de ahí seguramente esos rasgos de cristianismo que se vislumbran con tanta frecuencia en los escritos de Marco Aurelio y de los estóicos de su tiempo. Es el Cristianismo naciente y el estoicismo en la agonía. La transformacion en lo que tenia de vital partia del Cristianismo, como la luz que dora por la mañana las cumbres de los montes procede del sol saliente, y no de los astros de la noche que palidecen y se ponen.

[1] Tambien el emperador Alejandro Severo levantó un altar á Jesucristo en lo interior de su palacio, y mandó inscribir en muchas paredes esta máxima del Evangelio cuya novedad admiraba á todos: *No hagas á otro lo que no quieras que él te haga á tí.* (Lamprid., Alex., 26, 28).

Quiero apoyarme todavía en el sólido talento de Mr. Villemain: «Se observa, dice, en el carácter de estos príncipes, Antonino y Mar- «co Aurelio, un progreso *extraño á la verdad estóica*, y que tal vez «deba explicarse por una influencia que ni ellos mismos conocieron... «En medio de la promulgacion imperfecta de la ley cristiana, las vir- «tudes primitivas de esta Religion obraban ya en el mundo; renova- «das y excitadas cada dia por los sacrificios y los sufrimientos, se iban «incesantemente mezclando como una levadura saludable en la masa «de las preocupaciones humanas y de los hábitos crueles que consti- «tuian el fondo de la sociedad comun, y que no siempre desapare- «cian en el carácter de los mas grandes hombres... Así la moral del «Evangelio se veia reflejada en el mundo pagano, por las virtudes «y sufrimientos de sus primeros apóstoles. Lo que, en la ley cristia- «na, tiene relacion con los sentimientos mas íntimos del corazon del «hombre iba adquiriendo una secreta influencia antes que sus dog- «mas hubiesen triunfado en las opiniones idólatras, y el mundo se «fué convirtiendo insensiblemente á la humanidad antes de conver- «tirse á la religion.—*Es imposible no sentirse herido por esta conje- «tura* si se estudia la marcada transformacion que revela el estoi- «cismo en los escritos de Epicteto y de Marco Aurelio, y no me ad- «miro que á su vista hayan creido algunos que esta filosofía habia «podido sacar, de la creencia y la misma práctica del Cristianismo, «virtudes que se parecen muchísimo á las máximas del Evangelio. «Yo no participo de esta opinion. Epicteto no era cristiano, pero el «mundo llevaba el sello del Cristianismo.—De ahí ese principio *tan «nuevo, tan desconocido* en el antiguo estoicismo, esa humildad de «corazon de que habla Epicteto á cada página, y en cuyo nombre «exige todos los sacrificios que el Pórtico habia buscado inútilmente «en la desmedida apreciacion de las fuerzas del alma y en el entu- «siasmo del orgullo. *Es notabilísima esta prodigiosa distancia* entre «Epicteto y Zenon. Una diferencia semejante caracteriza la nueva «filosofía de Marco Aurelio. Recorriendo sus pensamientos, con fre- «cuencia cree uno estar leyendo capítulos sacados de las apologías «de los primeros cristianos. En las márgenes del Tíber, en aquel «palacio de mármol y de oro, levantado por Neron y purificado por «Marco Aurelio, en aquel solitario gabinete en que, léjos de los cor- «tesanos y de los soldados del pretorio, el soberano de cincuenta mi- «llones de hombres meditaba sobre sus deberes, su mano escribia con «frecuencia las mismas máximas, las mismas verdades morales que

«un oscuro cristiano dirigia á sus hermanos desde el fondo de las «minas ó de los calabozos... El título solamente de la apología de «san Justino despierta en el lector esta idea [1].»

Mr. Villemain infiere al fin, como lo hemos hecho nosotros mas arriba, que los hombres eran impotentes para la grande obra que en ellos mismos se obraba. «El mundo romano, continúa, se agitaba «por todas partes, y se iba preparando á una extraordinaria trans-«formacion, para la cual ERAN LOS HOMBRES INSUFICIENTES. En vez «de creer en ella, se esforzaban en comentar sus antiguas fábulas. «Queriendo remozar al paganismo, lo envejecian cada dia mas, y «aumentaban de continuo el cáos de las opiniones sin descubrir en «ninguna parte una creencia que pudiese reanimar el abatido espí-«ritu del hombre y enlazar las naciones entre sí. SOLO EL CRISTIA-«NISMO POSEIA ESTA VIRTUD [2].»

Esta opinion, que fue atacada por la filosofía del sigló XVIII, es abrazada por las autoridades mas graves de nuestros dias, y muy particularmente por Mr. Troplong, que la ha desarrollado con mucha solidez y erudicion, y de cuyas hermosas páginas, que sobre ella nos ha dejado, vamos á dar algunos extractos.

«Todos los que han leido á Séneca con alguna atencion, dice, no «habrán podido menos de observar que tanto en su moral, como en «su filosofía, y aun en su mismo estilo, se descubre un cierto reflejo «de las ideas cristianas, que da un colorido enteramente nuevo á sus «composiciones. Tengo por apócrifa la correspondencia entre él y «san Pablo, que se ha dado á luz, y así no le doy mas importancia «que la que ella se merece; pero sin embargo el pensamiento que ha «sugerido la idea de prestarle un comercio epistolar con el grande «Apóstol, ¿no estriba por ventura en el fundamento de un comercio «de ideas que se descubre en una multitud de puntos de contacto los «mas positivos [3]?» Despues que Mr. Troplong ha indicado varios de

[1] *De la filosofía estóica y del Cristianismo*, pág. 110 y siguientes.

[2] *Del politeismo*, pág. 106.

[3] Las cartas que forman esta correspondencia, se hallan en el Séneca de Panckoucke, t. VII, pág. 555. Su traductor Mr. Cárlos de Rozoir puso á su frente las siguientes reflexiones: «Estas catorce cartas se hallan en todas las anti-«guas ediciones de Séneca, y antiguamente se las miraba como auténticas; pero «basta darles una ojeada para persuadirse que son supuestas, por mas que las «citen por auténticas san Jerónimo y san Agustin, sin manifestar ninguna «duda sobre su autenticidad. Lo que parece positivo es, que desde los prime-«ros tiempos de la Iglesia se ha perpetuado una tradicion, segun la que me-

estos puntos, continúa de esta manera: «Digo, pues, que el Cristia-«nismo habia envuelto á Séneca dentro de su atmósfera, que habia «ensanchado en él los límites de las ideas estóicas, y que por medio de «este tan famoso escritor se habia introducido en la filosofía del Pór-«tico, y sin que ella lo advirtiese, y tal vez á pesar suyo, habia mo-«dificado y purificado tanto su espíritu como su lenguaje. Marco Au-«relio perseguia á los cristianos, y sin embargo en sus hermosas «meditaciones era mas cristiano que él no creia; y el jurisconsulto «Ulpiano, que les hacia crucificar, creyendo hablar la lengua del «estoicismo en varias de sus máximas filosóficas, hablaba la lengua de «los cristianos. Para convencerse de ello basta observar el inmenso «progreso que habian hecho las ideas en una de las mas grandes cues-«tiones del mundo antiguo, cual es la cuestion sobre la esclavitud, «desde los tiempos de Platon y de Aristóteles. Decia Platon: *La ley «declara libre de pena al ciudadano que mata á su esclavo, con tal que «se purifique por medio de expiaciones; pero si sucede que un esclavo «mate á su señor, se le hacen sufrir todos los malos tratos que se tiene «á bien,* CON TAL EMPERO QUE NO SE LE DEJE LA VIDA. (De las Leyes, «lib. IX). Va todavía mas léjos de Aristóteles, si es posible, en su teo-«ría de la esclavitud: *No hay gran diferencia entre los servicios que «un hombre saca del esclavo y los que le proporciona un animal.* LA «MISMA NATURALEZA LO QUIERE, *pues hace de diferente modo los cuerpos*

«diaron algunas relaciones entre Séneca y el apóstol san Pablo. Por mas que «Voltaire y su escuela hayan atacado esta tradicion con la burla y el desprecio, «no se ve ningun motivo para colocarla entre las fábulas, reuniéndose muchas «cirunstancias que le dan algunas probabilidades. A lo menos con ella se ex-«plica la extraña semejanza que han observado los filólogos entre ciertos pa-«sajes de los últimos escritos de Séneca y sendos versos de los *Hechos de los «Apóstoles* y de las *Cartas* de san Pablo. Hemos hecho reparar varios de es-«tos pasajes en las notas, y vamos á presentar otros.» — Mr. Rozoir cita un gran número de ejemplos que son verdaderamente singulares, y luego conti-núa: — «Cuando uno lee á Séneca le choca á cada paso el encontrar sentimientos «cristianos y hasta expresiones de la sagrada Escritura.» «¿Se dirá, pregunta «Mr. Schœll *(Histoire abrégée de la litterature romaine,* t. II, p. 448), que es na-«tural que un hombre de bien, que medita sobre la naturaleza humana y sus re-«laciones con Dios, llegue á descubrir las mismas verdades morales que se nos «anuncian en las santas Escrituras? Pero, si es así ¿por qué nada se halla que «se le parezca en los tratados de moral de Aristóteles, en los diálogos de Pla-«ton, en las cosas memorables de Sócrates por Jenofonte, ni en las obras filosó-«ficas de Ciceron?... Se explica este fenómeno con solo admitir que Séneca co-«noció y trató á los cristianos.» — Y en seguida explica Mr. Schœll como pudo Séneca adoptar algunas ideas cristianas sin abrazar por esto la fe en Jesucristo.

«*de los hombres libres y de los esclavos, dando á estos la fuerza que* «*conviene al destino á que se les emplea, y á aquellos una estatura recta* «*y elevada.* Y en seguida concluye el ilustre filósofo de esta manera: «*Es, pues, evidente que* LOS UNOS SON NATURALMENTE LIBRES, Y LOS «OTROS NATURALMENTE ESCLAVOS, *y que para estos últimos* LA ESCLA-«VITUD NO LES ES MENOS ÚTIL QUE JUSTA. —Esta es la doctrina que «propone Aristóteles sin objecion alguna, doctrina que nada habia «perdido aun de su rigorismo en los tiempos de Ciceron, como pue-«de verse en los lib. II, *de Officiis*, n. 7; y III, *id.*, n. 23. Todo el «mundo sabe con qué fria indiferencia habla el Orador romano del «pretor Domicio, que sin compasion alguna habia hecho crucificar «á un pobre esclavo, por haber muerto con un chuzo á un enorme «jabalí. (*In Verrem*, V, 3). Mas cuando llegamos á los jurisconsul-«tos romanos, que florecieron despues de la era cristiana de Séneca, «cambia sensiblemente el lenguaje de la filosofía legal, que desde «entonces afirma que la esclavitud es *contra la naturaleza*, y nos ase-«gura que *la naturaleza estableció un cierto parentesco entre los hom-«bres*, palabras que el jurisconsulto Florencio tomó prestadas á Sé-«neca que en adelante podemos llamar con los Padres de la primi-«tiva Iglesia, *Seneca noster*. Ulpiano dice: *Por parte del derecho na-«tural todos los hombres son iguales;* y en otra parte: *Por derecho na-«tural todos los hombres nacen libres*, etc.

«Á buen seguro que no procede del acaso este encuentro de la fi-«losofía y del Cristianismo, y seria preciso violentar todas las verosi-«militudes para suponer que son un fruto espontáneo de la primera, «ó un simple progreso de su maturidad, unos principios tan nuevos «para ella... No pudo la filosofía dejar de sentir la influencia del «Cristianismo, que se empapaba en la sociedad por todos sus poros, «no; porque esto hubiera sido faltar á las poderosas armonías de la «verdad. Es positivo que su ascendiente no era todavía mas que in-«directo y oculto; no brillaba aun sobre el horizonte moral como el «sol de mediodía, que calienta la tierra con sus rayos; antes se ase-«mejaba á la luz de la aurora que se levanta en el horizonte en aquel «momento en que ya no es de noche, ni tampoco ha amanecido en-«teramente el dia: pero sin embargo su influencia es bien real y pal-«pable, se va introduciendo por todas las rendijas de un edificio «que bambolea, va ocupando gradualmente el lugar del viejo espí-«ritu cuando este se va, ó le modifica si permanece [1].»

[1] *De l'influence du Christianisme sur le droit romain*, pág. 76-89.

Mr. Troplong nos descubre en otra parte todo su pensamiento: «No ha sido el Cristianismo solo un progreso en la senda de las ver-«dades que habian sido recibidas antes de su aparicion, á las cuales «ha dilatado, ha completado y revestido de un carácter mas subli-«me y de una fuerza mas simpática, sino que ha sido todavía, y esto «se puede entender al pié de la letra hasta para los mas incrédulos, «*un descendimiento del Espíritu de lo alto*[1].»

[1] *De l'influence du Christianisme sur le droit romain*, pág. 56.—Un escritor moderno israelita, Mr. Salvador, ha publicado un libro contra *Jesucristo y su doctrina*, que como todo libro de esta clase ha metido mucho ruido. Para emprender con mas desahogo esta obra, renegó antes de la fe de sus padres en otra obra anterior contra Moisés, y así como habia pretendido que el mosaismo no era mas que un hecho humano, que habia tenido orígen en las doctrinas de la Europa occidental, intentó despues establecer que el Cristianismo no era sino la fusion de todos los dogmas orientales y el resultado de todos los trabajos perfeccionados, de todas las tendencias generales de la época en que nació. —Me creo desobligado de contestarle; porque ya uno de sus mismos correligionarios ha arrojado contra este sistema un dardo mortal, que otro de sus mismos correligionarios nos ha hecho conocer en el t. IX de la traduccion de la Biblia de Mr. Cahen, con el título de *Juicio crítico de la obra de Mr. Salvador:* «Hay una «obra reciente, dice, sobre Jesucristo y su doctrina, que empieza así:—*La es-«pecie humana ha sido sometida por la ley de su acrecentamiento á dos necesida-«des, á dos tendencias, que á primera vista parecen inconciliables, pero que son «análogas á la propia ley de la mas adelantada organizacion del Cristianismo.* «—¿De qué modo pueden dos tendencias tener analogía con una ley propia de «organizacion, y de una organizacion mas adelantada? ¡Qué lenguaje! Con-«vengamos en que Mr. Salvador es un escritor excelente, que pinta con viveza «su pensamiento, expresándolo habitualmente con lucidez, exactitud y conci-«sion; pero que á veces se halla dominado por la prosa poética de los alema-«nes, por la jerigonza histórico-metafísica de la escuela de Vico, y por la fra-«seología monstruosamente forzada de los romanceros, verdaderas plagas li-«terarias de la época. Por otra parte, en esta nueva produccion, nuestro cor-«religionario sigue el mismo sistema, ó por hablar con mas exactitud, sos-«tiene la misma apuesta que en su obra contra Moisés. Su primera tésis es la «siguiente: El judaismo pertenece por su principio á la Europa occidental. «Ha empleado, para probarlo, dos grandes volúmenes, 1828. Su segunda tésis «es esta: El Cristianismo pertenece por su principio al Asia oriental, y ha pro-«curado probarla en otros dos grandes volúmenes, 1838. Dícese que un secre-«tario de Abd-el-Kader va á publicar esta tercera tésis: El mahometismo per-«tenece por su principio á la América central, y añaden que lo prueba en dos «grandes volúmenes. No dudo que el musulman obtendrá el mismo resultado «que el israelita, principalmente si sigue igual método, que consiste en no sa-«ber leer los originales; en no querer examinar el valor de los documentos que «se citan, ni la época de su composicion; en mezclar, arrojar y revolver en un «mismo costal todos los lugares y todos los tiempos; en citar el Talmud y al

He creido deber extenderme un poco sobre este punto, para desarraigar la preocupacion de que se ha prevalido por largo tiempo el deismo, y que tiene todavía alucinados algunos espíritus, esto es, que la filosofía humana iba ya marchando por la senda de las verdades cristianas, y que, por consiguiente, el Evangelio no fue una revelacion, sino un progreso; error que ni siquiera tiene nada de especioso, que no se apoya sino en la analogía que ofrecen algunos pensamientos de Séneca, de Epicteto y de Marco Aurelio, con la moral evangélica, y que por lo mismo se desvanece enteramente desde que una observacion concienzuda de los hechos viene á demostrar que esa analogía no es mas que un reflejo de los primeros rayos del Cristianismo sobre el mundo.

Abrazando de una sola ojeada el conjunto de las cosas, es fácil descubrir en último análisis, que no fue el Cristianismo un desarrollo ni un progreso del espíritu filosófico y religioso que entonces existia, sino mas bien un hecho repentino, un divino renuevo, directamente opuesto á ese espíritu filosófico y religioso. Jamás habia sido el mundo mas racionalista y mas supersticioso á la vez, que cuando vino el Cristianismo á levantar de repente la doctrina de la fe sobre las ruinas del racionalismo, y la adoracion *en espíritu y en verdad* sobre las ruinas de la idolatría. ¡ *La fe, la humanidad, la caridad, el amor de Dios, la pureza, la penitencia*, etc., tantas palabras completamente desconocidas en la tierra hasta entonces y que se introducian en el mundo contradiciendo sus inclinaciones! El Cristianismo sorprendió al mundo en un espantoso estado de descomposicion progresiva, que databa de la introduccion del racionalismo en el dominio de la tradicion, y le devolvió la verdad primitiva en todo su esplendor, dotada

«abate Guénée cuando es favorable á los dos. Si encontrais en el legislador «amigo la prescripcion de una barbarie irritante, decid que es del órden polí«tico; y si en el legislador enemigo encontrais una moral sublime, decid que «no es mas que hipocresía. Enredad todos los pasajes que puedan perjudica«ros, y no dejeis de echar mano de una jota si puede seros útil, y en todo ca«so echad bálsamo sobre vuestras propias heridas y veneno en las de los de«más. Con tales medios procurad tener el talento de amasar con desembarazo «los hechos, de distribuir con habilidad los claros y oscuros segun el efecto «que pretendeis producir, y haréis en favor del mahometismo, del boudismo «ó del fetiquismo todo cuanto nuestro Cristofobo correligionario ha hecho en «favor del judaismo. Por esto, despues de haber admirado la elocuencia del «escritor, la lógica del prosador y la ciencia del erudito, se presenta el buen «sentido y exclama con toda la fuerza de su voz: DE AQUÍ SE SIGUE QUE NADA «DE ESTO ES VERDAD.»

de mucho mas poder y eficacia que antes, y sellada con el mismo sello que la primera vez que le habia sido dada. Jesucristo y sus Apóstoles empezaron tronando precisamente contra los filósofos y los doctores, y despues fueron los filósofos y los doctores los que les dieron muerte. «Nosotros predicamos la sabiduría, decia san Pablo, mas no «la sabiduría de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, que son «destruidos, sino la sabiduría escondida en los misterios de Dios, la «que Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria; la sa«biduría que no conoció ninguno de los príncipes de este siglo; por«que si la hubieran conocido nunca hubieran crucificado al Señor de «la gloria. Dios escogió á los débiles del mundo para que confundan «á los fuertes[1].» Nada mas exacto, históricamente hablando, que esta aseveracion de san Pablo. Además de los primeros Apóstoles, cuyas callosas manos chorreaban todavía el agua del mar, único teatro de su industria, los primeros heraldos del Cristianismo, los que mas contribuyeron á su propagacion, fueron hombres indoctos, rudos, ignorantes y groseros, *cardadores*, *zapateros*, *bataneros*, como les echaba en cara el filósofo Celso[2]; y hasta que los pobres, los desvalidos y los pequeños hubieron acabado de entrar en este reino de la verdad, no se abrió su puerta á los filósofos y á los emperadores. Esto estaba en el órden natural de las cosas, y debia suceder así, humanamente hablando, porque los filósofos y los emperadores se hallaban mas adelantados en el sentido opuesto, y tenian que venir de mas léjos. Por esto tuvieron largo tiempo los ojos cerrados á la luz. Trataban á los cristianos como criminales é insensatos, y se mofaban con una extrañeza estúpida de las virtudes que forman en el dia la primera y mas rica herencia de nuestra naturaleza, y la prueba mas luminosa de la divinidad del Cristianismo. Daban á nuestra doctrina los nombres de *insania*[3], *amentia*[4], *dementia*[5], *stultitia*, *furiosa opinio*[6], *furoris insipientia*[7]. Luciano en su diálogo satírico titulado *Philopatris*, y en su vida de *Pelegrin* denuncia los cristianos á la pública irrision porque se habian dejado persuadir por su Legislador que

[1] *Epístola I de san Pablo á los corintios*, cap. II.
[2] *Orígenes contra Celso*, lib. III, n. 55.
[3] S. Cypr., lib. *ad Demet.*
[4] Plin., *Epist. ad Trajan.*— Tacit., *Annal.*
[5] Tertul., *Apol.*, cap. 1.
[6] *Minut. Felix.*
[7] *Act. Proc.*, *Mar. Scill.*

eran todos hermanos; y recuerda con este motivo, con una ironía que cree insultante, los prodigios de su generosidad, sus largos viajes y sus sacrificios sin medida para socorrer á los infortunados. Celso preguntaba por el mismo estilo: « ¿Qué hizo Jesús para merecer que se «le adore como á un Dios? *¿Manifestó sumo desprecio hácia sus ene- «migos?* ¿Se le vió reirse y burlarse de cuanto le sucedia[1]?» En fin, la sangrienta lucha que se perpetuó durante tres siglos, y que fue principalmente alimentada por el espíritu filosófico, cuyo último esfuerzo, lo mismo que su postrera aparicion en aquella época, se personificaron en el reinado y hasta en la individualidad del emperador Juliano, atestigua muy altamente que el Cristianismo no era un resultado natural del espíritu humano, sino un soplo regenerador salido del supremo Espíritu de verdad para renovar la faz de la tierra.

De este modo la verdad cristiana, fiel á su principio, despues de haber sido dada de nuevo al mundo, se dió al propio tiempo á sí misma un medio de propagacion y de perpetuidad sobre la tierra; medio que era superior al racionalismo, cuyos principios disolventes la habian comprometido ya la primera vez; medio que consistia en la tradicion encomendada á la custodia de una autoridad católica, es decir, universal; medio, en fin, análogo al que los primeros hombres y los sábios de la antigüedad habian seguido y defendido por largo tiempo, pero que debia ser mas eficaz y mas soberano, porque era otra de la misma verdad y tenia por objeto la salud definitiva del género humano.

Aquí se descubren semejanzas entre las dos tradiciones y las dos revelaciones, que se explican y fortifican recíprocamente, y que, concentrándose en la persona de Jesucristo, nos presentan el Cristianismo como un hecho consecuente, necesario y natural, relativamente al estado primitivo del género humano, y nos lo descubren ya existente en el mismo orígen del mundo.

[1] *Orígenes contra Celso*, lib. I, n. 33.

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO PRIMERO.

EXPOSICION.

Á medida que vamos avanzando por la senda de la verdad, vemos extenderse el horizonte y percibimos resultados mas completos y definitivos: los objetos que se nos presentaban fugazmente y como de soslayo se nos ofrecen ahora de frente, bajo un mismo punto de vista, y formando un conjunto mas ordenado y mas consiguiente consigo mismo.

Así en el órden religioso como en el moral y en el físico hay ciertamente un sistema de organizacion y armonía, que constituye la unidad relativa de cada uno, del mismo modo que todas estas unidades relativas tienden á la unidad absoluta, á la unidad suprema, que es Dios. El instinto que en nosotros mismos tenemos de esta unidad para la cual hemos sido formados, es la causa de la manía de los sistemas en todos los hombres: manía peligrosa, porque no conociendo todas las causas, y no procediendo á la indagacion de todas ellas con bastante perseverancia y desinterés, nos forjamos doctrinas facticias y sin consistencia que remedan la verdad, retardando su descubrimiento; y manía mucho mas peligrosa aun cuando se emplea en la Religion sin mas guia que el raciocinio; porque este es mas ciego en esta materia que en todas las demás. Pero cuando humillamos nuestro espíritu á la fe, entonces el sistema es, no solo posible, sino cierto y necesario; porque la unidad de nuestras relaciones con Dios, como que son el objeto de la verdad revelada, desde luego que este existe debe ofrecer á nuestro espíritu los elementos que la constituyen, y los argumentos ya formados de aquellas mismas cosas que no vemos: *Substantia rerum sperandarum, argumentum non apparentium.*

No seamos, pues, desconfiados al ver esta forma que toman los objetos bajo el punto de vista de esta fe, pues no puede suceder de otra

manera. Lo que en distinta materia seria artificio é ilusion, aquí no es mas que el resultado de la naturaleza misma de la verdad que vamos examinando, la cual, si consigo no trajera su sistema, mas bien no existiria. Así es que para los que se hallan convencidos de su existencia, la confianza no reconoce límites, sin que les ocurra objecion ni dificultad alguna, ni se les presente luz que les inquiete. Su único temor es el de la ignorancia ó el de la mala fe: salen al encuentro de todos los obstáculos, seguros de que no son mas que fantasmas, y apetecen la luz y la discusion con el mismo empeño que, para evitarla, emplean los sistemas humanos.

Hallarémos justificada esta confianza, y con ella la verdad que le sirve de base, con solo detenernos á considerar el espectáculo que hoy presentan todos los conocimientos humanos en el mas alto grado de su desarrollo.

De cincuenta años á esta parte todas las ciencias, al paso que progresan y se elevan, se encuentran y se unen con sorpresa de todas ellas. Partiendo de puntos enteramente separados, estaban muy léjos de prever semejante concierto. Y han llegado á él precisamente por la razon de que no esperaban tal resultado; si lo hubieran previsto desde el tiempo de su partida, la prevencion, el orgullo, el capricho, la preocupacion, habrian estorbado su marcha convergente, y las hubieran extraviado en sistemas opuestos que hubieran concluido por combatirse entre sí; mientras que encerrándose cada una de ellas en la observacion inmediata de las verdades que se hallaban á su alcance, sin prevenir sus resultados, dejó á estos mismos resultados seguir su tendencia natural, y sin mas que abandonarse á ella, ha venido á adquirir la principal garantía de la verdad, que es la unidad.

Á la verdad cristiana pertenece proclamar esta unidad; porque ella es la que sin intencion nuestra, y aun á pesar de las repugnancias mas violentas y de la mas fria indiferencia, ha visto encaminarse á sí como á un centro comun todas las ciencias modernas, cuyas inesperadas conquistas han concurrido sin esfuerzo, como si este hubiera sido su principal objeto, á la demostracion de la verdad religiosa, hasta el punto de que esta ha llegado á ser á su vez la garantía y la confirmacion de las mismas verdades científicas.

«Cuando considero el número y la diversidad de hombres que han «trabajado cási sin advertirlo en producir este resultado, dice un sá«bio crítico, cuando los veo obrar como hormigas llevando cada uno «su pequeño tributo y salvando cualquier pequeño obstáculo, cru-

«zándose y volviéndose á cruzar unos á otros en su carrera, como si «se hallasen en una confusion completa, y oponiéndose recíprocos «estorbos; y cuando al mismo tiempo descubro que todo es efecto «de un plan de excesiva regularidad, lleno de órden y de belleza, «me parece ver allí las señales de un instinto mas elevado, y de una «influencia directora, colocada sobre los consejos irreflexivos de los «hombres para conducirnos á fines grandes y provechosos, y no sé «persuadirme de que no exista un ojo vigilante que preside á la di- «reccion de cosas tan desemejantes hácia un fin tan grandioso, como «es la confirmacion de la palabra de Dios [1].»

Este es el gran cuadro cuyos principales rasgos tendrémos ocasion de trazar. Esta materia, que solo es accesoria en nuestro plan, ha sido el objeto especial de varias obras apreciables publicadas en Francia y en Inglaterra, que cada uno puede consultar á su placer cuando haya saboreado la verdad religiosa. Mi único objeto es hacer ahora una pequeña indicacion, y exponer lo estrictamente necesario para el órden y encadenamiento de nuestros Estudios.

Recojamos el hilo de ellos.

Ese estado de ruina moral en que habia caido la humanidad, y que hemos pintado al final del libro que precede, no era ciertamente el resultado inmediato de la constitucion primitiva del género humano.

Si el hombre se hubiera mantenido en la condicion en que Dios le colocó al crearlo, hubiera presentado en todo su ser el órden y la perfeccion que admiramos en las demás criaturas.

Su naturaleza lo llevaba todavía á un mayor desarrollo de grandeza y superioridad, cuya tendencia encontramos todavía, aunque rota y desfigurada, en los escombros de su edificio.

Pero esta grandeza y esta superioridad estaban enlazadas con un atributo característico de su especie, que no era incompatible con el riesgo de una caida ó de una degradacion.

Este atributo es la libertad.

¡La libertad! don el mas sublime que en todo su amor y su munificencia pudo hacer Dios á la criatura, pues por ella la hacia á su semejanza, salva su perfeccion infinita, que no podia transmitirle, dándole sin embargo el privilegio de irse acercando mas y mas á ella, y haciéndola por este medio partícipe de una comunion indefiniblemente progresiva con su verdad, su santidad y su felicidad.

[1] Nicolás Wisseman, *Relacion entre las ciencias y la Religion*, t. I, p. 30.

El vínculo de esta union inefable dependia, por lo que toca al hombre, de su fidelidad en contener su libre albedrío dentro de los límites que Dios le habia señalado, con el intento de ejercitarlo en su eleccion y hacerlo artífice de su propio mérito y destino.

Estos límites consistian en la prohibicion que se le impuso, en el seno de la abundancia de todos los bienes, de gustar un fruto misterioso, cuyas propiedades físicas y morales correspondian á los atributos de la naturaleza humana, á la cual esta prohibicion servia de prueba.

Una inteligencia superior que anteriormente habia caido en el mal, y cuyo poder se iba á dedicar á propagar su desgracia, se insinuó bajo la forma de una serpiente en el ánimo de la compañera del hombre, ó para decirlo así, en la mitad mas flaca de esta criatura, conduciéndola con sus seducciones á tentar la triste experiencia del mal, violando la prohibicion que era el escudo de su felicidad.

El hombre, medio caido ya en su compañera, no supo resistir á la seduccion que esta le comunicó: violó á su vez el precepto divino, y sacó el mal del bien, abusando de su libertad.

Por este hecho descargó sobre sí mismo, y sobre su especie reducida todavía á su sola persona, un golpe terrible que de rechazo hirió á toda su descendencia, precipitándola mas y mas en el desórden intelectual y sensible, es decir, en el crímen y la desgracia.

El resultado inmediato de este abuso de su libertad fue la diminucion de esta libertad misma. Antes de su desobediencia era libre, porque podia segun su voluntad pasar al mal ó permanecer voluntariamente en el bien, al paso que despues de su caida ya no pudo volver por sí mismo al bien, y permaneció involuntariamente en el mal: en una palabra, se hizo esclavo del pecado.

Hé aquí una segunda naturaleza, naturaleza viciada y enferma, naturaleza salvaje, en la cual todos nacemos, y á la cual consideramos como toda nuestra naturaleza primitiva é inmediata, porque la causa que á ella nos ha condenado se pierde y confunde á lo léjos en el orígen mismo de las cosas, y porque una de sus principales consecuencias ha sido cabalmente hacernos perder el conocimiento de nosotros mismos y oscurecernos á nuestros propios ojos.

Este oscurecimiento de la humanidad degradada no es tan profundo, que no haya conservado algunos recuerdos de su caida, y que no encuentre todavía en sí misma las ruinas de su primitiva grandeza. Á estos recuerdos y á estas ruinas se halla mezclada la impresion

de una mano tutelar que nos las ha conservado, haciendo menos dolorosa la caida del hombre, y ofreciéndose á él, aunque de léjos, en el mismo fondo del precipicio, para sacarlo de él y ayudarlo á subir á la cumbre.

Esta mano es la mano de Dios; pero mano oculta, por decirlo así, en el castigo, como la de un padre que concilia la justicia con la bondad.

Y con esto podeis entrever ya esta divina economía, sobre la que insistirémos mas tarde.

El órden exigia que la justicia divina hiciese sentir su peso sobre el hombre culpable hasta su entera satisfaccion. El hombre incapaz por sí mismo de reparar su desórden y satisfacer á la justicia de un Dios, no tenia mas remedio que volver á la nada. Sin embargo, la misericordia de Dios, que al lado de su justicia y en su justicia misma quiso encontrar un medio de salvacion, intentó el prodigio mas estupendo del amor.

En la descendencia del hombre quedó oculta para aparecer, cuando fuese llegada la plenitud de los tiempos, una persona divina, la misma virtud de Dios, que es su Hijo. Una con Dios por la sustancia, una con el hombre por la adopcion. Como hombre, capaz de sufrir y cargar sobre sí mismo la falta del hombre; como Dios, capaz de satisfacer y agotar toda la justicia de Dios, acumulando sobre su cabeza todo el peso de esta justicia para no dejarnos de ella mas que lo que podia servir para nuestra curacion, y dándonos al propio tiempo el socorro y el conocimiento, el remedio y el método de aplicarlo, dominando y dándonos fuerza para dominar al espíritu protervo, autor de nuestra desgracia, y usurpador, por decirlo así, de toda nuestra raza, y limitando nuestro combate con aquel antiguo enemigo á lo estrictamente necesario para ganar el mérito y el triunfo de la victoria.

Este Libertador, prometido desde el principio de los siglos, fue creido, esperado, ansiado por todo el género humano, que llenó todas sus religiones y creencias de símbolos, figuras é imágenes de su venida.

Este es nuestro Salvador, Jesucristo.

Él fue quien acudió con exactitud á la cita que su amor habia dado á nuestra miseria, y cuando esta llegó á su colmo, vino á calmar la impaciencia del género humano, regenerando al mundo y volviendo á abrirle las puertas del cielo.

Tal es la historia de nuestra especie, y por decirlo así, el drama de nuestros destinos, dividido en tres grandes jornadas: una caida inmensa, seguida de un prolongado extravío; una reparacion infinita, seguida de un gran combate; una rehabilitacion completa, seguida de un triunfo inmortal. ¿Quién abrazará estas tres acciones? ¿Quién sondeará toda su profundidad? ¿Quién lo desenlazará? Esta es la recompensa de la fe. Á ella sola es dado llegar á la inteligencia de este divino espectáculo, y ver cómo se va sucesivamente aclarando el velo espeso que lo cubre á los ojos de una razon orgullosa.

Mas nosotros, los que deseamos la luz, entrevemos ya la relacion que une la primera revelacion con la segunda. Porque esa impotencia en que se halla el hombre de retener la verdad religiosa, ese extravío creciente del espíritu y del corazon humano, en todos los desórdenes que hemos notado en el seno del politeismo, eran consecuencia y continuacion de la caida empezada en el primer hombre; y aquel súbito resplandor de la verdad y de la santidad sobre la tierra, cuando apareció Jesucristo, no fue mas que la restitucion de la vida y de la salud en la humanidad degenerada y la realizacion de un socorro prometido desde el orígen de la misma caida, con cuya esperanza el hombre se habia consolado y sostenido en su desgracia.

Así el Cristianismo es la primera naturaleza, ó la gracia, que ha vuelto á remediar los desórdenes de la segunda, es el nuevo enlace, la RE-LIGION verdadera de las antiguas relaciones entre el hombre y Dios. El nombre solo de RE-LIGION, nombre universal, expresa la persuasion de la humanidad entera sobre este punto. Significa, en efecto, un lazo primitivo que ha sido deshecho y luego re-ligado, RE-LIGATIO; de lo cual se deduce que el *teismo* puro y exclusivo es una contradiccion con nuestra naturaleza corrompida, y que solo pudiera existir en un estado de inocencia. La RELIGION verdadera, segun la misma palabra lo indica, debe apoyarse precisamente sobre la doble verdad de una CAIDA y de una REHABILITACION; debe presentar un rompimiento, y luego una mediacion entre el hombre y Dios, y por consiguiente un agente mediador que debe llevar á efecto el nuevo vínculo entre la humanidad en toda su miseria y la divinidad en toda su perfeccion.

No nos desanimemos por la parte misteriosa que pueda todavía quedar en esta doctrina, porque hallándose Dios comprendido en ella, no debe admirarnos que salga fuera de los límites de nuestro alcance, antes bien es necesario que se oculte á nuestro entendimiento, y so-

bre todo á nuestro entendimiento viciado. Si fuese del todo comprensible, no mereceria nuestra creencia. Así, aunque es susceptible de ilustracion hasta excitar el asombro de nuestra inteligencia (lo cual me reservo para la segunda parte), como siempre quedaria alguna oscuridad, en que el incrédulo podria refugiarse, me abstengo *por ahora* de toda explicacion. No es la explicacion doctrinal el punto de vista bajo el cual me propongo exponer esta materia: la presentaré antes bien por otro lado accesible al hombre menos familiarizado con las verdades divinas: este punto de vista es el de los HECHOS.

La Religion, antes de ser una doctrina es ya un HECHO.

Voy á poner en claro como verdad de HECHO el plan de la Religion tal como acabo de exponerlo.

ESTO EXISTE.

¿Cómo puede esto existir? ¿Qué es *ese fruto, esa serpiente, esa caida, esa transmision,* etc., etc.? Dejo al incrédulo el discurrir sobre este punto. —Esto es una locura, dice: — Sea en buena hora: le concederé todo cuanto quiera en este momento..., pero al cabo yo le conduciré por fuerza al HECHO, que ni él ni yo podrémos hacer que desaparezca, HECHO que está ahí, siempre ahí, respondiendo de su posibilidad con su propia existencia, y de la fuerza de su existencia con la locura misma, ya que así se quiere, de sus caractéres aparentes, á pesar de los cuales se halla universalmente admitido y perpétuamente conservado.—Es una lima que embota el diente de la incredulidad, y que podemos dejársela para que la muerda con toda seguridad. — Por este lado la Religion es realmente invulnerable, y descansa sobre una de las bases fundamentales de las ciencias: á saber, que cuando un fenómeno está suficientemente atestiguado por el hecho, la dificultad de su explicacion no debe detenernos un momento [1]. Todo el saber humano está lleno de hechos no explicados, inexplicables, y que sin embargo seria necedad rechazar. Pues bien: de esta manera, y con mas justa razon intento proceder en el órden religioso, y digo: el plan de la Religion está de tal manera establecido de HECHO, que al chocar con él todo se hace pedazos: este plan explica mas misterios que los que en sí mismo contiene; y el negarlo encierra muchas mas incomprensibilidades que el admitirlo.

Esto supuesto, distribuiré así mis pruebas; pruebas cortadas, por

[1] *Rerum eventa*, decia Ciceron con mucho tino, *magis arbitror quam causas quæri oportere; et hoc sum contentus, quod etiam si quomodo quidquid fiat ignorem, quod fiat intelligo.*

decirlo así, á la medida del asunto y correspondientes á su importancia:

I. La autoridad del historiador Moisés.
II. El estado de la naturaleza humana.
III. Las tradiciones universales.
IV. La venida y el reino de Jesucristo.
V. El concierto y enlace de todo lo que precede.

CAPÍTULO II.

MOISÉS.

Esta primera prueba es por sí sola demasiado extensa para abrazarla de una sola ojeada; es preciso, pues, considerarla bajo tres aspectos.

§ I.

Su antigüedad.—Su carácter y el de sus escritos.—El pueblo hebreo.

Hubo un tiempo en que este mundo visible no existia, y en que todos los seres que en él conocemos no estaban mas que en lo posible. Una vez levantado el teatro de la creacion, la especie humana que hoy dia lo llena fue introducida despues de todas en una época no muy lejana. Al principio estuvo reducida á una tribu, á una familia, á una sola pareja, á un solo hombre, del cual hemos salido todos, y en el cual por consiguiente estaban compendiados nuestros destinos. Todos estos hechos y otros muchos han salido del recinto de la fe religiosa para entrar en el de las ciencias modernas, que los demuestran como escritos en todas las obras de la creacion. En el dia aun puede alguno jactarse de incrédulo sobre muchos puntos; pero no sobre estos, porque estos han venido á ser descubrimientos de la razon en competencia con la fe, que ha recogido sus velas ante la antorcha de las ciencias, ó mas bien ha recibido el homenaje de su asentimiento, y no ha hecho mas que confiar á sus manos el depósito de la verdad que habia guardado desde el orígen del mundo.

¡Qué precioso tesoro seria para el espíritu humano la historia de

esta creacion del mundo, de este orígen de la humanidad! ¡Qué estudio tan fecundo el de los primeros elementos de nuestra naturaleza, el de los principios constitutivos de nuestra especie, el de los accidentes que han podido influir en nuestro temperamento moral, y que pudieran descifrar el grande enigma de nuestra naturaleza y el término de nuestros destinos! Seguramente, si la razon de nuestra existencia y el fin para que somos criados han de encontrarse escritos en alguna parte, debemos hallarlos precisamente en el hecho de nuestra creacion, y en los que inmediatamente la siguieron: todo lo demás ha sido solo una consecuencia, y para salir del laberinto seria preciso volver á la puerta por donde en él entramos. Pero, ¿en donde está esa historia? ¿Quién pudo escribirla? Quién nos la ha conservado? En el copioso depósito de historiadores, que han hecho revivir los sucesos pasados, podemos con alguna facilidad seguir el curso de los años y de los siglos por el espacio de dos mil quinientos años todo lo mas: así somos cási testigos de la formacion de los Estados modernos, y de las transformaciones que han experimentado: vemos caer y desmembrarse el vasto imperio romano, cuya decadencia y vejez hemos contemplado: lo hemos visto combatir y apoderarse del mundo, lo hemos visto nacer, en fin, y con el ojo escudriñador de Bossuet podemos seguir los gérmenes de su grandeza y de su corrupcion. En el mismo tiempo, ó poco antes, la Grecia con todas sus maravillas resplandece en la historia y se agita en la escena del mundo: subimos al Egipto, cuyo nebuloso poderío empieza á perderse en la noche de los tiempos: luego los persas, los medos, los asirios se descubren en lontananza en este gran cuadro, y de todos los historiadores que trazaron sus diferentes partes, los mas antiguos son Herodoto y el grande Homero. Detrás de ellos á nada mas puede alcanzar nuestra vista.

Hasta allí sin embargo hemos visto la historia de los indivíduos y de las naciones; pero no la historia del género humano: hemos cogido las ramas, pero no el tronco. ¿Por qué no podemos seguir nuestro camino hasta llegar á la sociedad primitiva, de la cual salieron las demás? Indudablemente porque colocados en aquel punto, nos acercamos á ella. Las tinieblas que la cubren indican que no está indefinidamente distante. Si el mundo, en efecto, fuese indefinidamente mas antiguo, la ley del progreso lo habria conducido á dejarse conocer mas pronto por medio de los frutos de su civilizacion; y del mismo modo que Homero y todos los historiadores que le han

sucedido cedieron á la natural necesidad de dejar á la posteridad monumentos de su tránsito sobre la tierra, asimismo las generaciones anteriores nos hubieran iniciado tambien en el hecho de su existencia, si la reducida extension de la misma no les hubiera dispensado de esta necesidad y privado de los medios de satisfacerla. Sin duda las costumbres pintadas por Homero, y sobre todo el mismo Homero, suponen ya un gran progreso [1]; pero aun concediendo todo el tiempo necesario para él, resulta siempre que aquellas costumbres y aquellas obras son los primeros frutos históricos, y que por lo mismo no estaba muy lejano el tronco que los produjo. Hasta allí el mundo habia vivido indudablemente de tradiciones orales ó simbólicas, y la sencillez de las primeras sociedades no le habia dado á conocer la necesidad de conservar por otros medios los recuerdos de una antigüedad que no existia. La memoria del hombre podia aun retenerlos sin grande esfuerzo: su proximidad y aun tal vez su grandeza, no permitia que fuesen olvidados. Esta opinion está confirmada con un hecho universal, á saber, las tradiciones que se encuentran todavía en el fondo de la historia de todos los pueblos, y que se conservan todas al través de su metamórfosis para componer una tradicion uniforme sobre ciertos hechos primitivos que atestiguan una comunidad de orígen.

Pero al cabo, estas tradiciones universales, estos recuerdos fósiles, no han encontrado todavía su *Cuvier*, y no tienen en sí mismos una ley orgánica bastante precisa para prestarse á una cabal recomposicion de la historia de los tiempos primitivos, quedando reducidos por consiguiente á comprobar la verdad de esta historia en el caso de encontrarse escrita.

Pero ya es tiempo de decirlo: esta historia existe, y los títulos de la familia humana se hallan en nuestro poder. Mas allá de las historias mas antiguas, mas allá de Herodoto y Homero, mas allá de los anales egipcios, fenicios y babilonios, mas allá, en fin, de los tiempos fabulosos, en medio de la noche y del silencio que cubren las primeras generaciones, allí, como un gran faro, suspendido sobre el abismo de los tiempos, se eleva solitario en su majestuosa antigüedad Moisés, historiador, no de un pueblo, sino de los padres de todos los pueblos, biógrafo del hombre, analista de la naturaleza, cronista de *los hechos de Dios*.

[1] Es preciso, sin embargo, conceder á Homero la parte de su genio personal que es inmensa.

Es para mí una feliz ventaja el que mi causa se refiera á este gran testigo, y que la verdad por mí defendida venga á apoyarse sobre el monumento mas antiguo y mas venerable que existe entre los hombres.

Cuando se reunen, cuando se pesan con conciencia todos los motivos de confianza y crédito que rodean el libro de la Biblia, y en particular el Pentateuco, con el cual vienen á enlazarse todas sus demás partes, nadie puede librarse de experimentar un santo respeto en el momento de abrirla: cada cual siente que el pensamiento del hombre no ha podido inventar sus grandes y misteriosas relaciones, y que no ha hecho mas que prestar su mano para escribirlas. Si alguna vez la ligereza de nuestro espíritu queda suspensa á la vista de hechos que le parecen inverosímiles, nos arrepentimos á poco de nuestra duda; porque conocemos que empeñándonos en esta lucha con el espíritu de Dios, hemos de salir peor librados. Así comprendo muy bien que el hombre mas escéptico de nuestra época, lord Byron, escribiese en el ejemplar de su Biblia estos renglones que se encontraron despues de su muerte: —«En este augusto libro se halla el mis-«terio de los misterios. ¡Ah! ¡feliz entre todos los mortales aquel á «quien Dios ha concedido la gracia de oir, de leer, de recitar oran-«do, y de respetar las palabras de este libro! ¡Feliz el que sabe «forzar la puerta y entrar con resolucion por sus senderos! *Pero «mas valdria no haber nacido que leerlo para dudar de él ó despre-«ciarlo* [1]...»

Detengámonos un momento para analizar las garantías de este libro incomparable, y pesar su solidez con la balanza de nuestra débil razon; porque en él encontrarémos el eje sobre el cual deberá girar una de las pruebas mas importantes de la verdad de nuestros *Estudios*.

I. La antigüedad de Moisés, segun hemos dicho, es una circunstancia especial que lo pone fuera de comparacion con todos los demás historiadores, circunstancia esencial en un historiador de la creacion, pues por ella se encuentra mas cerca que otro alguno del orígen de las cosas, y llena una de las primeras condiciones de exactitud y fidelidad con respecto á los acontecimientos que describe.

Esta circunstancia no puede negársele sin temeridad.

El ilustre *Cuvier*, el Aristóteles de los tiempos modernos, cuyo nombre invocaré á menudo en estos *Estudios* sobre Moisés, como el

[1] *Obras de lord Byron*, Miscelánea, ·II, pág. 486.

mas digno representante de la humana ciencia, tuvo oportunidad de comprobar esta primera verdad, y lo hizo de la manera siguiente:

«La cronología de ninguno de los pueblos de Occidente sube por «una cadena continuada por mas de tres mil años. Ninguno de ellos «puede ofrecer antes de esta época, ni aun dos ó tres siglos despues, «una série de hechos coordinados con mediana verosimilitud. Los «griegos confiesan que solo poseyeron el arte de escribir despues que «se lo enseñaron los fenicios, hará treinta ó treinta y cuatro siglos: «aun despues de esta época su historia está llena de fábulas, y no «hacen subir sino á unos trescientos años mas arriba los primeros «vestigios de su reunion en poblaciones. De la historia del Asia oc«cidental tenemos únicamente algunos extractos contradictorios que «no alcanzan con alguna regularidad mas que á *veinte siglos*. El pri«mer historiador profano cuyas obras nos han quedado, Herodoto, no «tiene *mas que dos mil trescientos años de antigüedad*. Los historiado«res precedentes, á quienes pudo consultar, no datan de *un siglo* an«tes que él; y de lo que eran puede juzgarse por las extravagancias «que de ellos se han conservado, extractadas de Aristeo Proconesio «y de algunos otros.—Antes de ellos no habia mas que poetas; y «Homero, el maestro y el modelo inmortal del Occidente, no prece«dió á nuestra época mas que *dos mil setecientos ó dos mil ochocientos «años*... Un solo pueblo nos ha conservado anales escritos en prosa «antes de la época de Ciro; y este pueblo es el hebreo.—La parte «del Antiguo Testamento que se llama *Pentateuco* existe bajo su for«ma actual, *á lo menos* desde el cisma de Jeroboan, supuesto que «los samaritanos lo adoptan lo mismo que los judíos, es decir, que «de seguro tiene ahora *mas de dos mil ochocientos años*... No hay ra«zon alguna para dejar de atribuir la redaccion del Génesis al mis«mo Moisés, lo cual la haria subir á quinientos años mas atrás, es «decir, á *treinta y tres siglos antes del nuestro;* y basta leerlo para ver «que fue compuesto en parte con resíduos de obras anteriores: no «podemos, pues, de manera alguna dudar que es el libro mas anti«guo que poseemos los de Occidente [1].»

¡Qué historiador este que precede á todos los demás en diez siglos!—Herodoto vivió hace dos mil trescientos años, y Moisés hace tres mil trescientos.—Comparándolos á él podríamos decir á todos los historiadores lo que decian los egipcios á los filósofos griegos: «No «sois mas que unos niños: entre vosotros no hay viejos; vuestra cien-

[1] *Discurso sobre las revoluciones del globo*, sexta edicion, pág. 171.

«cia no ha encanecido por la edad.» ¡Cómo se hubieran inclinado estos mismos filósofos ante la majestad de Moisés, como el *mas inmediato á Dios y al orígen de las cosas, y como el que mejor que otro alguno sabia lo verdadero, lo primitivo, el dogma paternal, el dogma divino* [1]!

Esta conclusion adquiere grandísima fuerza, cuando observamos que las fábulas mitológicas, y el orígen que á su invencion se atribuye, son de fecha posterior; que el curso de la tradicion no se habia alterado aun, y que de esta tradicion habia podido Moisés saber originalmente sus relatos; que si el espacio que todavía separa á Moisés del diluvio y de la creacion nos parece muy largo para la conservacion de los recuerdos, se acorta visiblemente por la longevidad de los hombres en aquella época, por las vivas impresiones que debieron dejar en los ánimos los primeros acontecimientos, y por la sencillez de costumbres é ideas, mas propias para conservarlos. Tomando las fechas de Moisés, que segun verémos son exactas y comprobadas, la vida de tres ó cuatro hombres alcanzaba hasta Noé, quien habia conocido á los hijos de Adan y tocaba cási el orígen de las cosas [2]. Unas vidas tan largas y número tan corto de generaciones acercan el orígen del mundo al tiempo de Moisés, cási como si se tratara de un suceso ocurrido dos ó tres siglos atrás entre hombres de una duracion ordinaria.

Además, una reflexion importante viene aquí abogando en favor de la sinceridad de Moisés. Moisés, el *mas antiguo de los historiadores,* es el que presenta el orígen del mundo, como *mas reciente*, y el

[1] Aristóteles, Sócrates, Platon, Ciceron, ya citados.

[2] En el tiempo de Moisés un anciano pudo haber conocido á José, cuyo padre habia visto á Sem, este á Matusalen, y este último á Adan.—Abrahan, que habia tratado á los hijos de Noé, y cuya posteridad formaba la nacion hebrea del tiempo de Moisés, el cual por consiguiente fue como el depósito de las tradiciones del Oriente en aquellas primeras épocas, habia dejado entre las mismas naciones paganas una memoria que atestigua su importancia, y confirmado lo que de él nos dice la Biblia. Nicolás de Damasco se expresa de esta manera sobre este varon insigne: «Abrahan salió con un gran séquito del país «de los caldeos, que se halla mas arriba de Babilonia, *reinó en Damasco,* par«tió algun tiempo despues *con todo su pueblo,* se estableció en la tierra de «Canaan, que hoy se llama Judea, donde *su posteridad se multiplicó de un «modo increible,* como diré mas particularmente en otro lugar. El nombre de «Abrahan es aun hoy dia *muy famoso y venerado* en el país de Damasco.» *(Hist.,* lib. IV).—Hecateo escribió un libro entero sobre él; Berosio habla de él igualmente, y coloca su existencia en la edad décima despues del diluvio.

que disminuyendo el número de las generaciones se hubiera expuesto á ser inevitablemente desmentido si hubiese faltado á la verdad. Suponiendo que hubiese sido un historiador comun, y que pudiera proponerse un objeto diferente del de consignar en una historia escrita lo que era ya conocido de todos los pueblos, y formaba una de las partes mas esenciales de los monumentos y de la Religion de la familia de Abrahan, se hubiera guardado muy bien de dar una vida tan prolongada á los testigos que hubieran podido contradecirle, y demostrar todas las equivocaciones de sus fechas, poniendo por lo mismo en duda los sucesos que á cada una de ellas referia. Hubiera seguramente cuidado de hacer retroceder el orígen del mundo y de multiplicar las generaciones, si no hubiese dicho lo que sabia ya, subiendo de edad en edad; y es patente que sus anales eran los anales públicos antes que él los redujese á escritura: pues no toma la menor precaucion para ser creido, y prodiga todo lo que pudiera servir de prueba contra sí mismo si no hubiese relatado con fidelidad.

Por lo mismo la antigüedad de Moisés por una parte, y por otra la antigüedad que atribuye al orígen del mundo, circunstancias ambas que le son peculiares, concurren á establecer en favor de la verdad de su historia una primera é importantísima garantía.

II. Lo que en segundo lugar caracteriza al autor del Pentateuco es su índole personal y la de sus escritos.

Ningun historiador ha escrito bajo condiciones tan graves y solemnes como Moisés. No es un poeta como Homero ó Hesiodo, escribiendo bajo la inspiracion de su fantasía, y proponiéndose lisonjear las imaginaciones y alcanzar una inmortalidad terrestre; no es un historiador como Herodoto y Tucídides, componiendo un tema oratorio para concurrir á los premios que en los juegos públicos se distribuian, no es un analista adulador ó censor de sus contemporáneos, distribuyendo la gloria ó la infamia al antojo de los partidos, y encerrándose en el círculo de una idea ó de una nacionalidad como la turba de los demás historiadores: es un pontífice, es un patriarca que escribe á la vista de todo un pueblo, ó mejor dicho, del género humano; que refiere los acontecimientos públicos cuyo teatro habia sido el universo, y que fija por medio de la escritura lo que toda la tierra sabia de memoria. Allí no hay prólogo, no hay exordio, no hay precaucion ni plan concertado de propósito, no hay empeño de agradar ó de ser creido: la narracion, nada mas que la narracion, probable ó improbable, natural ó milagrosa, profunda ó sencilla, todo sale de su plu-

ma con austera sencillez, como si no hubiera hecho mas que escribir dictándole otra persona, penetrada de las ideas que expresaba. Es evidente que escribe en el seno de la persuasion general, que cuanto refiere se sostiene por su propio crédito, y que las impresiones de asombro, de duda ó de incredulidad que podemos ahora experimentar en su lectura no obran sobre sus contemporáneos, pues de otra manera hubiera tomado algunas precauciones contra este peligro. Está visto, pues, y se siente que es llevado por la opinion pública de su tiempo, por la voz de su pueblo, por la voz de Dios. Esta observacion desconcierta la incredulidad mas osada, y la desarma completamente. Atacando su narracion, no se ataca solamente á Moisés, se ataca á todo un pueblo, á todo un mundo que se la dictó y la volvió á recibir, en presencia de los monumentos y de las tradiciones, vivas todavía, que la atestiguaban, y en las circunstancias mas propias para confundirla si hubiese sido fabulosa.

Por otra parte, segun se ha hecho observar, hay un sello especial que distingue y autoriza la cosmogonía de Moisés: entre cási todos los pueblos la mitología se popularizó en la noche de los tiempos, cuando la imaginacion no tenia la contradiccion de los hechos, y cesó al momento de aparecer la historia. Los antiguos monumentos de los hebreos por el contrario abundan menos de cosas prodigiosas en los tiempos mas antiguos que en los tiempos mas modernos. Nada hay mas imponente en la Biblia que el corto número de prodigios muy remotos, y la abundancia de los prodigios mas recientes. Es cabalmente lo contrario lo que vemos en los demás pueblos; en la Biblia ese órden se halla trocado.

Las mas antiguas leyendas de las otras naciones empiezan por el politeismo: no solamente hablan de alianza entre los dioses y los mortales, sino que nos refieren las depravaciones y adulterios celestes, describen las guerras entre las divinidades, colocan entre ellas al sol, á la luna y á los astros, y admiten una caterva de semidioses, de genios y de demonios. Segun ellas, todo inventor de un arte útil consigue una apoteosis. Si nos enseñan una cronología es ó cási nula ó sobrado gigantesca; su geografía se extiende como un vasto campo poblado de quimeras: todo, segun ellos, ha experimentado las mas extrañas transformaciones, y se abandonan sin tino á todos los ímpetus de la imaginacion mas inconstante y ridícula. Una incesante pasion á lo maravilloso, una repugnancia invencible á señalar la circunstancia mas natural sin adornarla con alguna exageracion, en fin,

aquella vanidad nacional, siempre celosa de atribuir exclusivamente á su propio país los hechos que conciernen á todo el género humano, hé aquí los rasgos mas característicos de las cosmogonías paganas.

Otra cosa es lo que sucede en las relaciones de la Biblia: allí no vemos mas que la accion inmediata de un Dios criador, sin disfraz, sin adornos quiméricos, nada mas que su voluntad enteramente desnuda: *sea la luz, la luz fue*, tal, en fin, cual exíge la naturaleza de un Ser todopoderoso. La luna, el sol, las estrellas, léjos de ser dioses, sirven por el contrario al uso del hombre, le comunican la claridad, y le ayudan á medir el tiempo. Todas las grandes invenciones son obra de hombres que no pasan de serlo. La cronología camina por séries naturales, y la geografía no se extiende mas allá de los límites de la tierra. No se ven transmigraciones ni metamórfosis, nada, en fin, de lo que en los libros mas antiguos de los pueblos profanos nos indica la huella de la imaginacion y la inventiva. Si la ciencia por sí sola tuviese que describir la creacion, y fuese capaz de ello, no lo haria de otra manera que lo hizo Moisés.

En sus palabras resplandece una trivialidad sublime, una sencillez lacónica encierra su relacion en los términos rigorosamente necesarios para expresar el suceso, y nada mas. En sus expresiones todo es idea y nada imágen; su estilo es sin modelo, porque el sujeto es sin ejemplo, sencillo como la voluntad y fuerte como el poder; un estilo que por sí solo es una creacion, y nos ofrece en cierto modo una traduccion literal de la creacion material: *En el principio crió Dios el cielo y la tierra. Dios dijo: Sea hecha la luz, y fue hecha la luz*. Y sin embargo, ¡qué exactitud! ¡qué órden! ¡qué profundidad! ¡qué majestad! ¿Qué cosa hay mas naturalmente seguida y encadenada que esta historia, la única que presenta un conjunto completo, que coordina y esclarece las tradiciones dispersas entre los pueblos, y nos señala distintamente la creacion del universo, la del hombre en particular, la dicha de su primer estado, la causa de sus flaquezas é infortunios, la corrupcion del mundo, el diluvio, el principio de las artes y de las naciones, la distribucion de las tierras, en fin, la propagacion del linaje humano y otros hechos de igual importancia, de los cuales las historias humanas solo hablan confusamente, obligándonos á buscar en otra parte los verdaderos orígenes? Solo en las primeras páginas del Génesis hay mayor número de verdades fundamentales, mas copia de sana filosofía, mas conocimiento de las cosas divinas y humanas que en todas las obras juntas de la antigüedad.

¡Qué grandeza! ¡qué magnificencia en la introduccion á la historia de los primeros tiempos del mundo, al cual aquellos seis actos, aquellos seis golpes de la voluntad del Criador hacian salir de la nada sin precipitacion ni violencia, expresando en cada uno de sus intervalos, y en la aprobacion que le merece cada una de sus maravillas, la sabiduría y la fuerza, la libertad y el poder mas ilimitado, examinando una por una las partes del universo antes de darles la sancion definitiva, y pudiendo volverlas á la nada, ó cambiar su destino con la misma facilidad con que le plugo crearlas y conservarlas [1]! ¿Dónde habia Moisés bebido ese conocimiento tan puro de la Divinidad, esas ideas tan sublimes de su poder, de su independencia y de sus demás perfecciones? ¿Cómo pudo ser, que habiendo venido tantos siglos antes de los demás escritores, les preceda á todos por su profunda sabiduría, siendo el único cuya doctrina no ha caducado ni ha necesitado reforma, y cuyos conocimientos y relaciones no han flaqueado en punto alguno; el único, en fin, cuyos escritos servirán perpétuamente de base á la historia y á la filosofía, lo mismo que á la Religion?

Hay sin duda cosas incomprensibles y sobrenaturales en estos relatos; pero es fácil ver que esto procede de su misma índole, y no de la imaginacion de su historiador. Hasta chocante seria que nada de sobrenatural hubiese en la creacion de la naturaleza, siendo así que esta no podia servirse de regla á sí misma antes que existiese. No podemos comprender ni juzgar naturalmente las cosas, sino con arreglo á las leyes que con ellas nos ponen en relacion, y no con arreglo á las que pueden existir entre ellas y Dios, que es por sí solo su misma ley, procediendo muchas veces nuestra incredulidad de la falsa explicacion que hacemos al supremo Ser de las leyes que impuso á sus criaturas. En este punto la incredulidad seria tanto mas insensata, cuanto que los hechos sobrenaturales del Génesis se refieren á

[1] Esta aprobacion de Dios, *Et vidit Deus quod esset bonum,* que tanto escandaliza á los incrédulos, es la expresion mas sublime que puede darse á los hombres de la libertad, de la sabiduría, del poder del Criador. Seguramente Dios no podia equivocar su obra como un artífice mortal; pero tampoco la perfeccion que en ella imprimia era un resultado de la fatalidad, sino el fruto del saber y de la libre omnipotencia de aquel que todo lo hizo con número, peso y medida, y que puede variar hasta lo infinito la perfeccion, porque la suya es infinita. Dios pudo criar otras tierras y otros cielos: pudo tambien no criar cosa alguna: despues de haber criado era dueño de la obra igualmente que antes; todas estas cosas son las que quiso Moisés explicar con estas sencillas palabras: *Et vidit Deus quod esset bonum.*

época en que la naturaleza ni sus leyes estaban todavía formadas, y en que, hablando con propiedad, no habia otra cosa natural mas que el arbitrio de Dios. «¿Dónde estabas, dice el Señor á Job, cuando «yo echaba los cimientos de la tierra? Dímelo, si tienes inteligencia: «¿no ves que soy infinitamente superior en mi poder, y que nàdie «de los que han impuesto leyes se asemeja á mí? ¿Quién podrá pro«fundizar mis caminos, ó quién podrá decirme: has cometido una «injusticia [1]?» Toda la naturaleza queda sembrada de misterios, á pesar de la constancia de sus leyes despues de seis mil años; y ¿podríamos no encontrarlos, cuando Dios la tenia aun entre sus manos creadoras? Léjos, pues, de escandalizarnos de que este Libro augusto sea el misterio de los misterios, admirémonos al ver como, revelándonos mejor que otro alguno la majestad divina, es al mismo tiempo el que mas miramientos tiene y satisface mas la debilidad de nuestra razon; y, para acabar de comprenderlo, pidamos á Dios con lord Byron que nos conceda la gracia de oir, de leer, de recitar en oraciones, y de respetar esta palabra. Entonces nuestra docilidad *forzará la puerta,* nuestra humildad *entrará con violencia en las sendas,* y verémos resplandecer la divina sabiduría en estas mismas páginas que solo presentaban tinieblas y contradicciones al orgullo de nuestro espíritu.

Porque al fin es preciso colocarnos bajo el punto de vista de la verdad acerca de las relaciones de Moisés, aunque no fuera por otra cosa, para juzgarlos con equidad. Estas relaciones deben componerse así de los hechos revelados por Dios, como de los hechos que los hombres pudieran presenciar. Hemos establecido ya en el capítulo sobre la *necesidad de una revelacion primitiva,* que Dios debió necesariamente instruir al primer hombre ó á los primeros hombres de lo que les cumplia saber, en cuya persuasion universal se halla conforme toda la antigüedad. Dios mismo, pues, fue quien, al darse á conocer al hombre salido de sus manos (y ¿qué cosa mas natural?), debió descubrirle y hacer pasar ante sus ojos el cuadro de la creacion, á la cual el último no habia asistido; debió ser, digámoslo así, su primer historiador, entrando con él en aquellas comunicaciones de padre á hijo que Platon consideraba como el fundamento de la verdad y el primer anillo de su tradicion sobre la tierra. De aquí se sigue que el libro de Moisés no puede ser mas que un libro inspirado, si es que sea libro de las verdaderas tradiciones acerca de Dios; porque las

[1] Job, XXXVIII.

verdaderas tradiciones acerca de Dios han debido manar de una fuente inspirada. Toda nuestra tarea para establecer como verdad inconcusa que Moisés fue el solo historiador exacto de las tradiciones primitivas viene igualmente á demostrar que es el historiador de la revelacion, historiador inspirado, si no inmediatamente segun yo creo, á lo menos por el medio y conducto de la tradicion. Bajo este punto de vista, que si no es el verdadero, ninguna otra cosa puede serlo, Moisés desaparece, y solo la Majestad divina es la que respira en sus relaciones y la que habla á cada uno de nosotros, como habló al primer hombre, y como este habló en seguida á sus descendientes. La historia sagrada se reviste entonces de un carácter de autoridad, ante la cual la humana inteligencia debe inclinarse y anonadarse por la fe, que es en definitiva la única condicion del espíritu humano en presencia de Dios.

Esta importante consideracion está tomada de la sustancia misma de la materia que examinamos, y debe por lo mismo dominar en ella. Sin esquivar el exámen, ella debe guiarlo y fijarlo, á no ser que la recta razon se resista completamente; porque todo debe estudiarse segun las condiciones de su naturaleza, y seria injusto é irracional, para juzgar si una obra es divina, examinarla como si no lo fuese.

Cuerdamente estudiados el carácter de Moisés y el de su divina narracion, dan á su testimonio un sello de verdad y de autoridad, que lo distingue de los demás historiadores, y que atrae nuestra confianza.

III. Otra consideracion terminará nuestro primer exámen sobre Moisés. Esta consideracion está sacada del pueblo judío. Las relaciones de Moisés en la época en que fueron escritas tenian todo un pueblo que las repetia y las atestiguaba. Este pueblo continuó existiendo, y existe aun á estas horas en medio de nosotros, como mensajero y custodio de sus anales; y este pueblo ha presentado siempre, tanto en la antigüedad como en los tiempos modernos, un fenómeno religioso y social que no puede explicarse sino por la intervencion de la autoridad divina.

Considerando desde luego al pueblo judío en la antigüedad, es imposible defendernos del asombro que nos causa ese hecho colosal de todo un pueblo, de toda una nacion, superior á las demás por su antigüedad, atravesando todos los siglos en el seno de la idolatría y de la universal depravacion, y guardando intacto el depósito de la ley natural, de la religion primitiva, de la creencia y del culto á un Dios

único, espiritual, santo, misericordioso, padre y juez de todos los hombres, tal, en fin, como es el verdadero Dios que hoy adora toda la tierra, y que toda la tierra ignoraba entonces.—*Judæi mente sola*, dice Tácito, *unumque numen intelligunt, summum illud et æternum, neque mutabile, neque interiturum* [1].—Todas las naciones primitivamente iluminadas por la antorcha de la religion natural no tardaron en verla apagada, extraviándose en las sendas de la supersticion y de la idolatría, y perdiéndose mas y mas en ellas, sin que nada pudiese volverlas al buen camino. Los filósofos pululaban en su seno, y empleaban toda su vida en busca de la verdad; y sin embargo la verdad permanecia tan oculta, que el príncipe de aquellos filósofos, el mismo Platon, se veia obligado á decir: «Es muy difícil el saber á qué «debemos atenernos tratándose de Dios, y aun cuando lo supiéramos «seria muy peligroso el decirlo.» En efecto, este filósofo no se atrevia á pronunciar el santo nombre de Dios mas que al oido de sus íntimos amigos; y entre tanto todo un pueblo, toda una nacion, única en el mundo, fundaba toda su religion, todas sus costumbres, todas sus festividades en el culto público de un Dios solo, espiritual, purificador y vengador de todas las torpezas humanas, con las cuales cabalmente los demás pueblos formaban sus divinidades, sin tener mas *que un solo templo*, y en este templo, maravilla del mundo, *nada mas* que la presencia invisible de este Dios y los caractéres de su santa ley, borrados en todo lo restante del mundo. Cuando Pompeyo usando ó abusando del derecho de conquista, entró en el *Sancta Sanctorum*, observó con asombro, dice Tácito: *Nulla intus Deum effigie, vacuam sedem et inania arcana* [2]; asombro que habian experimentado muchos siglos antes los pueblos del Oriente, haciéndoles exclamar: «No hemos visto ningun ídolo en Jacob: no se ven allí presagios su«persticiosos, no se ven augurios ni sortilegios; es un pueblo entre«gado exclusivamente al Señor su Dios, cuyo poder es invencible [3].» Y de aquí aquel dicho vulgar que corria entre los paganos, á saber, que los judíos no adoraban mas que el aire y al cielo: *Nil præter nubes et cœli lumen adorant;* ¡hasta tal punto habia el espíritu humano perdido de vista la verdad, que solo los judíos habian conservado!—¿No es este un prodigio en el órden moral?—¿Cómo solo los judíos se habian librado del naufragio universal de la razon? ¿Cómo

[1] Tácito, *Hist.*, lib. V, 5.
[2] Tácito, *Hist.*, lib. V, 9.
[3] Num. XXIII, 21, 22, 23.

ellos solos se habian sostenido en la cumbre de la verdad primitiva, y habian resistido á esa pendiente, á esa tendencia de la condicion humana hácia el error; ellos, que eran mas antiguos que todos los demás pueblos, y que por lo mismo hubieran debido envejecer y corromperse mas pronto? ¿Ellos, que por lo demás no eran naturalmente menos groseros ni menos carnales, ni menos atacados de aquella enfermedad moral que roe interiormente á todos los mortales[1]? Y nótese que entre ellos este culto tan elevado, tan puro, se practicaba sin pretensiones y sin distincion, que era el culto vulgar, el culto diario: obsérvese además que se mantuvo al través de todas las vicisitudes políticas y sociales, bajo la ley de familia, bajo la teocracia, bajo la república, bajo la monarquía, bajo la dictadura, en la paz y en la guerra, en la libertad como en la servidumbre, en la patria como en el destierro, y que se conservó de la misma manera hasta el fin, es decir, hasta que el Cristianismo, salido de su seno, vino á derramar sobre el mundo una luz mas viva, absorbiéndolos en la generalidad de su difusion.

¿Cómo se explica semejante fenómeno?

Por lo que á mí toca, lo diré altamente, porque es en mí una profunda conviccion, tanto de raciocinio como de fe; no me explico este fenómeno de la conservacion de la verdad religiosa en este pueblo, sino por el mismo medio que por primera vez se habia comunicado á la tierra; la revelacion, la intervencion de la Divinidad. La fuente de las divinas comunicaciones, de donde emanó la verdad que brillara en la inteligencia del hombre, habia quedado abierta en medio de este pueblo, y manaba con intermitencias del seno de los Patriarcas y de los Profetas, manifestándose por hechos y sucesos que dispertaban continuamente en los espíritus la memoria de la verdad, reprimian la tendencia de los ánimos hácia la idolatría, los contenian en la antigua senda de la tradicion, y les hacian visible la presencia de la Divinidad, hasta que difundió sus destellos por toda la tierra en la persona de Cristo y de su Iglesia. Un resultado tan sobrenatural no pudo producirse sino por virtud de impresiones sobrenaturales tambien. En todos los pueblos la razon y la tradicion habian sido impotentes para conservar la verdad. ¿Cómo, pues, solo entre los ju-

[1] Hasta pudiéramos decir que los judíos eran mas carnales é indóciles que los demás pueblos, y que Dios al parecer los escogió adrede de esta manera, para que brillase mas el prodigio de la conservacion de la verdad divina en su seno.

díos pudieron dar tan distintos resultados? La tradicion hubiera podido, todo lo mas, prolongar el reinado de la verdad; pero la propension viciosa la hubiera conducido al aniquilamiento, y una vez alterada ó perdida, lo hubiera sido para siempre. Sucedió todo lo contrario. La tendencia se dirigió hácia el aumento de la verdad, hácia la esperanza de una luz mas pura y mas brillante; y cuando por incidencia venia á flaquear y á oscurecerse, se le veia á poco aparecer de nuevo y recobrar con mas viveza su antiguo esplendor. Hé aquí en resúmen toda la historia del pueblo judío.

Pero no nos adelantemos, si se quiere, hasta deducir de aquí la inspiracion en el pueblo ó en la nacion hebrea; hagamos al escepticismo todas las concesiones posibles; á lo menos es constante que el fenómeno, cuya causa indagamos, solo pudiera explicarse diciendo que los judíos poseian una constitucion tradicional sumamente fuerte y bien eslabonada, constitucion que habian conservado naturalmente hasta Moisés, y que este grande hombre, apoderándose de ella, la habia organizado con admirable prevision; que para este pueblo habia una especie de canal de tradicion herméticamente cerrado, que le transmitia incorruptiblemente la verdad primitiva, y le reproducia exactamente el sonido de la voz de sus antepasados y la palabra del Criador; que si el verdadero Dios habia permanecido grabado en su espíritu y en su corazon, fue porque era el Dios de Abrahan, de Isaac y de Jacob, el Dios salvador de la familia patriarcal de Noé, el Dios criador de Adan, y autor del cielo y de la tierra. Moisés, al grabar en este pueblo semejante doctrina tradicional, la habia ya encontrado en él, y cabalmente sobre ella misma fundó el ascendiente que obtuvo. Hé aquí lo que por lo menos es preciso conceder. Pues bien, esto basta para dar á los libros hebreos un carácter incomparable de certeza; porque bajo la influencia de esta doctrina tradicional, tan segura y preservadora, fueron compuestos y preservados. El pueblo judío quedó depositario inviolable de las verdades mas espirituales; jamás se dejó sorprender por las seducciones y novedades que por todas partes le asediaban: por cuya razon adquirió el derecho de ser creido con preferencia á los demás en la relacion que nos hace de los grandes acontecimientos primitivos, que son mucho mas fáciles de conservar.—Él guardó las ideas, y por esto guardó los hechos;—y bajo este concepto, el libro de Moisés, donde se consignan estos hechos y estas ideas, presenta un carácter único y singular de certidumbre. Las ideas y los hechos, la historia y la doctrina, se enlazan y

encadenan estrechamente en los libros hebreos: por la impresion de los hechos quedaron grabadas las doctrinas, de donde se infiere que la conservacion de las verdades espirituales supone necesariamente la conservacion de los recuerdos sobre los hechos materiales, y que aquellos responden de estos, como el efecto responde de su causa, y como el fin responde de los medios.

Y ¿cómo podríamos dejar de admirar esta consideracion, cuando tenemos todavía á nuestra vista á ese mismo pueblo, que despues de haber pasado durante diez y nueve siglos por la criba de la adversidad y de haber sido dispersado por todas las regiones de la tierra, ha quedado sin embargo firme en sus tradiciones y creencias, el mismo que en la edad media, el mismo que bajo Adriano y bajo Tito, el mismo que bajo sus Pontífices, sus Profetas y sus Reyes, el mismo que bajo Moisés, sin mas diferencia que la de hallarse *desnacionalizado*, si puedo decirlo así, y como desterrado en los tiempos modernos? Todos los demás pueblos antiguos sus vencedores desaparecieron ya, él solo ha quedado como un fantasma que arrastra su sudario entre los vivientes; y si se busca lo que puede servirle de lazo en su misma disolucion, solo se encuentra una cosa en que se cifra todo el prodigio; un libro que guarda entre sus manos al cabo de treinta siglos, libro que le sirve de talisman y prenda de su vitalidad, y que todo lo suple: el hogar, el ara, la unidad nacional. — Pero ¡qué libro! — ¿Cómo podemos dudar de su propia conservacion si él solo constituye la conservacion única de un pueblo? ¿Podemos dudar de su fidelidad, cuando él mismo supo conciliarse una fidelidad tan portentosa? Á pesar de tantas causas como hubieran debido alterarlo, haciéndolo participar de las vicisitudes de sus depositarios, ni una palabra se ha mudado en él en diez y ocho siglos, como para probarnos que tampoco se habia mudado una sola palabra en los quince siglos que precedieron, y para mostrarnos la fuerza de la verdad primitiva en el respeto que supo inspirar para su conservacion. Por lo demás, el historiador Josefo se expresa en este punto de la manera siguiente: «Nada puede haber mas cierto que los escritos autorizados por nos- «otros (escribia bajo el imperio de Tito): ellos no pudieron sujetarse «á la menor discusion, supuesto que en ellos solo se aprueba lo que «escribieron los Profetas hace una porcion de siglos. No existe entre «nosotros esa abundancia de libros que se contradicen entre sí: solo «tenemos veinte y dos que comprenden todo lo que ha ocurrido *desde* «*el principio del mundo hasta ahora* en lo que á nosotros se refiere, y

«á ellos debemos prestar fe. Conservamos hácia estos libros un res-«peto tal, que nadie se ha atrevido á quitar, añadir ó variar la me-«nor cosa. Los consideramos como divinos, los llamamos así, hace-«mos profesion de observarlos inviolablemente y morir con júbilo «si es menester, para mantenerlos [1].» Lo que decian los judíos á sus adversarios hace mil ochocientos años, sin temor de ser desmentidos, subiendo hasta *el principio del mundo*, podrian decirlo despues descendiendo hasta nuestros dias [2].

Hay que admirar tambien ciertas garantías particulares por cuyo medio quiso la divina Providencia señalar á los ojos de los hombres la autenticidad de estos divinos escritos, poniéndolos fuera del alcance de toda contradiccion.

En el reinado de Jeroboan, mil años antes de Jesucristo, diez tribus hebreas se separaron de la nacion, formando el reino de Israel, cuya capital fue Samaria, y que desde entonces vivió separadamente en mortal hostilidad contra el reino de Judá, cuya cabeza fue siempre Jerusalen. Estas tribus llevaron consigo un ejemplar del Pentateuco, que dejaron á los samaritanos, quienes lo guardan todavía, y este ejemplar está exactamente conforme con el que guardaron los judíos. Conducidos estos en cautiverio á la Asiria, cuya lengua aprendieron, empezaron á escribir el hebréo con letras caldáicas, al paso que los samaritanos continuaron usando la antigua escritura hebrea, de suerte que poseemos dos originales completos del Pentateuco en dos caractéres diferentes, conservados por manos enemigas, y sin embargo semejantes entre sí hasta tal grado, que al compararlos, nadie sospecharia que sus depositarios hubiesen estado divididos constantemente por un cisma tan implacable é inveterado [3].

[1] *Josefo contra Appion*, lib. I, cap. 2.

[2] Nada es mas extremado que la aplicacion é industria que siempre han empleado los judíos para preservar su Biblia de cualquiera corrupcion que en ella hubiera podido deslizarse. Para esto inventaron la *Masora*, que la llaman la *cerca de la ley*, la cual consiste: 1.° en señalar por puntos ó mociones vocales todas las palabras, cuyo uso estaba antiguamente fijado por la lectura; 2.° en contar todas las secciones, capítulos, palabras, letras de cada palabra, las *aes*, las *bees*, etc., etc., de cada uno de los libros y de todos ellos con una escrupulosidad que apenas se concibe.

[3] Parece que la Providencia permitió que durase hasta nuestros dias esta secta samaritana, con el objeto de hacer mas palpable y relevante, por su perpétua hostilidad con el resto de los judíos, la autenticidad del sagrado texto que unos y otros han conservado: secta reducida en el dia á unas treinta familias que habitan en *Nablous*, sitio de la antigua *Sichem*.

Cuando apareció el Cristianismo ocurrió todavía un cisma mas fatal y mas considerable que dividió al pueblo judío, una parte del cual con todo el resto del mundo reconoció en Jesucristo al que consume y llevó á término el destino de la verdad divina, y otra parte lo desconoció, obstinándose todavía en buscar y esperar á su Libertador. Este nuevo cisma ninguna alteracion introdujo tampoco en la concordancia de todos los libros hebreos; y aunque de una parte ó de otra militaba el mayor interés en modificar el texto de un libro que contenia su defensa ó su condena, no se introdujo en ellos la menor variante. Una parte del pueblo judío sin detenerse en Jesucristo, prolongando este término de su destino, y falseándolo, cumplió con esta misma conducta el grande objeto providencial y solo invisible para él, al cual hizo Dios servir su mismo error para asegurar á la fe civilizadora que conserva el mundo la base mas sólida y anchurosa, en el solo hecho de que un pueblo el mas antiguo de todos, en su misma dispersion, lleva los archivos de la verdad cristiana por toda la tierra, garantizándolos con su propia hostilidad, y viniendo á ser, á pesar suyo y sin conocerlo, el baluarte universal de fe que está maldiciendo [1].

El escepticismo se reconoce vencido ante tales razones, y se ve obligado á convenir en que el libro de Moisés, el mas antiguo sin comparacion entre todos los libros, el único que nos declara nuestro orígen sobre la tierra, y que se recomienda eminentemente por sí mismo y por su autor, goza además de una prenda de conservacion y certeza, que ningun libro puede disputarle, aun cuando hubiera sido obra de ayer [2].

[1] No se nos acuse de prolijidad, pues estamos muy léjos de haber agotado el inmenso estudio de las consideraciones que sugiere este pueblo-fenómeno. Todavía le volverémos á encontrar en otros puntos de esta obra, y sobre todo en la tercera parte, cuando tratemos de las profecías.—Este es su verdadero punto de vista.

[2] Independientemente de los dos textos samaritano y judío, que se comprueban entre sí, tambien es preciso tomar en consideracion ciertas traducciones antiguas, que atestiguan la semejanza de los textos en épocas diferentes. —1.° La version de los *Setenta*, traduccion griega del texto hebreo, hecha por setenta y dos hebreos bajo el reinado de Tolomeo Filadelfo, rey de Egipto doscientos setenta y siete años antes de Jesucristo, á consecuencia de lo que propuso á este Príncipe su bibliotecario Demetrio Falereo;—2.° la *Vulgata*, traduccion latina hecha sobre el texto griego en el primer siglo de la Iglesia, viviendo todavía los Apóstoles ó sus discípulos;—3.° la traduccion latina de san Jerónimo, trabajada sobre el texto hebreo. Todos estos textos ó traducciones

Pero Moisés espera todavía un homenaje mas decisivo y mas solemne, no solamente de parte de los judíos y de los cristianos, sino del lenguaje humano en su mayor extension y generalidad, y de la misma naturaleza en sus mas profundos abismos, que se van á levantar para deponer en su favor y mostrarse parte en la causa del que escribió sus verdaderos anales.

§ II.

Moisés juzgado por las ciencias en el siglo XIX.

El historiador sagrado se encuentra en presencia de la crítica humana en una posicion muy particular. Si parece que por su antigüedad no debiera serle accesible, en razon de su asunto le queda eternamente sujeto. La historia de Moisés no tiene por objeto, como en los demás historiadores, acontecimientos pasados, desaparecidos, y sobre cuya exactitud se puede formar un juicio mas ó menos aproximado: el grandioso asunto de este libro son Dios, la naturaleza, la especie humana, en sus planes externos y en sus constituciones inmutables. Moisés escribe de lo que existe siempre y en todas partes, y que ha dejado huellas imperecederas, y como inscripciones impresas en las entrañas del globo y en el seno de todos los pueblos, que pueden hacer remontar fácilmente hasta el principio de su existencia. Al describir la creacion de la naturaleza y las primeras revoluciones

concuerdan entre sí de tal suerte, que judíos, católicos ó protestantes los invocan indiferentemente. La *Vulgata* ha sido mas particularmente recomendada á la confianza de los fieles por el concilio de Trento, por ser mas literal y mas clara.— En fin, un hecho reciente ha derramado una luz vivísima sobre esta fiel conservacion de los Libros sagrados, y en especial del Pentateuco. «En «estos últimos años el Dr. Buchanan se proporcionó y trajo á Europa un ma«nuscrito de que se servian los judíos de raza negra establecidos en la India, «donde por espacio de algunos siglos se hallaban privados de toda comunica«cion con sus correligionarios de las demás partes del mundo. Es un frag«mento de un inmenso rollo, que, cuando estaba entero, debió de tener como «noventa piés de largo; y tal como se halla en el dia, se compone de trozos «escritos por varias manos en épocas distintas, y contiene una parte conside«rable del Pentateuco: las letras se hallan trazadas en pieles teñidas de color «rojo. Mr. Yeates, despues de haber comprobado este manuscrito con la edi«cion de Van der Hooght, considerada siempre como la edicion modelo para «semejantes confrontaciones, lo ha publicado, resultando de este importantí«simo trabajo, que entre los dos textos no existen mas que cuarenta diferen«cias, de las cuales ninguna tiene la mas leve importancia.» (Nicolás Wisseman, *Discurso X*).

del globo, se expuso Moisés á recibir un constante mentís de parte de los mismos elementos constitutivos de la misma naturaleza y del globo, si no era verdad lo que dijo; y al referir los grandes acontecimientos sucedidos al primer hombre y á su raza inmediata antes de su dispersion, se dió tantos observadores y testigos cuantos debieran ser los hombres que existirian sobre la tierra, ya por el sello que esos primeros acontecimientos debieron dejar en la misma constitucion del hombre, ya por las tradiciones que cada pueblo llevó consigo á las emigraciones, como el agua turbia de una fuente ó de un estanque manifiesta su presencia por todas partes donde despues corre y se destruye. Bajo este punto de vista puede decirse que Moisés estaria mas oculto en su misma antigüedad, si no se remontase tan atrás, y que se presta y está siempre expuesto á nuestra observacion como la naturaleza de las cosas, precisamente porque hizo el relato de su orígen.

Semejante posicion, admitiendo la exactitud del relato de Moisés, ha debido no serle siempre favorable. En efecto, antes de llegar á este exacto conocimiento de las cosas naturales, que distingue tan eminentemente al siglo actual, y que depende de mil causas accidentales ó progresivas, el espíritu humano ha andado á tientas por mucho tiempo á la puerta de cada ciencia, ha abrazado grandes quimeras antes de descubrir la verdad; de donde se sigue que esta verdad que debia ser mas tarde el resultado del desarrollo y perfeccionamiento de las ciencias presentada con anticipacion, sin explicarse y como arrojada toscamente en la cosmogonía de Moisés, debió parecer al principio una quimera y un enigma, como la relacion de los prodigios de nuestra moderna industria hubiera parecido fabulosa y absurda á las inteligencias de la edad media. Sin duda la fe, que en esta época ocupaba el lugar de las ciencias, favoreciendo su vuelo, protegia al mismo tiempo la verdad del relato de Moisés y lo hacia aceptar bajo su palabra; pero cuando mas adelante esta fe hubo perecido, sin que las ciencias hubiesen adelantado todavía bastante para ponerse en su lugar, debió obrarse una terrible reaccion contra la autoridad del libro sagrado; porque el interés del corazon, sublevándose contra la religion, se encontraba ligado al interés aparente del espíritu contra el fundamento de sus dogmas. Esto fue lo que aconteció durante el siglo XVIII, época fatal, época funesta para la verdad, siglo de grosera barbarie arrojado por la Providencia entre dos civilizaciones. La ciencia perdió entonces no menos que la fe, porque la ignorancia y el error científicos se alimentaban con todas las preocupaciones de la

incredulidad. De aquí tantos sistemas absurdos, tantas vergonzosas puerilidades, levantadas y sostenidas contra la religion en nombre de las ciencias que en el dia las aterran y desvanecen, de aquí ese monótono encarnizamiento de Voltaire contra el mosaismo considerado como la raíz del árbol cristiano, de aquí ese ridículo arrojado incesantemente por el mismo contra la majestad muda y adormecida del Patriarca. Pero la risa de Voltaire fue una risa parricida; fue la risa de Cam, que caerá y permanecerá como una eterna maldicion sobre su memoria.

En fin, las ciencias han vuelto á emprender su marcha ascendente, y cada nuevo paso las ha reconducido al punto anteriormente ocupado por la fe. Hace poco, todo parecia confuso y ridículo en la cosmogonía de Moisés; ahora empero todo se presenta grave, despejado y radiante; y así como el historiador de la creacion fue envuelto con la ciencia en los desatinados ataques del talento humano, de la misma manera hoy comparte con ella, ó mas bien recoge todos los honores de su triunfo, como si la hubiese poseido desde el principio, y no pudiendo haberla recibido mas que de Dios [1].

El primer punto sobre el cual fue Moisés mas vivamente atacado es el cronológico. Se habian falsificado todos los monumentos históricos para confundirlo, y se habian ciegamente aceptado, objetándolos

[1] Me figuro que se leerá con gusto la siguiente hermosa comparacion de Wisseman: «Si viajando, corremos con alguna rapidez por un camino uniforme y agradable, nos parecerá que los objetos que están mas cerca de nosotros van marchando á una direccion contraria á la nuestra, y que se mueven hácia el lado opuesto que nosotros. La mayor parte de estos objetos son, no obstante, obras de la mano del hombre, acaso los mismos setos que él ha plantado, tal vez las chozas ó cabañas que él mismo ha construido. Pero si extendemos la vista mas léjos, y la fijamos en las obras de la naturaleza, sobre las enormes montañas que ciñen el horizonte, ó en los majestuosos nubarrones que andan nadando por el océano del cielo, verémos que bajan con nosotros, en nuestra direccion, y que su curso es hácia adelante lo mismo que el nuestro. Creo que nos sucede una cosa parecida en nuestro viaje hácia la investigacion de la verdad. Los hombres nos han engañado con las plantaciones de sus propias manos ó con las concepciones de su inteligencia; y si las examinamos á medida que vamos adelantando, nos parecerán en cierto modo opuestas y en contradiccion con la realidad de las cosas. Mas levantemos nuestras miradas hasta mas allá de esas creaciones nuevas y mortales, contemplemos y preguntemos á la misma naturaleza en sus obras primitivas y permanentes, y descubrirémos por este medio que lleva el mismo rumbo que nosotros, y se encamina hácia el objeto de nuestros deseos.» *(Exordio del discurso VII)*.

contra la data señalada por el orígen del mundo, los mas ridículos cálculos de algunos antiguos anales de la India y de la China. No se queria reconocer, que no colocando tan léjos este orígen, Moisés daba al menos una prueba de desinterés, y que la incalculable antigüedad bajo cuya sombra pertrechaban sus fabulosas relaciones los autores de esos anales los hacia sospechosos de un sentimiento contrario. El desventurado Bailly fue el primero que en su *Historia de la astronomía antigua* se apoyó en las tablas astronómicas de los indios para hacer remontar y cási perder en una distancia incalculable el orígen de las sociedades humanas. Se entregó sobre esto á suposiciones tan fantásticas, que el buen sentido del mismo Voltaire no pudo conformarse con ellas y las refutó á su manera: «Nunca nos ha venido nada de «la Scitia, escribe, rechazando una de las mas atrevidas ficciones de «Bailly, mas que tigres que devoraron á nuestros corderos; pero «¿deberémos suponer que estos tigres salieron de sus madrigueras «con los cuadrantes y astrolabios? ¿Quién ha oido decir que algun «filósofo griego hubiese ido á instruirse en las ciencias al país de Gog «y de Magog [1]?» En su contestacion á Voltaire, Bailly, que despues fue tan grande en presencia de la muerte, descendió á una infinidad de pequeñeces, que atestiguan hasta qué punto era la ciencia, á la sazon, tímida esclava de la impiedad. «Los bramas, dice, estarian «muy orgullosos si supiesen que poseen un apologista tal. Mas ins«truido que lo hayan podido ser ellos nunca, disfrutais la reputacion «de que gozaban ellos en la antigüedad. Los hombres van ahora á «Ferney como en otro tiempo á Benarés; pero Pitágoras se hubiera «instruido mejor si hubiese aprendido en vuestra escuela; porque el «Tácito, el Eurípides y el Homero del siglo, toda esa antigua Aca«demia no vale tanto como vos solo, etc., etc. [2].» Un adversario mas formidable que Voltaire, y que no se pagaba como él de cumplimientos, el célebre Delambre [3], confundió á Bailly con argumentos y observaciones que llevaron á la cuestion la luz de la verdadera ciencia, cuestion que ya no existió desde entonces; y Laplace, á pesar de su amistad con Bailly, no tardó en añadir el peso de su nombre al de Delambre contra la quimérica antigüedad de las tablas astronómicas de los indios: «Las tablas de los indios, dice, suponen conocimien«tos muy adelantados en astronomía; pero hay muchísimos motivos

[1] *Carta sobre el origen de las ciencias.*
[2] *Contestacion de Bailly*, pág. 16.
[3] *Historia de la astronomia*, pág. 89.

«para creer que estas tablas no pueden reclamar una muy grande «antigüedad. En esto me aparto con sentimiento de la opinion de un «ilustre y poco afortunado amigo mio, etc., etc. [1]» En lo sucesivo fué ensanchando esta verdad sus límites por las investigaciones de los mas distinguidos astrónomos de Francia y de Inglaterra, y particularmente de Maskelino [2], de Cuvier [3] y de Klaproth, y se ha reconocido, como dice este último, «que las tablas astronómicas de los «indios, á las cuales se habia atribuido una antigüedad prodigiosa, «fueron construidas en el siglo VII de la era vulgar, y posteriormen- «te han sido referidas por medio del cálculo á una época anterior [4].»

Destruidos así los calculos fundados sobre la pretendida antigüedad de las tablas astronómicas de los indios, la incredulidad (ó mas bien la credulidad) se asió de la extravagante antigüedad que dan estos pueblos á sus formas de gobierno. Pero muy pronto, un sábio versadísimo en el conocimiento de la India, y al mismo tiempo muy imparcial en la cuestion religiosa, que en el fondo era el principal motivo de todas esas disputas, sir W. Jones, emprendió la tarea de aclarar ese cáos, y empezó su escrito con la siguiente manifestacion de los sentimientos que le animaban: «No soy partidario de ningun «sistema, y estoy tan dispuesto á rechazar la historia de Moisés, si «se prueba que es errónea, como á creer en ella si la veo confirmada «por pruebas legítimas y por una incontestable evidencia. Voy, pues, «á empezar formando un resúmen de la cronología de los indios [5].» Sin embargo, bien pronto conoció sir Jones que tenia que habérselas con las *razas divinas* con que encabezan los indios su historia auténtica, y que están exentas de las leyes que limitan la duracion de las dinastías mortales. Desvaneciendo, pues, todos estos absurdos, trazó las tablas de los reyes verdaderos, y llegó á inferir que la historia de los indios, *en toda la larga duracion que se le puede justamente señalar*, solo se remonta á unos *tres mil ochocientos años* anteriores á nuestra era [6]. Este resultado fue despues corroborado mas y mas por los trabajos de los sábios Wilfort, Hamilton, Heeren y Guigniaud.

[1] *Exposicion del sistema del mundo*, sexta edicion, pág. 427.
[2] *Prefacio*, pág. 25.
[3] *Discurso preliminar*, 1825, pág. 238.
[4] *Memorias relativas al Asia*, pág. 397.
[5] *De la cronologia de las Indias. — Investigaciones sobre el Asia*, t. II.
[6] *Loco citato*, pág. 145.

Pero mientras que (para servirme de la comparacion de Wisseman) las grandes autoridades de la ciencia se movian por el horizonte en el mismo sentido que la verdad religiosa, á la orilla del camino, algunos sábios de segundo órden, que no se aconsejaban mas que de su odio al Cristianismo, y á cuyo frente se hallaba Dupuis y Volney, se esforzaban en asediarlo y contrariarlo por medio de sistemas tan frágiles como osados. Parecia que el acaso se hacia cómplice del error que se buscaba, y que á fuerza de preocupaciones no podia dejar de encontrarse. Cuando la expedicion de Egipto, se descubrieron en los templos de Denderah y de Esneh, en el alto Egipto, unos zodíacos pintados y en bajo relieve que representaban las figuras de las mismas constelaciones zodiacales que están actualmente en uso, aunque distribuidas de una manera particular: se sometieron al exámen y á los cálculos de los eruditos, y despues de muchas combinaciones, exactas en apariencia, resultó que aquellos templos habian sido edificados siete mil años antes, lo cual echaba completamente por tierra la cronología de Moisés. Este descubrimiento metió mucho ruido, y Dupuis, á cuyos ojos tenian aquellos zodíacos mas de *veinte y cinco mil años*, sacó de ellos grandísimo partido para su obra *Del origen de los cultos*. No obstante, el planisferio circular fue llevado á París; y Mr. Biot, en una obra fundada en medidas precisas y cálculos llenos de sagacidad, segun la opinion de Cuvier, probó que en aquel planisferio no se podia descubrir otra cosa que el estado del cielo tal como se conocia setecientos años antes de Jesucristo. Este trabajo hizo dudar de la verdadera época de la construccion de los templos; y, como por medio del diente de oro, se pensó en acabar por donde se hubiera naturalmente empezado, si la preocupacion, dice tambien Mr. Cuvier, no hubiese cegado á los primeros observadores. Copiáronse las inscripciones griegas grabadas en aquellos monumentos; y se descifraron las que estaban expresadas en jeroglíficos[1]. Entonces se vió claramente que los templos eran del tiempo de los romanos; que el pórtico de uno de ellos estaba consagrado *á la salud de Tiberio;* que el *mismo planisferio* llevaba el título de *Autócrata,* que se daba á *Neron;* que el otro templo tenia una columna pintada y esculpida por el mismo estilo que el zodíaco, en la que se leia una inscripcion que se refiere al año 10 del emperador Antonino; y, en fin,

[1] Debemos á Mr. Champollion el principal mérito de esta importante rectificacion, segun lo publicó el ministro del Interior, Mr. el vizconde de la Rochefoucauld, en su carta al Rey, del 15 de mayo del año 1826.

la desgracia de los impugnadores fue completa, cuando algun tiempo despues en un ataud de momia traido de Tebas por Mr. Caillaud, conteniendo, segun la inscripcion griega muy legible, el cuerpo de un jóven muerto el año 19 del emperador Trajano, se encontró un zodíaco dividido en el mismo punto que los de Denderah y de Esneh[1].

He citado este ejemplo y me he limitado á trazar los primeros pasos de la lucha empeñada contra Moisés sobre cronología, para que los lectores se formen idea de lo que pueden ofuscar y alucinar el entendimiento las preocupaciones de la incredulidad. Júzguese por esto cuáles serian su audacia y la facilidad de su triunfo sobre todos los demás puntos de la cosmogonía judáica; sobre las seis épocas de la creacion; sobre la creacion de la luz antes que la del sol; sobre la unidad de la raza humana; sobre la longevidad de los primeros hombres; sobre el diluvio y la preservacion de Noé; sobre la torre de Babel, la confusion de las lenguas y la dispersion de los pueblos, etc. Todo esto era desechado y arrinconado por el filosofismo, que oponia la evidencia del estado actual de las cosas á los *absurdos*, como él decia, del Génesis, y se vengaba con una risa inextinguible de la candorosa fe de todos los siglos pasados.

El punto mas importante de esta fe no era ninguno de los que acabamos de nombrar, pero estaba contenido en ellos: era el de la caida hereditaria del primer hombre, y de la promesa transmitida tambien hereditariamente, de un reparador, — de Jesucristo. — Este era el punto irritante, y se creia que atacando todos los demás quedaria destruido este tambien. Seguramente se hubiera dejado á Moisés en paz, y quizás hasta se hubiera divinizado su genio, como se hizo con Sócrates y Marco Aurelio, si no hubiese tenido el enorme defecto de haber sido realmente inspirado por Dios, y de llevar como en sus entrañas los sagrados gérmenes del Cristianismo. Queríase ahogar en él este Cristianismo, y dejarlo aislado, rompiendo la antigua cadena que lo tiene atado á la misma cuna del género humano. Pero con esto mismo se hacia á la verdad la concesion mas preciosa y fundamental. En efecto, si ya no hubiesen existido mil pruebas de esta importante verdad de que el mosaismo contenia al Cristianismo, y que por consiguiente este presenta una sucesion no interrumpida desde el principio del mundo hasta nuestros dias, la misma

[1] Véase á Cuvier, *Discurso sobre las revoluciones del globo*, octava edicion. — Nicolás Wisseman, *Discurso* VIII. — Marcelo de Serres, *De la Cosmogonía de Moisés*, t. II, pág. 74.

táctica de la impiedad bastaria para descubrirla y confundirla: se ensañaba contra Moisés como contra el historiador de Jesucristo [1]. Hacia además otra concesion no menos preciosa, á saber, que las distintas partes del relato de Moisés son solidarias, y que la falsedad ó exactitud de las unas importa la falsedad ó exactitud de las otras. Hé aquí su argumento:

Moisés faltó á la verdad señalando al mundo un principio, y no haciéndole remontar mas que á seis mil años; se burló del sentido comun diciendo que la luz habia sido criada antes que el sol, que todos descendemos de un solo hombre, y que el negro y el albino proceden de una misma sangre; quiso divertir á los niños con la larga vida de sus Patriarcas, su diluvio y su arca de Noé, su torre de Babel y su confusion de las lenguas;—si todo esto es falso, si todo se desvanece como el humo al mirarlo á la luz de la ciencia, podemos tambien borrar cuanto Moisés dijo de la caida del hombre y de la promesa de un Redentor; y por consiguiente el Cristianismo carece de base.

La cuestion que este raciocinio supone se halla en él muy bien sentada. Estamos de acuerdo con los enemigos de la Religion sobre este punto, pero desde luego nos creemos con derecho para decirles:

Si está demostrado que Moisés, *contra la apariencia natural de las cosas, dijo* VERDAD sobre todos los puntos en que os gloriais de haberle confundido, habrá dicho tambien VERDAD sobre el punto capital de la caida del hombre y de la promesa de un Redentor; y deberémos creerle con tanto mas motivo cuanto que se nos presentará superior á todos los demás hombres, supuesto que habrá conocido secretos tan ocultos á la ciencia humana, que esta en su ignorancia los ha tratado de absurdos. Entonces dirémos nosotros igualmente: la *incomprensibilidad* del misterio de la caida del hombre y de su reparacion no será ya una razon para no creer en él, y la veracidad de Moisés en las cosas *que parecian asimismo incomprensibles*, será al contrario una razon decisiva para que apoyemos en él nuestra fe. El Cristianismo por consiguiente descansará sobre el judaismo, y este enlace de las dos religiones será divino.

Establecido este principio, tenemos la antorcha de la ciencia, y empecemos esta grande confrontacion. Abramos por un lado el libro de

[1] Todo el secreto de las obras de Voltaire contra los hebreos, dice el judío Mr. Salvador, está contenido en estas palabras:—*El Cristianismo está fundado sobre el judaismo.* (*Ley de Moisés*, primera edicion, pág. 434).

la naturaleza, y por otro el libro sagrado, y comparemos estos dos textos para examinar si son obra de un mismo autor [1].

I. *In principio creavit Deus cœlum et terram.* — «En el principio «*crió* Dios el cielo y la tierra [2].»

Por este primer versículo se coloca Moisés á una infinita distancia de todos los sistemas humanos.

Todos los sistemas humanos sobre el orígen de las cosas son tan multiplicados y varios, que Montaigne al recordarlos exclamaba: «Gloriaos de haber encontrado la piedra filosofal despues de haber «exprimido tantas molleras de filósofos [3];» convienen sin embargo todos en un punto, el *de la eternidad de la materia.* Parece que no se ha concedido al pensamiento humano, aun en sus mas aventuradas ficciones, concebir la idea de la *creacion,* que es propiamente, y para servirnos de la expresion de Montaigne, *encontrar la piedra filosofal.* Platon, cuyo sublime genio llegó, por decirlo así, á tocar los límites de la inteligencia humana, no pudo abrazar la creacion ni en su esencia, ni en sus resultados, como puede verse en el *Timeo* y en el *Tratado de las leyes.* Segun él, Dios imprimió en la materia la forma, el órden, la belleza; pero al fin y al cabo esta materia informe, antes que Dios hubiese puesto en ella su mano, era siempre *un no sé qué,* que tenia un fondo de existencia.

Segun el historiador sagrado, no habia NADA, *y en el principio* sacó

[1] Además del desarrollo y exactitud á que han llegado en nuestros dias todas las ciencias que se hallaban ya en marcha progresiva, han aparecido otras ciencias enteramente nuevas, como para venir á deponer en favor de la palabra de Dios, precisamente en la época en que la fe se estaba extinguiendo en todos los corazones. En este número debemos contar, ante todo, la geología, que nos va á prestar en este momento testimonios del mas vivo interés. ¡Qué cosa mas admirable que esa variedad y proporcion en las pruebas de que se reviste la Religion, segun las diversas fases que el humano espíritu presenta! Si la edad media y los primeros siglos de la Iglesia tenian pruebas que nosotros no tenemos; si pasó el tiempo de los milagros y prodigios, de la santidad de los Apóstoles, de la conversion del universo y del valor de los Mártires, aparecen nuevas pruebas, no menos evidentes, que llaman nuestra atencion, y que deben dejar satisfecho nuestro espíritu, precisamente por el lado que mas corresponde á las exigencias de la época, el lado de la ciencia y del exámen. — Cual luz bienhechora, colocada sobre lo mas alto de un faro, y superior á la movilidad de las ondas del mar, se mueve de una parte á otra, y hiere con sus colores inconstantes el ojo inquieto del navegante.

[2] En la traduccion de todos los pasajes del Génesis, que se hallan en el presente capítulo, seguimos textualmente la del P. Scio. *(El Traductor).*

[3] Lib. II, cap. 12.

Dios de la NADA, ó en otros términos, CRIÓ el cielo y la tierra. — Este fue su primer acto. — Despues la tierra salida así de la nada al estado de cáos, *estando desnuda y vacía, dijo Dios: Sea hecha la luz*, etc. Sigue luego *toda la formacion* del universo.

Nunca se observarán bastante en este corto bosquejo del orígen del mundo, trazado por la mano de Moisés, estos dos planes distintos: uno que nos representa á Dios *criador*, obrando sobre la nada; y otro que nos representa á Dios *formador*, obrando sobre el cáos. «Criado desde el principio y antes de todos los tiempos, dice Bossuet hablando del universo, pero ordenado tan solo en el tiempo [1].» *En el principio crió Dios el cielo y la tierra. — Y la tierra estaba desnuda y vacía... Y dijo Dios: Hágase*, Fiat, etc.

Sobre cuyas palabras hace Bacon la hermosa y profunda observacion siguiente: «Vemos en las obras criadas una doble emanacion de «la virtud ó fuerza divina, de las cuales una se refiere al poder, y otra «á la sabiduría. La primera se hace principalmente notar en la crea«cion de la materia, y la segunda en la belleza de la forma de que «la materia fue en seguida revestida. Cuando la Escritura habla de «la materia, no refiere que Dios dijese que se hiciesen el cielo y la «tierra, *fiat cœlum et terra*, cuya manera de hablar emplea en las de«más obras. Así mientras la creacion de la materia se presenta como «una pura obra de la mano, la introduccion de la forma en la ma«teria lleva un carácter de una ley ó de un decreto [2].»

[1] *Huitième élévation sur les mystères.*

[2] *El cristianismo de Fr. Bacon*, t. I, pág. 126-127. — Las expresiones que emplea el historiador sagrado son mas notables todavía, si se atiende al sentido de esta doble operacion divina. El verbo *bara*, de que se sirve al principio, ha sido vertido por todos los traductores y comentadores indistintamente por sacar de la *nada, criar,* á diferencia del verbo *asah* de que Moisés se sirve en seguida para indicar la formacion, *la plástica* del universo. Y creemos muy oportuno el hacer observar que este modo de entender la palabra *bara*, era comunmente recibido en la tradicion de los judíos, como se ve claramente por aquel pasaje del libro de los Macabeos: *Te conjuro, hijo mio, á que consideres el cielo y la tierra y todo cuanto contienen*, decia la madre de los siete hermanos Macabeos á uno de ellos, *y que comprendas que todo lo* CRIÓ DIOS DE LA NADA, *et intelligas quia* EX NIHILO *fecit illa Deus.* — El mismo Moisés hace resaltar claramente esta diferencia, cuando resumiendo, al principio del capítulo II, las divinas operaciones, dice: *Benedixit diei septimo, et sanctificavit illum: quia in ipso cessaverat ab omni opere suo quod* CREAVIT *Deus* UT FACERET, CREAVIT UT ORDINARET. *(Bara, Eloim Laassoth).* Así el verbo *bara*, de que se sirve al principio, no vuelve á parecer mas despues en su pluma, sino

Ahora preguntamos: sobre este principio de *la creacion* ¿de parte de quién está la verdad? ¿Tiene razon Moisés ó la tienen los filósofos?

Á uno de estos últimos se le escapó esta expresion decisiva: «Me «quedo, dice Broussais, con el sentimiento de una inteligencia *coor-«dinatriz,* que no me atrevo á llamar *creatriz*, AUNQUE DEBE DE SERLO.»

Hay efectivamente entre estos dos actos un enlace necesario. La potencia propia é inmediata de *coordinar* presupone forzosamente la potencia de *crear*. Si la materia es eterna, si no ha recibido de nadie su principio, es por lo mismo *independiente* en su manera de existir. Pero la accion propia é inmediata de coordinar presupone la *dependencia* de la cosa coordinada con respecto al coordinador. Por consiguiente si Dios coordinó la materia, esta no era independiente ni eterna, y ha debido ser criada.

Este raciocinio, que podríamos llamar demostracion matemática de la creacion, no ha sido concebido, sin embargo, por los hombres, antes de que el historiador sagrado empleara la palabra que le ha dado orígen.

Así, pues, acerca de este primer punto, Moisés tiene de su parte la razon, y se nos presenta desde luego como el oráculo del mismo espíritu de Dios; y no habiéndose podido ocurrir de otra manera á la inteligencia humana la idea de un poder que de nada hace una cosa, puesto que no hay para ella ninguna analogía sobre la tierra, es preciso convenir en que él es el que la dió inspirado por el espíritu de Dios.

II. *Terra autem erat inanis et vacua, et tenebræ erant super faciem abyssi: et Spiritus Dei ferebatur super aquas.* — «La tierra esta-

siempre el verbo *asah*, excepto en dos circunstancias particulares que hacen resaltar esta interpretacion, á saber: cuando Dios da vida á la materia criando los animales, y cuando cria al hombre á su imágen y semejanza. Aquí sobre todo desaparece la forma de decreto, el *fiat*, y vuelve á aparecer la *pura obra de la mano*, como dice Bacon, el *faciamus*, la creacion inmediata. Vuelve á aparecer aquí este poder creador, porque se trata de un principio aparte, enteramente distinto de la física general que rige la obra de los primeros dias. Estos tres órdenes de *creacion* indicados por Moisés, de la materia, de la vida animal y del alma humana, revelan una sabiduría profunda, que la ligereza y volubilidad de nuestro espíritu se admiran de encontrar bajo palabras tan sencillas y lacónicas como las de que él se sirvió. Moisés es lacónico, porque es exacto. Es la verdad hablando su propio lenguaje, y no admirándose de las maravillas que refiere, porque ella misma las ha obrado.

«ba desnuda y vacía, y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo, «y el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas.»

Resulta de este versículo que la tierra se hallaba primeramente abismada sin vida en las aguas, lo cual se halla aun mas confirmado por el versículo 9.°, que dice: *Júntense las aguas, que están debajo del cielo, en un lugar, y descúbrase la seca.* Aparece despues la vida vegetal y animal.

Hasta aquí el texto sagrado. — Abramos ahora el libro de la naturaleza y de la ciencia:

«Lo que sí es muy cierto, dice Cuvier, el *que la vida no ha existi-«do siempre sobre el globo*, y es bastante fácil al observador recono-«cer el punto en que la misma vida empezó á depositar sus restos. En «medio del desórden que nuestro globo presenta, los grandes natu-«ralistas han llegado á demostrar que existe cierto órden, y que esos «inmensos bancos, tan revueltos y desordenados como están, obser-«van entre sí una sucesion, que es á poca diferencia siempre la mis-«ma. El granito es la piedra que se encuentra debajo de todas las «demás, ya deba su orígen á un *líquido general que primeramente lo «haya tenido todo en disolucion*, ó ya haya sido producida por el en-«friamiento de una masa en fusion. Apóyanse sobre sus flancos las «rocas hojosas; mézclanse con sus capas los esquistos, los pórfidos, «los asperones y las rocas talcosas; y en fin, los mármoles de granos «salíneos y los calcáreos *sin conchas* son la última obra por cuyo me-«dio *ese líquido desconocido, ese mar sin habitantes, parecia preparar «los materiales* á los moluscos y á los zoófitos que despues debian de-«positar sobre aquella tierra inmensos montones de sus conchas ó co-«rales... PARECE QUE LA VIDA, QUE QUERIA APODERARSE DE ESTE GLO-«BO, LUCHÓ EN LOS PRIMEROS TIEMPOS CON LA NATURALEZA INERTE, «QUE ANTERIORMENTE DOMINABA. — ASÍ, NO PUEDE NEGARSE que las «masas que forman en el dia nuestras mas altas montañas estuvieron «primeramente en un estado líquido; y que mucho despues de su «consolidacion fueron cubiertas por aguas que no *alimentaban nin-«gun cuerpo viviente* [1].»

¡Qué hermosa concordancia! ¿Quién hubiera sido capaz en el siglo pasado de soñar en la posibilidad de semejante justificacion?

III. *Dixitque Deus: Fiat lux. Et facta est lux.* — «Y dijo Dios: «Sea hecha la luz. Y fue hecha la luz.» — Posteriormente á esta apa-

[1] Cuvier, *Discours sur les révolutions du globe*, pág. 24 y siguientes, octava edicion.

ricion de la luz, y aun posteriormente á la produccion de los vegetales, dijo tambien Dios: «Sean hechas lumbreras en el firmamento del «cielo, y separen el dia y la noche, y sean para señales y tiempos, «y dias y años.»

Hé aquí un texto que debió ejercitar por mucho tiempo la fe de nuestros padres: *¡La luz antes que el sol!* ¡Qué trastorno! Todo su gran genio no le sirvió de nada á Bossuet enfrente de esta dificultad, y solamente la fe lo tuvo sometido á la palabra santa, y le hizo escribir estas sencillas expresiones, que le serán en mas mérito delante de Dios que todos los importantes descubrimientos de nuestros físicos: — «Plugo al grande Artífice criar la luz aun antes de reducirla «á la forma que despues le dió en el sol y en los demás astros, porque «queria enseñarnos que esos grandes y magníficos luminares, que «algunos han pretendido divinizar, no tenian por sí mismos ni la ma«teria preciosa y brillante de que están compuestos, ni la admirable «forma á que los vemos reducidos [1].»

Está claro que semejante explicacion no podrá contentar á los espíritus fuertes; por esto no han escaseado á Moisés el ridículo sobre este punto, no sospechando siquiera que este ridículo caeria luego sobre ellos mismos.

¿Quién, efectivamente, no sabe en nuestros dias que cada molécula de la materia posee una cierta cantidad de luz, de calor y de electricidad, que le es propia y que es del todo independiente de los rayos solares, y que por lo mismo tuvo razon Moisés en distinguir la luz primitiva de la que, emanada mas tarde del sol, es todavía el principal foco de la que recibe la tierra?

De los trabajos é investigaciones de Young, de Fresnel y de Mr. Arago resulta, en efecto, que la luz es puesta en accion por la vibracion de un flúido esparcido por el universo, flúido extremadamente sutil, que llena el espacio, que pasa y penetra en el interior de todos los cuerpos, y al cual se ha dado el nombre de éter. Mientras este flúido está en reposo hay oscuridad completa; pero cuando es vibrado, se produce la luz, y nosotros percibimos su sensacion. Hay varias causas que pueden ocasionar esta vibracion, como el sol ó las estrellas, la electricidad, la combustion y cualquiera de las acciones químicas.

Así, fuera de la vista del sol, y á profundidades tales que es imposible suponer que llegue hasta ellas la accion de sus rayos, se revela y descubre la luz de mil maneras diferentes. Cuanto mas se profundiza

[1] Bossuet, *Histoire universelle*, seconde partie.

hácia el centro de la tierra, mas la impresion del calor denuncia la existencia de este flúido, y hace suponer que la temperatura y la luz primitiva de que gozó la tierra en las primeras edades de su formacion eran bastante considerables para que pudiese pasarse sin la que el sol ahora le envia. Solo cuando por efecto de la emision de rayos, este exceso de temperatura y de luz se disipó á través de los espacios celestes, recibió el sol una atmósfera luminosa, propia para compensar respecto de la tierra la luz y el calor que su superficie habia perdido á causa de su consolidacion. De suerte que, segun los mas positivos resultados de las ciencias físicas, la luz propiamente dicha, no solo *pudo*, sino que *debió* preceder al sol, que es uno de sus principales motores [1].

«La Escritura, dice un sábio geólogo, adivinó, pues, el resul«tado de los descubrimientos mas recientes, diciendo que la luz «estuvo en accion ó movimiento en la época primera. La Escritura, «por consiguiente, léjos de estar en oposicion con el progreso de «los conocimientos físicos, presta á la ciencia su apoyo y autori«dad [2].»

Es menester observar ahora la exactitud y propiedad de las palabras con que expresa Moisés la aparicion de la luz. Por una redundancia ya generalizada, los traductores le hacen decir: *Que la luz sea hecha, y la luz fue hecha;* pero el texto hebreo dice solamente: *Iehi or, vaihei or*, LUZ SEA. — LUZ FUE, energía de expresion que no solo aumenta el sublime que ya habia llenado de admiracion al retórico Longinos, sino que está además en una precision no menos admirable con la naturaleza de la luz. En efecto, la luz no debió ser creada ni hecha como un cuerpo particular cualquiera, supuesto que en sí

[1] Desde los grandes trabajos de Herschel hasta Mr. Arago, las observaciones de todos los físicos y de todos los astrónomos concurren á probar el hecho, cada vez mas demostrado, de que el sol es un globo sólido y opaco, envuelto en una doble atmósfera, la una inmediata, que es sombría y densa; y la otra superior, que presenta todos los fenómenos luminosos atribuidos falsamente á su foco. De consiguiente el sol es considerado ya como un globo eléctrico, como una inmensa pila de Volta, que segun las leyes de la electricidad despide sus corrientes á su circunferencia mas apartada, y puede él mismo estar al abrigo de los fuegos que lanza sobre nosotros, y por consiguiente ser habitable y habitado, como creia Herschel. Las manchas que en el sol se observan, y que con tanta frecuencia varian, no serian en este caso mas que hendiduras y cambios ya en su capa luminosa ó en su atmósfera inferior.

[2] *De la Cosmogonie de Moïse comparée aux faits géologiques*, par Mr. Marcel de Serres, t. I.

misma no es mas que el resultado de la vibracion del flúido luminoso, así como el sonido es resultado de la vibracion del aire atmosférico. El escritor sagrado no podia, pues, designar su aparicion de una manera mas clara y mas conforme á las causas de su propagacion. Parece que su expresion arroja la luz por los espacios, haciéndola saltar del mismo seno de las tinieblas, como lo dice san Pablo con una exactitud de expresion no menos notable: *Deus qui dixit de tenebris lucem splendescere* [1].

Otra particularídad, que ha llamado asimismo la atencion de todos los sábios, es que la palabra *luz* en hebreo lleva consigo la idea de calórico, y ¡cosa extraordinaria! indica igualmente un flúido saliendo por emanacion y ondulacion de los cuerpos que tienen la propiedad de propagarlo. «Es un hecho muy digno de advertencia, dice «Mr. Chaubard, que los significados de calórico y de luz se hallen «expresados en la Biblia por una misma y única palabra. En el sen«tido ó significado del hebreo debemos comprender, no solo la luz, «sino el calórico, y es preciso traducir la palabra *avor* por *luz-ca«lórico*, que corresponde á nuestro agente *químico-electro-magnético,* «nacido ayer, si nos es permitido hablar así; de modo que la Biblia «le lleva á la ciencia una delantera de mas de tres mil años. Á fin «de poder concebir mas fácilmente lo que es ese fenómeno, al cual «damos el nombre de *luz*, debe tenerse presente que la palabra *avor,* «tomada en su sentido radical, lleva consigo la idea de un flúido sa«liendo por medio de *efluvios* [2].» — «La semejanza en el modo de pro«pagarse el calor y la luz, dice Mr. Marcelo de Serres (despues de «haber hecho iguales observaciones que Mr. Chaubard), tal como se «halla indicada en el relato de Moisés, está enteramente de acuerdo «con los últimos descubrimientos y adelantos de la ciencia. Por me«dio de los mas ingeniosos procedimientos está trabajando actual«mente Mr. Arago para resolver experimentalmente la cuestion re«lativa á la naturaleza de la luz; pero antes que él, y aun muchísi«mo antes que Newton, decidió Moisés la cuestion en favor de los «físicos modernos, y se puso en cierta manera del lado de la teoría «de las vibraciones [3].» Seguramente Moisés fue guiado en su relato por aquel que inspiraba á Job estas insondables cuestiones cuya solucion parece estaba reservada á nuesto siglo: *Díme, ¿dónde habita*

[1] II Cor. IV, 6.
[2] *Eléments de géologie.*
[3] Tome I, pag. 42 et 99.

la luz y cuáles son sus medios de propagacion? INDICA MIHI IN QUA VIA LUX HABITAT, PER QUAM VIAM SPARGITUR LUX [1].

En fin, un descubrimiento geológico muy reciente confirma asimismo la verdad de la cosmogonía de Moisés acerca de la aparicion de la luz y aun de los vegetales antes que el sol. Es sabido que los vegetales *fósiles* de nuestros climas presentan las mismas especies que los encontrados en América; por consiguiente, es incontestable que á esa época no existia la desigualdad de calor *solar* entre ambos hemisferios que causa actualmente la diferencia en las producciones vegetales, y que para explicar aquella conformidad es necesario existiese una irradiacion central de luz y de calor, ó una atmósfera luminosa, ó cualquiera otro medio de distribucion igual de la *luz-calórico.*

«Las relaciones que acabamos de señalar, dice á este propósito «Mr. Marcelo de Serres, entre el relato del Génesis y los recientes «descubrimientos de las ciencias físicas, son muy notables. El genio «del legislador hebreo recoge por ellas un nuevo tributo de gloria, «y ya no se puede dejar de reconocer en él ó una revelacion venida «de lo alto, ó al menos ese golpe de vista del genio que adivina los «misterios de la naturaleza, atraviesa las tinieblas en que se hallan «envueltos, y constituye la verdadera inspiracion que comunica á «los hombres un rayo de la verdad eterna [2].»

[1] Job, XXXI, 19, 24.

Abordando Mr. Arago esta cuestion: ¿Cuál es la naturaleza de la luz? declara que el sistema de las vibraciones ú ondulaciones reune en el dia todas las opiniones, particularmente desde que los descubrimientos recientes han hecho conocer las íntimas relaciones que existen entre la causa que produce los fenómenos eléctricos y la que da orígen á la luz. (*Leçons d'astronomie professées à l'observatoire royal*, pág. 93-94).—El abate Nollet enseñaba ya que la electricidad era el fuego elemental, al cual se atribuye la doble propiedad de inflamar é iluminar. La semejanza en los efectos, decia aquel juicioso físico, anuncia la identidad de las causas, y todo nos inclina á creer cada vez mas, que el fuego, la luz y la electricidad, no son mas que tres modificaciones de un mismo ser. (*Leçons de physique*, t. VI). Esta idea del abate Nollet se halla plenamente confirmada por los descubrimientos de los físicos modernos.

[2] Tomo I, pág. 42-43.—Confieso francamente que mi razon se niega á ver en el relato de Moisés *ese golpe de vista del genio*, de que habla el sábio profesor, ni tampoco admite que ese golpe de vista del genio *constituya la verdadera inspiracion.* El genio adivina combinaciones, pero no hechos; el genio se equivoca á veces, y cási siempre se señala por algun extravío; el genio, en fin, deja ver,—sobre todo en las ciencias exactas,—las huellas de sus pasos. En Moisés se nota empero una verdad, una sencillez, una exactitud y una seguri-

IV[1]. *Et ait: Germinet terra herbam virentem et facientem semen, et lignum pomiferum faciens fructum juxta genus suum, cujus semen in semetipso sit super terram. Et factum est ita.* — «Y dijo: Produzca la «tierra yerba verde y que haga simiente, y *árbol* de fruta que dé «fruto segun su género, cuya simiente esté en el mismo sobre la «tierra. Y fue hecho así.»

Entramos aquí en la geología fósil, es decir, la ciencia de las formaciones y de las revoluciones del globo por la observacion de sus capas interiores y de los restos de seres orgánicos que se encuentran interpuestos en ellas. Antes de pasar adelante conviene dar la clave de esta ciencia, trazando el órden con que se presentan á la observacion las diferentes capas del terreno desde el primer granito que es como el núcleo del globo, hasta su superficie. La exactitud de estas palabras se halla garantida por los nombres de Cuvier y de Humboldt, de quien las he tomado. Suprimo muchas gradaciones inútiles para nosotros, y me limito solamente á las principales regiones:

1.° *Alluvium* ó tierra superficial;
2.° *Diluvium* ó terreno labrado, depositado por el diluvio;
3.° *Yeseras* ó terrenos de agua dulce;
4.° *Calcáreo* marino tosco;
5.° *Greda*, formacion inmensa por su espesor y extension;
6.° *Arenas verdes y ferruginosas;*
7.° *Calcáreo del Jura*, llamado *conchífero;*
8.° *Esquis cobrizo*, capa delgada;
9.° *Asperones rojos;*
10.° *Terrenos de transicion;*
11.° *Terrenos primitivos.*

Todas estas divisiones se clasifican en cuatro principales, á saber:

dad, que excluyen todas aquellas calidades del genio, y que nos lo presentan mas bien como un fiel narrador que como un investigador.

[1] No quiero consignar ciertas relaciones entre la cosmogonía de Moisés y las ciencias sobre la formacion del firmamento y la aparicion de la tierra, porque no me parecen bastante incontestables, y porque me he querido obligar á no echar mano sino de las pruebas verdaderas, y no debilitarlas mezclándoles cálculos sistemáticos. Sin embargo, como no puedo tomar sobre mí la responsabilidad de una exigencia producida tal vez por la imperfeccion de mis conocimientos especiales, remito el lector á la preciosa obra de Mr. Godefroy, *La cosmogonie de la révélation ou les quatre premiers jours de la Genèse en présence de la science moderne*, que trata estos dos puntos con extraordinaria superioridad. Nada perderá Moisés en semejante exámen.

1.° Terrenos primitivos, los del número 11;
2.° Terrenos de transicion, los del número 10;
3.° Terrenos secundarios, los de los números 9, 8, 7, 6 y 5;
4.° Terrenos terciarios, los de los números 4, 3, 2, 1[1].

Despues de haber recibido de la ciencia este hilo conductor, podemos seguirla en esas catacumbas de la creacion, y someter allí á Moisés á la mas inesperada y mas decisiva de todas las pruebas.

Tocante á la formacion de los vegetales, desde luego nos enseña Moisés, como ya hemos visto, que tuvo lugar inmediatamente despues de la aparicion de *la árida*.

La naturaleza, interrogada por la ciencia, contesta que Moisés dijo verdad.

Efectivamente, despues de haber descrito Cuvier las capas fósiles desde la superficie del globo hasta cerca de los terrenos intermediarios y de transicion, llega al calcáreo conchífero, y prosiguiendo su marcha, dice:

«En este *calcáreo*, llamado *conchífero*, se hallan depositados grandes montones de yeso y ricas capas de sal, y debajo de él están las delgadas capas de *esquistos cobrizos*, tan abundantes en pescados, entre los que se hallan á veces algunos reptiles de agua dulce. El *esquisto cobrizo* está colocado sobre un ASPERON ROJO, *á cuya edad pertenecen esos famosos bancos de carbon de piedre ó de ulla, recurso soberano para el siglo presente, y resto de las primeras riquezas vegetales que adornaron la superficie del globo. Los troncos de helechos, de que han conservado las señales, nos indican bastante bien cuán diferentes eran de los nuestros aquellos antiguos*... ENTRAMOS EN SEGUIDA en esos terrenos de transicion, en donde la naturaleza primitiva, la naturaleza MUERTA Y PURAMENTE MINERAL, parece que estuvo disputando el imperio á la naturaleza orgánica..., y llegamos á las mas antiguas formaciones que la ciencia conoce; á esos remotísimos cimientos de la corteza actual del globo[2].»

Basta leer á Mr. Cuvier para convencerse que el deseo de conciliar los resultados de la ciencia con la cosmogonía de Moisés no le preocupa absolutamente nada, y que ni siquiera intenta favorecer ninguna correlacion bajo este respecto, hasta tal punto que para entresacar este y otros muchos pasajes me ha sido preciso analizar muy

[1] Véase Cuvier, *Discours sur les révolutions du globe*, huitième édition. p. 290.

[2] Cuvier, *Discours sur les révolutions du globe*, huitième édition, p. 292-293.

detenidamente el trabajo del ilustre geólogo. No obstante, ¡cuánta analogía se observa entre la naturaleza y el relato de Moisés en el órden de produccion de los vegetales, la primera que aparecia sobre la *árida*, segun Moisés, ó sobre la naturaleza *muerta*, como dice Cuvier!

Por otra parte, Mr. Cuvier no ha tratado mas que accesoriamente de los vegetales fósiles, y se refiere muchas veces en su obra á los trabajos de su colaborador y amigo Mr. Brongniart, cuyo nombre va unido á este estudio. Si lo examinamos, verémos que no solamente las producciones vegetales precedieron, como dice Moisés, á toda creacion animal, sino que el estado de la naturaleza en aquella época, revelado por sus mismas producciones, exigia que sucediese así.

«De las ingeniosas investigaciones de Mr. Adolfo Brongniart pa«rece resultar, dice Mr. Ampère, que en esas épocas lejanas la at«mósfera contenia mucho mas ácido carbónico que en el dia. Esto, «que era contrario á la respiracion animal, favorecia extraordina«riamente la vegetacion, y producia un desarrollo mucho mas con«siderable, fomentado además por un alto grado de temperatura. «Así se explican la anterioridad de la creacion de los vegetales rela«tivamente á los animales, y la talla gigantesca de los primeros. Así «encontramos en el estado fósil vegetales análogos á nuestros licó«podos, y á nuestros musgos rastreros; pero que tienen doscientos y «hasta trescientos piés de longitud. La absorcion y destruccion con«tinuas del ácido carbónico por los vegetales hacian el aire cada vez «mas semejante en composicion al que respiramos en la actualidad, «y el agua se iba descargando poco á poco del mismo ácido. Á pe«sar de esto, la atmósfera no permitia que viviesen aun en ella los «animales que respiran el aire directamente, y por esto los primeros «seres de este reino que aparecieron, vivieron en el agua [1].»

Cuando los hechos son verdaderos en su generalidad, todas las observaciones exactas se presentan sucesivamente á prestarles su apoyo. Uno de los primeros químicos y físicos de Europa, Mr. Dumas, en su trabajo sobre la *Estática de los cuerpos orgánicos*, acaba de reconocer la anterioridad de la produccion de los vegetales por medio de uno de los mas concluyentes argumentos, es decir, que el reino animal toma del reino vegetal sus elementos orgánicos ya preparados, mientras que á su vez el primero *restituye* á los vegetales

[1] Bertraud, *Lettres sur les révolutions du globe*, p. 316, *et Revue des deux-mondes*, premier juillet 1833, p. 104-105.

por intermediacion del aire y de la tierra los principios de su desarrollo [1].

Mr. Dumas, lo mismo que Brongniart, Ampère y Cuvier, no ha abrigado seguramente la idea de sujetar la ciencia á la justificacion de Moisés. ¿De dónde viene, pues, tan grande exactitud, sobre puntos, como por ejemplo, el que fue antes objeto de las mas sérias reconvenciones contra la cosmogonía sagrada, y que no podia llegar nunca á ser conocida sino por medio de los mas adelantados trabajos de las ciencias geológicas, físicas y químicas?

Esta cuestion, ya de suyo engorrosa para los que no ven en el Génesis mas que un libro ordinario, lo es aun mucho mas cuando se observa con Mr. Marcelo de Serres que nada hay en el órden con que presenta Moisés los tres géneros de vegetacion, *germen, herba, arbor*, que no esté en rigurosa conformidad con lo que nos enseña el estudio de las capas terrestres sobre la sucesion de los vegetales, donde se encuentran efectivamente primero las plantas celulares, despues las yerbas, y al fin los árboles [2]. Y no se vea en esta semejanza de detalle nada buscado ó casual; pues todo es resultado de una ley verdadera cuya marcha se nos va á presentar cada vez mas evidente, y que parece haber presidido á todo el conjunto de la creacion, es decir, que el desarrollo de los seres se ha ido efectuando en razon directa de la complicacion de su organismo. ¿Á qué se debe, pues, atribuir, preguntarémos otra vez, el que todas estas cosas que acabamos de descubrir se encuentren escritas en el mas antiguo de estos libros? ¿Cómo pudo el autor de este libro adivinar las cosas con tanta verdad y precision, que no sirviéndose mas que de tres palabras

[1] Marcelo de Serres, t. I, pág. 421, y t. II, pág. 403.

[2] En el texto latino no se reproduce el hebreo con exactitud sobre la distincion de estos tres órdenes de vegetales. Primeramente, *deschech (germen)*, que con Mr. Cahen hemos vertido por toda suerte de vegetales, por no hallar expresion mas exacta, parece significa las plantas celulares mas sencillas del reino vegetal. En segundo lugar, la expresion *hescheb (herba)*, se la ha entendido generalmente por las yerbas, en que vienen comprendidos todos los vegetales no leñosos. Finalmente, por el *hets (arbor)*, ha indicado Moisés los árboles propiamente dichos; graduacion que está completamente acorde con lo que nos ha enseñado de la sucesion de los vegetales la sucesion de las capas de la tierra. Como ignoraban estos hechos los diferentes traductores del texto hebreo, no comprendieron toda la importancia de estas expresiones, *deschech*, *hescheb* y *hets*, que sin embargo designan tres grados en la organizacion vegetal, que son las plantas celularias, las yerbas y los árboles. (Marcelo de Serres, t. I, pág. 380. Véanse tambien las pág. 54 y 128 del mismo tomo).

para pintar la aparicion del reino vegetal, las hubiese colocado en el único órden que la rigurosa verdad les señalaba?... La respuesta á semejante pregunta es sumamente fácil para los que consideran este libro como inspirado; pero lo es mucho menos si solo se mira el Génesis bajo las relaciones puramente científicas, porque en este caso la respuesta es una muda admiracion.

V. *Dixit etiam Deus: Producant aquæ* REPTILE *animæ viventis, et* VOLATILE *super terram sub firmamento cœli.* CREAVIT*que Deus* CETE GRANDIA, *et omnem animam viventem atque motabilem, quam produxerant aquæ in species suas, et omne* VOLATILE *secundum genus suum.* — «Dijo tambien Dios: Produzcan las aguas REPTIL de ánima viviente, «y AVE que vuele sobre la tierra debajo del firmamento del cielo. Y «crió Dios los GRANDES CETÁCEOS y toda ánima que vive y se mueve, «que produjeron las aguas segun sus especies, y toda AVE que vuela «segun su género.»

Así, segun Moisés, despues de los vegetales aparecieron los animales, y en estos como en aquellos tuvo lugar la sucesion desde lo simple á lo compuesto; primero los habitantes de las aguas y particularmente los *reptiles* y los *grandes cetáceos*, los animales que nadan en las aguas y los que se arrastran en su fondo; despues los habitantes de los aires, las aves; — todavía ningun animal terrestre. — Antes de la aparicion de estos hay un tiempo de detencion, *un dia*, como dice Moisés [1].

Preguntemos ahora á la naturaleza y á la ciencia.

«*Lo mas importante*, dice Mr. Cuvier, lo que constituye *el mas* «*esencial objeto de todo mi trabajo*, y fija su verdadera relacion con la «teoría de la tierra, es saber en qué capa se halla colocada cada es«pecie, y si hay algunas leyes generales relativas á estas divisiones. «— Las leyes reconocidas sobre este punto *son muy hermosas y muy* «*claras* [2].»

Cuvier señala desde luego, como hemos visto, la existencia exclusiva de los vegetales fósiles en la capa de asperon rojo encima de la naturaleza muerta, y en seguida añade:

«Pasando al través de los asperones *que no presentan sino las seña*«*les vegetales* de grandes arundináceas, de bambús, de palmeras, «llegamos á las diferentes capas de ese calcáreo que se ha llamado

[1] Mas adelante verémos en qué sentido es permitido entender la palabra *dia*, empleada en la *Cosmogonia de Moisés*.

[2] *Discours sur les révolutions du globe*, huitième édition, p. 115.

«calcáreo del Jura... Aquí *se descubren ênteramente desarrolladas las* «*clases de reptiles*[1].»

«Un poco mas arriba de los esquistos, continúa (tan abundantes «en peces, entre los cuales hay tambien REPTILES de agua dulce), está «el calcáreo del Jura, que contiene huesos, pero en él se ven todavía «REPTILES. Entre estos innumerables cuadrúpedos ovíparos de todas «formas y tamaños, en medio de esos cocodrilos, de esas tortugas, «de esos *reptiles voladores*, de esos inmensos megalosauros, y de esos «monstruosos plesiosauros se encontraron por primera vez algunos «pequeños mamíferos (marinos).—Sea como fuere, se observa que «por mucho tiempo todavía dominó exclusivamente la clase de los «reptiles[2].»

¿Quién es el que habla? ¿es Moisés ó es Cuvier? La confusion se completa.

Con todo, Cuvier no habla de las aves que Moisés hace aparecer al mismo tiempo que los animales marinos. Parece, en efecto, que el distinguido geólogo no encontró señales de aves en las capas que ha explorado en aquella profundidad. Acusar por esto á Moisés de error, seria sin duda temeridad despues de tantas equivocaciones, y es preferible creer que son todavía imperfectas las observaciones humanas. Véase lo que decia la razon ya en tiempo de Cuvier, y lo que ha venido despues á confirmar la ciencia, tan fiel como es, sin saberlo, á la mision que parece haber recibido del cielo, de reconstruir piedra por piedra el edificio de la verdad, que su nombre habia servido para demoler.

«Hasta estos últimos tiempos, dice un sábio profesor[3], no se co«noció ningun hecho irrecusable que pudiese justificar la existencia «de aves propiamente dichas durante la segunda época geológica. «Pero *muy recientemente*, en los primeros meses de 1836, se han re«conocido y caracterizado numerosas especies de aves en el *asperon* «*rojo* de los Estados-Unidos.»

—«Todos los dias, dice otro sábio, se presentan nuevos descu«brimientos que nos muestran que las aves son los *habitantes* mas «antiguos del globo. Encuéntranse estos animales en estado fósil «hasta *en los terrenos secundarios inferiores*, y están representados

[1] *Discours sur les révolutions du globe*, huitième édition, p. 297.

[2] *Idem*, p. 305-306.

[3] Mr. Nérée Boubée, profesor en París y director del *Echo du monde savant*.—*Manuel élémentaire de géologie*, troisième édition, p. 61.

«en el asperon abigarrado por las simples señales de sus piés, en «los terrenos jurásicos por algunas zancudas, y en el gipso ó yeso de «Montmartre por nueve especies, rapaces, gallináceas, palmípe-«das, etc., etc. [1].»

De este modo el relato de Moisés se halla completamente confirmado por la ciencia en cuanto á la creacion simultánea de los animales marinos y de las aves. ¡Cuán sorprendente es una exactitud semejante! ¿Quién no hubiera creido natural que las aves hubiesen aparecido al mismo tiempo que los animales terrestres?

VI. *Dixit quoque Deus: Producat terra animam viventem in genere suo, jumenta et reptilia* [2], *et bestias terræ, secundum species suas. Factumque est ita.* — «Dijo tambien Dios: Produzca la tierra ánima «viviente en su género, bestias y reptiles, y animales de la tierra «segun sus especies. Y fue hecho así.»

Sigue Mr. Cuvier justificando la aparicion fosilar de los animales marinos, y volviendo á examinar las capas geológicas encuentra los animales terrestres, y explica así esta sucesion:

«Es cierto que los cuadrúpedos ovíparos aparecen mucho mas pron-«to que los vivíparos. Debajo de la greda se encuentran muchas tor-«tugas y muchos cocodrilos. Los inmensos saurios y las grandes tor-«tugas de Maestricht están en la misma formacion gredosa, *pero «estos son animales marinos*. Empezamos á encontrar huesos de *mamí-«feros marinos*, es decir, de manatos y de focas, en el calcáreo con-«chífero tosco; — sin que se descubra todavía ningun hueso de ma-«mífero terrestre. — *Á pesar de mis continuas investigaciones me ha «sido imposible* descubrir ningun rastro perceptible de esta clase *antes* «de llegar al terreno depositado encima del calcáreo tosco. — *Al con-«trario*, así que se llega á los terrenos colocados sobre el calcáreo «tosco, MUÉSTRANSE EN GRANDE ABUNDANCIA LOS HUESOS DE LOS ANI-«MALES TERRESTRES. — Así, prosigue Mr. Cuvier, como es racional «creer que las conchas y los pescados no existian á la época de los «terrenos primordiales, débese tambien creer que los cuadrúpedos «ovíparos empezaron al mismo tiempo que los pescados, pero que

[1] Véanse en el *Diccionario geológico* la palabra *aves*, y la memoria de Mr. de Blainville, leida en la Academia de las Ciencias el 11 de diciembre de 1837.

[2] No hay para que confundir los reptiles de que se habla aquí con los que fueron criados en el quinto dia. Estos eran reptiles marinos: *producant* AQUÆ *reptile;* y aquellos son reptiles terrestres: *producat* TERRA *reptilia*.

«*los cuadrúpedos terrestres no existieron hasta mucho tiempo despues.*»

¡Cuánta exactitud todavía! Diríase que las entrañas del globo presentan un texto jeroglífico de todo el Génesis.

VII. *Et ait: Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram: et præsit piscibus maris, et volatilibus cœli, et bestiis, universæque terræ. Et* CREAVIT *Deus hominem ad imaginem suam: ad imaginem Dei* CREAVIT *illum, masculum et feminam* CREAVIT *eos. Benedixitque illis Deus, et ait: Crescite et multiplicamini, et replete terram, et subjicite eam, et dominamini piscibus maris, et volatilibus cœli, et universis animantibus, quæ moventur super terram.* — «Y dijo: Hagamos al «hombre á nuestra imágen y semejanza: y tenga dominio sobre los «peces de la mar, y sobre las aves del cielo, y sobre las bestias, y «sobre toda la tierra. — Y crió Dios al hombre á su imágen: — á «imágen de Dios lo crió: macho y hembra los crió. Y bendíjolos «Dios, y dijo: Creced y multiplicaos, y henchid la tierra, y sojuz«gadla, y tened señorío sobre los peces de la mar, sobre las aves «del cielo, y sobre todos los animales que se mueven sobre la tier«ra, etc.»

¿Quién no admira la sublime sencillez de este relato de la creacion del hombre, la infinita distancia que estas palabras revelan entre él y las demás obras de la creacion, y el soberano imperio que sobre ellas se le dió? No busqueis aquí las galas ni la pompa poética: nunca estuvo Moisés mas sencillo que en este pasaje; pero parece que salen del fondo del asunto y á través de la corteza de las palabras una fuerza y una virtud secreta que solo la verdad puede producir. — *Faciamus hominem ad imaginem nostram.* — Llegamos ya al término y objeto final de la creacion: todas las criaturas están esperando un señor que las represente en la presencia de Dios y que represente á Dios delante de ellas; que sea el *microcosmos* y el pequeño mundo correspondiente á la vez al mundo de los espíritus y al mundo de los cuerpos; admirable compuesto de uno y otro, compendio misterioso del cielo y de la tierra, anillo viviente de toda la creacion. ¡Cuántas maravillas! ¿Qué es todo lo demás al lado de este prodigio que nos pareceria imposible al mismo Dios, si ya no lo hubiese obrado? El lenguaje de Moisés se halla aquí á la altura de esta gran verdad. En todo lo demás, Dios dejó, por decirlo así, que su *palabra* lo hiciese, la dirigió siempre á la nada y á la materia: *Fiat.* Pero ahora se dirige á sí mismo: *Faciamus.* Es una obra para la cual parece que se reserva todo entero, como que pide á su divina esencia el tipo de

esta nueva y última creacion : AD IMAGINEM NOSTRAM... *y* CRIÓ *al hombre;* admirad la fuerza de todas estas repeticiones; lo CRIÓ á su IMÁGEN Y SEMEJANZA, *lo crió á* IMÁGEN *de Dios*, *y los* CRIÓ *macho y hembra.* ¿Por qué esta palabra CREAR, que hasta aquí habia sido tan escaseada en la historia de Moisés, se encuentra ahora con tanta frecuencia repetida? ¡Qué alta idea no nos da un lenguaje semejante de aquel que es su objeto!

Seria ridículo querer medir la importancia del hombre por el volúmen de su cuerpo con relacion á los demás cuerpos, y de la tierra en que habita con respecto al universo; puerilidad en la que no ha dejado de incurrir tambien la filosofía materialista del siglo XVIII, y de la cual ha hecho principalmente el gasto el espíritu del célebre Voltaire. El hombre consiste todo entero en el pensamiento y la voluntad, y á menos que encontreis en todo el universo otro ser que como él esté dotado de pensamiento y de voluntad, convenid en que por esto mismo él solo es mas grande que todo el universo, que somete á su imperio y conocimiento. Por esto no conoce límites ni obstáculo en los prodigios siempre crecientes de su industria y descubrimientos; se sirve de la naturaleza y de sus elementos, que son en cierto modo como los corceles de su genio. Cada dia se va justificando mas el rango que señala Moisés al hombre cuando nos lo presenta criado á la imágen de Dios, y cada dia se realizan mejor los gloriosos destinos de este rey de la creacion, contenidos en aquellas palabras: *Benedixitque illis Deus, et ait: Crescite et multiplicamini, et replete terram, et subjicite eam, et dominamini piscibus maris, et volatilibus cœli, et universis animantibus quæ moventur super terram*[1]. No es esto decir que las otras partes del universo, inaccesibles al hombre, no sean mansion de otras criaturas inteligentes, á las cuales puede Dios comunicarse por medios que ignoramos; pero que deben siempre contribuir á su gloria y á la felicidad de las criaturas. En tratándose de armonía, de riqueza y de fecundidad en las obras de Dios, todo es posible y hasta probable, y uno de los goces del cielo será sin duda ver descorrer ese velo que nos oculta el conjunto de toda la creacion, y abrazar de una sola ojeada las infinitas relaciones de todos esos

[1] Por otra parte, el hombre fue criado en un estado infinitamente superior al que actualmente tiene. Esta opinion, como verémos luego, se halla confirmada por todas las tradiciones humanas, y de consiguiente el retrato del hombre, trazado por Moisés, debe tener una semejanza que los estragos de su caida no nos permiten descubrir en el original.

millares de mundos con su Autor [1]; pero Moisés no debia ocuparse de ello, ó mas bien, el espíritu revelador, que se manifestaba por medio de Moisés, no debia hablarnos de estas sublimidades. La sobriedad práctica de la revelacion no debia hablar al hombre mas que de lo que atañe de cerca á su persona, y esto es precisamente lo que el Génesis nos reveló con una sabiduría admirable [2]. «La creacion del universo «se halla en tal modo descrita en el Génesis, dice Descartes, que pa«rece que el hombre, ó lo que tiene relacion con el hombre sea su «principal y único objeto. La historia de la creacion fue escrita para el «hombre; por esto la inspiracion quiso principalmente especificar en «este libro las cosas que conciernen al hombre ó á su mansion, y no «habló de ninguna sino en cuanto se refiere mas ó menos al hombre [3].»

Conviene añadir: *Que en cuanto se refiere al hombre religioso*, ó á sus relaciones con la Divinidad. Todo lo demás es á los ojos de Moisés como ocasional y accesorio. No pretendió ser en el Génesis ni geólogo, ni químico, ni físico, ni astrónomo, sino tan solo historiador de la Religion sobre la tierra: es evidente. De consiguiente, si no hubiese estado inspirado, podia y hasta debia haberse equivocado en geología, en química, en astronomía y en física; porque además de que no podia humanamente poseer con anticipacion todas estas ciencias en sus relaciones con hechos desconocidos, tampoco era este su objeto. Y sin embargo, vemos que en las pocas palabras que consagró á hablar de la naturaleza de las cosas, guardó una exactitud que confunde aun á la ciencia humana, y le lleva una delantera de tres mil años. —¿Quién dudará, despues de esto, que Moisés escribiera lo que le dictó *aquel que es el Dios de las ciencias* [4]?

[1] Véase el *Discurso sobre la revelacion cristiana considerada en armonía con la astronomia moderna*, por Tomás Chalmer. El autor pretende establecer *la universalidad absoluta*, para todos los mundos, de la salvacion de Jesucristo, apoyándose en estas palabras de san Pablo: *Instaurare omnia in Christo, quæ in cœlis, et quæ in terra sunt.—In ipso et per eum reconciliare omnia in ipsum, pacificans per sanguinem crucis ejus, sive quæ in terris, sive quæ in cœlis sunt.*

[2] Por ejemplo, desde el principio, y despues de este exordio: *En el principio crió Dios el cielo y la tierra*, limita Moisés su relato á la tierra sola, diciendo: *Y la tierra estaba desnuda y vacía;* y continúa no ocupándose mas que de los fenómenos terrestres, y en su sola relacion con el hombre, cuya historia particular vuelve á emprender en el capítulo II.

[3] *Pensamientos de Descartes*, cap. 18. *¿Hasta qué punto es verdad que todo el universo haya sido criado para el hombre?*

[4] *Deus scientiarum Dominus est.* (I Reg. II, 3).

Pero acabemos de estudiar todos los caractéres de su inspiracion.

Moisés nos representa la creacion del hombre como la última obra del Criador. Refiere además, que á diferencia de los otros animales salidos en gran cantidad de la tierra ó de las aguas, *solo* el hombre fue criado por Dios mismo, y reducido á una sola pareja, macho y hembra. De donde se sigue, que la tierra estaba poblada de animales, antes que el hombre no existiese todavía, y que aun mucho tiempo despues de su existencia su raza no se habia multiplicado bastante para ser muy notable sobre el globo. Tal es tambien la conclusion á que ha llegado la ciencia moderna: «Es cierto, dice Mr. Cuvier, que «no se encuentran aun huesos humanos entre los fósiles. Todos los «huesos de nuestra especie que se han recogido con los de que aca-«bamos de hablar se hallaban accidentalmente mezclados con ellos, «y por otra parte su número es infinitamente pequeño, lo cual segu-«ramente no sucederia si los hombres se hubiesen establecido en los «países que aquellos animales habitaban. ¿Dónde estaba, pues, en-«tonces el género humano? ¿Existia en alguna parte *esta última y la «mas perfecta obra del Criador?* El estudio de los fósiles no contesta «á esta pregunta, y en el presente discurso no debemos remontar-«nos mas allá [1].»

Por estas últimas palabras Mr. Cuvier hace alusion á Moisés. Despues de haberse encontrado siempre de acuerdo con él, desde el cáos hasta la aparicion del hombre, y de haber ido poniendo, por decirlo así, sus piés en las huellas de sus pasos, la ciencia que tomó por guia se queda naturalmente parada con el objeto de su observacion, y manifiesta por este acto de reserva é independencia que si mientras ha podido ha marchado de conformidad con Moisés, no ha obedecido mas que al ascendiente de la verdad. Pero de nuevo van á encontrarse acordes sobre un punto que ha sido muy fecundo en increduli-

[1] *Discours sur les révolutions du globe.* — «Mas no quiero inferir, añade «Mr. Cuvier, que el hombre no existia enteramente antes de esta época (el di-«luvio). Podia habitar algunos lugares de poca extension, desde donde repo-«bló la tierra despues de aquellos terribles acontecimientos; puede ser tam-«bien que los lugares donde vivia se hubiesen enteramente abismado, y sus «huesos sepultado en el fondo de los mares actuales, á excepcion del escaso «número de indivíduos que se preservaron para propagar la especie.» (P. 144).

El reciente descubrimiento de monos fósiles, por Mr. Lartet, en los terrenos terciarios de Sansan, cerca de Auch (Gers), por Mr. Lund, en América, y por Cautley y Falconner, en Asia, han venido á llenar el único claro que existia en el desarrollo progresivo de los seres organizados.

dad contra Moisés, y que como todos los demás va á convertirse en gloria [1].

VIII. *Istæ sunt generationes cœli et terræ,* QUANDO *creata sunt* IN DIE, *quo fecit Dominus Deus cœlum et terram.* — «Estos son los oríge-«nes del cielo y de la tierra, cuando fueron criados en el dia en que «hizo el señor Dios el cielo y la tierra.»

Así, pues, posteriormente á la *creacion* del cielo y la tierra, Dios los ordenó y coordinó del modo siguiente :

El primer dia, la luz ;

El segundo dia, el firmamento ;

El tercero dia, la produccion de los vegetales sobre la tierra salida de las aguas;

El cuarto dia, los astros ;

[1] En una memoria, que hace poco leyó en el Instituto Mr. Eusebio de Salles, ha emitido sobre el estado de la ciencia con respecto al orígen del hombre un juicio, que se enlaza naturalmente con lo que acabamos de decir, y que confirma nuestras conclusiones sobre Moisés, y lo que pensamos de Mr. Cuvier.

«Los naturalistas, dice el sábio académico, ó antropólogos, que conservan «á sabiendas, ó sin advertirlo las prevenciones del siglo XVIII, se han divi-«dido en dos clases; pero sus sistemas, dice, despues de haberlos expuesto, «se refutan, ó mejor se corrigen mútuamente. Todavía hay mas, la partecita «verdaderamente científica que se oculta en estos dos sistemas, se halla con «bastante precision formulada en las tradiciones que nos ha conservado Moi-«sés, *á quien no puede negársele la inspiracion divina sin concederle una ma-«ravillosa sagacidad.* El hombre, segun el *Génesis,* es criado el último dia «ó en la última época, cuando todos los otros animales le habian precedido ya «en la tierra, y habia marchado la organizacion de lo sencillo al compuesto en «la creacion de los seres vivientes. La geología viene todos los dias á demos-«trarnos la realidad y la perpetuidad de ese progreso orgánico, midiendo in-«faliblemente la edad de un terreno por los restos de una planta, ó por los ves-«tigios de animal que se hallan en él marcados, como viejas y respetables me-«dallas del mundo primitivo.

«Cuvier, que por medio de la geología es uno de los que han demostrado «con mas claridad la ley del progreso orgánico, no se ha manifestado menos «gran crítico al discutir las pretensiones de las naciones primitivas á una an-«tigüedad asombrosa, y saca de ella una prueba perentoria de que el estable-«cimiento de las sociedades es un suceso mucho mas moderno que el gran ca-«taclismo, que segun él no data mas allá de cinco ó seis mil años. La certitud «de estas conclusiones y la sinceridad del hombre se hallan garantidas y con-«firmadas por las mismas dudas con que ha creido el sábio deber acompañar-«las. Esta prudencia escéptica, que se observa que es peculiar de los físicos y «naturalistas, impidió á Cuvier el explicarse abiertamente sobre el orígen de «la especie humana.» (*Lineamentos de filosofía etnográfica*, por Mr. Eusebio de Salles, leidos en el Instituto en la sesion del 15-19 de noviembre de 1845).

El quinto dia, los animales marinos y las aves;

El sexto dia, los animales terrestres y domésticos, — despues el hombre.

Fueron, pues, acabados los cielos y la tierra, y todo el ornamento de ellos.

Y acabó Dios el dia séptimo toda su obra, que habia hecho, etc. — Mas adelante volverémos á hablar de lo relativo á este séptimo dia.

Admiremos ahora en todo este conjunto la alta inspiracion de Moisés, que le ha hecho trazar con mano tan breve y segura toda la historia de la creacion desde la infancia del mundo, — y la fuerza del genio del hombre, que despues de seis mil años ha podido volver á encontrar la misma historia en las entrañas del globo; — y en fin, la oportunidad providencial de la concordancia entre las verdades de la Religion y las verdades de la naturaleza, «que debian aparecer con «el tiempo, decia ya Buffon, y que el soberano Ser se reservaba co«mo el medio mas seguro para atraer el hombre á sí, cuando decli«nando su fe en la sucesion de los siglos hubiese llegado esta á ser «vacilante [1].»

Pero aquí se presenta una dificultad que la impiedad ha convertido en piedra de escándalo contra Moisés, y á cuya sombra quiere atrincherarse todavía para evitar el último golpe que acaban de darle las ciencias. Esta dificultad es la relativa á la duracion de los SEIS DIAS de la creacion.

Si por estos debemos entender DIAS comunes de veinte y cuatro horas, — y nos empeñamos en que no puede ser de otro modo sin violentar el texto, — todas las ventajas que parecia haber adquirido Moisés de su conformidad con las ciencias sobre la sucesion de los seres organizados, se desvanecen; pues las mismas ciencias proclaman que los intervalos de tiempo que separan estas formaciones debieron ser muy considerables [2].

Tal es la dificultad, que yo no temo calificar de fútil, diciendo que no solamente se *puede*, sino que se *debe* dar á la palabra *dia*, empleada por Moisés, el sentido ilimitado de *época*.

1 Buffon, *Époques de la nature*, t. II, p. 429.

2 «Hé aquí, pues, un conjunto de hechos, dice Mr. Cuvier, una série de «épocas anteriores al tiempo presente, cuya sucesion es fácil comprobar sin «incertidumbre, aunque *la duracion de sus intervalos no se puede definir con «precision;* son otros tantos puntos que sirven de regla y direccion en esa an«tigua cronología.» (*Discours sur les révolutions du globe*, huitième édition. p. 31-32).

En la cosmogonía de Moisés hay tres grandes eras principales.

La primera es la era de la creacion, propiamente dicha, á la cual se refiere el primer versículo: EN EL PRINCIPIO *crió Dios el cielo y la tierra*, lo cual arroja el pensamiento *mas allá de todos los tiempos*, como dice Bossuet.

La segunda es la era geológica ó de los seis dias.

La tercera es la era histórica ó de los sucesos humanos, y que partiendo de Adan va hasta Jesucristo, y de Jesucristo hasta nosotros.

Nosotros sostenemos que la palabra *dia*, empleada en la era geológica, es decir, *antes de la aparicion del hombre*, solo significa época.

Ocioso seria demostrar que en el lenguaje bíblico la palabra *dia* se presta por sí misma á esta interpretacion; tan frecuente es en la santa Escritura su empleo bajo este significado. «Por poco versado «que uno esté en el estudio de la sagrada Escritura, escribia san Agus«tin, se observa la costumbre de servirse de la palabra *dia* en vez de «la de tiempo[1].» Á cada paso leemos, en efecto: BA IOM, *in tempore*; BA IOM A EN, *in tempore isto*. En el último texto que acabamos de citar: *Istæ sunt generationes cœli et terræ*, IN DIE *quo fecit Dominus cœlum et terram*, vemos ya que la palabra *dia* está empleada por *época*, pues comprende los seis dias; y esta significacion se refiere naturalmente á los que habia nombrado Moisés poco antes.

Se comprende tanto mejor esta significacion dada en el lenguaje bíblico á la palabra *dia* si se observa que fue, y es aun, familiar á todos los pueblos del Oriente. Hé aquí lo que habia dicho el sábio y desgraciado Bailly: «Entre los orientales, dice, la palabra que nos«otros traducimos por *dia* tiene una significacion primitiva, que da «exactamente el término caldeo *sare*, REVOLUCION[2].»

Pero si es tal el sentido que se permite dar á la palabra *dia* en el lenguaje bíblico ordinario, ¡cuánto mas racional no será al tratarse de una época anterior á toda cronología humana, y que no se puede comprender sino de una manera sobrenatural y divina! Aquí principalmente debe la palabra *dia* envolver un sentido indefinido, como siendo no el dia del hombre, sino el dia de Dios, á cuya presencia, como dice san Pedro, *un dia es como mil años, y mil años como un dia*, y debe significar: *tiempo, época, revolucion*. Esto mismo es sin duda lo que quiso indicar Moisés cuando termina su relacion por estas palabras: *Istæ sunt* GENERATIONES *cœli et terræ, quando creata sunt*, IN

[1] San Agustin, *De la Ciudad de Dios*, lib. XX, cap. 2.

[2] *Histoire de l'astronomie indienne*, p. 103.

DIE *quo fecit Dominus*. «Estos son los orígenes, *las revoluciones suce-* «*sivas* del cielo y de la tierra en EL DIA en que el Señor los crió.»

Pero la dificultad se aumenta con esto, y se dice: la prueba de que Moisés entendia hablar de dias ordinarios, es que los divide en mañana y tarde. «Y fue la tarde y mañana un dia.» Lo mismo en todos los seis.

Yo respondo que esto no prueba necesariamente que Moisés entendiese hablar de dias ordinarios. ¿Qué significan, pues, estas palabras *tarde* y *mañana?* significan simplemente el *principio* y el *fin* de un período, segun el cómputo usado por los judíos de contar sus épocas empezando por la tarde. La insistencia de Moisés en repetir estas palabras *tarde* y *mañana*, inútiles si hubiese pretendido hablar de un dia verdadero, que las comprende necesariamente, prueba que juntaba á ellas una idea absoluta de demarcacion, una idea simple de principio y fin.

Así es, pues, como por la palabra *dia*, empleada en la cosmogonía de Moisés, PUEDE entenderse *época*, *revolucion*.

Pero he dicho todavía mas: DEBE entenderse así esta palabra, y el no querer que signifique mas que un dia ordinario seria violentar el sentido y hasta el texto de Moisés. Nada mas fácil de demostrar.

Creo que desde luego no habria dificultad en concederme que la palabra dia tiene igual sentido para todos los seis dias de la creacion, y que lo mismo es para el primer dia que para el segundo, el tercero, etc.; en una palabra, que son seis dias semejantes, puesto que los términos de que se sirve Moisés para cada uno de ellos son idénticos.

Recordemos que hasta el cuarto dia no fueron formados los astros, *á fin de que*, dice el sagrado texto, *separen el dia y la noche, y sean para señales, y tiempos, y dias, y años.*

Por consiguiente los tres dias anteriores no podian ser de los que tienen mañana y tarde, porque los astros que hacen estas divisiones, que *señalan los dias y los años* no existian todavía. Es, pues, imposible, á lo menos respecto de los tres primeros dias, tomar al pié de la letra estas palabras: *Y fue la tarde y la mañana un dia.* Y en tal caso ¿cómo deberémos entenderlas sino, *y del principio y del fin se hizo una época*, ó como dice Moisés, *la primera generacion?*

Pero si nos vemos obligados á entender de este modo los tres dias primeros, no podrémos dejar de inferir, que debe suceder lo mismo respecto de los tres restantes, y que siendo todos seis semejantes, co-

mo hemos visto ya, no deberémos considerarlos como dias ordinarios, sino como épocas ó períodos de una duracion desconocida.

Cualquier talento reflexivo se aquietará á esta explicacion, y la mirará no solo como permitida, sino como exigida por la economía del texto santo.

Además, semejante explicacion no es ya nueva, ni la ha sugerido el deseo de hacer concordar la cosmogonía judáica con la ciencia geológica: encontrámosla aducida ya en los escritos de los grandes Doctores de la primitiva Iglesia. Tal es, en efecto, la opinion de san Agustin [1], de san Atanasio [2], de Orígenes [3], opinion que abrazó igualmente Bossuet, quien en su *Quinta elevacion sobre los misterios* se expresa así: — «Dios, despues de haber hecho como el suelo del mun«do, quiso hacer su ornamento en *seis diferentes progresiones*, que él «mismo quiso llamar *seis dias* [4].»

Así la única dificultad que parecia oponerse á la entera conformidad de las ciencias con la cosmogonía de Moisés se resuelve naturalmente, y el prodigio de conformidad tan perfecta, tan sorprendente, tan imprevista, se agranda con todos los obstáculos que habian sido hasta nuestros dias el baluarte de la incredulidad.

De este modo se facilita la explicacion que hemos prometido sobre el *séptimo dia*, y que servirá para rectificar nuestros juicios respecto del historiador sagrado.

El descanso del Criador en el séptimo dia ha sido objeto de burla y sarcasmo contra Moisés.

¿Qué es menester, pues, para devolverle el título de profundo y sublime que tanto se merece? Leer el pasaje que á él se refiere, y leerlo con esa atencion contemplativa que es hija del respeto.

«Y acabó Dios el dia séptimo su obra, que habia hecho: y reposó «el dia séptimo de toda la obra, que habia hecho. Y bendijo al dia

[1] Ut non eos illis similes, sed multum impares, minime dubitemus. (*De Genesi ad litteram*, lib. IV, n. 44).

[2] *Orat. contra Arian.*, n. 60.

[3] *De principiis*, lib. IV, n. 16; — *contra Celsum*, lib. VI, n. 50, 51.

[4] Tal es tambien la opinion de los primeros geólogos y arqueólogos de nuestro siglo. «Yo creo, dice el célebre Buckland, que no se puede oponer ningu«na objecion sólida contra la exposicion que por la palabra dia entiende un «largo período de tiempo.» Mr. Champollion, tan versado en el conocimiento de las lenguas y costumbres del Oriente, no ha reparado en confesar que esta era la sola admisible; y el israelita Mr. Cahen en su excelente traduccion de la Biblia la defiende y usa en sus notas.

«séptimo, y santificólo: porque en él reposó de toda su obra, que «crió Dios para hacer.»

Para explicar este séptimo dia el historiador cambia de lenguaje. Y no dice como antes, *y fue la tarde y la mañana un dia:* ya no se encierra en ningun límite; excepcion notabilísima, que no puede dejar de tener un motivo, en un libro en que, como hemos visto, cada palabra encierra tanta importancia y verdad. Pero ¿cuál es este motivo? El único que se presenta naturalmente á la reflexion, es que este dia no ha tenido fin todavía, que permanece empezado; que continúa, prosigue y brilla aun sobre nuestras cabezas; que no es otro, en fin, que el período natural é histórico, al cual nosotros pertenecemos, lo que se ajusta exactamente con la explicacion de la palabra dia que acabamos de dar. Dios descansó, esto es, como dice Moisés, que *reposó el dia séptimo de toda la obra que habia hecho,* y que despues de haber hecho pasar á la naturaleza por seis alumbramientos sucesivos, que la condujeron hasta el punto que se hallaba cuando el hombre tomó posesion de ella, coronó todo su sistema, lo bendijo y santificó, y le imprimió esta solemne regularidad, esta armonía invariable en su misma variedad, esta calma, este órden, este profundo reposo, en fin, en que está girando hace mas de seis mil años, y que es imágen de la paz y reposo inalterables que reinan en el seno de su divino Autor.

«Fuente de todos nuestros bienes, exclama aquí san Agustin, de «quien tomo esta explicacion, dadnos vuestra paz, la paz de vuestro «descanso, la paz sin mengua y sin ocaso, porque este admirable ór«den y esta bella armonía de tantas criaturas preciosas pasarán y se «disiparán el dia en que habrán cumplido su destino. Todas tendrán «su tarde, del mismo modo que han tenido su mañana [1].»

Así se encuentra aplicada la ausencia de ese *véspere et mane,* cuando se trata del dia séptimo. «Interpretando de esta manera el texto, «dice el sábio profesor de teología de Montpeller, se siente uno herido «de veneracion por un libro, cuyas insignificantes palabras tienen «tan alta importancia [2].»

IX. *Obtinueruntque aquæ terram centum quinquaginta diebus.*— «Y cubrieron las aguas á la tierra ciento cincuenta dias [3].»

El primer talento del último siglo escribia en la mas grave de to-

[1] *Confesiones*, lib. XIII, cap. 25.
[2] Marcelo de Serres, t. I, pág. 16.
[3] *Genes.* VII, 24.

das sus obras, que la historia del diluvio no era mas que una *fábula que no significa sino el extraordinario trabajo que ha costado en todos tiempos el desecar las tierras que la negligencia de los hombres ha dejado por largo tiempo inundadas* [1]; y en cuanto á los inmensos depósitos conchíferos que dejaron huellas de aquel grande acontecimiento sobre las mas altas montañas, y sobre los Alpes en particular, los explicaba diciendo : *que esto no era mas que las señales de los numerosos peregrinos que de Santiago de Galicia y de todas las provincias peregrinaban hácia Roma, pasando por el monte Cenis, que está cargado de las conchas que llevaban en sus sombreros* [2].

Hé aquí el comun desprecio en que se veian envueltas la Religion y la ciencia durante el siglo XVIII.

Afortunadamente ya no es permitido en el dia mofarse así de la una ni de la otra ; porque ambas se han vuelto á encontrar en el campo de la observacion, y se han abrazado en el regazo de la verdad.

Moisés fue verdadero en la relacion del diluvio, y no solamente en el conjunto de este grande hecho, sino en sus detalles mas característicos : primero su rapidez ; segundo su universalidad ; tercero su data reciente, respecto de la fabulosa antigüedad que se daba al establecimiento de las sociedades humanas. — Cuando menos se esperaba ha salido del seno de la tierra un gran testigo, un contemporáneo del diluvio, que ha reunido todas sus partes y se ha colocado bajo el soplo del genio humano para venir á deponer en favor del antiguo historiador y confundir á sus detractores : el mundo antidiluviano ha reaparecido á la luz del dia, y se ha presentado á atestiguar los dos primeros caractéres del diluvio : *su impetuosidad* y *su universalidad*. —Por otra parte, la naturaleza viviente, obligada por las investigaciones de la ciencia, y la historia de los diferentes pueblos, estudiada y discutida por una crítica independiente y recta, han contestado que la *data* del orígen de las sociedades humanas, señalada por Moisés, es escrupulosamente exacta, y que de todos los analistas solo él es verdadero, verdadero como la voz del género humano, verdadero como la voz de la naturaleza, verdadero como la palabra de Dios.

«El sistema de Dupuis no descansa en ninguna base sólida, dice «Mr. Letronne al principio de su discurso de arqueología, y sin em- «bargo ha ejercido grande influencia sobre las opiniones religiosas.

[1] Voltaire, *Essai sur les mœurs: — Du Védam.*
[2] Voltaire, *Mélanges: — Des coquilles.*

«En el dia, que tenemos pruebas materiales que demuestran incon-«testablemente la falsedad de la hipótesis de aquel hombre, sábio sin «duda, pero extraviado por una ciega preocupacion y por un siste-«ma al cual acomoda todos los hechos, podemos sin trabajo desenre-«dar la verdad de entre la mentira [1].» — «Los terrenos, las horna-«gueras, las dunas, los ventisqueros denotan, por la consideracion «de su marcha y segun la extension que ocupan, que el principio de «la forma actual de los continentes no puede remontarse á seis mil «años. Condúcennos tambien á esta consecuencia las observaciones «de Dolomieu y de Girard en los terrenos del Egipto; las de Astruch «en los del delta del Ródano, y en fin, las de Deluc, Fortis, Prony «y Wiebeking en los terrenos de aluvion de las costas del mar del «Norte, del Báltico, del Adriático y de la Holanda. Últimamente, las «observaciones que debemos á estos hábiles físicos merecen tanta mas «confianza, en cuanto que han tenido efecto *sin prevencion ni desig-«nio de ninguna clase*, y sin embargo, todas han conducido al mis-«mo resultado [2].»

— «Con frecuencia se ha negado, dice un sábio inglés, que haya «habido sobre el globo un *diluvio universal*, porque no se concebia «su posibilidad física; pero ahora la geología no permite conservar «una sola duda acerca de él. Todas las observaciones concurren á de-«mostrar que hubo en la tierra semejante diluvio [3].»

El ilustre Pallas, al ver los restos de animales amontonados en la alta Asia, se expresa así: «Estos grandes huesos, ya desparramados, «ya reunidos en esqueletos, ó ya en hecatombes, considerados en su «situacion natural, me han enteramente convencido de la realidad «de un diluvio sucedido en nuestra tierra, de una catástrofe, *cuya «verosimilitud confieso que no habia podido concebir* antes de recorrer «estas regiones y visto por mí mismo todo cuanto puede servir para «probar este acontecimiento memorable. —El esqueleto de un rino-«ceronte encontrado, con su piel entera y algunos restos de tendo-«nes y cartílagos, en las heladas tierras del Viloüi son otra prueba «convincente de que solo un movimiento de inundacion *de los mas vio-«lentos y rápidos* pudo arrastrar antiguamente aquellos cadáveres

[1] *Cours d'archéologie.*

[2] Marcel de Serres, *De la Cosmogonie de Moïse comparée aux faits géologiques*, p. 260-261, première édition.

[3] *Manuel géologique* de Mr. de la Bèche, membre de la Société royale de Londres et de Paris.

«hasta esos climas helados antes que la corrupcion tuviese tiempo de «destruir sus partes blandas. Esta inundacion debió, pues, ser ese «diluvio, cuya memoria han conservado cási todos los antiguos pue- «blos del Asia, que fijan su época cási en el mismo tiempo del di- «luvio mosáico [1].»

— «Es muy cierto, dice un geólogo francés, que hubo un diluvio «que devastó toda la *superficie del globo*. Pruébanlo esos inmensos «depósitos de cantos rodados que se encuentran en todos los puntos «del globo, léjos de las montañas y de las aguas actuales, y que no «pudieron ser transportados sino por aguas muy impetuosas, Ade- «más los enormes pedruscos llamados *erráticos* (pedruscos errantes), «que se ven dispersos ya en las llanuras á distancias muy grandes de «los montes que los produjeron, ya sobre las colinas y sobre las mon- «tañas á grandes alturas, serán siempre prueba irrecusable de una «accion tambien enorme, que seria imposible explicar por medio de «accidentes locales, y que á lo mas puede concebirse invocando el «esfuerzo de todos los mares reunidos [2].»

El sábio Dolomieu, que fue de los primeros que se colocaron del lado de la verdad combatida por tantas preocupaciones, exclamaba con el acento de la conviccion que ella sabe inspirar: — «Defenderé «una verdad que me parece incontestable, y cuya prueba se me fi- «gura estar viendo en todas las páginas de la historia, y en aque- «llas en que se hallan consignados los hechos de la naturaleza, á sa- «ber, que el estado de nuestros continentes no es antiguo, y que no «hace mucho tiempo que fueron entregados al dominio del hom- «bre [3].»

El mismo Boulanger, en su *Antigüedad descubierta*, cediendo por esta vez á la fuerza de la verdad, decia: — «*Es preciso tomar un hecho «en la tradicion de los hombres, cuya verdad sea universalmente reco- «nocida*. Pero ¿cuál es este hecho? No descubro ninguno cuyos mo- «numentos estén mas generalmente atestiguados, que el que nos «transmitió esa famosa revolucion física, que, segun dicen, cambió «en otro tiempo la superficie de nuestro globo, y dió lugar á una

[1] *Voyage dans la haute Asie*.

[2] Nérée Boubée, *Manuel de géologie*, p. 39-40. — Esta observacion de los pedruscos erráticos, y la consecuencia que de ella deduce el sábio profesor, son fruto de los mas sostenidos y concienzudos trabajos de la geología universal. (Véase á Wisseman, *Discurso* VI).

[3] *Journal de physique*, 1792.

«total renovacion de la sociedad humana; en una palabra, el diluvio me parece la verdadera época de la historia de las naciones. «Este hecho *puede justificarse y confirmarse por la universalidad de los «sufragios, supuesto que la tradicion de este hecho se encuentra en to«das las lenguas y en todas las naciones*[1].»

En fin, Cuvier, el grande evocador del mundo antidiluviano, el sublime relator en el importante proceso que se está siguiendo entre la incredulidad moderna y el historiador sagrado, despues de haber hojeado, por decirlo así, todo el libro de la naturaleza, — compulsado todos los archivos humanos, — exhumado, hecho revivir y oido á los seres contemporáneos del diluvio, aun á los contemporáneos de la creacion, y de haberse remontado hasta el cáos, — se resume á sí mismo, y concluye así: — «Creo con Deluc y Dolomieu, que si algo hay «bien justificado en geología, es que la superficie de nuestro globo «fue víctima de una *grande* y *súbita* revolucion, *cuya data no puede «subir mas allá de cinco ó seis mil años;* que esta revolucion hundió «é hizo desaparecer los países que *habitaban antes los hombres* y las «especies de animales mas conocidas en nuestros dias; que, al con«trario, convirtió en seco el fondo del mar anterior, formando en él «los países actualmente habitados; que despues de esta revolucion «*el pequeño número de individuos que ella perdonó* se esparció y pro«pagó por los terrenos nuevamente secados, y que en consecuencia «nuestras sociedades no empezaron su marcha progresiva hasta des«pues de esta época. — Este es uno de los resultados á la *vez mejor «probados* y MAS INESPERADOS de la sana geología, resultado tanto «mas precioso, cuanto que enlaza con una cadena no interrumpida «la historia natural y la historia civil[2].»

[1] *La antigüedad descubierta.*—En esta cita hemos subrayado dos pasajes, de los cuales tomamos acta contra Boulanger para recordárselos en tiempo y lugar. — Hé aquí además otro pasaje del mismo autor sobre el diluvio, que es todavía mas explícito: — «Este hecho incomprensible (el diluvio), que cree «el pueblo solo por hábito, y que las personas de talento niegan tambien por «hábito, es sin disputa el mas notorio é incontestable. Sí, el físico creeria en «él, aunque las tradiciones de los hombres no se lo hubiesen nunca recorda«do, y un hombre de buen juicio, que no hubiese estudiado mas que las tra«diciones, tambien creeria en él. Seria preciso ser el mas limitado, y el mas «pertinaz de los humanos para dudar de él desde el momento que se conside«ren los testimonios comparados de la física y de la historia, y el grito uni«versal del género humano.» — (Véase *l'Antiquité justifiée,* ou Réfutation d'un livre intitulé *l'Antiquité dévoilée par ses usages,* chap. 1, p. 3 et 4).

[2] *Discours sur les révolutions du globe,* p. 280 et 145.

El ilustre sábio llega al descubrimiento de este resultado, no solo por medio de la geología, sino tambien por medio de la crítica histórica; y con la lucidez y sagacidad de sosegada razon que le distinguen, estima en su merecido valor todos los falsos cálculos astronómicos é históricos de que los modernos incrédulos habian erizado el camino de la verdad: limpia el campo de la historia, agrupa en él las cronologías y tradiciones mas seguras y universales, y demuestra que convergen todas al rededor de los datos presentados por la naturaleza y por Moisés. «¿Es posible, exclama en seguida, *que un* «*simple acaso pueda dar resultados tan pasmosos*, y que haga remon«tar á cási cuarenta siglos el orígen tradicional de las monarquías «asiria, india y china? *Las ideas de los pueblos que carecen cási de* «*relaciones mútuas, cuya lengua, religion y leyes tienen tan poco de co*«*mun, ¿se concordarian en este punto si no tuviesen la verdad por ba*«*se*[1]?» Reflexion juiciosísima, que en adelante aplicarémos mas inmediatamente á nuestro asunto.

Hé aquí, pues, á Moisés rehabilitado por la ciencia y vengado por la naturaleza sobre un punto en que habia sido atacado con el mismo encarnizamiento que en los relativos á la creacion; sobre un punto que parecia y parece aun inverosímil, y que sin embargo se halla demostrado como verdadero, á pesar de todos los caractéres constitutivos de su inverosimilitud.

En cuanto á las dimensiones del arca, diré que un distinguido marino, el vicealmirante Thevenard, se ha ocupado en aplicar sus conocimientos especiales á la comprobacion de este punto, y ha publicado su decision con timidez que revela toda su sinceridad:— «No «afirmamos aquí la verdad del diluvio universal, y que el arca haya «existido, dice;—pero si tuvo lugar el hecho con una arca cuyas «dimensiones explica el Génesis, cap. 7, el simple cálculo que se «acaba de ver atestigua contra Porfirio, contra Apeles, discípulo de «Marcion, y *contra un escéptico moderno*, que semejante buque era «una tercera parte mas capaz de lo que se necesitaba para contener «muy fácilmente la familia de Noé, los animales y los víveres[2].»

Acerca de la aparicion del arco íris diré tambien con Mr. Marcelo de Serres, que este fenómeno tan natural despues del diluvio, no debia serlo en aquella época, y podia por consiguiente haberlo dado Dios como la expresion de un cambio en el estado de la tierra y co-

[1] *Discours sur les révolutions du globe*, p. 220.
[2] *Mémoires relatifs à la marine*, t. IV, p. 253.

mo una prenda de que no *habria mas en ella aguas del diluvio* (Génesis, IX, 15); que el diluvio supone tal cantidad de agua diseminada anteriormente por la atmósfera, que aquel fenómeno no era entonces posible; que se puede juzgar de ello por lo que sucede todavía en las regiones ecuatoriales, donde las lluvias no tienen nunca bastanse sutileza para dar lugar á los arco-íris suplementarios, y que solo de la verdad primitiva contenida en el Génesis puede indudablemente haberse originado la gran veneracion que los peruanos conservaron siempre por los arco-íris, tradicion cuyo mantenimiento se explica tanto mas fácilmente, cuanto que las huellas del gran cataclismo que desoló la tierra son en América mucho mas pronunciadas que en cualquiera otra parte [1].

¿Qué cosa ha parecido nunca mas absurda que todos esos pasajes del Génesis? ¡Cuánto respeto y veneracion debe inspirarnos un libro que, solo hasta nuestros dias, ha tenido en su favor la verdad contra todos los juicios del espíritu humano!

X. *Erant ergo filii Noe, qui egressi sunt de arca, Sem, Cham, et Japheth. Et ab his disseminatum est omne genus hominum super universam terram.* — «Eran, pues, los hijos de Noé que salieron del arca, «Sem, Cam y Jafet. Y de estos se propagó todo el linaje de los hom« bres sobre toda la tierra.»

La unidad de la especie humana en Adan y en Noé debia ser atacada por el filosofismo con encarnizado furor, supuesto que atravesando la sucesion de los siglos, llega á juntarse con el fundamento de la Religion, que es la rehabilitacion de la unidad humana en Jesucristo. — Convenimos tambien en que parecia difícil justificar bajo este punto de vista á Moisés, en presencia de espíritus tan prevenidos contra él, al ver la diversidad tan grande que reina entre los hombres: sus idiomas, sus poblaciones, sus grados de inteligencia, sus costumbres, sus formas sobre todo y sus colores; y el probar que el cafre y el hotentote, que parecen pertenecer al hombre de los bosques, son hermanos consanguíneos de los europeos de nuestras capitales, tan ricos con todos los dones de la naturaleza, del genio y de las artes. — Así se parapetaba la impiedad detrás de esta dificultad, y proclamaba con Voltaire, «que solo un ciego puede dudar que los «blancos, los negros, los albinos, los hotentotes, los lapones, los «chinos y los americanos, no sean razas enteramente distintas [2].»

[1] Marcelo de Serres, t. I, p. 191-192.

[2] *Histoire de Russie sous Pierre le Grand*, chap. 1.

La ciencia es este ciego, porque en nuestros dias ha llegado á este resultado inesperado de volver á encontrar las huellas del hombre despues de su dispersion y confusion actuales hasta su cuna, y de poder afirmar que la humanidad entera desciende de un padre único.

Ya Buffon habia consignado esta observacion tópica en réplica al argumento mas fuerte contra la unidad de la especie humana : — « Si «el negro y blanco no pudiesen producir juntos, si su produccion «quedase infecunda, si el mulato fuese un verdadero mulo, habria «en este caso dos especies muy distintas : el negro seria respecto del «hombre lo que el asno respecto del caballo ; ó mas bien, si el blan- «co fuese hombre, el negro seria menos que hombre ; seria un ani- «mal aparte como el mono, y podríamos creer que el negro y el blan- «co no tienen un orígen comun. Pero semejante suposicion se halla « desmentida por los hechos ; y supuesto que todos los hombres pue- «den tener mútuo comercio genital y procrear, todos los hombres pro- «ceden de un mismo tronco, y pertenecen á una misma familia [1]. » Esta juiciosa reflexion, corroborada por la experiencia, ha llegado á ser la base distintiva de lo que debe entenderse por *especie* en zoología ; y ya es un axioma en esta ramificacion de las ciencias naturales que *todos los indivíduos que pueden reproducirse y propagarse indefinidamente unos con otros son de una sola y misma especie* [2]. Nunca se efectúan esas cópulas entre animales de especies distintas, mientras se hallen estos entregados á sí mismos. Solo el hombre puede violentarlos y someterlos á semejantes uniones ; pero los productos que de ellas resultan son tales en su estado normal, que cási son generalmente estériles é infecundos, y en todo caso su fecundidad se limita á la tercera ó lo mas á la cuarta generacion. Esta es la ley constante de la naturaleza, y como la barrera insuperable que opone á la confusion de las especies.

Aplicada esta ley al hombre, demuestra la unidad de su especie, pues la experiencia nos enseña que las castas humanas mas degeneradas, juntándose con las mas perfectas, dan indivíduos *indefinidamente fecundos*.

Sentado este principio, han procurado los naturalistas explicarse las variedades que presenta la especie humana. Unos, como Buffon [3],

[1] Buffon, *Histoire de l'âne.*
[2] Marcelo de Serres, t. II, p. 20.
[3] *Discours sur les variétés de l'espèce humaine.*

Blumenbach [1], Camper [2], Wissemam [3], han descubierto sus causas en la influencia del clima, la diferencia de alimentos, y sobre todo en la reaccion de la inteligencia y de la sensibilidad sobre los sistemas nervioso, cutáneo y hasta huesoso; otros, como Lacepède [4] y Cuvier [5] hacen remontar su orígen á una época vecina á la última catástrofe que cambió la superficie del globo, y en la cual todos los elementos, cuya reunion compone lo que llamamos *influencia del clima*, debian presentar una fuerza muy superior á la que pueden mostrar ahora que la bonanza de un gran número de siglos ha embotado las fuerzas de la naturaleza, las unas por medio de las otras, y encadenado la actividad de muchedumbre de sustancias por medio de su aproximacion, mezcla y combinaciones. Sea como fuere, todos estos sábios naturalistas concluyen con Mr. Cuvier, «que las marcadas di-«ferencias que se encuentran entre los hombres solo son efecto de cau-«sas accidentales, en una pal bra, de las variedades [6].»

Lo que ha contribuido á hacer progresar extraordinariamente la antropología y la ha unido al relato de Moisés, que despues del diluvio hace repoblar la tierra por los tres hijos de Noé, Sem, Cam, y Jafet, es que se ha llegado ya á encerrar todas las variedades de la especie humana en tres divisiones principales, á saber, la caucasiana, la etiópica y la mongola [7], y prueba la exactitud de este cálculo el haberse llegado á él por vias diferentes; los naturalistas, á cuya cabeza colocamos á Cuvier, por sus estudios comparativos sobre el reino animal: los geógrafos, como Mr. Valckenser, por sus investigaciones geográficas, y los viajeros, como Dumont d'Urville y Freycinet, por la observacion directa del conjunto de la fisonomía y costumbres de tantos pueblos diversos. Al justificar la existencia de estas tres grandes familias, estos sábios han proclamado igualmente que todas fraternizan en las señales de una primitiva unidad [8].

[1] *Manuel d'histoire naturelle.*

[2] *Dissertation physique sur les differences réelles que présentent les traits du visage chez les hommes des différents pays.*

[3] *Troisième discours.*

[4] *Histoire du genre humain.*

[5] *Tableau élémentaire de l'histoire des animaux.*

[6] *Tableau élémentaire de l'histoire des animaux.*—Véase tambien á Portalis, *De l'usage et de l'abus de l'esprit philosophique*, t. I, p. 60.

[7] Entre las dos primeras familias se encuentran los malayos, y entre la raza caucasiana y la mongola están colocados los americanos.

Véanse *Forster, Lacepède, Cuvier, Hollart, de Humboldt* y otros. La rela-

Pero vamos á ver como esta importante verdad adquiere mucho mas desarrollo y consistencia juntándose con otra nueva verdad.

XI. *Erat autem terra labii unius, et sermonum eorumdem... Et dixerunt: Faciamus turrim, cujus culmen pertingat ad cœlum... Dixit autem Dominus: Confundamus ibi linguam eorum, ut non audiat unusquisque vocem proximi sui. Atque ita divisit eos Dominus ex illo loco in universas terras, etidcirco vocatum est nomen ejus Babel, quia ibi confusum est labium universæ terræ.* — «Era entonces la tierra de un solo len-«guaje y de unas mismas palabras...; y dijeron: Edifiquemos una tor-«re cuya cumbre llegue hasta el cielo...; pero el Señor dijo: Con-«fundamos allí su lengua, de manera que ninguno entienda el len-«guaje de su compañero. Y de este modo los esparció el Señor desde «aquel lugar por todas las tierras. Por esto fue llamado su nombre «Babel, porque allí fue confundido el lenguaje de toda la tierra.»

De repente se ha presentado entre nosotros una nueva ramificacion de conocimientos humanos: ha sido preciso inventar una palabra nueva para nombrarla, y ¿cuál ha sido su resultado inmediato y para siempre incontestable? — La confirmacion de la unidad de la especie humana, — la designacion fija de su primitiva mansion en el Oriente, en el mismo sitio indicado por Moisés, que al principio el lenguaje fue único, — y que la separacion se efectuó por una causa *violenta y repentina*.

Á todas estas soluciones ha llegado ya la *lengüística* ó estudio comparativo de las lenguas, en sus relaciones con la etnografía ó estudio de las costumbres de diferentes pueblos. Y las ha alcanzado, no por el sistema de un filósofo ó de un sábio, sino por las observaciones y trabajos comparativos de todo el mundo científico sin abrigar antes ninguna idea para esto, extraño á todas las prevenciones y á todos los cálculos, y bajo la sola influencia de la verdad.

Voy á exponer sus principales atestaciones:

«Si algun dia se levantase algun sistema filosófico queriendo to-«davía multiplicar las cunas del género humano (decia un sábio ru-«so, el conde Goulianoff, en un trabajo que despues de un año de «exámen fue adoptado y consagrado por la decision unánime de la «Academia de San Petersburgo), al momento se colocaria á su lado

cion presentada á la Academia de las Ciencias, del viaje de la fragata *Urania*, por Mr. Freycinet, el 8 de junio de 1840, concluye en estos términos: «Todas «mis observaciones tienden á demostrar la grande unidad de la especie hu-«mana.»

«la *identidad de las lenguas* para destruir su prestigio y confundirlo; «y creo que semejante autoridad dejaria convencido al talento mas «preocupado [1].» — «Todas las lenguas pueden ser consideradas co«mo dialectos de un idioma actualmente desconocido [2].»

Tales han sido asimismo las conclusiones del consejero de Estado de Alemania, Merian, en su magnífica obra sobre la *analogía de las lenguas*, publicada bajo el nombre de *Tripartitum* [3].»

El erudito Julio Klaproth, profundamente versado en el conocimiento de las lenguas y de la literatura asiática, á pesar de que alimentase todavía en su espíritu algunas viejas preocupaciones contra la verdad revelada, escribia así: «La afinidad universal de las len«guas se halla rodeada de una claridad tan viva, que todos debemos «considerarla como completamente demostrada. Esto, añade, es in«explicable en cualquiera hipótesis que no sea admitir que existen «aun fragmentos de un lenguaje primitivo en todos los idiomas del «antiguo y nuevo mundo [4].»

Sin embargo, este nuevo mundo pareció al principio un obstáculo á la demostracion de la identidad de las lenguas; tan numerosa y profunda es la diversidad de dialectos americanos. Parecia que allí debia desesperar la fe naciente y prolongarse las resistencias de la incredulidad. Pero habia allí tambien algo que avivaba esa sed de descubrimientos, que parece ha querido Dios encerrar muy particularmente en las entrañas de nuestro siglo. Un profesor inglés, Smith Barton, fue el primero que emprendió la tarea de iluminar aquel cáos; fue seguido de cerca por Vater, y el resultado de sus trabajos hechos con la mayor exactitud, dice Mr. Alejandro de Humboldt, y siguiendo un método no empleado hasta entonces, probó la existencia de algunas palabras comunes á los vocabularios de ambos continentes. Estas palabras fueron encontradas haciendo la comparacion de la totalidad de las lenguas americanas con la totalidad de las del mundo antiguo [5]. Malte-Brun intentó dar otro paso mas adelantado y establecer una conexion geográfica entre las lenguas americanas y asiáticas, y consiguió por este medio aumentar el número de los datos

[1] *Discurso sobre el estudio fundamental de las lenguas*, París, 1822, p. 31.

[2] *Conclusion de la Academia de San Petersburgo, Boletin universal*, t. I, pág. 380.

[3] Viena, 1822, pág. 585.

[4] *Asia poliglota*, introduccion, S. IX.

[5] Alejandro de Humboldt, *Vue des cordillères*.

que poco despues se completaron por el estudio de las tradiciones importadas y de las huellas dejadas por los pueblos de América en su emigracion del Nor-oeste al Sur. Al mismo tiempo la lengüística, gracias á los continuos y reiterados trabajos de Guillermo y de Alejandro de Humboldt, comprendia fácilmente, en la forma de las conjugaciones, el único enlace que une entre sí todas las lenguas de la América, y encontraba allí una familia dispersa, que Guillermo de Humboldt caracterizaba con el nombre de lengua por *aglutinacion.* «Esta maravillosa uniformidad, dice Malte-Brun, en la manera par«ticular de formar las conjugaciones de los verbos, de un extremo á «otro de la América, favorece singularmente la suposicion de un pue«blo primitivo que formó como el tronco comun de todas las nacio«nes de la América [1].» Mr. Alejandro de Humboldt generalizaba todavía mas su conclusion, diciendo: «Por mas aislados que puedan «parecer á primera vista ciertos lenguajes, y por mas singulares que «sean sus caprichos é idiomas, todos guardan analogía entre sí; y se «percibirán mas fácilmente sus numerosas relaciones á medida que «se irán perfeccionando la historia filosófica de las naciones y el es«tudio de las lenguas [2].»

Mientras se iba deshaciendo el nudo de la dificultad relativa á las lenguas de la América, los trabajos emprendidos en escala mayor llevaron á Guillermo de Humboldt á poder reducir las ochocientas sesenta y ocho lenguas y los cinco mil dialectos de las lenguas muertas ó vivas en el globo, á tres clases principales: *simples*, por *flexion*, y por *aglutinacion*. Estas tres clases corresponden á las tres mayores divisiones geográficas del globo, á saber: las lenguas por *flexion* al mundo antiguo; las lenguas por *aglutinacion* al nuevo mundo, y las lenguas *simples* al mundo marítimo, con la particularidad de que, el mundo antiguo, que es el solo que posee las verdaderas lenguas por *flexion*, posee tambien las otras dos y las reune todas en sus raíces originarias.

Mr. Balbi, el activo é inteligente autor del *Atlas etnográfico del globo*, que recogió en el campo de esta ciencia las mas preciosas noticias, resume así sus últimos resultados: «La conclusion, á que nos «han conducido nuestras diligencias sobre la clasificacion etnográfica «de los pueblos, excita esta notable reflexion: hallamos justamente «en el mundo antiguo, en que Moisés nos presenta el orígen de las

[1] Malte-Brun, pág. 217; *Compen.*, pág. 213.
[2] Ap. Klaproth, *Asia poliglota*, pág. 6.

«sociedades y la cuna de todos los pueblos de la tierra, las tres cla-
«ses, esencialmente distintas, á que piensa el célebre baron de Hum-
«boldt que se pueden reducir las formas gramaticales de la maravi-
«llosa variedad de pueblos conocidos [1].»

Este importante resultado que, como hemos visto, se habia retardado por la dificultad que presentaban al principio los dialectos americanos, habia encontrado otro obstáculo no menos difícil de vencer en la profunda diversidad que parecia separar las lenguas habladas al otro lado del Ganges de todas las que se hablan del lado de acá. Pero Mr. Abel Rémusat y el caballero de Paravey hicieron, con esta dificultad, lo mismo que Barton y Humboldt habian hecho con la de las lenguas americanas: á fuerza de estudio y comparaciones, descubrieron, al fin, que la escritura jeroglífica de la China, particularmente el antiguo carácter, tiene rasgos evidentes de semejanza con los jeroglíficos de Egipto, y hasta con la escritura cuneiforme de Babilonia. Descubrieron, asimismo, que la lengua china contiene gran número de palabras de lenguas semíticas, y por medio de tan eruditas observaciones pudieron al fin reunir las dos familias indo-europea y trasgangética, que eran las únicas que habian quedado independientes entre sí.

Valiéndose el caballero Paravey de todos los trabajos de la ciencia etnográfica, dedujo á la sazon esta interesante consecuencia: «Que no ha existido mas que un solo y único centro de civilizacion «para toda la tierra, y que todos los pueblos han bebido su civiliza-

[1] *Atlas ethnographique du globe*, lám. 1.ª—De las sábias investigaciones de Mr. Balbi, resulta que cási todas las lenguas tienen una conexion mayor ó menor con el hebreo; que cuanto mas aislados y salvajes están los pueblos, mas resalta esta conexion; y cuanto mas se civilizan, tanto mas se debilita y pierde.—El sábio, piadoso é inolvidable arzobispo de Burdeos, cardenal de Cheverus, me decia un dia en una conversacion acerca de las tribus indias que él habia evangelizado por mucho tiempo, que una de las cosas que mas le habian admirado eran las relaciones gramaticales de la lengua de aquellos salvajes con el hebreo. Esta observacion, además, la han hecho tambien otros muchos sábios, el capitan Wedel, Schlegel y el profesor Barton.

Habia acabado ya esta nota cuando recordé este pasaje de la vida del cardenal de Cheverus, que confirma lo que tuve la honra de oir de su propia boca: «Para instruir á los habitantes de los bosques, tomó antes por maestro á una «salvaje que sabia un poco el inglés, y al hacerle conjugar, notó el uso de los «*pronombres afijos*, como en el hebreo, reconociendo despues en todas las «lenguas de América, que debieron tener un orígen comun.» *(Vie de Mgr. le cardinal de Cheverus)*.

«cion en la misma fuente y en el mismo país en que el Génesis co-«loca la familia de Noé despues del diluvio [1].» —Resultado proclamado en términos no menos explícitos por Vankennedi [2], de Brotonne [3], Ajasson [4] y otros sábios, y es uno de los mas positivos á que puede llegar la humana ciencia.

Faltaba saber de qué modo esta lengua única, expresion de una civilizacion primitiva, habia podido dividirse en esa multitud de dialectos tan extraños los unos á los otros.

Sobre tan delicado asunto voy á dejar hablar á tres sábios filólogos que no pudieron tener otro punto de contacto que la verdad.

Mr. Abel Rémusat, en el discurso preliminar de su obra sobre las lenguas tartarias, expresándose con la circunspeccion que permite la verdadera ciencia, deja no obstante entrever claramente su opinion sobre la concordancia de la etnografía con la narracion sagrada. Despues de haber explicado el método con que los estudios lengüísticos podrian hacerse servir para la historia, concluye: — «Entonces, por el idioma de un pueblo, podríamos conocer con precision «cuál hubiese sido el orígen de este, con qué naciones hubiese esta-«do aliado, cuál hubiese sido el carácter de esta alianza, y á qué «tronco pertenece, al menos hasta la época en que se pierde y acaba «la historia profana: por este medio podríamos *encontrar en los idio-«mas esa confusion que les dió orígen á todos, y que tantos vanos es-«fuerzos no han podido explicar* [5].»

Herder, á quien no se puede acusar de parcialidad, pues que en el mismo pasaje que vamos á citar procura advertirnos que considera la historia de Babel «como un fragmento poético en estilo oriental,» dice igualmente: — «que es muy probable que la raza humana y su «lenguaje se remontan á un tronco comun, á un primer hombre, y «de ninguna manera á muchos, dispersos en distintas partes del mun-

[1] *Ensayo sobre el orígen único y jeroglífico de las cifras y de las letras de los pueblos.*

[2] *Memorial enciclopédico*, 1832, p. 76 y siguientes.

[3] *Historia de la filiacion y emigracion de los pueblos.*

[4] *Nociones generales.* — «En la actualidad está probado, dice el último, «por los resultados de estos laboriosos estudios, que todas las lenguas derivan «de un tronco comun, que se hallaba en el Oriente. Distinguíanse antes mu-«chas lenguas madres: en el dia no se conocen ya mas que hermanas, las pri-«mogénitas, las otras hijas segundas, pero todas derivadas igualmente de la «lengua primitiva que se extinguió.»

[5] *Recherches sur les langues tartares*, vol. I, p. 9.

«do.» Despues de haber desenvuelto y apoyado esta opinion por medio de investigaciones gramaticales, sobre la estructura de las lenguas, prosigue y afirma con seguridad que, — «del exámen de las «lenguas resulta que la separacion de la especie humana debió de «haber sido violenta, no porque los hombres hubiesen cambiado vo«luntariamente de lenguaje, sino *porque debieron ser violenta y re«pentinamente separados unos de otros*[1].»

Rectificando Niebuhr, en la tercera edicion de su obra, la opinion opuesta que habia emitido en la primera, se expresa en estos términos: — «Este error se escapó á la atencion de los antiguos, proba«blemente porque admitian en la especie humana muchas castas pri«mitivas. Los que las niegan, y solo reconocen una pareja única, «deben suponer un *milagro* para explicar la existencia de idiomas de «estructuras distintas; y respecto de esas lenguas que difieren en sus «raíces y en otras cualidades esenciales, *es preciso admitir el prodi«gio de la confusion de las lenguas. La admision de semejante milagro «en nada ofende á la razon;* porque supuesto que los restos del mun«do antiguo nos demuestran evidentemente que existia otro órden «de cosas antes del actual, es muy creible que se conservó en toda «su integridad desde su principio, y que al llegar á cierto período «experimentó un cambio esencial[2].»

Así se van allanando debajo de las pisadas de la ciencia aquellas dificultades que á los ojos de la incredulidad se elevaban como enormes montañas. Así se comprueba al pié de la letra, y palabra por palabra, el relato de Moisés sobre la confusion de las lenguas, la primitiva unidad de la especie humana, el diluvio y la creacion. Así esta infalible veracidad, tanto mas extraordinaria y sobrehumana, cuanto mas tiempo y esfuerzos se hán necesitado para descubrirla, permanece como el solo hecho inexplicable é insoluble por otro medio que no sea su inspiracion.

Pero antes de detenernos en esta conclusion definitiva, aumentemos todavía la fuerza y el número de las razones que á ella nos con-

[1] *Memorias de la Academia de Berlin*, 1781, pág. 141-143.

[2] *Nieburh's Rœmische Geschichte*, tercera edicion, parte I, pág. 60.

Al concluir esta parte de mi trabajo debo restituir al sábio y venerable obispo de Melipotamos, Mons. Nicolás Wisseman, el honor y mérito de cási todas las presentes investigaciones, y con frecuencia de sus mismas palabras, que no he podido menos de debilitar al apropiármelas. — No es esta la sola deuda que con él he contraido, pero la VERDAD, cuyo triunfo él y yo nos hemos propuesto, aunque con medios muy desiguales, será mi caucion.

ducen, recogiendo en una seccion última algunos testimonios y algunas pruebas, que á causa de su aislamiento no han podido entrar en las clasificaciones precedentes; y que por este motivo vamos á presentar sin mas órden que el de esta reunion.

XII. Cási todas estas pruebas y testimonios están sacados del estudio de las tradiciones, usos ó monumentos históricos de los diferentes pueblos.

Figura en primera línea el resultado de una ciencia del todo nueva, lo mismo que la geología, la etnografía y la lengüística, ciencia que ha abierto un nuevo horizonte al conocimiento de lo pasado. Quiero decir, el arte de descifrar los jeroglíficos y de hacer hablar á estos testigos, mudos despues de tantos siglos, en la misma tierra que fue teatro de los acontecimientos descritos por Moisés; ¡qué prueba! Algunos cristianos pusilánimes se espantaron; otros mas ilustrados se arrojaron con ardimiento á este nuevo camino abierto al triunfo de la verdad: un sábio francés, animado por el amor mas puro á la ciencia, Mr. Champollion menor, cogió la primera palma de esta nueva conquista del espíritu humano, palma que pronto hubo de dar sombra á su sepulcro. Hé aquí en qué términos resume sus *bellas investigaciones y sus admirables descubrimientos* (como dice Cuvier [1]) en sus relaciones con la Biblia: — «Puedo demostrar que ningun monu-«mento egipcio es realmente anterior al año 2200 antes de nuestra «era, antigüedad remota por cierto; pero que ninguna contradiccion «opone á las tradiciones sagradas, *antes bien me atrevo á decir que las «confirma en todas sus partes*. En efecto, adoptando la cronología y «sucesion de los reyes, que nos dan los monumentos egipcios, la his-«toria de Egipto *concuerda admirablemente* con los Libros santos. Así, «por ejemplo, Abrahan llegó á Egipto hácia el año 1900, es decir, «bajo el reinado de los *reyes pastores* [2]. Los reyes de raza egipcia no «hubieran permitido á un extranjero la entrada en su territorio; é «igualmente bajo el réinado de un *rey pastor* fue cuando José llegó «á ser ministro en Egipto, estableciendo allí á sus hermanos, lo cual «no hubiera podido verificarse reinando monarcas de raza egipcia [3].

[1] *Discurso sobre las revoluciones del globo*, octava edicion, pág. 203.

[2] Raza extranjera, probablemente de orígen escita, que se habia apoderado del país.

[3] De aquí la explicacion de estos pasajes del Génesis:

«José dijo á sus hermanos y á toda la familia de su padre: Voy á decir á «Faraon que han venido á encontrarme mis hermanos, pastores de ovejas,

«—El jefe de la dinastía de los Diospolitanos, llamada la décimoc-«tava, es el *rex novus qui ignorabat Joseph* de la sagrada Escritura, «el cual por ser de raza egipcia no debió conocer á José, ministro de «los reyes usurpadores, y fue el que redujo á los hebreos á la escla-«vitud. El cautiverio duró tanto como la dinastía décimoctava; y «bajo el reinado de Ramsés V, llamado Amenofis, al principio del «siglo XV, fue cuando Moisés libertó á sus compatriotas. Esto ocur-«ria durante la adolescencia de Sesostris, que sucedió inmediata-«mente á su padre y conquistó parte del Asia, mientras Moisés é Is-«rael iban errantes en el desierto por espacio de cuarenta años. *Por « esto los Libros santos no deben hablar de este gran conquistador*. To-«dos los demás reyes de Egipto nombrados en la Biblia se encuentran «en los monumentos egipcios, en el mismo órden de sucesion y en «las épocas precisas donde los colocan los Libros santos. Añadiré «aun que la Biblia escribe mejor sus verdaderos nombres que los «historiadores griegos. Desearia saber qué contestarian aquellos que «maliciosamente decian que los estudios de las antigüedades egip-«cias tendian á alterar las creencias fundadas en los monumentos «históricos que se consignan en los libros de Moisés.—La aplicacion «de mi descubrimiento viene por el contrario á darles un invencible «apoyo [1].»—Esta conformidad no debe sorprendernos, habituados como estamos á encontrar la verdad en Moisés; lo extraño seria que hubiese discordancia.

—Hé aquí, sin embargo, otra prueba que debo señalar, porque se refiere á un grande incrédulo del siglo XVIII, Diderot.

En todo tiempo y en todas partes, entre los pueblos antiguos como entre los modernos, en los países civilizados como en los bárbaros, donde quiera, en una palabra, estuvo en uso la semana y la consa-

«que se ocupan en alimentar á sus ganados, los cuales han traido consigo.—«Y cuando Faraon os llame y os pregunte: ¿Cuál es vuestro oficio? Le respon-«deréis: Vuestros siervos son pastores desde su niñez, y lo han sido nuestros «padres lo mismo que nosotros. Diréis esto para poder habitar en la tierra de «Gesen, porque los egipcios aborrecen á todo pastor de ovejas.»—Este odio del pueblo conquistado contra los pastores era precisamente un título de recomendacion para con sus conquistadores, que eran *pastores* igualmente;—conducta análoga á la de los normandos con respecto á los sajones en la conquista de Inglaterra.

[1] Carta de Mr. Champollion á Mons. Wisseman, leida por este último en su Discurso VIII pronunciado en Roma, y publicada despues en el mismo discurso.

gracion de su séptimo dia al reposo del hombre y al culto de la Divinidad. El hecho es incontestable; se halla atestiguado entre los antiguos por Josefo [1], Filon, Tíbulo y Luciano, y lo vemos proclamado por un sábio astrónomo moderno nada sospechoso, *Laplace*, en estos términos: — «La semana, desde la mas remota antigüedad, «en la que se pierde su orígen, circula sin interrupcion al través de «los siglos, mezclándose en los calendarios sucesivos de los diferen«tes pueblos. — Es muy notable que se encuentre de la misma ma«nera en toda la tierra. Es tal vez el monumento mas antiguo y mas «incontestable de los conocimientos humanos. Parece indicar un orí«gen comun, del cual salieron todos [2].»

¿Cuál podrá ser ese orígen? Para los ojos despreocupados es evidente que solo puede ser la memoria de la creacion del mundo en seis dias (ó épocas) y del reposo del Criador en el séptimo dia. Hé aquí el orígen atribuido á este uso por el libro mas antiguo de todos los libros y por el pueblo mas antiguo de todos los pueblos. Entonces la fuerza que adquiere la relacion de este libro se comprende por la universalidad de semejante uso, pues es un testimonio á la vez de la historia de la creacion en uno de sus principales caractéres, y de la unidad primitiva de la especie humana que conservó este recuerdo en medio de su dispersion.

El ilustre autor del *sistema del mundo*, que sin embargo tenia la desgracia de ser irreligioso [3], parece que no veia en este uso *tan notable* como él dice, mas que un sistema astronómico. Despues de las palabras que hemos citado, dice en efecto: «Pero el sistema astro«nómico que le sirve de base es una prueba de la imperfeccion de «los conocimientos humanos en aquella época.»

Es menester estar muy preocupado para intentar el hallazgo de un sistema de astronomía en una clasificacion tan extraña, y para admitir que una base tan imperfecta hubiese podido gozar de tamaña universalidad. Por lo demás, el sábio astrónomo no se ocupa mas que de la division de la semana en siete dias, eludiendo la circuns-

[1] «No hay ciudad ni entre los griegos ni entre los bárbaros, decia Josefo, «donde no deje de trabajarse el séptimo dia, encendiendo lámparas y practi«cando ayunos.» *(Cont. App.*, lib. II, cap. 9).

[2] *Sistema del mundo*, pág. 18 y 19.

[3] Una carta recien publicada en el *Univers* nos da sin embargo la noticia de que Laplace, como otros hombres insignes, abjuró su incredulidad antes de morir.

tencia dominante y carasterística del *reposo religioso en el séptimo dia*, que ningun sistema astronómico, por *imperfecto* que sea, ha podido explicar [1].

Atengámonos á la opinion de Diderot, y verémos como él en este uso, una huella profunda de la gran verdad, cuyo tipo se halla en el Génesis.

—El Génesis recibe por otra parte una confirmacion mas explícita de todas las tradiciones humanas sobre la creacion y el diluvio. En las Metamórfosis de Ovidio tenemos una exposicion de las tradiciones paganas sobre este punto, que se asemeja al Génesis como una mala prueba retocada se asemeja á un ejemplar original, y como dicen los grabadores *antes de la letra*. Entre los fenicios y los frigios [2], entre los persas [3], entre los indios [4] y los chinos [5], y hasta en la América [6], existen las mismas tradiciones y las mismas analogías. Lo notable en todas estas tradiciones es que cada una de ellas, reproduciendo groseramente el conjunto del cuadro del Génesis, ha conservado con mas viveza la impresion de tal ó cual rasgo particular diferente, pero cuya reunion compone, como si fuese con fragmentos recogidos, el todo primitivo, que no se encuentra mas que en Moisés [7].

[1] En todos los pueblos de América se ha hallado establecido el uso de santificar el séptimo dia de la semana y el de la circuncision. (Marcelo de Serres, 2, 425).

[2] Sanchoniaton.

[3] *Anales de filosofia.*

[4] *Los Vedas.*

[5] *Memoria de Mr. Pauthier sobre la doctrina de Tao.*

[6] Humboldt, *Vista de las cordilleras.*

[7] Se sabe que habia entre los griegos dos versiones sobre el diluvio adaptada una á la mitología de que se habian apoderado los poetas, y otra mas filosófica y mas fiel á las tradiciones del Oriente. Esta nos la conservó Luciano (*De Dea Syria*), y Plutarco (*Utrum animalia terrestria aut aquatica magis sint solertia*). En ella está representado Deucalion como construyendo un arca ó un *cofre*, en el cual se refugió llevando consigo un par de cada especie de animales, á mas de su mujer y sus hijos; tal es, dice Luciano, la relacion *histórica*.—Plutarco añade que la vuelta de una paloma fue el anuncio que recibió Deucalion de que las aguas se habian retirado.—Luciano mismo cuenta un poco mas adelante, que en conmemoracion del diluvio se celebraba dos veces todos los años una ceremonia en cierta ciudad de Siria, á la orilla del mar, á la cual acudian todos los pueblos de la misma Siria, de la Arabia y de mas allá del Eufrates, y que en el santuario del templo se elevaban tres estatuas, la una de Júpiter, la otra de Juno, y «la otra estatua de en medio, añade, no «tiene mas nombre que la *Estatua*, ni otro símbolo que una paloma de oro

En estas tradiciones hay un punto que quiero comprobar, y es el relativo al número de las generaciones que se sucedieron entre la creacion y el diluvio, á la longevidad de los hombres en aquella época. Moisés, como es sabido, cuenta *diez* generaciones, y atribuye una vida de *novecientos años*, poco mas ó menos, á cada uno de los patriarcas antidiluvianos. ¡Cuánto no se ha dicho contra esta genealogía! Hé aquí, sin embargo, los testimonios recogidos por un célebre incrédulo, *Volney*, que vienen á confirmar la palabra de Moisés sobre el número de las generaciones antidiluvianas.—«El historiador «Berosio, dice, que vivió como tres siglos antes de Jesucristo, des«cribe con los mas minuciosos pormenores las circunstancias del di«luvio de Xisuthro, *que fue el décimo rey, así como Noé fue el déci«mo patriarca*. Berosio y Abidemo, *acordes con Moisés*, fijan *diez* ge«neraciones antes del diluvio. Los pueblos de la India llenan los tiem«pos anteriores al diluvio con diez *avatas* que corresponden á los *diez «reyes* y á los *diez patriarcas antidiluvianos*. Sanchoniaton de Frigia

«sobre la cabeza, la cual dos veces al año se conduce con pompa hasta el mar, «y algunos dicen que representa á Deucalion.»—Berosio y Nicolás de Damasco, refiriendo la misma tradicion, dicen que el arca se detuvo en el monte de los cordianos, en Armenia; que sus restos se conservaron por espacio de largos años, y que los pueblos iban allá de cuando en cuando á recoger pretendidos pedacitos del betun con que habia sido embreada.—La arqueología moderna ha venido tambien á pagar su tributo á Moisés.—En la ciudad de Apamea, en Frigia, se han encontrado algunas medallas de cobre, en cuyo anverso se ve el busto de diferentes emperadores, como Severo, Macrino y Filipo el Viejo. En todas el reverso es igual. Eckhel lo describe así: «Aparece «un cofre nadando sobre las aguas, y dentro de él un hombre y una mujer has«ta la cintura: fuera de allí, de espaldas al cofre, se descubren en actitud de «andar una mujer cubierta de un traje talar y un hombre vestido de corto, los «dos con la mano derecha levantada: sobre el cofre hay un pájaro; y otro pá«jaro en actitud de volar lleva entre las patas una rama de olivo.» (*Doctrina nummorum veterum*, Viena, 1793, parte I, t. III, pág. 130).—Por otro lado, Mr. Alejandro de Humboldt ha encontrado, entre las naciones americanas, un sinnúmero de pinturas que representan la historia primitiva del hombre conforme al Antiguo Testamento. En estas pinturas jeroglíficas el diluvio se representa así: «Tezpi ó Coxcox, segun se llama el Noé americano, se halla «representado en una arca flotante sobre las aguas, y con él su mujer y sus hi«jos, varios animales y diferentes especies de granos. Cuando se retiraron las «aguas, Tezpi soltó un buitre, que encontrando pasto en los cuerpos de los «animales ahogados, no volvió á parecer. Despues de haber hecho en vano «otras experiencias con diferentes aves, volvió al fin el pájaro mosca con una «rama verde de olivo en el pico.» (Humboldt, *Vista de las cordilleras*, t. II, pág. 65-66).

«habla de *diez* generaciones de dioses ó semidioses colocados entre «Urano y la raza actual de los mortales. Los árabes y los tártaros han «conservado igualmente el recuerdo de *diez* generaciones, y *aunque* «*separados por inmensas distancias*, dan á muchos de los patriarcas «antidiluvianos, así como á sus sucesores inmediatos, los mismos «nombres que tienen en el Génesis [1].»

Tocante á la longevidad de estos patriarcas escribia el historiador Josefo: — «Todos los que han escrito la historia, tanto la de los grie-«gos como de las demás naciones, dan testimonio de lo que digo; «pues Maneton, que escribió la historia de los egipcios, Berosio, que «nos dejó la de los caldeos, Moco, Estico y Jerónimo el Egipcio, «que refirieron la de los frigios, dicen todos lo mismo. Hesiodo, He-«cateo, Acusilao, Elanico, Eforo y Nicolao, dicen todos que aque-«llos hombres vivian hasta mil años [2].» — Á las autoridades citadas por Josefo hay que añadir las de Varron [3], de Plinio [4], de Valerio [5]; y, en fin, las mismas tradiciones se han encontrado en la India y en el Nuevo Mundo [6].

— Concluyamos con algunos testimonios confirmativos del hecho que debió por sí poner un límite á toda tradicion universal rompiendo la unidad humana; hablo del milagro de la confusion de las lenguas.

[1] Volney, *Indagaciones sobre la historia antigua*, t. I, pág. 127, 146 y 179.
[2] Josefo, *Historia de los judíos*, lib. I, cap. 3.
[3] Citado por Lactancio, lib. II.
[4] Lib. VII, cap. 48.
[5] Valerio Máximo, lib. VIII, cap. *De senectute*.
[6] Buffon, Deluc, Vallerius, Burnet, Ray y Sturm creyeron que podia explicarse la longevidad de los primeros patriarcas por razon de que las cualidades nutritivas de los vegetales, así como el desarrollo de fuerzas en los animales, depende de la temperatura y del aire, los cuales hubieron de sufrir una profunda alteracion por efecto del diluvio. Los grandes cambios que produjo en la naturaleza esta grande revolucion, debieron, segun ellos, no solamente abreviar la vida, sino tambien extinguir algunas especies de plantas y de animales. — Buffon hace tambien una observacion que apoya el dicho de Moisés; y es, que la duracion de la vida humana corresponde próximamente á siete veces la edad de la pubertad, proporcion que se encuentra en la vida de los Patriarcas antidiluvianos. — «Adan, á la edad de ciento treinta años, engendró un hijo... «y habiendo vivido novecientos treinta años, falleció.» — No se guardó exactamente esta proporcion en cada uno de los nueve Patriarcas; pero (á mas de que algunos pudieron casarse de mas edad, como Noé), siempre se encuentra en el término medio tomado sobre la suma de las edades de su vida y de su pubertad.

Segun hemos visto, la ciencia etnográfica ha llegado á reconocer la necesidad de semejante prodigio, y las antiguas tradiciones confirman igualmente en este punto lo que aseguró Moisés.

Me limitaré á dos fuentes, la una que ha llegado á nosotros por el conducto del historiador Josefo, la otra por el de Volney, concluyendo con algunos descubrimientos arqueológicos.

Despues de reproducir el relato de Moisés, dice Josefo: «Así ha«bla la Sibila de este grande acontecimiento: — Los hombres que en«tonces hablaban todos una misma lengua, edificaron una torre tan «elevada que al parecer debia llegar hasta el cielo; pero los dioses «movieron contra ella tan violenta tempestad que quedó derribada, «é hicieron que sus edificadores hablasen en un momento diferentes «lenguas; lo cual dió motivo á que se diese el nombre de Babilonia «á la ciudad que luego se levantó en el mismo sitio.» Y Josefo añade: — «Hestico habla tambien de esta especie de campo de Sennaar, «en donde se halla situada Babilonia: *Dícese que los sacrificadores que «con las cosas sagradas se salvaron de esta gran confusion, fueron á «establecerse en Babilonia* [1].»

Otra sibila distinta de la de que habla Josefo, la cual, segun observa un sábio comentador del Génesis, no escribió en verso como las demás, y debe ser muy antigua [2], se halla citada tambien por *Volney*, apoyado en el testimonio de Moisés de Corena, á quien traduce: — «La sibila Beronia, dice Moisés de Corena, atribuye tres hijos á Xi«suthro: — Sim ó Zeruan, — Titan, — y Yopetoste: — los cuales se «separaron repartiéndose el mundo. La misma Sibila al hablar de los «hombres ilustres nacidos de estos tres jefes, dice: Estos primeros dio«ses fueron terribles y brillantes: ellos dieron orígen á la raza de los «gigantes de cuerpo robusto, de miembros poderosos, de inmensa «estatura, que llenos de insolencia concibieron el impío designio de «construir una torre. Mientras en ella trabajaban, un viento horri«ble y DIVINO, suscitado por la cólera de los dioses (Elahim) destruyó «esta masa inmensa, y arrojó entre los hombres palabras descono«cidas que causaron el tumulto y la confusion. Entre estos hombres «se hallaba HAIK, de la estirpe de Yapeto, famoso y valiente caudi«llo (*præfectus*), muy diestro en arrojar las flechas y en manejar el «arco.» — «Despues del diluvio de *Noh*, ó de *Xisuthro*, añade Vol«ney, el repartimiento de la tierra entre aquellos tres personajes bri-

[1] Josefo, *Historia de los judíos*, lib. I.
[2] *Explicacion del Génesis*, 1732, t. II, pág. 300.

«llantes y poderosos, uno de los cuales es Titan, se asemeja á lo que «nos dicen los griegos de los tres hermanos Júpiter, Pluton y Nep- «tuno, que tanto se parecen tambien á los tres hijos de Noé: — Plu- «ton es negro como Cam [1].»

En fin, la arqueología nos llama á su vez á ese mismo país de Asiria ó de Caldea, á esa famosa llanura de *Sennaar*, á la misma Babilonia para encontrar debajo de un monton inmenso de ladrillos vitrificados, de un aspecto correspondiente á las tradiciones bíblicas, á esa torre de Babel, primer monumento del orgullo y de la flaqueza de los hombres. Los estudios de Mr. Raoul-Rochette, y la comparacion que hizo de las relaciones y descripciones de los modernos viajeros, le enseñaron no solamente á distinguir esta célebre torre diferente de la torre de Belo, levantada al otro lado del Eufrates, sino tambien á reconocer que esta última no fue en cierta manera mas que la imitacion de la torre de Babel: «Despues que el fuego del cielo ó «de la tierra, dice el sábio arqueólogo, destruyó esa torre de la ri- «bera derecha del Eufrates, y la redujo á un monton de escorias vi- «driosas, la volvieron á edificar al otro lado del rio, poco mas ó me-

[1] Volney, *Indagaciones sobre la historia antigua*, t. I, pág. 146.—Muchos sábios, entre otros Mr. de Paravey, creen que este color negro de que habla Volney, es el signo que Dios imprimió sobre Cain lo mismo que sobre Cam, á quien maldijo tambien, y cuyos descendientes son los negros. — «Además, es «fácil conocer, dice Rollin, el fundamento de la escandalosa historia de Sa- «turno ultrajado por uno de sus hijos. — Es fácil tambien comprender que la «licencia de las fiestas saturnales procedia de una memoria poco respetuosa de «la borrachera de Saturno ó de Noé. — El severo castigo del que vió la desnu- «dez de Noé dejó entre los paganos la memoria del enojo de Saturno, el cual, «segun refiere Calímaco, dispuso por ley irrevocable que quien tuviese igual «temeridad con respecto á los dioses perderia en el mismo punto la vista.» (*Tratado de los estudios*, parte 4.ª). — La identidad de Saturno, de Jano y de Noé podria fácilmente comprobarse por varios monumentos antiguos. Así el doble rostro de Jano aludia á la doble vida antidiluviana y postdiluviana de Noé, que habia visto él solo dos mundos distintos. Una medalla acuñada en conmemoracion del diluvio, en la mas alta antigüedad pagana, representaba por un lado el doble rostro de Jano, y por el otro una arca ó bajel flotante sobre las aguas, acerca de lo cual Ovidio, en sus *Fastos*, dice así, pidiendo la explicacion de estos emblemas:

Multa quidem didici, sed cur navalis in ære
Altera signata est, altera forma biceps?...
At bona posteritas puppim signavit in ære,
Hospitis adventum testificata Dei.

«nos bajo la misma forma, y con una magnificencia cuya memoria «y vestigios no han podido los siglos borrar [1].

Á la misma civilizacion, ó á la influencia tradicional de la propia causa deben referirse sin duda alguna esos *teocallis* de Méjico, formando grandes torres compuestas de varios pisos que suben en disminucion, absolutamente por el mismo estilo que el famoso templo de Belo; esa imitacion de la torre de Babel, cuya maravillosa semejanza con las *pirámides* de Etiopia, los *bamoths* de Fenicia, los *nuraqs* de Cerdeña, los *talayots* de las Baleares, las *torres* de Escocia, y todos esos monumentos piramidales esparcidos por toda la tierra, ha sido observada en estos últimos tiempos por Humboldt y por tantos otros sábios viajeros [2].

Pero terminemos nuestra revista y resumamos.

Al través de todas las alteraciones y metamórfosis por que ha pasado la verdad histórica de los tiempos primitivos, donde se halla oculto el arcano de nuestro destino, ¿quién no siente una satisfaccion profunda en reconocer que el único historiador que se nos propone como fiel mensajero de esta verdad, se halla confirmado á toda prueba, y en su inalterable profundidad se confunde con la palabra de Dios: esta misma palabra, que despues de haber criado al mundo, lo dió al primer hombre, su obra mejor y última, revelándole el conocimiento de sus deberes y su destino?

¿Qué falta á Moisés, órgano de esta palabra, para obtener el crédito mas completo de parte de la inteligencia mas elevada?

Acabamos de dar la vuelta en torno de este inmenso coloso. Hémoslo contemplado bajo todos aspectos, en cuanto ha sido posible á la debilidad y rapidez de nuestra mirada. Todo nos llena de admiracion y de sorpresa, todo nos lo presenta como un objeto sobrehumano é incomparable. —Primero. ¡Su antigüedad! Está lindando con los acontecimientos que describe. El diluvio era todavía en su tiempo un suceso en cierta manera doméstico en la familia de Abrahan y de Noé, que era al mismo tiempo el tronco de la familia humana. Los tiempos anteriores y la creacion se ponian á sí mismos en evidencia en los monumentos de una tradicion tanto mas segura, cuanto la longevidad de los hombres permitia á los hijos el permanecer largo tiempo en compañía de sus padres, identificándose con ellos y haciéndose todos juntos, digámoslo así, un solo hombre á

[1] *Curso de arqueologia*, segundo y tercer año.

[2] *Idem.*

quien habia hablado el Criador. — Segundo. ¡Su carácter y el de sus escritos! Él es el pontífice de la ley natural, y el único depositario de la verdad moral en los tiempos antiguos. No se deja ver en él ninguna de las pasiones humanas que son el instrumento de las grandes fortunas, y solamente por medio de grandes sacrificios y de un desinterés sin límites se consagra á la santa mision de consolidar el culto del verdadero Dios, y de perpetuar las esperanzas del género humano. Se observa en sus escritos una sencillez, una sobriedad, una noble confianza, que comparadas á la grandeza y á la dificultad del asunto no pertenecen al hombre, y respiran no sé qué majestad tranquila y divina que conmueve á los mas incrédulos y desconcierta á los profanadores. — Tercero. ¡Su obra! Él obró el mayor de todos los prodigios, el de una nacion, que, ella sola, durante el curso de la antigüedad se libró del extravío de todo el género humano por los senderos de la idolatría, y que despues de haber cumplido su primer destino dando al mundo la divina luz del Evangelio, sobrevive á todos los pueblos antiguos, y recorre todas las naciones modernas en castigo del crímen de haberla desconocido y para ser en todas partes un testimonio de su divinidad. — Cuarto. ¡En fin, las pruebas que ha sufrido y el exámen de que ha sido objeto! Nada ha faltado para confundirlo, si no hubiera sido un hombre superior á los demás hombres. Nosotros somos testigos, aunque indiferentes y distraidos, del espectáculo mas extraordinario que se viera jamás. Los prodigios del espíritu humano, el rápido desarrollo de todos los conocimientos exactos han hecho de nuestro siglo gigante por lo que toca á las ciencias, que se apodera de todas las verdades físicas, que abre, que penetra, que toma razon de cuanto existe en la naturaleza, rasgando todos sus velos y sorprendiendo todos sus secretos, que ha salvado un vasto abismo de error y de ignorancia, separándose de cuanto le habia antecedido: pues bien, una sola cosa no ha podido salvar, la cosa mas antigua, la narracion de Moisés. No solamente todas las críticas reunidas del talento humano no han podido encontrar en ella falta alguna, sino que tampoco hay fuerzas bastantes para comprender su inmensa verdad. Como un monumento gigantesco que se encontrase en el centro de una inmensa selva, y que se presentase siempre en el término de sus avenidas, la palabra de Moisés es el límite y la cima de todos los ramos de la ciencia moderna en su mas alto grado de desarrollo. Cada corta que se hace en este bosque de ignorancia y de error, no hace sino ponerlo mas de manifiesto. De cual-

quiera parte que vengan los apóstoles de la ciencia, físicos, químicos, arqueólogos, historiadores, viajeros, despues de recorrer cada uno su camino con independencia de los demás, y de haberse repartido el universo en sus exploraciones, todos vienen á encontrarse al frente del Génesis, y todos vienen á parar en una palabra escrita hace mas de tres mil años en este Libro misterioso, convirtiéndose, sin pensarlo ellos mismos, en apóstoles de la Religion, cuya divinidad proclaman al confesar la inspiracion de su primer historiador. Á las manos de estos *nuevos operarios* está confiada la reconstruccion del edificio que se va preparando, del edificio de la fe. Cada uno labra su piedra con arreglo á una forma y dibujo particular, sin conocer su ulterior colocacion y encaje; pero el grande Arquitecto que concibió el plan general hace que todas se acomoden á la base primera é inmutable que él mismo fundó con su propia mano, dirigiendo invisiblemente toda la obra.

¡Observemos aquí la marcha de este designio providencial! Poco hace Moisés era tenido por un impostor, y su Génesis como un cuento destinado á entretener al mundo en su infancia; y luego se va descubriendo poco á poco su exactitud, y se demuestra que su relato no se halla en contradiccion con ningun hecho rigorosamente probado de historia natural, hasta que todos se convencen mas y mas de que las ciencias no solo no lo contradicen, sino que lo justifican punto por punto; en fin, el prodigio de esta concordancia ha llegado á ser en nuestros dias tan maravilloso, que no puede explicarse sino por la inspiracion de Moisés, quien á su vez ha llegado á ser el regulador y como el patriarca de las ciencias.

Estas van rindiendo continuamente mayores homenajes á esta gran verdad. Voy á dejar que hablen algunos de sus primeros intérpretes:

—«La descripcion de Moisés es una narracion exacta y filosófica «de la creacion de todo el universo y del orígen de todas las cosas,» decia ya Buffon [1].

—«Está materialmente demostrado, decia asimismo el gran Lin«neo, que Moisés no escribió ni pudo escribir sino inspirado por el «mismo Autor de la naturaleza, *neutiquam suo ingenio, sed altiori «ductu* [2].»

—«Moisés nos dejó una cosmogonía, escribe Cuvier, cuya exac-

[1] *Teoría de la tierra*, art. 2.

[2] *Curios. naturæ*, § 6, *Amœn. Acad.*, diss. XVII.

«titud se comprueba todos los dias de una manera admirable. Las «mas recientes observaciones geológicas concuerdan perfectamente «con el Génesis, tocante al órden en que fueron sucesivamente cria-«dos todos los seres organizados [1].»

— «El órden con que aparecieron los seres organizados, decia el «respetable Mr. Ampère, es precisamente el órden de la obra de los «seis dias, tal como la refiere el Génesis: — ó Moisés poseia en las «ciencias una instruccion tan profunda como la de nuestro siglo, ó «se hallaba inspirado [2].»

— «Nunca admirarémos bastante, escribe otro geológo, Demer-«son, este órden maravilloso, perfectamente conforme á las mas sa-«nas nociones que forman la base de la geología positiva. — ¡Qué «homenaje no debemos al historiador inspirado [3]!»

— «Ningun monumento, sea histórico, ó astronómico, ha podido «probar que hubiese falsedad en los libros de Moisés; por el contra-«rio, todos guardan la mas notable conformidad con los resultados «obtenidos por los mas sábios filósofos y los geómetras mas profun-«dos.» — Tal es el tributo que la etnografía y la geografía rinden á una por la boca de su mas aventajado intérprete, Balbi [4].

— «Si existe en el dia una verdad generalmente reconocida, dice «el docto Mr. De Ferussac, es que el progreso de los conocimientos «positivos ha alejado enteramente de nosotros ese espíritu de pre-«tension filosófica, que todavía en tantas partes mete tanto ruido. «¿Qué geólogo hay en el dia que no se sonria de lástima al ver los «argumentos de Voltaire contra el Génesis? ¿Aparece en nuestros «dias una sola disertacion escrita segun aquellos principios por au-«tor que goce de mediano crédito entre los inteligentes [5]?»

— «¡Concordancia extraordinaria, exclama un sábio profesor de «la facultad de ciencias, Beudant, que no puede ser efecto de la ca-«sualidad, y que conduciéndonos á admitir ciertos hechos que los «Libros santos han querido ocultarnos, nos obliga tambien á reco-«nocer en los pormenores que nos dejaron un fondo de conocimien-

[1] Véase *l'Université catholique* de abril de 1830.

[2] Mr. Ampère, *Teoría de la tierra, Revista de los dos mundos*, 1.º de julio de 1833.

[3] *La geología enseñada en veinte y dos lecciones, ó historia natural del globo terrestre*, París, 1829, pág. 408, 471.

[4] *Atlas etnográfico del globo*, París, 1826, primer mapamundi etnográfico.

[5] *Boletin universal de ciencias, seccion de ciencias naturales*, t. X, núm. 137.

«tos que contrasta de un modo admirable con la ignorancia de los « tiempos en que fueron escritos [1]!»

— «Cultivad con ardor las ciencias abstractas y las ciencias natu-«rales (decia uno de los mas distinguidos maestros de las últimas, «dirigiéndose á sus colegas), descomponed la materia, alzad el velo «de las maravillas de la naturaleza á nuestros ojos asombrados, ex-«plorad, si es posible, todas las partes de este universo, escudriñad «en seguida los anales de las naciones, las historias de los pueblos « antiguos, consultad en toda la superficie del globo los monumentos «de los siglos pasados: léjos de temer esta pesquisa, yo les animaré «con todos mis esfuerzos. No temo que la verdad se ponga en con-«tradiccion consigo misma, ni que los hechos y documentos que lo-«greis recoger puedan estar jamás en desacuerdo con nuestros sa-«grados Libros [2].»

— «Si consideramos que la geología no existia en la época en que «se escribió la historia de la creacion, y que los conocimientos astro-«nómicos se hallaban entonces muy atrasados, deberémos inferir que «Moisés no pudo adivinar con tanta exactitud sino por efecto de una «revelacion.» Á esta conclusion llega el concienzudo y sábio profe-sor de mineralogía y geología de Montpeller en su bella obra sobre la *Cosmogonía de Moisés comparada con los hechos geológicos.*

— «Tales son los principales datos, dice tambien Mr. Marcelo de «Serres, que se encuentran en el libro, hácia el cual hemos llamado «la atencion de los hombres ilustrados, libro verdaderamente mara-«villoso, que fue compuesto para todos los siglos, y que con ellos se «ha ido haciendo mas grande. Maravilloso para nosotros, lo será to-«davía mas para nuestros nietos, cuyo espíritu perfeccionado por las «luces siempre crecientes de las ciencias, concebirá toda su impor-«tancia, y podrá apreciar mejor su profundidad y sus bellezas.— «Nuestras indagaciones serán bastantes quizás para aquellos que es-«tén libres de toda prevencion: por lo que hace á los demás no he «tenido nunca la esperanza de convencerlos: *harto sé que hay enfer-«medades en el espíritu, lo mismo que en el corazon humano, que no «es dado al hombre curar, ni aliviar siquiera* [3].»

—Otro sábio profesor interrumpe la exposicion de la ciencia con

[1] *Viaje mineralógico y geológico en Hungría*, cap. 15.

[2] Mr. Cauchy, *Algunas palabras dirigidas á los hombres de buen senti-do*, 1833.

[3] Tomo I, pág. 222 y 223; t. II, pág. 408, segunda edicion.

esta reflexion verdaderamente oportuna : « Aquí se presenta una con-«sideracion ante la cual seria imposible dejar de conmoverse : — pues «un libro, escrito en época en que se hallaban tan poco adelantadas « las ciencias naturales, encierra sin embargo en pocos renglones el «resúmen de las inducciones mas notables á que hemos podido lle-«gar al cabo de los inmensos progresos que á la ciencia han traido «los siglos XVIII y XIX ; inducciones que se hallan conformes con «hechos que no eran conocidos, ni siquiera sospechados en aquella «época, ni aun en las posteriores hasta nuestros dias, y que los filóso-«fos de todos tiempos han considerado contradictoriamente y bajo «puntos de vista siempre erróneos : este libro, en fin, tan superior «á su era bajo el aspecto de la moral y de la filosofía natural, vién-«donos por lo mismo obligados á admitir que hay en este libro algo «superior al hombre, algo que este no ve ni concibe, pero que obra «sobre él con una fuerza irresistible [1].» No acabaria nunca, si me empeñase en recoger todos los testimonios de la ciencia. Á los nombres ya citados y tomados como á la ventura seria preciso añadir los de Aubusson, Chaubard, Bertrand, Margerin, Champollion, Rémusat, Rochette y otros, que todos vienen á postrarse ante la majestad de Moisés y á reconocer en él el soplo de la Divinidad. Jamás se vió igual conformidad entre los varios maestros de la ciencia; nunca recibió la verdad un homenaje mas espontáneo, mas ilustrado, mas libre, mas concluyente. — ¡Ay de aquel á quien no hace fuerza!...

Digamos, pues, con el conde de Las-Cases: « Sí, sí, Moisés do-«mina sobre las generaciones y sobre los siglos, como una columna «imperecedera de verdad. Herodoto, Maneton, los mármoles de Pa-«ros, los historiadores chinos, el Sanscrito, todas estas fuentes, las «mas antiguas del mundo, quedan quinientos años, mil años detrás « de él; ninguno de estos antiquísimos testimonios puede alcanzarle, «contradecirle, ni debilitarle; por el contrario, la naturaleza y los «hombres se hallan en perfecta armonía con todo lo que él asegura. «Con tan maravilloso acuerdo triunfa la fe religiosa, y herida por se-«mejante resultado, flaquea la incredulidad filosófica, la cual venci-«da por sus propias luces se ve forzada á confesar que hay en todo «esto algo de sobrenatural que no sabe comprender, pero que no «puede negar [2].»

Tal es Moisés.

[1] Nérée Boubée, *Manuel de géologie*, troisième édition, p. 62.

[2] *Extrait de la première carte historique de Lesage.*

Por consiguiente, —no solamente en nombre de la tradicion, en nombre de la autoridad, en nombre de la fe (bases sagradas en las cuales debemos al fin apoyarnos por la necesidad que de ella sentimos), sino tambien en nombre de las mas sólidas conquistas del humano espíritu, en nombre de la ciencia y del genio, —ES INDISPENSABLE CREER EN ÉL.

§ III.

Moisés considerado en la narracion de la caida del hombre en Adan, y de la promesa de su rehabilitacion en Jesucristo.

. SI CREEIS Á MOISÉS, DEBERÉIS CREER EN MÍ, —decia Jesucristo, — PORQUE YO SOY AQUEL, DE QUIEN MOISÉS ESCRIBIÓ. —*Si crederetis Moysi, crederetis forsitan et mihi: de me enim ille scripsit* [1].

Este argumento habla directamente á nuestro siglo, obligándole á deducir de la autoridad de Moisés la divinidad de Jesucristo.

Nadie puede dejar de convenir en la estrecha relacion que une esta conclusion con su principio: todos lo reconocen; cristianos, deistas, los judíos mismos hasta cierto punto.

Los cristianos en todos tiempos, como se ve por aquella expresion de Jesucristo, han hecho descansar el Cristianismo sobre el testimonio de la doctrina mosáica. Los deistas han reconocido claramente este enlace, asestando contra Moisés los ataques que dirigen contra Jesucristo. Los judíos, finalmente, han confesado á su modo la verdad de esta correspondencia, esperando, bajo la palabra de Moisés, un cristianismo *quimérico;* pero que por lo mismo prueba, en favor del Cristianismo *verdadero*, la fuerza de un enlace que sobrevive á tantas supercherías.

Hé aquí por qué, sea cual fuere la opinion que se tenga sobre el mosaismo ó sobre el Cristianismo, el *hecho* de que existe entre los dos una relacion íntima, reune los votos de todos.

Por consiguiente, estableciendo la verdad de Moisés, las ciencias han establecido al propio tiempo la divinidad de Jesucristo.

Y reducidos á creer en Moisés, nos vemos tambien reducidos á creer en Jesucristo.

Este precioso resultado exige algunas explicaciones que van á ser el objeto del último párrafo de este importante capítulo.

[1] Joan. v, 46.

En el curso de la narracion de Moisés se encuentra un hecho generador de la segunda revelacion y de su necesidad, hecho que es como el primer eslabon de la cadena que enlaza el Cristianismo con la cuna del género humano.

Dejemos hablar á Moisés con toda la grave sencillez de su estilo. Este hombre insigne es sobrado fuerte para tener necesidad de atraernos con la pompa de una elocuencia artificial.

«Crió Dios al hombre á su imágen : á imágen de Dios lo crió : ma-«cho y hembra los crió. Y bendíjolos Dios y dijo : Creced, y multi-«plicaos, y henchid la tierra y sojuzgadla, y tened señorío sobre «los peces de la mar, y sobre las aves del cielo, y sobre todos los «animales que se mueven sobre la tierra. Y habia plantado el Señor «Dios un paraíso de deleite desde el principio, en el que puso al hom-«bre que habia formado. Y produjo el Señor Dios de la tierra todo «árbol hermoso á la vista, y suave para comer: el árbol tambien de «la vida en medio del paraíso, y el árbol de la ciencia de bien y de «mal. Tomó, pues, el Señor Dios al hombre, y púsole en el paraíso «del deleite, para que lo labrase y guardase.—Y mandóle, dicien-«do: De todo árbol del paraíso comerás : mas del árbol de ciencia de «bien y de mal no comas ; porque en cualquier dia que comieres de «él, morirás. Pero la serpiente dijo á la mujer . ¿Por qué os mandó «Dios que no comiéseis de todo árbol del paraíso?— Á lo cual res-«pondió la mujer: De la fruta de los árboles que hay en el paraíso, «comemos: mas de la fruta del árbol, que está en medio del paraíso, «nos mandó Dios que no comiéramos, y que no la tocáramos, por-«que no muramos.—Y dijo la serpiente á la mujer: De ninguna ma-«nera moriréis. Porque sabe Dios, que en cualquier dia que comié-«reis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como dioses, sa-«biendo el bien y el mal.»—(La mujer seducida comió de la fruta prohibida y dió de ella á Adan que tambien la comió).— «*Y al mo-«mento* fueron abiertos los ojos de entrambos: y habiendo echado de «ver que estaban desnudos, cosieron unas hojas de higuera, y se «hicieron delantales... Y llamó el Señor Dios á Adan, y díjole: ¿En «dónde estás? Él respondió : Oí tu voz en el paraíso, y tuve temor, «porque estaba desnudo, y escondíme.—Y díjole: Y ¿quién te ha di-«cho que estabas desnudo, sino el haber comido del árbol, de que «te mandé, que no comieras? Y dijo Adan : La mujer que me diste «por compañera, me dió del árbol, y comí.—Y dijo el Señor Dios «á la mujer · ¿Por qué has hecho esto?—Ella respondió: La serpien-

«te me engañó, y comí... — Y dijo el Señor Dios á la serpiente: Por «cuanto has hecho esto, maldita eres entre todos los animales y bes«tias de la tierra: sobre tu pecho andarás, y tierra comerás todos los «dias de tu vida. Enemistades pondré entre tí y la mujer, y entre tu «linaje y SU LINAJE, Y ESTE LINAJE Ó UNO DE ESTE LINAJE» (la palabra hebrea que corresponde á *semen* se usa á veces en lugar de *hijo*) «QUE«BRANTARÁ TU CABEZA.» (En seguida pronuncia Dios la sentencia contra nuestros primeros padres, y los abandona al dolor y á la muerte).

Para completar y esclarecer el sentido de las palabras que acabamos de citar, en las cuales se encierra el gérmen de la promesa que une al mosaismo con el Cristianismo, es preciso ver mas adelante la mayor explicacion de ellas en el mismo Génesis.

— «El Señor dijo despues á Abrahan: Yo haré salir de tí *un gran* «*pueblo*; te bendeciré, y TODOS LOS PUEBLOS DE LA TIERRA *serán ben*«*ditos en tí...*»

— «El Ángel del Señor llamó á Abrahan, y le dijo: Juro por mí «mismo, dice el Señor, que te bendeciré... Y TODAS LAS NACIONES «DE LA TIERRA *serán benditas* en UNO DE TUS DESCENDIENTES.» (La misma promesa se renovó á Isaac).

En fin, dice Jacob moribundo: «EL CETRO NO SERÁ QUITADO Á JU«DÁ, NI EL PRINCIPADO DE SU RAZA, HASTA QUE VENGA EL QUE HA «DE SER ENVIADO, — y ÉL SERÁ LA EXPECTACION DE «LAS GENTES...»

Esperanza que continuó transmitiéndose y propagándose de generacion en generacion, como el contrapeso de los males y de la corrupcion de la especie humana, hasta que habiendo *salido el cetro de Judá* para pasar á los romanos, todas las naciones fueron benditas y santificadas en el que decia: Yo SOY AQUEL DE QUIEN MOISÉS ESCRIBIÓ; *en aquel descendiente de la mujer*, que decia tambien: *Glorifica al Señor, alma mia, porque ha obrado en mí grandes cosas*, SEGUN LA PROMESA QUE HIZO PARA SIEMPRE Á NUESTROS PADRES, Á ABRAHAN Y Á SU POSTERIDAD.

Tal es, reducido á su mas sencilla expresion, el lazo que une el Cristianismo al mosaismo, y que ha concitado contra este último los ataques de todos los enemigos del primero.

La primera impresion que experimentamos en la lectura de la antigua historia de Eden, que le sirve de fundamento, es la dificultad de ajustarla á nuestros juicios superficiales y ordinarios, y la tentacion que sentimos de criticarla, tan desnudas de explicacion están en

ella las cosas y como arrojadas á manera de enigmas al espíritu humano.

Pero en el ánimo del lector mas incrédulo no tarda en verificarse una reaccion. Esta misma facilidad de criticar lo que acaba de leer le inspira dudas, no ya sobre el libro, sino sobre sí mismo, sobre su ligereza, sobre su ignorancia, sobre su ceguedad. Empieza á temer un libro que le ha temido á él tan poco. Lo vuelve á tomar, lo lee con mas precaucion y docilidad, y acaba de conocer que detrás de lo que tanto le habia chocado á primera vista, se halla alguna cosa, no ya absurda, sinó simplemente misteriosa y profunda, en la cual va descubriendo cada vez mas la sabiduría, la solidez, la inmensa verdad, á medida que le es dado, como decia lord Byron, *forzar la puerta* de la letra y *entrar en los senderos* del espíritu.

Seguramente el dogma del pecado original, de sus circunstancias y consecuencias, será siempre un gran misterio, aunque menor, como decia Pascal, que el que sin él presentaria la humanidad; pero es admirable ver como la mala ó insuficiente disposicion de los espíritus hace mas tupido su velo y mas complicada su oscuridad, y como, por el contrario, un corazon sencillo y una razon recta se engolfan y se alimentan en sus abismos.

Sea como fuere, segun dije ya, comprendámoslo ó no, este es el HECHO; y si quisiésemos negarlo, seria preciso pasar por otros misterios mas incomprensibles, y devorar mayor número de dificultades. La caida del primer hombre y sus consecuencias es una historia completa, historia no solamente escrita en el libro mas autorizado y verídico entre todos los libros, sino tambien, como verémos en seguida, á la cabeza de todas las tradiciones del universo, y sobre todo en el fondo de nuestro propio corazon. En ella estamos sumergidos, y esta es cabalmente la razon la cual se oculta á nuestra vista.

Para comprobar su verdad me atendré exclusivamente, por ahora, á la narracion de Moisés, tomándola tal cual ella es, sin explicaciones y con todos sus misterios, y diré: La *caida* de la humanidad por la desobediencia del primer hombre, y la *promesa* de su futura rehabilitacion por un descendiente de la mujer, *esperado de todas las naciones*, que debia salir del pueblo judío, en la época en que este pueblo debia perder su condicion de pueblo, hé aquí lo que claramente resulta de la relacion de Moisés [1].

[1] Esto resulta confirmado mas y mas en las otras partes de los Libros santos que forman la continuacion del Pentateuco, presentando con él un solo

¿Debemos prestar fe á la veracidad de esta relacion?

La cuestion de la verdad del Cristianismo está en ella, como lo han conocido perfectamente sus enemigos; porque, si la palabra de Moisés es verdadera en este punto, resulta con evidencia que Dios intervino en la suerte de la especie humana; que hizo con ella una alianza por medio de una promesa, que supone otra alianza nueva y definitiva por el cumplimiento de aquella; y que este cumplimiento, objeto de la nueva alianza, en ninguna parte puede encontrarse mas que en el Cristianismo, *el único* que reclama este título, y que por otra parte llena tan maravillosamente todas sus condiciones.

Pongamos, pues, en discusion el siguiente punto: —Lo que nos dijo Moisés tocante á la corrupcion de la humanidad, y á la promesa de su futura rehabilitacion, ¿tiene algun fundamento? ¿debe ser creido?

No puede ser dudosa la afirmativa despues de cuanto hemos visto, y se deduce naturalmente por sí misma de la prueba que acaba Moisés de sufrir bajo la accion reunida de todas las fuerzas del talento humano. En efecto:

I. Concibo perfectamente como en tanto que se ha podido poner en duda, racionalmente hablando, la veracidad de Moisés sobre todos los demás puntos, se ha insistido con preferencia contra este, porque á su propia inverosimilitud se agregaba la inverosimilitud de todo lo demás, y la incredulidad tomaba ocasion de burlarse de la *serpiente* y de la *manzana* [1], cuando se habia reido á su placer de los *seis dias*, de *la luz antes que el sol*, del *reposo del Criador*, de *la lon-*

conjunto. Pero el Pentateuco, y sobre todo los pasajes del Génesis, que acabamos de citar, presentan los primeros anillos de esta tradicion, que se ramifica despues, segun verémos, en el seno de todos los demás pueblos. —De esta manera los samaritanos, que no conservaron mas que el Pentateuco, esperaron siempre al Mesías lo mismo que los demás judíos. Insistirémos oportunamente sobre todos estos puntos.

[1] Hé aquí un ejemplo entre mil de la ligereza de las interpretaciones humanas con respecto á los Libros santos. La palabra *manzana* no se escribió una sola vez en la Biblia como tampoco el de otro fruto alguno conocido. Se habla únicamente de dos árboles y de su fruto, que solo se designa por estas palabras: *árbol de la vida,—árbol de la ciencia del bien y del mal.* Sobre lo cual un sábio intérprete hace esta reflexion:—«Ninguno de estos dos árboles «se llama por otro nombre. Su fruto ha quedado desconocido; y toda la curio- «sidad que el uso del segundo inspiró á los hijos de Adan, no acertará jamás «á descubrir un secreto que quiso Dios ocultarnos.»—*Cibum cujusdam altioris significationis*, dice san Agustin.

gevidad de los Patriarcas, del *diluvio universal*, y del *arca de Noé*, de *la torre de Babel* y *confusion de las lenguas*, en fin, de la *fecha reciente* de las sociedades humanas, y de mil otras circunstancias del Génesis; pero despues que los burlones, y lo que es mas, los verdaderos sábios, se pasan al bando de Moisés sobre todos estos extremos, despues que *esta columna perdurable de la verdad* ha vuelto á ser colocada sobre su base, despues que el triunfo del Patriarca ha sido el triunfo de las mismas ciencias, que se han engrandecido, hasta poder comprenderlo y admirarlo, ¡oh! entonces esta grande conversion del espíritu humano á la verdad, sobre estos diversos puntos, completa la demostracion del único no explicado, que es la caida del primer hombre. Entonces tenemos derecho para decir:

Moisés dijo verdad cuando describió la creacion del cielo y de la tierra, como un hecho primitivo de la Omnipotencia divina, distinto de la *formacion* subsiguiente de sus diferentes partes,—como dicen la sana filosofía, y Broussais habia entrevisto su necesidad.

Dijo verdad cuando presentó la tierra sin vida, en estado de sumersion, en el seno de un *mar sin habitantes*,—como dice Cuvier.

Dijo verdad cuando representó la *produccion de la luz-calórico* antes del sol,—como dicen Chaubard, Marcelo de Serres, Godefroy, Young, Fresnel y Arago.

Dijo verdad cuando pintó la aparicion sucesiva de los seres organizados, procediendo de lo simple á lo compuesto, primero los vegetales *(germen, herba, arbor)*,—los *reptiles* y otros animales marinos, y al mismo tiempo las aves;—en seguida los animales terrestres,—y finalmente el hombre,—como dicen todos los geólogos.

Dijo verdad cuando escribió que todas estas obras de Dios habian sido progresivamente criadas en seis dias, de otra duracion que los que medimos ahora por el curso del sol, despues de los cuales, en el séptimo, cuyo fin no señala, el Criador cesó en su obra, y le imprimió una estabilidad invariable,—como lo reconocen todos los geólogos y naturalistas, y como lo confirma el uso universal y perpétuo del período hebdomadario, y del descanso religioso de todos los pueblos en el séptimo dia, comprobado por Laplace y señalado por Diderot.

Dijo verdad en la narracion del diluvio universal, *su rapidez, su universalidad, su fecha*, y hasta en las circunstancias de la salvacion de la única familia que se libró de él,—como lo confirman así la na-

turaleza como las tradiciones universales consultadas por los geólogos, los físicos, los historiadores y los viajeros.

Dijo verdad cuando solo colocó diez generaciones entre la creacion y el diluvio, y cuando dió á cada una de ellas una duracion de mil años,—como dicen todas las tradiciones profanas, segun el testimonio de Volney.

Dijo verdad cuando hizo descender á todos los hombres de un solo tronco,—como dicen Buffon, Lacépède, Cuvier, y todos los grandes naturalistas.

Dijo verdad, en fin, cuando refirió la confusion violenta de las lenguas y la dispersion de los hombres bajo el mando de tres jefes de otras tantas razas, que salieron de la Asiria, depósito primitivo de todas las lenguas y de toda civilizacion, como lo han demostrado Barton, Humboldt, Goulianoff, Hunter, Klaproth, Niebuhr, Rémusat, De Paravey, Freycinet, Rochette, y los demás etnógrafos, arqueólogos, geógrafos y viajeros.

Por CONSIGUIENTE, dijo verdad en la relacion de la caida del género humano en la persona de Adan, y de la promesa de su futura bendicion en AQUEL QUE HA DE VENIR Y QUE SERÁ LA EXPECTACION DE TODAS LAS NACIONES; y para comprender plenamente esta parte de su narracion nos faltan únicamente las luces que por tan largo tiempo nos han faltado sobre todo lo demás, y que Dios se reservó particularmente sobre este punto, como que tocan mas de cerca su naturaleza infinita, y deben ser el alimento de nuestra fe.

La perfecta veracidad de Moisés sobre todos los demás puntos que la ciencia humana ha podido descubrir es para nosotros la prenda mas cumplida de su veracidad sobre este, que no tiene comprobacion natural; y puede decirse que si la verdad de la relacion acerca de la *caida* y la *promesa* se oculta á nuestra vista inmediata y directa, se deja ver vivamente reflejada en la verdad de todas las demás relaciones que la acompañan [1]. Este raciocinio es irresistible cuando se considera el número, la importancia y el rigor de los hechos sobre los cuales hemos encontrado veraz á Moisés, y con una veracidad tanto mas admirable, y, si puedo decirlo así, tanto mas meritoria, cuanto que nada tenia de verosímil y que ningun arte ni precaucion se usó para acreditarlo.

II. Hay mas. Esta consideracion y todas las demás que hemos

[1] Me reservo para mas adelante el demostrar que no se oculta enteramente á la vista directa: esto no es mas que una confesion interina que hago.

presentado deben hablar en su favor, mas especialmente en la parte de su relacion concerniente á la *caida* y á la *promesa*, que en todas las demás; porque todas estas no son mas que auxiliares y accesorias, en la situacion de Moisés con respecto á este punto. Moisés no es historiador de los fenómenos primitivos de la naturaleza, sino accidentalmente: esto no es mas que el marco de su gran cuadro; ante todo es el historiador de la Religion, de las relaciones morales entre el hombre y Dios. Este debió ser el objeto mas particular de su atencion, en esto debió creerse mas obligado á decir la verdad, y en esto le fue mas fácil el hacerlo, porque era lo mas vital en la tradicion; esto es, en fin, el punto en que se cifra la maravillosa consideracion de que no ha dejado de gozar. En una palabra, todo Moisés está allí; y si Moisés es un historiador que por todas las razones que hemos alegado debe ser tenido por profundamente verídico, allí debemos aplicar la conclusion y fijar nuestra confianza como en su centro. Moisés, por ejemplo, no fue engañado ni engañó en la pintura de la creacion, y por lo mismo tampoco en la relacion histórica de la caida original; porque este suceso es posterior al primero, y dejó necesariamente huellas mas profundas en el espíritu humano, al que interesaba inmediatamente. Moisés creyó que debia respetar la verdad en una porcion de hechos accesorios, en los cuales el interés mismo de la verdad exigia, á nuestro modo de ver, que la mitigase y dulcificase, y por lo mismo la respetó en el hecho capital donde se halla concentrado todo este interés. El que se propone seducir sobre el punto principal no empieza por derramar inverosimilitudes sobre los puntos accesorios. Además, ¿cómo puede suponerse en Moisés la intencion de seducir? La misma facilidad que para combatirlo han encontrado los incrédulos, es una prueba de que quiso desafiar á la incredulidad; y que en otro caso, hubiera tratado de tender un lazo á esta, mas bien que dirigirse á la buena fe, á la cual reserva el mérito de creerle contra toda verosimilitud. Pero la incredulidad ha caido de lleno en el lazo, ha encontrado lo que buscaba, se ha complacido en encontrar á Moisés falso y absurdo en todos los puntos indiferentes de su relacion para sacar en consecuencia sus absurdos y falsedades sobre el punto capital que le habia excitado su ojeriza. Devolvámosle el argumento, diciendo: Queda demostrado que Moisés fue verdadero y hasta escrupuloso sobre todos los puntos en que estábais empeñados en encontrarle falso; luego dijo verdad sobre el punto capital, cuya certeza, segun vosotros, dependia de todos los demás, y

hasta habeis perdido el derecho de refugiaros detrás de la inverosimilitud de este solo punto por el mismo cuidado que habeis tenido de demostrar de antemano, contra vosotros mismos, que hay hechos que pueden parecer inverosímiles, sin dejar no obstante de ser muy ciertos.

III. Por otra parte la *inverosimilitud* de la relacion de Moisés sobre la caida original, léjos de presentar ningun obstáculo á nuestra creencia, nos ofrece una nueva razon y un nuevo título que la recomienda y confirma. Por atrevida que pueda parecer esta proposicion, es muy fácil reducirla á términos de buen sentido; y por este medio vamos á penetrar en las entrañas de la cuestion.

Sin que entremos en explicar el sentido doctrinal que encierra la relacion de Moisés, y dejándola todavía envuelta en su tosca corteza, diré: Un objeto nos parece *verosímil* ó *inverosímil*, segun lo indica el mismo nombre, á medida que es mas ó menos semejante á lo verdadero que nos rodea y que podemos tomar por punto de comparacion. Es en propios términos un juicio de analogía. Pero todo juicio de esta especie no puede fundarse mas que sobre dos condiciones, sin las cuales quedaria suspenso: 1.º Es preciso estar bien enterado del hecho en cuestion y de todo lo que puede constituir su naturaleza; 2.º es menester que este hecho no haya ocurrido en un órden de circunstancias enteramente diversas de aquellas en que nos hallamos colocados, y con arreglo á las cuales formamos nuestro juicio. Si se dijese, por ejemplo, á un europeo que hay en la naturaleza un árbol cuya sombra causa la muerte, no tendria razon en rechazar este hecho como *inverosímil*, porque no es *semejante* á la *verdad* de los árboles que conoce; solo debe pedir explicaciones, si son posibles, sobre la forma de este árbol, su naturaleza, y de dónde puede provenirle tan fatal propiedad. Si no le convence la explicacion que se le dé, tampoco tendrá razon de deducir de esto la inverosimilitud del hecho, y no deberá insistir mas desde el momento en que se le diga que este árbol existe bajo los trópicos y en el seno de una naturaleza del todo diferente de la que le es conocida.—Esta es la posicion del hecho que nos ocupa.—Nos hallamos desprovistos de dos condiciones necesarias para poder dar sobre él nuestro dictámen: 1.º El historiador sagrado no nos da la menor explicacion sobre las propiedades constitutivas del fenómeno que causó, acompañó y siguió nuestra corrupcion original. ¿Qué era ese jardin de Eden? ¿Qué eran esos rios que lo regaban? ¿Qué eran esos dos árboles, el

uno *de la vida*, y el otro *de la ciencia del bien y del mal*, que tenian al parecer una doble propiedad física y moral, y á los cuales habia Dios querido atribuir algo de misterioso y relativo á esta doble naturaleza que llevamos dentro de nosotros mismos? ¿Qué era esa serpiente que tenia la facultad de hablar, y que se hallaba animada de envidia y perversidad contra el hombre y contra Dios? ¿No era mas que una serpiente? ¿Era en realidad una serpiente? ¿Ó era mas bien la apariencia, la figura de una serpiente, ó quizás el nombre alegórico del espíritu del mal, cuyo carácter tortuoso, pérfido y rastrero se retrata tan bien en el notable discurso que dirige á la mujer? ¿Cuál era la situacion de esta mujer y del hombre con respecto á Dios, el peso de los beneficios que habian recibido, de los que aun esperaban, las gracias y auxilios de que se hallaban asistidos, la extension, en una palabra, de su culpa y de su ingratitud para con Dios [1]? Y Dios, en fin... ¿qué es? ¿qué es su justicia? ¿qué es su santidad? ¿qué es su misericordia? ¡Oh! qué abismos de ignorancia para nosotros ocultó el historiador debajo del laconismo de su narracion! ¡Oh! y qué temerarios y qué vanos somos nosotros en querer medir todo esto á la débil luz de nuestra razon, erigiéndonos en jueces de su inverosimilitud! — 2.° Suponed ahora que se nos hayan dado todas estas explicaciones; ¿qué temeridad la nuestra de decir que no son suficientes, si consideramos que habiendo sido alteradas nuestras relaciones por efecto de aquella caida, nuestra situacion, lo mismo que la de todo cuanto nos rodea, cambió completamente, y aun en cierto punto quedó opuesta á lo que era antes, y nos hallamos, en fin, en una muy diferente naturaleza, en un mundo diferente, faltos de todo elemento de analogía, y por consiguiente incapaces de poder juzgar y decir si hechos ocurridos bajo circunstancias y condiciones desemejantes son ó no verosímiles? Todo cuanto pudiéramos decir consultando exclusivamente nuestra razon comun, es que estos hechos no

[1] Sobre este punto hallamos en san Agustin una observacion la mas hermosa: «Adan, dice, que no sufrió ninguna violencia que le arrastrase al mal, «que por el contrario estaba cubierto contra su caida por la muralla del espantoso mandamiento de Dios, que era dueño de su voluntad, y se hallaba con «una extraordinaria facilidad de no pecar, sin embargo no sabe conservarse «en el seno mismo de tan grande felicidad; — y los Mártires á quienes el mun«do aterroriza, ¿qué digo? pone en la tortura, perseveran inmobles en la fe, «no teniendo para sostenerse sino la esperanza invisible de conseguir aquellos «mismos bienes, cuyo pleno goce no pudo retener á Adan.» *(De correct. et grat.)*.

se parecen á los que tenemos costumbre de presenciar, y que en este sentido *se nos figuran inverosímiles*.

Pero esto es precisamente lo que acredita su *verdad*, porque es lógico que hechos *sobrenaturales* hayan acaecido en un estado *sobrenatural*, y que por lo mismo para que sean *verosímiles* en este último estado donde ya no nos hallamos, sean *inverosímiles* en el estado *natural* en que nos vemos. — Consideremos el hecho de la longevidad de los hombres antes del diluvio, hecho de que no podemos dudar, segun hemos visto, y que sin embargo se ha hecho inverosímil por la mudanza que causó aquella catástrofe en nuestra constitucion y en la de nuestra naturaleza. Y ¡con cuánta mas razon debió suceder lo mismo en los hechos anteriores á la corrupcion original, á esa catástrofe física y moral que nos cambió completamente con respecto á Dios, con respecto á nosotros mismos, y con respecto á la naturaleza entera, sin dejar en nosotros otra huella, sino el sentimiento íntimo de que hemos caducado, á la manera que un hombre caido de un alto edificio hubiera perdido el conocimiento y oiria, como una noticia inconcebible, por boca de los testigos de su desgracia, las circunstancias mas inmediatas y mas positivas en que aquella se verificó!

Digamos, pues, que si á primera vista la relacion de Moisés sobre el hecho de la caida del género humano, base del hecho de su rehabilitacion, nos parece inverosímil, no es esto una razon para desecharlo, porque cabalmente su inverosimilitud es una de las condiciones de su verdad, y contribuye á aumentar el peso, ya tan decisivo, de todas las verdades que nos obligan á admitirlo.

IV. Del conjunto de todas estas razones resulta otra que nos creemos con derecho á invocar despues de las demás; y es que la admirable veracidad de Moisés sobre tantos puntos, y puntos tan ocultos al humano espíritu que hasta despues de seis mil años de observaciones apenas ha podido entreverlos, y el éxito prodigioso de su mision entre los hombres, imprimen en este hombre extraordinario las señas esplendentes de su inspiracion, y nos le hacen aparecer bajando de la cima de las edades como entonces de la cima de Sinai, radiante con los destellos de Jehovah y llevando en su mano un libro escrito por el dedo de la misma VERDAD. Así es como se anunció á sí mismo; así es como fue primeramente recibido por toda una nacion y en seguida por todas las naciones regeneradas en AQUEL que por tanto tiempo habian ESPERADO; así es, en fin, como en el siglo mas positivo y escéptico, las ciencias que se llaman *exactas*, y que nunca

merecieron mejor este nombre, acuden á saludarle como á su maestro. En el punto á donde ha llegado este prodigio que presenta, su inspiracion, léjos de ofrecer un obstáculo á la razon, es un consuelo que la liberta de todas las dificultades que tendria en explicarlo sin su auxilio; y es mas fácil ver en Moisés un hombre inspirado que un hombre comun.

Pero siendo Moisés un hombre inspirado, todo está dicho ya. No se trata de buscar si dijo verdad sobre el hecho de la caida de la humanidad como sobre todos los demás, ni de fundar su veracidad en este punto por simple analogía. La inspiracion se atestigua á sí misma y atestigua sus obras, y siendo evidente que el objeto de la mision de Moisés fue principalmente el de salvar y conservár entre los hombres la verdad religiosa primitivamente revelada, hasta que se extendiese por el resto de la tierra que la habia perdido, resulta que sobre el punto central de esta verdad ha debido resplandecer mas vivamente el rayo de su inspiracion.

Este punto, que se halla elevado á la mayor altura de veracidad y de inspiracion en el historiador sagrado, es la CAIDA original de la humanidad y la PROMESA de su futura rehabilitacion en AQUEL *que debe descender de la mujer, de la raza de Abrahan, de la tribu de Judá, cuando esta vendrá á ser tributaria de un poder extranjero, y que convertirá hácia él todas las naciones.*

Esta PROMESA, decimos nosotros, es VERDAD.

El Cristianismo, pues, que la ha heredado, que ha sido el único en llenar punto por punto todas sus condiciones, de tal manera que fuera de él la *promesa* se hace quimérica, y que por él se realiza magníficamente, el Cristianismo, digo, es tambien VERDAD.

Así es, y á esta observacion darémos en adelante mas de cien aplicaciones; así es, repito, como la verdadera Religion proporciona sus títulos á sus misterios, y sus razones para creer en ella á su oscuridad. Su base es un gran misterio; pero este misterio, grande como es, se halla revestido de una autoridad que seria todavía un misterio mayor si no admitiésemos el primero. El crédito de Moisés, si me es lícito expresarme así, se halla al alcance de la creencia que se exige de nosotros, y por falta de comparar oportunamente el uno á la otra, y en general de pesar las luces con las oscuridades, la fe encuentra á la razon rehácia en admitir su alianza. Pero esto mismo proviene de la debilidad de nuestra razon y de la molicie de nuestra voluntad, cuya accion y cuya pureza constituyen precisamente el mérito y la vir-

tud de la fe. «He visto á hombres mas que sospechosos de incredu-«lidad, decia el sábio naturalista Pluche, que se veian muy perple-«jos y confusos al contemplar la exacta correspondencia que de edad «en edad se encuentra entre las diferentes relaciones de la Biblia y «el estado contemporáneo de la sociedad. *Siempre los he hallado mas «turbados é inquietos á proporcion de su mayor saber y rectitud de «juicio.*»

Aquí pudiéramos limitar nuestros estudios considerando como demostrada la verdad augusta que es su objeto. Realmente esto bastaria respecto de un sistema humano; porque los sistemas humanos mejor concebidos descansan en un solo órden de ideas artificiosamente encadenadas, de las cuales flaqueando una sola, puede quedar expuesta la solidez del edificio. Pero el Cristianismo presenta mil caminos para llegar á él, y recoge en su piélago las corrientes de las verdades que á su seno afluyen de todas partes. Da razon de todo, y todo da razon de él: fatiga mas el espíritu humano por las pruebas que propone á su exámen que por los sacrificios que exige de su fe. No descuidemos estas pruebas, no temamos el trabajo que consigo traen, nosotros que amamos sinceramente la verdad, nosotros que sabemos su precio, y que encontramos en su hallazgo el consuelo del alma y el descanso de todas nuestras tareas.

CAPÍTULO III.

LA NATURALEZA HUMANA.

La ciencia moderna ha llegado al reconocimiento de la verdad de Moisés sobre el hecho del diluvio por dos caminos distintos: la naturaleza y la humanidad. Despues de haber abierto las entrañas del globo, ha interrogado á las tradiciones universales, y de la conformidad entre ambas indagaciones ha deducido con Mr. Cuvier que la verdad de Moisés sobre el diluvio es *uno de los resultados mejor demostrados y menos previstos de la sana geología, — y que las ideas de los pueblos, cuyo idioma, cuya religion y cuyas leyes nada tienen de comun, no serian unánimes en este punto, si no tuvieran por base la verdad* [1].

[1] *Discurso sobre las revoluciones del globo*, pág. 145, 220 y 280.

Una prueba análoga puede hacerse sobre la parte de la narracion de Moisés que se refiere al fundamento de nuestra Religion: la *Caida y la Rehabilitacion de la humanidad.*

La caida fue para el mundo moral lo que el diluvio para el mundo físico. Penetremos en los senos de este mundo moral, y en él verémos igualmente impresas las huellas del gran cataclismo del mal con los caractéres que el sagrado historiador señala.

Preguntemos en seguida á las tradiciones de los diferentes pueblos, y verémos que, sean cuales fueren las distancias y las costumbres que los separan, se hallan todas sobre el punto de la caida y rehabilitacion del hombre completamente acordes, con una conformidad tan absoluta y decisiva como la que hacia decir á Cuvier que *tenian por base la verdad.*

Hay mas aun: para la comprobacion tenemos otro elemento de una importancia inmensa, y del cual careció la geología al examinar la cuestion de su competencia. En la parte religiosa de su narracion, Moisés no solo cuenta la historia de lo pasado: cuenta tambien la historia de lo futuro, la historia de todas las naciones, nuestra propia historia, cuando anuncia que un descendiente de la mujer quebrantará la cabeza de la serpiente, y que todos los pueblos de la tierra serán benditos *en* AQUEL *que ha de ser enviado, en* AQUEL *que será la expectacion de todas las gentes.* Por aquí sobre todo podrémos comprobar la narracion de Moisés, y la verémos brillantemente justificada en las circunstancias de la *venida* y *del reinado de Jesucristo,* las cuales de rechazo vendrán á ser la prueba del Cristianismo, y unidas á él formarán una sola verdad.

La naturaleza humana, —las tradiciones universales, —la aparicion del Cristianismo, —¡qué hermosas pruebas! ¿Qué espíritu verdaderamente filosófico no quedaria satisfecho con ellas, aun cuando las ciencias exactas no nos dijeran ya que Moisés fue hombre inspirado? Estas se han contentado con mucho menos para establecer este principio; y nosotros, que á este principio ya descubierto podemos aun añadir nuevas pruebas tan completas y tan poderosas, ¿llevaríamos aun mas allá nuestras exigencias? Si así fuese ¡desgraciados de nosotros! Mas hubiera valido que nunca nos hubiera pasado por la imaginacion el buscar la verdad; porque cuando su luz, elevada á un cierto grado de intensidad, no aclara nuestra vista, es que nos deslumbra, que nos ciega.

Con toda la formalidad que debe esta reflexion inspirarnos, pro-

pongo á mis lectores, en primer lugar, que me sigan en el estudio de la *naturaleza humana.*

Muchas veces en mis largos insomnios, decia la Fedra antigua, *he discurrido acerca de las debilidades y vicios de la humanidad: — vemos el bien y obramos el mal: — conocemos la virtud, y nos entregamos al vicio: la vida se halla sembrada de varios escollos hácia los cuales nos arrastra una corriente peligrosa... Al hacer estas reflexiones, me creia libre de todo extravío, cuando una pasion culpable ha venido á traspasar mi corazon con un dardo imprevisto* [1].

Esta verdad, expresada y puesta en accion en el teatro de Atenas por Eurípides, y reproducida con un intervalo de dos mil doscientos años en la escena moderna por Racine, es la mas antigua, la mas constante, la mas universal, y al mismo tiempo la mas *inexplicable* á la razon entre todas las verdades.

Lo que el poeta griego, *en sus largos insomnios*, no pudo encontrar, y lo que Racine, alumbrado por una luz superior, habia aprendido, es la causa y al mismo tiempo el remedio de esa extraña sujecion de la voluntad del hombre al imperio del mal, y el pensamiento que el poeta francés expresó siguiendo á san Pablo:

Dios mio, ¡guerra cruel!
Dos hombres encuentro en mí:
El uno, ardiendo por tí,
Su culto te rinde fiel:
El otro indócil, traidor,
Rebelde contra su rey,
Desprecia tu santa ley,
Y provoca tu furor [2].

. . . .

En guerra conmigo mismo
De todo bien incapaz,
¿Dónde encontraré la paz
En tan miserable abismo?
Sujeto á fatal destino
Conmigo mismo peleo,
Huyo del bien que deseo,
Y corro al mal que abomino.

[1] Eurípides, *Tragedia de Hipólito*, acto II, escena II.

[2] Cada uno de nosotros podria decir con Luis XIV, cuando Racine le leyó estos bellos versos: — «¡Oh! á estos dos hombres yo los conozco muy bien.»

¡Oh gracia! con tu poder
Líbrame de este enemigo,
Reconcíliame conmigo,
Restitúyeme á mi ser:
Y si hasta ahora contrario
Fuí á tus bondades, convierte
A este esclavo de la muerte
En tu esclavo voluntario.

I. Profundicemos esta importante verdad, y bajemos á los abismos del corazon humano, qué es su propio teatro, para contemplarla allí con nuestros propios ojos.

Nos inclinamos al mal: este es un hecho evidente. Nuestra voluntad está enferma, y tiende visiblemente á la violacion de las leyes de nuestra naturaleza moral. Basta que una cosa sea prohibida, es decir, contraria á la razon y á la conciencia, para que desde luego nos atraiga, y nuestra voluntad se incline á ella. *Nitimur in vetitum.*

Hay aquí seguramente una grande anomalía. Todo sigue su ley en la naturaleza; todo, desde el insecto hasta los astros, marcha con órden y concurre á la armonía universal, que nos revela que hay inteligencia criadora del universo. Solo el hombre camina hácia el desórden, y en sus sociedades presenta un cáos tal de errores y de vicios, que llega á oscurecer la gran verdad de la existencia de un Dios, de suerte que para encontrarla es necesario salir de la humanidad; la obra maestra es precisamente la que acusa al artífice. Hay aquí, repito, una grande anomalía [1].

Y no se diga que siendo el hombre el *único* ser libre, no es extraño que sea el *único* sujeto al error; porque desde luego contestaré que

[1] De cuantos seres
Pueblan el aire,
Pisan la tierra,
Surcan los mares,
En punto á necios
No hay quien nos gane.

(Boileau, *Sátira* VIII).

Jamás el genio de la sátira acertó á exponer con mas tino y gracia este fenómeno de nuestra naturaleza, que en esta obra maestra del poeta francés. Sin embargo, Boileau no presentó la humanidad mas que bajo un aspecto desfavorable, y el retrato que de ella hizo solo sirve para oponerse á los que se empeñan en ocultar sus deformidades. La verdad exige que se tomen tambien en cuenta sus excelencias; la cuestion está en conciliar las unas con las otras.

no se trata de la *posibilidad* de errar, sino de la *facilidad* de errar, de la preferencia por el error y de la inclinacion hácia el mal.

Para que el hombre estuviese en el órden, y para que este edificio fuese cual ha debido ser por analogía con las demás obras de la creacion, seria preciso por lo menos que su libertad estuviese en equilibrio y se mantuviese como en aplomo consigo misma. Seria menester mas: esta libertad, como que es un instrumento bien construido, debió darse al hombre en disposicion á propósito para el bien. ¿De dónde procede que hoy dia la vemos trocada, de manera que el mal se haya convertido para ella en bien? ¿De dónde procede que la misma palabra que expresa la virtud, expresa tambien la violencia hecha á sí mismo, y que los que la practican son honrados como seres sobrehumanos, tal es el aprecio en que se tienen los esfuerzos que debieron hacer para subir por tan escarpada pendiente?

Si naciésemos buenos, y nos volviéramos malos por el abuso de nuestra libertad, concebiria yo muy bien que no seria preciso elevarnos mas arriba de esta libertad para explicar el mal que en nosotros existe. Pero sucede al revés: nacemos malos, y nos volvemos buenos á fuerza de cultura, á fuerza de auxilios. Nacemos en el fondo de un abismo, y solo ayudados de mil brazos que hácia nosotros se tienden llegamos á levantarnos algun tanto, conservando siempre una fatal propension á la recaida.

Dejemos á Rousseau que diga en sus libros y contradiga con sus actos que el hombre nace bueno. Hé aquí un testimonio competente y nada sospechoso que echa por tierra esta paradoja: — «En general, dice Broussais, *el niño prefiere el mal al bien,* porque así satisface mejor su vanidad y siente mas emocion... Por esto se le ve tan «á menudo recrearse en romper los objetos inanimados... Se deleita en atormentar á los animales (*esta edad no tiene compasion,* habia ya dicho un gran filósofo): saborearia con el mismo gusto el «tormento de los indivíduos de su especie, si no estuviera contenido «por el temor[1].»

Y ¿qué necesidad tenemos de los testimonios de la ciencia? En este punto ¿no es todo el mundo sábio? «¿Quién no sabe, dice san «Agustin, la total ignorancia de la verdad que tan manifiesta es en «los niños, y la multitud de malas pasiones que empiezan á declararse á la salida de la infancia? El hombre viene al mundo de una raiz «en que han tomado su principio todos los hijos de Adan, y si se le

[1] Broussais, *De la irritacion y de la locura*, edicion de 1828, pág. 100.

«dejara vivir á su antojo, no habria desórden al que no se lanzase.
«La ley y la instruccion velan contra estas tinieblas y seducciones en «medio de las cuales nacemos. Pero no se verifica sin gran trabajo. « Pues ¿para qué todas esas amenazas que se hacen á los niños para «contenerlos en sus deberes? ¿Á qué esos maestros, esos ayos, esas «palmetas, esos azotes que es necesario usar con un niño á quien se «quiere, para que no se haga díscolo é incorregible? ¿Para qué son «todos esos castigos, sino para vencer la ignorancia y reprimir las «malas inclinaciones que son las dos enfermedades que nos aquejan «cuando venimos al mundo? ¿De dónde procede que nos cuesta tra«bajo el acordarnos de una cosa, y que la olvidamos con la mayor «facilidad? ¿Por qué nos ha de costar tanta molestia el aprender, «y ninguna el ignorar? ¿que sea tan difícil el ser diligente y tan fá«cil el ser perezoso? ¿No demuestra esto claramente á dónde inclina «la naturaleza por su propio peso, y qué auxilios necesita para ven«cer esta gravitacion [1]?»

Lo que dicen el buen sentido y la experiencia en boca de san Agustin y de Broussais, del hombre-indivíduo, puede aplicarse con igual exactitud á las sociedades y aun á la humanidad entera. Para convencerse de ello basta abrir los ojos y considerar lo que habia llegado á ser el mundo cuando Jesucristo vino á regenerarlo. La humanidad, antes de entrar en la escuela del Cristianismo, era como un niño escapado de sus maestros, que habia crecido en la depravacion y en la ignorancia. ¡Qué estado de disolucion y de tinieblas presentaba el paganismo! Ya lo hemos visto: hé aquí á dónde tiende y en dónde cae la humanidad entregada á sí misma: hé aquí hasta dónde se hubiera abismado todavía, si Jesucristo, *el divino pedagogo*, como le llama san Pablo, no hubiera venido á levantarla y á corregirla por los medios violentos de la cruz y de la penitencia, misterio que se aclara cuando consideramos las cosas desde este elevado punto de vista.

Esta es la naturaleza humana: heredámosla con la sangre en las mismas fuentes de la vida, adquiriendo con ella la inclinacion al mal, y recibiendo de nuestros padres lo que ellos mismos recibieron de los que los engendraron. Subiendo así de generacion en generacion, llegamos hasta el primer hombre, y nos preguntamos si él tambien recibió de su autor inmediato, que es Dios, ese apego al mal, esa parálisis para el bien que distingue á toda su raza. Si nos decidimos por la afirmativa, hacemos poco menos que negar á Dios. Pues ¿qué es

[1] **San Agustin, *Ciudad de Dios*.**

lo que nos hace conocer á ese Dios? la sabiduría, el órden, la belleza que brilla en sus obras y de la cual él es primer manantial, de donde se sigue que el acusarle de haber hecho al hombre, que es su obra maestra, en el estado de desórden y depravacion, en que ahora nacemos, es suprimir en la idea de Dios todo lo que la constituye, y, en una palabra, negar su existencia. Pero todo lo demás de la naturaleza nos hace retroceder ante esta consecuencia, y ¿qué queda entonces? Queda que Dios ha puesto necesariamente en su obra maestra la bondad, la rectitud, la perfeccion y el órden en que se cifra su propia naturaleza, y que ha repartido en diferentes grados entre todos los seres que salieron de sus manos; que el hombre fue criado recto y en el órden que le señalan sus facultades con respecto á Dios, á sí mismo y á toda la naturaleza; que por consiguiente el trastorno de este órden que en la actualidad es la causa de que la naturaleza se rebele contra sus sentidos, sus sentidos contra su razon, y su razon contra Dios, es un hecho posterior á su creacion; y como el hombre dotado de libertad fue constituido custodio responsable de su propia perfeccion, este trastorno se le debe imputar, atribuyendo necesariamente la causa de él á una primera mancha que corrompiendo el tronco de su especie, infestó todas las ramas hasta que la corrupcion vino á ser una segunda naturaleza.

II. Lo que acabamos de decir sobre el mal considerado como vicio de la voluntad, podemos aplicarlo al mal considerado como desgracia y sufrimiento; y este segundo aspecto nos ofrece un nuevo argumento de fuerza irresistible.

El hombre nacido de la mujer vive pocos dias, y estos pocos dias están llenos de toda clase de miserias. Todos los hijos de Adan están uncidos á un pesado yugo: la sola perspectiva de la muerte, que inevitablemente los espera, bastaria para emponzoñar todos los goces de su vida; pero esta se halla ya tan sujeta á los sinsabores y sufrimientos, que la muerte, tan terrible como es para la naturaleza, se les figura tardía y apetecible, y muchas veces la desean y llaman. Es verdad que la costumbre acaba de ordinario por aclimatarnos á la existencia, y las esperanzas que se suceden unas á otras hasta la tumba tienden á nuestra vista un velo de ilusion que nos oculta el repugnante horror de nuestro estado. Pero esta costumbre y esta misma ilusion son miserables recursos que solo nos consuelan engañándonos. No hay hombre de razon que no prefiera la verdad mas triste al error mas risueño: y la verdadera filosofía consiste precisamente

en verse uno á sí mismo tal cual es, y á todo lo demás bajo su verdadero aspecto. ¿Quién pudiera sostener esta vista si fuese perfecta y tal como el genio de Milton nos la hace concebir, cuando nos representa al Ángel del Señor haciendo subir á Adan despues de su pecado á una alta montaña, desenrollándole el lienzo de todos los males de su descendencia? «¡Oh desgraciada especie humana, podría«mos decir con él, á qué humillacion has bajado! ¡Qué estado tan mi«serable se te reserva! Si conociésemos lo que recibimos, ¿quién qui«siera aceptar la vida que se le ofrece, ó no la renunciaria desde «luego, contentándose de que se le dejase en paz[1]?»

Esta miserable condicion de la humanidad acusa á Dios ó al hombre. Es preciso abrazar la monstruosidad del ateismo, ó admitir el misterio del pecado original: no hay medio.

No podemos admitir que Dios sea injusto sin negar su existencia; pues no podemos concebirlo sino como la justicia misma. Bajo un Dios justo nadie puede ser desgraciado sin haberlo merecido. El hombre es desgraciado; lo ha merecido pues: y como su desgracia es hereditaria, la culpa que le ha hecho merecedor de ella debe ser original.

Los que rechazan el dogma del pecado original, como contrario á la justicia divina, deben meditarlo mucho: hay un hecho que no pueden negar, sea cual fuere su causa, y es la infelicidad, la infelicidad hereditaria de la humanidad. Á vista de este hecho, prescindir del pecado original es culpar á la justicia de Dios mucho mas que pudiera hacerlo la imputacion hereditaria de este pecado; porque seria quitarle todo principio legítimo de accion. Si Dios parece injusto al imputar al hijo la falta del padre, mucho mas injusto seria si le castigase por una culpa que ni siquiera hubiese su padre cometido, *por la sola falta,* como dice Plinio, *de haber nacido;* y como es incontestable

[1] *Pardíso perdido,* canto XI.—Es bien sabido cuán exacto es el cuadro sombrío del hombre, trazado por el pincel de Plinio:—«El hombre, dice, es «el único entre los animales, á quien echó desnudo la naturaleza sobre la tier«ra desnuda, abandonándole desde el instante mismo á los sollozos y lágrimas. «Ninguno hay, entre tantos vivientes, que esté destinado á derramar tantas «lágrimas, lágrimas que empiezan con su vida; pero la risa, ¡oh gran Dios! «aun en los que mas se anticipa no aparece jamás antes de los cuarenta dias... «Nacido con tales auspicios se le extiende con las manos y piés atados; y en «esta situacion llora este ser, destinado á dictar leyes un dia al resto de los «animales. Los suplicios son el principio de su vida, siendo todo su crímen el «haber nacido: *Unam tantum ob culpam, quia natum est,...* etc.»

que el hijo está castigado, es preciso admitir, so pena de negar á Dios, que este castigo se funda en una causa cualquiera, que no siendo inmediata, debe ser necesariamente original.

Así todo nos conduce de nuevo á la grande verdad del Génesis.

III. Pero para convencernos todavía mas, volvamos al aspecto psicológico de nuestro asunto, y profundicémosle mas.

La naturaleza corrompida en que nacemos, hemos dicho, debe tener su orígen en una mancha original; porque seria contradictorio con la idea de la Divinidad, y con el lenguaje de la naturaleza entera, que el hombre hubiese salido así de la mano de Dios: por consiguiente debió ser criado dichoso y bueno: esto es lo que indudablemente vienen á confirmar esos restos de grandeza que en él descubrimos todavía.

El hombre, en efecto, no se halla tan sumido en su corrupcion, que nos sea imposible descubrir en él perfecciones que recuerdan su constitucion primitiva; porque tiene la idea del bien, el deseo de la virtud y el secreto instinto del órden. No hay alma tan cadavérica en la cual no luzca alguna vez el destello de alguna buena accion; y la multitud, en la cual se encuentran mas profundamente grabados tanto en el bien como en el mal los rasgos de nuestra naturaleza, deja escapar con frecuencia al espectáculo de la virtud aquellos arranques de entusiasmo, aquellas eléctricas simpatías, que á veces podrian hacernos creer que toda la tierra está poblada de seres celestes. Pero todas estas felices disposiciones se hallan ordinariamente ocultas y como enterradas en nosotros, y solo accidentalmente salen á la superficie, haciéndose solamente manifiestas á fuerza de trabajos sostenidos. *Se asemejan*, dice Bossuet, *á los escombros de un edificio antes muy ordenado y en extremo magnífico, pero derruido ahora, conservando sin embargo en medio de su ruina algunos vestigios de su antigua grandeza y de la ciencia de su arquitecto*[1], ó para traducir este símil en idioma científico, semejantes á las razas fósiles y perdidas en los abismos del alma, que atestiguan la preexistencia de un órden que ya no existe, y la violencia del trastorno que las hizo desaparecer.

De aquí se sigue que hay en nosotros dos mundos, dos naturalezas, dos hombres que se hallan en lucha continua. En esta lucha, si no viene á nuestro socorro una mano sobrenatural, el hombre caido no puede volverse á levantar: tiende sin cesar á levantarse, pero tiene un enemigo que lo domina, lo derriba y lo abruma con su peso.

[1] Bossuet, *Sermon I del dia de Pentecostes.*

Sin embargo, no es difícil ver que la prioridad de existencia pertenece al bien, porque desde luego concebimos este bien, lo deseamos, lo aprobamos; y el mal solo viene despues como un usurpador cruel á diezmar todos nuestros buenos propósitos, y á derribar todos nuestros planes de enmienda. Vemos el bien, pero seguimos el mal:

. . . . . *Video meliora, proboque,*
Deteriora sequor,

decia Ovidio, como habia ya dicho Eurípides; como dijo luego Racine despues de san Pablo; porque los hechos psicológicos, sobre los cuales raciocinamos, son lo que hay de mas justificado y mas constante en la naturaleza humana.

Y lo que decimos del corazon del hombre con respecto á la virtud, podemos decirlo igualmente de su inteligencia con respecto á la verdad, y de todo su ser con respecto á la dicha y al reposo. El hombre lleva en sí mismo este extraño fenómeno de grandeza y de miseria, de orgullo é impotencia, de esperanza y de engaño. Su inteligencia, su corazon, sus sentidos, tres teatros de confusion y de lucha entre la luz y las tinieblas, entre el bien y el mal, entre el placer y el dolor, y siempre con la maravillosa particularidad, que hay declinacion fatal, propension hácia el error, hácia el mal, hácia la miseria, y nos es menester subir penosa y continuamente y cubiertos de sudor por las sendas de la verdad, de la justicia y de la felicidad.

Hé aquí el hombre. Él es para sí propio el misterio mas desconsolador y el enigma mas inexplicable.

Todos los que se han atrevido á explicarlo, han desacertado, y no han hecho mas que falsear los datos ó cantidades del problema.

Los unos, en efecto, no viendo en él mas que lo que tiene de grande, le han adorado como un Dios; los otros, no viendo en él mas que lo que tiene de vil y miserable, le han considerado como un desecho de la naturaleza; un tercer partido, en fin, no atinando en la causa de esta mezcolanza, no ha visto en él mas que un juego de azar, que ha convertido en un arma contra la Providencia.

Solo la divina filosofía del Cristianismo, heredera de la doctrina y de las promesas de la tradicion mosáica, ha dado en la verdadera explicacion: — «Os engañais, ó sábios del siglo, ha dicho: el hombre «no es la delicia de la naturaleza, supuesto que esta le injuria de tan«tas maneras: el hombre tampoco es su desecho, supuesto que hay «algo en él de mas valor que la naturaleza misma. ¿De dónde pro-

«viene, pues, tan extraña desproporcion? ¿Por qué vemos en él esas «partes tan mal combinadas? ¿He de decirlo? Esas paredes sin plan «sobre cimientos tan magníficos ¿no proclaman bastante que la fá-«brica no está completa? Contemplad ese edificio, veréis en él las «huellas de una mano divina; pero la desigualdad de la obra os dará «muy pronto á conocer que el pecado ha intervenido en ella. ¿Qué «mezcla es esta, Dios mio? Apenas me conozco. ¿Es este el hombre «hecho á semejanza de Dios, el portento de su sabiduría y la obra «maestra de sus manos? Él mismo es, no lo dudeis. ¿De dónde viene, «pues, esta discordancia? Viene de que el hombre ha querido edificar «á su antojo sobre los cimientos echados por su Criador, y se ha apar-«tado de su plan. Así contra la regularidad del primer diseño, lo in-«mortal y lo perecedero, lo espiritual y lo carnal, el ángel y el bruto, «en una palabra, se han encontrado de pronto reunidos. Hé aquí la «solucion del enigma, hé aquí el fin de toda la duda. La fe nos ha «restituido á nosotros mismos, y nuestras vergonzosas debilidades no «pueden ocultarnos nuestra dignidad natural [1].»

Á medida que nos vamos internando en esta explicacion se descubren cada vez mas rectificadas por ella las extrañas contrariedades de la naturaleza humana. ¿Quién no ve en efecto que la desgracia, lo mismo que el error y el vicio, no pueden jamás mantenernos en la baja condicion en que nos tienen sumidos, ni hacerse connaturales con nosotros, que esa avidez y esa sed inextinguible de grandeza y de felicidad que incesantemente nos estimulan, responden de que en otro tiempo ha existido en esta naturaleza una felicidad inmensa, que ha desaparecido abandonándonos en un abismo de miseria y de indigencia que en vano tratamos de llenar con todo lo que nos rodea y que llama siempre á sí su primer objeto? Todo lo que dijimos en el capítulo de la *inmortalidad del alma* para establecer la verdad de nuestro porvenir, pertenece de la misma manera á lo pasado. Si todo nos dice que estamos destinados á una felicidad infinita, es porque sentimos en nosotros un vacío donde ella cabe; pero este mismo vacío nos prueba que la habemos perdido, y que al recobrarla no harémos mas que entrar de nuevo en nuestra antigua posesion. El hombre no es semejante á un pobre que siempre lo ha sido, sino á un rey destronado; lleva siempre en su seno un sentimiento perpétuo de su primer estado. Por su modo de vestirse, bajo sus mismos andrajos es

[1] Bossuet, *Sermon sobre la muerte*, punto 2.°

fácil ver que este mendigo ha ceñido corona. Como un proscripto que está siempre atisbando las fronteras de la patria, de donde ha sido arrojado, pronto á entrar en su territorio á la primera oportunidad, y ocupado en mil sueños de pronta rehabilitacion; el hombre, desterrado del cielo, conspira incesantemente en su breve vida aspirando á una restauracion de que nunca desespera, y sigue desde el seno de todas sus miserias la flotante esperanza de una morada primitiva, que se le presenta de léjos como el reino inmutable de la pureza, de la verdad, de la justicia y de la dicha, sitiando todas sus avenidas en busca de todo lo que hay de verdadero, de noble, de bueno, de bello, de inmortal: las ciencias, las bellas artes, la virtud, la Religion sobre todo. Y cuando parece que mas ha abandonado este deseo por la degradacion y el envilecimiento de su ser, todavía se entrega á él, formándose en los miserables ídolos de sus vanidades y pasiones, no sé qué inmortalidad facticia, no sé qué cielo imaginario, qué Eden grosero, con lo cual su pervertido pensamiento quiere simular y disfrazar algun tanto la verdadera inmortalidad, el verdadero cielo y el hermoso Eden que ya no ve; como aquella desconsolada esposa de Hector, de la cual habla Virgilio, que reducida al cautiverio bajo la ley del vencedor, engañaba la viudez de su grande alma, construyendo en su destierro pequeños y frágiles simulacros de su patria, un falso Simois, un Xanto seco, una pequeña Troya, una imágen mezquina de las altas y magníficas torres de Pérgamo:

.... Falsi Simoentis ad undam
Libabat ciner Andromache..................
.... Parvam Trojam, simulataque magnis
Pergama, et arentem Xanthi cognomine rivum [1].

Caida y *Rehabilitacion*, hé aquí, pues, los dos polos á cuyo alrededor giran todos los misterios de la naturaleza humana. — «Hay en «el espíritu humano dos tendencias tan distintas como la gravedad «y la impulsion en el mundo físico, —dice una mujer que penetró «muy adentro con la luz de su genio intuitivo en los abismos del co- «razon humano: tal es la idea de una decadencia y de un perfeccio- «namiento. Diríamos que experimentamos á la vez la memoria de al- «gunos dones que nos fueron gratuitamente concedidos, y la espe- «ranza de algunos bienes que podemos conseguir con nuestros esfuer-

[1] *Eneida*, lib. III.

«zos; de manera que la doctrina de la perfectibilidad y la del siglo «de oro, juntas y confundidas, excitan á un tiempo mismo el pesar «de una cosa perdida y el deseo de recobrarla [1].»

Pero esta doctrina de la *perfectibilidad*, comparada por Mad. de Staël al movimiento de impulsion, se diferencia en un punto capital de la doctrina de la *decadencia*, comparada tambien por ella al movimiento de gravedad. Este punto capital consiste en que la decadencia procede de la naturaleza del hombre culpable, al paso que la impulsion regeneradora puede solo proceder de un auxilio sobrenatural, y supone por necesidad la misericordiosa intervencion divina. Al decir esto no quiero introducir un dogma, sino que apelo siempre al exámen de los hechos, á la observacion psicológica é histórica de la naturaleza humana.

Á esto viene á parar en último resultado aquella gran verdad experimental formulada por Eurípides y por Ovidio, á saber : que á pesar de todos nuestros esfuerzos para recobrar el bien, una inclinacion peligrosa nos extravia hácia el mal, y que despues de caidos no bastan todos nuestros esfuerzos para volvernos á levantar. De aquí proviene tambien que los antiguos, y especialmente Homero y Platon, proclamen en cada página que debemos pedir la sabiduría á los dioses, sin que podamos conseguirla por otros medios; auxilio sobrenatural, que en realidad nunca ha faltado á la virtud cuando lo ha merecido por sus esfuerzos y lo ha solicitado con sus plegarias.

Pero este socorro, que siempre fue suficiente aun inmediatamente despues de la caida, no se ha dado al mundo, con toda su eficacia y su impulsion verdaderamente victoriosa, sino por *Aquel en quien debian ser* BENDITAS *y* SANTIFICADAS *todas las naciones de la tierra*, segun la antigua promesa que se hizo al primer hombre [2]. La observacion histórica de la naturaleza humana concurre tambien á formular esta verdad en un hecho de inmensa importancia. Desde el orígen de las sociedades hasta el imperio romano, la naturaleza humana anduvo declinando sensiblemente. La fuerza de gravedad venció en ella á la fuerza de impulsion. Hubo por su parte progreso, pero progreso hácia el error y el mal. ¿Qué cosa fue la que creció en todo ese primer período de la historia general de la humanidad, sino el politeismo, la sensuali-

[1] Madame de Staël, *De la Alemania*, cap. *del Catolicismo*.

[2] No es que la gracia suficiente no proceda como la gracia eficaz de los méritos del Hombre-Dios, sino que antes de su venida no era sino un destello anticipado suyo, para hablar el lenguaje comun.

dad, la corrupcion, la esclavitud y todos los géneros de disoluciones é inhumanidades, y por último, la agonía y la muerte del género humano? Ya lo hemos visto, y seria inútil volver al cuadro que de ello hemos trazado al fin del libro que precede. — Por el contrario, desde que puso el pié sobre esta tierra de maldicion *Aquel que debia ser enviado*, desde que la regó con su sangre, ¿no hemos visto que el impulso hácia el bien se hizo superior á la inclinacion hácia el mal, que la naturaleza humana se levantó de su abatimiento, y que débil como era, despedazada y moribunda como estaba, cargada de ruinas y de escombros, se levantó del abismo subiendo por mil caminos diferentes al campo de la civilizacion y del progreso, de ese verdadero progreso cuyo principio en vano intentará desconocer el panteismo mientras que los hechos conservarán su fuerza, y que no se dejará á los sueños filosóficos prevalecer sobre las realidades de la observacion?

Así es como el mundo moral, ya sea que escudriñemos sus arcanos con el auxilio de la psicología, ya sea que estudiemos los movimientos y los hechos que en su superficie se han obrado, á la luz de la historia, rinde á la parte religiosa de las relaciones de Moisés un homenaje análogo al que el mundo físico, interrogado por la geología, rinde á la parte de aquellas narraciones que atañen á la creacion y al diluvio.

IV. Si aun quisiera adelantar mas la observacion y seguir las huellas de la verdad de Moisés hasta las últimas fibras del corazon humáno, me seria fácil el presentarla todavía palpitante con sus mas característicos pormenores.

Aun tenemos, por decirlo así, los dientes embotados por *la fruta vedada* que comieron nuestros primeros padres, y todos los dias dirigimos convulsivamente la vista y la mano hácia ese árbol del *racionalismo*, que mata al alma por la pretendida ciencia del *bien y del mal*, sustituyendo la autoridad del espíritu á la autoridad de la conciencia, sin ilustrar á esta última mas que con el incierto vislumbre de la experiencia, que procede de abajo y que no deja ver el bien sino al pálido resplandor del remordimiento: todos los dias oimos aun en el fondo de nuestro corazon ese grito de rebeldía contra el deber, ese *¿por qué nos lo prohibiria Dios?* que es como el silbido de la serpiente: sentimos como penetra lentamente y circula en torno de nuestra alma el atractivo de la prohibicion, y las seducciones del placer que se nos presenta como un *fruto hermoso:* en fin, cedemos á esta promesa del orgullo, cómplice de todas nuestras pasiones: *seréis co-*

mo dioses, es decir, dueños de vosotros mismos y de una felicidad que será vuestra propia obra; despues de lo cual se deja oir la voz de Dios, la voz del remordimiento; se disipa la ilusion, y nos encontramos despojados de la dignidad y de la estimacion de nosotros mismos, *tenemos miedo porque estamos desnudos*. Hé aquí el continuo ensayo que se repite con tanta frecuencia en nosotros mismos del funesto drama que expone el historiador sagrado, y en el cual todos tuvimos parte en la persona de aquellos en que estábamos contenidos, y de que hemos salido todos. ¿Qué hay, pues, de increible en que la humanidad pereciera en su orígen por lo que todavía hace al hombre tan caduco y tan perecedero? ¿Qué falta á este misterio, si no para ser completamente explicado como doctrina, á lo menos para ser atestiguado como HECHO? — «El nudo de nuestra condicion se complica «y enreda en este abismo, dice Pascal: de suerte que el hombre es «mas inconcebible sin este misterio, que inconcebible el mismo mis«terio para el hombre [1].»

Desde que el Cristianismo vino á ilustrar esta explicacion de nuestra naturaleza, hemos perdido de vista el confuso laberinto en que aquella antes se perdia, y mas exigentes á proporcion que mas se nos satisface, quisiéramos una explicacion de esta explicacion misma, como los niños suelen hacerlo, ó como si pudiera Dios hacer otra cosa con nosotros, mas que ensanchar el límite del misterio, y como si debiese hacerlo sin utilidad positiva y únicamente para satisfacer, ó mejor, para excitar aun mas la orgullosa curiosidad de nuestro espíritu. Sin embargo, para conocer bien el precio de esta explicacion, es preciso figurarse cuáles serian los apuros del espíritu humano antes que la hubiese conocido. El grande enigma del mal tuvo confusa á toda la antigüedad, y la tuvo detenida como una esfinge colocada á la puerta del templo de la filosofía. Siendo, en efecto, la filosofía el arte de aplicar el remedio á la enfermedad moral que nos corroe, en la ignorancia en que se estaba entonces del orígen de este mal, no podia dejar de haber equivocaciones en la aplicacion de los remedios, y de disfrazar esta insuficiencia por falsas apariencias de curacion. Á esto se hallaba reducida la filosofía antigua. Maestros y discípulos no eran otra cosa que empíricos y charlatanes. El verdadero médico que, con el conocimiento del mal, debia traernos el remedio, no habia nacido aun. — «La historia, dice un famoso escéptico, es la re«lacion de las desgracias y de los crímenes de los hombres. No hay

[1] *Pensamientos.*

«ciudad sin hospitales y sin horca, porque el hombre es desgraciado «y malo. Pero ¿por qué los paganos nada de bueno tenian que decir «sobre este punto? Solo por la revelacion podemos explicarlo [1].» — «Solo la revelacion, añade Voltaire, puede desatar ese gran nudo «que todos los filósofos no han hecho mas que embrollar. Siéntese en «esto la necesidad de un Dios que hable al género humano, porque «solo á él pertenece explicar su obra [2].»

V. En último resultado, somos para nosotros mismos un misterio de desórden, que solo puede explicarse por el hecho del pecado original, y que por lo mismo prueba la verdad de este hecho, así como el trastorno interior de la naturaleza física prueba el hecho del diluvio. Solo por la relacion de Moisés tocante al diluvio, es como podemos explicar los misterios geológicos; y de la propia manera solo con la relacion de Moisés tocante á la caida del hombre, es como podemos explicar el misterio de nuestras contradicciones y calamidades. Es menester echarnos en brazos de la revelacion, como dice Bayle. para comprendernos y encontrarnos en nosotros mismos, pudiendo decirse de la teología de Moisés lo que dijo Cuvier de su cosmogonía: *que es la sola que concuerda con la naturaleza*, la sola que la ilustra y la explica, y que recibe de ella en cambio este testimonio mas fuerte que todos los raciocinios, porque su evidencia cae bajo la accion del sentido íntimo, y porque para rehusarla es necesario desmentirnos á nosotros mismos.

Pero la teología de Moisés no se limita á indicarnos las causas de nuestro mal, sino que al mismo tiempo nos deja entrever su remedio

[1] Bayle, art. *Maniqueos*.

[2] Voltaire, poëme sur *le désastre de Lisbonne*, et préface. — Ciceron, sin embargo, á fuerza de estudiar nuestra naturaleza, habia logrado encontrar alguna salida, pero no se detuvo en ello, no creyendo que estaba allí la puerta del subterráneo donde estaba él encerrado: «La naturaleza, dice, parece que «es para el hombre una madrastra mas que una madre. Le arroja al mundo «desnudo, débil, quebradizo, con una alma atormentada por los cuidados, «abatida por el temor, muelle para los deberes, pronta al desórden, pero do«tada al mismo tiempo de cierta chispa divina como enterrada entre escom«bros.» — *Homo non ut à matre, sed ut à noverca natura editus in vitam, corpore nudo, et fragili et infirmo; animo autem anxio ad molestias, humili ad timores, molli ad labores, prono ad libidines: in quo tamen inesset tanquam obrutus quidam divinus ignis ingenii et mentis. (De republica*, lib. II).

En el estudio siguiente encontrarémos á Ciceron elevándose á superior esfera, con la guia de la tradicion, y rozándose con la causa del mal, cuyos caractéres acaba de describir con tanto acierto.

en la futura redencion del género humano; y nuestra naturaleza viene á confirmar altamente la palabra de Moisés sobre este punto, aspirando á una rehabilitacion, cuyo principio en vano busca en sí misma, y mostrándonosla ver realizada en el seno de la humanidad por aquel que ha sido como el lazo de las dos grandes fases históricas de su destino, Jesucristo.

De manera que toda la filosofía de la naturaleza humana puede reducirse á esta fórmula: — EL HOMBRE ES UN ENIGMA, CUYO PRIMER TÉRMINO ES LA CAIDA ORIGINAL, Y EL ÚLTIMO LA REDENCION.

Despues de todo, la consideracion de que la caida original y la redencion son dos cosas misteriosas, no debe detenernos, así como el carácter milagroso de la creacion y del diluvio no ha detenido las inducciones de la geología; porque aun en virtud de esta disposicion del humano espíritu, que aspira á la indagacion de las cosas, y en nuestra imposibilidad de llegar jamás enteramente á ella, debemos abrazar con conocimiento unos misterios que nos libertan del mas intolerable de todos los misterios, del que se refiere al misterio de nosotros mismos, y que prueban la verdad oculta en su seno por la luz que difunden á su alrededor, —como aquellas nubes que cubriendo con su oscuridad el disco solar, atestiguan sin embargo su presencia por la espléndida claridad de sus contornos.

CAPÍTULO VI.

TRADICIONES UNIVERSALES.

La antigüedad filosófica habia caido en la ignorancia del mal, por el abuso de las investigaciones del espíritu humano en una materia en la cual ha de abismarse precisamente cuando quiere marchar y proceder por sí solo. Si se hubiese contenido en las sendas de la tradicion, se hubiera conservado esta verdad como otras muchas, porque ha sido siempre atestiguada por el voto universal del género humano.

La caida del primer hombre, —la transmision de su caida á toda su raza, —la promesa y la esperanza de un Redentor, —componen el fondo de las tradiciones de todos los pueblos. Y no es solamente el

carácter genérico de esta historia el que goza de esta universalidad, sino aun sus rasgos particulares, cuya misteriosa singularidad es lo que mas nos sorprende en la relacion mosáica y en el dogma cristiano: la serpiente, la mujer seducida, un descendiente de esta esperado como reparador de la humanidad, y esta misma reparacion que debia verificarse por la inmolacion expiatoria y sangrienta de una víctima sin mancilla sustituida al hombre-pecador.

Cuanto mas singulares son estos rasgos, segun tendrémos ocasion de observar, mas concluyente es la universalidad de la creencia de que han sido objeto; y bajo este punto de vista las razones naturales para dudar se convierten en razones para creer.

Al desenterrar estas antiguas ruinas de las creencias primitivas de todo el género humano, deben tenerse en cuenta las alteraciones que les habrá hecho experimentar la imaginacion de los pueblos, y la insuficiencia de los medios de conservacion que las han hecho llegar hasta nosotros. Pero de la misma manera que en el estudio de los fósiles el geólogo y el naturalista, con el auxilio de algunas partes características de un animal, reconstruyen el sistema entero de su conformacion, asimismo comparando algunos restos esparcidos de diversas tradiciones, verémos como vuelven á componerse y ordenarse, entrando todas en la historia de nuestra Religion como en el seno de donde salieron.

Si quisiéramos agotar este asunto, seria preciso una explicacion demasiado exclusiva para una obra como la presente, en la cual nos hemos propuesto convencer tanto por el número y la variedad de las consideraciones como por su peso y por su fuerza. Será preciso, pues, limitarnos y detenernos en un punto donde la suma de los resultados diferentes que produzcamos sea tal, que deje satisfecho á todo espíritu que no tiene mas mira que la verdad, y que sabe reconocerla y aceptarla una vez ha dado con ella.

Para evitar toda confusion y facilitar este estudio, vamos á considerar el asunto bajo tres aspectos sucesivos: el primero tendrá por objeto las tradiciones relativas á la *caida*, y el último las tradiciones relativas á la *rehabilitacion*; y entre ambos, como un lazo que los une, presentarémos un estudio sobre los *sacrificios*.

§ I.

Tradiciones acerca de la caida del hombre.

«La creencia sobre la caida y la degeneracion del hombre se en-«cuentra en todos los pueblos antiguos. *Aurea prima sata est ætas,* «es la divisa de todas las naciones [1].»

Esta confesion de Voltaire vale por sí sola tanto como todo un capítulo de pruebas. Por lo mismo no nos extenderémos mucho para fundar esta primera verdad.

I. Se presentan en primer término las tradiciones hebreas. Hablo no de aquellas que están consignadas en los Libros santos, y que se recomiendan, sin embargo, como su explicacion y comentario, por decirlo así, nacional.

Leemos en el Talmud: — «En la hora en que la serpiente se in-«sinuó en la intimidad de Eva, arrojó sobre ella una mancha que «infectó á sus hijos.»

Los rabinos mas antiguos enseñaban con respecto á la naturaleza de la serpiente tentadora, que por la antigua serpiente entendian el *demonio tentador* llamado en los libros *Satanás, serpiente tortuosa, Sammael;* y Sammael era uno de los Serafines que se rebeló contra su Señor.

En un antiguo comentario el *Medrasch-Hanegnelam,* sobre esta palabra del Génesis: *la serpiente era astuta,* el rabino Yosé enseña: — «La serpiente que sedujo al hombre es el demonio tentador; y «¿por qué se le califica de serpiente? Porque á la manera que la «serpiente tiene una andadura tortuosa, y no sigue un camino rec-«to, asimismo el tentador sorprende al hombre por una mala senda, «y no de frente.»

Tocante á la transmision del pecado original á toda la generacion humana encontramos en la *Coleccion de tradiciones del rabino Menahhem* este pasaje admirable, que en su filosófica concision encierra cuanto puede decirse sobre este alto misterio: — «Y con respecto á « la transgresion de Adan y Eva, no debemos espantarnos de que fue-«se registrada con el sello del rey (de Dios), y librada sobre su pos-«teridad; porque en el dia en que fue criado el primer hombre estuvo « ya todo criado. Adan era el primer término del mundo, y la suma «del género humano cuya semilla contenia. De esta manera cuando «pecó, pecó con él todo el género humano, y así es como llevamos

[1] Voltaire, *Ensayos sobre las costumbres*, cap. 4.

«el castigo de su iniquidad; pero no sucede lo mismo con los peca-
«dos de sus descendientes, que solo son personales.»

Esta doctrina de la antigua Sinagoga es puntualmente la misma que sigue hoy la Iglesia católica, y de ello no debemos admirarnos, porque la antigua Sinagoga no era otra cosa que la Iglesia católica antes de Jesucristo, así como la Iglesia católica actual no es mas que la Sinagoga despues de Jesucristo: son como si dijéramos las dos vertientes del Calvario.

II. Pero dejemos ya el pueblo judío, y vamos á las naciones paganas, y primeramente á las que podemos llamar clásicas por las relaciones que entre ellas y nosotros han establecido la civilizacion y las letras.

Á cada página de los poetas mas eminentes se hallan pintadas con vivísimos colores el estado de inocencia y de felicidad en que el primer hombre fué criado bajo la figura de *la edad de oro;* y la caida de aquel estado para entrar en una pendiente de desdichas sin término, es figurada por *la edad de hierro*, que sucedió á aquella, siendo este el punto de partida de toda la mitología.

Aurea prima sata est ætas, quæ, vindice nullo,
Sponte sua, sine lege, fidem rectumque colebat.
. . . .
Ipsa quoque immunis, rastroque intacta, nec ullis
Saucia vomeribus, per se dabat omnia tellus [1].
Ante Jovem nulli subigebant arva coloni;
Ne signare quidem aut partiri limite campum
Fas erat. In medium quærebant; ipsaque tellus
Omnia liberius, nullo poscente, ferebat [2].

Mas pronto pierde el hombre su inocencia, y en el mismo instante una sentencia fatal le quita el privilegio que sometia la naturaleza á su imperio: todo se le rebela para castigarle de su rebelion contra Dios; y es condenado á fecundar la tierra con el sudor de su rostro.

. . . . *Pater ipse colendi*
Haud facilem esse viam voluit; primusque per artem
Movit agros, curis acuens mortalia corda,
Nec torpore gravi passus sua regna veterno.
. . . .
Ille malum virus serpentibus addidit atris,
Prædarique lupos jussit, pontumque moveri [3].

[1] Ovidio, *Metamorph.*, VIII.
[2] Virgilio, *Georg.*, lib. I.
[3] Virgilio, *Georg.*, lib. I.

Virgilio no hizo al parecer otra cosa que traducir en verso estas palabras del Génesis en las cuales mas que el espíritu poético resplandece el de la verdad. — «Dijo Dios á Adan: La tierra será mal«dita por lo que acabais de hacer, y solo á fuerza de gran trabajo «sacaréis de ella lo suficiente para manteneros en todo el curso de «vuestra vida. Ella producirá para tí espinas y abrojos, y tú te ali«mentarás con las yerbas de la tierra. Comerás tu pan con el sudor «de tu rostro, y volverás á la tierra de la cual has salido: polvo «eres, y polvo te has de volver[1].»

Dos fábulas mitológicas bien conocidas no son mas que un recuerdo alegórico de la caida del género humano, y de la promesa de su *rehabilitacion:* la fábula de *Pandora* y la de *Prometeo.*

Pandora, jóven inocente y adornada con todos los dones del cielo, se halla depositaria de una caja que se le prohibe abrir; pero, cediendo á la curiosidad, desobedece, y al momento todos los males salen de la caja, y se esparcen sobre la tierra...: en el fondo de la caja queda todavía una cosa: *la esperanza.*

Prometeo, esta grande personificacion de la humanidad, quiso arrebatar su secreto á la Divinidad. Su arrogancia queda al momento castigada. Amarrado á un peñasco, es el pasto en que se ceba incesantemente el buitre del mal, —el buitre nacido de *Schidna,* mónstruo *mitad mujer y* MITAD SERPIENTE, dice el diccionario de la fábula; — pero en el fondo de su suplicio queda todavía *la esperanza y la expectacion de un Libertador*. Esta última parte de la fábula de Prometeo dará lugar á un exámen especial en la tercera parte de este capítulo.

[1] *Génesis*, III, 17.—Nada hay indiferente en los Libros santos, la menor palabra encierra la mas alta doctrina. Así estas últimas palabras indican que cuando Dios eximió al hombre de la muerte no habia hecho Dios otra cosa que mantenerlo, por decirlo así, en un estado *sobrenatural* y privilegiado, de suerte que la pérdida de este estado de *gracia* no es tanto una pena aflictiva, como una simple privacion de privilegio, que á este efecto llaman los teólogos pena de *daño*, en oposicion á la pena de *sentido.* Con esto queda el hombre restablecido en su estado natural, y *vuelve á la tierra de donde ha salido, y siendo de polvo á polvo se reduce.* Considerado bajo este punto de vista, la pena de *daño*, que es la única que se aplicó al pecado original, propiamente dicho, en cuanto es transmisible á la raza humana, pierde gran parte de aquel rigor que parece acusará la justicia de Dios. En este sentido la posteridad de Adan es como la de un gran señor que, por crímen de lesa majestad, hubiera merecido con la pena de muerte, que seria personal, la degradacion de todos los privilegios de nobleza de que gozaba por la merced de su rey, degradacion que pasaria á sus sucesores. Sacado de la plebe volveria á la plebe.

Estas dos fábulas de *Prometeo* y de *Pandora*, si se las toma juntas ofrecen una relacion visible con la narracion del pecado original y del castigo, que, segun el Génesis, se impuso á Adan y Eva; pero esta relacion se hace todavía mas sensible cuando se las contempla con sus rasgos particulares, y se llega á descubrir el lazo que las une.

El viejo Hesiodo, contemporáneo de Homero, depósito de las verdades primitivas en su mas alta fuente mitológica [1], va á iniciarnos en todo esto.

En su Teogonía nos habla en primer lugar del *imprudente Epimeteo, que* DESDE UN PRINCIPIO FUE LA CAUSA DE TODOS LOS MALES DE LOS INDUSTRIOSOS MORTALES, *porque él fue* EL PRIMERO *que recibió por esposa una virgen formada por Júpiter* (Pandora). Pronto [2] verémos que el nombre de Epimeteo significa la misma persona que el de Prometeo.

No puede verse mas claramente indicado el orígen del mal y la participacion *in solidum* de la culpa original: DESDE UN PRINCIPIO Prometeo FUE LA CAUSA DE TODOS LOS MALES DE LOS INDUSTRIOSOS MORTALES. ¿De qué manera lo fue? por una falta, FRAUDE MALA, como nos dice Horacio en su oda tercera, en la que nos recuerda esta antigua tradicion: «El temerario hijo de Japeto, dice, por un fraude criminal quita el fuego al cielo para entregarle á las naciones. «Pero una vez sacada la llama de su esfera etérea, la enfermedad con «todo el cortejo de azotes, desconocidos hasta entonces, invade la «tierra, y precipita sus pasos la muerte, que hasta entonces habia «sido una necesidad tardía y lenta [3].»

Hesiodo en lo restante de su Teogonía insiste muchas veces sobre esta inconcebible participacion *in solidum*, que alcanza á todos los hombres por la falta de uno solo, y que es propiamente el misterio del pecado original. Así es como, despues de habernos contado el

[1] Lo que sabia muy bien él mismo, como se ve por este pasaje: «Las Mu«sas del Olimpo, hijas de Júpiter, que lleva la égida, me hablaron desde luego «en estos términos: Nosotras sabemos decir muchas mentiras que parecen «verdades; mas cuando queremos tambien sabemos decir la verdad.» (Theog., *v.* 24-28).

[2] Theog., *v.* 510 y sig.

[3]
Audax Japeti genus
Ignem FRAUDE MALA *gentibus intulit.*
Post ignem ætheria domo
Subductum, macies et nova febrium
Terris incubuit cohors;
Semotique prius tarda necessitas
Lethi corripuit gradum.

modo con que Prometeo quiso engañar á Júpiter, haciendo que aceptase, sin advertirlo, la parte mas inferior de la víctima de un sacrificio, añade: «Júpiter, dotado de una sabiduría que no puede per«der, al oir este discurso, penetra todo su artificio, y *con su espíritu «previsor descubrió* LOS MALES QUE IBAN Á CARGAR SOBRE LOS HOM«BRES MORTALES... Desde este momento acordándose siempre de este «artificio, *ya no volvió á conceder el fuego inextinguible á los hombres «mortales que habitan en la tierra.*»

Otro muy notable rasgo es, el que este hombre, Prometeo, que por su culpa abrió la puerta á todos los males que desde entonces han desolado á la especie humana, es el primero *que recibió por esposa una vírgen formada por Júpiter.* Y ¿quién fue esta primera mujer? fue, dice Hesiodo, *una fatal obra maestra, una funesta maravilla, un bello mal*: porque era Pandora, que fue igualmente la causa de todos nuestros males [1].

Omitimos varios pormenores por mirarlos inútiles, y nos paramos tan solo en dos rasgos principales, que caracterizan el objeto de nuestras investigaciones, á saber: una culpa original cualquiera, cuyos autores son el primer hombre y la primera mujer, y la participacion *in solidum* de esta culpa, cuyo castigo pesa sobre todo el género humano: y en esto, como se ve, está acorde con el Génesis la teogonía pagana.

Hesiodo, que es uno de los mas antiguos que nos cuentan esta teogonía, está muy explícito sobre este punto; y es preciso que le chocase mucho y reconociese en ello un sentido muy profundo, para repetirlo con tanta frecuencia como lo hace. En efecto, en otro de sus poemas, á quien tituló *De los trabajos y de los dias*, insiste de nuevo sobre Prometeo de la manera siguiente:

«Irritado Júpiter de haber sido engañado por Prometeo, nos qui«tó el conocimiento de la vida, y POR ESTO CONDENÓ LOS HOMBRES Á «CUIDADOS CRUELES, y les ocultó el fuego; empero el noble hijo de «Japeto se lo llevó en el tronco de una férula, despues de haberlo «robado al prudente Júpiter, que va armado con el rayo. Este dios «que amontona las nubes, en su indignacion, le dijo: —Hijo de Ja«peto, ó el mas diestro de todos, tú te gozas de haberme quitado el «fuego divino y haber sorprendido mi sabiduría; pero has de saber «que tu robo SERÁ FATAL *para tí,* Y PARA LOS HOMBRES VENIDEROS. «Para vengarme de ello les enviaré un presente funesto, que les de-

[1] Theog. *v.* 549 y sig.

«jará enamorados en el fondo de su alma, y amarán su propio azote.—
«Acabando de pronunciar estas palabras, se sonrió el padre de los
«hombres y de los dioses, mandó al ilustre Vulcano que compusie-
«ra un cuerpo mezclando la tierra con el agua, que le comunicara
«la fuerza y la voz humana, y de él formara una vírgen de una rara
«belleza...» Todos los dioses vinieron á ofrecer sus regalos á esta graciosa y perniciosa maravilla. «Júpiter dispuso que Mercurio la pre-
«sentase á *Epimeteo.*» (Es Prometeo desaforrado, siempre el primer hombre). «Epimeteo, no acordándose que Prometeo le habia reco-
«mendado que no recibiese nada de Júpiter, antes le devolviese sus
«presentes para que no se hicieran funestos á los mortales, le aceptó,
«y no reconoció el mal sino *despues de haberle recibido.* De aquí vino
«su nombre de *Epimeteo*, que significa *el que ve despues*, ó *el que ve*
«*demasiado tarde*, en vez de que *Prometeo* significa *previsor*.»

Y en seguida añade Hesiodo: «Antiguamente las tribus humanas
«vivian exentas de males, de trabajos penibles, y de las enfermeda-
«des crueles que traen la vejez; porque envejecen pronto los hombres
«que sufren. Llevando Pandora un gran vaso, le quitó la cobertera,
«y se derramaron los males entre los hombres. *Solo quedó la espe-*
«*ranza,* que detenida en el borde del vaso, no escapó, por haber
«cerrado Pandora el vaso por órden de Júpiter. Á CONTAR DESDE
«ESTE DIA, VAN DIVAGANDO ENTRE LOS HOMBRES INFINITAS CALAMI-
«DADES; ESTÁ LLENA DE MALES LA TIERRA, Y LO ESTÁ TAMBIEN EL
«MAR; LAS ENFERMEDADES TIENEN SU PLACER EN ATORMENTAR NOCHE
«Y DIA Á LOS MORTALES, etc. [1].»

Son muchas las incoherencias que se notan en toda esta fábula, hay en ella muchas cosas extrañas, extravagantes y disparatadas, que no tratamos de conciliar, ni explicar, siendo claro que tienen en ellas una gran parte la fantasía y la imaginacion; pero no lo es menos que hay en ellas un fondo sorprendente de semejanza con la historia del pecado original, que se cuenta en el Génesis, y que esta semejanza prueba altamente la verdad de los rasgos en que se funda. Y en lo que se diferencian, ¡cuánta ventaja no lleva en la comparacion la austera y lacónica sencillez de la relacion del Génesis, y cuán fácil no es descubrir lo que es el original y lo que es copia, lo que es historia y lo que ficcion! Es evidente que la fábula de Pandora y de Prometeo no es mas que una corrupcion de lo que dice el Génesis, y que contándola á Hesiodo las *Musas*, como él mismo nos refiere, *le*

[1] *Los trabajos y los dias*, v. 47 y sig.

han dicho muchas mentiras... que parecian verdades. Nos convencerémos de ello mas y mas luego que habrémos presentado las demás tradiciones profanas, que dicen relacion con la caida, y volviendo á la fábula de Prometeo, descubrirémos las admirables relaciones que presenta con el dogma de nuestra redencion.

Recorramos estas otras tradiciones.

La historia de la caida original del género humano se enlaza, en la doctrina mosáica y cristiana, con la historia anterior de la caida de los ángeles rebeldes, cuyo caudillo, animado de envidia contra el hombre, tomando la forma de una serpiente se hizo el tentador de nuestros primeros padres, y segun dice el Evangelio, el primer *homicida,* el grande *homicida,* supuesto que por su causa se introdujo la muerte en el mundo, y fue presa suya toda la humanidad. Esta historia que pasó en las profundidades del cielo y de la eternidad, nos fue revelada en varios pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento, donde el ángel rebelde es llamado Belcebú, Belial, Satanás, Dragon, Príncipe de las potestades del aire, Lucifer, Ángel de las tinieblas, etc., y donde está representado precipitándose del cielo como un relámpago, y rodando en torno de nosotros como un leon deseoso de devorar nuestras almas. Pues bien, toda esta historia, que es el punto de partida de la de nuestra santa Religion, se encuentra en Homero. Todos sus comentadores hicieron esta observacion: «Lo que «dice Homero de la diosa Alé (aquí habla Rollin) hija de Júpiter, ese «demonio de discordia y de maldicion, que tiene por oficio el tender «lazos y dañar á todos los hombres, que el padre de los dioses en su «justa cólera habia arrojado del cielo jurando no volveria á entrar en «él; todo esto, digo, da lugar á creer que la historia de los ángeles «rebeldes, enemigos de los hombres, y dedicados á su daño, opues«tos á su felicidad, y desterrados para siempre en los infiernos, no «era desconocida á los antiguos [1].»

El mismo pasaje de Homero que vamos á citar nos mostrará que esta opinion de Rollin (que además es la de otros comentadores) no carece de fundamento. En el canto XIX de la *Ilíada* dice Agamenon queriendo justificarse de su querella con Aquiles, causa de todas las desgracias de los griegos:—«¿Qué podia yo hacer entonces? Hay «una divinidad que juega con los ciegos mortales, y hace que el uno «al otro se atormenten: vagando en el seno de las tinieblas, anda «sobre nuestras cabezas, y va sembrando por el universo la desgra-

[1] *Tratado de los estudios*, lib. III.

«cia y el ultraje. En otro tiempo ofendido Júpiter cogió de repente «á Até por su brillante cabellera, y lleno de cólera pronunció este «terrible juramento:—No vuelva Até á parecer en el Olimpo y en «el cielo estrellado, ya que á todos nos injuria.—Al hablar así Jú- «piter con mano vigorosa la precipita de los cielos, y ella cae de im- «proviso en las tierras cultivadas por los hombres.»—Es cosa notable encontrar en la *Ilíada* el gérmen del poema del Homero cristiano, de Milton, quien no obstante recibió exclusivamente su inspiracion de las tradiciones bíblicas, siendo evidente que esta concordancia no puede explicarse sino diciendo que el mismo Homero, á pesar de la alteracion de estas tradiciones por el politeismo, habia encontrado á su alrededor algunos restos de ellas.

Viene á confirmarnos lo mismo otro pasaje de Hesiodo:

«La tierra engendró á Tifon, con cien cabezas de dragon, cada «una de las cuales vibra una lengua negra. Habria usurpado el im- «perio de los hombres y de los dioses, si adivinando sus proyectos el «padre de los dioses, no hubiese arrojado su rayo sobre Tifon desde «lo alto del Olimpo, que cayendo sobre él redujo á polvo las enor- «mes cabezas de ese mónstruo horroroso, que vencido con reiterados «golpes cayó mutilado, y con su caida hizo estremecer la inmensidad «de la tierra [1].»

Hallarémos dentro de poco sobre este Tifon cosas sumamente curiosas.

La alta filosofía pagana, la que se apoyaba en la tradicion, habia tambien por su parte conservado un débil destello de esta grande antorcha que alumbra el abismo de nuestra naturaleza. Así leemos en Platon:—«La naturaleza y las facultades del hombre fueron altera- «das y *corrompidas* en su *cabeza*, desde su nacimiento [2].»

Todos los antiguos teólogos y poetas decian tambien, segun refiere Filolao el pitagórico, «que el alma estaba sepultada en el cuerpo «como en una tumba *en castigo de alguna maldad* [3].»

Ciceron, que á manera de espejo purísimo reflejó todas las verdades conservadas en el mundo pagano, y que, segun hemos visto, al profundizar la naturaleza humana habia encontrado en ella una *chispa divina enterrada entre sus escombros*, dice en otro lugar:—«Estos «errores y calamidades de la vida humana hicieron decir á los anti-

[1] Theog., *v.* 849 y sig.
[2] Plat., *Timæo;* véase tambien *Phæd.*, *Oper.*, t. I, pág. 157, ed. Bipontina.
[3] Clemente Alejand., *Strom.*, lib. III, pág. 433.

«guos adivinos ó intérpretes encargados de explicar los misterios divi-«nos á los iniciados, que si nacemos en este estado de miseria es para «EXPIAR ALGUN GRAN CRÍMEN COMETIDO EN UNA VIDA SUPERIOR, *y me «parece que en este punto dieron con lo cierto*, ALIQUID VIDISSE VIDEAN-«TUR: por esto yo tambien convengo en el dictámen de Aristóteles, «cuando dice que estamos condenados á un suplicio semejante al que «se aplicaba en otros tiempos á los que caian en manos de los ban-«doleros de Etruria: ataban los vivos de cara con los cadáveres; y «así sucede en nuestras almas en su union con nuestros cuerpos [1].»

Así es como la alta filosofía pagana, con el auxilio de una escasa claridad tradicional, *vislumbraba algo* de la gran verdad que sirve de cimiento al Cristianismo.

III. Pero la bastarda filosofía, ó, para no profanar este nombre, el *filosofismo* ó *racionalismo*, habia hasta tal grado removido y revuelto la superficie del espíritu humano, que las huellas de esta tradicion se hallaban cási del todo borradas en las naciones cultas de la antigüedad, á diferencia de las demás naciones llamadas bárbaras, en las que se descubrian todavía algunas señales. Esta circunstancia no es una prueba insignificante de la verdad de esta tradicion. No son los hombres los que la inventaron, supuesto que se halla mas y mas completa y semejante al tipo mosáico, precisamente á medida que nos vamos alejando de los pueblos *inventores* para entrar en los pueblos estacionarios y conservadores.—Esto es lo que va á resultar de la tercera série de citas que vamos á presentar.

Segun la doctrina de los persas, *Meschia* y *Meschiané*, ó el primer hombre y la primera mujer, eran al principio puros, y obedientes á *Ormuzdo*, que los crió. *Ahrimanio* los vió, y tuvo celos de su felicidad. *Fuese á ellos bajo la figura de una culebra*, les presentó unos *frutos*, y les persuadió que él era el autor del hombre, de los animales, de las plantas y de este universo que habitaban. Le creyeron, y desde entonces *Ahrimanio* los dominó. Corrompióse su naturaleza, y es-

[1] *Ex quibus humanæ vitæ erroribus et ærumnis fit, ut interdum veteres illi sive vates, sive in sacris initiisque tradendis divinæ mentis interpretes, qui nos* ob aliqua scelera suscepta in vita superiore, *pœnarum luendarum causa natos esse dixerunt, aliquid vidisse videantur, verumque sit illud, quod est apud Aristotelem, simili nos affectos esse supplicio, atque eos, qui quondam, quum in prædonum Etruscorum manus incidissent, crudelitate excogitata necabantur, quorum corpora viva cum mortuis, adversa adversis accommodata, quam aptissime colligabantur: ita nostros animos cum corporibus copulatos, ut vivos cum mortuis esse conjunctos. (Hortensius, sive de philosophia fragmenta).*

ta corrupcion inficionó á toda su posteridad [1]. Así, dice el escritor á quien debemos estas comunicaciones, el pecado no procede de Ormuzdo, sino que fue producido, dice Zoroastro, por el *ser oculto en el crímen*, ó *Ahrimanio* [2].

Este ser oculto en el crímen, autor de la caida y corrupcion de la naturaleza humana, se encuentra tambien en las tradiciones egipcias bajo el nombre de *Tifon*, de donde se deriva probablemente el *Piton* de los griegos, aquella mostruosa SERPIENTE, llamada por Homero destructora de los hombres y de los animales, y por Ovidio terror de los pueblos. Plutarco nos explica circunstancias muy curiosas acerca del *Tifon* egipcio en su tratado de *Isis y de Osiris;* dice así: — «Jenócrates opina que cuando en dia aciago hacemos ó decimos alguna «cosa fea y vergonzosa, semejante accion no procede de los dioses «buenos, ni de los demonios buenos; sino que vagan por el aire cier«tos genios grandes y poderosos, pero malignos y perversamente «intencionados, que se complacen en que se hagan tales cosas en su «obsequio [3]. El mismo Empédocles dice que estos son castigados por «las culpas y ofensas que cometieron... Á esto se asemeja lo que se «cuenta de *Tifon*, que por su *envidia* y su malignidad cometió mu«chas acciones malas, y *abrasándolo todo, llenó de desgracias y de «miserias la tierra y el mar*... y despues recibió su castigo, etc. [4].» — Omito lo restante de esta curiosa cita, porque solo quiero descubrir aquí lo que tiene relacion con la caida. Continuarémos este pasaje en el párrafo de las *Tradiciones sobre la rehabilitacion.*

¿Quién no reconoce aquí en este *Tifon* de los egipcios como en el *Ahrimanio* de los persas, y en el Até de Homero, el *Satanás* de los

1 *Vendidat-sadæ*, pág. 305, 428.

2 *Exposicion del sistema teológico de los persas*, por Anquetil du Perron, *Memorias de la Academia de las Inscripciones*, t. LXIX, pág. 184.

3 «Tenemos que combatir, dice san Pablo, no contra hombres de carne y «de sangre, sino contra jerarquías y potestades, contra los príncipes de las ti«nieblas, *contra los espíritus malignos diseminados por el aire.— Contra spi«ritualia nequitiæ in cœlestibus.»* (*Ephes.* VI, 12).

4 Plutarco, *De Iside et Osiride*, núm. 24.—«Yo no sé, dice tambien Plu«tarco en la *Vida de Dion*, si debemos admitir, por mas extraña que nos pa«rezca, esta opinion *que de la antigüedad nos ha transmitido*, á saber, que «hay demonios envidiosos y perversos, que teniendo celos de los hombres vir«tuosos, se juntan á ellos, les ponen obstáculos á sus buenas acciones, y les «llenan el espíritu de turbacion y espanto para conmover y echar por tierra su «virtud, á fin de que no puedan tener parte despues de la muerte á una vida «mejor que la suya, si perseveran firmes é inmobles.»

hebreos y de los cristianos, el demonio tentador, el antiguo enemigo del género humano, el cual caido tambien, *en castigo de una falta cometida* contra Dios, se hizo *por envidia y malignidad* instigador *de las cosas perversas, y llenó por esta razon de males á toda la tierra?*

La revelacion nos enseña que desde entonces somos sus esclavos (salvo el auxilio de aquel descendiente de la mujer que debia quebrantar su cabeza); que él es quien sopla dentro de nuestras almas el fuego pestífero de la concupiscencia y de las pasiones, y que él es el príncipe de este mundo de errores y de crímenes en que vivimos. Esto es precisamente lo que tambien enseñaban las tradiciones egípcias, segun aparece de este otro pasaje de Plutarco: «La parte del «alma apasionada, violenta, loca, insensata es *Tifon*, ó procede de «*Tifon,* como lo indica la misma interpretacion de la palabra egip«cia; porque ellos llaman *Tifon, Seth,* que equivale á decir suplan«tador, forzador [1].»

Plutarco dice que *Tifon* se presentaba bajo la forma de un cocodrilo; pero otro autor pagano, el poeta Manilio, nos dice que se le pintaba tambien bajo la figura de una serpiente con piés y alas:

Anguipedem alatis humeris Typhona furentem [2];

lo cual completa la semejanza con las tradiciones bíblicas.

Si de la Persia y del Egipto pasamos á la India, encontrarémos allí idénticas tradiciones.

El mismo Voltaire en el pasaje que hemos ya citado confiesa que los *bramas* en particular creen en la caida y degeneracion del hombre; y el sábio historiador arqueólogo Mauricio probó en su obra sobre el Indostan, que la historia de Adan y de su caida tal como la refiere Moisés, se halla confirmada por los monumentos y tradiciones de los indianos.—El rey de los malos, *Assours*, ó demonios, se llama allí el rey de las SERPIENTES [3]. —Los libros indios, segun refiere otro sábio, hablan tambien de una SERPIENTE llamada *Kaly,* que en los tiempos de la creacion causó males tan grandes, que para repararlos fue precisa la encarnacion de Vichnú. Este mónstruo está representado *mitad* MUJER *y mitad* SERPIENTE [4].

[1] Plutarco, *De Iside et Osiride*, núm. 47.
[2] Manilio, *Astronom.* IV, *v.* 580.
[3] *Historia del Indostan*, t. I, cap. 11.
[4] Dubois, t. III, parte 3.ª, pág. 433.—Véanse tambien los *Anales de filosofía*, t. VI, *del Asia*, pág. 55.

Las tradiciones chinas no son menos notables.

El filósofo *Tchuangse* enseñaba, de conformidad con la doctrina de los *King* ó libros sagrados de los chinos, — «que en el estado del «*primer cielo*, el hombre se hallaba íntimamente unido á la razon «suprema, y en lo exterior practicaba todas las obras de la justicia; «su corazon se recreaba en la verdad, y no habia en él ninguna som-«bra de superchería. Entonces las cuatro estaciones del año seguian «un órden regular y sin confusion. Nada dañaba al hombre, el hom-«bre á nada dañaba. En toda la naturaleza reinaba un concierto uni-«versal.» — Pero con arreglo á la misma tradicion, «estas colum-«nas del cielo se rompieron, y la tierra se conmovió hasta sus ci-«mientos. *Cuando el hombre se rebeló contra el cielo*, alteróse el siste-«ma del universo, y turbándose la general armonía, los males y los «crímenes inundaron la faz de la tierra [1].»

«Todos estos males vinieron, dice el libro *Likyki*, porque el hom-«bre despreció el poder supremo. Quiso disputar sobre lo verdadero «y lo falso; y estas cuestiones ahuyentaron á la razon eterna. Miró «en seguida los objetos terrestres, y les cobró demasiada aficion, y «de aquí nacieron las pasiones... Hé aquí el orígen de todos los crí-«menes, y para castigarlos envió el cielo todos los males [2].»

Por otra parte las tradiciones de los chinos, lo mismo que las otras, hacen subir el orígen del mal á la instigacion de una inteligencia superior rebelada contra Dios y revestida bajo la forma de serpiente. Segun estas tradiciones, el dragon soberbio *Tchi-Yeu* fue el primer autor de esta rebelion; y en los caractéres que sirven para escribir su nombre, dice Paravey, se encuentran reunidas las significaciones de *malo*, de *insecto*, de MUJER y de SERPIENTE. En la misma leyenda interviene un personaje nombrado *Kug-Kug*, que en chino equivale á *artífice del mal*, y el libro *Kuei-Tsang* dice que tiene rostro de hombre y cuerpo del reptil que Lopi llama *dragon negro* [3].

En el Japon la tradicion nos presenta igualmente á la SERPIENTE conspirando contra el Criador; y cuando se pinta la creacion, se emplea la figura de *un grande árbol en el cual se enrosca una horrible* SERPIENTE [4].

Entre los mogoles se hallan igualmente rastros de la tradicion de

[1] Ramsay, *Discurso sobre la mitología*, pág. 146, 148.
[2] Idem, *idem*, pág. 149, 150.
[3] *Anales de filosofía*, t. XVI, pág. 355, explicaciones del caballero de Paravey.
[4] Noël, *Cosmogonía*. — Japon.

Moisés. — «El estado de nuestros primeros padres, dicen ellos, no duró «mucho tiempo: por culpa suya vieron desvanecerse todas las dichas «que habian embellecido su existencia. Sobre la faz de la tierra crecia «en abundancia la planta del *schimæ*, blanca y dulce como el azúcar: «su vista sedujo al hombre que comió de ella, y todo se acabó [1].»

Los habitantes de la Escandinavia personifican al terrible hijo de Loke, principio del mal, bajo la figura de una enorme SERPIENTE, que abraza el mundo inficionándolo con su veneno [2].

Los antiguos escitas decian tambien que descendian de una MUJER SERPIENTE [3].

En fin, ¡cuál no ha sido la sorpresa de unos sábios que han estudiado las tradiciones de América, de esa tierra que apareció á los ojos de los europeos como una creacion improvisada en cierta manera, y sin relacion alguna con la antigua tierra de Asia y la frecuentada Europa, al encontrar allí mas profundas tal vez que en otra parte las huellas de la historia que constituye el fondo del Cristianismo, y cuya solucion solo se halla en el Cristianismo!

El señor de Humboldt ha demostrado que en las mas remotas tradiciones de los mejicanos la primera mujer, que llaman *la madre de nuestra carne*, se presenta siempre acompañada de una gran SERPIENTE: así se la ve en los jeroglíficos que adornan los monumentos de aquellos pueblos, y se le da el nombre de *Cihua-Cohualt*, que significa literalmente MUJER DE LA SERPIENTE [4].

En estos últimos tiempos se ha descubierto un monumento en una ciudad de Pensilvania, que prueba asimismo, que en aquella parte del continente americano era popular una tradicion análoga á la historia bíblica de Adan y Eva. Hé aquí la relacion que de ello se lee en una Revista científica: — « El otoño pasado estalló una terrible tem« pestad cerca de Brownsville, en la parte occidental de la Pensilva« nia, y arrancó una encina enorme, debajo de la cual se descubrió « una masa de piedra de unos diez y seis piés cuadrados, en la cual «habia grabadas algunas figuras, entre ellas dos de forma humana, « representando á *un hombre y á una mujer, separados por un árbol,*

[1] Benjamin Bergman analizado por A. F. Ozanam.

[2] Edda.— *Introduccion á la historia de Dinamarca*, por Mallet.

[3] Herodoto y Diodoro de Sicilia.

[4] Humboldt, *Vista de las cordilleras y de los monumentos de América*, t. I, pág. 237 y 274; t. II, pág. 198.—Véase igualmente á Noël en la palabra *serpiente* y en los *Anales de filosofía*, t. IV, pág. 23.

«*y la última con frutas en la mano*. En el resto de la superficie de la «piedra se ven ciervos, osos y aves. La encina tendria por lo menos «de quinientos á seiscientos años de existencia; por lo cual estas figu-«ras debieron de esculpirse mucho tiempo antes del descubrimiento «de la América por Colon [1].»

IV. Demos aquí punto á las citas que solo servirian para satisfacer la curiosidad. El hecho que hemos querido sentar está demostrado hasta la evidencia. Todos los pueblos de la tierra, como decia Voltaire, han considerado al hombre como á un ser *caido y degenerado*. Añadamos ahora que le consideraron caido de la manera y con las circunstancias que mas favorecen la incredulidad en la relacion de Moisés: una fruta prohibida, un espíritu maligno bajo la forma de una SERPIENTE insinuándose en el ánimo de la MUJER. Esta seducida por la serpiente y seduciendo al hombre á su vez: todos los males de la especie humana derivados de esta transgresion: hé aquí el fondo de las tradiciones universales.

De aquí saco yo un raciocinio sin réplica á favor de la verdad de este punto fundamental de nuestra Religion.

Tantos pueblos, tan diferentes en sus circunstancias, tan dispersos, tan separados entre sí, no pueden hallarse de acuerdo sobre un hecho único, sino porque este hecho ha realmente sucedido en la época del orígen comun á todos ellos, produciendo una sensacion profunda en la misma fuente del género humano. Aquí podemos muy bien exclamar con Cuvier: —*¡Es posible que una mera casualidad nos dé un resultado tan admirable!—Las ideas de los pueblos que tan pocas relaciones tienen entre sí, cuyo idioma, cuya religion, cuyas costumbres nada tienen de comun, ¿podrian concertarse de tal manera, si no tuvieran por base la verdad?*

[1] *Anales de literatura y artes*, t. X, pág. 286-287.—En esta escena no se ve la serpiente; pero es preciso advertir que segun la relacion de la Biblia tampoco debe estar; pues solo interviene para seducir á la mujer, y en seguida esta separadamente hace caer al hombre. Tambien vemos en las diferentes tradiciones, y particularmente en las de los mejicanos, que siempre que se pinta á la primera mujer, teniendo relaciones con la serpiente, siempre se la halla sola, sin aparecer jamás el hombre; y que cuando se la representa con el hombre, como se hace aquí, no está la serpiente. Esta segunda escena que consumó la culpa original se limita en efecto á lo siguiente: *Y habiendo cogido la fruta comió de ella, y dió á su marido, quien comió tambien de la misma. (Génesis*, III, 6).—Esta observacion importante nos conducirá todavía á otra de mayor interés que reservamos para el § III.

Pero aun hay otra consideracion mas conveniente. La creencia cuya universalidad inspiró á Cuvier una reflexion tan decisiva, se referia á un hecho simple, rodeado de analogías, y que podia concebir con tanta mayor facilidad, cuanto que en todas partes hallaba cierta base natural en el estado aparente del globo. No de otra manera se nos presenta el hecho del diluvio, al paso que el hecho que nos ocupa es un hecho complexo, singular, misterioso á lo sumo, cuyas circunstancias características dependen de un órden sobrenatural; y de aquí se sigue que la universalidad de la creencia sobre este hecho seria completamente inexplicable si no tuviera la verdad por fundamento, y que el argumento del ilustre geólogo se hace mas concluyente por la particularidad de la cuestion á que lo aplicamos.

Para poner mas en claro nuestro pensamiento, séanos lícito descender á una comparacion muy sencilla:

Supongamos que se nos da un pedazo de papel cortado en figura recta y regular. Si tomamos otros pedazos y vemos que se ajustan perfectamente al primero, habrá motivos para creer que esta conformidad no es efecto del acaso, sino que proviene de un corte primitivo que les es comun. Pero quiero ahora suponer que en lugar de presentar la figura recta y regular, el primer papel se halla recortado de un modo extraño y caprichoso: entonces la prueba será mas decisiva; y si los demás fragmentos vienen á adaptarse exactamente en todos los bordes al corte que sirve de comparacion, entonces será indudable la prueba de su autenticidad y unidad primitiva. Tal es precisamente el medio de mayor garantía material que hayan imaginado los hombres para la sinceridad de sus mútuas obligaciones al través de los espacios que atraviesa la navegacion, y que por esto se la llama *carta partida*.

Esta comparacion se aplica por sí misma á nuestro asunto.

Si las tradiciones universales no estuviesen de acuerdo con la relacion de Moisés sino en el hecho sencillo y aislado de la caida y degeneracion del hombre, ya esto solo no dejaria de ser una prueba de la veracidad de esta relacion; pero no es únicamente en el fondo de la relacion donde existe este acuerdo, sino que tambien existe en los pormenores, y pormenores los mas extraordinarios. ¿Qué cosa hay, en efecto, mas singular que ver á todo el género humano caido en desgracia por la culpa de un primer hombre, que la caida de este primer hombre viniera precisamente de la *mujer*, y de la *mujer* instigada por un ser sobrenatural y maléfico, revestido bajo la forma de

un animal, y mas particularmente todavía revestido de la SERPIENTE? — Nadie dejará de convenir en que todas estas circunstancias son muy extrañas, y la misma incredulidad, á la cual me dirijo en este momento, deberá confesarme que son al parecer absurdas; á lo menos esto es lo que ha dicho siempre, sin tener otra arma que oponer á la verdad de este fundamento de nuestra Religion. Ahora bien: esta misma arma es la que la confunde y la vence; pues todas las circunstancias, y en particular aquellas que mas nos chocan por su apariencia de absurdo, conservadas por las tradiciones unánimes de toda la tierra, han venido á ser en virtud de su propia inverosimilitud otros tantos argumentos incontrastables de la completa verdad de la narracion mosáica, á la cual vienen á conformarse puntualmente todas esas tradiciones: esta es la ocasion de repetir aquella famosa expresion: *Credo quia absurdum.* — Sí: cuanto mas extrañas son, mas inverosímiles, mas absurdas, si así se quiere llamarlas, las circunstancias características de la historia escrita por Moisés, tanto mas imposible es que el sentido comun de todos lós pueblos del mundo las haya imaginado tan universal é idénticamente, y que en ellos se hayan tan profundamente arraigado, á no tener un gran fundamento; y es tanto mas necesario admitir que el mismo HECHO quedó impreso en la tradicion primitiva con una fuerza tal que todas las tradiciones sucesivas han conservado su sello sin poderlo borrar.

Sea cual fuere el aspecto bajo el cual consideremos al espíritu humano, es imposible explicar la concordancia universal sobre este punto, mas que por la fuerza de la verdad, y de la verdad elevada á su mas elevada potencia.

Cuanto mas chocante es para la razon humana el misterio del pecado original, cuanto mas se resiste á la imaginacion, cuanto mas oscuro es, mas incomprensible, mas impenetrable, tanto es menos creible el que se haya insinuado naturalmente en el espíritu de todos los hombres, y que el universo entero se haya empeñado en inventarlo y creerlo de una misma manera; porque lo que parece absurdo á un indivíduo, con mayor razon debe parecerlo á dos, á tres, á ciento, porque el *sentido comun* se opone con mas fuerza á su admision.

Si se quiere conceder cuanto es posible á la debilidad del humano espíritu, suponiéndolo accesible á las impresiones mas fantásticas, enhorabuena; pero esto mismo se opone de un modo invencible á la admision universal y permanente de un *mismo error*; porque esta mis-

ma facilidad del espíritu para acogerlo y forjarlo dará bien pronto á este error otro error rival y su heredero. Si un *mismo error* pudiese ser generalmente admitido, seria sin duda aquel que mas se acercase ó asimilase á la verdad, y mas se acomodase á las disposiciones naturales del espíritu humano. *Todos los pueblos han podido hacerse adoradores del sol*, dice muy bien Malebranche: *¿por qué? porque este astro deslumbra generalmente á todos los hombres. Pero si un pueblo insensato ha adorado á los ratones, otro habrá que haya adorado á los gatos*[1].

De cualquiera modo, pues, que consideremos el espíritu humano, ya sea con relacion al sentido comun, que es su expresion, y que rehusa soportar por mucho tiempo y uniformemente el yugo del error, —ya sea con respecto á su disposicion á dejarse engañar ó engañarse á sí mismo, lo cual hace que el error varie segun los tiempos y los lugares, —siempre vendrémos á parar á este resultado: que cuanto mas se aleja una cosa de la verosimilitud, cuanto mas extraña y singular se nos presenta, menos puede prestarse á esa *universalidad* y *perpetuidad*, que es el carácter distintivo de esta creencia; y que desde el momento que lo logra, es precisamente porque en su base y en su fondo tiene un principio de verdad primitiva, tanto mas cierto y mas poderoso, cuanto mayores fueron los obstáculos que le oponen sus propias apariencias de error.

Hemos indicado este argumento desde el principio del presente párrafo, si bien los hechos que justifican su aplicacion irán desenvolviéndose mas y mas en los dos párrafos siguientes, á fin precisamente de que el lector haga por sí mismo esta aplicacion, recogiendo el fruto de ella, á medida que la materia lo traiga consigo. Vamos á ver, en efecto, como avanzan á semejanza de dos líneas paralelas estos dos caractéres cuya combinacion es la mas sólida garantía de verdad que á la razon humana puede ofrecerse, porque mútuamente se fortifican en razon directa de su propia repulsion; á saber, que una misma cosa será á la vez singular y universal, extraña y uniforme, fuera del alcance de la imaginacion y dueña de todos los espíritus; lo cual supone por necesidad una verdad intrínseca, cuyo descubrimiento é inteligencia son cabalmente el fruto y el premio de la fe, que de esta manera tiene materia para ejercitarse en aquello que la misma razon se ve al cabo forzada á reconocer.

Basta ya sobre la *caida* del hombre: volvamos esta antigua me-

[1] *Conversaciones sobre la metafísica*, XIII.

dalla, de curso universal y perpétuo; examinemos su reverso, que es la *rehabilitacion;* pero antes debemos estudiar su leyenda: *Expiacion y sacrificio.*

§ II.

Estudio sobre los sacrificios.

«Entre tantas y tan distintas religiones, ninguna hay que no ha«ya tenido por objeto principal la *expiacion.* El hombre ha reconocido siempre que tenia necesidad de la clemencia [1].»

Aúnque salida de la pluma de Voltaire esta interesante verdad, no es menester agradecérsela; porque en presencia de un hecho tan resplandeciente, aun bajo el punto de vista de su saña, no hacia mas que confesarla con reserva de neutralizar luego todas sus consecuencias, ya dirigiéndose á distinto objeto, ya distrayendo la reflexion sobrecogida del lector. Tal era, en efecto, la marcha de Voltaire: solo decia la verdad incidentalmente, y cuando se desprendia de su pluma por la fuerza de su propio peso, y entonces la decia notablemente bien, porque se revelaba, por decirlo así, ella misma. Despues de esto la abandonaba, la dejaba inculta y sin deducciones, y pasaba otra vez á sus habituales licencias, á la misma manera de esos hijos ilegítimos que sus padres abandonan sin remordimientos, porque los han echado indeliberadamente al mundo. Semejante ligereza no cabe en nuestras actuales costumbres: en el dia, cuando encontramos una verdad, nos detenemos ante ella para interrogarla con escrupuloso cuidado, y deducir de ella todo lo que contenga esencial y relativo á la verdad suprema de nuestros destinos.

Ahora bien, ¿qué es lo que contiene la verdad ante la cual pasa tan ligeramente Voltaire? Contiene nada menos que la demostracion de la verdad del Cristianismo. Vamos á probarlo.

En medio de tan grande diversidad de religiones, una sola cosa es comun á todas ellas, *un objeto de expiacion.* La primera consecuencia de este hecho es que todas las religiones proclaman que el género humano *pecó* contra Dios. Este pecado universal, puesto que así lo acredita la universalidad de la expiacion, debe de ser *original,* porque nada es universal que no sea original. Esta es una consecuencia lógica de la verdad de observacion sentada por Voltaire. Y sino, ¿cómo todos los hombres, en medio de la mas profunda division imagi-

[1] Voltaire, *Essai sur les mœurs*, cap. 120.

nable, hubieran estado conformes en este solo punto, si la fuerza de su conviccion no viniese de lo alto y de su mismo orígen, y si el fin de expiacion á que todos han aspirado no les hubiese sido indicado por los mas poderosos motivos? Grande auxilio presta á esta conclusion el estrecho vínculo que la une á todas las tradiciones tan explícitas que hemos referido acerca de la caida original. Por consiguiente esta primera consecuencia es exacta.

Hé aquí una segunda que no lo es menos: Aspirar á un fin supone tener esperanza de alcanzarlo; aspirar á él con perseverancia y tan universalmente, es tener un fundamento sólido y arraigado para apoyar esta esperanza; de lo cual se sigue que el género humano atestigua unánimemente por el objeto de sus diversas religiones, que ha esperado fuertemente, aunque en confuso, y por consiguiente que ha tenido poderosas razones para esperar una *expiacion* eficaz, y de ella una *rehabilitacion;* porque expiar es rehabilitarse por medio de la pena.

Una tercera consecuencia se desprende, en fin, de la gran verdad de observacion que nos sirve de punto de partida. Es la siguiente: Todas las religiones, como hemos demostrado anteriormente, suponiendo necesariamente, en el seno de su diversidad universal, una religion verdadera de la cual no son mas que alteraciones ó falsificaciones, por el carácter que á todas es comun, han tratado de asimilarse, y han procurado de esta suerte dárnosla á conocer. Siendo, pues, la *expiacion* este carácter comun, se infiere que la religion verdadera, la religion por excelencia, debe ser aquella que haya satisfecho mas cumplidamente el objeto de la expiacion, y que en consecuencia haya alcanzado por este medio la rehabilitacion del género humano; la que mejor haya correspondido á la doble idea de la caida por el pecado y de la rehabilitacion por el dolor, y que haya resuelto el gran problema que tenia divididos el cielo y la tierra, presentando entre todas las formas de expiacion la *única* conforme á la miseria del hombre culpable y á la grandeza del Dios ofendido. Con esto he nombrado ya la Religion de Jesucristo.

Véase cómo desde unas palabras de Voltaire hemos llegado por medio de tres deducciones al término de la verdad religiosa. Era una puerta entreabierta que solo hemos tenido que empujar para introducirnos en los mismos cimientos del Cristianismo.

Pero de esta primera consideracion sobre el conjunto, pasemos á otra que nos conduzca al mismo resultado con mas detalles.

En todas las religiones hay algo no menos constante y universal que el *objeto* de la expiacion, y es su *medio*.

Este medio lo constituyen los *sacrificios*.

Para abrazar toda la extension de esta importante parte de nuestro estudio, estableceremos desde luego el hecho del uso de los sacrificios y sus caractéres, y luego despues indagarémos su orígen.

I. En nuestros dias solo hay un sacrificio en todo el mundo civilizado. Es el sacrificio místico de Jesucristo, que se celebra en todos los altares del Catolicismo, ó mas bien la continuacion del gran sacrificio que tuvo lugar hace diez y ocho siglos en Jerusalen, sobre el Calvario, y al cual todos los Cristianos se unen espiritualmente por la fe.

Antiguamente cada religion, cada pueblo, cada familia y hasta cada indivíduo tenian sus sacrificios. Por esto en todos los períodos históricos del género humano, por muy léjos que nuestra vista alcance, encontramos siempre, en todos los pueblos, y aun hoy mismo en las naciones idólatras, á la humanidad aquejada por la necesidad universal de la expiacion, y de la expiacion por medio de sacrificios sangrientos. En todas partes el hombre ha atormentado víctimas al pié de un altar, en todas partes ha tratado de apaciguar la cólera celeste por medio de inmolaciones. En todos tiempos, en las ciudades como en medio de las selvas, en la infancia de las sociedades como en su caducidad, se ha creido que la sangre derramada tenia virtud purificante y era capaz de reconciliar la tierra con el cielo. La del hombre sobre todo ha sido tenida por la mas propicia; y si la piedad ha desviado muchas veces el acero de su pecho, no ha podido impedir en compensacion que se hundiera en las entrañas de los animales que tiene mas inmediatos. Escribiendo Plinio á Trajano sobre el número de cristianos, decia que desde que su doctrina habia progresado, los mercados públicos estaban henchidos de víctimas que nadie queria comprar. Esta observacion nos enseña que uno de los mas importantes comercios entre los antiguos era el de las víctimas: ¡tan continua era su necesidad!

«Ninguna necesidad hay de probar, escribe un sábio inglés que «habia estudiado muy particularmente el orígen de los usos de la «Inglaterra, que la práctica de inmolar víctimas expiatorias ha sido «en uno ú otro tiempo admitida por todos los pueblos de la tierra, y «que ha estado igualmente en uso en las naciones mas bárbaras lo «mismo que en las mas civilizadas... El salvaje idólatra del Nuevo

«Mundo, y el sectario civilizado del antiguo politeismo, creen igual-«mente que sin la efusion de sangre no pueden ser perdonados los «pecados. No habiéndose creido siempre suficiente la vida de los ani-«males para borrar la mancha del crímen y apaciguar la cólera del «cielo, con frecuencia se pedia la muerte de una víctima mas noble, «y los altares del paganismo eran regados con torrentes de sangre «humana [1].»

Insistimos en la exposicion de este grande hecho, porque creemos que el hábito de oir hablar de él ha debilitado nuestra atencion en su punto, y por consiguiente no le concedemos toda la importancia de que es merecedor.

¿No es en verdad una cosa muy digna de observacion que un uso tan extravagante, tan singular, como el de pretender apaciguar á la Divinidad con sangre, haya sido tan universal y tan constante? Que esta idea ridícula y salvaje se haya arraigado en algun pueblo bárbaro ó en algun remoto rincon del mundo, se concibe bien; pero que todos los pueblos unánimemente lo hayan practicado, que sea este el primer hecho que observemos siempre y en todas partes, que todo lo llene, que hoy mismo el universo entero esté, hasta cierto punto, á él subordinado, en una palabra, que nada exista tan universal y tan constante, es efectivamente podigioso, y exige una explicacion proporcionada á su importancia. Hay aquí un objeto digno de estudio: apelamos á todo hombre reflexivo.

El filósofo Charron, cuyo talento habia sido vivamente excitado por este objeto, sentaba así el problema: — «Todas las religiones «convienen en creer que el principal y mas grato obsequio que se «puede hacer á la Divinidad, y el mas poderoso medio de aplacarla «y de hacerse digno de su gracia, es el mortificarse. Fíjese la con-«sideracion en el mundo, en todas sus religiones, hasta en las nue-«vas que diariamente se erigen, jamás verá la humanidad el fin de «las invenciones de nuevos medios de castigarse. Esta opinion es la «fundamental de los sacrificios, que fueron generales en el mundo «antes de la aparicion del Cristianismo, y que se ejecutaron no solo «sobre animales inocentes, que eran inmolados con efusion de su «sangre, como un presente agradable á la Divinidad, sino tambien «(¡OH COLMO DE LA EMBRIAGUEZ DEL GÉNERO HUMANO!) sobre tiernos «é inocentes niños y sobre hombres formados... Costumbre devota-«mente practicada por todas las naciones... ¡Qué enajenacion de en-

[1] Faber, *Horæ mosaicæ*.

«tendimiento, creer que Dios puede complacerse en la inhumanidad, «retribuir á la bondad divina con la afliccion de sus criaturas, y sa«tisfacer á su justicia por medio de la crueldad!... Justicia ávida de «sangre inocente, obtenida y dispensada á costa de tantos dolores y «tormentos!—¿De dónde puede proceder esta opinion y creencia, «de que Dios se complace en el tormento y destruccion de sus obras «y de la naturaleza humana [1]?»

Este pasaje de Charron hace honor á su talento filosófico. En él se rebela justamente contra las aberraciones del espíritu humano en el uso de los sacrificios; pero á pesar de este movimiento natural que le arrebata, se detiene ante la consideracion de que este uso es tan universal é inveterado en el género humano, que merece que se le examine desde su orígen. No procura, sin embargo, resolver esta cuestion, y en parte no es extraño. Acontece al espíritu humano en su marcha general lo que al de cada hombre en particular: sus ojos no se abren sino lentamente á ciertas cosas, porque su atencion se halla desviada de ellas, y porque el hábito de juzgar por las creencias ajenas y de seguir la corriente de las ideas recibidas no le da tiempo para detenerse ante un objeto y examinarle atentamente y con independencia. Nuestro siglo, entre tantas cosas malas, tiene una buena, á saber, que para él no existen, propiamente hablando, ideas recibidas, y está todo por hacer; de manera que el espíritu de investigacion puede libremente remontarse á los orígenes de las cosas, y hasta es impelido á ello por el vacío de todo lo que le rodea. Unido á esto un apreciable fondo de buena fe, no puede dejar de hacerle descubrir la verdad mas radicalmente que antes, y asegurarse sobre mas anchas y sólidas bases. El objeto presente de nuestros estudios es uno de los que han ejercitado mas ámpliamente esta disposicion actual de los espíritus, y uno de los primeros resultados que ha producido la atencion atraida por su importancia ha sido completar los datos del problema, y hacer conocer mejor la posibilidad de su resolucion.

Es admirable que todas las religiones hayan tenido por principal objeto *la expiacion*, y lo es mas aun que en todos los pueblos, para alcanzarla, se hayan valido de medios idénticos: *los sacrificios*. Pero lo que pone el colmo á la singularidad de este fenómeno, y supone una ley oculta, una gran verdad contenida en este uso, es que las formas y condiciones del sacrificio hayan sido invariablemente las

[1] Charron, *De la sagesse*, lib. II, cap. 5.

mismas en todas las partes, y que esta identidad se encuentre precisamente en lo que tienen de menos imaginable bajo el punto de vista de la sola razon.

Cinco principales condiciones se han observado siempre en los sacrificios : — Primera, que la víctima fuese distinta del culpable y pagase por él ; — segunda, que esta víctima fuese, en lo posible, real ó simbólicamente inocente ; — tercera, que fuese ó se aproximase á humana, siendo hasta el punto que podia permitirlo la piedad natural, con frecuencia víctimas humanas, animales *domésticos* siempre, jamás bestias salvajes ; — cuarta, que el sacrificio fuese sangriento, y que se debiese su eficacia al derramamiento de sangre ; — quinta y última, que parte de la víctima la consumiese el fuego, y parte la comiesen los sacrificadores y el pueblo. — Estos eran los caractéres de los sacrificios, cási invariables en todo el universo.

Yo añado, que estos caractéres rechazan completamente la idea de que semejante uso pueda proceder de la casualidad ó de la invencion del entendimiento humano abandonado á sus propias concepciones, y que envuelven en sí un principio superior que es preciso encontrar.

En efecto, jamás la casualidad ha producido nada universal y uniforme. En punto á aberraciones y extravagancias, el entendimiento humano es siempre esencialmente múltiplo y variable ; ó bien, cuando establece alguna costumbre ajustada á la razon y al buen sentido, no se complace en contrariarla abiertamente. ¿ Hay, sin embargo, algo mas contrario á las prescripciones de la razon, que todas esas condiciones de los sacrificios? Efectivamente, si la razon hubiese sido consultada, hubiera querido el castigo para el culpable, y nunca hubiera imaginado que los sufrimientos de un tercero habian de poder aprovecharle ; á lo menos hubiera exigido que la víctima mereciese su infortunio, y no que fuese cabalmente la mas digna de interés y de piedad, como una paloma, un cordero, un niño, una jóven, en fin, la mas pura, la mas noble, la mas acreedora á una larga vida. La razon no concibe el privilegio de la sangre derramada, ni de esos banquetes religiosos en que se comian los restos de la víctima. Así es que los sacrificios no pueden explicarse ni por la casualidad, ni por la locura, ni por la razon ; y cuando decimos que no pueden explicarse, entendemos en su primitiva institucion, y no en sus aberraciones.

Aquí, sin embargo, está la dificultad. — Se ha dicho que la idea

de un *siglo* es siempre digna de respeto, y que por mas depravado que haya sido un siglo, no debe jamás echársele una completa maldicion. Si esto puede decirse de un solo siglo, ¿qué no podrémos decir de todos los siglos juntos y del género humano entero? Es, pues, de creer que no todo es reprobable en los sacrificios, y que en el fondo de esta institucion universal se halla alguna gran justificacion, alguna gran verdad. Cuanto mas inconcebible parece esto á la razon individual, tanto menos se comprende que toda la humanidad haya adoptado con entusiasmo una práctica tan extraña sin ser originariamente excitada por algun poderoso motivo.

Pero ¿qué motivo puede ser este? Ya hemos llegado al enigma y al momento de descifrarlo.

II. Cualquiera uso que sea *universal,* hemos dicho, es tambien *originario,* sobre todo cuando no se ofrece naturalmente al entendimiento, porque no se concibe, que en el estado de division y dispersion en que se han hallado los hombres pudieran ponerse de acuerdo sobre una costumbre semejante; y es necesario subir á las edades en que todos constituian una sola familia para encontrar el orígen de lo que han conservado de comun. No es la casualidad ni un ciego instinto, sino la unidad primitiva de la religion, y la unidad de su orígen lo que produjo este efecto. Todo el mundo ha estado bien instruido desde su principio en sus padres y en sus progenitores. La verdad es anterior á la mentira, puesto que la mentira no es mas que la verdad alterada; todo error supone, pues, una verdad, y un error universal una gran verdad primitiva y originaria. Esto nos trae á la memoria las palabras ya citadas del profundo Aristóteles: — «Si quie-«res descubrir con certeza la verdad, separa con cuidado lo que ten-«ga de *primitivo,* y fíjate en ello. Este es, en efecto, un dogma pa-«ternal, un dogma divino [1].»

Por consiguiente, si indagamos lo que tiene de *primitivo* esta verdad, podemos con seguridad fijarnos en las tradiciones de Moisés tan abundantemente comprobadas por su maravillosa conformidad con la naturaleza física y moral, y de las cuales puede decirse: *Hoc est paternum dogma: divine profecto dictum.*

Estas tradiciones, aun bajo este aspecto, se recomiendan á nuestra investigacion por un motivo particular.

El culto á un solo Dios espiritual y santo, el *teismo* precedió siem-

[1] *Si quis ipsum solum* primum *separando accipiat: hoc est enim paternum dogma: divine profecto dictum putabit.* (Arist., *Metaphys.*, t. XII, cap. 8).

pre al *politeismo* en todas las naciones. Es un hecho constante, y es, para decirlo así, su parte *primitiva*. Este culto solo fue conservado por los judíos y extinguido en todo el resto de la tierra. La separacion de lo que tiene de *primitivo* se halla entre ellos enteramente ejecutada; y como los sacrificios formaron siempre parte de aquel culto, debemos creer que en él encontrarémos su verdadero tipo. Su fidelidad en conservar el culto de Dios es una garantía segura de la conservacion de la verdad sobre el motivo de los sacrificios, que constituyeron siempre una de esas partes. Hay no obstante en él una cosa notable, y es, que los judíos aislados del resto de las demás naciones, hasta en la idea de la Divinidad, participaron del uso de los sacrificios; lo cual prueba de una manera evidente, que este uso estaba fuertemente adherido al culto de la Divinidad, y era esencialmente primitivo, como lo observamos tambien en los mas antiguos relatos de este pueblo, el mas antiguo de todos los pueblos.

Á este punto, pues, nos aconseja la razon que dirijamos nuestras investigaciones; y si llegamos á averiguar el orígen del uso de los sacrificios entre los judíos, tendrémos ya la clave de esta costumbre en todos los demás pueblos, y solo nos faltará examinar de qué manera pudieron estos adulterar su práctica y significado.

Fijémonos, pues, primeramente en el pueblo judío, é interroguémosle sobre el motivo de sus sacrificios.

Uno de sus mas grandes profetas, Daniel, nos lo explica con claridad: «Despues de sesenta y dos semanas, —dice en su célebre pro«fecía sobre el advenimiento de aquel MESÍAS que ya habia sido es«perado por las primeras generaciones, —EL CRISTO SERÁ MUERTO... «Y LAS VÍCTIMAS Y LOS SACRIFICIOS SERÁN ABOLIDOS [1].»

Por la circunstancia de la abolicion de los sacrificios descubrimos el motivo de su institucion.

Es evidente, en efecto, que si el sacrificio del Cristo debia poner término á todos los demás sacrificios, estos reconocian por objeto y por *motivo* á Jesucristo.

Tal es, ciertamente, la razon fundamental y primitiva de los sacrificios. Desde el momento de la caida del género humano le fue anunciado un Libertador que vendria á santificar todas las naciones, borraria el pecado de que la humanidad era víctima, y le abriria una fuente de expiacion por medio de sus sufrimientos y su muerte. Para fijar en el entendimiento la idea de esta futura redencion y anti-

[1] Dan. IX.

cipar sus efectos, el mismo autor de la promesa, es decir, Dios, que no queria recibir las súplicas del hombre culpable, sino por el conducto de un mediador, estableció una institucion conmemorativa. Tal es el orígen de los sacrificios. Estos no debieron ser sino símbolos y figura del sacrificio del Mesías, y en consecuencia cesar, desde el momento en que este fuese consumado, para ser reemplazados por otra especie de *memorial* destinado á recordar ó mas bien á perpetuar este sacrificio ya consumado. Nos referimos al sacramento de la Eucaristía, que es continuacion del sacrificio de Jesucristo, del mismo modo que los de la antigüedad eran su símbolo y figura.

Sobre este cimiento descansa la teoría de los sacrificios. Abundan las razones y autoridades para elevar esta explicacion al mas alto punto de certidumbre y de evidencia.

«La universalidad de los ritos de los sacrificios, dice el erudito «Faber, excita naturalmente á indagar el orígen de donde podria «haber nacido una costumbre que tan difícilmente se explica, cuando «solo consultamos los principios de la razon natural; y nos hallamos «cási involuntariamente conducidos á consultar la historia inspirada «como la sola verosímilmente capaz de darnos cuenta de su orígen y «significacion de una manera satisfactoria.—Cuando el Dios todo-«poderoso tuvo por conveniente revelar el misericordioso designio «que habia concebido de redimir, por medio de la sangre del Mesías, «al género humano entonces perdido, tenia indudablemente una ele-«vada importancia la institucion de algun signo visible, de alguna «representacion externa, por cuyo medio pudiera ser proféticamente «representado á toda la posteridad de Adan el misterioso sacrificio «del Calvario. Con esta mira se buscaba solícitamente una víctima «pura y sin mancha, el primogénito del rebaño, y despues de de-«gollada, se la destinaba al solemne sacrificio de ser quemada sobre «el altar de Jehovah. Cuando esta primitiva ley fue renovada bajo el «sacerdocio de Leví, debieron observarse además dos circunstancias «muy particulares: *que la víctima fuese un primogénito, y que la obla-«cion se hiciese por medio del fuego.*—Es notable el que estas dos cos-«tumbres fuesen fielmente conservadas por el mundo pagano. Home-«ro enseña que entre sus conciudadanos era muy comun el ofrecer «por toda hecatombe un cordero *primogénito* [1]. Los antiguos godos «habian admitido como principio que *el derramamiento de la sangre «de los animales apaciguaba la cólera de los dioses, y que su justicia*

[1] *Iliada*, canto IV, *v.* 202.

«*dirigia contra las víctimas los golpes destinados á los hombres*[1]. Fue-«ron todavía mas allá, y hasta inmolaron víctimas humanas que con-«sumia en seguida el fuego sagrado, mientras que la sangre, en con-«formidad de las ordenanzas de Leví, se esparcia parte sobre los con-«currentes, y parte sobre los árboles del bosque sagrado. Los mis-«mos habitantes de América tenian costumbres parecidas, fundán-«dose en idénticos motivos; y la primitiva intencion que las habia «introducido era bien conocida de los misteriosos sacrificadores de «Britain, los cuales proclamaban unánimemente *que á no ser que la «mancha de nuestra culpable raza se lavase con sangre humana, jamás «se apaciguaria la cólera de los dioses inmortales.*—¿De dónde podia «proceder esta práctica universal, sino del conocimiento antiguo y «profundo de una depravacion moral? ¿De dónde podia venir mas «que de alguna tradicion alterada del verdadero sacrificio que debia «ofrecerse por los pecados de todos los hombres[2]?»

Luego verémos de qué manera se adulteró esta tradicion fuera del pueblo judío; pero fijándonos otra vez en él, observarémos que jamás penetró en sus ritos la horrible costumbre de los sacrificios humanos, pues se hallaba enérgicamente proscrita por las siguientes palabras del Levítico: «No entregarás tus hijos para que sean con-«sagrados al ídolo de Moloch... No os amancilleis con estas abomi-«naciones con que se han contaminado todas las gentes, á las que yo «expeleré ante vuestra presencia para castigarlas de estos críme-«nes, etc.[3].» El motivo de esta exclusion de los sacrificios humanos, observado *solamente* entre los judíos, es que entre ellos se habia conservado el verdadero espíritu de la institucion de los sacrificios, el cual se reducia á representar en *figura* el solo sacrificio venidero del Mesías, á cuyo efecto bastaban los simples animales. De aquí es, que á pesar de prescribir la inmolacion de estos animales, la Divinidad los rechaza á veces con estas palabras: *¿Qué tengo yo que hacer con la multitud de vuestras víctimas?* Ya estoy harto de ellas; contradiccion que solo se explica conviniendo en que las víctimas no eran mas que emblemas, y que solamente en este sentido habian podido ser gratas á Dios, que las rechazaba desde que los judíos carnales les atribuian

[1] *Mallet's Nort. antiq.*, t. I, cap. 7.

[2] Faber, *Horæ mosaicæ*.

[3] *Levit.* XVIII.—El sacrificio de Isaac, como es sabido, no se consumó; fue una prueba, y además una *figura* del verdadero sacrificio de otro descendiente de Abrahan.

una eficacia propia; lo cual hizo decir á Pascal: «Si los sacrificios «son una realidad, es preciso que gusten á Dios, y que nunca le «disgusten; si son símbolos, deben á la vez gustarle y disgustarle: «es así que, segun la Escritura, le gustan y le disgustan, luego no «son mas que símbolos [1].»

Si los sacrificios hubiesen sido una *realidad*, hubieran logrado su objeto, que era la redencion del linaje humano; es así que solo por medio del Mesías se consiguió este resultado, luego el Mesías era la verdadera víctima que se traslucia al través de la inmolacion de las restantes. Cien pasajes nos lo representan en este sentido: «Le vi-«mos... dice Isaías, despreciado y el postrero de los hombres, varon «de dolores, y que sabe de trabajos. — En verdad tomó sobre sí nues-«tras enfermedades, y cargó con nuestros dolores... Fue llagado por «nuestras iniquidades, quebrantado fue por nuestros pecados: el «castigo para nuestra paz fué sobre él, y con sus cardenales fuimos «sanados... Se ofreció porque él mismo lo quiso, y no abrió su bo-«ca: como oveja será llevado al matadero, y como cordero delante «del que lo trasquila enmudecerá, y no abrirá su boca... Fue cor-«tado de la tierra de los vivientes: por la maldad de su pueblo fue «herido [2].» Estas palabras no pueden tener aplicacion mas que al Mesías, porque no se encuentra ninguna otra víctima humana en toda la historia del pueblo judío.

Esta verdad fue brillantemente ilustrada en el mismo orígen del Cristianismo por san Pablo en su epístola á los hebreos. Este Apóstol, tan profundamente versado en el conocimiento de las doctrinas hebráicas, que habia aprendido antes de su conversion en la escuela de Gamaliel, se dedica en esta célebre epístola á ilustrar á los judíos y volverlos al espíritu de la ley mosáica sobre los sacrificios, cuyo ceremonial les explica por sus relaciones con el Mesías, y despues les presenta el siguiente argumento, lleno de esa vehemente razon que resplandece en todos los escritos de aquel hombre inspirado: — «No «teniendo la ley mas que la *sombra* de los bienes venideros, nunca «podia por aquellas mismas víctimas que se ofrecen sin cesar cada «año hacer justos y perfectos á los que se llegan al altar. De otra ma-«nera hubieran cesado de ofrecerse; porque no se tendrian por pe-«cadores de allí adelante los que una vez habian sido purificados. «Mas en los mismos sacrificios se hace memoria de los pecados cada

[1] Pascal, *Pensées*, parte II, art. 9.
[2] Isai. LIII, 3 et seq.

«año. Porque es imposible que con sangre de toros y de machos de «cabrío se quiten los pecados. Por lo cual, entrando en el mundo el «Hijo de Dios, dice: *No quisiste sacrificio y ofrenda, Dios mio, sino «que me apropiaste un cuerpo* (que me hace capaz de ser víctima yo «mismo), *y entonces he dicho*: HÉME AQUÍ QUE VENGO, *segun está es-«crito en el principio del libro, para hacer, ó Dios, tu voluntad.* Y «abolió los primeros sacrificios para establecer el segundo, y en esta «voluntad de Dios somos santificados por la oblacion del cuerpo de «Jesucristo, hecha una sola vez [1].» —Esto nos conduce de nuevo al pasaje de Daniel que nos sirvió de punto de partida. EL CRISTO SERÁ MUERTO... Y LAS VÍCTIMAS Y LOS SACRIFICIOS SERÁN ABOLIDOS... como figuras y sombras de lo que él es realidad.

Pero levantemos todavía mas nuestra consideracion, y procuremos demostrar por un estudio comparativo entre los caractéres que presenten el sacrificio de Jesucristo y las condiciones que se exigian en los sacrificios antiguos, ya que estos no tenian mas objeto que delinearlo y prefigurarlo. Estudiemos este importante asunto bajo su aspecto mas filosófico.

El Redentor del linaje humano debia ser víctima *santa, sustituta, sangrienta* y *alimento* de una nueva vida para la humanidad. Vamos á examinar sucesivamente la nueva cuestion bajo estos cuatro puntos de vista:

1.º El linaje humano habia pecado contra Dios en el primer hombre, y no podia rehabilitarse sino redimiendo su falta por medio de la expiacion. Mas para que la expiacion fuese bastante eficaz para expiar la falta, era necesario que la igualase. La falta era proporcionada á la justicia que habia sido violada; y como esta justicia era infinita, la falta era infinita, y la expiacion debia serlo tambien [2]. Siendo el hombre finito por naturaleza y habiendo venido á serlo aun mas por el pecado, no podia encontrar en sí mismo la expiacion reclamada por la justicia, que le perseguia y que no podia abdicarse á sí misma sin dejar de ser infinita, y por consiguiente divina. Habria sido necesario que el hombre pudiera convertirse en Dios, y que en este estado se hubiese sacrificado á su justicia. Pero esto hubiera sido

[1] Hebr. x.

[2] Todas las veces que en estas materias usamos las pablabras *deber, ser necesario*, etc., que encierran una idea de *necesidad*, no entendemos hablar de una necesidad absoluta y forzosa, sino de una *necesidad relativa y de conveniencia*. Suplicamos al lector que lo tenga presente.

un prodigio semejante al que plugo á Dios obrar para la salvacion del género humano, anunciándole desde su caida un libertador que saldria de su raza, y al que se uniria la naturaleza divina para hacer de él una víctima capaz de igualar la expiacion á la falta. Para rescatar el linaje humano debió ser Jesucristo una víctima infinita, *víctima* como hombre, *infinita* como Dios: primer carácter del sacrificio al cual estaba vinculada la salvacion de la humanidad. —Á este primer carácter corresponde la primera condicion de los antiguos sacrificios de ofrecer una víctima de las mas preciosas y mas simbólicamente próximas á la infinita santidad de Dios. Esta exigencia de la ley de los sacrificios se nos presenta ya en los primeros de que habla la historia: los sacrificios de Cain y de Abel. Cain, agricultor, ofreció á Dios *frutos de la tierra:* Abel, pastor, ofrece los *primogénitos mas gordos de su rebaño. Y el Señor,* prosigue el Génesis, *miró con benignidad á Abel y sus presentes; pero no hizo lo mismo con Cain ni con lo que este habia ofrecido.* —¿De dónde proviene semejante diferencia? —Un Padre de la Iglesia, san Clemente, dice: *que Cain habia pecado en la eleccion de la ofrenda.* —Sin embargo, esta estaba en relacion con su oficio de labrador, de la misma manera que la de Abel con el suyo de pastor: ¿el valor de la ofrenda no era, pues, relativamente el mismo? —Segun un sábio intérprete del Génesis, «nada «se encuentra en los sacrificios que Cain ofreció por donde se pueda «conjeturar que se consideraba á sí mismo como pecador, como con«denado á la muerte, y como necesitando de una víctima que ocu«pase su lugar en la presencia divina y que fuese sacrificada por él. «La ofrenda de Cain se aviene bien con el estado de hombre inocen«te; las primicias de los frutos de la tierra son testimonios de gratitud «y pruebas de que el hombre considera á Dios como autor de los bie«nes temporales; pero nada en ellos da idea de un mediador, nada «nos lo trae á la memoria: *Factum est... ut offerret Cain de fructibus «terræ...* Aconteció que... Cain ofreciese de los frutos de la tierra [1].» Desde entonces todos los sacrificios de que nos habla la historia presentan víctimas inmoladas, y siempre escogidas entre lo que hay de mas puro. « Y edificó Noé un altar al Señor; y tomando de todos los «animales y aves *limpias*, ofreció holocaustos sobre el altar. Y reci-

[1] *Explicacion del Génesis,* Paris, 1732, t. II, pág. 10.—La complacencia con que el autor del *Génesis* insiste sobre el donativo de Abel manifiesta bien claramente que de él procedia la diferencia. «Abel ofreció asimismo de los «primogénitos de su ganado *y de las grosuras de ellos.*»

«bió el Señor este sacrificio como olor de suavidad, etc., etc.» Encontramos tambien, como hemos visto ya, esta primera condicion de los sacrificios fuera de la nacion judía en todos los pueblos paganos; y á este propósito dice el buen Rollin en su *Tratado de los estudios*: «Es necesario hacer observar á la juventud que todos los pueblos es«tán acordes en hacer consistir el fondo del culto público y la esen«cia de la religion en los sacrificios, sin comprender la razon, ni el «fin, ni la institucion, que no es natural y que no pudo ser produ«cida por el solo espíritu humano; y que esta uniformidad tan cons«tante en una cosa tan especial, no pudo haber tomado orígen sino «en la familia de Noé, cuyos descendientes al dispersarse llevaron «consigo la forma con que, segun habian aprendido, queria Dios ser «adorado[1].»

2.° Hemos dicho que el segundo carácter del sacrificio del Mesías era que la víctima habia de ser *sustituida* al linaje humano culpable, derramando sobre él los méritos de su sacrificio. — Á primera vista parece esta *sustitucion* injusta: todos los dias decimos que no es justo que el inocente pague por el culpable, y este era uno de los rasgos mas repugnantes de los antiguos sacrificios, sobre todo cuando estas víctimas eran víctimas humanas. Pero fuera de que este carácter odioso desaparece para ser reemplazado por la mas tierna manifestacion del amor en el sacrificio del Calvario, porque la víctima es en él *necesaria* y *voluntaria* á la vez, llamará vivamente nuestra atencion la armonía de semejante circunstancia con el estado anterior de la naturaleza humana, si queremos estudiarlo á fondo.

Por misteriosa que sea su causa, el hecho es, que todo el género humano padeció por el pecado de uno solo: ¿no era, pues, maravillosamente conforme á este primer misterio el que uno solo padeciese por lo que se habia convertido en pecado de todo el género humano? Y si en cada uno de estos dos misterios hay una injusticia aparente, ¿no se neutralizan recíprocamente ambas injusticias para producir á su vez la mas perfecta combinacion de justicia y de amor, sobre todo si se observa que el que se hizo víctima de la segunda injusticia seria, en esta falsa suposicion, el autor mismo de la primera, oponiendo de esta suerte un prodigio de amor á un prodigio de justicia, y que debia ser igualmente infinito, igualmente Dios en uno y otro prodigio, y sobre todo en la reunion de entrambos?

Pero bajo un punto de vista mas natural y mas humano, este ca-

[1] TRAITÉ DES ÉTUDES.—*De la lecture d'Homère.*

rácter del sacrificio del Hombre-Dios participa eminentemente de la naturaleza *social* de la humanidad, á la cual imprimió tambien por este medio una nueva vida.

En efecto:

Toda la sociedad del género humano descansa sobre los dos respectos de *solidaridad* y de *reversibilidad* como sobre sus dos polos. Bajo el punto de vista de detalle, indudablemente las faltas y los méritos son personales, y es necesario que suceda así; pero bajo el punto de vista de conjunto y de generalidad las faltas son solidarias y los méritos reversibles. Todo lo que ha pretendido constituir sociedad, en pequeño ó en grande, desde las familias hasta los imperios, no ha podido vivir sino por medio del ejercicio de estas relaciones; y la asociacion se disolveria el dia en que tales relaciones se quebrantasen; porque la sociedad es un ser esencialmente colectivo, en que los hombres dejan de ser indivíduos para convertirse en miembros, y en que todos responden mútuamente unos de otros, cada uno vive la vida de todos, y todos se resienten é interesan en la vida de cada uno. Estos principios, que parecen extraños en teoría, son muy usuales en el terreno de los hechos, han funcionado instintivamente siempre y por todas partes en el campo social como esos órganos intestinales, cuyo movimiento puramente natural é involuntario sostiene de una manera ignorada el fenómeno de nuestra existencia. Á la intensidad de su accion debieron Esparta y Roma la fuerza, que las hizo tan poderosas y temibles. El espíritu de familia, de corporacion, de raza, de patria, de humanidad, no es mas que este principio, que ha sido como fuente y orígen de todos los sacrificios extraordinarios y de todas las grandes personificaciones. Él fue el que decidió á Codro á morir por su pueblo, el que inspiró á Curcio el arrojarse á un abismo, y á Decio el exponerse á los mortíferos tiros de los enemigos de su patria. Él fue, en fin, el que hizo decir al soberano de una nacion de treinta millones de habitantes esta palabra bella en cierto sentido: *El Estado soy yo*, y el que dictó á la pluma de Terencio este bellísimo verso:

Homo sum: nihil humani à me esse alienum puto.

El gran defecto de la sociedad antigua consiste en haber concentrado con exageracion este principio en las simples familias ó naciones con exclusion y en hostilidad con todo el resto de la tierra. La mayor maravilla del Cristianismo, es haberlo elevado á su mas alto grado de verdad, de fecundidad y poder, aplicándolo al género hu-

mano todo entero, y enlazando á todos los hombres con el doble vínculo de la *solidaridad* y de la *reversibilidad*, el uno en Adan, el otro en Jesucristo; de tal suerte, que concentrándose todo en estas dos grandes personificaciones, de las cuales todo procede, ó por via de culpabilidad, ó por via de expiacion, puede decirse que todos pecamos en Adan y que todos merecemos en Jesucristo, y que así como Adan es el compendio del mundo caido, Jesucristo es el compendio del mundo regenerado, pudiendo cada uno de los dos decir, aunque en sentido opuesto: *El género humano soy yo.* Esto era lo que hacia decir á san Pablo *que todo debia restaurarse en Jesucristo*, y á este le hacia exclamar en profecía: *cuando estaré levantado en cruz, todo lo atraeré hácia mí.*

Esto no quiere decir que segun esta divina teología dejen de existir las faltas y los méritos personales, sino que gravitan y son atraidos, por decirlo así, hácia la gran falta original y al gran mérito divino, como los satélites al rededor de su planeta, del cual participan mas ó menos, segun el uso de su libertad.

Estos grandes principios verdaderamente *religiosos*, pues que unen á todos los hombres en una sola familia, para ligarla en seguida, por medio de un solo Mediador, á un solo Dios, habian desaparecido de la institucion de los sacrificios antiguos, y no volvieron á parecer y brillar en el mundo hasta el supremo sacrificio, del cual todos los demás no eran mas que figuras, el sacrificio de Jesucristo [1].

[1] En los ritos de la ley mosáica encontramos esta *sustitucion* enérgicamente representada en la simbolizacion del *macho de cabrío emisario*, que solo tenia lugar una vez al año en la *fiesta de las expiaciones*. El pueblo ofrecia dos machos de cabrío, que debian ser las víctimas de sus iniquidades y ocupar su lugar. Elegíase por suerte uno de los dos, se le inmolaba, y el otro se reservaba para servir á la venganza de Dios y echarlo al desierto. El soberano pontífice, despues de haber depositado la sangre del primero en la *Sancta Sanctorum*, ponia las manos en nombre de todo el pueblo sobre el segundo, llamado *macho de cabrío emisario*, y teniéndolas extendidas sobre la cabeza del animal, confesaba públicamente todas las iniquidades de Israel, pedia á Dios que las imputase á la víctima consagrada á su justicia, entregaba el macho de cabrío á un hombre preparado para este ministerio, que lo conducia á cierta distancia, y lo dejaba en el desierto, donde su destino era un misterio entre la víctima y Dios.—Estos dos machos de cabrío representaban dos caractéres de una sola y misma víctima, la *sustitucion*, de que acabamos de hablar, y el privilegio de la *sangre*, de que tratarémos en breve.—¿Quién puede dudar de que esta víctima, así representada, no sea la de quien decia Isaías en tono profético: «Tomó sobre sí nuestras enfermedades, y cargó con nuestros dolores... le vimos «como un leproso, como un hombre herido por Dios y humillado. El castigo

3.° La víctima debia ser *sangrienta*. — Esta condicion, tan esencial en todos los sacrificios de todo el universo, es tambien inexplicable de otra manera que como emblema del sacrificio de Jesucristo, en el cual encuentra una significacion real y profunda.

Todos somos hijos de Adan, y por solo este título participamos del pecado original. Pero somos hijos del primer hombre solamente segun la carne, y no segun el espíritu. Nuestras almas proceden inmediatamente de Dios, mientras que nuestros cuerpos no son mas que una propagacion de la carne de Adan; de modo que decian una gran verdad los pueblos de América cuando llamaban á la primera mujer *la madre de nuestra carne*. Esta carne nos es transmitida en el estado en que se hallaba á consecuencia del pecado original, estado de rebeldía y de desórden, que hacia exclamar á David: *Mi madre me concibió en pecado*. Nuestras almas al unirse con ella se contaminan con la mancha original, y entran en el cuerpo *como en un sepulcro*, segun la expresion de un antiguo. Por esto decia Ciceron, que sin duda *para expiar algun gran crímen en una vida anterior, sucede á nuestras almas en union con nuestros cuerpos lo que sucederia á cuerpos vivos que se les atase cara á cara con cuerpos muertos*. De aquí tambien aquella exclamacion de san Pablo: *¿Quién me libertará de este cuerpo mortal?* De manera que por medio de esta carne de Adan se comunican y contraen ese ofuscamiento de nuestra razon, esa depravacion de nuestra voluntad, que nos tienen sujetos al mal desde la infancia, y de ella se levantan esos vapores y esos fuegos de concupiscencia que nos ciegan y consumen. ¿Cómo se verifica esto?... No lo sabemos: es un misterio; pero misterio que lo es tanto de naturaleza como de religion: misterio de la solidaridad de nuestra alma con nuestro cuerpo. ¿Cómo es, por ejemplo, que aquella participa tan á menudo de los desórdenes de este, aun al través de muchas generaciones, y que á veces un buen talento se halle de repente debilitado y aun eclipsado por un vicio hereditario que no está sino en la sangre [1]? Cuando Adan pe-

«que debia traernos la paz cayó sobre él. El Señor cargó sobre él las iniquida-«des de todos nosotros, etc.?»

[1] «Desde Hipócrates hasta nuestros dias, dice un célebre médico, han re-«conocido en nosotros todos los médicos esta funesta prerogativa de que nos «sean transmitidos como una herencia penal los excesos de nuestros abuelos. «La dificultad, ó mejor la imposibilidad de poder dar una explicacion que sa-«tisfaga de las enfermedades hereditarias, mas de una vez ha dado ocasion á «algunos médicos á que negasen su existencia, *como si para admirar un hecho «fuese siempre indispensable conocer su razon;* y no obstante, los mismos, por

có, todo pecó en él, todo sufrió las consecuencias de su pecado, porque él era el compendio de toda la creacion, y *la tierra fue maldita en su obra* [1]. Su cuerpo pecó por consiguiente, y recibió el sello y la mancha del pecado. De aquí, como hemos dicho, el que el orígen de esta mancha se encuentre en nosotros y en nuestra carne. — Pero la carne es la sangre, que podria muy bien llamarse carne que fluye; y por los vínculos de la sangre, como se dice generalmente, somos herederos del primer hombre, y se nos transmitió su corrupcion como una segunda naturaleza. — Pues bien, por este mismo medio quiso Dios que esta naturaleza fuese expiada y reparada; y, misterio por misterio, no comprendemos lo que á esto podria replicar la orgullosa razon: con la sangre de la familia de Adan circula por todos sus miembros la mancha del pecado original, y esta sangre, por consiguiente, debia ser, por decirlo así, el *paciente* de la expiacion, y convertirse luego en *agente* de nuestra regeneracion. Mas como ella por sí sola era incapaz de semejante operacion, la sangre de la víctima que nos sustituyó debia hacer sus veces y satisfacer á la justicia por el mismo medio. Esto es precisamente lo que se descubre realizado en el sacrificio de Jesucristo. Como representante de la naturaleza humana, su sangre, culpable por imputacion, *expia;* como representante de la naturaleza divina, su sangre, infinitamente pura, *lava;* expia y lava los pecados del género humano, dos efectos que están tan unidos entre sí, como la doble naturaleza de donde proceden y que solo podia encontrarse en él. Á esta circunstancia corresponde la condicion inherente á todos los sacrificios antiguos, sin excepcion, de ser sangrientos. «Todo es sangriento en la ley (mosáica), dice Bossuet, sim«bolizando á Jesucristo y á su sangre, que purifica las conciencias [2].» De aquí se originó la creencia que vemos abrazada por todo el linaje humano, de que no podia haber remision sino por medio de la sangre; lo cual habia dado lugar á ese uso expiatorio, que se remonta á la mas alta antigüedad pagana, conocido con el nombre de Taurόbolo, que consistia en colocar el iniciado en una hoya sobre la cual se hacia caer, al través de una criba, la sangre del toro que acababa de inmolarse á la divinidad.

«una extraña contradiccion, se veian obligados á admitir la semejanza exterior «de los hijos con sus padres, de la que no podian dar una explicacion me«jor.» — (Portal., *Consid. sur les malad. héréd.*).

[1] Genes., III, 17.

[2] *Élévation sur les mystères.*

4.° Finalmente, la gran víctima debia ser para la humanidad *alimento* de una nueva vida. — La manducacion del cordero pascual, y generalmente de todas las víctimas, entre los judíos, ya por el pueblo, ya por el sacerdote, era un acto esencialmente religioso y simbólico, que hacia parte de los sacrificios. Lo mismo sucedia en todas las demás naciones. — «Cuando las piernas de la víctima habian sido «consumidas por el fuego, dice Rollin en sus *reflexiones sobre Home-«ro,* asábanse sus *entrañas,* y se repartian entre los circunstantes. «Esta ceremonia es notable : ella terminaba el sacrificio ofrecido á los «dioses, y era como un signo de *comunion* entre todos los presentes. «El banquete seguia al sacrificio, y era una de sus partes [1].» Esta condicion de los sacrificios corresponde tambien visiblemente al carácter esencial del sacrificio de Jesucristo, que se convirtió por medio del sacramento de la Eucaristía en el alimento de una vida regenerada, conservándose y perpetuándose así entre nosotros. De aquí aquellas palabras tan expresivas : *Mi carne es verdadera comida, y mi sangre verdadera bebida; el que no come mi carne ni bebe mi sangre, no tiene vida en sí mismo.* Misterio profundo y aterrador sin duda para la razon ; pero cuya creencia y cuya práctica han formado la fuerza y la vida moral de la humanidad hace diez y ocho siglos, y que ha probado la verdad de su principio, alcanzando últimamente su fin [2].

Así es como todos los caractéres del sacrificio que sirve de base al Cristianismo se ven reflejados en las condiciones de todos los antiguos sacrificios, de los cuales aquel es la única explicacion posible, recibiendo él á su vez una testificacion universal de todos ellos [3].

[1] TRAITÉ DES ÉTUDES.— *De la lecture d'Homère.*

[2] Solo podemos aquí tocar de paso este sublime punto, pues se reserva naturalmente para la segunda parte, donde hemos puesto una extensa exposicion de todos los dogmas. Es preciso, pues, no juzgarlo por ahora sino en sus relaciones con el objeto actual de nuestro estudio.

[3] *Le Constitutionnel* de 8 de julio de 1846 nos da los detalles mas curiosos sobre el modo con que se celebran todavía en nuestros dias los sacrificios humanos en la India. En ellos hallamos todos los caractéres constitutivos del sacrificio, tales como acabamos de analizarlos, y con las mas notables particularidades. Ahí va, pues, ese documento que no parece hecho sino para llenarnos de pasmo y de conviccion :

« Á unas cien leguas de Calcuta, y en medio de las montañas que llegan á tocar «cási la bahía de Bengala, estallaron alborotos en la tribu llamada los *Khounds.* «Ya dijimos algo sobre este pueblo singular, en el que se descubren los rasgos «de la mas profunda barbarie, siendo así que solo dista algunos dias de cami-«no de la capital mas civilizada del Asia. Los pormenores que nos da la *Re-*

Es verdad que esta testificacion no era bien comprendida sino por los judíos, y aun tal vez solo por un pequeño número de ellos; pero nada hay mas fácil de concebir que la pérdida del conocimiento de este motivo de los sacrificios, aun no dejándolos de practicar. En efecto:

Esta institucion no debió tardar en alterarse como las demás, y su misma complicacion aceleró este resultado. Sufrió, pues, una gran metamórfosis: la idea de un Redentor, víctima futura prometida para la salvacion del linaje humano, que formaba la parte espiritual de la institucion, fué desapareciendo poco á poco de la práctica, y se refugió en una tradicion mas elevada donde todavía experimentó algunas modificaciones, sin dejar por esto de ser conocida en todas partes, como verémos en el párrafo siguiente. Al contrario, la parte material y sensible del uso de los sacrificios subsistió y creció con la desaparicion de la espiritual, porque á fuerza de hacer sacrificios que

«*vista de Calcuta* sobre los hábitos y costumbres religiosas de estos salvajes, «son no menos horribles que curiosos, pues hace estremecer la manera con «que celebran los sacrificios humanos, y llena de pasmo la buena fe con que á «ellos proceden. Se hacen estos sacrificios en honor de la diosa de la tierra, y, «segun la persuasion de esos espantosos idólatras, es necesario regar el suelo «con sangre humana para que sea fértil. Con este fin compran muchachos y «aun adultos, que unos proveedores, que llaman *panwas*, arrebatan á los in-«dios que viven en las llanuras.

«Las víctimas, que llaman *merias*, son criadas y guardadas con cuidado «hasta el dia del sacrificio. Se les considera con un tal carácter de santidad, «que las familias en cuyo seno forman alianzas temporales con las mujeres ó «muchachas, estos hombres destinados á ser sacrificados, lo tienen á gran ho-«nor. Se les adjudican tierras y ganados, y se les escogen mujeres entre las «castas indias; pero los hijos que nacen de estas alianzas están detinados á «sufrir la misma suerte de su padre tan luego como parece exigir este sacrifi-«cio la divinidad espantosa. La manera con que estos *merias* son inmolados «está descrita de la manera siguiente:

«El patriarca de la tribu, acompañado del sacrificador, es el que preside á «todos los preparativos de la ceremonia. El sacrificador es siempre el órgano «de la voluntad divina, y cuando este declara que aquella pide una víctima, la «poblacion entera, sin distincion de sexos, acude para asistir al sacrificio, cu-«ya ceremonia dura por espacio de tres dias. En el primero toda la poblacion «asiste á un banquete, en que se come, se bebe y se entrega á toda clase de «excesos. En el segundo, la víctima, que estuvo en ayunas desde la vigilia, es «lavada con todo cuidado, vestida con un vestido nuevo, y conducida en pro-«cesion, con acompañamiento de danzas y de músicas, desde el pueblo hasta «el bosque sagrado de Mería, situado en el borde de un torrente. En medio del «bosque hay clavado un poste, al cual ata el sacrificador por las espaldas al

simbolizaban el sacrificio futuro, se concluyó por atribuir á este símbolo la virtud que solo habia de tener la realidad. La impaciencia natural al corazon humano de ver realizado el objeto de sus esperanzas, y su tendencia instintiva hácia las cosas sensibles, le hicieron caer en la grosera ilusion de que este objeto podia ser aquello mismo que no era mas que su sombra; y de este modo el signo ocupó en breve el lugar de la cosa significada, la figura el de la realidad, la letra el del espíritu, y el género humano se lanzó con tanta mayor avidez en el uso de los sacrificios, cuanto que vió ó creyó ver en él la virtud expiatoria que su gran miseria reclamaba. En ello dejábase llevar indeliberadamente por la antigua tradicion, y por este motivo se apoderó de él la supersticion, y se hizo servil y ciego continuador de las condiciones extrínsecas del sacrificio, y hasta las exageró. Esta corrupcion del uso de los sacrificios se concibe tanto mas cuanto que estaba en armonía con las alteraciones que se hacian en todos los de-

«triste héroe de todas las ceremonias: se le unge con aceite de ghi (ó manteca «rancia), le embadurnan con cúrcuma, le adornan con flores, y todo el dia la «poblacion entera está postrada delante de él en adoracion. Todos procuran «apoderarse de alguna reliquia, y sobre todo las mujeres buscan ansiosamente «los pedazos de la pasta de cúrcuma de que está cubierto.

«El dia tercero se da al infeliz, que va á ser sacrificado, el mezquino ali«mento de un poco de leche y de meollo de palmera de India, y vuelve á co«menzar la estrepitosa y licenciosa fiesta del primer dia. El sacrificador, que «durante la noche de la vigilia ha estado buscando el lugar conveniente para «el sacrificio, hundiendo palos puntiagudos en la tierra, y notando el paraje en «que mas ha entrado el palo, al llegar el mediodía conduce la víctima al lugar «que declara ser el mas agradable á la diosa de la tierra. Y como segun las «ideas de estos fanáticos, es necesario que la víctima no haga la menor resis«tencia, y al propio tiempo no es lícito atarla, se le rompen al desgraciado los «huesos de los brazos y de las piernas. Entonces el sacrificador, acompañado «de los ancianos de la tribu, toma una rama verde de un árbol, que parte por «medio, haciendo pasar por medio el cuerpo de la víctima despues de haber «atado los extremos de la rama abierta con cuerdas.

«Cuando están concluidos todos estos preparativos, da el sacrificador la se«ñal de la inmolacion, descargando sobre la víctima un golpe con la hacha que «lleva en su mano. En este momento todos los asistentes se echan sobre ella «con alaridos feroces, la despedazan y se llevan pedazos de su carne, excla«mando: *Te compramos y pagamos tu precio, no cometemos ningun pecado;* «y entre tanto está tocando una música ruidosa. Consumado así este horro«roso sacrificio, se vuelven todos á sus casas llevando consigo el pedazo san«griento, y por espacio de tres dias se están encerrados sin pronunciar una «sola palabra: luego de concluidos matan un búfalo, y se desatan todas las «lenguas.»

más puntos de las primitivas creencias del género humano. Así, por ejemplo, habiendo la idea de la unidad y santidad de Dios sido reemplazada por el culto idólatra y por la deificacion de las pasiones humanas, las víctimas brutales que con relacion al Dios verdadero solo podian servir de símbolo, fueron ya susceptibles de convenir realmente á las infames divinidades sustituidas á su culto. Además, habiendo la depravacion de costumbres hecho perder de vista el verdadero bien y el verdadero mal, y habiendo impelido al corazon humano hácia la consecucion de una felicidad meramente terrena, debió el hombre creer que las groseras víctimas no eran ya mediadoras indignas para obtener la satisfaccion de sus groseros votos, y que el adorador, el Dios y la víctima se convenian con igual reciprocidad. Mas como aquella felicidad terrenal se escapaba por momentos á sus pasiones cada vez mas ávidas de saborearla, debió multiplicar y exagerar los sacrificios en la misma proporcion, y olvidando completamente el bien futuro y espiritual que le estaba prometido, no buscó, ni vió, ni leyó en las entrañas de las víctimas sino la satisfaccion presente y siempre imposible de sus insaciables deseos:

Pectoribus inhians, spirantia consulit exta.
Heu! vatum ignaræ mentes! quid vota furentem,
Quid delubra juvant [1]?...

De aquí aquella embriaguez del género humano en favor de una cosa que ya no comprendia, á la cual sabia tan solo tradicionalmente que en algun modo estaban unidos una idea y un modo de expiacion y de salud, y en la cual hallaba siempre un recurso ó un abrigo para todos sus deseos ó temores. Se concibe fácilmente que en la exaltacion de estos últimos pudo llegar el hombre hasta inmolar víctimas humanas y muy inocentes, á fin de que la sustitucion fuese mas absoluta y eficaz, y por una confusion mas palpable y terrible de la figura del sacrificio con la realidad; que debia ser efectivamente un hombre, pero un Hombre-Dios inmolado. Á esta idea vaga se refieren aquellas palabras sacramentales de los drúidas, cuando rociaban con sangre humana sus vestiduras: — « Si la mancha de nuestra culpable raza no se lava con sangre humana, la cólera de los dioses jamás se apaciguará [2]. »

Lo que debiera haber sacado á la humanidad de su error, era pre-

[1] Virgilio, *Eneida*, lib. IV.
[2] Faber, *Horæ mosaicæ*.

cisamente lo que la engolfaba mas en él; porque, como decia san Pablo, lo que probaba la falsedad de los sacrificios bajo otro aspecto que el de símbolos, era su misma multiplicidad: uno solo hubiera bastado si hubieran sido eficaces; pero esta misma ineficacia promovia el frenesí y la embriaguez del linaje humano. El abismo que el pecado habia abierto entre el hombre y la justicia de Dios no podia ser colmado por ninguna expiacion tomada en el pecado mismo, y sin embargo, esta necesidad de expiacion oprimia la conciencia universal de la humanidad culpable. En este estado de oposicion consigo misma y con Dios, á todo se atrevia, todo lo arrojaba dentro del abismo que los separaba. Todos los dias se amontonaban víctimas preciosas bajo el cuchillo de los sacrificadores, y siempre eran mas sensibles el mismo vacío, la misma separacion; y la justicia de Dios, mas ultrajada que calmada, rechazaba toda aquella sangre como estérilmente derramada por la cruel supersticion de los hombres, á quienes un solo sacrificio, hecho con fe en el sacrificio futuro, hubiera servido mas en la presencia divina hasta el momento en que la verdadera víctima, la sola que podia llenar el abismo y ser realmente MEDIADORA, viniendo por fin al mundo, dijera á su padre: — «Sacrificios, y ofrendas, y holocaustos por pecado no quisiste, ni te son «agradables las cosas que se te ofrecen; mas me apropiaste cuerpo, «y entonces dije: HÉME AQUÍ QUE VENGO, segun está escrito en el prin«cipio del libro, para hacer, ó Dios, tu voluntad;» es decir, para precipitarme en ese abismo siempre abierto de tu justicia, y cegarlo introduciendo en él una santidad y una satisfaccion tan infinitas como su profundidad. Y llenó tan cumplidamente su mision expiatoria, como sigue observando san Pablo, que inmolándose *una sola vez* abrió un manantial perenne de satisfaccion en el mundo, y la eficacia de su sacrificio ha sido tan soberanamente visible siempre y en todas partes, que ha podido decirse, que *habia sido inmolada desde el orígen del mundo* [1], *y que aunque el altar se situó en el Calvario, la sangre de la víctima bañó todo el universo* [2].

Llegados á este término de nuestro estudio, podemos perfectamente explicarnos el problema que presenta á la vista del observador el uso universal de los sacrificios. Colocándonos sobre el Calvario, nos hallamos situados en el solo punto de vista que permite aclarar todo su cáos. Cuanto hay de odioso y absurdo en aquella costumbre se rec-

[1] *Occisus est ab origine mundi.* (Apoc. XIII, 8).
[2] Orígenes.

tifica, se explica, y toma aquí una alta expresion de razon y de verdad que nos arrebata tanto, como antes nos confundia.

Cuatro cosas eran eminentemente absurdas en los antiguos sacrificios, considerados en sí mismos: —la primera, era el encontrar una fuente de méritos en una inmolacion en que la misma víctima, de donde esta fuente debia partir, no tenia ninguno; porque no hay mérito sin voluntad, y era la fuerza brutal la que, á pesar de la resistencia de la víctima, la hacia caer bajo sus golpes; —la segunda, era el creer que se podia lavar la mancha de una raza culpable con la sangre tambien manchada que ella misma habia producido, y el ofrecer á Dios un culpable en rescate de otro culpable; — la tercera, era el imputar al hombre todos los supuestos méritos de la víctima sin que aquel hiciera otra cosa, para apropiárselos, que ejecutar el acto cruel y supersticioso de la inmolacion; — la cuarta, en fin, era el atribuir á Dios toda la crueldad de una exigencia semejante, como si su bondad no pudiera brillar sobre la tierra sino al través de la destruccion de su criatura. — Hé aquí lo que mas repugna en los antiguos sacrificios, y hace inexplicable su universalidad, cuando se quiere prescindir de la sola explicacion posible, que consiste en su relacion simbólica y profética con el sacrificio del Cristo.

Pero desde que se adopta esta explicacion, desaparecen todas esas incoherencias, y se deja entrever el designio mas profundo y divino. —La Víctima es entonces *voluntaria*, se sacrifica á sí misma, y produce el grande océano de méritos que debe esparcir á su rededor.— Entonces la Víctima no pertenece ya á la raza del culpable que debe purificar, sino que procede de las infinitas alturas de la santidad de Dios, y uniéndose á la naturaleza humana, solo toma las consecuencias del pecado sin participar de él. — Entonces la imputacion de los méritos de la Víctima no es tan absoluta que el culpable no pueda participar de ellos; y aunque mas que bastante, solo se le ofrece á título de socorro y suplemento á sus propios méritos que debe esforzarse en adquirir siguiendo las huellas de su Libertador. — Entonces, en fin, desaparece toda la crueldad de parte de Dios, y sin embargo su justicia descarga el mas terrible golpe; y no solamente desaparece toda crueldad, sino que brilla entonces una bondad mayor que la que precedió á la creacion; brilla, repetimos, en todo su esplendor por la misteriosa especialidad de que la misma Víctima procede de la propia sustancia del Dios que la exige, y que es el mismo Dios, justicia esencial, que se inmola en la persona de su Hijo; Dios, digo,

pero Dios, misericordia infinita; Dios, como decia admirablemente san Pablo, *reconciliándose al mundo en su Cristo* [1].

En resúmen:

Si nos remontamos al verdadero orígen del uso de los sacrificios, que es el que la razon nos designa, descubrimos que este uso debia ser, en los tiempos anteriores á la muerte de Jesucristo, una institucion figurativa del gran medio de expiacion con que quiso Dios rehabilitar el género humano. Si no se quiere aceptar esta solucion, todo permanece tenebroso y confuso en el uso de los sacrificios; y todo por el contrario se hace claro é inteligible desde que se la admite.

Entonces se comprende fácilmente:

El orígen antiguo de este uso, que se toca con el orígen mismo del género humano, — y la época precisa de su abolicion, que concuerda con la época de la muerte del Cristo [2];

La pureza con que se conservó, exento de crueldad y de supersticion, en el pueblo judío, — y las aberraciones que la pérdida de este sentimiento acarreó en todas las demás naciones;

La uniformidad de sus condiciones extrínsecas en medio de sus mismos errores, — y la universalidad de su práctica, á pesar del horror que debian inspirar;

En fin, lo que tiene de semejante con el gran sacrificio del Cristo, por cuyo medio él mismo demuestra *que es su figura*, — y lo que tiene de distinto de él, por cuyo medio demuestra *que no es otra cosa sino su figura*.

En una palabra, es ya evidente que un uso á la vez tan extraño,

[1] *Deus erat, in Christo mundum reconcilians sibi.* (II Cor. v, 19).

[2] Jamás se fijará bastante la atencion en esta coincidencia y en el fiel cumplimiento de estas palabras de Daniel: *El Cristo será muerto, y los sacrificios serán abolidos.* Recordemos que desde los primeros dias del Cristianismo, Plinio escribia á Trajano que las víctimas no encontraban ya compradores: *Quarum adhuc rarissimus emptor inveniebatur;* y admiremos sobre todo el que los mismos judíos, que no parándose en el sacrificio del Cristo, hubieran debido continuar los que antes practicaban, los suspendieron, sin embargo, todos por aquel tiempo por causa de la destruccion del templo, que ningun poder humano pudo preservar de su ruina, ni edificarle de nuevo. Es verdad que se concibe difícilmente la posibilidad de un uso semejante en el seno de nuestras costumbres cristianas; pero esto mismo prueba la verdad de la regeneracion religiosa y moral que le puso término. La sangre de Jesucristo cicatrizó la antigua llaga que brotaba torrentes de sangre humana, é hizo en cierta manera preciosa la de los mas viles animales: *Pacificans per sanguinem crucis ejus, sive quæ in terris, sive quæ in cœlis sunt.* (Colos. I, 20).

tan uniforme y tan universal, no pudo constituir el fondo de todas las religiones, sino porque debe de suponer y supone en efecto una gran verdad primitiva desviada de su objeto. Esta verdad, que aun es fácil encontrar en el mismo uso, porque resulta de sus mismas formas, es el hecho de una degradacion y la necesidad de un mediador; es la salvacion por la sangre de una víctima ofrecida en expiacion de nuestras faltas y en sustitucion de nuestra indignidad. Todo lo que parece ridículo, incoherente, absurdo y grosero en los antiguos sacrificios considerados como una realidad, si lo ponemos en relacion con el grande sacrificio de Jesucristo, recibe un carácter marcadísimo de razon, de sublime sabiduría y de profundidad. Por consiguiente, el sacrificio del Cristo es el término de esta verdad primitiva y la solucion del problema universal que la contiene.

Así es como el género humano depone en favor de la verdad de la Religion de Jesucristo por las infinitas voces de estos sacrificios, y, para decirlo así, por los gemidos de todas sus víctimas.

§ III.

Tradiciones acerca de la rehabilitacion ó acerca de la esperanza de un Libertador.

Este tercer punto de vista, si llenamos nuestro objeto, será una poderosa confirmacion de los otros dos, con los cuales formará un conjunto de pruebas incontestables; porque, en primer lugar, todo lo que dirá rehabilitacion, significará implícitamente caida; y en segundo, porque habiéndonos dicho el género humano que no podia haber redencion sino por medio de la sangre, si demostramos que, conforme á esta idea, esperó siempre un Libertador hasta el tiempo de Jesucristo, habrémos probado aun con mas evidencia, que su rehabilitacion debia verificarse por medio de la sangre de este Libertador, y habrémos completado la institucion de los sacrificios, introduciendo de nuevo en sus formas la verdad que habia dejado de animarlos.

Entremos, pues, con resolucion en este nuevo horizonte, que es sumamente vasto, pero que está lleno de interés.

I. El pueblo que siempre se nos presenta primero es el pueblo judío, y no es en nombre de la fe que goza de este privilegio, sino en virtud de los mas legítimos títulos, aun á la vista de la sola razon.

Oigámosle, pues, con justicia y hasta con respeto, por ser nuestro hermano mayor [1].

¡Hecho notable y concluyente! entre todos los pueblos antiguos el mas enérgico y constante en profesar la doctrina de la expectacion de un reparador enviado del cielo y conforme á Jesucristo, es el que mejor conservó las restantes verdades tradicionales, y sobre todas la de LA UNIDAD DE UN DIOS. Puede decirse que en todos tiempos la creencia en un MEDIADOR ha sido el corolario inseparable de la fe en UN DIOS ÚNICO, y como el segundo párrafo de este primer artículo de la religion natural. — ¡Qué prueba, qué garantía de verdad! Nunca se meditará bastante sobre este punto, decisivo en nuestro concepto.

El pueblo judío, como hermano mayor de la gran familia de los pueblos, estuvo durante tres mil años en posesion de los lugares que habian sido la cuna y como la antigua morada del género humano. Fue depositario y custodio de los títulos patrimoniales, de los cuales sus hermanos no habian llevado en su dispersion mas que informes copias. Fue destinado desde un principio para ser, por una especie de *presucesion*, el confidente y el favorito del Padre celestial, con la obligacion empero de dar á todo el género humano cuenta de los dones recibidos, en el gran dia de la abertura del *Antiguo Testamento,* del cual llegó á ser, por la misma repudiacion que de él hizo, ejecutor universal. Tal es el doble papel en que consiste el destino de este pueblo, verdadero *Pueblo de Dios*, como instrumento visible de su misericordia y de su justicia.

¡Con cuánta perfeccion representó este papel! Mientras todas las naciones de la tierra marchaban á ciegas por la angosta senda de sus intereses individuales; mientras sus escuelas se contradecian mútuamente por la oposicion de sus respectivas doctrinas; mientras la política, la religion y la filosofía divagaban por senderos aislados y sin salida, y mientras todo en ellas parecia dirigido por ese ciego destino con el cual habian formado el mas poderoso de sus dioses, — el pueblo judío no tenia mas que una doctrina, una política, un destino, una idea fija, la de anunciar, simbolizar y esperar al MESÍAS vaticinado; esto es, la idea y la mision de conservar y fecundizar en sí mismo *el gérmen de una bendicion que algun dia debia esparcirse por toda la tierra, y absorberlo á él mismo en su universalidad*. Preocúpale

[1] No invocamos el testimonio personal de Moisés, sino el del pueblo judío en su mas lata generalidad, y como nacion. Es menester no ver en esto una repeticion ni un doble uso, y lo hará conocer así lo que dirémos á continuacion.

solo este grande objeto; nada es capaz de distraerlo y desviarlo de él; dedícasele todo entero, y esto no por espacio de un siglo ó dos, sino durante la larga série de treinta siglos consecutivos. Su paciencia y perseverancia en esperar este grande acontecimiento por tiempo tan dilatado participan en cierta manera de la invariabilidad de los actos de la naturaleza y de ese instinto augural de que están dotados los animales. Abrahan, Jacob, Moisés, David, Isaías, Daniel y tantos otros patriarcas, legisladores, reyes, pontífices y anacoretas, solo parecen de tarde en tarde para repetir y reanimar la grande esperanza, y precisar cada vez mas las circunstancias y caractéres de su divino objeto. El espíritu de orgullo y de dominacion que distingue á todo lo que es grande entre los hombres, y que dirige y empuja á su genio por vias incesantemente nuevas, nada puede sobre ellos; todos se circunscriben al papel de precursores, y solo hacen servir la gran superioridad de su influencia y de su genio para preparar el lugar á *uno mayor que ellos*, — al *que ha de venir*, — á *la Estrella de Jacob*, — al *Deseado de las naciones*, — *Aquel en quien todas serán benditas*, — el *Príncipe de la paz*, — el *Ángel de la alianza*, — el *Cordero de Dios, cargado con los pecados del mundo*, — el *Justo, que brotará de la* TIERRA *y lloverá de las alturas del* CIELO, para salvar á la una por el otro y reconciliarlos por su mediacion. *Glorioso y humilde, dichoso é infeliz, llevará su principado sobre sus hombros, y nos curará á todos por sus llagas*, etc. [1]. En cualquiera época en que aparezcan entre los judíos estos anuncios de la venida del Libertador, ninguno de sus autores se abandona á la tentacion de atribuirse las promesas de sus antecesores, ni de desesperar de su futura realizacion: al contrario, cada uno de ellos se coloca inmediatamente en esa série de heraldos que de boca en boca van anunciando cada vez con mas fuerza la llegada del que ha de cerrar la marcha, porque ÉL es su grande y único objeto.

Y no se nos acuse de escribir ahora bajo la influencia de prevenciones cristianas, y de acomodar las profecías al acontecimiento. El asunto de las *profecías* está reservado para ser objeto de un trabajo completo y minucioso en la *Tercera parte de los presentes Estudios*: aquí no lo consideramos bajo este punto de vista especial, sino que tomamos el hecho en su conjunto, y dejando aparte toda interpretacion, decimos: Desde el orígen del mundo hasta Jesucristo estuvo

[1] Todas estas calificaciones están tomadas de los Libros santos, y aplicadas al *Mesías* por los judíos y por los cristianos.

el pueblo judío esperando un ser extraordinario que debia salir de su seno, y que por una misteriosa asociacion de abatimiento y grandeza, de padecimientos y de gloria, llegaria á ser salvacion y centro de vida para todas las naciones [1]. Hé aquí un hecho tan difícil de negar como el de la existencia del pueblo judío, cuya historia llena completamente. Si sobre este punto no merecen fe los cristianos, désele al menos crédito á los judíos; y sépase que si quisiésemos enumerar las atestaciones de semejante doctrina, seria preciso citar las obras de todos sus rabinos. Uno de los mas célebres cuenta la venida del Mesías en el número de los artículos fundamentales de la fe, y la comprende, junto con la resurreccion de los muertos, en la recompensa que Dios ha prometido á los que creen en él [2]. El sábio Maimónides dice que el *que no cree en el* MESÍAS, *y no espera su venida, reniega de la Ley y de los Profetas,* PORQUE UNOS Y OTROS DAN DE ÉL TESTIMONIO [3].

Vamos á aducir una autoridad que nos dispensará de las demás, porque las supone todas.

El israelita Mr. Salvador ha publicado una obra muy á propósito para quitar á Jesucristo y á su doctrina la base que podian encontrar en las tradiciones y profecías de los judíos [4]. Para lograr con mas seguridad su objeto, empezó por arrebatar á estas, en una obra anterior, todo cimiento *sobrenatural* [5]. En una palabra, Mr. Salvador es un judío *espíritu-fuerte*. Así es que aprovecha cuantos recursos puede inspirarle esta doble prevencion para violentar el sentido de las tradiciones y profecías, y apartarlas de la persona de Jesucristo. Segun él, los pasajes proféticos, que no solo los cristianos sino tambien los judíos aplican al *Mesías,* como estos: *El hombre justo será entregado como víctima á los mas acerbos dolores, y despedazado por sus propios hijos... Será arrojado como un cadáver en la hoya, para volver radiante á la vida, y su sepulcro será glorioso,* etc., no deben entenderse de un indivíduo sino de una nacion, puesto que son una personificacion nacional de los destinos de los hebreos [6]. Júzguese, por

[1] La mayor parte de los rabinos no podian disimular que el Mesías esperado se les representaba unas veces glorioso y otras abatido, tan pronto triunfante como víctima; y no pudiendo conciliar estos dos estados en una misma persona, imaginaron dos Mesías.

[2] El autor del *Sepher Ikharim*, lib. I, cap. 8.

[3] *Tract. de Reg.*, cap. 2.

[4] *De Jesucristo y su doctrina.*

[5] *Sistema religioso y político de los hebreos.*

[6] Tomo I, pág. 80 y siguientes.

esta muestra, de las buenas disposiciones de Mr. Salvador en favor de la verdad de la esperanza de un Libertador. Pero Mr. Salvador tenia ante sí una cosa que todas las sutilezas imaginables no pueden ofuscar, es decir, un HECHO inmenso que cuenta todo un pueblo por autor y treinta siglos de existencia; así es que á pesar suyo se ve obligado á confesar en las páginas posteriores, que —« todas las prome-«sas consoladoras adoptaban con preferencia una expresion, sobre la « cual *el país entero* fundaba sus esperanzas en la época de Jesucristo. «De la raza de los príncipes de Judá, de la estirpe de David, toma-«do como modelo de inteligencia y de gloria, debia algun dia salir «UN LIBERTADOR que reuniendo como él y en la mas alta perfeccion «el valor y la fuerza del alma triunfaria de toda opresion exterior, y «juntaria bajo su cetro de paz los dos Estados divididos (israelitas y «judíos); restituiria á la justicia sus derechos, al pueblo su dignidad, «y á la vida todas las dulzuras que le concediera primitivamente el «Criador... *En fin, este era el que*, segun esas mismas promesas, *de-«bia hacer servir al verdadero Israel, en conformidad á su destino, de «estandarte y núcleo á los demás pueblos de la tierra, para formar de «todas las familias de los hijos de Adan una sola familia de pueblos re-«cíprocamente vivificados por la mas admirable unidad*[1].»

Es absolutamente imposible ocultar el hecho de la expectacion en que estuvieron siempre los judíos de un Libertador de la raza humana. ¡Todavía están esperando! ¿Puede desearse una prueba mas convincente de que siempre han esperado? ¿Se dirá tal vez que con el intento de favorecer al Cristianismo, se han prestado los judíos á inventar posteriormente este hecho, alterando la fecha del primer título de su confusion y de nuestra fe?

Hay tambien otro hecho digno de atencion, y que prueba hasta qué punto habia germinado entre los judíos la promesa del Mesías, contenida en los pasajes del Génesis, que hemos citado en el capítulo de Moisés, á saber: que los samaritanos, que representan las diez tribus que se habian separado de la nacion en el reinado de Jeroboan, mil años antes de Jesucristo, no reconocian como sagrados mas libros que los de Moisés, y continuando siempre en enemistad con los judíos, al menos tanto como estos con los cristianos, han conservado hasta el presente la creencia de la venida del Mesías, á quien llaman HATHAB (el convertidor). Hállanse reducidos ahora á unas treinta fa-

[1] Tomo I, pág. 95.

milias en Nablus, la antigua Sichem, como en otro lugar dijimos. Durante el último siglo se siguió con ellos una correspondencia con el objeto de aclarar esta cuestion, correspondencia que ha sido publicada por Schnurrer [1], y su resultado fue de los mas concluyentes, habiéndose robustecido muchísimo mas aun con los poemas samaritanos de la biblioteca Bodleiena, que ha publicado Gesenio [2].

Además, todo el pueblo judío tendia á reproducir el mismo objeto; y esta unidad tan prodigiosa no se hallaba en sola la Escritura (el único libro que poseia este pueblo, y que era un registro abierto donde todos los Profetas iban uno tras otro á escribir una página, una frase, hasta el tiempo de Jesucristo en que fue *irrevocablemente* cerrado), sino tambien en las instituciones, en las ceremonias, y hasta en los acontecimientos. Esta era la exclusiva mision de aquel pueblo, á quien podríamos llamar, segun san Agustin, *un gran profeta único*. Esta esperanza, que en otro tiempo fue doméstica, se habia hecho grande con el pueblo y con el tiempo. Aquella esperanza, decimos, era una herencia nacional que cada generacion transmitia á la siguiente, con la notable y muy positiva circunstancia de que en sus mas bellos dias de poder y de gloria, en tiempo de David y de Salomon, jamás el pueblo judío pensó en pretender que el Mesías debia entonces aparecer, y que en sus mayores aflicciones, en la época de Daniel y en la de los Macabeos, nunca desesperó de verlo llegar, hasta el momento supremo de la aparicion de Jesucristo, en que parte de la nacion proclamó que él era el Mesías prometido á sus padres, y el resto, — como un piloto arrojado fuera de su rumbo por la tempestad, — fluctuó, respectivamente al Mesías, á merced de todos los sistemas. Unos decian que el Mesías habia aparecido ya en la persona de muchos hombres célebres de su nacion, sobre los cuales, sin

[1] *Eichhorn's biblisches repertorium*, IX, th. S. 27.—Habian mediado ya otras correspondencias semejantes entre el pequeño número de samaritanos que queda y Scalígero, Ludolf, y la universidad de Oxford. Véase de Sacy, *Memorias sobre el estado actual de los samaritanos*, pág. 47.

[2] *Carmina Samaritana è codicibus Londinensibus et Gothanis*, Lips., 1824, pag. 75. Lo que mas habia excitado la curiosidad de los sábios acerca de este punto era la objecion de inexactitud de costumbres y de doctrina opuesta á este pasaje del Evangelio: «Aquella mujer (la Samaritana) dijo á Jesús: *Yo sé que «viene el Mesías, que se llama Cristo, y cuando viniere él, nos declarará todas «las cosas.* Jesús le dijo: *Yo soy, que estoy hablando contigo*, etc.» (Joan. IV, 25).

Hemos sacado todos estos interesantes detalles del *Discurso XI* de monseñor Wisseman.

embargo, no se convenian; otros aseguraban que habia debido aparecer ya, pero que se habia diferido su venida á causa de los pecados del pueblo; algunos llegaron á atontarse tanto en medio de su mismo extravío, que cayeron en una especie de desesperacion, y escribieron en su Talmud estas fatales palabras: *¡Malditos los que cuentan el tiempo de la llegada del Mesías!* pero todos ellos desaparecieron ya, y solo subsisten en el seno de las maravillas de nuestra civilizacion cristiana, como esas lenguas muertas, que desterradas del comercio de los pueblos, únicamente sirven para la inteligencia de los monumentos que se remontan á la época en que se hablaban.

De manera que la promesa de ese Salvador, de ese descendiente de la mujer, que debia quebrantar la cabeza de nuestro antiguo enemigo y regenerar á todas las naciones, es incesantemente mantenida y atestiguada por la mas prodigiosa y auténtica tradicion que jamás haya existido entre los hombres, la tradicion de todo un pueblo, cuya única mision sobre la tierra fue por espacio de mas de tres mil años, el repetirla y confirmarla; que se dispersa en la época en que los sucesos acaban de justificar la promesa, y que cumplida su mision, no subsiste ya sino para hablar perpétuamente á todos los pueblos de la tierra del prodigio de esta concordancia, que solo él no ve para hacerla ver mejor á los demás.

II. Desde este primer punto y como de este foco de las tradiciones universales, traslademos ahora nuestra atencion á todos los demás pueblos, y oirémos en seguida que estas palabras del Génesis, IPSE ERIT EXPECTATIO GENTIUM, resuenan por todos los puntos del espacio y del tiempo como un eco sonoro, mas ó menos debilitado ó alterado por los obstáculos que se oponen á su marcha; pero que á través de todas sus metamórfosis repite constantemente la sílaba final de esperanza que se pronunció en el principio.

—Ya anticipadamente hemos dejado entrever esta *esperanza*, que habia quedado en el fondo de la caja de Pandora, particularidad que no debe dejarse pasar desapercibida. Por la *mujer* se introdujo el mal en el mundo, decia aquella fábula, y por la mujer arrastrada á la desobediencia por el *deseo de saber*. Pero lo que hay de mas notable es que la misteriosa caja, que estaba llena de males, contenia no obstante en su fondo *un bien*, pero un bien futuro, *un bien* en *esperanza*, que se hallaba allí como el contrapeso de los males, y por consiguiente como la futura salvacion del mundo que estaba sumido en la desgracia. Esta corta fábula de Pandora nos presenta en su ingenioso laco-

nismo, y, por decirlo así en su *caja*, toda la sustancia de la historia religiosa de la humanidad.

—Pero, veamos desenvolverse esta misma historia en rasgos mas severos bajo el velo de otra fábula, la de *Prometeo*. Reservamos la parte de esta fábula, que se refiere á la rehabilitacion de la humanidad, y ha llegado ya el momento de exponerla.

Esquiles habia compuesto tres tragedias sobre este asunto, en las cuales habia distribuido las tres grandes fases religiosas de la humanidad personificada en *Prometeo*. La primera llevaba el título de *Prometeo robador del fuego;* la segunda el de *Prometeo encadenado*, y la tercera el de *Prometeo libertado*. Desgraciadamente no ha llegado hasta nosotros mas que la segunda de estas tres piezas, el *Prometeo encadenado*, y un precioso verso de la tercera conservado casualmente por Plutarco. Sin embargo, este monumento de las tradiciones griegas, á pesar de ser tan reducido, despide á través de la terrible oscuridad que lo rodea algunos rayos de luz que descubren visiblemente el dogma cristiano en medio de los profundos arcanos del porvenir.

Hanse escrito varios volúmenes sobre la profecía de Prometeo; mas nosotros no hemos querido engolfarnos en su lectura por miedo de contraer prevenciones sistemáticas, cási siempre compañeras inseparables de una erudicion llevada al exceso. Hemos preferido indicar solo lo que hemos podido conocer por nosotros mismos, y que cada uno de nuestros lectores puede conocer lo mismo que nosotros. Quizás no es este el peor medio para encontrar la verdad; porque sucede muchas veces que mientras nos perdemos buscándola en las profundas interioridades de un asunto, ella nos está esperando en el umbral [1].

[1] Cuando escribí lo que va á leerse sobre la fábula de Prometeo, no habia aun visto el notable artículo de Mr. Guiraud, de la Academia francesa, que se publicó en el tomo I, pág. 272 de *l'Université catholique*, ni el trabajo todavía mas profundo de Mr. Rosignol, publicado en los *Annales de philosophie chrétienne*, t. XVIII, pág. 184 y 325, y en el tomo XIX, pág. 165; ni tampoco el de mi amigo Mr. Dabas, del que solo ha parecido un primer fragmento en la *Révue catholique du Midi*, núm. 1.°, y que ha excitado grandes deseos de que salga lo que falta. Lo mismo ha sucedido á cada uno de estos tres escritores por respecto á los otros dos. Los cuatro hemos trabajado por separado sobre un asunto enigmático, y á pesar de ello convenimos los cuatro, no solo en los resultados generales, sino tambien en la apreciacion de un gran número de pormenores. Y ¿no es esto la mejor prueba de que no hemos sido el juguete de nuestra imaginacion?

Para comprender desde luego el sentido de la fábula de Prometeo, es necesario ver primeramente toda la tragedia de Esquiles, distinguir cuanto ella contiene de sustancial, juntarlo con algunos otros restos de la tradicion que se hallan mezclados con otras fábulas parecidas, y buscar en este conjunto por medio de comparaciones el cuerpo de la verdad. Esto es, al menos, lo que nos ha parecido ofrecerse naturalmente á nuestras investigaciones, y suplicamos que se suspenda el juicio hasta que hayamos acabado de exponerlas por completo.

En el drama de Esquiles, y por lo general en toda la mitología griega, Júpiter se halla representado bajo dos caractéres diferentes que pocas veces fijan la atencion del observador. Ya es la misma Divinidad en su mas elevado punto de vista religioso, es decir, la soberana é inflexible justicia que gobierna los hombres y los dioses; ya es un usurpador y un tirano que ha invadido los dominios de Saturno, antiguo señor del cielo, y que se ha convertido en autor de todos los males de la especie humana. Mas tarde insistirémos de nuevo sobre este punto esencial. Sea como fuere, Prometeo ha caido víctima de Júpiter, y desde el fondo de su suplicio prorumpe en blasfemias y maldiciones contra su enemigo. Interviene entonces una mujer que por estar sufriendo una desgracia igual á la suya, participa de la compasion que los espectadores (el coro) sentian ya por Prometeo. Esta mujer es *Io*, que recorre toda la tierra, perseguida por el dardo de una justicia vengadora, y se detiene simpáticamente á la vista de Prometeo, que en aquel momento, interrogado por la ávida curiosidad de los espectadores, pensaba explicar el significado de una profecía que tiene relacion con su libertad. *La presencia de aquella mujer conmueve á Prometeo, y se duele de su suerte tan parecida á la suya propia,* y ella logra que explique, en fin, esa futura libertad, de la cual no habia dicho hasta allí mas que algunas palabras, y que les concierne igualmente á entrambos. En el final se presenta Mercurio para obtener de Prometeo la explicacion de esta misma profecía, en la cual amenaza á Júpiter; pero negándose á ello Prometeo, Mercurio confirma el decreto de la justicia celeste contra el culpable, y le señala por término de sus padecimientos uno de los mas misteriosos medios de satisfaccion. — Tal es el cuadro de la tragedia de *Prometeo encadenado*, cuyos principales pasajes vamos á hacer conocer á nuestros lectores.

« *Los coros hablando á Prometeo:* Tu suplicio es muy cruel; pero « tú debes tu desgracia á tus imprudentes locuras... Sin embargo, no

«desmayes en este infortunio; pues tenemos la dulce esperanza de que «dentro de poco te verás libre de esas cadenas, y LLEGARÁS Á SER IGUAL «Á JÚPITER. *Prometeo:* No; no es este el porvenir fijado por la ine«vitable Parca: yo viviré encorvado bajo el peso de los males en me«dio de tormentos innumerables, y no me veré libre de las cadenas «hasta despues del suplicio. El arte es un poder muy débil al lado de «la necesidad. *Los coros:* Pero ¿quién arregla el curso de esta ne«cesidad? *Prometeo:* La triple Parca, las Furias, cuya memoria es «infalible. *Los coros:* ¡Qué! ¿es Júpiter menos poderoso que ellas? «*Prometeo:* Sí, Júpiter no sabria evitar su destino. *Los coros:* ¿Y cuál «es, pues, el destino de Júpiter? *Prometeo:* No me lo pregunteis, no «insistais. *Los coros:* El secreto que nos ocultas es espantoso. *Pro«meteo:* Hablad de otra cosa, no es tiempo todavía de revelar el mis«terio, ahora mas que nunca conviene tenerlo oculto, etc.»

Aparece Io:

«*Io:* ¿Dónde estoy? ¿En medio de qué pueblo me hallo? ¿Quién «es ese cautivo que miro encadenado á esas rocas? *(dirigiéndose á «Prometeo):* ¿Por qué delito estás pereciendo en medio de esos tor«mentos? Díme á qué país he llegado, errante, desgraciada... ¡Ah! «¡ah! ¡infeliz de mí! todavía el tábano me persigue con su aguijon... «¡Oh! ¿por qué, pues, ó hijo de Saturno, POR QUÉ CRÍMEN me sujetas «al yugo de tales sufrimientos? ¡Ah! ¡si yo pudiese saber cuál será «el fin de mis males!»

Habiendo Prometeo soltado una palabra que daba á entender que conocia el destino de Io, esta, ansiosa de saber cuándo terminarian sus males, le dice: «Respóndeme, pues, sin ambigüedad; ¿qué me «falta todavía que padecer? habla, díme todo lo que sepas.» —Prometeo refiere todos los males pasados y venideros de Io, males inmensos, y ella se lamenta con amargura.

«*Prometeo:* ¡Ah! ¿Cuál seria tu desesperacion si sufrieras mi su«plicio? La muerte es al menos el fin de tus tormentos: yo no veo «otro término á mi infortunio que EL DIA EN QUE JÚPITER CAERÁ DES«POJADO DE SU IMPERIO. *Io:* ¿Qué me dices? ¡Júpiter perder su im«perio! *Prometeo:* El espectáculo de su abatimiento te causará sin «duda una alegría inmensa. *Io:* ¿Puedo no alegrarme despues que «me ha tratado tan cruelmente? *Prometeo:* Puedes estar segura que «el suceso se cumplirá. *Io:* ¿Quién le arrancará el cetro de la omni«potencia? *Prometeo:* Él mismo, su locura. *Io:* ¡Cómo! díme, díme «lo que puedas. *Prometeo:* Contraerá un himeneo del cual debe ar-

«repentirse algun dia. *Io:* ¿Con una diosa ó con una mortal? Habla.
«*Prometeo*: ¿Qué te importa? ¡Ah! no me atrevo á revelar seme-
«jante misterio. *Io*: ¿Lo destronará acaso su misma esposa? *Pro-*
«*meteo:* ESTA ESPOSA DARÁ AL MUNDO UN HIJO QUE SERÁ MAS PODERO-
«SO QUE SU PADRE. *Io:* ¿Y no hay ningun medio para evitar tan gran
«desgracia? *Prometeo:* No: á menos que libertado de estas cadenas...
«*Io:* Pero ¿quién podrá ponerte en libertad no queriendo Júpiter?
«*Prometeo:* ¿Quién? UNO DE TUS DESCENDIENTES... *Io:* ¿Qué estás
«diciendo? ¿TU LIBERTADOR SERÁ UN HIJO MIO? *Prometeo:* Sí, en la
«tercera generacion despues de otras diez generaciones. *Io:* ¡Cuán-
«ta oscuridad deja en mi alma este oráculo!»

Despues de largos circunloquios, llega Prometeo al final de la historia de Io. — Ahora, dice, voy á revelaros á ellos y á tí todo lo restante de esta historia. — «En los confines del Egipto hay una ciudad «edificada á la embocadura del Nilo, sobre las arenas acarreadas por «el rio, que se llama Canopa. En ella Júpiter te hará justicia; PON-«DRÁ SOBRE TU FRENTE SU MANO ACARICIADORA, Y SU CONTACTO BAS-«TARÁ. Y DESPUES TE NACERÁ UN HIJO, CUYO NOMBRE RECORDARÁ SU «ORÍGEN, EPAPHO.» (En griego significa tocar ligeramente).

En seguida refiere Prometeo la historia de *los hijos de Epapho,* entre los cuales están las Danaidas, una de ellas fiel á su esposo: — «De «ella, prosigue, nacerá en Argos una estirpe real. Pero esta historia «es demasiado larga para contarla: bástete saber que de esta estirpe «saldrá un héroe, famoso por sus flechas, y que me librará de mi «suplicio. TAL ES EL ORÁCULO QUE ME REVELÓ MI MADRE, TEMIS, LA «ANTIGUA HIJA DE LOS TITANES. Mas la manera y la ocasion en que «todo esto se realizará, necesitaríase mucho tiempo para contarlo, y «nada ganarias con saberlo.»

Afectada Io por un nuevo delirio, prorumpe en quejas contra Júpiter. — «*Prometeo:* Y sin embargo, este Júpiter, á pesar del orgu-«llo que se ha apoderado de su alma, será algun dia humillado y «abatido. Caerá de su trono. Así SE CUMPLIRÁN ENTERAMENTE TODAS «LAS IMPRECACIONES QUE LANZÓ CONTRA ÉL SU PADRE SATURNO, cuan-«do fue echado del antiguo trono de los cielos. Gócese, pues, en su «seguridad, confiado en ese ruido que se oye en los espacios. ¡Vano «aparato que no le librará de una caida ignominiosa é irreparable! «¡TAN TERRIBLE SERÁ ESE ENEMIGO QUE SE ESTÁ ÉL MISMO CREANDO! «GIGANTE INDOMABLE, QUE INVENTARÁ UN FUEGO MAS VIOLENTO QUE EL «DEL RAYO, ESTAMPIDOS MAS RETUMBANTES QUE LOS DE LA TEMPESTAD...

«Metido en ese escollo, Júpiter reconocerá al fin la grandísima dife-«rencia que va entre reinar y servir. — *Los coros:* Nosotros creemos «que tomas el sueño de tus deseos por la realidad del destino de Jú-«piter. *Prometeo:* Todo cuanto digo se cumplirá. *Los coros:* ¡Qué! «¿Júpiter tener señor? *Prometeo:* Sí, y sufriendo un suplicio mas «insoportable que el mio.»

En el final del drama se presenta Mercurio, como ya hemos dicho, para pedir á Prometeo la explicacion de aquel oráculo tan funesto para Júpiter: pero Prometeo se niega á contestarle. Entonces Mercurio le anuncia en estos términos la prolongacion de su suplicio: «Es-«tán ya preparados la tempestad y el rayo abrasador; mi padre des-«hará en astillas esas cimas escarpadas, y tu cuerpo desaparecerá «confundido entre las rocas. Despues de mucho tiempo volverás á ver «la luz del dia; pero el perro alado de Júpiter, el águila hambrienta «de carne, arrancará sin piedad un gran pedazo de tu cuerpo: co-«mensal no convidado, que vendrá á alimentarse un dia entero de tu «hígado, negro y sangriento manjar del festin. Y no te figures que «semejante suplicio deberá acabarse HASTA QUE UN DIOS SE OFREZCA Á «REEMPLAZARTE EN TUS SUFRIMIENTOS, Y QUIERA BAJAR VOLUNTA-«RIAMENTE POR TÍ LÉJOS DE LA LUZ, Á LA MANSION DE PLUTON EN «LAS TENEBROSAS PROFUNDIDADES DEL TÁRTARO.»

Tal es en compendio la tragedia de Esquiles, *el Prometeo encadenado*. Para no despreciar nada de cuanto pueda ilustrarnos sobre su verdadera significacion, recojamos este verso del *Prometeo libertado*, que nos ha conservado Plutarco, en el que Prometeo, hablando de su libertador, le llama:

HIJO QUERIDO DE UN PADRE ENEMIGO [1].

Reunidos así estos documentos, entreguémonos á la investigacion de la verdad que pueden contener.

Lo primero que nos choca en toda esa fábula dramática de Prometeo, es la oscuridad, la incoherencia, y por decirlo así, la deformidad de las partes; de lo cual debemos inferir que no quiso Esquiles hacer una obra de *invencion*, pues hubiera procurado emplear en ella mas arte, mas consecuencia y enlace. Es infinitamente mas probable que quiso limitarse á recoger los miembros esparcidos de aquella tradicion, de la cual ni él mismo tenia perfecta inteligencia, y que por

[1] Plutarco, *Vida de Pompeyo.*

otra parte hallamos en otros poetas, singularmente en Hesiodo, que antes que él las habia recogido. Todas las reticencias proféticas de Prometeo no son mas que cierto artificio, por cuyo medio quiso el Poeta disimular su propia ignorancia. En realidad dice todo lo que sabe y tal como lo habia encontrado en la antigua tradicion, á mas de que él mismo lo confiesa en boca de Prometeo: *Tal es el oráculo que me reveló mi madre, la antigua hija de los Titanes.*

No es preciso, pues, suponer en aquel drama un designio oculto, ni por consiguiente esperar ni buscar una solucion que explique y concilie todas sus partes. El desórden y la oscuridad que en él reinan, denotan igualmente que en su contenido ni todo es verdad ni todo caprichosa invencion, sino mas bien una mezcla confusa de ambas cosas; en una palabra, una verdad introducida en la fábula, y que debemos procurar deslindar.

Pues bien, esta verdad nos parece la misma que consignó Moisés en el Génesis, y que despues se desenvolvió mejor en otros pasajes de los Libros santos, relativa á la promesa y á la expectacion del Reparador de la caida del hombre.

Tomando desde luego la fábula de Prometeo en su conjunto, se descubren fácilmente los grandes lineamientos de esta verdad.

Prometeo que quiso hacerse semejante á Dios, y es condenado á su espantoso suplicio, en medio del cual alimenta, sin embargo, la esperanza de un libertador. La mujer Io comparte con el hombre este doble y cruel destino, y de ella, *de ella sola,* debe salir el libertador comun á entrambos. La procedencia de este libertador debe tener, efectivamente, un carácter milagroso: la mujer debe llegar á ser fecunda sin experimentar detrimento alguno en su virginidad [1], y de ella, por la sola virtud de Dios, debe salir al mundo ese niño, cuyo nombre indicará su orígen, que será á un tiempo hijo de Dios é hijo de la mujer, y por consecuencia Dios y hombre. Este niño desarmará la justicia de su padre irritado contra el hombre, y aterrará al antiguo enemigo que fue autor de todos sus males. Este enemigo será destronado, y se cumplirán todas las imprecaciones lanzadas contra él en el principio por el Señor del cielo.

¿Quién no reconoce en estos grandes trazos la historia de la redencion del género humano, tal como nuestra Religion nos la enseña; la caida del hombre; la maldicion pronunciada al principio contra el autor de esta caida; el anuncio de un Libertador que debia que-

[1] Efectivamente Esquiles llama á Io *la virgen casta.*

brantar su cabeza, de un libertador salido *de la estirpe de la mujer?* ¿Quién no oye detrás de esta fábula aquel oráculo de Isaías: EL SEÑOR OS DARÁ UNA SEÑAL. HÉ AQUÍ QUE UNA VÍRGEN CONCEBIRÁ Y PARIRÁ UN HIJO, Y SERÁ LLAMADO SU NOMBRE EMANUEL (que quiere decir, *Dios con nosotros). Y será llamado su nombre*, ADMIRABLE, CONSEJERO, DIOS, FUERTE, PADRE DEL SIGLO VENIDERO, PRÍNCIPE DE PAZ [1]? *Cercano está mi Justo, ha salido mi* SALVADOR, *y mis brazos juzgaron á los pueblos; á mí me aguardarán las islas, y esperarán mi brazo* [2]. EN ESTE MONTE ROMPERÁ EL LAZO ATADO SOBRE TODOS LOS PUEBLOS, Y LA TELA QUE URDIÓ EL ENEMIGO SOBRE TODAS LAS NACIONES. DESPEÑARÁ Á LA MUERTE PARA SIEMPRE, *y enjugará las lágrimas de todos los semblantes, y quitará de toda la tierra el oprobio de su pueblo* [3]. *El Señor les abandonará hasta el tiempo en que parirá* AQUELLA QUE DEBE PARIR [4]. Promesas cuyo cumplimiento inspiraba además á la CASTA VÍRGEN, de cuyo seno habia salido el verdadero Libertador, estas otras admirables palabras: *Magnificat anima mea Dominum... quia fecit mihi magna qui potens est.* FECIT POTENTIAM IN BRACHIO SUO... DEPOSUIT POTENTES DE SEDE, etc.

Estos oráculos que se oyen resonar en todo el curso de las santas Escrituras como un trueno de libertad, cuyo ruido va siempre en aumento, hasta que al fin da un enorme estallido, presentan tan marcada analogía con el oráculo de Prometeo, que es imposible no reconocer en este último una emanacion de la misma fuente, y un eco de la misma voz.

Los sonidos de esta voz debieron de alterarse, cruzarse y confundirse al pasar por una tradicion profana y engañosa que se habia desprendido de su principio; y de aquí provienen las incoherencias y las aparentes oposiciones que se notan entre ambos oráculos. Las tradiciones sobre el *Mediador* debieron necesariamente alterarse en la misma proporcion que las relativas á la naturaleza de Dios y á la naturaleza del hombre de que participa igualmente, y las oposiciones que de aquí resultan, robustecen muchísimo la verdad de la conclusion que hemos deducido de sus grandes rasgos de analogía.

Creemos que no es imposible desenredar el nudo de estas oposiciones.

[1] Isai. VII, 14; IX, 6.
[2] Idem, LI, 5.
[3] Idem, XXV, 7 y 8.
[4] Micheas, V, 3.

La mas fuerte es la que resulta de que el enemigo del hombre en el *Prometeo encadenado*, el que el libertador debe aterrar y vencer, es la misma divinidad, Júpiter. Pues, como hemos insinuado ya, en concepto de Esquiles, Júpiter no es el Dios verdadero, es un usurpador que invadió el reino de Saturno, el antiguo monarca del cielo. Toda la mitología griega está basada sobre este principio, y admite dos edades: la edad de la inocencia y de la felicidad bajo las leyes de Saturno, verdadero Dios, y la edad de la decadencia del crímen y del mal como consecuencia de la invasion de Júpiter, usurpador, dios falso, y autor de todos los males de la especie humana.

Ante Jovem *nulli subigebant arva coloni.*
. . . . *Ipsaque tellus*
Omnia liberius, nullo poscente, ferebat.
Ille malum *virus serpentibus addidit atris* [1].

Bajo este punto de vista, Júpiter se nos presenta absolutamente como el Satanás de los hebreos, el Tifon de los egipcios, el Ahrimanio de los persas, etc., aquel ser malhechor, en una palabra, que *las tradiciones universales* convienen, como hemos visto, en representar como autor de la caida del hombre y destructor del imperio del cielo sobre la tierra, y á quien llaman con frecuencia las santas Escrituras *Príncipe de este mundo,* del cual debe ser arrojado por la victoria del Libertador: *Princeps hujus mundi ejicietur foras.* Despues de esto, se conciben perfectamente todas las imprecaciones de Prometeo contra él, y se hace inteligible aquel oráculo: *Caerá del trono, será echado del imperio*, etc.

Sin embargo, no está resuelta toda la dificultad, pues esta explicacion encuentra un obstáculo en los otros pasajes donde se dice que Júpiter llegará á ser autor de su propia derrota haciendo nacer un hijo de la mujer, *un hijo mas poderoso que su padre ;* palabras que no pueden aplicarse mas que al Dios verdadero, pero que en este caso combaten lo que acabamos de decir, si se quiere descubrir en ello alguna semejanza con la tradicion mosáica y cristiana.

Á esto podríamos contestar que la mitología griega es un verdadero cáos de incoherencias y contradicciones, donde las mas opuestas verdades se encuentran mezcladas y confundidas, y donde la misma fábula no es mas que una confusion introducida en la verdad

[1] Virgilio, *Georg.*, lib. I. —Y en la égloga de *Polion*:... REDEUNT SATURNIA REGNA.

primitiva. En el caso presente esta confusion, por mas chocante que sea, puede todavía explicarse; porque Júpiter era sucesivamente considerado en la fábula como usurpador del cielo y como la divinidad por esencia, y esta es sin duda la razon por que tal vez se hayan confundido estos dos caractéres y se le hayan aplicado los dos á la vez. Júpiter no era usurpador mas que originariamente y respecto de Dios ó de Saturno; pero convertido por su misma usurpacion en dios ó mas bien en tirano de la especie humana, se concibe, en el desórden de las imaginaciones, el equívoco que pudo atribuirle el carácter y la suerte que se refieren á Satanás, al mismo tiempo que le concedia algunos de los atributos de la divinidad, cuyo trono habia usurpado.—Es tambien lógico decir, en cierto sentido, que Dios se habia hecho, á causa del pecado, enemigo del hombre, y que su inexorable justicia fue aplacada, vencida, ó por mejor decir, satisfecha por el *Mediador* su Hijo, en cuyo caso la fábula de Prometeo se desprende de todas sus oscuridades, y brilla con la luz de la verdad aun en aquellas admirables palabras con que Prometeo llama á su libertador:

HIJO QUERIDO DE UN PADRE ENEMIGO.

Y ¿quién es este hijo?

Hesiodo piensa que es Hércules. Sobre lo que Mr. Alejo Pierron dice que no es preciso ver tanto misterio en la persona del Libertador de que habla la tragedia de Esquiles. Pero á esto se podria replicar que el mismo Hércules no es mas que un personaje fabuloso y simbólico, y que se daba este nombre á todos los libertadores, de modo que se cuentan treinta y dos Hércules, y en cierto modo Hércules y Libertador eran nombres sinónimos; y que por lo tanto no queda menos subsistente el misterio que contiene la fábula. No importa que á este Libertador se le llame Hércules, ó Epafo ú Oro, pues esto no seria mas que una cuestion de nombre, que deja subsistente la misma cosa, esto es, el papel del personaje. Y cabalmente este papel es el que nos choca, por la semejanza que en él descubrimos con el que desempeña el Libertador prometido y esperado desde el orígen del mundo por el pueblo judío. La manera con que Hesiodo nos cuenta la libertad de Prometeo no disminuye en nada la fuerza de esta semejanza: «El animoso hijo de Alcmeno, de piés encantadores, dice, «mató el águila que comia el hígado de Prometeo, y echando léjos «del hijo de Japeto un azote tan cruel, le libertó de sus tormentos,

«*no sin el consentimiento de Júpiter*, poderoso monarca del Olimpo, «*que quiso se esparciese mas y mas por el mundo la gloria de Hércu-* «*les, el Tebano*. De este modo *quiso honrar á su ilustre Hijo*; y por «mas que estaba irritado contra Prometeo, olvidó su resentimiento, «porque aquel habia luchado con su sabiduría contra el omnipotente «hijo de Saturno.» ¿Quién no descubre la semejanza que hay entre este personaje y el *Hijo del Dios vivo*, que en tantos pasajes de la sagrada Escritura es llamado *el Salvador que ha de ser enviado, cuyo imperio se extenderá cada dia mas, y cuya grandeza brillará hasta las extremidades de la tierra; el Cordero dominador de la tierra, á quien se dieron las naciones por herencia, y delante el cual enmudecerán los reyes*, etc.?

Así, pues, aunque no veamos mas que Hércules en el Libertador de que se trata, todavía hallamos en él rasgos de semejanza con el Salvador de los cristianos capaces de chocarnos.

Mas ¿por ventura no hay en la tragedia de Esquiles, sobre este Libertador que tanto se anunció, rasgos que no pueden convenir al Hércules de la fábula, y que tienen relacion con una figura mayor y mas misteriosa?

Mr. Patin en sus sábios y juiciosos estudios sobre los trágicos griegos, sin entrar á sondear el sentido de esta fábula, ha creido no obstante deber hacer sobre ella la observacion siguiente: «No debe con- «fundirse, como se ha hecho, con Hércules, otro personaje con el «que Prometeo en toda la pieza, con expresiones cada vez mas vi- «vas, y que en este punto llegan á su mas alto grado de fuerza, aun- «que no de claridad, amenaza á Júpiter con un Hijo suyo, que será «mas poderoso que el [1].»

En efecto, una fuerte prueba de que este personaje es muy distinto de Hércules, y al mismo tiempo que la fábula de Prometeo es la verdadera historia de la redencion cristiana, enredada y confundida con varias invenciones, es, que al lado del oráculo de Prometeo que figura al Libertador como un vencedor desarmando á un enemigo, se halla el oráculo de Mercurio que lo representa como un Dios haciéndose á sí mismo víctima por el pecado del hombre. Precioso fragmento de la tragedia de Esquiles que no se ha estudiado con bastante atencion, y del cual se puede concluir con firmeza que toda la fábula que lo contiene no es mas que una reproduccion desfigurada de los antiguos oráculos del Espíritu Santo; — Tu SUPLICIO NO TENDRÁ

[1] *Études sur les tragiques grecs*, t. II.

FIN HASTA QUE UN DIOS SE OFREZCA Á REEMPLAZARTE EN TUS SUFRIMIENTOS, Y QUIERA BAJAR VOLUNTARIAMENTE POR TÍ Á LOS INFIERNOS. —Sublime pensamiento del divino amor, que no pudo ser inspirado por las extravagancias mitológicas que le son tan opuestas, y que tiene tan íntima conexion con todos los pasajes de los Libros santos que nos representan el Mesías en el estado de víctima voluntaria, y en los cuales se nos dice *que él es quien tomó sobre sí nuestras enfermedades... quien fue quebrantado por nuestras iniquidades... y que nosotros hemos sido curados por sus sufrimientos, y que el Eterno hizo caer sobre él la iniquidad de todos nosotros: en fin, que* BAJÓ Á LOS INFIERNOS *de donde despues salió rodeado de gloria* [1].

Véase, pues, como en el drama del *Prometeo encadenado*, que podríamos llamar la *expectacion del Libertador*, se encuentra el doble carácter del Mesías, triunfador y víctima á la vez, y como de todo cuanto llevamos dicho se infiere, que aquella fábula no es mas que una falsa copia de la verdad que constituye el fundamento de nuestra Religion, cuya antigua y poderosa realidad brilla en medio de todas esas invenciones del espíritu humano.

Á esto podemos añadir una cosa que no es del todo despreciable, y es que de todos los restos de la mitología, que han llegado hasta nosotros, sobre la condicion de *Prometeo libertado*, que nos ha reunido Mr. Patin, resulta que este gran culpable, que al fin se reconcilió con Júpiter por la mediacion del Hijo de este Dios, era representado en la corte del cielo con una corona de olivo en la cabeza [2] en señal de rehabilitacion, y por recuerdo de sus desgracias con un anillo de hierro [3], con un pedazo de la roca del Cáucaso [4], y las cicatrices de su suplicio:

Extenuata gerens veteris vestigia pœnæ [5].

Cuadro patético de la rehabilitacion de la humanidad, en el que descansa suavemente la vista, y que completa hasta el fin el pasmoso acuerdo de los destinos del hombre segun lo que nos enseña el Cristianismo, con las tradiciones y las esperanzas del linaje humano.

—Nuestro asombro, ó mas bien nuestra conviccion, se aumentará

[1] Isai. LII, 10.—Osee, VI, 3.—Psalm. X, 9.
[2] Apollod., *Bibliot.*, II, verso 11 y 12.
[3] Athen., XV.
[4] Plin., *Hist. nat.*, XXXIII, 4.—Id., *ibid.*, XXXVII, 1.
[5] Catul., LXIV.

mas aun si observamos otra fábula, que ya por sí misma, ya con su secreta relacion con la de Prometeo, pone mas en claro la verdad que vamos buscando. Hablamos de la fábula egipcia *de Isis y Tifon.*

Tifon, segun Plutarco, es el espíritu malo, representado bajo la figura de una SERPIENTE, y que castigado por una falta cometida anteriormente, se hizo autor de todas las cosas malas. «Movido por su «envidia y malignidad forjó muchas iniquidades, y *habiéndolo puesto* «*todo en combustion, llenó de males y miserias la mar y la tierra*[1].»

La relacion de Plutarco prosigue luego del modo siguiente:

«Y DESPUES FUE CASTIGADO POR TODAS ESTAS MALDADES, Y LA ES-«POSA y hermana de Osiris SE VENGÓ DE ÉL SOFOCANDO Y ENCADENAN-«DO SU RABIA Y FUROR[2].» Este es sin duda el motivo por que representaban á Tifon exhalando su furor:

Anguipedem alatisque humeris Typhona furentem.

¿Quién no reconoce ya en esta fábula aquel versículo del Génesis en que Dios dice á la serpiente:—«Enemistades pondré entre tí y «la mujer, y entre tu linaje y su linaje: ella quebrantará tu cabeza, «y tú pondrás asechanzas á su calcañar.» *Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum et semen illius: ipsa conteret caput tuum, et tu insidiaberis calcaneo ejus.* —De aquí trae orígen la costumbre de los artistas cristianos de pintar con frecuencia la santa Madre del Salvador con una serpiente enroscada debajo de sus piés.

Pero solo por elipsis puede representarse á la Madre del Redentor aplastando á la serpiente, porque no es ella sino su Hijo el que la venció: de modo que en el precitado versículo del Génesis el IPSA *conteret* lo aplican todos los doctores judíos y cristianos á *semen*, y no á *mulierem*[3]. Por la misma razon, si la fábula de Isis no encierra mas que una tradicion de la misma verdad, no es *Isis* la mujer que debia *tomar venganza* de Tifon sino uno de sus descendientes.

La fábula egipcia se explica precisamente en idéntico sentido. En el mismo tratado, Plutarco expone, en efecto, que segun refiere la tradicion, *un descendiente de Isis* llamado *Oro*, que, en su opinion, es el Apolo de los griegos (en la mitología Apolo mata con sus fle-

[1] Plutarco, *De Iside et Osiride*, núm. 24.

[2] Idem, *idem.*

[3] No se apoyan en la version latina, viciosa en este pasaje, pues *semen* es neutro, sino en el texto hebreo, en el que *ipse* corresponde á *semen*, y el verbo que sigue es masculino.

chas á la serpiente Piton), derribó á Tifon; y este *Oro* (observa Plutarco) no es el de la primera generacion, «que ellos llaman el anti-«guo Oro, sino el Oro determinado, definido y perfecto, *que no mató «enteramente á Tifon, pues solo le quitó la fuerza y facultad de poder «hacer nada mas adelante... Tifon fue vencido, pero no muerto*, por-«que la diosa, que es señora de toda la tierra, no quiso permitir «que *su poder fuese del todo aniquilado*, y solo lo enervó y disminu-«yó *con el designio de que el combate durase* [1].»

¡Admirable concordancia que nos descubre cada vez mas claramente el orígen de esta tradicion en la gran verdad del Génesis! La primera mujer, Isis, aplastando por medio de uno de sus descendientes á la serpiente Tifon, autor de los males de la tierra, y este Descendiente lejano venciendo al genio del mal sin *aniquilarlo*, á fin de que *durase mas el combate*, y que la derrota de Tifon se prolongase por su resistencia, ¿no es, en efecto, aquella *enemistad* entre la mujer ó *su linaje y la serpiente tentadora?* ¿No es *aquel linaje bendito quebrantando la cabeza de la serpiente y dejando á esta el poder suficiente para poner* asechanzas á su calcañar? ET TU INSIDIABERIS CALCANEO EJUS? ¡Palabras de un profundo laconismo, y que con dos solos vocablos profetizaban el triunfo de la verdad por el Cristo y esa lucha incesante de la incredulidad y la herejía, que debia contribuir tan poderosamente á hacer brillar su divinidad á través de todos los siglos, sin que las *puertas del infierno* pudiesen nunca prevalecer contra sus fundamentos!

De consiguiente, podemos ya decir que la fábula egipcia de Isis, lo mismo que la griega de Prometeo, deponen manifiestamente en favor de la gran verdad, que refiere el orígen del Cristianismo á la cuna del género humano.

Hay todavía entre las dos fábulas otra relacion inesperada, que dará á nuestra conclusion la evidencia de una solucion matemática.

La mitología hacia salir el buitre que roe el hígado de Prometeo de *Tifon* y de Echidna, y en el *Diccionario de la fábula* leemos: «Echidna *mitad* MUJER *y mitad* SERPIENTE.»

En el mismo diccionario leemos tambien en la palabra *Io:* — «*Io* ó «*Isis*, hija de Inaco, á la cual los egipcios levantaron altares, ofre-

[1] *De Iside et Osiride*, núm. 44, 25.

La fábula refiere como pasado lo que realmente debia haberse puesto como futuro; pero esta transposicion de tiempo se explica fácilmente por el desórden y ruptura de la verdadera tradicion entre los pueblos paganos.

«ciéndole sacrificios *bajo el nombre de Isis.* —Con mucha frecuencia «se la encuentra pintada en los antiguos monumentos *teniendo un* «*niño sobre las rodillas,* á quien da de mamar, y otras veces *es una* «*mujer toda llena de pechos.*»

Es, pues, evidente que no nos hemos equivocado en nuestras conjeturas acerca del lazo que une estas fábulas entre sí, y las dos con la verdad, porque ya puede verse como se asimilan la una á la otra para darse mútuamente lo que les falta, y recomponer juntas la verdad, de la cual cada una no poseia mas que partes aisladas.

La *Io*, compañera de las desgracias de Prometeo, y de la que dede descender el Libertador, es la misma que Isis; y esta, ¿quién es? *Isis llena de pechos* es claramente la madre del género humano[1], *esposa y hermana* de Osiris, como Eva era esposa y hermana de Adan.

Por sus funestas relaciones con el genio del mal, la serpiente Tifon, *que lo puso todo en combustion, y llenó de males la mar y la tierra,* se convierte en madre de nuestros males y enfermedades bajo el nombre de Echidna, *mónstruo la mitad* MUJER *y la mitad* SERPIENTE, que dió á luz el BUITRE devorador de Prometeo.

Pero por lo mismo que fue la causa de nuestras miserias, debe algun dia ser tambien el orígen y el principio de nuestra rehabilitacion: de ella debe salir, despues de muchas generaciones, el Libertador de la humanidad, de *Prometeo;* y solo de ella, de su linaje virginal; porque llegará á ser madre por efecto de una milagrosa y divina concepcion: *Júpiter pondrá sobre su frente su mano acariciadora, y su contacto bastará.* De aquí viene que en los antiguos monumentos mitológicos se la representa *con un niño que tiene sobre sus rodillas, ó á quien presenta los pechos.*

Este niño, llamado Epafo ú Oro, hijo de la mujer y libertador de Prometeo, que es lo mismo que de la humanidad, porque como hemos visto arriba en Hesiodo la humanidad ha participado in solidum la falta y la desgracia de Prometeo; digo mas todavía, este niño será DIOS É HIJO DE DIOS. Será aquel DIOS QUE PONDRÁ TÉRMINO AL SUPLICIO DEL HOMBRE, OFRECIÉNDOSE PARA REEMPLAZARNOS EN NUESTRAS PENAS, Y QUE BAJARÁ POR NOSOTROS Á LOS INFIERNOS; será un mediador divino que desarmará la justicia de Dios su padre, irritado contra el hombre, quien reconocido podrá llamarle EL HIJO QUERIDO DE UN PADRE ENEMIGO.

[1] ¿No es por ventura un emblema de fecundidad la *vaca* con cuyo símbolo se representaba á *Io?*

Este ORO PERFECTO *no matará del todo la serpiente Tifon, sino que le quitará el poder de hacer nada mas en adelante*, de manera QUE SEA VENCIDO, PERO NO ANIQUILADO, Y QUE CONTINÚE EL COMBATE para hacer mas brillante el triunfo, y mas necesario el socorro de este Libertador.

Por fin, este mismo combate ha de tener un término, y Prometeo reconciliado enteramente ha de parecer de nuevo entre los dioses, teniendo sus sienes coronadas con la corona de paz, y llevando el instrumento y las cicatrices de su suplicio como otros tantos trofeos de su libertad.

Véase como sin cambiar ni violentar nada, volvemos á encontrar palabra por palabra, en el mismo cáos de la fábula, y como reconstruimos pieza por pieza todo el edificio de nuestra santa verdad.

—Á pesar de todo esto, queda algo todavía que exponer. Las tradiciones de los galos pueden, si se quiere, añadir á nuestra demostracion el sello de la certidumbre.

En efecto, un sábio del siglo XVII, que se dedicó muy especialmente al estudio de las antigüedades y tradiciones druídicas, dice que los galos adoraban en lo mas retirado y secreto de sus santuarios á la diosa *Isis* Ó LA VÍRGEN DE LA CUAL DEBIA NACER UN HIJO. — *Hinc druidæ statuam in intimis penetralibus erexerunt* ISIDI *seu* VIRGINI *hanc dedicantes*, EX QUA FILIUS ILLIC PRODITURUS ERAT [1]. —

En 1831 se descubrió, en *Chalons-sur-Marne*, en el pavimento de un templo pagano la siguiente inscripcion que confirma el hecho:

VIRGINI PARITURÆ
DRUIDES [2].

Finalmente, la significacion de este culto druídico, que está enlazado por una ramificacion tradicional con la fábula egipcia de Isis y la griega de Io, es tan directamente aplicable á nuestro asunto, que un escritor moderno, aunque impío, ha sacado de aquí partido para impugnar el culto de María y de su divino Hijo, sin prever que con esta alusion nos proporcionaba una nueva luz en favor de la verdad que vamos estudiando. El autor de *las bellezas y maravillas de la naturaleza en Suiza*, mofándose de la fervorosa devocion de los habitan-

[1] Elías Schedius, *De diis germanis*, cap. 13, pag. 346.

[2] *Annales de philosophie*, t. VII, pag. 328.—Hemos visto ya como los druidas habian conservado tambien la verdad sobre los sacrificios, aunque la falsificaban en su aplicacion.

tes del campo, dice: «Penetremos en el santuario: es un templo ais-
«lado edificado en la iglesia donde está la vírgen negra, *la Isis de*
«*nuestros antepasados*, vestida de finísimas telas de plata, adornada
«con cintas y dorados, teniendo su hijo ORO ó JESUCRISTO en sus bra-
«zos, rodeado de una nube luminosa.»

No nos gustan ni las relaciones forzadas ni las inducciones sistemáticas, de modo que al principio entramos con cierta circunspeccion en el estudio de las tradiciones acerca de la esperanza de un Libertador; pero cuando vimos que la verdad venia, por decirlo así, á entregársenos, y que se desprendia naturalmente de los velos de la fábula, sin costarnos mas trabajo que el de recogerla y proclamarla, nos hemos sentido poseidos de su evidencia, y no hemos dudado en afirmarla. Los manifiestos puntos de semejanza de las tradiciones de los egipcios, de los griegos y de los galos con la tradicion mosáica sobre la esperanza de un libertador, parecido á Jesucristo, son tan expresivos, que es preciso estar ciego para no verlos. Debemos saber dudar, pero debemos tambien saber reconocer la verdad cuando se presenta y brilla en medio de nosotros.

—Y sin embargo, aun no hemos concluido de reunir todos sus rasgos; pues nos falta acabar de recorrer todas las naciones, y preguntar á cada una de ellas si efectivamente son tan verdaderas como nosotros suponemos estas palabras del Génesis, que nos han servido de punto de partida: *Ipse erit expectatio gentium*[1], y estas otras del profeta Aggeo: *Movebo omnes gentes; et veniet* DESIDERATUS CUNCTIS GENTIBUS[2], y estas, en fin, de Isaías: LEGEM EJUS INSULÆ EXPECTABUNT[3].

Llama nuestra atencion hácia la nacion griega un testimonio muy eminente, que haciéndose superior á las fabulosas creencias de su nacion, habia cultivado la filosofía en sus mas puras concepciones, y habia llegado á ser su órgano mas legítimo. Nos referimos á Sócrates.

En el capítulo sobre la *Necesidad de una segunda revelacion*, dejamos consignadas las siguientes palabras del ilustre maestro: *Si Dios no os* ENVIA ALGUNO *que os enseñe de su parte, inútiles serán cuantos esfuerzos se hagan para reformar las costumbres de los hombres*[4]. En-

[1] Genes. XLIX, 10.

[2] Aggæi, II, 8.

[3] Isai. XLII, 4.—Ya se sabe que los judíos comprendian en la palabra *insulæ* todos los lugares lejanos de la Palestina.

[4] Platon, *Apolog. Socratis.*

tonces no debimos considerar estas palabras mas que como expresion de la desconfianza de la filosofía humana, en la curacion de la humanidad, pero ahora nos será ya fácil decir, que procedian tambien de la esperanza y de la expectacion formal de un Enviado del cielo.

Dejemos, pues, hablar al mismo Sócrates, ya que quiso expresarse con tanta claridad en su diálogo segundo de *Alcibíades*. Supónese en él que Alcibíades se dirige al templo para ofrecer un sacrificio, cuando por el camino encuentra á Sócrates, á quien consulta sobre lo que deberá pedir á los dioses. Sócrates le aconseja que se abstenga de toda peticion, porque podria suceder que sin conocerlo pidiese males en lugar de bienes; y el diálogo continúa en estos términos:

SÓCRATES.

«El mejor partido que podemos tomar es *esperar* con paciencia. Sí, «ES PRECISO ESPERAR QUE VENDRÁ ALGUNO *á enseñarnos cómo nos he-* «*mos de portar relativamente á los dioses y á los hombres.*

ALCIBÍADES.

«¿Cuándo vendrá? y ¿quién es ese que nos enseñará estas cosas, «pues me parece que SIENTO UN DESEO ARDIENTE DE CONOCER Á SE- «MEJANTE PERSONAJE?

SÓCRATES.

«AQUEL de quien se trata se interesa mas de lo que pensamos en «todo cuanto nos atañe; pero lo hace, segun creo, á la manera que «cuenta Homero que lo hacia MINERVA respecto de Diomedes. MI- «NERVA disipó la niebla que aquel tenia delante de los ojos para que «pudiese distinguir *los dioses de los hombres* [1]. Es igualmente nece- «sario que se disipe la espesa niebla que cubre ahora los ojos de vues- «tro entendimiento, á fin de que en lo sucesivo podais distinguir con «exactitud el bien del mal.

[1] Hé aquí el pasaje de Homero á que hace alusion:—«Quito de tus ojos la «nube que antes los cubria para que distingas sin trabajo los dioses de los «hombres. Si te se presenta alguna divinidad, guárdate de atacar á ninguno de «los inmortales.»—Esta nube es la que oscureció el entendimiento de los judíos, ***Velamen cordis.***

ALCIBÍADES.

«VENGA, PUES, y disipe cuando quiera estas tinieblas. Estoy dis-
«puesto á hacer cuanto ÉL guste prescribirme, con tal que pueda
«llegar á ser mejor de lo que soy.

SÓCRATES.

«Os lo aseguro de nuevo; AQUEL de quien estamos hablando de-
«sea infinitamente vuestro bien.

ALCIBÍADES.

«¿No seria, pues, conveniente diferir el ofrecer sacrificios HASTA
«QUE ÉL VENGA?

SÓCRATES.

«Teneis razon; mas valdria tomar este partido que correr la even-
«tualidad de no saber si, ofreciendo sacrificios, agradarémos á Dios
«ó le disgustarémos.

ALCIBÍADES.

«Pues bien; CUANDO LLEGUE ESE DIA entonces presentarémos á Dios
«nuestras ofrendas. ESPERO DE SU BONDAD QUE NO SE HARÁ ESPERAR
«MUCHO TIEMPO [1].»

El célebre Clarke, en su *Tratado de la existencia de Dios, de la Religion natural, y de la verdad de la Religion cristiana*, fue uno de los primeros apologistas que invocaron este brillante testimonio. Lord Bolingbroke, el Voltaire de la Inglaterra, en sus *Observaciones críticas* sobre este pasaje del libro de Clarke, confiesa la exactitud de esta cita, pretendiendo tan solo que el sentimiento particular de Sócrates ó de Platon no es del todo decisivo [2].

Creemos que nuestros lectores pensarán de otro modo, sobre todo si observan que este *sentimiento particular* de Sócrates era el *sentimiento universal* que las tinieblas de la idolatría habian debilitado sin extinguirlo enteramente [3].

[1] Platon, *in Alcibiad.*, II; *Oper.*, t. I, pág. 100-101.

[2] *Obras de Bolingbroke*, t. V, pág. 214, 215, 216, en 4.°

[3] La idolatría, que cási toda ella no era mas que una corrupcion del dogma de la *mediacion*, prueba invenciblemente la verdad de este dogma, unido de una manera inseparable con el de la degradacion de nuestra naturaleza. En la

Esta era la opinion del sábio Foucher sobre el citado pasaje de Platon:—«Vemos por este diálogo, dice, que la expectacion cierta de un «Doctor universal del género humano era un dogma recibido que no «sufria ninguna contradiccion [1].»

Además, en muchos pasajes de las obras de Platon se halla expresada la doctrina de un mediador, á quien él llamaba el Verbo *(logos)*, por cuya mediacion debia establecerse un vínculo de divina enseñanza entre el hombre y Dios, á quien por esto mismo llamaba *Salvador, Dios Hijo de Dios.*—«Al principio de este discurso invoquemos «al *Dios Salvador*, á fin de que por medio de una enseñanza *extraor«dinaria y maravillosa* nos salve, instruyéndonos en la verdadera doc«trina [2].»—«Rogad, dice en otro lugar, al Dios del universo, autor «de todo lo que existe y de todo lo que existirá *(omnia per ipsum «facta sunt, et sine ipso factum est nihil quod factum est.*—Evang. seg. «san Juan, I); rogad á *su Padre y Señor* que se nos dará á conocer «á todos cuanto sea posible á los hombres [3].»

El ilustrado Bruker se pregunta á sí mismo dónde habia podido beber Platon estas ideas, y cree descubrir su orígen en la antigua tradicion del *Mediador*, que debia reunir en su persona *las dos naturalezas divina y humana.*—«Unde hæc habuerit Plato dici quidem non «potest, conjici vero non sine verisimilitudine, pervenisse ad Plato«nem in ejus inter barbaros itineribus vestigia quædam doctrinæ de «mediatore inter Deum et homines ex utriusque natura participante, «quam ex protoplastorum traditione inter vetustissimarum gentium «origines dispersam, dubium non est [4].»

expectacion perpétua y confusa de ese Enviado celestial en que los pueblos se hallaban creian verlo en todos los personajes extraordinarios que aparecian en el mundo. *De aqui*, observa Foucher, *aquella multitud de semidioses, salvadores y libertadores, que creaba por todas partes la fe en el Salvador vaticinado. Pero no correspondiendo nunca estos falsos libertadores á las esperanzas y necesidades de los hombres, esperábanse sin cesar otros nuevos* (Ciceron dice que se contaron hasta treinta y dos Hércules sucesivos); *y el verdadero Mesías era siempre sin saberlo ellos, como lo habia llamado Jacob,* EL DESEADO DE TODAS LAS NACIONES.—Habia tantos falsos libertadores como sacrificios; se les multiplicaba en razon de su impotencia, y esta multiplicidad atestiguaba á la vez la verdad de una promesa de salvacion para la tierra, y que no habia sonado aun la hora de su cumplimiento.

[1] *Memorias de la Academia de las Inscripciones*, t. LXXI, pág. 147, nota.

[2] Platon, *Timeo*, *Obras*, t. IX, pag. 341.

[3] Platon, *Epistola* VI, *Obras*, t. XI, pág. 91-92.

[4] *Hist. crit. philos*, part. I, t. II, pag. 434.

— La doctrina y las tradiciones de los persas darán todavía nuevo peso á esta verdad. — Hemos visto ya en estas tradiciones la historia de la caida del hombre y de la mujer sublevados contra *Ormuzdo* su autor, á instigacion de *Ahrimanio*, el genio del mal, que, celoso de su felicidad, les habló bajo la forma de serpiente, les presentó y ofreció unas frutas, y los hizo esclavos suyos, etc.

Anquetil-Duperron refiere que, segun la doctrina de los magos, la regeneracion de la humanidad así caida debia efectuarse con el auxilio de un mediador que ellos llamaban *Mithras*. — «*Ormuzdo* puso en el mundo á *Mithras*, para que lo gobernase. Procede de él y «hay en los libros Zends una PALABRA *(verbum)* que viene del pri- «mer principio que estaba en el cielo antes que existiesen el agua, «la tierra, los ganados, los árboles, el fuego y todo lo que hay en «el mundo, antes de todos los bienes y de todas las preciosas semi- «llas que nos dió *Ormuzdo*. Su nombre es YO SOY.» — «*Mithras*, di- «ce Anquetil, es MEDIANERO, esto es, colocado entre *Ormuzdo* y «*Ahrimanio*; combate por el primero contra el segundo, y es MEDIA- «DOR entre *Ormuzdo*, del cual recibe las órdenes, y los hombres que «están confiados á su cuidado [1].»

Plutarco, órgano por cierto nada sospechoso, nos suministra una de las mas curiosas y decisivas pruebas, sacada de la tradicion pérsica. El interesante pasaje que vamos á transcribir no ha sido citado por nadie hasta ahora que sepamos; sin embargo nuestros lectores juzgarán si es perfectamente adaptable á nuestro asunto:

«Por lo que, esta antigua opinion bajada de los teólogos y legis- «ladores del tiempo pasado hasta los poetas y filósofos actuales, sin «que se sepa quién fue su primer autor, está tan fuertemente impresa «en la fe y persuasion de los hombres, que no hay medio de bor- «rarla ni arrancarla, y se halla profesada, no solo en las conversa- «ciones familiares y en las pláticas comunes, sino tambien en los sa- «crificios y divinas ceremonias del culto de los dioses, tanto por las «naciones bárbaras como por los griegos [2]; — esta opinion es, que «el mundo no anda flotante á la ventura sin una providencia y ra-

[1] Anquetil-Duperron, *Système mytologique des mages; Mémoires de l'Académie des Inscriptions*, t. LXI, p. 298-299.

Entrevemos en esta doctrina el error de los Maniqueos, que no es otra cosa que una corrupcion de la doctrina de la caida y del pecado original.

[2] ¡Oh qué bien expresada se ve la marcha de la tradicion en estas primeras líneas: «Bajada de los *teólogos* y *legisladores*... á los *poetas* y *filósofos!*»

«zon que lo rija y gobierne, lo mismo que á nuestra razon; sino que «esta vida es gobernada y conducida por dos principios y dos poten- «cias recíprocamente adversarias: la una que nos dirige por los sen- «deros de la justicia y rectitud; y la otra, por el contrario, nos ex- «travia de ellos y nos pierde. Este es el parecer de la mayor parte y «de los mas distinguidos sábios de la antigüedad; pues *unos* quieren «que haya dos dioses de materia contraria, el autor de todos los bie- «nes y el otro de todos los males; y *otros* llaman al que produce los «bienes Dios, y al otro le llaman demonio, como lo hacia el mago «Zoroastro, que dicen vivió quinientos años antes de la guerra de «Troya [1].—Este, pues, llamaba al Dios bueno *Oromazo* y al otro «*Ahrimanio,* y decia que habia *entre los dos otro* llamado *Mithras,* «por cuya razon los persas dicen todavía QUE EL QUE INTERCEDE Y «ES MEDIANERO es *Mithras... Pero* LLEGARÁ UN TIEMPO FATAL Y PRE- «DESTINADO, *en que habiendo Ahrimanio traido al mundo el hambre y «la peste, será enteramente destruido y exterminado;* Y ENTONCES TODA «LA TIERRA SERÁ LLANA, UNIDA É IGUAL, Y NO HABRÁ MAS QUE UNA «VIDA Y UNA ESPECIE DE GOBIERNO ENTRE LOS HOMBRES, LOS CUALES NO «USARÁN MAS QUE UN SOLO IDIOMA, Y VIVIRÁN FELICES.—Tambien escri- «be Teopompo, *que los principios deben ahora estar en guerra y pelear «unos contra otros, hasta que al fin Pluton será vencido y perecerá com- «pletamente* [2], *y entonces los hombres serán felices, y que* ENTRE TANTO «EL DIOS QUE HABRÁ OBRADO, HECHO Y PROCURADO TODO ESTO, HUEL- «GA Y DESCANSA POR UN ESPACIO DE TIEMPO QUE NO ES LARGO PARA «UN DIOS [3].»

¡Cuán trasparente es esta tradicion, y cómo nos deja ver en su primitiva pureza todo el curso de nuestra historia desde el orígen del mundo hasta el dia! La caida por el tentador, la redencion por Jesucristo, el combate por la impiedad contra su doctrina, y el reinado de esta última por el ministerio y gobierno de la Iglesia, que pre-

[1] Vése en esto que la divergencia y variedad de opiniones acerca de la naturaleza del bien y del mal fue causa de que la tradicion vacilase sobre este punto; *los unos, los otros*, etc.; y al contrario, la fijeza del lenguaje, en lo que sigue, expresa perfectamente su integridad. La pluma de los antiguos, y la de Plutarco en particular, tenia una especie de ingénua flexibilidad, que le hacia doblegarse á todas las situaciones de la verdad en los hechos con tanta mas exactitud, cuanto que con frecuencia ignoraban sus consecuencias.

[2] *Inimicitias ponam inter semen tuum, et semen illius, et ipsa conteret caput tuum.* (Genes. III, 15).

[3] *Isis et Osiris,* num. 41, 42, 43.

senta en efecto el fenómeno de toda la tierra *llana, unida é igual*, bajo el cayado de un solo Pastor, animada de una misma fe, expresándose por un mismo idioma, y aspirando á una felicidad comun. No puede dudarse por consiguiente que semejante tradicion era un eco de la verdad profética que anunciaba Isaías por estas palabras: *Parate viam Domini... Omnis vallis exaltabitur, et omnis mons et collis humiliabitur, et erunt prava in directa,* ET ASPERA IN VIAS PLANAS. *Et revelabitur gloria Domini, et videbit* OMNIS CARO PARITER QUOD OS DONINI LOCUTUM EST [1].

Véase ahora el último rasgo de semejanza, y como el final de aquella antigua tradicion:—«Abould-Faradj, en su quinta dinastía, di«ce que Zardascht, autor de la Magussiah, habia vaticinado que el «*Libertador* (ese Dios que habrá obrado, hecho y procurado todo esto) «NACERIA DE UNA VÍRGEN [2].»

El docto Maurice ha probado tambien hasta la evidencia que las tradiciones inmemoriales, derivadas de los Patriarcas y esparcidas por todo el Oriente, acerca de la caida del hombre y la promesa de un *Mediador* futuro, habian enseñado á todo el mundo pagano á esperar la aparicion de un personaje ilustre y sagrado hácia la misma época de la venida de Jesucristo [3].—Boulainvilliers, en su *Vida de Mahoma*, afirma igualmente que los árabes, apoyándose en una antigua tradicion, esperaban un libertador que debia venir *á salvar los pueblos* [4].—Por fin, ya hemos visto que los indous estaban aguardando una encarnacion de *Wichnou* ó de *Brahma* para reparar los males que habia causado Kaly ó Kaliga *la gran serpiente* [5].

Seria preciso haber contraido con la impiedad alianzas muy funestas, para no verlas romperse en presencia de tan numerosos y decisivos testimonios; para no descubrir en esas tradiciones tan uniformes y luminosas las derivaciones de una tradicion primitiva y única, y en la fuerza de esta primera tradicion la fuerza misma de la verdad.—Pero prosigamos nuestra tarea, y hagamos sobreabundar las pruebas en donde abunda la incredulidad.

[1] Isai. XL, 3, 4, 5.
Parece que todo esto no se cumple sino en parte: seguramente llegará un dia en que se cumpla al pié de la letra y con toda verdad. (*Los Editores*).

[2] D'Herbelot, *Bibliothèque orientale*, art. *Zardasch*.

[3] Maurice, *Histoire de l'Indoustan*, vol. II.

[4] *Vie de Mahomet*, liv. II, p. 194.

[5] Dubois, t. III, parte III, pág. 433.

— La China, esta region tan circunscrita á sus usos y nacionalidad, tan enemiga de toda importacion de doctrinas y costumbres exóticas, ¿habria vivido tambien en este particular de la vida universal, de esa vida de esperanza y expectacion que Jesucristo vino á colmar?

La afirmativa es una de las cosas mejor probadas, y merece que la estudiemos á lo menos por un instante:

«Habia en China la antigua creencia, —dice un sábio de la Aca- «demia de las Inscripciones, — que á la religion de los ídolos, que «habia introducido la corrupcion en la religion primitiva, sucederia «la postrera religion, la cual deberia durar hasta la destruccion del «mundo [1].»

— «Los libros Likyki, dice Ramsay [2], hablan de un tiempo en que «todo debe ser restablecido en su primitivo esplendor por la llegada «de un héroe llamado *Kiuntsé*, que significa *Pastor* y *Príncipe*, á «quien dan tambien los nombres de *Santísimo*, de *Doctor universal*, «y *Verdad soberana*. — *Kiuntsé* es el *Mithras* de los persas, el *Oro* de «los egipcios, y el *Brahma* de los indios. —Los libros chinos hablan «asimismo de los *sufrimientos* y combates de *Kiuntsé*... Parece que «el orígen de todas estas alegorías (las alegorías de la fábula, los tra- «bajos de Hércules, etc.) es una tradicion muy antigua, comun á «todas las naciones, de que el Dios medianero, á quien todas ellas «dan el nombre de *Soter* ó *Salvador*, no destruiria los crímenes de «la tierra, *sino sujetándose y sufriendo él mismo muchos males*.» Esto, en efecto, es lo que hemos visto de la manera mas explícita en el *Prometeo* de Esquiles. *Tu suplicio no se acabará hasta que un Dios se ofrezca á reemplazarte en tus sufrimientos, y quiera bajar voluntariamente por tí á los infiernos.*

Debemos notar aquí una cosa muy particular, y es que en China lo mismo que en Grecia la filosofía mas adelantada se convenia con la fábula en el punto de la expectacion de un libertador. Hemos oido ya á Sócrates, veamos ahora lo que dice Confucio:

Observamos en los libros de moral de este gran filósofo, que vivió seiscientos años antes de Jesucristo, que una de sus creencias mas fijas era —*que del cielo debia ser enviado* UN SANTO *que lo sabria todo, y tendria omnímodo poder en el cielo y en la tierra* [3]. — Esta creencia provenia de la antigua tradicion.

[1] De Guignes, *Mémoires de l'Académie des Inscriptions*, t. XLV, p. 543.
[2] *Discours sur la mythologie*, p. 150-151.
[3] *Moral de Confucio*, núm. 196.

Mr. Abel Rémusat, sumamente versado en las lenguas y tradiciones tártaras y chinas, ha ilustrado nuevamente esta interesante cuestion. En su traduccion de *El Medio invariable* cita un *Tratado* muy curioso de la religion musulmana, escrito en lengua china, en el cual se lee lo siguiente:

«El ministro *Phi* consultó á Confucio, y le dijo: Maestro, ¿sois «santo?—Confucio le contestó: Por mas que fatigue mi memoria, «no acierto á recordar que haya habido un solo hombre digno de «este nombre.—Pero, y los tres reyes, replicó el ministro, ¿creeis «vos que no fueron santos?—Los tres reyes, dijo Confucio, dotados «de excelente bondad, poseyeron una prudencia ilustrada y una fuer-«za invencible; pero yo, *Khieu,* no sé si fueron santos.—El minis-«tro repuso: ¿Fueron santos los cinco señores?—Los cinco señores, «contestó Confucio, dotados de una excelente bondad, hicieron uso «de una caridad divina y de una justicia inalterable; pero yo, *Khieu,* «ignoro si fueron santos.—El ministro le preguntó aun: ¿Fueron «santos los tres Augustos?—Los tres Augustos pudieron hacer muy «buen uso de su tiempo; pero yo, *Khieu,* no sé si fueron santos.—«Admirado el ministro, le dijo por último: Siendo así, ¿á quién «podrémos llamar santo?—Y contestó Confucio, algo conmovido, «aunque con dulzura: *Yo,* Khieu, *he oido decir que en las regiones* «OCCIDENTALES [1] *habria* UN HOMBRE SANTO, *que sin ejercer ningun* «*acto de autoridad, evitaria las disensiones; que sin hablar, inspira-*«*ria una fe espontánea, y que sin ejecutar ningun cambio, produci-*«*ria naturalmente un océano de acciones meritorias. Nadie sabe su* «*nombre; pero yo,* Khieu, *he oido decir que este será* EL VERDADERO «SANTO [2].»

El P. Intorcetta refiere tambien, en su *Vida de Confucio,* que este filósofo hablaba *de un Santo que existia ó que debia existir en el* OCCIDENTE.— «Esta particularidad, dice Mr. Rémusat, no se encuentra «ni en los *King* ni en los *Tsé chou;* y no apoyándose el misionero en «ninguna autoridad, podríamos sospechar que quiso atribuir á Con-«fucio un lenguaje conveniente á sus miras; mas aquellas palabras «del filósofo chino se hallan consignadas en el *Ssé wen loui thsiu*, ca-«pítulo 35, en el *Chân thang ssé-khao tching tsi*, capítulo 1.°, y en el «*Liei-tseù thsionân chou* [3].»

[1] La Judea está situada al *Occidente* de la China.
[2] *El Medio invariable*, nota, pág. 144-145.
[3] *Idem,* pág. 143.

El autor chino de la glosa sobre *Tchoung-young* dice: «que el Hom-«bre santo de cien generaciones (Pë chi) está muy léjos, y que es «difícil formarse de él una idea exacta. *En la expectacion* en que está «del Hombre santo de cien generaciones, el sábio se propone á sí «mismo una doctrina que ha examinado ya sériamente, y si logra no «caer en ninguna falta contra esta doctrina, que es la de los santos, «no puede tener nunca ninguna duda relativa á sí mismo.» —Sobre esto Mr. Rémusat añade: — «Pë chi, *cien generaciones*, es aquí una «expresion indefinida, que marca *un largo espacio de tiempo*, así co-«mo un *chi* significa el espacio de treinta años. Cien *chi* hacen, pues, «tres mil años, y seria muy extraordinario que en la época en que «vivia Confucio hubiese dicho que el Hombre santo era esperado ha-«cia ya tres mil años. Por lo demás, dejo al juicio del lector el es-«tudio y la meditacion de este pasaje que, *aun tomándolo tan solo en «el sentido ordinario, prueba al menos que la idea de la venida de un «Santo estaba recibida en China desde el siglo VI antes de la era vul-«gar* [1].»

Por otra parte, la doctrina de Confucio y de los letrados convenia con la de Fo ó Xacca, adoptada por el pueblo no solamente en China, sino tambien en el Tibet; su principal asiento era la Cochinchina, en Tong King, en el reino de Siam, en Ceilan, y hasta en el Japon. En todos estos países idólatras se creia universalmente que un Dios debia salvar al género humano, satisfaciendo al Dios supremo por los pecados de los hombres. — *Ex Xaccæ decreto*, dice una antigua compilacion, *Deus quidam hominibus salutis auctor esse creditur, postquam per eum supremo Deo de peccatis hominum satisfactum est* [2]. —En todas partes, pues, se halla la misma creencia.

—Al punto que han llegado nuestras investigaciones se presentan tan concluyentes que podríamos darlas por concluidas, creyendo con razon que seria muy extraño que esta esperanza de un Libertador no se encontrase tambien en algunas otras naciones que nos falta consultar, ya que la hemos visto profesada por tan gran número de pueblos diversos; lo cual prueba, á nuestro modo de ver, su unidad de orígen, unidad que envuelve en sí su verdadera universalidad. No obstante, ya que entramos en el continente americano, para examinar la tradicion sobre la caida del hombre, busquemos asimismo si hay en él rastros de la concerniente á la rehabilitacion.

[1] *El Medio invariable*, pág. 158, 159, 160,

[2] Alnetan, *Quæst.*, lib. II, cap. 14, pag. 237.

Mr. de Humboldt, en su *Vista de las cordilleras*, nos ofrece los mas curiosos datos sobre la materia. Hemos dicho anteriormente que en las pinturas mejicanas se ve una Mujer, á la cual aquellos pueblos llaman *la Madre de nuestra carne*, representada con una gran serpiente al lado. — «Hay otras pinturas, dice Humboldt, que tienen una cu-«lebra matizada, rota en pedazos por el grande Espíritu *Tezcatlipo-«ca*, ó por el sol personificado, el dios *Tonatiuh*, que parece estar «identificado con el *Krischna* de los indios y el *Mithras* de los per-«sas [1]. —Esta serpiente despedazada por el grande Espíritu, toman-«do la forma de las divinidades subalternas, es el genio del mal, un «verdadero cacodaimon [2].»

«Una antigua profecía, continúa el mismo autor, hacia esperar á «los mejicanos una benéfica reforma en las ceremonias religiosas: «esta profecía anunciaba que *Centeold* triunfaria al fin de la feroci-«dad de los demás dioses, y que los sacrificios humanos serian sus-«tituidos por las inocentes ofrendas de las primicias de las mieses [3].»

Este pasaje confirma de un modo especial lo que dijimos en nuestro *Estudio sobre los sacrificios;* pero hay otra circunstancia mas notable todavía. El medio de conseguir aquella victoria que traeria la benéfica reforma y abolicion de los sacrificios, era asimismo un sacrificio: — «En muchos rituales de los antiguos mejicanos, dice tambien «de Humboldt, se ve la figura de un animal desconocido, muy ador-«nado con un collar y una especie de arnés, pero atravesado por una «porcion de dardos. *Segun las tradiciones conservadas hasta el dia*, «aquel animal era el símbolo de la inocencia sufriendo; represen-«tacion que recuerda el cordero de los hebreos, ó *la idea mística* de «un sacrificio expiatorio destinado á calmar la cólera de la Divinidad «ofendida [4].» ¡Qué hermosa analogía! ¿En dónde estará la verdad si no se reconoce en semejante unidad?

Y no se crea que solamente en Méjico se hallan los vestigios de semejante tradicion: cási todos los pueblos de la América los conservan mas ó menos pronunciados. El historiador Gumilla refiere que los *salivas* decian que el *Puru* envió su hijo desde el cielo para que matase á una horrible serpiente que devoraba los pueblos del Orinoco; que el hijo de Puru venció á aquella serpiente y la mató, y que en-

[1] *Vue des cordillères*, t. I, p. 235-236.
[2] *Idem*, t. I, p. 274.
[3] *Idem*, t. I, p. 265.
[4] *Idem*, t. I, p. 251.

tonces dijo Puru al demonio: «Vete al infierno, maldito; ya no vol«verás á entrar nunca en mi casa [1].»

—En fin, volviendo á la Europa, notemos como de paso que igual tradicion se encontraba tambien entre aquellos pueblos del Norte, conocidos bajo el nombre de escandinavos, que hace diez y ocho siglos renovaron la raza europea. En la mitología gigantesca y fantástica de aquellos pueblos, llamada *Edda,* hay una profecía que Mr. Ampère ha llamado con razon *el Apocalipsis del Norte;* pero á través de su oscuridad se distinguen claramente estos grandes rasgos: —un combate final entre los dioses y los hombres; —en este combate THOR, *el primogénito de los hijos de Odin y el mas valiente de los dioses, da un combate particular á* LA GRAN SERPIENTE *(Migdard)*;—THOR vence á la gran serpiente, pero *en medio de la victoria la deja con vida;* —despues todo se ha consumado, y el Dios soberano pone fin á los desórdenes y establece los sagrados destinos *que han de durar eternamente* [2].

III. De modo que la esperanza de un Reparador de nuestra naturaleza, vencedor del mal, víctima voluntaria é inocente de la justicia celeste, maestro universal y fundador de una reforma religiosa que debia extenderse á todas partes y durar para siempre, es tan antigua y tan conocida como la especie humana sobre la tierra. Ya se consideren las creencias de los pueblos, los testimonios de los poetas y filósofos, las instituciones religiosas y los ritos expiatorios de todas las naciones, siempre es evidente, que nunca hubo tradicion mas universal.

En vista de tan gran diversidad en los órganos de semejante tradicion, y de tan perfecta unidad en los resultados, el entendimiento

[1] Gumilla, t. I, pág. 171.

[2] Mallet, *Voy. en Norwège.*—Véase el tratado de *Tradiciones escandinavas*, que está por apéndice en la obra titulada: *Racionalismo y tradicion*, por el presidente Riambourg.

Este, habiendo ejercido las funciones de consejero, de procurador general y de presidente en el tribunal de Dijon, dimitió estos tres destinos en otras tantas crísis políticas, para poder permanecer fiel á sus convicciones. En un artículo sumamente notable, publicado en la *Universidad católica*, y que salió á luz en seguida de la citada obra *Racionalismo y tradicion*, acerca de la *Direccion que conviene dar á las polémicas cristianas*, traza el plan de una nueva apología del Cristianismo con una maestría muy digna de levantar todo el edificio. Este era, como él mismo dice, el constante objeto de sus meditaciones y el objeto final de sus estudios, cuando vino la muerte á arrebatarlo repentinamente á las letras, á la ciencia, á la Religion y á la sociedad, de las cuales habia sido gloria y apoyo, y en las cuales dejó una respetable memoria.

mas preocupado no puede menos de sentirse como cercado de todas partes por la verdad. Su primer movimiento es poner en duda la exactitud, la independencia y el valor de los documentos y autoridades que la establecen y justifican; pero cuando considera y ve que todos sostienen el exámen y proceden de fuentes profanas ó puramente científicas, y que nada hay mas irrecusable, se siente dominado por la evidencia, y se rinde.

Esto es lo que se ha visto obligada á hacer la misma Incredulidad, y los términos explícitos de sus confesiones, que vamos á examinar, han sido uno de los mayores estímulos de nuestras diligencias, persuadidos como estamos, desde el principio, que ella habia confesado muy formalmente una verdad tan decisiva.

Voltaire el primero lo hizo en estos términos:

«De tiempo inmemorial era máxima recibida entre los indios y «chinos, que el Sábio saldria del *Occidente;* la Europa, al contrario, «decia que el Sábio debia salir de *Oriente.* — *Todas las naciones tu-«vieron siempre necesidad de un sábio* [1]. » — Á estas últimas palabras, sutilmente evasivas como tantas otras de Voltaire, y que son como el *venenum in cauda* de su sofístico talento, contestarémos mas adelante.

Volney, que habia examinado demasiado las buenas fuentes para no descubrir el hecho que nos ocupa y ser herido por su importancia, se expresa así:

«Las tradiciones sagradas y mitológicas de los tiempos pasados, «dice, habian esparcido por toda el Asia la creencia de *un gran Me-«diador* que debia venir, — *de un Juez final, — de un Salvador futuro,* «— *Rey, — y Dios conquistador y legislador, — que renovaria en la tier-«ra la edad de oro, y rescataria á los hombres del imperio del mal* [2]. »

Boulanger, aquel incrédulo que no removió la antigüedad sino para cubrir con su polvo al Cristianismo, confiesa el mismo hecho, añadiendo empero algunas calificaciones evasivas al estilo de Voltaire. En su *Antigüedad descubierta* dice, que los antiguos esperaban dos dioses libertadores que debian reinar bajo formas humanas, y que los impostores se aprovecharon con frecuencia de esta disposicion de los ánimos para hacerse honrar como dioses bajados del cielo. Añade, que en todas partes halló esta opinion profundamente arraigada en la idea de todos los pueblos, y cita algunos ejemplos muy notables [3].

[1] *Additions à l'histoire générale*, p. 15, édit. de 1763.
[2] *Les Ruines, ou Méditations sur les révolutions des empires*, p. 228.
[3] *L'Antiquité dévoilée par ses usages*, t. II, liv. IV, chap. 3, p. 369 et suiv.

—En otra de sus obras insiste en la misma declaracion, y se expresa así:

«Los hebreos esperaban ya un conquistador, ya un ser indefini-«ble, *feliz y desgraciado á la vez;* y lo están esperando todavía... El «oráculo de Delfos, segun Plutarco, era depositario de una antigua «y secreta profecía sobre el futuro nacimiento de un hijo de Apolo, «que traeria á la tierra el reinado de la justicia [1]; y todo el Paganis-«mo griego y egipcio tenia *una multitud de oráculos que no compren-«dia,* pero que todos revelaban ó anunciaban esta *quimera universal,* «la cual fomentaba la loca vanidad de tantos reyes y príncipes que «pretendian hacerse pasar por hijos de Júpiter.—*Las demás nacio-«nes de la tierra* cayeron tambien en estas *extravagancias:* los chinos «esperaban un *Phelo,* los del Japon un *Peyrum* y un *Cambadoxi,* los «de Siam á un *Sommona-Codom,* etc.—Todos los americanos espe-«raban que del lado del *Oriente,* que podríamos llamar EL POLO DE «LA ESPERANZA DE TODAS LAS NACIONES [2], les llegarian los hijos del «sol; y los mejicanos en particular esperaban á uno de sus reyes, «que debia volver á visitarlos por el lado de la aurora, despues de «haber dado la vuelta al mundo. En fin, NO HA HABIDO PUEBLO ALGU-«NO QUE NO HAYA ABRIGADO ALGUNA ESPERANZA DE ESTE GÉNERO [3].»

Véase, pues, como la Incredulidad se combate á sí misma en este terreno. La fuerza de la verdad la arrastra á confesiones que no puede evitar sino exigiendo de la razon sacrificios mil veces mayores que los que exigen los misterios de la Religion que ella quiere rechazar.

¡Á qué grado de preocupacion es preciso haber llegado, para no ver en una creencia tan constante, tan uniforme, tan general como la de la expectacion de un libertador, mas que *una extravagancia, una quimera universal!* Habiendo caido todo el género humano en semejante *extravagancia,* ¿deberémos decir que todo él es *maniático y extravagante?* ¿No seria mas razonable creer que la extravagancia está en esta suposicion? La simple reunion de estas dos palabras, *quimera universal,* ¿no implica contradiccion en los términos, es decir, no es un absurdo manifiesto? En efecto, *quimera* significa una cosa que no

[1] Es aquel maestro de que hablaba Sócrates á Alcibíades cuando le aconsejaba de diferir su sacrificio á Apolo hasta que viniese este hijo de Dios.

[2] ¡Qué palabra! y ¡qué concordancia con nuestras profecías!—Ecce *vir Oriens nomen ejus!* (Zach. VI, 12). *Ipse erit expectatio gentium.* (Genes. XLIX, 10).

[3] *Recherches sur l'origine du despotisme oriental,* sect. X, p. 116 et 117.

se apoya en nada, que no tiene fundamento, y *universal* quiere decir una de las bases mas sólidas y una de las mas incontestables garantías de verdad que hay entre los hombres. Cuvier, dejándose guiar por el buen sentido, establece este axioma: — «Es imposible que un «simple acaso produzca un resultado universal, y que las ideas de los «pueblos poco relacionados entre sí, cuya lengua, religion y costum- «bres nada tienen de comun, estuviesen nunca acordes sobre un pun- «to, si no tuvieran la verdad por base.»

Pero ¡qué! ¿el mismo Boulanger se ha olvidado acaso de lo que dijo respecto del diluvio? — «Es preciso, dice, tomar un hecho en la «tradicion de los hombres, cuya verdad sea universalmente recono- «cida... Este hecho puede justificarse y confirmarse por la universa- «lidad de los sufragios, pues que su tradicion se encuentra en todas «las lenguas y en todos los pueblos del mundo... Este hecho incom- «prensible es lo que puede imaginarse de mas notorio é incontesta- «ble [1]. El hombre de buen juicio, que no hubiese estudiado mas que «las tradiciones, deberia creer en él... Seria preciso ser el mas limi- «tado y terco de los hombres para ponerlo en duda, desde el mo- «mento que se consideran los testimonios comparados de la física y «de la historia, y el grito universal del género humano.» — Hé aquí los principios de Boulanger [2].

Pues bien, ¿cuál es el hecho que puede presentar en su abono *mas universalidad de sufragios*? ¿Cuál es el hecho mejor *tomado en la tradicion de los hombres*? ¿Qué hecho, en fin, fue jamás mejor atestiguado por *el grito universal del género humano*, que aquel de quien el mismo Boulanger, Volney y Voltaire, dicen QUE NO HUBO NINGUN PUEBLO QUE NO LE HAYA TENIDO EN EXPECTATIVA, Y QUE EL PUNTO DEL GLOBO DONDE DEBIA VERIFICARSE PODRIA SER LLAMADO EL POLO DE LA ESPERANZA DE TODAS LAS NACIONES?

El hombre de buen juicio, que no hubiese estudiado mas que las tradiciones, deberia, pues, creer que la expectacion de este hecho no estaba destituida de fundamento, y si comparamos ese *grito universal del género humano* con los testimonios de la metafísica y de la historia, que nos muestran igualmente el hombre indivíduo y la humanidad entera bajo el influjo de una doble tendencia, de un doble

[1] Lo *incomprensible*, pues, no es siempre *increible*, porque á veces es lo *que puede imaginarse de mas notorio é incontestable*. — Es menester tomar acta de estas palabras, aunque es verdad que no se trata aquí sino del *diluvio*.

[2] Véase la pág. 267 de este tomo.

destino de caida y rehabilitacion, ¡con cuánta mas razon podrémos decir, *que seria preciso ser el mas limitado y terco de los hombres para ponerlos en duda!*

Pero hay mas todavía: la Incredulidad se combate á sí misma de mucho mas cerca, porque en cierto sentido ella misma ha pronunciado su propia condenacion sobre el punto que nos ocupa, por aquellas palabras de *quimera universal*, con las cuales quiso evadir la dificultad. Puede decirse, en efecto, que estas dos palabras componen reunidas la fórmula mas expresiva de la verdad, esto es, que la *universalidad* de una creencia juntamente con su *irracionalidad aparente* es el mas sólido fundamento de la certidumbre. Vamos á presentar por última vez este argumento, que indicamos ya al fin del primer párrafo del presente capítulo, argumento solidísimo en nuestro concepto, aunque parezca á primera vista una paradoja, y que conviene mucho dar á conocer, porque puede ser de muy frecuente uso en las polémicas religiosas.

Solo la verdad tiene el privilegio de hablar *igualmente* á los ojos y al espíritu de todos los hombres. Por consiguiente, si una cosa está *universal* y uniformemente recibida por todos los hombres, puede creerse que es verdadera.

Convenimos en que esta regla no deja de tener excepcion. Puede suceder, y ha sucedido en efecto, que un error reine por largo tiempo en todo el universo; pero es bien seguro que solo ha sucedido cuando el error se ha asemejado mucho á la verdad y ha parecido conforme á las disposiciones naturales de las cosas ó de los espíritus; y en este caso la excepcion entra en la regla, y la confirma mas. Por ejemplo, todos los pueblos del mundo han creido que el sol giraba al rededor de la tierra: esto es efectivamente un error; pero ¿por qué gozó de tanta universalidad? Porque el hecho era *verosímil*. En otro órden de ideas, todos los pueblos de la tierra practicaron la esclavitud: esto es otro error; pero, ¿por qué disfrutó de tanto crédito? Porque tenia una apariencia de razon y de verdad, en el sentido de que el derecho de muerte del vencedor sobre el vencido en el campo de batalla parecia poderse transformar en derecho de una gracia condicional, puesto que quien puede lo mas puede lo menos, y que esta ilusion se coloreaba con el interés mismo del vencido, etc. Examinad detenidamente todos los errores que hayan gozado de alguna *universalidad*, y encontraréis la explicacion de su fortuna en su analogía con la verdad. Esta es la sola clase de errores que puede hallarse con la

universalidad de los sufragios, y hacer una excepcion (pero excepcion que confirma altamente la regla) al principio que hemos sentado, de que solo la verdad tiene el privilegio de hablar igualmente á todos los espíritus.

Si se halla, pues, una creencia admitida universalmente por todos los hombres, cuyo objeto sin embargo no tiene analogía con la verdad, entonces es claro que esta creencia no puede ser un *error de analogía*; y como, insiguiendo lo dicho, el error de analogía es la sola clase de errores en que la *universalidad* de los hombres puede caer, se sigue que el objeto de esta creencia no es un error, sino que es necesariamente una verdad.

De aquí se sigue, que cuanto mas dista un objeto de la semejanza con la verdad, tanto menos puede explicarse la universalidad de su creencia por otro medio que por la verdad oculta que lleva en sí y le es propia; y que, por consiguiente, si se encuentra una cosa que haya disfrutado de la mas ámplia universalidad posible, y al mismo tiempo parezca sumamente extravagante en sí, en este caso se habrá hallado la cosa mas cierta y verdadera; pues por su *extravagancia* se resistirá á la suposicion de que pueda provenir del acuerdo fortuito de la imaginacion de todos los hombres, y por su *universalidad* nos obligará á suponer en ella una verdad primitiva, que le granjeó al principio esta universalidad, y cuyo significado perdió en lo sucesivo. En este caso no será ya, como en el primero, un error oculto bajo la capa de la verdad, sino una verdad oculta en las apariencias del error, y será una verdad tanto mas vigorosa en cuanto habrá conservado su universalidad á pesar de sus apariencias.

Pues bien, tal es la esperanza que todas las naciones han tenido del Libertador; de manera que Boulanger le imprimió el mas profundo sello de verdad, llamándola *quimera universal.*

Sin embargo, como lo calificó así en un sentido distinto y con otra intencion, no queremos limitarnos á su declaracion, y probarémos en pocas palabras, que si esta *esperanza universal* parecia una quimera á los ojos de Boulanger, debió parecerlo mas aun á los pueblos de la antigüedad, y por consiguiente estos *no cayeron,* como él dice, en extravagancia, antes bien sufrieron el imperio de una verdad tradicional tanto mas fuerte, cuanto que á pesar de sus apariencias de *quimera,* pudo conservar siempre su universalidad.

Efectivamente, entre todos los caractéres de esta tradicion hay dos en particular que están en sentido inverso de todas las preocupacio-

nes antiguas, y que por lo mismo suponen una verdad primitiva dominadora de todas esas preocupaciones: —el primero es, que el Libertador esperado saldria de una nacion lejana y desconocida á las demás; —y el segundo, que el resultado de su benéfica mision seria universal, é igual para todos los hombres; y que *cuando él apareceria, toda la tierra seria llana, unida é igual*, como dice Plutarco, *y que no habria mas que una vida y una clase de gobierno entre los hombres, los cuales gozarian de una comun felicidad.*

Todos los pueblos antiguos sin excepcion estaban divididos por las mas exclusivas pretensiones de nacionalidad. Para cada nacion todas las demás eran bárbaras y enemigas: cada una tenia su orígen y sus destinos propios, y su sed egoista de dominacion y de tiranía; y esta violenta oposicion no existia solo de pueblo á pueblo, sino de hombre á hombre, y se prolongaba indefinidamente despues del combate en el seno de la esclavitud. El mismo cielo, forjado á imágen de la tierra, era un teatro de querellas y discordias entre los dioses, que tomaban parte en las querellas y discordias de los hombres.

En medio de tales preocupaciones, es claro que la idea de que seria un pueblo extranjero y oscuro el que tendria el privilegio de dar al mundo el Libertador, debia parecer á los demás pueblos una quimera hostil á todos sus intereses. Léjos de concebirla y alimentarla, debian combatirla, arrogándose cada una aquel privilegio. Pero no; todos, —excepto el pueblo judío, —abdican esta pretension, y (¡cosa verdaderamente rara, si no fuera ella la misma verdad, aquella verdad escrita con tantas otras en el Génesis, y precisada mas y mas en otros lugares de los Libros santos!) el Libertador, *Rey y Dios conquistador*, debe aparecer, dice Voltaire, en el *Oriente* para todos los pueblos de Europa y de América, y en el *Occidente* para los de la India y de la China, es decir, debe presentarse necesariamente en el punto del globo ocupado por el pueblo judío, cuyo lugar podria llamarse *el polo de la esperanza de todas las naciones* [1].

Del mismo modo, la idea de que el resultado de la mision de este Libertador seria fundir todas las naciones en una sola, nivelar toda la tierra y proporcionar á todos los hombres una felicidad comun; esta idea de igualdad, de unidad y de fusion universal, idea moderna en las apariencias y que desde que brotó en el corazon de Jesucristo ha ido y va incesantemente ganando terreno; esta idea, repito,

[1] Las tradiciones romanas que reservamos para el capítulo siguiente, vendrán á dar mas peso todavía á estas consideraciones.

debia de parecer tambien una locura, una *quimera*, á los pueblos paganos, que léjos de adoptarla y fomentarla, la combatirian con toda la fuerza de sus preocupaciones individuales. Y sin embargo, la mision del Libertador era esperada en este sentido, en este mismo significado de regeneracion universal, segun la *antigua tradicion*, de que habla Plutarco, *transmitida por los teólogos y legisladores del tiempo pasado hasta los poetas y filósofos posteriores, sin que se supiese quién fue su primer autor, y sin que pudiese borrarse ni arrancarse de la fe y persuasion de los hombres: tan fuertemente se hallaba en ellas impresa.* Segun esta tradicion, no eran los griegos, los egipcios, los persas ó los chinos los que debian ser redimidos y libertados, sino todos los hombres... toda la tierra.

En este doble carácter de la expectacion de un Libertador hay evidentemente algo muy superior á las ideas y costumbres de los pueblos paganos, es decir, que esa expectacion *debia parecerles una quimera*, y era en consecuencia una verdad tanto mas elevada en su mismo orígen, cuanto que nunca se eclipsó, á pesar de la guerra de todas las preocupaciones con que tuvo que luchar.

Por esto dice perfectamente Boulanger que el paganismo tenia, con respecto al Libertador, *una multitud de oráculos que no comprendia,* lo que es muy verdadero y conviene con lo que acabamos de decir. La antigüedad era, sin saberlo ni advertirlo, depositaria de aquella tradicion, y en lo que menos pensaba era en secundarla y darle unidad; prueba tanto mayor de la fuerza interna de esta unidad y del poder de concentracion que entrañaba en sí misma, es decir, en la verdad, en la verdad de una gran promesa revelada al género humano en sus jefes y patriarcas, y confusamente mezclada con los demás restos de las primitivas verdades que iban sucesivamente desapareciendo, y que la segunda revelacion, objeto de esta promesa, volveria á dar para siempre al mundo.

Pero hay en esta tradicion otro carácter particular que prueba lo que acabamos de decir quizás con mucha mas claridad, y ¡cosa rara! tambien la ha dado á conocer otro incrédulo, Voltaire, proporcionándonos así otra arma contra sus escritos. Es verdad que haciéndolo trata de debilitarla; mas no logra sino fortificarla. ¡La verdad es por sí misma tan poderosa, que cási siempre el combatirla es afianzarla!

«De tiempo inmemorial, dice el citado Voltaire, era una máxima «recibida entre los indios y chinos que el *Sábio* saldria del Occiden-

«TE; la Europa, al contrario, decia que el *Sábio* debia salir del «ORIENTE. *Todas las naciones tuvieron siempre necesidad de un Sábio.* »

Es claro que Voltaire ha querido con estas últimas palabras disminuir la fuerza de este hecho doblemente notable, á saber: Que todas las naciones han esperado el Sábio, segun aquel oráculo del Génesis: *Ipse erit expectatio gentium;* y que todas han esperado que debia salir entre la Europa y el Asia, conforme á otro oráculo antiguo que se lee en el libro de los Números: *Orietur stella ex Jacob.* Repito que Voltaire ha querido atenuar este hecho inmenso, insinuando que la expectativa universal de un Sábio no era mas que una ilusion proveniente de la necesidad que de él todas tenian.

Pues bien, precisamente la verdad está en lo contrario de lo que Voltaire pretende.

Si el deseo de que viniera el Sábio podia ser una ilusion de la necesidad que de él se sentia, Voltaire tendria razon, convenimos en ello; porque nunca se extravió la humanidad por senderos mas tenebrosos y corrompidos que en aquellos tiempos del paganismo, en que, como ya hemos visto, la borrachera y el crímen eran deificados; en que Platon no se atrevia á pronunciar en público la unidad de Dios, que á Sócrates le habia costado la vida; en que *filosofía* y *ateismo* eran sinónimos, como decia Ciceron, y en que la supersticion, segun él mismo, *derramada por todos los pueblos, tiranizaba á la humana debilidad.*

Mas ¿quién no ve que precisamente esta misma necesidad que se tenia de un Sábio hacia que no se le sintiese y conociese, puesto que conocerla y sentirla hubiera sido sabiduría, y que el carácter de semejante necesidad era ignorarse y desconocerse á sí misma en razon de su propia intensidad? La prueba de que no habia nada de esto, y que al contrario, los espíritus se hacian una ilusion diametralmente opuesta, es que nunca hubo mas *pretendidos sábios* que en aquellas épocas, y que cuando apareció en el mundo EL VERDADERO SÁBIO fue crucificado.

La Incredulidad, pues, se ha herido con los mismos dardos que habia disparado contra la verdad, y de la observacion de Voltaire, que *todas las naciones tuvieron siempre necesidad de un Sábio,* debemos inferir que la expectacion del *Sábio* por todas las naciones no podia ser una *ilusion,* sino que debia por necesidad fundarse en alguna gran verdad primitiva, que no pudo sostenerse tan universalmente *contra todas las ilusiones* del orgullo y de la locura humana sino por una fuer-

za original que estribaba en su antigüedad y en la autoridad de una primera revelacion.

Menos todavía puede explicarse en otro sentido que en este la otra particularidad de que *el Sábio* esperado debia aparecer, segun todas las naciones, en un mismo punto de la tierra, á pesar de serles relativamente opuestos, en un punto que fue con precision designado por todos los oráculos y tradiciones mosáicas, y en el cual, de hecho, *el Sábio* apareció.

¿Recordarémos, en fin, los otros caractéres sensibles del objeto de esa tradicion que abraza dentro de un solo lazo la caida y la rehabilitacion del género humano?—el mal introducido en el mundo por *la desobediencia y el deseo de saber;—la Mujer*, cediendo la primera á las instigaciones de la *Serpiente*,—arrastrando al hombre en su caida, y en él á toda la humanidad;—todo el género humano, juzgándose desde entonces culpable y castigado;—buscando igualmente un consuelo expiatorio en la práctica de los sacrificios, esto es, por la mediacion de una Víctima que tuviese poder para redimir con *su sangre* la falta hereditaria,—y esperando de lo alto un Libertador que seria esta Víctima figurada por todas las otras víctimas; que naceria de una Vírgen; que seria Hijo de Dios; que desarmaria la justicia de su Padre; que venceria al antiguo enemigo del hombre sin destruirlo enteramente; reuniria todos los pueblos de la tierra en pacífica y fraternal unidad, y estableceria en el seno de las naciones un reino de reconciliacion y de verdad que duraria para siempre.

¿Quién se atreveria á negar que las tradiciones universales convinieron igualmente en todos estos puntos? y ¿quién puede descubrir en tan universal concordancia, y en la conformidad de circunstancias tan numerosas y singulares, una *quimera*, una *extravagancia*, sin ser el mas visionario, *el mas limitado y terco de los hombres?*

Pero estas consideraciones, y en general todas las que nos han proporcionado materia para este segundo libro, van á pasar al estado de realidad objetiva en el capítulo que sigue.

CAPÍTULO V.

LA VENIDA Y EL REINO DE JESUCRISTO.

Hasta aquí hemos ido caminando como los Magos, con la fe en una estrella, la estrella polar de la esperanza de todas las naciones. La hemos visto alzarse sobre la cuna del mundo, brillar con vivo resplandor sobre el pueblo judío, y centellear á través de las mismas sombras del paganismo, marchando siempre delante de nosotros, y convidándonos á seguirla por el fenómeno de su aparicion y de su ruta, igualmente visible en todos los puntos del universo, cuyas miradas ha atraido.

Pero hé aquí que esta estrella se paró de repente hace diez y ocho siglos.

Por esa época tuvo un término la esperanza de los pueblos, desvaneciéronse sus antiguas tradiciones, fueron abolidos los sacrificios, y cesaron los oráculos[1]. ¿Qué aconteció, pues, entonces, y cuál fue la causa y el fin de tan gran mudanza? ¿Abjuró acaso el género humano sus esperanzas como quiméricas, renegó de sus tradiciones como engañosas, ó bien apareciendo de repente el objeto de estas mismas tradiciones y esperanzas, fueron todas absorbidas en su cumplimiento?—Cuestion decisiva en la que se halla recopilada toda la suerte de la verdad, que nosotros vamos reduciendo mas y mas dentro del círculo de nuestras investigaciones.

En efecto, todo cuanto llevamos expuesto en este segundo libro para establecer las semejanzas de una segunda revelacion con la revelacion primitiva, fundándonos en la autoridad de Moisés, en la naturaleza humana y en las tradiciones universales, está necesariamente

[1] Esta última circunstancia de la cesacion de los oráculos, verdaderos ó falsos, órganos del espíritu de verdad ó del espíritu de mentira, llamó tanto la atencion de Plutarco, que le suministró materia para una obra, que intituló: —*De los oráculos que han cesado, y por qué.*—No tenemos necesidad de decir que su talento pagano no encontró mas que ridículas quimeras para là explicacion de un hecho que él mismo señala como el mas importante y curioso de su siglo.

subordinado al correspondiente suceso de esta nueva revelacion, con todos los caractéres requeridos por estas semejanzas; y por mas plausibles que hayan sido nuestras pruebas y raciocinios bajo este respecto, por bien apoyados y por sólidamente demostrados que hayan parecido, si el *hecho* que hemos pretendido que estuviese en ellas contenido en expectativa hubiese faltado en la ejecucion, el edificio hubiera faltado por su remate, y esos profundos cimientos no habrian servido sino para sostener ruinas, monumento de escepticismo y de incredulidad.

Pero si, al contrario, una ejecucion franca, ámplia, positiva, precisa é incontestable satisface, al tiempo preciso, todos los caractéres de la expectacion universal, y contesta palabra por palabra á todos los oráculos y á todas las tradiciones que la habian anunciado, *si el hecho realizado* prueba mejor que todos los raciocinios que esa expectacion no era una *quimera,*—en tal caso habrémos cerrado el techo y colocado el remate en el edificio; entonces la promesa y su realizacion, la primera revelacion y la segunda, se justificarán mútuamente y la verdad del Cristianismo llenará definitivamente nuestra conviccion; ó bien, si queda todavía algun espíritu bastante enfermo para disputarle la suya, ya no le serán necesarios argumentos ni hechos, sino súplicas al Señor para que cure su ceguera.

En esta grande alternativa, ¡con qué avidez el que nos hubiese seguido hasta aquí,—ignorando todo lo que ha sucedido,—abriria los anales del mundo para buscar en ellos qué era lo que le habia acontecido al objeto de las esperanzas de todas las generaciones anteriores! ¡Y cuán grandes no serian los transportes de su conviccion, vírgen aun de todo error, al aspecto de esa inmensa revolucion del Evangelio, salida de la cruz de Jesucristo, envolviendo al mundo como en un torbellino, arrancándole al imperio inveterado del mal, transformándolo en ideas y costumbres enteramente nuevas, bajo la inspiracion del espíritu de verdad y de caridad, y asegurándole la conservacion de este beneficio por un prodigio tan grande como el de su fundacion, á saber, el de un gobierno espiritual, depositario y dispensador incorruptible de la verdad y virtud en el mundo, y cuyo imperio no reconoce límites en el espacio ni en el tiempo!

Tal es el espectáculo que va á ofrecerse á nuestra vista; espectáculo sublime, el mas sublime que le haya sido dado nunca al hombre poder contemplar. El punto de vista á que nos ha conducido el curso de nuestros estudios es el mas á propósito para abrazar de una sola

ojeada todo su conjunto y relaciones. Nos hallamos, por decirlo así, sobre un angosto istmo del tiempo, oyendo por detrás el ruido de los siglos pasados que parecen correr como furiosas olas, y que esperaron con una agitacion llena de presentimientos la llegada del Salvador; y delante de nosotros se extiende otro océano, la dichosa época de la nueva alianza, cuyas maravillas vamos á explorar en la segunda parte de los trabajos que nos hemos propuesto. Entre tanto, pudiendo mirar alternativamente á estos dos lados de la humanidad, vamos á coger, por decirlo así, al paso, las principales circunstancias del fenómeno de esta importante transformacion.

I. Sin querer penetrar los secretos de la Providencia, ni juzgar de su conducta mas que segun los cálculos que el mismo se ha dignado dispertar en nuestra razon, puede decirse que si la rehabilitacion del género humano hubiese sucedido inmediatamente á la caida de su jefe, no hubiéramos conocido nunca su verdadera importancia, concebido toda su necesidad, ni comprendido sus prodigios. Se habria confundido con la misma creacion, y hubiéramos creido tenerla por derecho de naturaleza, y no por el beneficio voluntario de la gracia de Dios. Convenia que la tierra conociese su mal para que pudiese sentir el remedio; convenia que el género humano experimentase su miseria é impotencia para adherirse mas fuertemente al socorro que se le enviaba; convenia que el hombre hubiese acabado de caer, para que el poder y la misericordia de Dios le fuesen mas eficazmente evidentes en la grande obra de su rehabilitacion.—Este es precisamente el punto á que habia llegado el mundo en los primeros dias del imperio romano. En el final del primer libro hemos expuesto ya por qué caminos habia venido la humanidad á estado tan deplorable: en su primera caida habia conservado algunos restos de verdad, miserables jirones del rico patrimonio que acababa de perder. Habia empleado todos sus esfuerzos en detenerse y conservarse en ellos por medio de la tradicion, como el desgraciado cuyo pié se va deslizando por la pendiente de un abismo se agarra convulsivamente de las ramas que cuelgan de sus bordes, y á veces espera encontrar en ellas su salvacion. Pero, como tambien hemos visto, aquellas verdades tradicionales se habian perdido cada vez mas en sus manos, y los esfuerzos de los primeros filósofos, de los Aristóteles, de los Sócrates, de los Platones, de los Confucios y Cicerones para recobrarlas, habian cedido al peso siempre creciente de la miseria y ceguera de la especie

humana, que precipitada mas y mas, por la misma ley de su primera caida, en errores y vicios sin fondo, habia sucesivamente ido cayendo de la tradicion en el racionalismo, del racionalismo en la idolatría y el politeismo, y del politeismo en el ateismo y materialismo mas monstruosos. Ahí estaba el fondo del abismo, ahí Dios, para servirme de la bella expresion de Plutarco, despues de haber HOLGADO UN TIEMPO NO MUY LARGO PARA UN DIOS, estaba esperando al hombre con su misericordia siempre dispuesta á socorrerlo. El mundo se hallaba en el punto preciso de razon que se necesitaba para sufrir útilmente la operacion de su salud, y la época de esta salud se referia á la caida original por una sucesion de caidas que eran como su lamentable prolongacion.

Tal era el estado moral é intrínseco del género humano en el reinado de los primeros Césares.

No era menos fenomenal su estado material y externo.

Pero antes de describirlo, demos lugar á esta bella y profunda reflexion de san Agustin:

«No podemos sospechar, decia aquel gran talento, que el Dios so«berano, verdadero y todopoderoso, el Autor y Criador de todas las «almas y todos los cuerpos, que es el orígen de la felicidad de todos «los que son verdadera y sólidamente felices; que ha hecho al hom«bre un animal racional, compuesto de alma y cuerpo; que despues «de haber pecado no le ha dejado sin castigo y sin misericordia;— «que ha dado á los buenos y á los malvados el ser como á las piedras, «la vida vegetativa como á las plantas, la vida sensitiva como á los «animales, la vida intelectual como á los Ángeles; — que es principio «de lo bello, de lo ordenado y de todo aquello que se hace con nú«mero, peso y medida; que es autor de todas las obras de la natu«raleza de cualquiera especie y calidad que sean; de quien proceden «las semillas de las formas, las formas de las semillas, y la germina«cion de las formas y semillas; que ha criado la carne y le ha dado «su belleza, su vigor, su fecundidad y la flexibilidad de sus miem«bros con esa relacion y concordancia que constituyen su mútua con«servacion; que ha dotado al alma de los brutos de memoria, senti«do y deseos, y añadido al alma racional el genio, el entendimiento «y la voluntad: no podemos sospechar, digo, que aquel que ha he«cho tantas cosas admirables, y que no ha dejado, no diré el cielo «y la tierra, los Ángeles y los hombres; pero ni siquiera las entra«ñas del mas pequeño y mas vil de los insectos, la pluma del pája-

«ro, la hoja del árbol, la flor de la mas humilde planta, sin la con«veniencia y armonía de todas sus partes..., no podemos sospechar, «repito, que dejara los reinos y los imperios fuera de las leyes de su «providencia [1].»

Por esto mismo Bossuet, ayudado del espíritu de Dios que le habia trazado su camino en las santas Escrituras, como luego verémos, escogió el verdadero punto de vista providencial de las revoluciones de los imperios, cuando en su inmortal *Discurso sobre la historia universal* nos representó los imperios del Asia desplomándose bajo los golpes de Alejandro, los imperios de Alejandro cayendo y pereciendo á los filos de la espada política de los romanos, y los romanos marchando por todas partes al llamamiento de la conquista del mundo, como enviados de la Providencia, para reunir en un solo redil todos los rebaños dispersos de los humanos, y tenerlos así á la disposicion del divino Pastor, que iba á venir á rescatarlos y apacentarlos para siempre.

Entre todas las maravillosas profecías de los judíos hay una, la de Daniel, que habia personificado este gran movimiento en la ocasion siguiente:

Durante la cautividad de los judíos en Babilonia, el rey Nabucodonosor se dispertó una mañana muy inquieto y turbado á causa de un sueño extraordinario que le habia agitado por la noche, pero del cual no conservaba mas que ideas confusas en su memoria. Mandó convocar á todos los magos y adivinos de Babilonia, y cuando los tuvo en su presencia les dijo: He tenido un sueño, y perturbada mi mente, ignoro lo que he visto: es preciso que vosotros me deis su interpretacion, y que á este efecto empeceis por recordarme el mismo sueño, de modo que vuestra fidelidad sobre este último punto será para mí una prenda de la con que desempeñaréis el otro. Cogidos los adivinos en esta terrible prueba de su falsa ciencia, contestaron llenos de espanto: No hay hombre, ó rey, sobre la tierra que pueda cumplir tu mandato; dígnate contar tu sueño, y nosotros declararémos en seguida su interpretacion. Despues de tres veces de hacer el Rey la misma pregunta y de recibir igual contestacion, lleno de furor y grande enojo mandó que fuesen pasados á cuchillo todos los magos y adivinos de Babilonia. Daniel, cuya reputacion de profeta le habia hecho confundir con ellos en la misma condenacion, pidió plazo para dar al Rey la explicacion que deseaba. Habiéndosele concedido, se

[1] *De civitate Dei*, lib. V, cap. II.

puso en oracion con los suyos, é impetró de Dios que durante la noche le fuese revelado el arcano en una vision. Á semejante señal de la proteccion divina bendijo Daniel al Dios del cielo, *que muda los tiempos y las edades, trastorna los reinos y los afirma;* y sintiéndose en disposicion de satisfacer al Rey, pidió audiencia, y hallándose ya en presencia del Monarca, este le dijo con desconfianza: *¿Crees que podrás verdaderamente decirme el sueño que soñé, y su interpretacion?* Mas Daniel, confortado por la luz sobrenatural que en él habia, se expresó así:

«Tu sueño y las visiones de tu cabeza en tu lecho son de esta ma«nera: Tú veias y te pareció como una grande estatua: aquella es«tatua grande y de mucha altura estaba derecha enfrente de tí, y su «vista era espantosa. La cabeza de esta estatua era de oro muy pu«ro; mas el pecho y los brazos de plata, y el vientre y los muslos de «cobre: las piernas eran de hierro, y la una parte de los piés era «de hierro, y la otra de barro. Así la veias tú, *cuando sin mano al«guna de hombre se desgajó del monte una piedra*, é hirió á la estatua «en sus piés de hierro y de barro, y los desmenuzó. Entonces fueron «igualmente desmenuzados el hierro, el barro, el cobre, la plata y el «oro, y reducidos como á tamo de una era de verano, lo que arre«bató el viento; *y no aparecieron mas:* pero la piedra que habia herido «la estatua *se hizo un grande monte, é hinchió toda la tierra.*

«Este es el sueño.—Diré tambien en tu presencia, ó rey, su in«terpretacion:

«Tú, pues, y tu reino es la cabeza de oro [1]. Y despues de tí se le«vantará otro reino menor que tú, de plata [2]: y otro tercer reino de «cobre, *el cual mandará á toda la tierra* [3]; y el cuarto reino será co«mo el hierro. Al modo que el hierro desmenuza y doma todas las «cosas, *así desmenuzará y quebrantará todos estos* [4]. Mas en los dias «de aquellos reinos [5], el Dios del cielo levantará un reino que no será «jamás destruido [6], y este reino no pasará á otro pueblo; sino que «quebrantará y acabará todos estos reinos [7], y el mismo *subsistirá pa-*

[1] El Asia.
[2] La Grecia.
[3] Alejandro.
[4] El imperio romano.
[5] Sujetos al reino de hierro.
[6] El Cristianismo, que sigue todavía subsistente.
[7] ¿Qué queda de todos ellos?

«*ra siempre*. Segun lo que viste, que del monte se desgajó *sin mano* «una piedra, y desmenuzó el hierro, y el cobre, y la plata y el oro, «y se hizo una grande montaña que llenó toda la tierra [1]; así el gran «Dios mostró al Rey las cosas que han de venir despues. Y el sueño «es verdadero y su interpretacion fiel.»

Entonces, prosigue la Escritura, el rey Nabucodonosor cayó sobre su rostro, y adoró á Daniel, diciéndole: *Tu Dios es en verdad el Dios de los dioses, y el Señor de los reyes, y el que revela los misterios, porque tú pudiste descubrir este arcano* [2].

Cualquiera que fuese nuestra incredulidad, debiera bastarnos esta profecía, cuya autenticidad nos garantizan los judíos, para hacernos prosternar tambien *delante del Dios de los dioses*, del que *revela los misterios*. Pero no es este el lugar de argumentar sobre las profecías, y solo hemos citado esta para mostrar la exacta conformidad que hay entre la marcha de los sucesos descrita por Daniel, y el cuadro que nos pinta Bossuet en su historia, y la que ambos guardan con su ejecucion.

Esta ejecucion lleva en sí misma tan marcado sello de la mano de Dios, que algunos historiadores y filósofos paganos, aun desconociendo su verdadero objeto, la admiraban, y proclamaban que habia algo de sobrenatural y divino en aquel movimiento de formacion de la grande unidad del mundo romano.

Tito Livio, que vivió en tiempo de Augusto, escribia bajo la influencia de este sentimiento, pues empieza su historia diciendo que la fundacion del mas grande imperio que habia existido sobre la tierra no podia ser sino obra del destino y efecto de una particular proteccion de los dioses: *Debebatur, ut opinor, fatis tantæ origo urbis, maximeque secundum deorum opes imperii principium* [3]; y luego hace declarar por Rómulo, en el momento que es admitido en el cielo, que los dioses quieren que Roma llegue á ser la capital del universo, y que ningun poder humano pueda resistírsele: *Inter principia condendi hujus operis (Capitolii) movisse numen ad indicandam tanti imperii molem traditur deos* [4].

Meditando Plutarco sobre la fortuna de los romanos, admiraba

[1] Este es el reino cuyas llaves se han dado á aquel á quien se dijo: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.*

[2] Dan. II.

[3] Lib. I, núm. 4.

[4] Lib. I, núm. 55.

asimismo la divina impulsion que les habia llevado á la conquista del mundo, como lo acredita la siguiente página, que parece escrita bajo el influjo de una impulsion igual:

«El curso feliz de sus negocios y su acreditado progreso á tan alto «grado de poder y acrecentamiento, muestran muy claramente á los «que saben juzgar de las cosas con rectitud, que *todo esto no ha sido «conducido por manos, consejos ni afecciones de hombres, sino por un «guia ó escolta divina,* y por un viento en popa de la fortuna que les «empujaba. Ved esos trofeos erigidos sobre trofeos, triunfos conti«nuados y unidos á otros triunfos, la primera sangre de los ejércitos, «humeante todavía; lavada por una segunda sangre: allí se cuentan «las victorias, no por el número de muertos ó vencidos, sino por rei«nos subyugados, por naciones sometidas, y por islas y continentes «avasallados, muchos de los cuales se han colocado voluntariamente «al abrigo de la grandeza de su imperio [1].»

Polibio, en fin, que escribia mucho tiempo antes de Plutarco y de Tito Livio, cuando la república romana solo empezaba á pesar en la balanza del mundo, y á romper su equilibrio, metiendo el pié sobre el imperio de Cartago, estaba absorto á la vista del giro que iban tomando los sucesos; y la penetracion de su espíritu político le hacia consignar esta observacion: LOS ACONTECIMIENTOS LLEVAN EL MUNDO Á UNA CIERTA UNIDAD... Era la unidad católica, que se preparaba en la unidad del mundo romano, y la silla de Pedro, que habia de ocupar el trono de los Césares:

La quale e'l quale, a voler dir lo vero,
Fur stabiliti per lo loco santo,
U' siede il successor del maggior Piero [2].

¿Quién puede desconocer esa predestinacion de la vida eterna en aquella admirable marcha de los sucesos que, desde Rómulo hasta los Césares, la convirtió sucesivamente en señora del mundo, para legar en seguida su puesto al Cristianismo, que la ha poseido despues hasta nuestros dias? «Los que contemplen con atencion las revoluciones del género humano, —escribia Gibbon, á pesar de sus prevenciones an«ticristianas, — pueden observar que los jardines y el circo de Ne«ron sobre el Vaticano, que fueron regados con la sangre de los pri-

[1] OBRAS MORALES, *De la fortuna de los romanos*, núm. 33.

[2] «A decir verdad uno y otro fueron fundados en el lugar santo donde está «sentado el sucesor del primer Pedro.» (Dante, *El infierno*, cant. II, v. 22.

«meros cristianos, han sido mucho mas famosos aun por el triunfo «de la Religion perseguida... Sobre el mismo terreno, los Pontífices «cristianos han levantado despues un templo, que sobrepuja con mu«cho á los antiguos monumentos de la gloria del Capitolio. Ellos son «los que heredando de un humilde pescador de Galilea sus preten«siones á la monarquía universal, han sucedido al trono de los Césa«res, y quienes despues de haber dictado leyes á los conquistado«res bárbaros de Roma, han extendido su jurisdiccion espiritual «desde las costas del mar Glacial hasta las playas del Océano Pací«fico [1].»

Nunca hubo un punto de vista histórico ni mas vasto, ni mas sencillo, ni mas verdadero: Daniel lo profetiza, Polibio lo preve, Tito Livio y Plutarco lo refieren, Bossuet lo retrata, y Gibbon lo confiesa. Este punto de vista era el de la sabiduría y misericordia de Dios preparando la salvacion del mundo; de modo que cuando miramos la historia por este lado, asistimos á una vasta escena en la que se desenredan todas las intrigas de la política humana, se enlazan y explican todos los destinos de las naciones, y en la cual los Ciros, los Alejandros, los Césares, los Constantinos y los Carlomagnos no son mas que actores de un drama sublime, que termina en Jesucristo y su Iglesia.

Admiremos toda la sabiduría y propiedad de los designios de Dios en esa gran formacion de la unidad romana.

El Deseado de todas las naciones habia de ser el Salvador del mundo, y su religion debia durar eternamente. *Universalidad y perpetuidad:* hé aquí los dos principales caractéres del socorro que nos traia. Pues bien, para que el primero de estos caractéres pudiese realizarse, era preciso que se derribasen todas las barreras que dividian á las naciones y hacian de ellas otros tantos mundos distintos; que la *tierra llegase á ser enteramente plana*, como decia la tradicion de que habla Plutarco, y que el género humano volviese á su primera unidad. Desde la dispersion de los hombres y la confusion de las lenguas habia reinado entre los pueblos un aislamiento cási increible; todos eran, unos respecto de otros, *enemigos y bárbaros*, y no se juntaban y mezclaban sino en los campos de batalla ó en las manadas de esclavos. Pero era indispensable, que á la hora señalada para la redencion del mundo, el género humano se reconstruyese, que fuese como una sola familia y como un solo hombre, á fin de poder recibir todo entero el

[1] *Historia de la decadencia y caida del imperio romano*, t. III, pág. 174.

beneficio de la regeneracion. Uno de aquellos cuatro ó cinco mónstruos que personificaron sobre el trono de los Césares la depravacion universal, Calígula, decia que hubiera querido que todo el género humano no hubiese tenido mas que una sola cabeza para cortársela de un golpe. Este deseo del infierno en su mas alto punto de dominacion sobre la tierra, se realizó. Dios dió al género humano una sola cabeza, pero fue para salvarla. El curso de los sucesos condujo todos los pueblos antiguos á perder sucesivamente su propia nacionalidad y á absorberse en el pueblo romano. Llegó un momento en que todo fue romano en el mundo, y un poeta latino pudo decir con razon: «Las que eran naciones diversas se cambiaron en una patria «única, y lo que antes se llamaba universo no es ya mas que una «sola ciudad.»

Formasti patriam diversis gentibus unam;
Urbem fecisti quod prius orbis erat [1].

Y como si para entrar en aquella grande unidad no hubiesen bastado todos los pueblos conocidos, aparecieron de repente otros pueblos ignorados, que debian renovar la especie humana, y ser los jefes de las castas modernas, los cuales acudieron al llamamiento general como para representar las generaciones futuras. Época solemne y única en la historia, en que todos los pueblos antiguos y modernos fueron mezclados y confundidos, como los diversos metales de la estatua del sueño de Nabucodonosor, por medio de una extraordinaria y universal transformacion.

Admiremos además como la *perpetuidad*, segundo carácter de la salvacion del género humano, se iba preparando al mismo tiempo en el seno de aquella misma *universalidad*, y como ambas se adherian mútuamente por medio de un lazo comun: el lenguaje.

Entonces se pudo decir por primera vez despues del prodigio de la dispersion de las lenguas, lo que dice el Génesis al referirlo: *Era la tierra de un solo lenguaje y de unas mismas palabras* [2], y este retorno á la unidad del lenguaje era sin duda tan prodigioso como su antigua confusion: «Lo que importa dejar bien probado, dice Villemain, es «la portentosa extension de la lengua latina, y su uso europeo. Este «hecho se halla atestiguado en todas partes. Varios edictos manda- «ban que todos los actos oficiales, todas las publicaciones, todas las

[1] Rutilius.
[2] Genes. XI, 1.

«disposiciones de los gobernadores se redactasen en lengua latina. «Las recompensas, los honores, los derechos de ciudadanía, ofreci«dos á *los provincianos*, les invitaban á estudiar la lengua romana. «Ni los mas rebeldes se negaban á aquella especie de exigencia. Los «mismos bretones, que por su carácter nacional y su buena posicion «insular habian eludido largo tiempo el yugo de los romanos y la «tiranía de sus costumbres, acabaron por estudiar la elocuencia la«tina. Tácito lo observa: ITA UT QUI LINGUAM ABNUEBANT, ELOQUEN«TIAM MOX CONCUPISCERENT: *los que al principio habian rechazado «nuestra lengua, poco despues ambicionaron nuestra elocuencia*. Juve«nal indica estas mismas conquistas del idioma y de las letras ro«manas:

Gallia causidicos docuit facunda britannos.

«Así era como uno de los pueblos vencidos se hacia maestro del «latin para otro pueblo subyugado como él. Esto era una série, un «encadenamiento, una confusion de servidumbres [1].» La lengua latina habia, pues, conquistado la universalidad, y sus ecos se oian por toda la tierra [2].

Quiso el cielo que en el momento en que esta lengua habia alcanzado su universalidad, se convirtiese en lengua muerta, y por consiguiente *perpétua, fijándose*, por decirlo así, de manera que la palabra que expresaba una verdad cualquiera fuese ya invariablemente la misma para siempre en todas partes, y que todos los hombres de todos los tiempos y lugares pudiesen, por su medio, entenderse perfectamente, y ser como compatriotas y contemporáneos. Este idioma romano, que se hablaba de un extremo al otro del mundo, es el mismo que se escribe, se habla y se canta aun en nuestros dias por todas partes. Está dotado del doble carácter de la verdad católica, de la cual se hizo instrumento: la universalidad y perpetuidad. Atacando el Protestantismo la antigua costumbre de la Iglesia de no expresarse sacramentalmente sino en latin, está muy de acuerdo con su espíritu de variacion y de secta; pero toda vez que conoce el valor de la verdad y de la unidad, debe comprender cuán eminentemente filosófico y racional es, para conservar verdades tan delicadas y preciosas como las religiosas, tenerlas encerradas y como selladas en un

[1] *Cours de littérature au moyen âge*, t. I, p. 58-59.

[2] Como la predicacion de los Apóstoles, de la cual debia ser instrumento: *In omnem terram exivit sonus eorum.*

lenguaje que no depende en nada de los accidentes humanos. Si la Iglesia sustituyese al latin los idiomas, y por consiguiente los dialectos de cada nacion, para administrar los Sacramentos y celebrar los divinos misterios, daria lugar á interpretaciones inmediatas, á eternas discusiones de palabras, cuyo significado varia totalmente, ó al menos pasa del sentido natural al figurado en un transcurso de tiempo bastante corto, y á veces en el solo tránsito de una provincia á otra. Conservando la Iglesia á la lengua latina su perpetuidad y universalidad, no solo ha sido consecuente á su principio, sino que ha prestado además un memorable servicio á las ciencias humanas, y ha favorecido muy singularmente su exactitud y su desarrollo, prestándoles la filosófica neutralidad de su lenguaje. «Observemos, pues, «decia Mr. Villemain, el gran resultado que nació de la civilizacion «antigua, y le sobrevivió: el genio romano llevó á todos los luga-«res que conquistó sus leyes, sus costumbres y su lenguaje: vino des-« pues la Religion, mas poderosa aun que el imperio romano, y aña-«dió la *santa uniformidad de su ritual* á aquella primera uniformidad «de la conquista y de la política. San Agustin la expresó en térmi-«nos muy elocuentes, pues dice que ve algo de maravilloso, de pre-«destinado, en aquella poderosa difusion de la lengua romana. Á sus «ojos era la providencia que disponia la general y rápida predicacion «de la fe cristiana[1].» —Añadamos: Y QUE GARANTIZABA SU PERPETUIDAD.—*Opera data est ut imperiosa civitas non solum jugum, verum etiam linguam suam domitis gentibus, per pacem societatis, imponeret, per quam non deesset, imo et abundaret interpretum copia.*

De modo que, por efecto de aquella *gran revolucion, tan majestuosamente anunciada bajo el punto de vista religioso*, como dice Mr. Villemain, todo se hallaba dispuesto. Las barreras que separaban las diferentes nacionalidades habian sido abatidas; y se habia extendido por todas partes una lengua única. El Cristianismo podia marchar á grandes jornadas por aquellas vias que la política romana habia abierto de un extremo al otro del imperio para el paso de sus legiones; de suerte que toda carne podria ver, todo oido escuchar la revelacion de la gloria y de la palabra de Dios segun aquella expresion de Isaías, tan puntualmente ejecutada por Alejandro y por César: «Aparejad «el camino del Señor, enderezad en la soledad las sendas de nuestro «Dios. Todo valle será alzado, y todo monte y collado será abatido, y «lo torcido se enderezará, y lo áspero será caminos llanos. Y se des-

[1] *Cours de littérature au moyen âge*, t. I, p. 5.

«cubrirá la gloria del Señor.» *Parate viam Domini: rectas facite in solitudine semitas Dei nostri. Omnis vallis exaltabitur, omnis mons et collis humiliabitur: et erunt prava in directa, et aspera in vias planas. Et revelabitur gloria Domini, et videbit omnis caro pariter quod os Domini locutum est;* y estas otras palabras del Profeta rey: «Juntando todos los pueblos *en uno*, para que todos puedan servir al Señor.» *In conveniendo populos* IN UNUM, *ut omnes serviant Domino*, oráculos que se habian convertido en tradiciones universales, como se ve por aquellas palabras de Plutarco: «Vendrá un tiempo fatal y predestinado, en que Ahrimanio será destruido y la tierra será entonces *toda llana, unida é igual*, y no habrá mas que una vida y una especie de gobierno entre los hombres, *los cuales no usarán entre sí mas que una lengua*, y vivirán dichosamente.»

Esta era la situacion del mundo en la época de los primeros Césares: moralmente habia llegado á la mas profunda disolucion; materialmente habia alcanzado el mas alto punto de organizacion y de unidad. ¡Extraña coincidencia! El género humano se hallaba como recopilado en un solo hombre, y este hombre era Calígula ó Neron!

II. Por aquel tiempo se dejó sentir en todas partes un presentimiento universal. Todas las tradiciones, hasta entonces tan confusas y desparramadas, sobre la venida de un reparador, *Dios conquistador y legislador, dominador universal, que libertaria los hombres del imperio del mal*, se renovaron, se precisaron, y se correspondieron de un extremo á otro del mundo, como los mil ecos de una voz que ha dado en el verdadero punto de una gran dificultad, y que se repite por todas partes. Todos los pueblos tenian instintivamente sus ojos fijos en el polo de su comun esperanza, en la Judea; de *esta region y en aquel tiempo* debia salir el Dominador esperado.

Tácito lo atestigua: «Segun una antigua tradicion religiosa, se creia generalmente que *por aquel mismo tiempo* el Oriente mejoraria, y que de la Judea saldrian los señores del mundo.» *Pluribus persuasio inerat, antiquis sacerdotum litteris contineri ex ipso tempore fore ut valesceret Oriens, profectique Judæa rerum potirentur* [1].

Suetonio atestigua tambien el mismo hecho: «Habíase propagado por todo el Oriente, dice, *la antigua y constante* opinion de que estaba consignado en los destinos que por aquel tiempo la Judea iba á dar directores al universo.» — *Percrebuerat Oriente toto vetus et*

[1] *Histor.*, lib. V, cap. 13.

constans opinio, esse in fatis, ut eo tempore Judæa profecti rerum potirentur [1].

Josefo, como vamos á ver dentro de poco, viene á contarnos la misma opinion, y en los mismos términos que lo habian hecho Tácito y Suetonio; sobre lo que observa Bonald con exactitud, que esta identidad de expresiones en tres escritores, cuyo carácter y estilo son tan diferentes, da motivo de pensar que citaron los propios términos de la prediccion que estaba en boga.

En fin, Ciceron nos dice, que los antiguos oráculos de las Sibilas habian anunciado para un tiempo, que se creia ser aquel en que él vivia, la venida de un *Rey, que seria necesario reconocer para salvarse.* ¿QUÉ HOMBRE, QUÉ TIEMPO mira esta prediccion, se pide Ciceron [2]?

«Los romanos, dice un escritor moderno, *tan republicanos como* «*eran,* esperaban, *en tiempo de Ciceron*, un rey vaticinado por las «Sibilas, como puede verse en el libro de *Divinatione* de aquel orador «filósofo: *las miserias* de su república debian ser sus anuncios, y la «*monarquía universal* su consecuencia. *Es una anécdota de la historia* «*romana, en la cual no se ha fijado toda la atencion de que es digna...*»

Nuestros lectores quedarán algo sorprendidos cuando sepan, que el autor de esta observacion es el célebre Boulanger. Es otra de las muchas que ha hecho al tratar de la esperanza de todas las naciones en la venida de un libertador, para concluir diciendo que semejante esperanza era una quimera *universal* [3].

Ese antiguo oráculo de las Sibilas que era sin duda una derivacion de la religion primitiva, nos fue detalladamente revelado por la aplicacion que Virgilio hizo de él, en su IV égloga, á un jóven príncipe de su tiempo; aplicacion que fue muy poco feliz para su héroe, pues nada

[1] In Vespas.— *Vetus* et *constans;* en efecto el anuncio del Mesías no solo era *antiquísimo*, sino que habia sido *constantemente* repetido por una série de profetas que se sucedieron.

[2] Sibyllæ versus observamus, quos illa furens fudisse dicitur. Quorum interpres nuper, falsa quadam hominum fama dicturus in senatu putabatur, *cum quem revera regem habebamus, appellandum quoque esse regem, si salvi esse vellemus. Hoc si est in libris,* IN QUEM HOMINEM ET IN QUOD TEMPUS EST?...(*De divinat.*, lib. II, cap. 54).—Ciceron habla de esta prediccion muy de corrida y como espíritu fuerte, no figurándose que su QUEM HOMINEM? iba á recibir de la boca de Pilato, gobernador romano, esta respuesta, que diez y ocho siglos vienen confirmando: ECCE HOMO. Pero el Senado lo tomó con mas seriedad que no él, como lo prueba el decreto hárto curioso que acordó sobre esto, y que citarémos dentro de poco.

[3] *Recherches sur l'origine du despotisme oriental*, sect. X, p. 116-117.

ha quedado de él ni siquiera el nombre [1]; pero que lo ha sido mucho para nuestra instruccion, haciéndonos conocer las particularidades de la venida del verdadero héroe de las Sibilas, que son las siguientes:

— «Han llegado, por fin, los últimos tiempos de que habla la Sibila:

Ultima Cumæi venit jam carminis ætas;

— «Va á empezar de nuevo el curso inmenso de los siglos:

Magnus ab integro sæclorum nascitur ordo [2];

— «De lo mas encumbrado de los cielos nos va á ser enviado un «regenerador:

Jam nova progenies cœlo demittitur alto;

— «Alégrate, casta Lucina, por el nacimiento de ESTE NIÑO, que «hará cesar la edad de hierro, que ha durado hasta ahora, y exten-«derá la edad de oro por todo el universo:

Tu modo NASCENTI PUERO, quo *ferrea primum*
Desinet, ac toto *surget gens aurea* mundo,
Casta, fave, Lucina!

— «Bajo tu consulado, ó Polion, se revelará este prodigio de la «nueva edad, y se empezarán á contar los grandes meses: si que-«dan todavía algunas reliquias de *la antigua iniquidad* de los hom-«bres, al menos *toda la tierra* podrá respirar, libre ya del terror que «por tanto tiempo la tuvo encadenada:

Teque adeo decus hoc ævi, te consule, inibit,
Pollio, et incipient magni procedere menses;
Te duce, si qua manent sceleris vestigia nostri,
Irrita perpetua solvent formidine terras.

— «*Aquel* que debe obrar todas estas maravillas será engendrado «en el mismo seno de Dios; se distinguirá entre los seres celestiales,

[1] «He leido cási todos los comentarios que se han escrito sobre esta églo-«ga (dice Mr. Firmin Didot en su traduccion de las Bucólicas), con el intento «de fijarme en quién seria este niño misterioso que quiso Virgilio designar, «pero despues de haber empleado largo tiempo y mucha escrupulosidad, estoy «tan incierto como antes acerca del objeto de mis investigaciones.» (P. 140, edic. de 1806).

[2] El poeta repite tres ó cuatro veces la circunstancia de que la cronología va á empezar una nueva era:

. . . . . . *Incipient magni procedere menses.*
Talia sæcla, suis dixerunt, currite, fusis.
Adspice venturo lætentur ut omnia sæclo.

«aparecerá superior á todos ellos, y gobernará con las virtudes de «su padre al mundo pacificado:

Ille *deum vitam accipiet, divisque videbit*
Permixtos heroas, et ipse *videbitur illis;*
Pacatumque reget patriis virtutibus orbem[1].

—«Ven, pues, querida descendencia de los cielos, ilustre vástago «de Júpiter, que se acercan ya los tiempos vaticinados: ven á recibir «los grandes honores que te son debidos. Mira: á tu venida el globo «del mundo vacilante bajo el peso de su bóveda, las tierras, los vas- «tos mares, el profundo cielo, como todo se agita y se alegra por el «siglo que ha de nacer:

Aggredere ô magnos, aderit jam tempus, honores,
Cara deum soboles, magnum Jovis incrementum!
Adspice convexo nutantem pondere mundum,
Terrasque, tractusque maris, cœlumque profundum;
Adspice venturo lætentur ut omnia sæclo[2].»

Algunos comentadores, mas bien cristianos piadosos que justos intérpretes de Virgilio, han pretendido que habia profetizado la venida

[1] «El semidios es criado en el cielo; recibe en él una vida divina y ve allí «á los dioses y héroes, entre los cuales debe muy pronto *volver* y tomar asien- «to. En estos versos se ha pretendido descubrir el sentido de una apoteosis fu- «tura; sin embargo, es evidente que el *Deum vitam accipiet* indica un naci- «miento, una creacion.» (Didot, *Notes sur la quatrième Églogue*, p. 143).— «El soplo de la Divinidad vendrá á animarlo (dice otro comentador). Verá á «los héroes de su raza mezclados indistintamente con los dioses, y él mismo «será visto por ellos como un *primado* de honor y de amor que se manifiesta en «la marcada oposicion de los pronombres *ipse é illis*, como tambien en la si- «tuacion respectiva de estas dos palabras, *videbit* y *videbitur*, que hacen de «aquel prodigioso niño el objeto de la complacencia divina y de todos los cui- «dados del cielo.» *(Examen oratoire des églogues de Virgile*, par F.-J. Génisset, 1805, p. 106).

Las palabras *patriis virtutibus*, que hemos traducido *con las virtudes de su padre*, deben entenderse de la misma Divinidad, de quien el niño es hijo, como lo acaba de decir el poeta, y como lo vuelve á decir despues en este tan bello verso:

Cara deum soboles, magnum Jovis incrementum!

[2] Nos limitamos á estos pasajes de la égloga de Virgilio, como los mas notables, y que por lo mismo deben considerarse como trasplantados por la mano del poeta del mismo oráculo de la Sibila á su poema. Los tres últimos versos que hemos citado tienen una analogía que sorprende con este pasaje del profe-

de Jesucristo, opinion que creemos destituida de fundamento. Pero lo que no puede desconocerse sin caer en otro error de no menos bulto, es que Virgilio tuvo presente una antigua tradicion que efectivamente tenia á Jesucristo por objeto. Él mismo dice y repite mas de una vez, que se refiere á un antiguo oráculo conocido bajo el nombre de la Sibila de Cumas. Leemos en Ciceron y en todas las historias de aquel tiempo, que segun este oráculo, como dice Boulanger, se esperaba entonces un *Monarca universal;* y todos los comentadores de Virgilio están acordes en que este mismo oráculo es el que aplicó á un príncipe desconocido de su tiempo [1]. La exageracion de su lenguaje bastaria para excluir la idea de que lo hubiese inventado en favor de su pobre héroe. Obsérvese, en efecto, como todo cuanto dice se sale del círculo de la nacionalidad romana, y hasta de los mismos

ta Aggeo: *Ego commovebo cœlum, et terram, et mare, et aridam. Et movebo omnes gentes; et* VENIET DESIDERATUS CUNCTIS GENTIBUS (cap. II, 7-8). Podríamos hacer otras comparaciones de la misma clase que son muy fáciles. Mr. Michaud, en sus observaciones sobre esta égloga ha hecho varias que no dejan lugar de duda, de que los oráculos de la Sibila tienen el mismo orígen que las tradiciones bíblicas, y no eran mas que una derivacion de los oráculos sagrados.

[1] El célebre Heyne, que es quien ha combatido mas fuertemente el que hubiese algo extraordinario en la égloga de Virgilio, y que *no veia nada mas vano y nulo que esta opinion,* conviene no obstante en que habia un antiguo oráculo de las Sibilas que pronosticaba para aquella época una inmensa felicidad, y en que Virgilio tuvo muy presente dicho oráculo:—*Unum fuit aliquod* (sibyllicum oraculum) *quod magnam aliquam futuram felicitatem promitteret. Hoc itaque oraculo et vaticinio seu commento ingenioso commode usus est Virgilius.* (VIRGILIO DE HEYNE, Lóndres, 1793, t. I, pág. 74).—Esta es igualmente la opinion de Faber, que la explanó en una memoria sobre esta profecía de las Sibilas, en la que hace notar que el estilo de la pieza de Virgilio se aleja tanto del espíritu de los escritores paganos, que podria tomársela por una verdadera profecía del Mesías, ó cuando menos por una exacta imitacion de los profetas judíos.—En efecto, hay una circunstancia particular que autoriza á pensar que las profecías de los judíos han tenido una parte directa en la inspiracion de Virgilio, y es que, segun refiere Josefo (*Antigüed.*, lib. XIV, capítulo XXV, y lib. XV, cap. XIII), Herodes el Grande vino á Roma en 714, que es el mismo año en que Virgilio compuso la égloga que nos ocupa; y se alojó en el palacio de Pollion, su íntimo amigo; de Pollion, amigo de Virgilio; de Pollion, cuyo nombre lleva la égloga, á quien está dedicada, y á cuyo consulado hace el honor del prodigio que en ella se canta... Despues de esto ¿quién dudará que unas relaciones tan inmediatas y circunstanciadas con el rey de los judíos, Herodes, que estaba tan preocupado entonces de la venida del Mesías, no hayan influido en el modo y en el colorido de la composicion del poeta, y no le hayan impreso como un sello de *actualidad?*

acontecimientos humanos, y abraza al mundo en su mayor generalidad posible: *terras, toto mundo, orbem,* etc., corresponde á todos los siglos pasados y á todos los siglos futuros, conmueve é interesa principalmente al mismo cielo, é indica visiblemente una renovacion universal y absoluta de toda la tierra, y lo que es mas notable atendidas las ideas de aquel tiempo, una renovacion sin combate ni violencia, por la suavidad y la paz, y por virtudes enteramente divinas, tal, en fin, como la que el Salvador del mundo vino á realizar en aquella época.

Todos los versos de Virgilio, que son de una torpe exageracion si los aplicamos á un héroe mortal, como si colocásemos sobre las espaldas de un niño la armadura de un gigante, aplicados á Jesucristo, á ese dominador pacífico, á este *Príncipe de la paz,* este *Padre del siglo venidero,* como le llama Isaías; que realizó en sí todos los antiguos oráculos; que regeneró la tierra por el cielo; que sustituyó una religion de confianza y de amor á las supersticiones que el terror habia engendrado; que lavó la antigua iniquidad de los hombres, y librándoles del yugo del temor, les enseñó á dirigirse á Dios con esta dulce palabra : *Padre nuestro;* que abrió, en fin, una nueva era en que la verdad y la santidad han engendrado prodigios de luz y de virtud, y cuya doctrina ejerce todavía desde lo alto del Capitolio un imperio universal.

Hé aquí el héroe de las Sibilas, hé aquí, pues, á Aquel cuya aproximacion agitaba entonces al mundo, como refieren é indican Suetonio, Tácito, Josefo, Virgilio y Ciceron.

Pero esta esperanza fermentaba principalmente en la Judea, y desde aquí comunicaba su impulso á las tradiciones universales [1]. «Por «mas divididos que estuviesen los judíos en aquella época, dice «Mr. Villemain, todas sus sectas y colonias estaban conformes y uni«das en una expectacion comun.» Aunque el objeto de esta expectacion estuviese precisado con sus principales circunstancias en sus profecías, hasta el punto de que todas las miradas estaban fijas sobre el horizonte de los acontecimientos para verlo llegar, sin embargo, presentándose estas mismas circunstancias con un doble y contrapuesto carácter de debilidad y de fuerza, de humillacion y de gloria, de sufrimiento y de felicidad, sucedió que se dividieron las opiniones que sobre ella se formaron, y que, en general, siguiendo el curso de las

[1] *Du polythéisme*, NOUVEAUX MÉLANGES, t. II, p. 101.

pasiones humanas, se inclinaron con preferencia á esperar la venida de un dominador y conquistador, rodeado de fuerza, de gloria y de felicidad, y semejante á los potentados de la tierra; «solo algunos ju-«díos, añade Mr. Villemain, no veian en la promesa de un Salvador «mas que una esperanza para la salvacion de las almas y la reforma «del mundo [1].»

Por fin, «aquel movimiento de inquietud y de religiosa curiosidad «que agitaba al universo se comunicó hasta á la inercia contempla-«tiva de los indios, y turbó el reposo del brahma. Si hemos de creer «el estudio de los monumentos orientales (*Asiatical recherches*, t. I), «corria entonces por la India lo mismo que en la Judea el anuncio de «un acontecimiento milagroso [2].»

Para completar los datos históricos, debemos llamar la atencion sobre algunos hechos que en la misma época tuvieron lugar, y que confirmaron todos los testimonios que acabamos de aducir, á fin de que veamos cómo fue puesta en movimiento y accion esa esperanza que preocupaba á la sazon todos los espíritus.

Suetonio, en su vida de Augusto, refiere sobre la autoridad de J. Maratho, un hecho, que no se ha notado lo bastante, y al que hace alusion el pasaje que ya citamos de Ciceron: y es que, «á consecuencia de un prodigio que acaeció públicamente en Roma, circuló «la profecía de que *la naturaleza trataba* de hacer naciera un rey pa-«ra el pueblo romano, y que atónito el Senado prohibió que se criase «ningun hijo varon nacido aquel año.» —*Auctor est J. Marathus, prodigium Romæ factum publice; quo denunciabatur regem populi romani* NATURAM PARTURIRE : *senatum exterritum censuisse ne quis illo anno genitus educaretur* [3].

Este decreto no se llevó á efecto, pero no sucedió lo mismo con el que Herodes, el Calígula de la Judea, publicó contra todos los niños varones, en el cual envolvió tambien á su propio hijo; tal era el terror que le causaba el considerarse destronado por el Dominador que

[1] *Du polythéisme*, NOUVEAUX MÉLANGES, t. II, p. 101.

[2] *Idem*, t. II, p. 86.

[3] Sueton. *Vit. Cæsar. August.*, cap. 94.—El 6 de junio de 1833, en la sesion de la Sociedad literaria de Lóndres, se leyó una memoria sobre el orígen de esta profecía. Con este motivo el *Memorial enciclopédico* declara que: «Es «constante, segun el testimonio de los autores antiguos, y las investigacio-«nes de los modernos, que un oráculo semejante habia corrido en Italia mas «de sesenta años antes de Jesucristo.» (*Mémor. encyclopédique*, août 1833).

se esperaba. Y no son solo los Libros santos los que atestiguan este hecho, que en este lugar hago como si los dejaba aparte; Macrobio, historiador pagano, refiere que al saber Augusto, que entre los niños degollados en Siria por Herodes, rey de los judíos, habia comprendido á su propio hijo, exclamó que valia mas ser cerdo de Herodes, que hijo del mismo.—*Cum audisset inter pueros, quos in Syria Herodes, rex judæorum, intra bimatum jussit interfici, filium quoque occisum, ait: Melius est Herodis porcum esse quam filium* [1].

Por aquella misma época la lisonja y la ambicion aplicaban las profecías y las tradiciones, tocantes al Salvador, á todo lo que parecia extraordinario ó pretendia serlo. Por todas partes se improvisaban *Mesías* [2]: hemos visto ya que Virgilio cantó el suyo; y á su vez Tácito atribuia á Tito y á Vespasiano aquella alta mision. Despues de haber dicho que, segun unas antiguas profecías, todo el Oriente creia que por aquel tiempo debian salir de la Judea los señores del mundo, añade:—«Aquellas profecías habian tenido por objeto á Vespasiano «y á Tito.» *Quæ ambages Vespasianum ac Titum prædixerant* [3].

El historiador Josefo, cortesano de estos príncipes, les aplicó tambien las profecías de su nacion; pero lo mas particular es, que en el mismo pasaje señala como una de las principales causas de la guerra y ruina de los judíos, su obstinada confianza en la venida del Mesías, cuyo auxilio esperaban entonces que les llegaria de un momento á otro.

«Lo que *principalmente* les condujo á empeñarse en esta desgracia«da guerra, dice, fue la ambigüedad de un pasaje de la Escritura, «que anunciaba *que por aquel tiempo saldria de su nacion un hombre «que gobernaria toda la tierra* [4]. Interpretáronlo á su favor, *y muchos «aun de los mas sábios* se equivocaron; pues aquel oráculo señalaba «á Vespasiano, que fue proclamado emperador hallándose en la Ju«dea [5]. Pero como explicaban todas aquellas predicciones segun su

[1] Macrob., *Satur.*, lib. II, cap. 4.

[2] Nunca como en aquella época estuvo tan en boga el furor por las profecías, dice Heyne: *Nullo tempore vaticiniorum insanius fuit studium.* (*Comentarios de Virgilio*).

[3] *Hist.*, lib. V, cap. 13.

[4] Particularmente el oráculo de Jacob.

[5] «¡Iluso, exclama aquí Bossuet, que para autorizar su propia lisonja tras«ladaba á los extranjeros la esperanza de Jacob y de Judá; que buscaba en «Vespasiano al hijo de Abrahan y de David, y atribuia á un príncipe idólatra «el título de aquel cuya brillante luz habia de sacar á los gentiles de la idola«tría! (*Hist. univ.*, seconde partie).

« capricho, no reconocieron su error sino cuando su total ruina los « hubo convencido [1].»

En efecto, los judíos sabian, dice el historiador Crevier, que estaban ya cumplidos los tiempos marcados en las profecías, y no habiéndoles permitido sus pasiones reconocer un Salvador que les librase solo de la servidumbre del pecado, y no de la de los romanos, se hallaban siempre dispuestos á dar oidos á cualquier impostor que quisiese anunciarles la libertad y el final de la dominacion de sus enemigos. Así la historia de Josefo está llena, en la época de que voy hablando, de empresas arriesgadas que algunos aventureros pusieron en juego con el objeto de hacerse reyes, y sacudir el yugo de los extranjeros [2]. Los principales de estos falsos Mesías y falsos Cristos fueron Dositeo, Simon Mago, y Menandro, que se apropió el nombre de *Salvador del mundo*. El rey Herodes no se contentó solo con defenderse del verdadero Mesías por medio de rios de sangre, sino que además intentó pasar él mismo por Mesías, y dió orígen á la secta de los Herodianos [3]. Por todas partes la impostura se aprovechaba de la esperanza general, y la mas grosera ficcion producia siempre algun resultado. Un infeliz *Barkochebas*, cuyo nombre significa *hijo de la estrella*, abusando de la semejanza de este nombre con lo que dice el libro de los Números sobre la estrella de Jacob [4], se aventuró á hacerse reconocer por el Cristo, y le salió bien: los judíos lo ungieron y consagraron como rey suyo, y hasta algunos de los principales rabinos le tributaron los honores que solo eran debidos al Mesías. El impostor los recibió de buen grado, y continuó engañando á los incautos, hasta que por fin, convertido en jefe de motin, él y sus adeptos perecieron en tiempo de Adriano [5].

En fin, era tan viva y precisa la expectacion del libertador en aquella época, que segun una tradicion de los judíos consignada en el *Talmud* y en muchas otras obras antiguas, *muchísimos gentiles* se dirigieron á Jerusalen, para ver al Salvador del mundo [6]; y los mas

[1] *Guerra de los judíos*, lib. VI, cap. 31.

[2] Crevier, *Hist. des emp.*, t. V, p. 7, en 8.°

[3] Véase á Prideaux, t. II, pág. 285; y á Gibbon, t. III, pág. 8.

[4] «Hé aquí lo que dice Balaam, hijo de Beor, que ve las visiones del Om- «nipotente: Yo lo veré, mas no ahora, lo miraré, mas no de cerca. DE JACOB «NACERÁ UNA ESTRELLA, y de Israel se levantará una vara... De Jacob saldrá «el dominador, etc.» (*Num.* XXIV). Este libro hace parte del Pentateuco.

[5] Tillemont, Crevier, etc.

[6] TALMUD, *Babyl. Sanhed.*, cap. 2.

irrecusables monumentos atestiguan que se hizo sentir este presentimiento hasta en el fondo de la China, cuyo emperador *Ming-ti* envió diputados *ad hoc* á las Indias para reconocer al *santo que debia aparecer en Occidente*, conforme á las antiguas tradiciones de que he hecho mencion [1].

¿Pueden desearse pruebas mas claras y numerosas de la verdad de la esperanza en un Salvador y de la precision de los oráculos y tradiciones que constituian su fundamento? ¡Á qué grado de fuerza no debia haber llegado esta persuasion para que así se buscase por todas partes su objeto, y que las imaginaciones extraviadas y ciegas fuesen de este modo en busca de un Salvador, y se fiasen, para encontrarlo, de las mas groseras apariencias! ¿Quién no ve que todos esos falsos Mesías suponen necesariamente que en esa época habia ya llegado el tiempo del advenimiento del Mesías verdadero, supuesto que la realidad de las circunstancias de su aparicion era tal, que comunicaba visos de probabilidad á las mas quiméricas visiones? Esta conclusion la confirma Bossuet diciendo que las edades precedentes nada habian visto parecido. El tiempo y las otras señales no se concordaban todavía, y solo en el siglo de Jesucristo se empezó á hablar sériamente de todos aquellos Mesías. Añadamos que despues cesó la misma en todo el universo, y que hasta los judíos, que habian siempre vivido en aquella esperanza, que era para ellos una herencia nacional, despues de haber divagado por un mar de errores, de equívocos y de inconciliables interpretaciones, acabaron, como leemos en su Talmud, por maldecir al que se ocupase todavía en calcular la época de la venida del Mesías [2], encerrándose de este modo en su desesperacion como en una tumba, y proclamando por este mismo hecho, que Jesucristo es el verdadero Salvador que habia sido prometido al mundo, ó que ellos mismos no son nada, ó que nunca fueron mas que unos visionarios, unos pobres insensatos.

[1] Her. Jos. Schmit, *Orígen de los mitos.*— El presidente Riambourg, *Racionalismo y tradicion.*—¡Cosa singular! precisamente el haber buscado á este *Santo* fue la causa de que la China cayese en la idolatría. Los enviados del emperador Ming-ti creyeron haber encontrado á este *Santo* en el dios Fo, que no es otro que Bouddha, y llevaron con este ídolo todas las supersticiones del lamismo, de que la China quedó inficionada.

[2] «Todos los términos señalados para la venida del Mesías pasaron ya;— «¡malditos los que calcularen los tiempos del Mesías!» *(Gem. San.,* cap. 2, *Moses Maimon. in epit. Talm. Ib. Abran, de cap. fidei).*

III. Efectivamente, en medio de todas estas circunstancias,—en el seno de la mas general descomposicion que haya presentado jamás la humanidad,—en el mas alto período de su unidad material, y cuando se extendia sobre todos los humanos un cetro único y se hablaba por todas partes una sola lengua,—cuando del Oriente al Occidente algunos susurros, precursores de un acontecimiento milagroso y por largo tiempo esperado, atravesaban el mundo como mensajeros invisibles y le convidaban al espectáculo de grandes sucesos,—entre todos aquellos falsos Mesías, aquellos falsos Cristos, aquellos falsos Salvadores,—el verdadero Mesías, el verdadero Cristo, el verdadero Salvador deseado de todas las naciones se dejó ver en el mundo... Pero así como un soberano, que por razon de Estado evita entrar en sus dominios por el lado en que se le está aguardando, ó en donde sus súbditos se dirigen para verlo venir, y penetra hasta el corazon de su imperio por un camino retirado y desierto, y con un traje que oculta su majestad; del mismo modo el Hijo de Dios no hizo su entrada en el mundo por el arco triunfal de las grandezas humanas, sino que salió, por decirlo así, á la tierra en el seno de la oscuridad y de la abyeccion mas grande que se puede concebir; atravesó la vida humana en el desprecio y la pobreza, y la dejó sumido en los sufrimientos y la ignominia, dejando de esta manera burlada la expectacion universal, aunque con el grandioso designio de satisfacerla mucho mejor.

Esperaban un conquistador soberbio, un príncipe que dominaria las naciones, y Jesús es el hijo de un artesano, un pobre, que, nacido en un establo, pasa su vida en medio de los pobres, y la acaba en un patíbulo entre dos ladrones. Por esto, Tácito lo llama *ignoble;* y los judíos dicen todavía por boca de sus rabinos: *Jesus non erat ullo splendore præditus, sed reliquis mortalibus fuit simillimus. Quamobrem constat non esse in eum credendum:* «Jesús no se presentó rodeado de «ningun brillo: fue muy semejante al resto de los mortales, por cuya «razon se ve claramente que no debemos creer en él [1].» Platon hu-

[1] Libro judío publicado en la *Tela ignea Satanæ* de Wagenseil, t. II, página 41.—Isaías habia dicho: «Y subirá como ramito delante del Señor, y co-«mo raíz de tierra sedienta: no hay buen parecer en él, ni hermosura; y lo «vimos, y no era de mirar, y lo echamos menos. Despreciado, y el postrero «de los hombres, varon de dolores, y que sabe de trabajos; y como escondido «su rostro y despreciado, por lo que no hicimos aprecio de él.» (*Isai.* LIV, 2 et 3).—¡Ciegos, doblemente ciegos, puesto que se les habia prevenido de su ceguera!

biera dicho al contrario: *Es evidente que debemos creer en él.* Se sabe, en efecto, que queriendo aquel príncipe de los filósofos trazar la imágen simbólica de la justicia encarnada, de un hombre divino, pinta seña por seña á Jesucristo. «Despojémosle de todo, dice, hasta de «las apariencias de justicia, y no le dejemos mas que la justicia sola. «Irreprensible y santo, se pondrá á prueba su virtud, y le verémos «cubierto en todo el oprobio del crímen y entregado á los mas duros «tormentos. Rodeado de los falsos juicios de los hombres, pero siem-«pre virtuoso, marchará con seguro paso hácia la muerte. ¡Qué di-«go! pase por inícuo, perverso, y como tal sea azotado, puesto en «tormento, y al fin, despues de haber sufrido todos los suplicios, «muera *con las manos extendidas sobre una cruz* [1].»

Aquellos judíos que entendian la verdadera sabiduría reconocieron al Mesías á través de todos esos caractéres. Apenas acababa de nacer, algunos santos personajes inspirados por el cielo lo proclamaron por el Redentor del mundo, y cantaron su gloria con un entusiasmo mas sencillo é ingénuo que el de Virgilio por su pobre héroe.

«Ahora, —decia el anciano Simeon, teniendo en sus manos, mar-«chitas por los años, al divino Niño, —ahora, Señor, puedes ya de-«jar que tu siervo muera en paz; porque, segun tu palabra, han «visto mis ojos tu salud; el Salvador que nos habias vaticinado, aquel «CUYA VENIDA HAS PREPARADO ANTE LA FAZ DE TODOS LOS PUEBLOS, para «que sea LUMBRE QUE ILUMINARÁ Á TODOS LOS GENTILES, y gloria de «tu pueblo de Israel [2].»

— «Bendito sea el Señor, —decia tambien el anciano Zacarías, pa-«dre del Bautista, —bendito el Señor Dios de Israel, porque visitó «é hizo la redencion de su pueblo, y nos SUSCITÓ UN PODEROSO SAL-«VADOR en la casa de David su siervo, SEGUN HABLÓ POR BOCA DE SUS «SANTOS PROFETAS QUE HA HABIDO DE TODO TIEMPO: salud de nuestros «enemigos, y de mano de todos los que nos aborrecen: para hacer «misericordia con nuestros padres, y acordarse de su santo testa-«mento. En ejecucion del juramento, que juró á nuestro padre Abra-«han, de que él mismo se daria á nosotros, para que librados de las «manos de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor, en santidad y «en justicia delante de él mismo, todos los dias de nuestra vida. Y tú, «niño (dirigiéndose á Juan Bautista), serás llamado profeta del Al-«tísimo; porque irás ante la faz del Señor para aparejar sus caminos,

[1] Platon, *República*, lib. II.
[2] Luc. II.

«para dar á su pueblo conocimiento de salud, á fin de que obtenga la «remision de sus pecados, por las entrañas de misericordia de nuestro «Dios, con que ha hecho que NOS VISITASE SU SOL VINIENDO DE LO AL- «TO, PARA ALUMBRAR Á LOS QUE ESTÁN SENTADOS EN TINIEBLAS Y EN «SOMBRA DE MUERTE, Y PARA ENDEREZAR NUESTROS PIÉS Á CAMINO DE «PAZ [1].»

Por fin, ¿omitirémos aquí aquel incomparable cántico, salido de la misma boca de la Madre del Salvador, é inspirado por ese Verbo de Dios, que llevaba ya en sus entrañas; aquel cántico, digno contraste de las antiguas lamentaciones de Isis, que hace diez y ocho siglos resuena todos los dias en nuestros templos, y que oimos siempre con una especie de simpático estremecimiento?

«Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se regocijó en Dios «mi Salvador. Porque miró la bajeza de su esclava: pues ya desde «ahora ME LLAMARÁN BIENAVENTURADA TODAS LAS GENERACIONES.— «Porque el que es poderoso ha hecho en mí grandes cosas, y su nom- «bre es santo, y su misericordia de generacion en generacion sobre «los que le temen.—Hizo valentía con su brazo;—esparció á los «soberbios del pensamiento de su corazon.—Destronó á los podero- «sos, y ensalzó á los humildes.—Hinchió de bienes á los hambrien- «tos y á los ricos dejó vacíos.—Recibió á Israel su siervo, acordán- «dose de su misericordia, Y REALIZANDO AQUELLA PROMESA HECHA Á «NUESTROS PADRES, Á ABRAHAN, Y Á SU DESCENDENCIA POR LOS SIGLOS [2].»

¡Palabras admirables, que dan la clave del misterio de los abatimientos de Jesucristo, y que hacen brillar en su misma oscuridad todos los resplandores de su majestad y omnipotencia!

IV. Pero penetremos mas directamente en este misterio, y despues de haber sido conducidos á él por todas las circunstancias exteriores que llevaban al mundo agitado á la venida de Jesucristo, concentremos nuestra atencion en su propia persona, y examinemos de qué modo el Salvador anunciado correspondió á tan magníficos anuncios y á todas las necesidades de la humanidad.

Si Jesucristo era realmente aquel Reparador de nuestra naturaleza prometido desde el principio, ¿qué venia á hacer sobre la tierra? Venia á enderezar los designios é inclinaciones del corazon humano, que habian llegado ya al mas alto punto de perversidad. Era, pues,

[1] Luc. I.
[2] Idem.

muy racional que no se conformase con esos designios é inclinaciones; que les diese un impulso contrario; que reparase las ruinas de un mundo que se estaba cayendo bajo el inmenso peso del sensualismo, del orgullo y de la violencia, poniendo en su seno el contrapeso de una humildad, de una suavidad, de una expiacion y de un sacrificio mas inmenso todavía; era preciso que divinizase todos los sufrimientos, como se habian divinizado antes todas las voluptuosidades; en una palabra, que se declarase *enemigo del género hamano*, tal como el género humano era á la sazon, es decir, que se presentase hostil á sus mas caros intereses, pero hostil como un médico que corta y raja en carne viva, y que parece va á matar al paciente cuando le está dando la vida.

Por otra parte, el hacerse hombre no era para un Dios negocio de magnificencia, lo era mas bien de humillacion y abatimiento. Estaba, pues, conforme con el divino plan que ya que hacia tanto descendiendo hasta el hombre, descendiese al mismo tiempo hasta el último de los hombres. La magnitud y perfeccion de su designio estaban, si me es lícito hablar así, en la magnitud y perfeccion de su abatimiento. Viniendo á desempeñar el ministerio de *Mediador*, debia reunir los dos extremos que un abismo separaba, y á toda la grandeza, es decir, la santidad de un Dios, juntar toda la miseria del hombre. Debia por consiguiente tomar esta miseria en lo que tenia de mas radical, y recopilando en sí y cargando con todas las consecuencias y apariencias del pecado, hacerse no solamente hombre, sino hombre de ignominia y de dolores, á fin de ser con mas propiedad la personificacion viva de la verdadera humanidad, de esa pobre humanidad que nuestras pasiones y vanidades disfrazan con falsos oropeles de teatro, pero que en el fondo y en la realidad es dolorosa, lamentable, innoble aun cubierta de púrpura y coronada de flores; tal, en fin, como estaba Jesucristo cuando en aquella terrible y palpitante paródia de nuestras ilusiones, lo sacaron al balcon para mostrarlo al pueblo, coronado, pero de espinas; vestido, pero de harapos; teniendo en su mano un cetro, pero cetro de caña; saludado rey, pero cubierto de salivas y de golpes por sus mismos vasallos: *Ved aquí el hombre* en su fondo, ved, pues, lo que debia ser su representante Jesucristo.

Pero al propio tiempo *ved aquí el Dios;* porque siendo todas aquellas miserias para él *solo* inmerecidas y para él *solo* voluntarias, ¿quién no descubre toda la santidad, todo el amor que en Jesucristo suponen la aceptacion de todas ellas y la resignacion con que lleva su ter-

rible peso? Platon habia visto ya en su justo imaginario todas las virtudes de un Dios, y sin embargo, el justo de Platon era hombre, y por lo tanto culpable hasta cierto punto; por otra parte nada habia de voluntario en su suplicio; en fin, él no sufria ni moria por nadie, ni el amor entraba por nada en semejante sacrificio; mientras que en Jesucristo la inocencia y el desinterés mas absolutos hacen de su sacrificio la obra maestra de la santidad y del amor, y hacen brillar á través de las abyecciones del hombre todas las grandezas del Dios. Ni la tierra ni el cielo vieron jamás una grandeza tan divina como la que resplandeció en la vida, y sobre todo en la muerte de Jesucristo: la tierra, porque no vió nunca una inocencia y un amor parecidos; el cielo, porque no los vió nunca en la prueba de un sacrificio semejante. Puede decirse que todas la falsas grandezas de la tierra contienen en realidad todas las bajezas aparentes de Jesucristo, y que todas las aparentes bajezas de Jesucristo contienen en realidad todas las grandezas del cielo, las grandezas morales; la bondad, la justicia, la inocencia, la paciencia, la humildad, el valor, la resignacion, la benignidad, el amor, y todo esto en lo que hay de mas infinito, pues que su medida está en la inmensa distancia que separa á Dios y al hombre, reunidos en Jesucristo.

Todas estas grandezas morales hicieron de Jesucristo un verdadero rey, pero de un reino que no es de este mundo degradado, sino de un reino espiritual y moral, del reino de la verdad y virtud, cuyo restablecimiento era cabalmente el magnífico objeto de su mision.

Bajo este verdadero punto de vista, nadie se presentó nunca con mas brillantes caractéres de Reparador de la humanidad que Jesucristo; pero por la misma razon nadie debia parecerlo menos. Por esto dijo admirablemente san Juan: *La luz vino á brillar en las tinieblas, mas las tinieblas no la comprendieron.* Las tinieblas no hubieran sido tinieblas, es decir, la tierra no hubiera tenido necesidad de un Salvador, si hubiese estado bastante ilustrada para reconocerlo desde el momento de su aparicion. Es propiedad de la naturaleza del mal moral el no conocer el remedio, porque el asiento de este conocimiento es el asiento del mismo mal, á saber, la inteligencia y la voluntad, que por lo mismo que están viciadas deben resistirse al bien, de la misma manera que se resistirian al mal si no lo estuviesen. El verdadero Reparador debia por consiguiente ser desconocido y rechazado, hasta el punto de que esta circunstancia fuese característica de su mision. Solo Jesucristo comprendió y desempeñó la suya de esta suerte, y

solo él por medio de esta señal de divina inteligencia, probó que era el verdadero Salvador.

Pero era necesario algo mas que la inteligencia de semejante mision; era necesario sobre todo el desinterés y el corazon de un Dios; era necesario tambien su presciencia.

No olvidemos, en efecto, una cosa que es particularmente la clave de los abatimientos del Cristo, á saber, que independientemente de que su calidad de reformador le exponia á toda la enemistad de los hombres, debia presentarse por sí mismo y abandonarse voluntariamente en manos de sus verdugos, porque el grande objeto de su mision y la consumacion de todos sus designios eran de ser Víctima. Debia rescatarnos y pagar por nosotros; debia expiar la enorme falta que nada hasta entonces habia podido expiar, y debia expiarla como se expia por la vergüenza y el dolor. Recordemos la señal característica del Salvador esperado, del cual habian sido figura todas las víctimas anteriores. Recordemos en particular el retrato horrible para la naturaleza, y como el sangriento programa que la mano de Isaías habia trazado de su persona y destino. Hé aquí lo que debia ser el Salvador del mundo. Desde las mas encumbradas elevaciones de la felicidad de un Dios debia humillar su cabeza hasta beber con nosotros el cáliz de la amargura, llenado y colmado por el pecado, hasta mojar sus labios en aquel torrente de la divina Justicia, engrosado con las avenidas de nuestros crímenes, á fin de levantarnos en seguida con él hasta el cielo. ¿Quién mas que Jesucristo reprodujo en sí ese carácter esencial de la mision del Libertador esperado por todo el universo? ¿Quién sino la verdadera Víctima hubiera comprendido y se hubiera voluntariamente sujetado á un sacrificio semejante? ¡Ah! ¡cuán léjos estaban el espíritu y el corazon de los hombres de una inteligencia y de un rendimiento semejantes! Morir voluntariamente por el género humano sin que este lo sepa, ¡qué digo! ¡bajo los golpes del mismo género humano!... ¡qué necedad!... ó ¡qué sabiduría!... El mundo de entonces lo llamó necedad; por lo mismo debia ser una profunda sabiduría, porque el mundo de entonces estaba loco.

Lo que hay de concluyente en la conducta de Jesucristo bajo este respecto, lo que pone una distancia infinita entre él y todos los falsos salvadores que por todas partes aparecian, —toda la distancia que hay de la verdad al error, —es que desde el umbral de su vida terrestre consideró, midió y abrazó voluntariamente su pasion y su

muerte afrentosa, y las hizo entrar en su inefable designio como piezas importantes, á las que todo el resto estaba subordinado.—*¡ Padre mio, ninguna de las víctimas que se han inmolado hasta aquí os agrada ya*, pues bien, AQUÍ ESTOY YO!—*Cuando seré levantado en cruz todo lo atraeré hácia mí.*—*¿No era preciso que el Cristo sufriese todas estas cosas, y que entrase así en su gloria*, etc.?—Tales son las palabras que repetia Jesús á cada instante, ofreciéndose á sí mismo para su cumplimiento de grado en grado, hasta pedir de beber, estando en la cruz, expresamente para que le diesen hiel y vinagre, á fin de que no faltase tampoco en su sacrificio este último rasgo, que él mismo habia vaticinado, y á fin de que, despues de haber sido él solo, hasta el extremo, el ordenador, el sacerdote y la víctima de aquel gran sacrificio, pudiese decir con toda propiedad: *Todo está consumado.* Seguramente las antiguas profecías y la tradicion que las habia hecho conocer por todas partes, habian anunciado que el Libertador debia sufrir, y como decia Esquiles, que *un Dios se ofreceria para suceder á nuestros sufrimientos, y bajar por nosotros hasta los infiernos*[1]; pero las mismas profecías y tradiciones hablaban tambien de victoria, de poder, de gloria, de dominacion y de triunfo, y nada de esto aparecia en la vida ni en la muerte del Cristo. Y sin embargo, constantemente, hasta el fin ¡qué digo! á medida que todo, bajo este punto de vista, parece desmentir su destino, se entrega á él mas absolutamente, y muere abandonado del cielo y de la tierra, cubierto de oprobios y de ignominias, sosteniendo su divino papel de Salvador del mundo, proclamando su triunfo desde lo mas profundo de su anonadamiento, y disponiendo de las habitaciones del cielo cuando ni tenia sobre la tierra dónde reclinar su cabeza[2].—Ahora pregunto yo: ¿á quién se le hubiera ocurrido entrar en semejante sendero y seguirlo hasta el fin, aun á través de la ignominia y de la muerte, y explicar las profecías en un sentido tan contrario á toda humana razon y á todo interés, no digo solamente personal sino extraño, y de sacrificarse tan gratuita y locamente por los demás? Semejante pensamiento, y sobre todo semejante constancia no caben en el hombre. Al que este hubiera reconocido por libertador, por vencedor, hubiera sido al que se hubiese presentado como un Alejandro ó un César; pero, ¿cómo habia de descubrir al Dios en el que moria ajusticiado sobre un patíbulo?

[1] Prometeo.

[2] *Hodie mecum eris in paradiso.* (Luc. XXIII, 43).

Pero lo que sí descubre claramente á un Dios, es el éxito de semejante pretension y la omnipotencia que este éxito supone. Desde que el Cristo hubo espirado, desde que llegó al límite extremo de la ignominia y del dolor, y que hubo de este modo dado cumplimiento á la cláusula satisfactoria de nuestra regeneracion, se empezó desde luego esa conquista del mundo, esa dominacion universal, esa gran reforma de las cosas humanas que preocupaba tan extraordinariamente todos los ánimos; pero que estaban tan léjos de esperarla por el lado de donde realmente salió, que no la veian ni aun cuando se estaba efectuando mas visiblemente entre ellos, de modo que hasta se le oponian; sin advertir que cuanto mas se le oponian mas hacian resaltar su prodigio y su divinidad. — El último de los hombres en la apariencia, un criminal ó un insensato, despreciado y maldito, suspendido, clavado y muerto sobre un cadalso de esclavos: ¡el Crucificado! hé aquí el tipo propuesto al mundo pagano, y segun el cual toda la humana naturaleza debia en adelante modelarse, reformarse. La ejecucion sigue rápidamente á esta tentativa que tenia tantos visos de insensata, como si todas las fuerzas humanas que la contradecian se hubiesen reunido para ayudarla. Por sí mismo, por medio de una cierta fuerza y virtud que salen de su debilidad y de su misma destruccion, el Crucificado se hace discípulos é imitadores. Ataca, zapa, mina y hace entrar en disolucion las instituciones, las costumbres, todas las ideas, como la nieve cuando derretida por los rayos del sol se precipita y rueda en azudes por los abismos. Engruesa su marcha con todos los obstáculos que se le oponen, se asimila sus propios verdugos, se incorpora el mundo, y el mundo se encuentra transformado, pertenece todo entero á Jesucristo, procede de Jesucristo como de una nueva raza, planta por todas partes sobre él el instrumento de su suplicio, poco antes tan execrable y horrible, como el límite de la humanidad antigua y el punto de partida de la humanidad regenerada, y hace de él el modelo de todas sus acciones, regla de todos sus deberes, orígen y adorno de todas sus grandezas, vehículo de todas sus empresas, apoyo y remedio de todas sus debilidades, y eterno alimento de toda su actividad. El Cristo fue como un molde en el cual toda la humanidad de Adan fue puesta en fusion, y del cual salió hecha cristiana. Todo ha pasado por él, todo ha salido de él; y lo que hay en esto de mas característico es que no se ha hecho esta refundicion en Jesucristo filósofo ó en Jesucristo doctor, sino en Jesucristo inseparable de su cruz, en Jesucristo crucificado, y que

así como se ha obrado por lo que hay de mas insensato y mas débil á los ojos del mundo, el mundo ha sido convencido de locura y debilidad, y ha recibido la sabiduría y la fuerza.

Por este medio se ha fundado en el seno de los reinos de este mundo un reino que los comprende todos, del cual son todos los hombres ciudadanos y súbditos, y Jesucristo el rey. Este reino es el de la verdad y virtud en su mas alto punto de unidad, de concentracion y de fuerza. Es ese reino espiritual de la cristiandad, cuya sede visible, ocupada sin interrupcion por un vicario de Jesucristo desde que él mismo puso la primera piedra hasta nuestros dias, no es otra que el trono mismo de los Césares, á cuya creacion y consolidacion concurrieron todos los acontecimientos políticos de la antigüedad, y cuya unidad y universalidad ha conservado y aumentado el sumo pontificado por espacio de diez y ocho siglos. «Es aquel reino que jamás «debia ser destruido; es la piedra que SIN MANO ALGUNA DE HOMBRE «se desgajó del monte, y que despues de haber reducido como á tamo de una era de verano todos los antiguos imperios de la tierra, «se hizo una grande montaña que llenó toda la tierra, como lo ha«bia vaticinado Daniel; es aquella monarquía universal de que ha«bla Gibbon, que ha levantado sobre el Vaticano, regado con la san«gre de los primeros cristianos, un templo que sobrepuja en mucho «á los antiguos monumentos de la gloria del Capitolio, y que des«pues de haber dictado leyes á los bárbaros conquistadores de Roma, «ha extendido su jurisdiccion espiritual desde las costas del mar Gla«cial hasta las playas del Océano Pacífico.» En este reino espiritual tiene la verdad un solo jefe, un centro único desde donde extiende sus influencias á todos los puntos de la tierra, donde hay inteligencias; desde donde dirige las legiones apostólicas consagradas á su culto, y diseminadas por todo el universo; no teniendo mas que una sola disciplina, una sola voluntad, un solo amor, un solo lenguaje, combatiendo siempre al error y al vicio, no sirviéndose mas que de la palabra y del ejemplo; no proponiéndose otra conquista que la del bien; y no esperando mas recompensa del sacrificio de su fortuna, de su familia, de su patria, de su libertad, y aun de su misma vida, que la felicidad de los hombres, la satisfaccion de la conciencia, y el cielo... Este reino tan quimérico y tan frágil en las apariencias, supuesto que se compone de cuanto hay de mas inconstante, de mas fugaz, de mas aéreo, es decir, los pensamientos y voluntades de los hombres, y lo que es mas aun, los pensamientos en la region del mis-

terio, las voluntades en la region del sacrificio; y unas y otras en el seno de la mas completa libertad; es, sin embargo, lo que nunca ha habido de mas fuerte, resistente é indisoluble: *es un yunque que ha gastado todos los martillos*, segun la hermosa expresion de Teodoro de Beza. En el seno de este reino se elevan y caen los imperios, se agitan y pasan las generaciones: él solo subsiste inmutablemente, se sostiene para siempre sobre sí mismo, y despues de diez y ocho siglos de existencia se prolonga y dilata todavía en un indefinido porvenir.

Hé aquí la obra de Jesucristo.

¿Es esto un sueño, una utopia, una hipótesis, una teoría?—No; es la mas positiva de todas las realidades; es un hecho, y un hecho que la incredulidad mas osada no puede negar sin renegar de sus propios sentidos; es un hecho generador de todos los hechos que constituyen la historia de los últimos diez y ocho siglos, del mismo modo que su preparacion habia sido el móvil y el objeto providencial de todos los hechos que le habian precedido.

Pero este hecho incontestable ¿puede explicarse humanamente? —No: y sobre esto me limitaré á apelar al sentido comun, que contesta en seguida: «Esta obra es superior al hombre; el que la ha «hecho es Dios.»

En cuanto á nosotros, para deducir resueltamente esta conclusion, no necesitamos mas que recordar el simple hecho siguiente: «El mun«do era politeista é idólatra, y ya no lo es; el mundo fue politeista «é idólatra por espacio de tres mil años, y hace diez y ocho siglos «que dejó de serlo; el mundo era politeista é idólatra hasta tal pun«to, que *Platon* hacia del teismo una ciencia oculta; y no lo es ya, «hasta tal grado que no hay inteligencia, por mas limitada que sea, «aun en la mas abandonada de todas las aldeas, que no reconozca «y adore á un solo Dios en espíritu y en verdad.»

Pero penetremos mas en el fondo de las cosas, y busquemos nueva claridad.

Bossuet dijo con una propiedad digna de su gran talento: *Una sociedad que engendra Santos, está marcada con una señal infalible de regeneracion.* Tal es la señal, el sello imperecedero con que se manifiesta el Cristianismo por todas partes por haber traido á la tierra esta regeneracion que todos los siglos anteriores habian esperado.

Las tradiciones universales dijeron que la humanidad habia caido desde su orígen bajo el imperio de un espíritu malo, *que todo lo ha-*

bia puesto en combustion, y henchido de males y miserias la mar y la tierra[1]. Este instigador de nuestra caida nos habia causado el entero trastorno de nuestro edificio intelectual y moral, la sublevacion de nuestra razon contra la verdad y el órden de Dios, y por consecuencia la sublevacion de los sentidos y de los apetitos inferiores contra la razon; porque, como decian tambien las antiguas tradiciones por el órgano de Plutarco, *la parte del alma apasionada, violenta, irracional é insensata, es ese espíritu malo, ó procede de él, como su mismo nombre lo indica, pues es lo mismo que si dijéramos* ESPÍRITU SUPLANTADOR, DOMINADOR, VIOLENTADOR. Tal era la humanidad desde su caida: cada vez mas *suplantada*, mas *dominada*, mas *violentada* por el espíritu del mal que se habia convertido en su tirano, yacia vejada y envilecida debajo de un enorme peso de errores y desconciertos. Vino empero el *Libertador* prometido, el *Fuerte*, el *Salvador* deseado de todas las naciones, EL CRISTO, y trayendo consigo remedios heróicos y tan violentos como el mal que queria curar, abatió hasta el polvo al enemigo y todo lo que dentro de nosotros constituia su fuerza, y que era como la cadena con que nos tenia cautivos: al orgullo y rebeldía del hombre opuso el abatimiento y sumision de un Dios; á nuestras sensualidades opuso sus sufrimientos; á nuestros inmoderados apetitos sus grandes privaciones; á nuestro cruel egoismo su ardiente caridad. Así combatió al enemigo con armas contrarias, se batió con él cuerpo á cuerpo, le venció en su propio terreno, y despues dejándose crucificar, lo clavó con él en su misma cruz; y habiéndole de este modo desarmado, le arrastró ante su carro de triunfo á la vista de todo el mundo, despues de haberlo abatido en su persona[2]. Por este medio devolvió al alma la libertad, y la hizo capaz de practicar todas las virtudes opuestas á sus envejecidos desórdenes y de marchar por una senda de perfeccion ilimitada. Hé aquí lo que hizo el Libertador én su persona para que sirviese desde luego de ejemplo, y lo que en lo sucesivo hizo á la humanidad capaz de hacerlo tambien en pos de su Libertador, ayudada de la *virtud sobrenatural* que él comunica á los que se unen á él por la fe y la caridad, y que hace participantes de sus méritos, de su fuerza y de su victoria, del mismo modo que en el órden de la naturaleza somos participantes de la miseria, de la debilidad y de la caida de Adan nuestro jefe.

[1] Plutarco, ya citado.

[2] *Expolians principatus et potestates, traduxit confidenter, palam triumphans illos in semetipso.* (Colos. II, 15).

Aquí está la realidad, la divinidad del Cristianismo, sin lo cual no hubiera sido sino una filosofía humana mas, que como tantas otras hubiera al fin caducado y perecido. Nunca se abordará esta cuestion con demasiada franqueza.

Para Jesucristo el haber vencido al mal no hubiera sido bastante si no nos hubiera hecho partícipes de su victoria. Mas todavía : sin esta circunstancia, Jesucristo no hubiera vencido al mal; porque el mal no estaba en él, y no tenia necesidad de hacerse hombre, de padecer y morir por sí mismo. Si lo hizo, fue solo por sustitucion y para comunicarnos todos los merecimientos; pero á fin de que esta comunicacion se efectuase entre dos naturalezas libres, era preciso que nuestras voluntades se pusiesen en relacion, se abocasen, por decirlo así, con la suya por la adhesion sacramental de nuestra humanidad con su divinidad, así como él habia sido el primero en ponerse en relacion con nosotros por la union de su divinidad con nuestra humanidad. El agente misterioso y vivificante de esta relacion que une á Jesucristo con nosotros y á nosotros con él, es lo que se le llama *la gracia*. Por ella se ha hecho Jesucristo como un nuevo tronco plantado en el seno de la humanidad, y ha podido decir: *Yo soy la vid, vosotros los sarmientos.* Este tronco comunica á las ramas del viejo tronco de Adan, que se la separan para ingertarse en ella, una sávia enteramente divina, que renueva, santifica y fortalece. Es el olivo cultivado y el olivo silvestre de que habla san Pablo. El hombre en el estado de naturaleza caida es el olivo silvestre, que no da mas que frutos de amargura y de muerte; el hombre hecho cristiano, no solo en el nombre, sino por los hechos, es decir, por la oracion y los Sacramentos que son como los canales de *la gracia*, se ingerta y luego se incorpora con el olivo cultivado, del cual recibe esa lozanía y esa fecundidad para el bien, que relativamente á su natural debilidad le obliga á hacer prodigios de virtud.

No vengan ahora esos espíritus exigentes, es decir, débiles, porque debilidad es el no saberse contener en justos límites, no vengan á pedirnos que les expliquemos la operacion de la gracia en sí misma; porque los remitiríamos á la naturaleza entera, que está llena de fenómenos impenetrables en su causa é incontestables por sus efectos. Y si esto no bastase, les responderíamos que siendo el fenómeno de la gracia tomado en un órden sobrenatural, seria contradictorio que pudiésemos explicarlo fuera de este órden. En fin, antes de explicarles el misterio de la transmision del bien, les pediríamos á ellos

mismos tuviesen la bondad de explicarnos el misterio de la transmision del mal; misterio mil veces mas profundo, porque la depravacion de la voluntad en la raza humana se transmite sin el concurso de la voluntad, mientras que en el misterio de la transmision del bien, es por medio de la adhesion sacramental de la voluntad humana á la divinidad de Jesucristo como se transmiten á aquella los méritos de esta.

Pero ¡cuestiones ociosas! ¿qué importa que no comprendamos el misterio de la gracia, si somos continuamente testigos de la misma gracia y de sus efectos? ¿Hay algo mas irrecusable para todos los que la reciben y tienen la dicha de vivir en ella, que esa fuerza interna, ese soplo vivificante, esa extraordinaria energía para el bien, que se saca de la práctica del Cristianismo, que se pierde con ella, y sobre la que todos los verdaderos cristianos sin excepcion están unánimemente de acuerdo, como lo están los filósofos acerca de los fenómenos de la sensacion? ¿Hay algo mas evidente, aun para los mismos que la han perdido, ó que han tenido la desgracia de no conocerla jamás, que esa perfeccion sostenida de virtud y ese no sé qué de acabado que se observa en las almas piadosas, y ese heroismo de desinterés, de abnegacion y de caridad, que no es alimentado por nada que tenga relacion con el mundo, y que al revés todo lo de este mundo contradice? En todas las demás religiones pudo sin duda haber hombres virtuosos; solo en la Religion cristiana hay *Santos*. Los hombres virtuosos en las otras religiones lo fueron *por* naturaleza y *á pesar* de la insuficiencia ó la corrupcion de su religion; en la Religion cristiana son tantos *á pesar* de su naturaleza y *por* el auxilio y la práctica de su fe, que los conduce á ejecutar todas las virtudes. No era seguramente el culto de Vénus el que inspiraba la castidad á las damas romanas; es el culto de Jesucristo, el espiritualismo cristiano que somete los sentidos al imperio de la razon; es el amor de Jesucristo que domina y se apodera de todos los amores. Por el desprecio que hizo de las religiones de su tiempo mereció Sócrates el nombre de sábio; por las inspiraciones del Cristianismo los Vicentes de Paul, los Josés de Calasanz, los Franciscos de Sales, los Tomás de Villanueva, los Fenelon, los Bossuet y tantos otros han merecido los títulos de santos, de bienhechores y lumbreras de la humanidad. ¿Qué heroismo puede presentarnos la antigüedad que se parezca al de esas buenas Hermanas de la Caridad? Preguntadles de dónde les ha venido esa naturaleza superior, sublime, que confunde

nuestra debilidad y cautiva nuestra admiracion, y veréis que os muestran la pequeña cruz de palo que cuelga de su angelical cintura. Emplee la filosofía humana todas sus fuerzas, busque, inquiera, reuna todos sus modelos, y que nos ofrezca al fin uno solo de esos ángeles de la tierra; no le pedimos mas que uno, cuando nosotros al solo nombre de Jesucristo podemos hacer que aparezcan legiones de ellos. ¿Quién no experimenta, en presencia de esas almas realmente en posesion de *la gracia* por la práctica de la piedad cristiana, quién no experimenta algo de sobrenatural y de inexplicable que les dé un principio de superioridad sobre los que no la poseen, y que en un sentido distinto pueden obligar á estos á decir lo que Neron de Agripina: *Mi espíritu absorto tiembla delante del suyo?* Es la gracia de Jesucristo que brilla en sus almas, refleja en sus miradas y en su frente su celestial esplendor, é imprime en todo su ser, en todas sus acciones, esa calma, esa paz, esa exquisita dignidad, esa inefable dulzura, esa generosidad infatigable por todo lo bueno, y ese sacrificio perpétuo de sí mismos á sus deberes y á los intereses de los demás, sin fausto, pero sin pusilanimidad.

Hay entre la *moralidad* humana, que es lo que constituye en sentir del mundo las *gentes de bien*, y *la gracia* de Jesucristo, que es lo que, segun la Religion, hace los *Santos*, una diferencia total, que no consiste solamente en los grados mas ó menos subidos de bondad, sino en los principios mismos de estos dos estados. Son dos fenómenos psicológicos enteramente distintos. La *moralidad* humana no es mas que la abstinencia del mal, y aun esta abstinencia es cási siempre resultado de la organizacion y del temperamento: tal es honrado y virtuoso, porque se halla organizado de un modo que cási le disgustaria y mortificaria, y tendria que hacerse violencia para no serlo. Es un buen instinto que hay en nosotros, y por cuya pendiente van rodando involuntariamente nuestras acciones. Con frecuencia es aun menos que todo esto; y la vanidad, el interés, el temor de desmentir nuestros antecedentes y de desacreditarnos en el concepto de los que nos habian colmado de elogios son como los andamios que sostienen nuestra honradez y la impiden venirse enteramente por tierra. No es así la *santidad:* no se limita nunca á la abstinencia del mal, se inclina vivamente al bien, y á un bien incesante é indefinido; no se alimenta jamás del sentimiento de su tranquilidad y reposo, pues vive solo de mortificacion y de sacrificios; no es resultado del natural ni del temperamento, á los cuales combate siempre y desarraiga;

puede presentarse indistintamente en toda clase de personas, cualesquiera que sean sus disposiciones naturales y sus antecedentes; sobreabunda con mucha frecuencia hasta en los lugares donde abundaron todos los desarreglos y excesos, y obra en todos los indivíduos, de toda edad, en todas las circunstancias, ese fenómeno que llamamos *Conversion*, tan raro en sí, al cual es preciso no confundir con el *arreglo* de una conducta desordenada; sino que es el repentino *cambio* de todo el hombre interior, conservándole toda su actividad, y haciéndole pasar del mal al bien, independientemente de todo interés y de todo socorro humano.

La *moralidad* es una delicada planta de nuestros jardines, cuyas raices son muy poco profundas, no despliega sus capullos mas que en público y en presencia del sol de la prosperidad; muchas veces, si se la privase totalmente de esa atmósfera de la opinion y de sus comodidades en que está acostumbrada á vivir, se aislaria en el olvido, y caeria seca al contacto del infortunio. La *santidad*, al contrario, florece en el desierto, y crece entre las tempestades; olvidada y despreciada de los hombres da sus frutos mas sabrosos, y el mayor bien que hace es el que nadie ve y se oculta hasta á sí misma; como vive de humildad, se nutre de sacrificios, de modo que cuando la Providencia no le envia nuevas pruebas, tiembla y se las impone al momento á sí misma, como si las dificultades y la violencia fuesen el resorte natural de su actividad.

Hé aquí la gracia manifestada por sus efectos: Pascal ha dicho admirablemente con su profundo laconismo: — «Para hacer de un «hombre un santo es preciso la gracia, y quien lo dude, no sabe ni «lo que es un santo ni lo que es un hombre [1].»

Lo que nos impide conocer perfectamente toda la diferencia entre el estado de la naturaleza y el de la gracia, cuando no consideramos mas que la superficie de las cosas, es que la moralidad de que acabamos de hablar, no es en muchos hombres que viven en el seno del Cristianismo mas que un cierto estado de gracia debilitado y mezclado. El Cristianismo ha influido é influye de tal manera sobre la humana naturaleza, que aun aquellos que lo desconocen y desprecian, respiran, sin advertirlo, en su atmósfera, y son detenidos por una especie de atraccion que obra á mucha distancia, y cuyo foco se halla en la gracia de Jesucristo. Seria menester remontarse á lo que era el mundo antes de su venida, para poder comprender todo el prodi-

[1] *Pensées*, parte II, art. 17, núm. 91.

gio de esta conversion, y para admirar cómo al simple contacto de la cruz tantos animales feroces perdieron sus instintos salvajes, y se transfiguraron en seres dignos del título de hombre, y á veces en ángeles de luz que han causado envidia al mismo cielo [1].

Tal es, de una manera general, la gran revolucion obrada por Jesucristo en el mundo moral, y el socorro inmenso que vino á traer al hombre caido, y ambas cosas deben hacernos reconocer en él al *Libertador* esperado de todas las naciones. Ya no hay mal, por atractivos que tenga, que el hombre no pueda evitar; ya no hay bien, por elevado que sea, á que el hombre no pueda aspirar. Bajo este respecto, la naturaleza humana ha cambiado enteramente. Ya no nos verémos reducidos á decir como Ovidio:

.... *Video meliora proboque,*
Deteriora sequor...........

sino que podemos repetir con san Pablo:

Omnia possum in eo qui me confortat.

¡Por cuántos prodigios de fuerza moral y de santidad ha sido justificada esta confianza, despues que Jesucristo la alentó con estas divinas palabras:

Confidite, ego vici mundum!

¡Cuántos prodigios de pureza y de inocencia en tantas vírgenes cristianas! ¡Cuántos prodigios de heroismo y de valor moral en tantos mártires! ¡Cuántos prodigios de celo y de verdadera consagracion á la verdad en tantos apóstoles, confesores y doctores! ¡Cuántos prodigios de arrepentimiento y de reforma moral en tantos penitentes y convertidos! ¡Cuántos prodigios, en fin, de caridad y de sacrificio á la paz y al consuelo de la humanidad en tantos sacerdotes, tantas santas mujeres, tantos cristianos de todas clases y condiciones!... ¡Ah! si pudiésemos ver de una manera sensible el mundo de las almas, si pudiésemos abrazar con nuestras miradas todas las virtudes que han florecido, todo el mal que ha sido desarraigado de mil ochocientos años acá, ¡qué bello espectáculo se nos ofreceria! ¡Cuán regenerada nos pareceria la humana naturaleza, y con cuánta espontaneidad tri–

[1] Seria necesario algo mas todavía; porque, aun antes de la venida de Jesucristo, no le faltó jamás á la humanidad una cierta gracia suficiente: seria menester suponer que la humanidad, abandonada á su propia caida, no hubiese debido nunca hallar en Dios misericordia; mas entonces tendríamos el infierno en la tierra.

butaríamos á Jesucristo los gloriosos títulos de *Libertador* y *Salvador* del universo!

Es verdad que esta regeneracion no es aun definitiva acá en la tierra, y este es el motivo que nos impide conocer toda su grandeza. En medio de la polvareda del combate que se continúa todavía, no podemos distinguir la victoria tan claramente como aparecerá en el último fin. Pero gran cosa es, entre tanto, el combate y los recursos que su larga duracion supone. Este combate no existia antes de la venida de Jesucristo: todos los errores se paseaban autorizados por el Pórtico, todos los vicios, todas las extravagancias divinizadas tenian en el Panteon derecho de vecindad: no se conocia entonces la intolerancia, porque no se conocia la verdad [1]. El genio del mal tenia al género humano en servidumbre, y el género humano estaba tranquilamente sentado en su abyeccion; se complacia y cebaba en ella como un esclavo que ha perdido hasta la memoria de su libertad. Pero despues que hubo venido su Libertador á dispertarlo y á romper sus cadenas, se empezó una lucha inmensa, inexorable: el mundo llamó al Cristianismo enemigo del género humano, y el Cristianismo llamó al mundo enemigo del cielo y de la verdad; y en esta recíproca intolerancia, el bien y el mal, la verdad y el error, la virtud y las pasiones, el Cristianismo y el mundo vinieron á las manos, pelearon cuerpo á cuerpo, y el mundo fue vencido, y las viles pasiones, hasta allí divinizadas, fueron desterradas de las almas y de sobre los altares, y la verdad triunfante subió á sentarse en el Capitolio, donde permanece todavía, y el Bien desplegó sus estandartes sobre todo el universo y lo abrasó con el fuego de su proselitismo. Desde entonces no ha cesado la lucha, y algunas veces se ha renovado de tal suerte, que ha hecho parecer la victoria indecisa á espíritus poco versados: las herejías y persecuciones han suscitado toda clase de artificios y furores contra el Cristianismo; pero no han logrado, á pesar de tantos esfuerzos, mas que reanimar el triunfo de la Religion y prolongar su propia

[1] Esto es lo que el filósofo Gibbon llama *la armonía religiosa del mundo antiguo.* «Hemos hecho conocer ya, dice, la armonía religiosa del mundo an«tiguo y la facilidad con que tantas naciones distintas y aun enemigas habian «adoptado ó al menos respetado sus mútuas supersticiones... Un solo pueblo «rehusó suscribir á aquel universal convenio del género humano.» (*Hist. de la decad.*, t. III, pág. 4).—¿No parece imposible que una pluma que se llama á sí misma *filosófica* haya podido escribir estas líneas?—Creemos que nuestros lectores no se equivocarán sobre el verdadero sentido que queremos dar aquí á la palabra *intolerancia*.

derrota. Las herejías y persecuciones han sido, sin saberlo ellas mismas, instrumentos de la Providencia, que soltándolas de tiempo en tiempo ha querido extender y prolongar el combate, para dar á todos los hombres lugar y tiempo de asistir á él y de participar de la victoria, realizando de este modo todos los caractéres de la rehabilitacion prometida desde el principio, cuando se anunció que *el Descendiente de la mujer quebrantaria la cabeza de la serpiente, y que esta pondria asechanzas á su calcañar* [1], ó como decian las tradiciones profanas, que el antiguo enemigo *seria tan solo vencido por el descendiente de Isis, pero no muerto, porque no queria la Divinidad que su fuerza fuese del todo aniquilada, sino debilitada y disminuida, á fin de que el combate durase mucho tiempo* [2].

CAPÍTULO VI.

RESÚMEN Y CONCLUSION.

Llegamos ya al término de la primera parte de nuestros *Estudios* y como á la cumbre de la verdad cristiana considerada en sus puntos preliminares.

Fáltanos resumir ahora nuestras investigaciones, y sobre todo fijar en los ánimos su resultado.

§ I.

Hemos empezado cerciorándonos, con la ayuda de la filosofía, de la solidez de los principios espirituales y religiosos que *hemos encontrado existentes* en el mundo sobre la naturaleza del alma, sobre Dios, sobre la inmortalidad del alma y la religion natural: despues hemos considerado estas cuatro primeras verdades en su práctica, y hemos reconocido en ellas una consistencia tan racional, que ningun hombre de recto juicio puede sustraerse á ellas.

En seguida nos hemos preguntado si por nosotros mismos y aislados de la sociedad en donde estas verdades circulan, hubiéramos podido descubrirlas del mismo modo que ahora las hemos comprobado;

[1] Genes. III, 15.
[2] Plutarco.

y no hemos tardado en reconocer,—ya observando la generacion de la verdad sobre la tierra, —ya remontándonos al orígen del lenguaje,—ya comparando la naturaleza de la verdad religiosa con las facultades naturales del entendimiento humano,—ya examinando el método tradicional empleado siempre en su conservacion,—no hemos tardado en reconocer, repito, que el hombre ni individualmente, ni por la agregacion con otros hombres, ha podido llegar nunca al conocimiento de esta verdad, que es necesariamente indispensable reconocerla existente y recibida entre los hombres, y que hubo *una revelacion primitiva.*

Desde aquí hemos ido siguiendo el curso de la verdad primitivamente revelada sobre la tierra, y despues de haberla visto brillar con su mas puro esplendor en la cuna de todas las naciones, la hemos visto tambien decrecer, mezclarse, oscurecerse y cási enteramente perderse en medio de las mas densas tinieblas que hayan cubierto nunca al humano espíritu. Hemos asistido á la antigua lucha del racionalismo contra la tradicion, y del filosofismo contra la filosofía. Hemos visto los desesperados esfuerzos de esta última para conservar la verdad por la tradicion, y hemos oido sus gritos de dolor y la apelacion que interpuso á una segunda revelacion. La hemos visto, en fin, sucumbir en Sócrates, esconderse en Platon, y no servir ya, por sus indignas deferencias con los ídolos, y por el secreto desprecio que derramaba sobre las únicas creencias que en ella se habian conservado, mas que para inducir los espíritus al ateismo, al mismo tiempo que estos eran excitados hácia el sensualismo por las supersticiones, y que de este modo asediada, instigada por todos lados la sociedad del género humano iba entrando y precipitándose en la disolucion mas espantosa.

El estado de descomposicion á que habia llegado el mundo bajo el imperio romano ha llamado particularmente nuestra atencion; y trazando los principales rasgos de este vergonzoso cuadro de la humanidad antigua, hemos podido probar que habia en aquella época tal perversidad en las ideas y costumbres, que la completa cesacion de la vida en el cuerpo social solo hubiera sido cuestion de tiempo y oportunidad, cuestion que la súbita aparicion de los bárbaros hubiera resuelto.—En aquel momento supremo, y mientras entraba por el Occidente la destruccion material, apareció de repente en el Oriente la vida moral de toda la humanidad. La Verdad misma, aquella Verdad primitivamente revelada y por tan largo tiempo perdida á pesar

de todos los esfuerzos de los mas grandes talentos para conservarla, se alzó sola sobre el mundo con una claridad, una pureza y una fuerza, que nunca se le habian conocido, y que diez y ocho siglos de combates no habian podido aun hacerle perder. El carácter sobrenatural de su aparicion fue principalmente realzado por las oposiciones de toda especie que encontró en su camino, y que despreció hasta el punto de dejarse perseguir encarnizadamente por todos los hombres, como para probarles que su fuerza no la recibia de ellos, sino que al revés ella podia darles fuerza que no tenian, y que trocándolos completamente, les imprimia un movimiento de regeneracion que triunfó simultáneamente de la corrupcion de las sociedades caducas y de la barbarie de las sociedades nacientes, é hizo salir un nuevo universo de un nuevo cáos. — Á la vista de tan colosal prodigio nos hemos sentido forzados á reconocer en él un *hecho divino*, y hemos saludado *una segunda revelacion.*

Tal es la materia de nuestro primer libro.

Reconocidos así estos dos puntos de una primera y de una segunda revelacion, hemos buscado en el libro segundo la relacion ó conformidad que debia necesariamente existir entre ambas, y explicar uno por otro esos dos estados tan distintos de la humanidad.

Pero en esta, como en las demás verdades precedentes, nuestro trabajo *filosófico* no ha podido ser un trabajo de *invencion*, sino simplemente de *comprobacion*.

Hemos procurado exponer y comprobar como un hecho la explicacion que nos han suministrado de concierto las dos mismas revelaciones que eran su objeto, y que por la propia razon hemos debido creer exacto, á saber: — que la humanidad habia caido en su jefe por la prevaricacion de este contra la justicia eterna, y que desde entonces, siendo presa de todas las miserias que su reprobacion traia consigo, habia vivido en la promesa de una rehabilitacion por la interposicion de un gran mediador que debia volverla al camino de su primitivo estado, y que este mediador es el mismo autor de la segunda revelacion: Jesucristo.

Hemos aducido cuatro grandes pruebas sumamente vastas y variadas por su mismo orígen, sumamente rigurosas, adecuadas y conformes entre sí con el objeto que queríamos comprobar, las cuales han dado á este último una base de certidumbre filosófica contra la

cual nada pueden todas las impugnaciones, porque no tienen ningun flanco vulnerable.

1.ª *La autoridad del historiador Moisés.*

Por su antigüedad, — por su carácter y el de sus escritos, — por la perpetuidad que imprimió en su obra, — por el gran fenómeno del pueblo que fundó, y que despues de haber sido el único pueblo que conservó la verdad religiosa en los tiempos antiguos, es todavía el solo que ha quedado existente en los tiempos modernos, aunque destituido de todos los elementos de la vida natural de un pueblo, y hecho el blanco de todos los golpes concertados de los hombres y de Dios, sacando del solo libro de Moisés y de la mision que recibió de conservarlo y derramarlo contra sus propios intereses, el fatal privilegio de estar siempre en la agonía y de no poder morir jamás; — por todos estos caractéres decimos que la obra de Moisés nos ha parecido desde luego superior á toda comparacion con las obras del hombre, y hemos descubierto en ella el sello de la mano de Dios.

Pero lo que ha venido á rasgar, por decirlo así, enteramente el velo que cubria hasta nuestros dias la santa faz de este hombre inspirado, es la milagrosa concurrencia de todos los descubrimientos de la inteligencia humana, llegados á la mas alta cumbre de evidencia despues de una laboriosa marcha de tres mil años, con algunos versículos colocados por Moisés al frente de su historia sobre la formacion del universo. — Por consiguiente, Moisés sabia por sí solo lo que despues se ha descubierto por los esfuerzos reunidos de todos los hombres, y lo sabia cuatro mil años antes que ellos, y lo sabia tan perfectamente, que en forma de prólogo y axiomáticamente emitió todos los secretos que la ciencia humana no ha podido arrancar á la naturaleza sino á fuerza de trabajos, de incertidumbres, de casualidades y equivocaciones, la mayor de las cuales es haber desconocido por tan largo tiempo y haber blasfemado hasta hace poco de la grande autoridad de este historiador.

Á la vista de semejante prodigio todas las ciencias han proclamado como su último y unánime resultado que Moisés fue realmente un historiador inspirado.

Ahora bien, siendo el objeto capital de la mision y de la obra de Moisés, y por consiguiente de su inspiracion, el mostrar á los hombres la verdad religiosa, este debe tener en las páginas del Génesis

una base de certidumbre, por lo menos igual á la que le han reconocido las ciencias exactas en lo que con ellas tiene relacion; y siendo esta verdad la que nosotros nos propusimos examinar, podemos ya afirmar, no solamente en nombre de la fe, sino tambien en nombre de la ciencia, que el hombre cayó, y que despues de su caida se le prometió el beneficio de una rehabilitacion, todo con las mismas circunstancias y caractéres que se hallan descritos por Moisés, y que, segun la general y unánime confesion de los hombres ilustrados, no se refieren ni tienen conexion con nada, si no se aplican á Jesucristo.

2.ª *La naturaleza humana.*

Á pesar de la fuerza de aquella conclusion, hemos hecho sufrir á esta parte del relato de Moisés la misma prueba que habia hecho resaltar su inspiracion en lo relativo á la geología: hemos abierto las entrañas del globo moral, y en el inmenso desórden que en él hemos encontrado, hemos reconocido desde luego la gran revolucion de la caida de la humanidad, de que habla el historiador sagrado.—El hombre, nacido para el bien, es arrastrado al mal desde que viene al mundo; el hombre, nacido para la felicidad, recibe con la vida un yugo de amargura y de muerte: hay, pues, en él algo desordenado, algo punible, algo castigado.—La idea de Dios lleva en sí necesariamente la de perfeccion en sus obras; no lleva menos la de justicia y bondad; por consiguiente, no pudiendo el desórden moral y la visible maldicion en que todos nacemos ser imputados directamente á Dios sin negar su existencia, ellos mismos prueban inevitablemente la falta del hombre, la falta original, puesto que sus resultados son naturales.—La verdad del pecado original descansa, pues, sobre las dos grandes verdades de la existencia de Dios y de la miseria del hombre.

En el fondo de esta miseria encontramos además restos de un órden primitivo que vienen á completar esta verdad. Obramos mal, pensando siempre en el bien; sufrimos el infortunio y la muerte suspirando incesantemente por la dicha y la inmortalidad. Ese espíritu, esa tendencia de retorno á la felicidad y á la virtud que nunca abandona al corazon del hombre, y que es el móvil de todas sus contradicciones, proclama altamente que ha sido formado en un estado de inocencia y felicidad, del cual ha salido y al cual debe volver á entrar con la ayuda de un poder sobrenatural, pues que naturalmen-

te no puede mas que ver y aprobar el bien, siguiendo el mal. — En fin, la humanidad, considerada en masa é históricamente, va tambien reproduciendo los caractéres fisiológicos de cada uno de sus miembros, mostrándonos por su ruina moral siempre creciente hasta el tiempo de Jesucristo, y por la fuerza de regeneracion que de él recibió, que la caida y la rehabilitacion son los dos polos del mundo moral, y que la naturaleza y Moisés se dan la mano, ya considerados teológicamente, ya bajo el punto de vista de la cosmogonía.

3.ª *Las tradiciones universales.*

Esta tercera prueba ha aumentado los resplandores de la verdad sometida á nuestro exámen. En el fondo de todas las creencias, mitologías y ritos religiosos de los diferentes pueblos, hemos encontrado, á pesar de tantas causas de alteracion, copias perfectamente visibles de la verdad mosáica, tocante á la caida original y á la esperanza de un Reparador. — Para mejor desenvolver este interesante sujeto de nuestro *Estudio*, le hemos dividido en tres partes: — *Tradiciones acerca de la caida del hombre*, — *Uso de los sacrificios*, — *Expectacion de un Libertador.*

En el exámen de las tradiciones *acerca de la caida del hombre* hemos experimentado una extraña satisfaccion, que ha ejercido admirable fuerza sobre nuestras convicciones, al ver que no solamente todos los pueblos de la tierra, divididos en todo lo demás, se hallaban acordes entre sí para conformarse con Moisés acerca del grande hecho de la caida y acerca de las mas ténues circunstancias de este hecho: *la serpiente tentadora, la mujer seducida, el hombre arrastrado á la seduccion y toda su raza con él.* Todas estas particularidades de la relacion bíblica se hallan maravillosamente conservadas en las huellas que de ellas han retenido las tradiciones universales; y esta universalidad sobre un punto tan notable nos ha parecido enteramente concluyente, por lo mismo que convierte los motivos de duda en motivos de credibilidad, y los datos del problema en completa solucion.

El *Estudio de los sacrificios* ha abierto en seguida un vasto campo á los experimentos de la misma verdad. Todos los pueblos de la tierra se han propuesto un objeto único en sus diversas religiones: *la expiacion.* Para el logro de este objeto, todos han empleado el mismo medio: *los sacrificios.* El deseo de la expiacion presupone la confesion

de la falta y la creencia en la rehabilitacion: de modo, que bajo este solo respecto debiendo ser la *Religion verdadera* la que mejor haya llenado aquel objeto comun á todas las religiones, y por medio del cual procuraron todas parecérsele, solo al Cristianismo conviene incontestablemente este carácter; — pero ¿cómo se explica la eleccion universal del medio de los sacrificios? ¿Hay algo mas irracional en apariencia que los caractéres constitutivos de los sacrificios? Habria motivo para incluir esta costumbre en la inmensa confusion de las extravagancias humanas; pero se opone decididamente á ello su universalidad y la exacta semejanza que se observa por todas partes en sus caractéres mas notables. Nunca el género humano ha estado todo entero atacado de una misma locura. Y es absolutamente necesario que haya sido inducido á error por la poderosa razoń de algun interés bastante determinante para herir igualmente á todos los espíritus. — Pues bien: si buscamos esta razon primitiva que debe encontrarse bajo la aparente locura de los sacrificios, y si para esto nos dirigimos al pueblo mas antiguo, al que fue solo en conservar la verdad religiosa en el seno de la idolatría universal, y que especialmente permaneció exento en el uso de los sacrificios, de las aberraciones que por todas las demás partes lo mancharon, descubrimos que este uso era una institucion simbólica de la rehabilitacion del género humano por medio de la sangre del Mediador esperado, uso que databa del orígen mismo de la promesa, y que debia ser abolido desde el momento de su ejecucion.

Á la luz de semejante explicacion todo se corrige y rectifica en un uso que nos parecia tan absurdo y monstruoso: comprendemos la necesidad de una víctima de pureza infinita para expiar una falta que estaba en proporcion con la justicia infinita que habia violado; — comprendemos la necesidad de su sustitucion en lugar del hombre pecador, y descubrimos en la solidaridad que existe por la falta la via de analogía que conduce á admitir la reversibilidad por la expiacion, al mismo tiempo que descubrimos en esta solidaridad y en esta reversibilidad el contrapeso, por decirlo así, de la sociedad humana que fue puesta en juego por el sacrificio del verdadero Mediador, Jesucristo; — en fin, entrevemos tambien la razon del privilegio de la sangre y de la manducacion de la víctima, que no podíamos descubrir; debiendo borrarse la mancha original por la efusion de la sangre inocente que la repara.

Explicándonos satisfactoriamente como con todos estos caractéres

esta institucion simbólica debió alterarse entre los pueblos paganos en la misma proporcion que las demás verdades religiosas, y degenerar luego hasta llegar á ser tomada por la realidad, hemos vuelto á encontrar en esta augusta realidad, que puso fin á todas las figuras que habian usurpado su lugar, la sublime profundidad de la cual todas ellas no habian sido mas que miserable paródia: — una Víctima *voluntaria*, y por lo mismo realmente meritoria; — una Víctima digna de Dios, aunque escogida entre los hombres, porque habia sido formada igual á los hombres sin dejar de ser igual á Dios; — una Víctima que hacia entrar en su sacrificio á toda la humanidad culpable, por la condicion que se imponia de seguirle en el sacrificio para que se aprovechase de él; — una Víctima, en fin, que resolvia el problema de la conciliacion entre la justicia y la misericordia divina en el mas infinito grado, por ser el mismo Dios pagando por los hombres en la persona de su Hijo.

De este modo el uso universal de los sacrificios, estudiado en su principio y en su objeto, y pasado, si es lícito decirlo así, por el crisol de una investigacion rigurosamente filosófica, nos ha dado por resíduo cierto la gran verdad cristiana, prefigurada en todo el mundo antiguo.

Finalmente, no ha podido quedar la menor duda sobre la realidad del vínculo que une las dos revelaciones, desde que hemos visto que las tradiciones universales nos han ofrecido, acerca de la *esperanza de un Libertador*, un testimonio tan unánime y explícito, que la incredulidad mas obcecada se ve obligada á confesar su evidencia.

El pueblo judío ha sido el primero que, á pesar de la falsa posicion en que lo colocó su infidelidad, ha venido á declararnos que, ateniéndose á las palabras de Moisés y de los Profetas, habia esperado siempre un Salvador que daria la libertad á todas las naciones, y repararia en la humanidad los estragos de la culpa original; que seria feliz y desventurado, glorioso y abatido, es decir, que obraria el rescate y alcanzaria el triunfo por medio del sacrificio y la expiacion. El unánime y nacional acuerdo de todo el pueblo judío en vaticinar y esperar ese Libertador universal hasta el tiempo en que apareció Jesucristo; el desórden, el abatimiento y dispersion en que fue echado desde esta época, nos presentan á este pueblo como un testigo providencial de la verdad cristiana, destinado á mostrar á todo el universo y á todos los siglos los títulos religiosos del género humano.

Al clamor de los Patriarcas y Profetas, anunciando el *Deseado de todas las naciones*, contestaron todos los pueblos antiguos que ellos estaban tambien aguardando un Libertador. En Grecia, en Egipto, en Persia, en la India, en la China, en la América, en la Escandinavia, en las Galias, y en todos los demás puntos del globo hemos encontrado esta tradicion enlazada con la de la caida del hombre; por todas partes se nos ha presentado la humanidad colocada entre el recuerdo de su caida y la esperanza de su rehabilitacion; por todas partes el antiguo enemigo, por todas partes el futuro Libertador, por todas partes, en fin, la *Mujer*, instrumento de la miseria humana, destinada á ser el instrumento de su reparacion.

Concíbese muy bien que la idea que se tenia del *Mediador* debió participar de la idea que se tenia de los dos extremos, y que por consecuencia aquella debió experimentar todas las aberraciones del humano espíritu tocante á la naturaleza de Dios y á la naturaleza del hombre. Por esto notamos que á medida que en el estudio de la antigüedad nos vamos alejando del politeismo, y nos elevamos y aproximamos á la idea de un Dios único y espiritual, nos vamos acercando tambien á un mediador conforme á Jesucristo, como hemos visto en Sócrates y Confucio; y que precisamente el único pueblo que conservó el conocimiento y el culto de un Dios verdadero, el pueblo judío, estaba todo entero entregado á la esperanza del verdadero Mediador, del verdadero Cristo. En todos los demás pueblos debieron necesariamente corromperse, una por otra, la idea de Dios y la idea del Mediador; pero todas las extravagancias que de aquella corrupcion resultaron han servido despues para atestiguar mas fuertemente la verdad que constituia su fondo, diversificando el modo sin poder jamás disolver enteramente la sustancia, y conservándole por todas partes sus caractéres originales y distintivos. No queremos volver á recordarlos en el presente resúmen: el lector puede todavía tener presente nuestro trabajo sobre la fábula de *Prometeo*, sobre la de *Isis*, sobre la de *Mithras* y tantas otras, en que la gran figura del Mediador esperado se halla reflejada y delineada con contornos fantásticos, pero siempre fácil de reconocer en el conjunto de sus proporciones, y á veces llena de verdad en algunos de sus detalles.

Por otra parte, la Incredulidad se ha encontrado en presencia de una verdad que no podia desconocer ni evitar, y nos hubiera dispensado de demostrársela por medio de tantas pruebas, si hubiese reconocido como incontestable «que lo mismo que los hebreos, todo el

«paganismo griego y egipcio tenia una multitud de oráculos que no «comprendia, pero que todos declaraban la expectacion de un gran «Mediador; — que todas las demás naciones esperaron tambien el «Salvador futuro que renovaria en la tierra la edad de oro, y saca«ria á los hombres del imperio del mal; — que no hay un solo pue«blo que no haya tenido su esperanza de esta clase, y que segun la «opinion general, el Libertador esperado debia salir de la Judea, «que por esta razon debia llamarse EL POLO DE LA ESPERANZA DE «TODAS LAS NACIONES.»

Calificando á este acuerdo de *quimera universal*, la Incredulidad nos ha dado la medida de su alucinamiento, y al mismo tiempo nos ha facilitado el medio de hacer resaltar contra ella misma toda la fuerza primitiva que debió tener una verdad que bajo las apariencias de quimera para los pueblos que no la comprendian, y cuyas preocupaciones contrariaban, habia no obstante podido conciliarse, y conservar, en medio de la anarquía de todas las ideas, tan completa y exacta universalidad.

Las tradiciones universales han venido, pues, á conformarse con la naturaleza y con Moisés para atestiguar de consuno la caida primitiva inseparablemente enlazada con la futura Rehabilitacion y la expectacion precisa de un Libertador.

4.ª *La venida y el reino de Jesucristo.*

La verdad sometida á nuestro exámen ha tenido que sufrir aquí la mas decisiva de todas las pruebas. En los *Estudios* anteriores nos hemos representado el cielo y la tierra suspirando por su Mediador. Desde el principio la voz de Dios, por medio de la palabra inspirada de los Patriarcas y de Moisés, hizo concebir al género humano su esperanza; la naturaleza cada vez mas lánguida y abatida suspiraba por él como por un celestial rocío; la nacion judía lo llevaba, por decirlo así, en sus entrañas, y de todos los puntos del universo, con los ojos fijos en ella, decian las demás naciones: *El Mediador está para venir.*

Pero ¿vino efectivamente?

¡Qué triunfo tan grande hemos ido preparando al escepticismo y á la Incredulidad si de hecho todos aquellos preparativos y anuncios

no han sido ya justificados por los acontecimientos proporcionados á su importancia!

Mas ¡qué lástima no deberia causarnos un alucinamiento que, en el mismo seno del mas prodigioso é incontestable cumplimiento de esa expectacion de cuarenta siglos, y despues de diez y ocho siglos de una realizacion tan universal como lo habia sido la esperanza, continuase en llamar á esta última una *quimera universal!*

Entonces es cuando hemos presentado el cuadro del advenimiento de Jesucristo, y cuando en la pintura de las circunstancias que inmediatamente precedieron, acompañaron y siguieron á su entrada en el mundo, hemos visto brillar su divinidad, y reconocido en él *al Deseado de todas las naciones*.

¿Quién no se asombra del estado que presentaba el mundo en aquella época?

En el órden moral, el mal habia llegado á su último período, y se hallaba en sazon para ser curado. Si Dios se habia propuesto hacer resplandecer su misericordia y penetrarnos de la necesidad de su auxilio por la experiencia de nuestro infortunio, ¡cuán oportuna fue la eleccion que hizo del siglo de Tiberio y de Neron para venir al mundo! ¡Qué admirable leccion dió al orgullo humano, principio del pecado, dejándole que colmase todos los abismos de su corrupcion, y no deteniéndolo hasta que estaba ya pisando los bordes de la nada!

En el órden material no habia sido el tiempo menos útilmente empleado, ni el momento habia sido nunca mas propicio. Todos los acontecimientos políticos precedentes habian concurrido admirablemente á dar al género humano su primitiva unidad: todo se habia hecho romano en la tierra como para hacerse mas apto á ser cristiano. Ya no habia asirios, egipcios, judíos, griegos, galos, germanos ó bretones; —ni siquiera habia romanos, puesto que todo el mundo lo era; — no habia mas que hombres de quienes Jesucristo iba á ser Salvador.

La perpetuidad era tambien objeto de su mision lo mismo que la universalidad. Esta mision podia haber tenido efecto retroactivo para todos los siglos pasados, supuesto que la promesa del Libertador, habiendo sido hecha antes de la dispersion de los hombres, estos habian podido retener por la tradicion aquel título primitivo de su salud, y adherirse á su futura realizacion por medio de la esperanza. Pero respecto de los siglos venideros, ¿cómo se les hubiera hecho entrar en esta alianza si el Cristianismo se hubiese apoderado del mundo cuan-

do este se hallaba en estado de dispersion? Bajo este punto de vista convenia, pues, que el linaje humano volviese á su primitiva unidad, á fin de que nuevos patriarcas en la fe la transmitiesen tambien á las generaciones futuras; y por esto hemos visto y admirado la coincidencia de la aparicion de todas las naciones modernas, entonces bárbaras, en el mismo suelo que ocupaban las naciones antiguas al tiempo preciso de la venida de Jesucristo.— Todos encorvamos la cabeza, en la persona de aquellos altivos sicambros, para recibir el agua santa que debia convertir á aquellas hordas salvajes en los pueblos mas civilizados del universo.

Pero lo que sobre todo debe de habernos interesado es el hecho visiblemente providencial, que al mismo tiempo y por el concurso de idénticas circunstancias, la lengua romana, universalmente hablada, se hizo lengua muerta, y por consiguiente invariable y perpétua. En medio de las olas de aquellas nuevas lenguas del Norte que inundaron su imperio, la romana fue escogida y templada, para decirlo así, como una espada que debia ser en efecto la espada de la verdad.

Si en el órden moral lo mismo que en el físico el sello de las obras de Dios es la economía y sencillez de los medios en la inmensidad de los resultados, ¿quién no descubre este sello en la disposicion de las cosas y sucesos humanos cuando se efectuó la venida de Jesucristo?

En aquella época el género humano, menos ilustrado que nosotros, que hemos sido testigos de tan maravillosos acontecimientos, tenia no obstante de algunos de ellos un presentimiento confuso. Se sentia dominado por una influencia y como por una atmósfera divina, y por todas partes se repetia que iba á suceder una gran revolucion moral y religiosa. Las antiguas tradiciones y los primitivos oráculos, que el tiempo hubiera debido debilitar y borrar de la memoria de los hombres, se renovaron y se concordaron de un extremo á otro del mundo, diciendo que habia llegado ya el momento vaticinado: *Ultima Cumæi venit jam carminis ætas;* — que todo, hasta la marcha de los siglos, debia renacer bajo la influencia regeneradora del que el cielo iba á enviar: *Magnus ab integro sæclorum nascitur ordo; jam nova progenies cœlo demittitur alto, quo ferrea primum desinet, ac toto surget gens aurea mundo;* — que todo el Oriente habia resonado con la antigua y constante opinion de que los hados querian que saliesen en aquel tiempo de la Judea los dominadores del mundo: *Percrebuerat*

Oriente toto vetus et constans opinio, antiquis sacerdotum litteris contineri ut eo tempore Judœa profecti rerum potirentur;—que el Capitolio habia de ser el asiento, el trono de aquel *Monarca universal*, CUYO NACIMIENTO DEBIA SER PRODIGIOSO: *Auctor est J. Marathus, prodigium Romæ factum publice, quo denuntiabatur regem populi romani* NATURAM PARTURIRE;—y que desde allí gobernaria al universo pacificado por las virtudes del Dios su padre: *Pacatumque reget patriis virtutibus orbem;*—oráculos tan precisos y acreditados, que toda la política de los hombres se interesa en ellos y por ellos anda conmovida; que el senado de Roma se agita, y decreta la proscripcion de todos los recien nacidos; que el cruel Herodes tiembla por su corona, y hace correr torrentes de sangre inocente; que Vespasiano y Tito se abrogan aquellos grandes títulos; que toda la nacion judía, sobre la sola fe en su cumplimiento, se empeña locamente en una desesperada lucha contra el coloso romano, y se deja conducir á su total ruina por el primer advenedizo que quiere tomar el título de *Mesías*, como para castigarse con sus propias manos de haberlo rehusado á Jesucristo; en fin, que hasta en el fondo de la India se turba con ellos la impasibilidad de los brahmas, y que un emperador de la China despacha embajadores al Occidente para ir á encontrar al *Santo* que todas las generaciones anteriores habian esperado.

Al instante prefijado en toda la plenitud de los tiempos, y en el punto señalado en la expectacion de todo el género humano,—aparece el Cristo,—y reune de tal modo en su persona los verdaderos caractéres de *Salvador* del mundo, que el mundo, perdido como se halla, no lo reconoce... Sale de la tierra, por decirlo así, como un gérmen celestial confiado por el mismo Dios desde un principio á la humanidad caida; y fecundado por nuestras miserias, calentado por sus misericordias, arroja su tallo en el mundo, y se convierte luego en un árbol frondoso que cubre á todos los pueblos con la sombra de sus ramas y los regenera con sus frutos.

La divina inteligencia con que escogió la circunstancia mas eficaz de su mision, por lo mismo que era la mas opuesta á todas las ideas de los hombres: *el abatimiento;*—la caridad inmensa y la sobrenatural paciencia que le hicieron entrar en esas vias de sacrificio, y que le obligaron á marchar por ellas con una constancia siempre igual, ó mas bien con una constancia siempre creciente hasta la muerte, y muerte de cruz;—la omnipotencia, en fin, con que del fondo de su misma corrupcion *lo atrajo todo á sí* y se incorporó el mundo fundan-

do en él un reino imperecedero de verdad y santidad, siempre subsistente aunque siempre combatido, — todos estos caractéres de la venida y del reino de Jesucristo han acabado por mostrárnoslo como el verdadero Salvador del mundo y el Reparador del género humano.

Tal es el resúmen de la primera parte de nuestros *Estudios*.

Vamos ahora á hacer algunas observaciones que serán como su complemento y conclusion.

§ II.

1. La venida de Jesucristo no es, pues, como vulgarmente se cree, un hecho aislado, accidental y sin antecedentes en la historia del género humano: está enlazado con todos los siglos que le precedieron y con todos los que le han seguido.

En él se concentran todos los tiempos pasados, — de él salen todos los tiempos modernos.

Como las formas indecisas y fantásticas de que se reviste un objeto durante la noche, se precisan y vuelven á su realidad al comparecer la luz del dia, del mismo modo todas las tradiciones religiosas del género humano se han rectificado y absorbido en el gran Mediador de los tiempos y de los sucesos, y han vuelto á entrar en la primitiva unidad de la cual se habian separado extraviándose por todo el universo, de suerte que toda la humanidad podria dirigir á Dios estas palabras de san Agustin, hablando de sí mismo: « Todo yo fuí dividido cuando me separé de tu unidad para perderme en el barullo y confusion de objetos inexplicados: dígnate reunir los pedazos de mí mismo, etc.[1]. »

Jesucristo es todo lo que desearon las naciones, todo lo que soñaron bajo diversos nombres, y á través de imágenes mas ó menos groseras é impuras: — Es la realizacion de aquella *esperanza* que quedó en el fondo de la caja de *Pandora*, y que debia compensar todos los males que de ella habian salido; — es aquel *Epafo*, niño prometido, que debia nacer MILAGROSAMENTE de la *vírgen Io*, para librar al hombre encadenado de aquel buitre roedor, á quien una *mujer-serpiente* habia dado el ser; — es aquel *Dios del Olimpo*, AQUEL HIJO QUERIDO DE UN PADRE ENEMIGO, que debia ofrecerse para TOMAR SOBRE SÍ NUES-

[1] *Confes.*, lib. II.

TROS SUFRIMIENTOS; — es aquel *Oro* descendiente de *Isis*, que debia vencer á la serpiente *Tifon*, segun los egipcios, y nacer de ISIS-VÍRGEN, segun los galos; — es el verdadero *Hércules* que debia ahogar á la *hidra* y devolver á los hombres los frutos de oro de aquel maravilloso jardin de que fueron lanzados; — es el *Mithra* de los persas, aquel *Mediador*, vencedor de *Ahrimanio*, que hasta que vino á *obrar*, *hacer* y *procurar* la libertad de los hombres, HOLGÓ Y DESCANSÓ POR UN ESPACIO DE TIEMPO QUE NO ES LARGO PARA UN DIOS; — es el *Wischnú* de los indios, cuya encarnacion debia reparar los males causados por la gran serpiente *Kaliga*; el *Genteolt* de los mejicanos, que habia de triunfar de la ferocidad de los *demás dioses*, traer al mundo una benéfica reforma, y pelear con la *culebra* que habia seducido á la MADRE DE NUESTRA CARNE; — el *Puru* de los salivos de América, que debia echar otra vez al infierno á la *serpiente* que devoraba los pueblos; — es, en fin, el dios *Thor*, *primogénito de los hijos de Odin, y el mas valiente de los dioses*, que debia luchar en singular combate con la *gran serpiente Migdard*, Y PERDER ÉL MISMO LA VIDA EN LA VICTORIA. — «Desechemos, dice Tertuliano, todas esas impuras y groseras «imágenes, desechemos todas esas impúdicas supercherías de los mis«terios de *Isis*, de *Céres*, y de *Mithra*. El Verbo de Dios, hijo de la «eternidad, debia descender por sí mismo de las alturas del cielo, co«mo habia sido vaticinado. Descendió, en efecto, descansó en un se«no virginal, y el Verbo se hizo carne, y el misterio del linaje hu«mano se consumó, y todos adóramos á un Dios-hombre [1].»

Hé aquí el *Logos* de Platon, el *Doctor universal* de Sócrates, el *Santo* de Confucio, el *Monarca universal* de las Sibilas, el *Rey* tan temible de los romanos, el *Dominador* esperado en todo el Oriente; — hé aquí la Víctima de las víctimas, cuya inmolacion debia poner término á todos los sacrificios; — hé aquí, en fin, el CORDERO DE DIOS QUE BORRA LOS PECADOS DEL MUNDO, — el verdadero Mediador y el verdadero Cristo.

Despues de Jesucristo, ¡cosa admirable que confirma perfectamente cuanto dejamos dicho! el género humano no espera ya nada, no piensa ya como antes en aquellos mediadores, en aquellos libertadores de que sus teogonías estaban llenas. Todos sus fantasmas desaparecieron para no volver; los sacrificios han cesado, la sangre no corre ya al rededor de los altares, y el hombre se dirige á Dios como á un padre con quien se ha reconciliado.

[1] *Apologet.*, cap. 21.

¿Quién no descubre la consecuencia tan sencilla que se desprende de un hecho semejante? Si la esperanza universal suponia la promesa, ¿qué podia suponer la cesacion de la esperanza, mas que su entero cumplimiento?

En efecto, nótese bien : el género humano no ha dejado de creer en la necesidad de un mediador y de una víctima ; pero no siente ya la necesidad de buscarlos y figurárselos, porque tiene ya el Mediador y la víctima por excelencia. Contempla á Jesucristo, y cree en la eficacia del hecho consumado de su mediacion, del mismo modo que antes suspiraba por su futuro cumplimiento. No alimenta ya la idea indefinida de una rehabilitacion que ha de venir : se recoge dentro de sí mismo, y encuentra en su seno una fuente abierta de regeneracion y santidad que satisface todas sus necesidades y aun excede todas sus concepciones, todos sus apetitos y deseos. Jesucristo antes de venir y despues de haber venido corresponde así á todas las tendencias y á todas las inclinaciones de la humanidad, como la cumbre corresponde á las dos vertientes de la montaña, y como la clave de una bóveda sostiene las varias partes del edificio y mantiene su unidad.

Pero este encadenamiento se hace principalmente sensible en las relaciones entre el judaismo y el catolicismo : el judaismo, como hemos visto, ofrecia la parte mejor conservada de las tradiciones y podia ser considerado bajo este respecto como el compendio y la expresion mas verdadera y mas perfecta de la humanidad religiosa en los tiempos antiguos. Lo mismo sucede al catolicismo respecto de los tiempos modernos. De modo que colocándonos sobre esta línea descubrimos mas claramente y con mucha mas uniformidad y consecuencia lo que hay desordenado y embrollado en todo lo restante. Desde allí se nos aparece el Cristo como un gigante que sale del punto mas lejano del horizonte, lo encorva todo á su paso, y poco á poco va llenando el espacio hasta que alcanza á su enemigo y lo oprime con el peso de su triunfo, que nadie en adelante puede disputarle [1]. Es tambien como una luz que empieza á despuntar desde la caida del primer hombre, se enrojece en tiempo de los Patriarcas, ilumina con sus rayos á los Profetas como á las altas cimas de los montes, y su disco aparece, en fin, sobre el horizonte é inunda los valles con sus fuegos sin conocer jamás ocaso. Últimamente, y para hablar sin figuras, la gran-

[1] *Exultavit ut gigas ad currendam viam, à summo cœlo egressio ejus.* (Psalm. XVIII).

de autoridad de Moisés, que hemos examinado y contemplado, y en la cual se resumen todas las tradiciones patriarcales desde los dias dela creacion, sirve de punto de partida á la Sinagoga, quien, acompañada de todos sus Profetas, se presenta á Jesucristo, que la recibe y la absorbe en la realizacion de cuanto ella misma habia figurado y esperado; y despues la Iglesia católica con la sucesion de sus Pontífices forma en seguida como la continuacion de Jesucristo, que la engendró y la conduce, á través de los siglos, al seno de la eternidad.

¡Qué sublime unidad! El católico que se adhiere á la fe de la Iglesia hace parte de una inmensa cadena, que se remonta por medio de Jesucristo á todos los tiempos antiguos, y cuyo primer eslabon está atado á la misma cuna del mundo.

«Solo la Iglesia católica, dice Bossuet, atraviesa y llena todos los «siglos anteriores por medio de un encadenamiento que no se le pue-«de disputar. La ley viene á parar al Evangelio, y la sucesion de «Moisés y de sus patriarcas no compone mas que una sola série con «Jesucristo: ser esperado, venir y ser reconocido por una posteridad «que durará tanto como el mundo, es el carácter distintivo del Me-«sías en quien creemos. Así cuatro ó cinco hechos auténticos, y mas «claros que la luz del sol, presentan á nuestra Religion tan antigua «como el universo, y manifiestan por consiguiente, que no tiene otro «autor que el mismo que crió al mundo, y que solo él, que lo tiene «todo en su mano, pudo concebir y llevar á término un designio en «el que todos los siglos se hallan comprendidos [1].»

Llegados á esta altura, parece que ya nada queda mas allá, y que tenemos á nuestra vista todo el plan de la Religion; pero no, aun

[1] *Historia universal.*— La misma verdad se escapó acaso involuntariamente de los labios de Voltaire:—«El judaismo, dice, el sabeismo y la religion «de Zoroastro se arrastran por el polvo; el culto de Tiro y de Cartago desapa-«reció con estas opulentas ciudades; la religion de Milcíades y de Pericles, la «de Paulo Emilio y de Caton no existen ya; la de Odin se extinguió; la mis-«ma lengua de Osiris, que fue despues la de los Tolomeos, es desconocida de «sus descendientes; *el teismo puro no existió jamás.* Solo el Cristianismo ha «quedado en pié á través de tantas vicisitudes y en medio del estrago de tantas «ruinas, inmutable como el Dios que lo fundó. *La verdad permanece para «siempre, y los fantasmas de la opinion pasan como los sueños del calenturien-«to:* segun todos creen la Religion subsiste hace ya cuatro mil años, y las sec-«tas nacieron ayer. ME VEO OBLIGADO Á CREER Y ADMIRAR.» (Véase la *Razon del Cristianismo*).

podemos remontarnos algo mas, y el águila de Patmos nos tomará sobre sus alas desde el sitio en que acaba de dejarnos el águila de Meaux.

§ II. «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el «Verbo era Dios. Todas las cosas fueron hechas por él. En él estaba «la vida, y la vida era la luz de los hombres. Él era la luz verda-«dera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. En el «mundo estaba, y el mundo no lo conoció, y la luz resplandeció en «las tinieblas, mas las tinieblas no lo comprendieron. Vino por fin «á su heredad, los suyos no lo recibieron. Y el VERBO FUE HECHO «CARNE, Y HABITÓ ENTRE NOSOTROS, y vimos su gloria, gloria de «Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad [1].»

¡Qué profundidad! ¡Con qué perspicaz mirada penetra el Evangelista hasta en las entrañas de la luz y nos deja entrever la mas sublime unidad!

El Cristo esperado por todos los siglos que le precedieron, reconocido por todos los que le han subseguido, é influyendo igualmente sobre todas las edades que tiene como suspendidas de su persona, es, sin duda, un espectáculo divino; pero san Juan nos descubre la accion de Jesucristo sobre el mundo de una manera mas inmediata.

En efecto, cuanto hemos dicho podria aplicarse hipotéticamente á una criatura privilegiada en la cual hubiese querido Dios vincular los destinos religiosos del género humano haciéndola esperar, venir y reconocer para siempre como instrumento de sus designios en el órden espiritual.

Pero además de que esta hipótesis se halla destruida por su base, supuesto que el mismo Jesucristo se anunció y se hizo reconocer y adorar como Dios, lo cual no podria ser una impostura sino admitiendo que el mismo Dios, que la habria autorizado, seria su cómplice y aun su autor; — además, digo, de esta razon decisiva y que nunca será contestada, — la sublime teología de san Juan, que es la de todas las santas Escrituras, no nos deja duda alguna sobre este punto.

El Cristo existia realmente antes de tomar un cuerpo mortal, existia en el mundo, preexistia al mundo y á su formacion, preexistia no

[1] Los filósofos *neo-platónicos* nada encontraban tan sumamente bello como este pasaje de san Juan, y decian que deberia escribirse con letras de oro en todas las escuelas de la sabiduría.

solamente al mundo que vemos, sino á todos los mundos, á todas las criaturas terrestres y celestes, visibles é invisibles, en una palabra, á todo lo criado; pues todo lo criado lo ha sido por él, y la vida que fue dada á todas las cosas estaba antes en él, como en su divina fuente. Como un rayo luminoso al salir de su foco está unido á él, así procedia de Dios, estaba en Dios, y era Dios desde el principio, es decir, antes de todo principio, y en esa eternidad en la que nada habia mas que Dios.

Tal vez se creerá que es traspasar los límites de un estudio filosófico dirigir nuestras miradas á misterio tan profundo, en el cual no podemos menos de perdernos y cegarnos: tranquilícese el lector, porque este es precisamente el canal por donde queremos entrar como á toda vela en el puerto de nuestro asunto.

Suplicamos á los lectores que fijen de un modo especial su atencion en lo que vamos á decir. Recuérdese cuanto llevamos dicho acerca de la necesidad de una primera revelacion, lo que hemos expuesto además sobre la religion natural considerada como culto de la RAZON, y en fin, lo que hemos escrito sobre la existencia de Dios probada por la existencia de las VERDADES NECESARIAS. Todo cuanto hay de verdad en el mundo, hemos dicho, entendiendo hablar de la verdad-principio, no puede ser producto de la inteligencia humana; porque cada hombre nada trae consigo al venir al mundo, y solo se alumbra con la luz existente en la tierra antes que él, y á la cual se dirige, por decirlo así, para encender la antorcha de su razon privada. Esta luz de los espíritus, considerada en su principio, existia, pues, antes que los hombres, y su primer manantial, foco ú orígen no puede estar mas que en el Autor de todas las cosas, que despues de haber criado la inteligencia humana apta para esta luz, la asoció á su posesion. Pues bien, esta luz, que es como el sol de las inteligencias y el alimento de los corazones, es la RAZON, la SABIDURÍA, la VERDAD. Nosotros no somos para nosotros mismos esta RAZON, esta SABIDURÍA, esta VERDAD; ni está contenida en nosotros mismos de modo que cada uno tenga su RAZON, su SABIDURÍA y su VERDAD, pues no hay mas que UNA RAZON, UNA SABIDURÍA, UNA VERDAD. Es la misma siempre, en todas partes, para todos los hombres y para todos los espíritus, sin exceptuar al mismo Dios: ella sola es la que hace *racionales y sábias* á todas las criaturas y al mismo Criador, con la sola diferencia, entre el Criador y las criaturas, que aquel es la sustancia de esta luz de los espíritus y que se obedece á sí mismo obrando con-

forme á ella, pudiendo únicamente Él decir con toda propiedad MI RAZON, MI SABIDURÍA, MI VERDAD. Su divina inteligencia la concibe, la engendra, la derrama sobre todas sus obras, la comunica á todas las inteligencias, sin dejar de ser su eterno foco y su fuente inagotable, porque le es *consustancial.* Nuestras inteligencias fueron criadas para poseerla y gozarla, y participar por su medio de la semejanza y sociedad de Dios: de modo que de esta sociedad y semejanza provienen las ilusiones que nos hacen creer que la RAZON nos es propia, hasta el punto de desviarnos, en medio del orgullo que su posesion nos inspira, del único foco que la comunica, como un niño que quisiese guardar los rayos del sol interceptando su cuerpo luminoso; pero los desvarios é innumerables errores en que á cada paso caemos y que, haciéndonos perder la RAZON, nada sin embargo alteran en la RAZON, que al contrario parece crece y nos acusa á medida que mas de ella nos alejamos, demuestran claramente que esta última es un divino modelo del cual no somos mas que imágenes desfiguradas, y conforme el cual debemos regularnos.

Oigamos como la filosofía proclama por boca de Ciceron estas hermosas verdades:

«No, dice; existia ya una razon, *emanada del Principio de las co-«sas,* que inclina al bien y aparta del mal. Esta razon no empezó á «ser ley tan solo el dia en que fue escrita, sino que lo es desde el dia «en que nació; y debe advertirse que *es contemporánea de la inteli-«gencia divina,* — ORTA AUTEM SIMUL EST CUM MENTE DIVINA. — De «modo que la ley verdadera y primitiva, que es la que manda y pro-«hibe, es LA RECTA RAZON DE DIOS[1].»

«ESTA RAZON DE DIOS, dice el mismo en otra parte, *una vez intro-«ducida y desarrollada en el espíritu del hombre,* es la ley... Supues-«to, pues, que *la razon está en Dios y en el hombre,* hay una primera «sociedad entre el hombre y Dios, una semejanza del hombre con «Dios. Por esto se nos puede llamar la *familia,* la *raza* ó la *estirpe* «de los seres celestiales. De donde se sigue que para el hombre, *re-«conocer á Dios, es reconocer y confesar el origen de donde ha salido*[2].»

[1] *De legibus*, lib. II.

[2] *De legibus*, lib. I. — Malebranche explicó mas filosóficamente esta verdad en el pasaje siguiente: «Ciertamente no es el hombre para sí mismo la sabidu-«ría y la luz. Hay una razon universal que ilustra á todos los espíritus, una «sustancia inteligible, comun á todas las inteligencias, sustancia inmutable, «necesaria y eterna. Todos los espíritus la contemplan sin que se sirvan de obs-

Ahora bien, —y este es el punto esencial, —*esa recta razon de Dios, contemporánea de la inteligencia divina, de la cual emana esa* luz natural y universal de todas las inteligencias, —es el Verbo, —y el Verbo, —es Jesucristo.

No queremos adelantar ningun concepto, y para entrar de lleno en el verdadero sentido de esta divina filosofía, procurarémos ir marchando por deducciones metódicas.

Tres cosas hay que explicar:

1.ª La razon universal de los espíritus es lo que en teología se llama *el Verbo.*

2.ª El Verbo ó la razon es lo que vino al mundo en la persona de Jesucristo.

3.ª ¿Por qué se encarnó la Razon y se nos dió bajo esta forma? Y ¿por qué debemos recibirla de este modo por la fe?

1.º De todo el contexto de las santas Escrituras se desprende que lo que en pura y recta filosofía se llama la razon, es idéntico á lo que en teología se llama el Verbo.

Véase cómo refiere san Juan la generacion del Verbo: «En el «principio era el Verbo, dice, y el *Verbo era Dios.* En él estaba la «vida, y la vida era *la luz de los hombres, la luz verdadera, que alum-«bra á todo hombre que viene á este mundo.»* —El Evangelista extiende mas aun sus sublimes miradas cuando añade, que no solo fue hecho segun este tipo el mundo de las inteligencias humanas, sino tambien el mundo de los cuerpos, el de los mas puros espíritus y el de todo cuanto existe; porque todas las cosas existen por medio de admira-

«táculo unos á otros; todos se alimentan de ella sin disminuir nada de su abun-«dancia. Se da toda entera á todos y á cada uno, pues todos los espíritus pue-«den ocuparse de una misma idea á la vez y en distintos lugares. No pueden «dos hombres alimentarse con una sola fruta. Todas las criaturas son bienes «particulares que no pueden por lo mismo llegar á ser nunca un bien general «y comun: los que las poseen privan de ellas á los demás, y les irritan por im-«pedirles su goce. Mas la razon es un bien comun que une en perfecta y du-«radera amistad á los que la poseen: es un bien que no se divide por la pose-«sion, ni se limita á un espacio, ni se gasta con el uso. La verdad es indivi-«sible, inmensa, eterna, inmutable é incorruptible. —Pues bien: esta sabi-«duría, comun é inmutable, esta razon universal, es la sabiduría del mismo «Dios, la misma por la cual y para la cual todos hemos sido criados. Criónos «Dios para unirnos á su sabiduría, y hacernos por ella el honor de contraer «con él una íntima y eterna sociedad, y poder llegar á ser tan semejantes á él «como es capaz de serlo una criatura.» (*Tratado de moral,* cap. 3, n. 6, 7, 8.

bles combinaciones, por leyes llenas *de sabiduría y de razon*, que las han distribuido y mantienen con número, peso y medida, sin las cuales volverian á entrar en el cáos y en la nada; de manera que puede decirse con suma verdad, que *todas las cosas fueron hechas por el* (el Verbo ó la Razon divina), *y nada de lo que fue hecho se hizo sin él*: OMNIA PER IPSUM FACTA SUNT, ET SINE IPSO FACTUM EST NIHIL QUOD FACTUM EST. Ó, como dice Platon, *es él el autor de todo lo que es y será*, y que debemos dirigirle nuestras súplicas lo mismo que á *su Padre y Señor* [1].

Pero esta teología no es una mera concepcion de san Juan; encontrámosla mucho antes que él existiese, en los libros hebreos (de donde la sacó Platon), expresada en términos que prueban que es el mismo espíritu el que en todos tiempos la dictó.

«Toda sabiduría procede de Dios, dice el *Eclesiástico* (cuyo piadoso autor vivia doscientos años antes de Jesucristo), *y estuvo siempre con él, desde antes de todos los siglos*. La sabiduría fue creada «antes que todas las cosas, y *la luz de la inteligencia en el principio «de los tiempos*. EL VERBO DE DIOS desde las alturas del cielo es la «fuente de la sabiduría, y sus caminos son los mandamientos eter«nos [2]. El Altísimo la creó en el Espíritu Santo que la vió, la contó «y la midió, y la derramó sobre todas sus obras y sobre toda carne, «conforme á la division que de ella habia hecho, y la concedió á los «que la aman [3].»

Salomon habia tambien hablado de esto de un modo semejante: —«Dice la *Sabiduría*: El Señor me poseyó en el principio de sus ca«minos desde el principio antes que criase cosa alguna. Desde la eter«nidad fuí ordenada, y desde antiguo, antes que la tierra fuese he«cha. Aun no eran los abismos y yo ya era concebida... Cuando él «preparaba los cielos, estaba yo presente... con él estaba yo *concer«tándolo todo*; y me deleitaba cada dia, regocijándome en su pre«sencia en todo tiempo, regocijándome en la redondez de la tierra, «y mis delicias son estar con los hijos de los hombres [4].—Yo la Sa«biduría moro en el consejo, y asisto á los pensamientos juiciosos. «Mio es el consejo y la equidad, mia es la prudencia y la fortaleza.

[1] Plat., *Tim., Oper.*, t. IX, pág. 341.

[2] *Fons sapientiæ* VERBUM DEI *in excelsis, et ingressus illius mandata æterna.*

[3] Eccli. I.

[4] PROV. VIII, 22.

«Por mí reinan los reyes, y los legisladores decretan lo justo, y los «poderosos administran justicia [1].»

Hé aquí la ley de las leyes de que habla Ciceron, el Logos de Platon, la Razon soberana y universal, la Sabiduría, la Verdad. — «Ella «es (nótense bien estas bellas y profundas expresiones) el vapor de «la virtud de Dios y la pura emanacion de la claridad del Omnipo«tente, el esplendor de la eterna luz, el espejo sin mancha de la ma«jestad de Dios y la imágen de su bondad. Se dirige á sus fines con «fortaleza, y prepara todos sus medios con suavidad. Es una y todo «lo puede; y aunque siempre inmutable en sí misma, renueva todas «las cosas. Se derrama por todas las naciones en las almas santas, «y forma los amigos de Dios [2].»

Es imposible no reconocer en todos estos caractéres reunidos *á la Razon universal de los espíritus*, que antes hemos definido segun la buena filosofía y con Ciceron, «la recta Razon de Dios, emanada del «principio de las cosas y contemporánea de la divina inteligencia.» — Hé aquí, pues, lo que es el *Verbo*.

El *Verbo* se llama tal, porque el *pensamiento* es lo que constituye esencialmente la razon, y al pensamiento le está siempre inherente la palabra: *verbum*. No puede concebirse verdad alguna sin su expresion. De consiguiente, la VERDAD concebida eternamente por Dios, es la *palabra* de Dios, el *Verbo* de Dios. Esta palabra del Padre es la que siempre fue hablada, se habla y eternamente se hablará á los espíritus, al corazon y al entendimiento de todos los hombres, á los chinos y á los tártaros, como á los franceses y españoles, á los cielos, á la tierra y á los abismos del infierno, y que se hace comprender igualmente cuando dice, por ejemplo, *que no debemos hacer á los otros lo que no quisiéramos que ellos nos hiciesen*.

El *Verbo* es tambien llamado *Hijo de Dios*, porque hay vínculo de la generacion entre la inteligencia que concibe, y la verdad que es concebida. Decimos que nuestras concepciones son hijas de nuestra inteligencia, porque, en efecto, esta las engendra espiritualmente; pero en realidad menos son *concepciones* de nuestra inteligencia que *percepciones* de la verdad soberana que es la única y verdadera *concepcion* de la inteligencia divina. «La *Verdad* ó la *Razon*, dice admi«rablemente Ciceron, no empieza á ser tal solamente desde el dia en «que es recibida, sino desde el dia en que nació; pues bien, sépase

[1] Prov. VIII, 14.
[2] Sap. VII et VIII.

«que es contemporánea de la inteligencia divina, *orta est simul cum* «*mente divina.*» Además, á diferencia de nuestras concepciones, que cambian, pasan, mueren, se suceden y ya no nos pertenecen una vez publicadas, la Razon divina ó el Verbo de Dios siempre engendrado por su inteligencia, le queda siempre inherente por la sustancia. Emana incesantemente de él y nunca se le desprende, *como el vapor de su virtud*, ó mas bien, como *la pura emanacion de su claridad y el esplendor de su eterna luz*. DIOS DE DIOS, LUZ DE LUZ, CONSUSTANCIAL Á SU PADRE [1].

Hé aquí lo que es el *Verbo, Hijo de Dios;* la *Sabiduría* increada, la *Verdad* eterna, inmutable, necesaria, la *Razon* natural y universal de todas las inteligencias.

2.° Ahora añadirémos que esta *Razon* manifestada visiblemente es tambien Jesucristo.

Originariamente y en la primitiva efusion de esta luz, la inteligencia del hombre habia estado impregnada en ella, y brillaba con su claridad como un cristal con los rayos del sol; pero bien pronto, habiendo querido el hombre sustituir á esta emanacion de la ciencia divina una ciencia que le fuese propia, y que le hiciese á él mismo un Verbo independiente de aquel por quien todo habia sido hecho, cayó en inmensas tinieblas morales donde se hubiera abismado su inteligencia para siempre, si Dios no se hubiera dignado dejar subsistir aun en ella algunos rayos de Verdad, de su Verbo, que constituyen esa débil é incierta claridad que llamamos Razon natural, y que no nos descubre mas que ruinas, como la opaca luz de una lámpara colocada entre sepulcros.

Penetrado de esta idea escribia Sócrates aquellas memorables palabras, en las cuales se halla compendiada toda la filosofía natural: TODO LO QUE SÉ, CONSISTE EN SABER QUE NO SÉ NADA; y Ciceron estas otras: EN LA INTELIGENCIA DEL HOMBRE NO HAY MAS QUE UNOS RESTOS DE NO SÉ QUÉ FUEGO DIVINO DE INTELIGENCIA Y DE ESPÍRITU [2].

No obstante, estos cortos restos de Razon divina mantenian al mundo en sociedad con Dios. Todo lo que hubo de verdad, de sabiduría, de justicia y de moralidad entre los hombres, todo lo que hablaba á

[1] *Deum de Deo, lumen de lumine, consubstantialem Patri.* (Símbolo constantinop.).

[2] *In quo tamen inest* tamquam *obrutus* quidam *divinus ignis ingenii et mentis. (De republica,* lib. II).

la razon ó la conciencia antes del Cristianismo, participaba, en pequeño grado solamente, de la naturaleza del *Verbo*, porque este, como dice san Juan, *era la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, —derramándose por todas las naciones en las almas santas, y formando los amigos de Dios*, como dice el libro de la Sabiduría.

Pero lo que principalmente establecia la sociedad del hombre con Dios era la esperanza y expectacion de un retorno mas completo é inmediato de esta misma Razon, de este mismo Verbo al mundo, sobre la fe de la promesa hecha al principio, y que hemos hallado consignada en todas las tradiciones del universo. En semejante situacion el mundo se hallaba como en el crepúsculo de la tarde, entre la luz de la víspera, que poco á poco se iba amortiguando, y la del dia siguiente, que debia volverle á dar la claridad y la vida; y en medio de esta noche brillaban, sin embargo, las tradiciones y profecías, que eran como esos astros que reflejan sobre la tierra la perdida luz del sol cuando este se halla fuera del horizonte, y nos consuelan de su ausencia haciéndonos esperar su alegre vuelta. Así en medio de aquellas espesas tinieblas del politeismo en que estaba el mundo sumido, y en cuyo seno el género humano lo confundia todo y se iba precipitando de abismo en abismo, cuanto se habia conservado, cuanto habia quedado del antiguo esplendor de sabiduría y de razon, era como pequeñas partículas de la verdad primitiva, que mas tarde debia volver á aparecer sobre el horizonte y difundirse por el mundo en Jesucristo.

La idea que, en la pureza de sus tradiciones, alimentaba el antiguo judaismo del Mesías esperado, era puntualmente conforme á esta doctrina: y en los comentarios de los Libros santos por los rabinos, que eran los mas acreditados aun entre los judíos, se encuentra en el *Medrasch-Thauhhuma*, el pasaje siguiente: — «¿Sabeis cuál es «esa gran luz que descubrirá el pueblo marchando por las sombras «de la muerte? Es la luz del primer dia de la creacion, que Dios «ocultó desde luego á la vista de los hombres hasta que venga el Me-«sías. — Esta luz es el mismo Mesías [1].»

Entre las grandes ráfagas de la luz que á través de la noche de los tiempos iluminaban la figura de Jesucristo, y proféticamente lo mostraban como la gloriosa luz de las naciones, vemos tambien en

[1] *Medrasch-Thauhhuma*, sent. *Noahh*, fol. 5. Véase la *Segunda carta del sábio bibliotecario de la Propaganda*, cap. 2, pág. 121, y las *Cartas sobre Jesucristo*, por Rossignol, pág. 320.

Isaías estas palabras: — «Llegará un dia en que mi pueblo sabrá mi «nombre, porque entonces le diré: Yo EL MISMO QUE EN OTRO TIEMPO «OS HABLABA, VEDME AQUÍ PRESENTE: *Qui loquebar, ecce adsum* [1]; » es decir: Yo, que hablaba interiormente por la conciencia y la razon, y al exterior por la inspiracion de mis Escrituras, yo la *Verdad*, yo el *Verbo*, yo ya no solamente hablaré, sino que me manifestaré, me haré ver, y diré: Yo, EL MISMO QUE EN OTRO TIEMPO OS HABLABA, VEDME AQUÍ PRESENTE.

La misma idea se descubre igualmente en este pasaje de Baruch: — «¿Quién subió al cielo y tomó la *Sabiduría*, y la hizo descender «de lo alto de las nubes?... El que lo sabe todo, la conoce... Este «es nuestro Dios, el que ha encontrado todos los caminos de la *ver-«dadera Ciencia*, y la dió á Jacob su siervo y á Israel su amado, y «DESPUES DE ESTO SE HA DEJADO VER EN LA TIERRA Y HA CONVERSA-«DO CON LOS HOMBRES...—*Post hæc in terris* VISUS EST, *et cum homini-«bus conversatus est* [2].»

Dando cumplimiento á estas palabras, aparece el Verbo de Dios entre los hombres, y abdicando todos sus títulos, dice á la tierra: — YO SOY LA VERDAD Y LA VIDA; — YO SOY LA LUZ DEL MUNDO; — YO SOY EL CRISTO, HIJO DE DIOS VIVO; — YO SOY EL CAMINO QUE CONDUCE AL PADRE, Y NADIE PUEDE LLEGAR AL PADRE SINO POR MI CONDUCTO. — ABRAHAN VIÓ MI DIA, POPQUE EN VERDAD OS DIGO QUE ANTES QUE ABRAHAN FUESE, YA EXISTIA YO [3].

Así san Juan, despues de haber dado de Jesucristo, bajo el nombre de *Verbo*, aquella sublime definicion que nos lo representa como la Razon universal que *ilumina á todo hombre que viene á este mundo*, termina con estas palabras: Y EL VERBO FUE HECHO CARNE Y HABITÓ ENTRE NOSOTROS; Y VIMOS SU GLORIA QUE ES COMO DEL UNIGÉNITO DEL PADRE, LLENO DE GRACIA Y DE VERDAD.

En fin, el mismo Evangelista, *el discípulo amado de Jesús*, que con preferencia á todos los demás habia sido admitido á las íntimas comunicaciones del Verbo, y que, reclinando la cabeza sobre su pecho, habia conocido experimentalmente, si me es lícito explicarme así, su humanidad y divinidad, da de él testimonio con estas enérgicas palabras en su primera Epístola: — «Os anunciamos el Verbo de vida «que fue desde el principio, que oimos, *que vimos con nuestros ojos*,

[1] Isai. LII, 6.
[2] Baruch, III, 29-38.
[3] Evangelio de san Juan.

«*que miramos de cerca, y que* PALPARON NUESTRAS MANOS... Y LA VIDA «FUE MANIFESTADA, *y la vimos, y damos de ella testimonio*, y os anun«ciamos esta Vida eterna, que *era en el Padre*, Y NOS APARECIÓ Á NOS«OTROS: os anunciamos lo que VIMOS Y OIMOS, para que tengais tam«bien vosotros sociedad con nosotros, y que nuestra sociedad sea «con el Padre y con su Hijo Jesucristo.» — *Quod fuit ab initio, quod audivimus, quod vidimus oculis nostris, quod perspeximus, et manus nostræ contrectaverunt de Verbo vitæ, et Vita manifesta est.*

En éste punto no cabe ya equivocacion: aquel personaje extraordinario que se dejó ver en el mundo bajo el reinado de Tiberio, aquel Hijo de María, que fue crucificado entre dos ladrones, — que cuarenta siglos estuvieron esperando y que diez y ocho siglos adoran, — no es solamente una criatura privilegiada, elevada en sabiduría sobre todos los mortales, es la misma SABIDURÍA, LA VERDAD en persona, LA RAZON *universal* de las inteligencias que por su medio se comunican con la inteligencia divina, de la cual es el pensamiento eterno y el Verbo consustancial. — Ella es la que fue hecha hombre para venir á levantar al hombre caido y restablecerlo en sociedad de razon con Dios.

3.° ¿Por qué se encarnó la *Razon*, y se nos dió bajo esta forma? — Tal es el último punto que nos falta examinar.

Para desenvolverlo bien y no dejarle mas que lo que tiene de puramente filosófico, necesitamos decir algunas palabras á aquella antigua objecion de la incredulidad, sacada de la inadmision del *hecho* de la encarnacion divina, como materialmente inadmisible ó imposible: — ¡Un Dios hombre! dice, ¡qué misterio! ¡qué absurdo!

¡Absurdo!... y ¿por qué? Hace mucho tiempo que esperamos que se nos demuestre tal; mas para esto seria preciso que se nos explicase antes lo que es Dios y lo que es el hombre, para poder decir que su union es un absurdo.

¡Misterio!... convenido; pero ¿cómo podria no serlo?... Dios es un misterio para todos; todos decimos que el hombre es tambien un misterio para sí mismo, y ¿queremos que no lo sea un Dios-Hombre? Es un orgullo bien necio rechazar ó resistirse solamente á admitir esta verdad por la única razon de que es un misterio; porque esto es decir: Comprendo todo lo restante, comprendo lo que es Dios, me comprendo á mí mismo, y por consiguiente debo tambien comprender lo que sea un hombre-Dios, ó desechar esta verdad si no la

comprendo. ¡Qué ignorancia peor que la que se desconoce ó se ignora á sí misma hasta tal punto!

Para confundirla, manifestémosle que el hombre solo es un misterio tan grande, ó mejor, *un misterio mas grande* que el hombre-Dios.

¿Hay, en efecto, algun misterio mas incomprensible que la sociedad del alma y del cuerpo, la union del espíritu con la materia, el enlace del pensamiento con el cerebro, esa *encarnacion* de la inteligencia, de la cual somos para nosotros mismos inapeable espectáculo? ¿De qué modo esa alma, que por la memoria, el pensamiento y el raciocinio recorre de una sola ojeada todo el campo de la historia y llega hasta los límites del tiempo, abraza y penetra el universo con su contemplacion, desprecia lo posible, y deja cási siempre lo real, lo finito, lo visible, para espaciarse en lo ideal, lo infinito é invisible, y no detenerse ni aun en presencia de la naturaleza de Dios, en la cual se goza en perderse; de qué modo, repetimos, puede esa alma permanecer unida á un cuerpo? — Hé aquí un gran misterio, que está dentro de nosotros mismos[1]. — Admitiendo, pues, este misterio, ¿por qué nos ha de ser difícil admitir *la adjuncion de la suprema Inteligencia á una inteligencia ya por sí misma tan misteriosamente unida á un cuerpo?* Nótese bien; esta es la asociacion que la fe nos hace ver en Jesucristo. — No es *un Dios hecho cuerpo*, sino un DIOS HECHO HOMBRE. — El hombre es un compuesto de alma y cuerpo, y la divinidad vino á unir su naturaleza á este compuesto; de suerte que la persona de Jesucristo es á la vez cuerpo y alma (en una palabra hombre) y Dios.

De aquí inferimos que el hombre solo presenta en alguna manera *un misterio mayor* que el hombre-Dios.

Y en efecto, la union de la inteligencia á la pura materia ¿no es mas inconcebible que la de la inteligencia, estando ya esta unida á un cuerpo? Conforme dijimos ya en otro lugar, hay entre nuestro espíritu y nuestro cuerpo, por mas unidos que de hecho estén, una *dualidad* de naturaleza, y hasta una exclusion de principios, que hace que su union parezca implicar no solamente un misterio, sino aun una contradiccion, pues que el uno es esencialmente *material*, y el otro esencialmente *inmaterial;* mientras que entre nuestro espíritu y otro espíritu distinto, como por ejemplo el de Dios, no hay mas que una distancia de perfeccion, que aunque infinita, *tiende* á desaparecer,

[1] *Quid autem anima in nervum operatur nescio, et nescit mecum quisquis mortalium.* (Boheraave). Ni un paso mas se ha adelantado hasta el dia.

pues que nos ha criado para que nos asemejemos y nos unamos á él. Aliándose la Razon divina con la naturaleza humana debió de encontrar en esta última un principio espiritual que no le era absolutamente extraño, y que procedia de ella: *in propria venit:* esta es la razon, la razon que, segun Ciceron, *está en Dios y en el hombre, y constituye una semejanza y una sociedad entre el hombre y Dios*, aunque san Juan dijo ya que el mismo Verbo, que se hizo hombre, era el que *ilumina á todo hombre que viene á este mundo.* Podemos, pues, decir que esta Razon divina encontró en el hombre el misterio ya preparado, y la puerta de su encarnacion entreabierta, si es lícito hablar así, en la encarnacion del alma, y como un anillo de union ya dispuesto para recibirla. — Pero en esta encarnacion de nosotros mismos, ¿quién pudo facilitar la senda, preparar la union y desposar á nuestra alma con el cuerpo?... ¿Qué semejanza, qué afinidad, por infinitamente lejana que sea, puede haber entre el espíritu y la materia, y en qué impenetrable interioridad de nosotros mismos puede operarse ese monstruoso ayuntamiento de dos sustancias que cási no se pueden definir sino por su exclusion?... En nuestro concepto, considerando las cosas filosófica y despreocupadamente, lo que mas confunde á nuestra razon no es el Hombre-Dios, — sino el hombre.

No nos dejemos asustar, pues, de los misterios de la Religion, ya que vivimos familiarmente en medio de los profundos misterios de la naturaleza humana, y particularmente en el abismo de nosotros mismos, que presenta una analogía tan concluyente en favor de la admisibilidad del misterio del hombre de Dios: misterio que sin duda no es repugnante para la razon, supuesto que en todos tiempos ha sido admitido, aunque adulterado y desfigurado por todas las teogonías, y ha constituido el fondo de todas las creencias religiosas del género humano.

Esta objecion anticuada y vulgar no debe, pues, hacernos mella; y reconociendo de esta manera admisible el misterio de la encarnacion de la Razon divina, levantemos nuestra consideracion, y procuremos examinar la causa por que Dios usó respecto de nuestra naturaleza de este medio de reparacion.

El medio de comunicacion de la verdad con el mundo caido no podia ser el mismo que el que habia servido para su manifestacion á la inteligencia del primer hombre: debia haber entre ambos medios toda la diferencia que hay entre la higiene y terapéutica.

Habíanle acontecido á la humanidad dos grandes cambios, que

necesitaban tratamientos propios para obrar la renovacion de sus relaciones con la verdad, es decir, con la vida: 1.° Era menester arrancar de cuajo la causa permanente del mal; 2.° era menester reparar sus estragos y sustituirles el principio vivificante del bien.

La causa del mal era la falta original, madre de todas las faltas. Era preciso *expiarla.* Pero ¿cómo?... Por una expiacion correspondiente á la falta, y que, tomada en la naturaleza culpable y degradada que la habia cometido, fuese al mismo tiempo capaz de satisfacer á un Dios. El órden eterno é inmutable lo exigia así. Por consiguiente, habiendo querido la Sabiduría eterna, el Verbo de Dios, corresponder á esta última exigencia, haciéndose víctima por el hombre, era necesariamente indispensable que tomase una naturaleza de víctima, es decir, una naturaleza *inmolable,* ya que por su propia naturaleza era inmortal é impasible. Era preciso que fuese Dios para dar el valor suficiente al sacrificio, y distinto de Dios para poderlo sufrir. Era preciso que prestase al hombre su divina naturaleza, y que le tomase prestada la naturaleza mortal, y que con estas dos naturalezas juntas se hiciese víctima perfecta, compuesta del cielo y de la tierra, que abrazase á uno y otra, y los reuniese á ambos en su expiacion. — Por otra parte, el distintivo de la subrogacion, como la misma razon lo ha enseñado á los jurisconsultos, es que cualquiera cosa subrogada á otra tiene su naturaleza y representa todas las cualidades: *Subrogatus sapit naturam subrogati.* El primer efecto, pues, de la subrogacion del Verbo al hombre pecador, y como el primer paso de su sacrificio era revestirse, cargar con la naturaleza de este gran culpable, y aparecer en la tierra en estado de víctima, como sobre el teatro de su suplicio, pues aquí era donde el culpable, cuyo lugar ocupaba, hubiera debido sufrir el suyo [1]. — Finalmente, no perdamos de vista que el verdadero culpable mismo no debia permanecer indiferente al sacrificio, que debia seguir en él á su Redentor, y que, identificando sus sufrimientos personales á los de su augusto modelo, debia contraer todos sus méritos y aun apropiárselos. Bajo este tercer respecto era tambien preciso que el Verbo *se hiciese carne y habitase entre nosotros.*

[1] Todos comprenderán que no hemos querido hacer una comparacion rigurosa, sino solamente *indicativa,* de la subrogacion del Verbo y de lo que llamamos la *subrogacion* en nuestra esfera mortal; las separa una diferencia infinita, toda la que hay entre la *ficcion* y la realidad, entre el hombre que no puede cambiar la naturaleza de las cosas, y Dios que es su árbitro soberano.

Estas tres consideraciones constituyen la primera razon de la encarnacion del Verbo, que es extirpar el principio del mal.

Mas el mal habia causado inmensos estragos, y era necesario repararlos sustituyéndoles el principio vivificante del bien, y subrogando á su vez la naturaleza humana á las virtudes y perfecciones de la naturaleza divina, á cuyo segundo fin la misma encarnacion del Verbo maravillosamente se adaptaba. Desde aquí volvemos á examinar las cosas bajo el punto de vista rigurosamente filosófico.

De hecho, las tradiciones universales, de acuerdo con la alta filosofía, nos han enseñado suficientemente la causa: el hombre se habia hecho grosero y carnal, su alma se habia ido poniendo densa hasta identificarse con la carne, en la cual se hallaba sepultada como en un sepulcro; cada vez mas entregada á los sentidos, y enteramente distraida al exterior, no veia ya nada, nada comprendia de las cosas del espíritu, y las puertas del mundo invisible estaban, por decirlo así, cerradas para ella. En este estado la RAZON pura, abstracta é ideal se le hubiera presentado en vano, ¡qué digo! no habia dejado aun de presentársele siempre; pero su celestial resplandor era neutralizado por nuestras tinieblas, y no era sino como una centella divina oculta entre escombros: *tamquam obrutus quidam divinus ignis ingenii et mentis* [1].

Para volverse á dar al mundo era, pues, necesario que la RAZON cambiase el medio de su comunicacion, y que se adaptase á nuestra flaqueza. Era necesario que se dejase ver bajo una forma y por medio de atributos exteriores y sensibles, á fin de volver á entrar en seguida por las puertas de los sentidos en nuestro interior, y reedificar en *él al hombre espiritual*. Era necesario que siguiese al hombre por las sendas en que se habia extraviado, y que tomándolo por la mano lo hiciese volver á subir, por el mismo camino, de la carne al espíritu, de lo visible á lo invisible, de la fe á la inteligencia, de las tinieblas á la luz. Á este efecto, era preciso que la misma RAZON, que debia ser ese *camino* de retorno [2], se adaptase á nuestra ceguera velando parte de sus resplandores, se hiciese visible y carnal, y que todas las virtudes que queria hacernos practicar las hiciese oir á los oidos, ver á los ojos, tocar á las manos, y en fin que las inoculase en esta misma carne espiritualizada por su gracia, como en el es-

[1] Ciceron, *De republica*, lib. II.

[2] *Ego sum via* (Joan. XIV, 6): *qui sequitur me, non ambulat in tenebris.* (Joan. VIII, 12).

tado de naturaleza el espíritu habia sido *carnalizado* por el pecado.

No se crea, sin embargo, que bajo esta forma y en este estado la RAZON universal de los espíritus hubiese cambiado de naturaleza; siempre es la misma que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, la misma que se hace oir naturalmente con voz tan débil é impotente en nuestro interior, porque no hay mas que UNA RAZON, y solo ella tiene derecho para mandarnos. Pero nuestro estado de enfermedad exigia que se infundiese por sí misma en nuestros corazones, como un divino remedio, en el estado de encarnacion y de fe, para brillar despues interiormente en el estado de razon pura y de perfecta inteligencia [1], de donde se sigue que la fe es, como decíamos, la terapéutica de la razon, y resistirle es resistir á la misma naturaleza.

Por aquí se descubre, en fin, la relacion tan largo tiempo buscada entre la filosofía y la teología, entre la razon y la fe: ambas son promulgaciones del mismo Verbo, la una en el interior, la otra en el exterior, y ambas destinadas á inquirirse y confundirse recíprocamente, para reconstituir la RAZON perfecta, la sola y verdadera RAZON. La luz natural de la razon, por débil que sea, es una luz tan divina como la fe, y procede del mismo orígen, pues es igualmente el Verbo de Dios. En ausencia de la fe, es preciso seguirla, y segun ella, como decia san Pablo, serán juzgados los filósofos de la antigüedad. Es preciso además servirse de ella para salir al encuentro de la fe é ir delante del Verbo exterior. Es entonces como aquellas lámparas que las vírgenes de la parábola del Evangelio debian tener cuidadosamente encendidas durante la noche, esperando la llegada del Esposo para ir delante de él; pero al momento *que se presenta el Esposo con su Esposa* [2], es preciso *entrar con él en las bodas*, y la pequeña claridad de las lámparas se mezcla entonces y se confunde con la abundante, celestial y eterna iluminacion del himeneo.

Dejemos por un momento nuestras propias reflexiones y oigamos al Platon del Cristianismo, al gran filósofo Malebranche, que expone estas verdades con una gracia indefinible.

«Habeis tomado al pié de la letra una palabra soltada en honor de «la Razon, —dice en su *Conversacion* V *sobre la metafísica*, — sí; de

[1] *Quia per incarnati Verbi mysterium nova mentis nostræ oculis lux tuæ claritatis infulsit, ut dum visibiliter Deum cognoscimus, per hunc in invisibilium amorem rapiamur.* (MISAL ROMANO, *Prefacio de Navidad*).

[2] Jesucristo y su Iglesia.

«ella recibimos toda la luz. Pero la Razon se sirve de aquellos á quie-«nes se comunica para atraer á sí á sus hijos extraviados y condu-«cirlos por medio de sus sentidos á la inteligencia. ¿Sabeis, Aristo, «que la misma Razon se encarnó para estar al alcance de todos los «hombres, y para herir los ojos y los oidos de los que no saben ver «ni oir nada sino por la intermediacion de los sentidos? Los hombres «han visto con sus propios ojos á la Sabiduría eterna, al Dios invi-«sible que habita entre ellos. Han tocado con sus manos, como dice «el Discípulo amado, al Verbo que da la vida. La verdad interior ha «aparecido en nuestro exterior, á pesar de lo groseros y estúpidos «que somos, á fin de enseñarnos de una manera sensible y palpable «los mandamientos eternos de la divina ley: mandamientos que sin «cesar nos da interiormente, y que nosotros no comprendemos nun-«ca, derramados como nos hallamos al exterior. ¿Sabes que esas «grandes verdades, que la fe nos enseña, las guarda la Iglesia en «depósito, y que no podemos aprenderlas sino por el conducto de «una autoridad visible, emanada de la Sabiduría encarnada? Es «cierto que siempre nos instruye la verdad interior; pero ella se vale «de todos los medios posibles para atraernos á sí y llenarnos de in-«teligencia [1].»

«No debemos admirarnos, dice en otra parte, de la obcecacion de «los hombres que vivieron en los siglos pasados, mientras reinaba la «idolatría en el mundo, ni de la de los que viven actualmente, y que «no han conocido todavía la luz del Evangelio. La Sabiduría eterna «debia al fin hacerse sensible para instruir á los hombres que solo se «dirigian por los sentidos. Hacia ya cuatro mil años que la verdad «hablaba á su espíritu; pero como no entraban nunca dentro de sí «mismos, nunca la comprendian: era preciso que hablase sensible-«mente á sus oidos. La luz que ilumina á todos los hombres lucia «tambien en medio de sus tinieblas sin disiparlas; ni siquiera podian «mirarla: era preciso que la luz inteligible se velase y se hiciese vi-«sible; era preciso que el Verbo se hiciese carne, y que la Sabiduría «oculta é inaccesible á los hombres carnales les instruyese de una ma-«nera carnal [2]... Era preciso que esta Sabiduría se nos presentase «sin hacerse de repente superior á nosotros, á fin de podernos ense-«ñar por medio de palabras sensibles y de ejemplos convincentes el «sendero por donde poder llegar á la verdadera dicha... De modo

[1] Malebranche, *Conversacion* V, núm. 9.
[2] Idem, *Investigacion de la verdad*, lib. IV, cap. 2, núm. 3.

«que, queriendo que le amásemos, era preciso que se hiciese sensi-
«ble y que se presentase en el mundo para contener, por la suavidad
«y dulzura de su gracia, todas nuestras vanas agitaciones, y para
«empezar nuestra curacion por medio de sentimientos ó delectaciones
«semejantes á los agradables placeres que habian sido causa de nues-
«tra enfermedad [1].»

Últimamente, abrazando esta gran verdad bajo todos sus respectos filosóficos y teológicos, dice el mismo autor en su *Tratado de moral*:

«No tenemos acceso cerca de Dios sino por la Razon universal, la «Sabiduría eterna, el Verbo divino, que se hizo carne porque el hom-«bre se hizo carnal; y por su carne se hizo víctima, porque el hombre «se habia hecho pecador; y por el sacrificio de su víctima se hizo Me-«diador, no siendo ya la Razon puramente inteligible en el hombre «corrompido, que no puede como antes consultarla ni seguirla, el «lazo de la sociedad entre Dios y él. Pero conviene sôbre todo obser-«var que la Razon al encarnarse no cambió nada de su naturaleza, «ni nada perdió de su poder. Es inmutable y necesaria: es la ley «inviolable de los espíritus. La fe no es nunca contraria á la inteli-«gencia de la verdad: al contrario, *conduce á ella*, une el espíritu á «la razon, y restablece por su medio nuestra sociedad con Dios. Es «necesario conformarse con el Verbo hecho carne; porque el Verbo «inteligible, el Verbo sin carne, es actualmente una forma dema-«siado abstracta, demasiado sublime y pura para formar ó reformar «espíritus groseros y cuerpos corrompidos. Pero *la inteligencia suce-«derá á la fe;* y el Verbo, aunque unido para siempre con nuestra «carne, nos alumbrará algun dia con la luz puramente inteligible [2].»

No nos cansaríamos de aducir citas: no sabe uno apartar sus labios de estas aguas vivas de la verdad cuando, despues de haberse fatigado buscándolas, al fin las ha encontrado. ¡Dichoso el que apague en ellas su sed, porque *se convertirán dentro de él en una fuente abundante que saltará hasta la vida eterna* [3]!

III. Pero dejemos que hable sola esta Verdad, Sabiduría eterna del Padre; dejemos que el Verbo de Dios se celebre á sí mismo, y que

[1] Malebranche, *Investigacion de la verdad*, lib. VI, parte II, cap. 6.
[2] *Tratado de moral*, t. II, cap. 4, núm 11.
[3] *Aqua, quam ego dabo ei, fiet in eo fons aquæ salientis in vitam æternam.* (Joan. IV, 14).

trace como en un gran cuadro todo el curso de su Religion. Á él le pertenece resumir y confirmar ahora esta parte de los trabajos que por él hemos emprendido.

«*Yo salí de la boca del Altísimo,* ha dicho la Sabiduría eterna, pri«mogénita antes de toda criatura. Yo hice que del cielo saliera una «luz que no se extinguirá jamás, y como una nube cubrí la tierra, «y la seguí toda, tuve el primado de todos los pueblos y naciones. «Fuí desde el principio y antes de los siglos, y no dejaré de ser en «la sucesion de todas las edades. *Fuí principalmente afirmada en Sion, «y descansé en la Ciudad santa, y fijé mi poder en Jerusalen, y me ra«diqué en el pueblo escogido.* Produje como la viña flores de agrada«ble olor; y mis flores dan fruto de gloria y de abundancia... Yo «soy la madre del amor puro, del temor, de la ciencia y de la santa «esperanza. En mí está toda gracia de camino y verdad, en mí toda «esperanza de vida y de virtud. Venid á mí todos los que me deseais, «y saciaos con mis frutos, porque mi espíritu es mas dulce que la miel. «Los que me coman quedarán todavía con hambre, y los que me be«ban quedarán con sed. Los que me oigan no serán nunca confun«didos, y los que obren segun mis inspiraciones no pecarán, y los «que me dén á conocer, tendrán la vida eterna [1].»

¿Quién no reconoce ya en estas palabras la misma voz que mas adelante debia decir: —«Venid á mí todos los que trabajais y estais «fatigados, y yo os aliviaré; —porque yo soy el camino, la verdad y «la vida. —Yo soy el pan vivo que bajó del cielo: —y el que comiere «de este pan tendrá en sí mismo la vida, etc.?»

Pero todavía la reconocerémos por señales mas explícitas en la continuacion de aquel pasaje del *Eclesiástico,* donde se hallan anunciados la venida y el reino de Jesucristo y de su Iglesia como debiendo salir de la raza humana, y sin embargo siendo la misma Sabiduría eterna que acaba de hablar. El punto de vista histórico está aquí admirablemente enlazado con el punto de vista dogmático; es una especie de fusion entre Bossuet y san Juan.

Inmediatamente despues de las palabras que acabamos de citar, vienen sin interrupcion ni interposicion las que siguen:

« Todo esto es el libro de la vida, *la alianza del Altísimo y el cono«cimiento de la verdad.* Moisés nos dió la ley con los preceptos de la «justicia, la ley que contiene la *herencia* de la casa de Jacob, y las «*promesas hechas* á Israel. El Señor *prometió* á su siervo David que de

[1] Eccli. XXIV.

«*su descendencia saldria el Rey fuertisimo que debe estar eternamente* «*sentado sobre un trono de gloria;* que derrama la sabiduría como el «Tigris sus aguas en su mayor creciente; y que hace brillar la sabi-«duría como la luz. *Él es el primero que conoció* [1] perfectamente la «sabiduría, porque sus pensamientos son mas vastos que la mar, y «sus consejos mas profundos que el grande abismo. *Yo*, la Sabidu-«ría, hice salir rios de mí misma. Yo salí del paraíso *como un pe-«queño arroyo de las inmensas aguas del rio.* Y dije: Regaré los plan-«tíos de mi huerto, y llenaré de frutos todo mi prado. *Mi arroyuelo* «*se convirtió entonces* EN UN GRAN RIO, Y DE RIO SE CONVIRTIÓ EN MAR. «(¡Imágenes admirables de la generacion y de la efusion de la ver-«dad cristiana!) Alumbraré á los hombres con una doctrina que pa-«recerá como la luz á la vuelta del dia, y mi palabra la llevará hasta «las extremidades del universo. Penetraré de ella todo lo que hay de «mas enfermo en la tierra, fijaré mis miradas sobre los que están dor-«midos, é iluminaré á todos los que esperan en el Señor. De nuevo «esparciré mi doctrina por el soplo de mi inspiracion, despues la de-«jaré en depósito á los que buscan la sabiduría, y no dejaré de estar «presente en todas sus generaciones hasta el fin de los tiempos [2].»

[1] Nótese como el escritor sagrado hace vivir y obrar al ser de que habla en lo pasado, lo presente y lo por venir.

[2] *Ego* EX ORE ALTISSIMI PRODIVI, *primogenita ante omnem creaturam...* AB INITIO ET ANTE SÆCULA CREATA SUM, *et usque ad futurum sæculum non desinam... Et sic in Sion firmata sum,... et in Jerusalem potestas mea... Hæc omnia liber vitæ, et testamentum Altissimi, et agnitio veritatis.* LEGEM MANDAVIT MOYSES *in præceptis justitiarum, et* HEREDITATEM *domui Jacob, et Israel* PROMISSIONES. *Posuit David puero suo* EXCITARE REGEM EX IPSO FORTISSIMUM, *et in throno honoris sedentem in sempiternum. Qui implet quasi Phison sapientiam, et sicut Tigris in diebus novorum. Qui adimplet quasi Euphrates sensum...* EGO SAPIENTIA *effudi flumina.* EGO QUASI TRAMES AQUÆ IMMENSÆ DE FLUVIO ET SICUT AQUÆDUCTUS EXIVI DE PARADISO. *Dixi: Rigabo hortum meum plantationum, et inebriabo prati meo fructum.* ET ECCE FACTUS EST MIHI TRAMES ABUNDANS, ET FLUVIUS MEUS APPROPINQUABIT AD MARE; *quoniam* DOCTRINAM *quasi antelucanum illuminabo omnibus, et* ENARRABO ILLAM USQUE AD LONGINQUUM. *Penetrabo omnes inferiores partes terræ, et inspiciam omnes dormientes, et illuminabo omnes sperantes in Domino.* ADHUC DOCTRINAM QUASI PROPHETIAM EFFUNDAM, ET RELINQUAM ILLAM QUÆRENTIBUS SAPIENTIAM, ET NON DESINAM IN PROGENIES ILLORUM USQUE IN ÆVUM SANCTUM. (*Ecclesiastici,* XXIV).— Este es el cuadro sinóptico de la verdad en la tierra. En él se halla todo, su orígen en Dios, sus abundantes comunicaciones en el primer estado de la humanidad, su oscurecimiento despues de la caida, la promesa de su reaparicion fundada en el testimonio de los Patriarcas, de Moisés y de Da-

Esta marcha de la sabiduría en sus diferentes fases á través de la humanidad desde el seno del Altísimo, del cual salió antes de todos los tiempos, hasta el fin de los siglos, fue trazada doscientos años antes de su aparicion en Jesucristo por el santo autor del Eclesiástico [1]. En el dia, que los sucesos han ya confirmado tan exactamente esta magnífica y hermosa profecía, y que en toda la extension de diez y ocho siglos descubrimos su prodigioso desenvolvimiento, no podemos resumirla mejor que lo hizo el escritor sagrado desde la elevacion profética á que se hallaba colocado.

La Sabiduría coeterna de Dios, saliendo siempre de su seno como una efusion de su sustancia sin desprenderse nunca de él; —arreglando el universo y ordenando todas sus maravillas; —derramando su abundancia en la inteligencia del primer hombre, y corriendo por el paraíso como las aguas de un rio inmenso; — despues agotada de repente por el pecado, y reducida en medio de la humanidad, á un pequeño arroyo, para no extinguirse del todo y para que conozca el hombre que no le es posible vivir sin este divino riego; —en fin, en lo mas fuerte de la languidez y decadencia del mundo, *esa Sabiduría eterna, ese Verbo de Dios, ese Rey omnipotente que el Señor habia prometido á su siervo David hacer salir de su raza, para que se sentase eternamente sobre un trono de gloria, que derrama la sabiduría como el Tigris vierte sus aguas, y esparce la sabiduría como el Eufrates sus ondas,* saltando con ímpetu y desbordándose como un arroyuelo engrosado que se convierte en gran rio, y que se extiende como el mar, para pasar en este estado á todos los siglos futuros hasta la consumacion de los tiempos, —hé aquí la Religion cristiana.

Ella es el culto de la RECTA RAZON, esa luz universal de los espíritus que la pone en sociedad con Dios, de quien es inseparable, aumentada, dilatada y completa entre nosotros con todos los socorros que nuestra miseria reclamaba. Por esto el Cristo, *ese Rey poderoso,* de quien se habia dicho que reformaria al mundo, no se anunció como innovador, sino como un reparador generoso. No dijo que venia á anular la ley, sino á realizarla y completarla: *Non veni solvere le-*

vid, su repentina invasion y universal propagacion en Jesucristo, y en fin, su perpetuidad y permanencia en este estado hasta el fin de los tiempos en la Iglesia.

[1] Créese que fue uno de los setenta que tradujeron al griego los libros hebreos. Su propio libro fue traducido al griego por un nieto suyo en tiempo de Tolomeo Evergetes II.

gem, sed adimplere. Esta ley, natural al principio, es decir, confiada por medio de una primera revelacion á la conciencia humana, y despues escrita visiblemente sobre unas tablas de piedra, debia aparecer al fin viva y en accion, y quedar para siempre en inviolable depósito entre nosotros en la persona de Jesucristo y de su Iglesia, provista de las gracias necesarias para hacerse practicar. Pero en el fondo la ley fue y es siempre la misma. El centro de donde procede subsiste siempre inmutable; algunas veces es mas dilatada la circunferencia, y los resortes de su actividad funcionan con mas ó menos energía, á proporcion de la voluntad de los que los mueve; porque, *siempre invariable, la Sabiduría lo renueva todo, y siendo única todo lo puede.* Por esto decia san Agustin: — «La misma cosa que llamamos «ahora Religion cristiana existia entre los antiguos, ni dejó nunca «de existir desde el orígen del género humano hasta que habiendo «venido Jesucristo en carne se empezó á llamar cristiana la verdade«ra Religion que ya antes existia [1].» — El mismo Voltaire, con aquella extraordinaria exactitud de expresion con que expresaba la verdad cuando esta lograba apoderarse de su pluma, la formuló así, sobre nuestro asunto: — «La religion natural es el principio del Cris«tianismo, y el Cristianismo es la ley natural perfeccionada [2].»

IV. Así pues, el Cristo que adoramos es el principio, el medio y el fin de todas las cosas, *el esplendor de la gloria de Dios y la figura de su sustancia* [3], la Razon explícita de los espíritus. Es como una divina fórmula con la cual pueden resolverse todos los problemas del destino humano en sus diversas fases, y como una llave de oro que abre todos sus misterios, en el tiempo y en la eternidad; da á esta humanidad, tan dividida y trastornada, el enlace, el órden y la unidad que puso el Criador en la naturaleza; y el mundo moral rinde á su presencia el mismo homenaje que rinde el universo á su Autor.

Para no conformarse con esta conclusion es preciso, como decia elocuentemente y despues por desgracia ha confirmado Lamennais, renunciar á la razon comun y romper con todo el género humano; es preciso que el incrédulo se salga del universo y se retire á yo no sé qué tinieblas exteriores para negar á su Autor y á su Salvador.

¿Á dónde irá, en efecto, la pobre inteligencia que se aparte de

[1] San Agustin, *Retractat.*, lib. I, cap. 13, núm. 3.

[2] *Razon del Cristianismo* en la palabra *Aveux.*

[3] Brillante y exacta expresion de san Pablo en su *Carta á los hebreos*, I, 3.

este principio de los principios? Busque, inquiera, ciérnase sobre todo el cáos de las concepciones humanas, y fíjese al fin, si puede, en algun sistema, en algun símbolo, en algun simulacro de religion que pueda servir de sólido cimiento á su reposo y esperanza.

¿Será este el antiguo paganismo, que era la perversion y entero trastorno, no digo de toda idea religiosa, sino de toda moralidad y de toda razon, y que los hombres instruidos y de buen juicio reputaban como una irrision y una torpeza? ¿Será el mosaismo que él mismo proclama no haber sido nunca mas que una religion provisional y figurativa del Cristianismo, y que en lo que tiene de verdadero era el mismo Cristianismo en marcha hácia su objeto, y que se absorbió en él, no subsistiendo ya fuera de su seno sino como una obstinada servidumbre á costumbres pasadas, que en la actualidad ya nada justifica? ¿Será el mahometismo, corrupcion y monstruosa amalgama del Cristianismo, del judaismo, y del sensualismo pagano, bazar de todas las religiones, sumidero de toda civilizacion, y en cuyo seno son encadenados en estúpida inmovilidad el pensamiento, la voluntad, la libertad y la moralidad humanas? ¿Será, en fin, la religion natural, la que llaman religion de la conciencia, la misma que durante los cuatro mil años que precedieron á la aparicion de la Sabiduría eterna, no pudo prevenir ni contener las mas vergonzosas supersticiones, que no pudo hacer mas que velarse y ocultarse en el círculo de algunos sábios, á los cuales ni siquiera logró conciliar entre sí, y que jamás produjo nada de mas verdadero y meritorio en boca de sus mas fieles discípulos que la confesion de su impotencia y la humilde esperanza de una revelacion, en cuyo seno pudo al fin encontrar su elemento primitivo y su perfecto desarrollo?

Hay, sin embargo, una filosofía que dice con arrogancia: — «Hija «y heredera del Cristianismo, soy llamada á sucederle, y enterrando «con respeto sus antiguos dogmas, que han hecho hasta el dia la di«cha del género humano, pero que ya no son mas que como paña«les inútiles en mi estado de virilidad, emanciparé las inteligencias, «y las haré entrar de lleno en el reino de la razon y de la verdad «pura.»

Parece que el mismo cielo se reservó la tarea de confundir tan incalificable pretension... De una tumba que se creia cerrada para siempre salió una voz, cuyos sonidos *mal apagados* [1] hicieron á los vivos

[1] Véase MUTILATION D'UN ÉCRIT POSTHUME DE TH. JOUFFROY, artículo pu-

revelaciones extrañas. Es la voz de un discípulo de un maestro de esta filosofía, la voz del mismo que habia enseñado él DE QUÉ MANERA LOS DOGMAS SE PIERDEN [1]... Se olvidó añadir el *cómo todo se pierde con ellos*... Pero, nuevo Diocres, enseña aun despues de su muerte, y esta vez es la verdad la que habla [2].

Oigamos, pues, atentamente esta *leccion* salida de una tumba; pero es mas que una leccion; es un ejemplo, y un ejemplo en el que el mismo maestro sirve de asunto [3].

«Hijo de padres piadosos, y nacido á principios de este siglo en «un país en que se profesaba la fe católica con toda pureza, habíanme «acostumbrado desde mis primeros años á mirar el porvenir del hom«bre y el cuidado de su alma como la cosa mas importante de mi vi«da; y todo el resto de mi educacion habia contribuido á formar en «mí estas sérias disposiciones. Por mucho tiempo las creencias del «Catolicismo habian dejado plenamente satisfechas todas las necesi«dades é inquietudes que despiertan en el alma disposiciones seme-

blicado por Pedro Leroux en la *Revista independiente* del 1.° de noviembre de 1842.

[1] Título de un escrito de Mr. Jouffroy, que cuando salió á luz produjo grande sensacion.

[2] Ramon *Diocres* era un maestro de san Bruno, célebre por sus virtudes y talentos. Refiere la crónica que despues de su muerte, estando celebrando sus funerales con gran pompa, al cantar el sacerdote aquella leccion, sacada del libro de Job, que empieza, *Responde mihi*, Diocres alzó la cabeza y pronunció claramente estas palabras: *Justo Dei judicio condemnatus sum.*—La sabiduría de la Iglesia no quiso admitir esta leyenda por sospechosa, á la cual daria orígen, sin duda, alguna *obra póstuma* de Diocres.

[3] Para disminuir el efecto de este escrito póstumo de Jouffroy, se ha dicho que se le ha dado al público contra las intenciones de su autor; y tambien que no era sino un fruto arriesgado de su primera juventud. Uno y otro son un error.—Primeramente ha sido publicado por Mr. Damiron, su amigo, y depositario de sus últimas voluntades, y de letra de Mr. Jouffroy habia esta inscripcion en el manuscrito: PARA IMPRIMIR, como nos lo asegura Mr. Damiron en el prefacio;—2.° el solo título de la obra, *De la organizacion de las ciencias filosóficas*, es una prueba manifiesta de la plenitud y madurez de las intenciones de su autor, y nos descubre su carácter doctoral. Además, Mr. Jouffroy habla en ella de sus años de profesor, y dice en propios términos, *que era llamado á profesar una ciencia, de la que ni aun sabia el objeto;* por fin si hemos de creer á los señores Damiron y Pedro Leroux, Jouffroy empleó en este trabajo los últimos años de su vida hasta su muerte.—Nos era indispensable esta explicacion, para impedir en lo que nos atañe que se diga que abusamos de esta publicacion. Por lo demás su lectura será mas que suficiente para disipar hasta la mas ligera duda que pudiese quedar sobre esto.

«jantes. *La Religion de mis padres* RESPONDIA *á las cuestiones que en «mi concepto merecian ocupar la atencion del hombre.* Yo creia en es- «tas respuestas, y, gracias á esta creencia, la vida presente era pa- «ra mí clara y despejada, y en consecuencia veia desarrollarse sin «sombras el porvenir que debe seguirla. Tranquilo acerca del cami- «no que en este mundo me tocaba seguir, tranquilo acerca del tér- «mino á que en el otro debia conducirme, comprendiendo la vida en «sus dos fases y la muerte que las une, comprendiéndome á mí mis- «mo, conociendo los designios de Dios sobre mí, y amándole por la «bondad de estos mismos designios, era feliz con esa felicidad que da «la fe viva y cierta en una doctrina QUE RESUELVE TODAS LAS GRAN- «DES CUESTIONES QUE PUEDEN INTERESAR AL HOMBRE [1].

«Mas atendida la época de mi venida al mundo, era imposible que «semejante felicidad durase mucho tiempo; y llegó el dia en que, «desde el seno de ese tranquilo edificio de la Religion que me habia «cobijado al nacer, y á cuya sombra habia pasado mis primeros años, «oí que el viento de la duda batia por todos lados sus paredes, y lo «conmovia hasta los cimientos.

«Una vez puesta en duda la divinidad del Cristianismo á los ojos «de mi razon, esta sintió que *todas sus convicciones* temblaban en sus «cimientos... Mi inteligencia se resbaló por esta pendiente, y poco á «poco se fué alejando de la fe...

[1] «Hay un librito, habia escrito antes Mr. Jouffroy, que se hace aprender «á los niños, y sobre el que se les pregunta en la iglesia, y se le llama el *Ca- «tecismo:* léase, y se hallará en él la solucion de todas las cuestiones que he «propuesto, sin exceptuar una sola. Pedid al cristiano ¿cuál es el orígen de la «raza humana? y os lo dirá; ¿cuál es su destino? y os lo dirá; ¿qué medios «tiene para llegar á él? y os lo dirá tambien. Preguntadle á ese pobre niño, «que no ha reflexionado aun sobre su vida, por qué está en este mundo, y qué «será de él despues de su muerte, y aunque no comprende la respuesta que os «dará, no es por ello menos sublime. Pedidle el modo con que fue criado el «mundo, y por qué fin; por qué Dios puso en él los animales y las plantas; có- «mo se pobló la tierra, si por medio de una ó de muchas familias; por qué los «hombres hablan varios idiomas; por qué padecen; por qué se hacen la guerra, «y de qué modo concluirá todo esto, y veréis que todo lo sabe. No ignora ni el «orígen del mundo, ni el de la especie humana y de sus razas, ni el destino «del hombre en esta y la otra vida, ni sus relaciones con Dios, ni sus deberes «con sus semejantes, ni los derechos del hombre sobre la creacion. Dejadle «que crezca y veréis que no tendrá mas dudas tampoco sobre el derecho natu- «ral, el derecho político y el de gentes, porque todo esto se deriva del modo «mas claro, y nace como por sí mismo de la Religion cristiana.» (MÉLANGES PHILOSOPHIQUES, *Du problème de la destinée humaine*, p. 424.

«Entonces conocí que dentro de mí mismo NADA HABIA QUEDADO «EN PIÉ; QUE TODO LO QUE ANTERIORMENTE HABIA CREIDO DE MÍ MIS-«MO, DE DIOS, Y DE MI DESTINO EN ESTA VIDA Y EN LA OTRA, YA NO LO «CREIA; PORQUE EN EL MERO HECHO DE RECHAZAR LA AUTORIDAD QUE «ME LO HABIA HECHO CREER, NO PODIA YA ADMITIRLO, Y LO RECHAZA-«BA TAMBIEN.

«Este momento fue horrible; me pareció sentir que mi primera «vida, tan alegre y dichosa, se extinguia de repente, y que delante «de mí se abria otra existencia sombría y estéril, donde iba en ade-«lante á vivir solo, solo con mi fatal pensamiento que acababa de «confinarme en ella, y que me sentia inclinado á maldecir. Los dias «que siguieron á este descubrimiento fueron los mas tristes de mi «vida. Es imposible referir las distintas sensaciones de que me sentí «agitado...; mi alma no podia acostumbrarse á un estado tan poco «conforme á la humana debilidad; y por medio de violentos rodeos «procuraba volver á descansar en las riberas que poco antes habia «abandonado.

«Pero las convicciones trastornadas por la razon no pueden re-«hacerse sino por medio de la razon misma... No pudiendo soportar «la incertidumbre sobre el enigma de los destinos humanos, y no «teniendo ya la luz de la fe para resolverla, no me quedaban mas «que las luces de la razon para decidirme. Determiné, pues, consa-«grar todo el tiempo que fuese necesario, y mi vida, si era preciso, «á esta investigacion; y por este medio me hallé conducido á la *filo-«sofía*, que me pareció no ser otra cosa que esta misma investiga-«cion [1].»

Hé aquí un *indivíduo* bien digno de los experimentos de esta filosofía: nada puede perder ya, pues de todo le ha ella despojado, no es mas que un cadáver; pero veamos si de nuevo lo vuelve á la vida.

«Mi inteligencia, continúa, excitada por sus necesitades y DILA-«TADA POR LAS ENSEÑANZAS DEL CRISTIANISMO, habia prestado á la fi-«losofía EL GRANDE ASUNTO, LOS VASTOS CUADROS, LA SUBLIME CAPA-«CIDAD de una Religion. Mi misma inteligencia habia confundido el «verdadero objeto de entrambas, y no habia sabido descubrir mas «diferencia entre las dos que en los procedimientos y en el método: «la Religion imaginando é imponiendo, la filosofía encontrando y

[1] *De la organizacion de las ciencias filosóficas*, escrito póstumo de T. Jouffroy antes de su *Mutilacion*. Extractos publicados por Pedro Leroux en la *Revista independiente* del 1.º de noviembre de 1842, pág. 288, 289, 290, 291.

«demostrando, tales habian sido mis esperanzas cuando entré en la «escuela normal, y ¿qué encontré?... Toda aquella lucha que habia «reanimado los ecos adormecidos de la Facultad, y que traia revuel- «tas las cabezas de mis compañeros, tenia por objeto, por único ob- «jeto,... la cuestion del *orígen de las ideas*. Todo se reducia á esto, y «en la impotencia en que entonces me hallaba de comprender el se- «creto enlace que tienen los problemas en apariencia mas abstractos «y aéreos de la filosofía con las cuestiones mas sólidas y mas prác- «ticas, todo aquello nada era á mis ojos... No podia persuadirme «que se ocupasen sériamente del orígen de las ideas, y que lo hicie- «ran con tal celo, que se hubiera podido creer que de esta cuestion «dependia la suerte de toda la filosofía, y que nada eran en su com- «paracion el hombre, Dios, el mundo, las relaciones que los unen «con el enigma de lo pasado y con los misterios del porvenir, y tan- «tos otros problemas gigantescos sobre los cuales NO SE DISIMULABA «EL SER COMPLETAMENTE ESCÉPTICO... TODA LA FILOSOFÍA SE HALLABA «EN UNA ESPECIE DE CALABOZO REDUCIDO Y SIN VENTILACION, DONDE «MI ALMA, RECIENTEMENTE SEPARADA DEL CRISTIANISMO, SE AHOGABA; «y sin embargo, la autoridad de los maestros y el fervor de los dis- «cípulos me contenian de tal manera, que no me atrevia á manifes- «tar mi sorpresa y el chasco que estaba sufriendo.

«De este modo se pasaron para mí los dos primeros años de mi «profesorado; y si se calculan los trabajos á que tuve que dedicar- «me, se conocerá fácilmente que no me dejaron ningun lugar para «el exámen de aquellas cuestiones generales á que al principio me «habia lamentado de no encontrar solucion en las doctrinas que se «me enseñaban... VEÍAME LLAMADO Á ENSEÑAR Á MI VEZ UNA CIENCIA «CUYO OBJETO ME ERA ABSOLUTAMENTE DESCONOCIDO... Debo añadir, «sin embargo, en honor de la verdad, que el aplazamiento de aque- «llas cuestiones se me iba haciendo cada dia menos penoso... Sin «embargo, en el fondo de mi corazon todavía me sentia preocupado «por ellas, enteramente preocupado; y á veces pasando algunas ho- «ras de la noche en meditacion asomado á una ventana, ó de dia bajo «las sombras de las Tullerías, sentia golpes interiores, enterneci- «mientos repentinos que me traian á la memoria mis antiguas y per- «didas creencias, LA OSCURIDAD, EL VACÍO DE MI ALMA, Y EL PRO- «YECTO SIEMPRE APLAZADO DE LLENARLO [1].»

[1] *Revista independiente* del 1.° de noviembre de 1842, pág. 300, 301, 302, 309.

Al través de este vacío y de esta oscuridad fue aquella pobre inteligencia arrastrada, y encontró al fin la tumba, la tumba menos vacía y menos lóbrega, puesto que ella nos proporciona ahora esta luz y esta leccion.

Jouffroy murió como habia vivido, dice Pedro Leroux, *escéptico y desolado*[1].

Y no se crea que en la opinion de Jouffroy la ejecucion del proyecto de llenar el vacío de su alma con la ayuda de la filosofía fuese una cuestion de ocio y de aplazamiento: habia mas; pues, segun él mismo, esta filosofía no era otra cosa que una brillante decepcion.

Efectivamente, en la primera parte de su escrito póstumo, despues de haber procurado determinar *las leyes y condiciones con que una ciencia se organiza,* se dirige otra vez á la filosofía en nombre de los principios generales que acaba de establecer, y pretende probar cuál sea la verdadera situacion de esta ciencia «tan antigua, dice, y tan «ilustre en la historia de la humanidad, y cuyo destino parece ha-

[1] No disgustará seguramente á nuestros lectores la carta que Mr. Martin de Noirlieu, cura de la parroquia en que habitaba Jouffroy, dirigia á un venerable prelado, sobre los últimos momentos de este hombre infeliz:

«Ilmo. Sr.:

«Contestando lo mas pronto que he podido á la apreciable carta, con que se «ha dignado honrarme V. Ilma., debo decirle que no he visto á Mr. Jouffroy «sino dos veces. La primera fue dos meses antes de su muerte, cuando pasé «á visitarle, y me recibió con mucha finura y cortesanía, y nuestra conversa«cion no se ocupó sino de asuntos bastante vagos. La segunda fue quince dias «antes del fatal suceso, y hablamos de filosofía y de religion, particularmente «de la última obra que acaba de publicar Mr. de L. M. Deploró Jouffroy su *de«feccion*, y me dijo con un profundo suspiro: *¡Ay! señor cura, para nada «aprovechan todos estos sistemas. ¡Cuántas mil veces mas vale un solo buen «acto de fe cristiana!* Al salir de su casa mi corazon estaba lleno de las mejo«res esperanzas, y con el firme propósito de visitarle de nuevo cuanto antes. «Despues de algunos dias madama Jouffroy me envió el recado de que su ma«rido deseaba mucho verme y que lo haria con el mayor gusto tan luego como «tuviese un poco mas de fuerzas; pero que se hallaba tan débil que el médico «le tenia prohibido el hablar. Tres dias despues se quedó ahogado al beber una «pocion calmante.

«Ahí tiene V. Ilma. la exacta verdad. Creo que se habia reanimado la piedad «en el corazon de ese pobre Jouffroy, que en su mocedad habia sido muy pia«doso. Algunos dias antes de morir habia manifestado á su mujer la satisfac«cion que le causaba el pensar que yo iba á encargarme de preparar su hija «para la primera comunion.

Soy de V. Ilma., etc.

«Martin de Noirlieu, *cura de Santiago.*»

«ber sido, de dos mil años acá, atraer y *fatigar* por un encanto y «una *dificultad igualmente invencibles* los mas grandes talentos que han «honrado y que honran á la especie humana.—TODAVÍA NO HA SIDO «NUNCA DETERMINADO EL OBJETO PRECISO DE ESTA CIENCIA; y esta es «la razon, dice, de que se frustraran miserablemente las tentativas «de Aristóteles, de Bacon y de Descartes para reformar la filosofía «propiamente dicha [1].»

¡Qué confesion tan capaz de desalentar! Así, pues, la filosofía, aquel recurso único de Jouffroy, aquella ciencia, ó mas bien aquella religion que debia llenar el vacío de su alma devastada, y que se llama á sí misma la heredera del Cristianismo para las nuevas generaciones, NO TIENE AUN OBJETO PRECISO. Carece del primer elemento de toda ciencia, del primer punto orgánico segun el cual todos los demás se determinan: EL OBJETO... Pero, ¿quizás esta ciencia acaba de nacer, y podrá con el tiempo por medio de rápidos desarrollos compensar lo mucho que ha tardado en venir á ayudar á la humana inteligencia? —¡Ah! no; *es una de las mas antiguas en la historia de la humanidad.*— Pero, ¿quizás, en fin, no ha encontrado hasta ahora genios creadores para quienes el tiempo no es nada, y que de una sola vez produce lo que habia gastado durante largos siglos la generalidad de los talentos? —¡Ah! tambien no; pues precisamente *parece que su destino ha sido atraer y fatigar por un encanto y una dificultad igualmente invencibles* LOS MAS GRANDES TALENTOS QUE HAN HONRADO Y QUE HONRAN Á LA ESPECIE HUMANA: UN ARISTÓTELES, UN BACON, UN DESCARTES... Y sin embargo, es una ciencia que nunca ha tenido nada que esperar de la eventualidad de los descubrimientos, y sin embargo es una ciencia que de nada sirve si no es popular, porque su naturaleza es ser el pan de las inteligencias *dilatadas* por el Cristianismo y hambreadas por la incredulidad.

Por cierto que si semejante ciencia *no tiene todavía objeto preciso,* podrémos decir que no le tendrá jamás. Ha tenido ya en su favor el tiempo y el genio: de seguro que el porvenir no puede ya darle nada mas [2].

Por consiguiente, la filosofía no es todavía nada,—es decir, que

[1] *Revista independiente* del 1.º de noviembre de 1842, pág. 285.

[2] Otro *maestro de filosofía*, proponiéndose delante de sus discípulos el exámen de la cuestion siguiente: *¿Si hemos hecho algun progreso en la filosofía?* se expresa en los términos siguientes: «Al tiempo en que se creó la Universi- «dad de Francia, y se me encargó un curso, por demasiado tiempo interrum- «pido, el curso de filosofía, experimenté y debí experimentar un profundo sen-

no será nunca nada, —segun la confesion de sus mismos maestros. ¡Triste descubrimiento, cuando por seguirla se haya perdido la fe!

Creeráse acaso que deduciendo esta consecuencia de las palabras de Jouffroy, violentamos su sentido y violamos su intencion, pero no: somos los fieles ejecutores de su testamento. Jouffroy se legó á sí mismo en ejemplo á las inteligencias vírgenes para hacerles evitar el abismo de decepcion en que él cayó. «Nos expone su propia biografía, dice «Pedro Leroux, y su vida filosófica, con el fin de enseñarnos por me«dio de su ejemplo la dolorosa situacion del espíritu humano despo«jado de la fe, con respecto á los dogmas religiosos de lo pasado, y «no teniendo para suplirlos mas que la RADICAL IMPOTENCIA (son pa«labras de Jouffroy) DE UNA FILOSOFÍA QUE NO SE CONOCE Á SÍ MISMA, «PUES QUE IGNORA SU VERDADERO OBJETO [1].»

Apartémonos, pues, de los falaces senderos de esta filosofía, cuya

«timiento al contemplar la desproporcion del talento que reconocia en el pro«fesor y la dificultad del encargo. La historia de la filosofía me habia enseñado «cuán corto es el número de esas verdades que se llaman filosóficas, por estar «unánimemente recibidas y adoptadas. Sabia que todo está lleno de disputas «y controversias; que hay opiniones contra opiniones, doctrinas contra doctri«nas, y escuelas contra escuelas: sabia que las ideas que recibieron con mas «favor y respeto los antiguos, son las que miran con mas desden ó desprecio «los modernos; y que aun en nuestros dias lo que se tiene por verdadero mas «allá del Rhin, se mira por acá por absurdo ó ininteligible: sabia, por fin, que «las cuestiones mas sencillas han sido envueltas de tinieblas, y parece que se «procura oscurecer hasta aquella luz natural, herencia de todos los hombres, «sin la que ni podrian conducirse ni velar á su conservacion.—Ni se os figure «que hay mas acuerdo sobre la manera de buscar la verdad que sobre ella mis«ma.—Lo que un método establece como principio, otro lo guarda para su «última consecuencia, acabando unos por donde otros empiezan. Se glorian «todas de seguir el camino mas corto, mas fácil y mas sencillo: al paso que «todas se acusan mútuamente de extraviar la razon...» Despues de haber extendido y multiplicado los rasgos de este cuadro, el profesor de filosofía concluye de esta manera:—«Tanta divergencia, tanta obstinacion, digámoslo de «una vez, tanta intolerancia, no pueden menos que hacer *sospechosa toda fi«losofía*, etc., etc.» (Laromiguière, première partie, quinzième leçon).

[1] *Revista independiente* del 1.° de noviembre de 1842, pág. 288.

Hagamos no obstante algunas reservas en favor de la verdadera filosofía, y salvémosla con la fe de las manos de sus comunes enemigos.—La filosofía, es decir, aquella ciencia que obra en las facultades naturales de la razon sobre los datos de la fe para transformar á esta en inteligencia, ó mas bien que es la misma fe haciendo prueba de la inteligencia, FIDES QUÆRENS INTELLECTUM, como dice san Anselmo, debe de ser una cosa verdadera, grande, santa, porque es una asimilacion de la sabiduría eterna. Esta es la que profesaba Platon y por

inutilidad experimentó tan cruelmente aquella pobre inteligencia, y entremos en el regazo de ese Cristianismo, *que resuelve todas las grandes cuestiones que pueden interesar al hombre*, como lo dice él mismo; *que dilata la inteligencia;* que da *calma y felicidad;* de la cual no nos alejamos sin que *se conmuevan hasta sus cimientos todas nuestras convicciones*, y que no podemos enteramente abandonar *sin sentir pronto que en el fondo de nosotros mismos nada ha quedado en pié.*

Finalmente, la inteligencia y el corazon del hombre necesitan una doctrina que responda satisfactoria y convincentemente á todas las grandes cuestiones que pueden interesarle acerca de sí mismo, de Dios y de su destino en esta vida y en la otra. El escepticismo en estas cuestiones no le es al hombre natural, es un estado anormal, falso, pérfido, y que algun dia debe producirle graves terrores... es decir (puesto que solo esa filosofía está en la *radical impotencia* de dar ninguna respuesta), se necesita una Religion que á la vez dé á la humana debilidad luz para conocer y socorros para obrar. Dios no puede abandonar la humanidad en la tierra sin la ayuda de esta Religion que le es tan necesaria. Ella, pues, existe. Esta Religion, emanada de Dios, debe en resúmen llevar en sí misma, en el mas perfecto grado, lo que siempre y en todas partes ha constituido el fondo y la sustancia de todas las imitaciones que de ella se han hecho, y en lo que han procurado parecérsele todas las demás religiones, á saber: un mediador y una víctima. Es preciso falsear todos los principios religiosos, y hollar todos los instintos de la razon y de la experiencia para no descubrir una gran verdad en la creencia universal de todo el género humano en la necesidad de una víctima mediadora. No puede negarse que toda la tierra estuvo esperando á esta víctima, que toda la tierra tuvo sed de su sangre. Pues bien, ¿dónde está ese mediador? ¿dónde está esa víctima? ¿dónde, cuándo, y en qué pueblo ha parecido *Aquel que debia venir?* ¿quién es? y ¿cuál es su nombre? Buscad, preguntad fuera del

la cual Sócrates moria; es la que abrazaba Ciceron y la defendia contra los sofistas, del mismo modo que habia defendido á Roma contra los devastadores; es la que vino agonizante á ponerse bajo el amparo del Cristianismo, y que reanimada por él tomó un vuelo tan atrevido y perseverante bajo la pluma de los grandes doctores de la fe cristiana, y principalmente de san Agustin, de san Anselmo, de santo Tomás; la que despues ha inspirado tan preciosos tratados, legítimo orgullo de la razon, á Malebranche, á Leibnitz, á Bossuet, á Pascal, á Fenelon, á Clarke, á Schlegel, á Bonnet, á Euler, y que ha producido, en nuestro siglo, los dos solos nombres filosóficos que pasarán á la posteridad: De Maistre y Bonald.— Esta es una verdadera ciencia con su objeto conocido.

Cristianismo: todo calla... ¿Quién mas que el Cristo ha dicho: —HÉME AQUÍ; — y sobre todo, quién como él ha plenamente justificado la divinidad de su mision? Esconded esta gran luz debajo del celemin, retirad la augusta Víctima del Calvario, y quedamos de nuevo sumidos en la antigua oscuridad del paganismo, de la cual ella nos habia apartado. En este estado, no sabemos ya á qué atenernos sobre la causa de nuestra miseria, ni por qué caminos podrémos salir de ella y llegarnos á Dios, ni por qué *medios* cegar el abismo de ignorancia y de corrupcion que de él nos tiene separados. Quedamos buscando por todas partes un irrealizable reposo, ya en el ateismo, ya en la superticion: ¡qué digo! quedamos de nuevo sumidos en tinieblas mas profundas que las de los antiguos; porque ellos tenian al menos la luz de la tradicion y la fe implícita en el mediador futuro. Eran cristianos por anticipacion, y descansaban en la esperanza del *Deseado de todas las naciones*. Pero nosotros, sin tradiciones, sin esperanza, sin fe, sin pasado y sin porvenir, y en algun modo sin presente siquiera, á nada seríamos comparables en instabilidad y ceguera: astros apagados y errantes, iríamos muy pronto á perdernos en la nada de la inteligencia, y tal vez ni aun nos quedaria este consuelo: y como aquellas *almas atormentadas* del Dante, *el torbellino infernal de la duda, que no se calma jamás, arrebataria nuestras inteligencias, y las envolveria sin cesar en su negro remolino para precipitarlas al fin en aquellas regiones donde jamás penetró la luz* [1].

Señor, ¿á quién recurrirémos? podemos decir al Cristo con sus Apóstoles: VOS SOLO *poseeis palabras de vida.*

Si instruidos por las tradiciones universales, os decimos con la Samaritana: «Sabemos que el Mesías, es decir, el Cristo, debe venir y «que nos lo enseñará todo,» Vos nos contestais en seguida: YO SOY EL MISMO QUE OS HABLO [2].

Si cautivados por el atractivo de vuestros discursos y las maravillas de vuestras obras nos atrevemos á preguntaros con los judíos: ¿Quién sois? nos contestais tambien: YO QUE OS HABLO SOY EL PRINCIPIO DE LAS COSAS [3]... *Soy la luz del mundo; el que me sigue no anda nunca en tinieblas, sino que tendrá luz de vida* [4]. *Yo, la luz* que ilumi-

[1] *El infierno*, canto V.
[2] *Ego sum qui loquor tecum.* (Joan. IV, 62).
[3] *Principium, qui et loquor vobis.* (Joan. VIII, 25).
[4] *Ego sum lux mundi: qui sequitur me non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vitæ.* (Joan. VIII, 12).

naba inútilmente á todo hombre en el interior, *he venido* al exterior *para que todos los que crean en mí no permanezcan en las tinieblas* [1]. *Yo soy el camino, la verdad y la vida*, verdadero mediador, *nadie puede llegar al Padre sino por mi conducto* [2].

En fin, si penetrados de respeto y veneracion por vuestra humanidad, pero con la fe todavía incierta acerca de vuestros divinos atributos, preguntamos dónde está esa luz, ese camino, esa vida, ese mediador y ese Cristo, supuesto que el que decia todas estas cosas no hizo mas que pasar, y ya no lo vemos entre nosotros; que vivió como hombre, murió como hombre, y solo se distinguió por mas sufrimientos y miserias; que llamándose la vida del mundo, no pudo salvarse ni defenderse á sí mismo; y que siendo la luz verdadera acabó en la oscuridad, y todo aquel drama de salud y de gloria solo pudo tener desenlace por medio de la ignominia y de la sangre:

—«¡OH NECIOS Y TARDOS DE CORAZON PARA CREER TODO LO QUE LOS «PROFETAS HAN DICHO! nos contestais Vos: PUES QUÉ ¿NO FUE MENES-«TER QUE EL CRISTO PADECIESE TODAS ESTAS COSAS Y QUE ASÍ ENTRASE «EN SU GLORIA [3] para prepararos en ella los asientos? ¿No debia an-«tes que todo ser víctima, y por consiguiente hombre de ignominia «y de dolor? Y ¿por qué tomé un cuerpo mortal sino para asimilar-«me con él vuestros sufrimientos, y hacéroslos meritorios compar-«tiéndolos con vosotros? ¿No estribaba todo el plan de mi mediacion «en la consumacion de mi sacrificio? Y ¿era otra cosa este sacrificio «que un *medio* cuyo fin no era de esta vida? No me busqueis, pues, «en esta mortalidad, *que fue mi envoltura y cubrió mi realidad* [4]. *Si «primero me dí á conocer segun la carne, fue para que despues me si-«guiéseis segun el espíritu* [5]. No os detengais, pues, en el exterior, os «repito, pasad adelante, y reconocedme en un fin conforme á mis de-«signios, conforme á mi naturaleza... Ya os lo dije: esta naturaleza y «este fin es ser por mí mismo y haberme hecho para vosotros en *ca-*

[1] *Ego, lux in mundum veni, ut omnis qui credit in me, in tenebris non maneat.* (Joan. XII, 46).

[2] *Ego sum via, veritas et vita, nemo venit ad Patrem nisi per me.* (Joan. XIV, 6).

[3] *O stulti et tardi corde ad credendum! nonne hæc oportuit pati Christum, et ita intrare in gloriam suam?* (Luc. XXIV, 25).

[4] *Caro vas fuit, quod habebat: attende, non quod erat.* (S. Aug., *Tr. in* Joan. XXVII).

[5] *Et si cognovimus secundum carnem Christum, jam non secundum carnem novimus.* (II Cor. V, 16).

«*mino* del bien, en *verdad* de las inteligencias, en *vida* de los corazo-«nes, en *principio* de todas las cosas, y en clara *luz* del mundo. Por «todo esto debeis reconocer y ver si soy realmente el Mesías, y si he «faltado en algo á la obra de vuestra redencion. ¿Me veis, pues? ¿me «sentís? ¿Qué hay en el mundo hace diez y ocho siglos que no sea «yo? ¿No he llegado á ser en él el *principio* de todas las cosas, de las «costumbres, de las creencias, de las instituciones, de las leyes, de «la sociabilidad, y hasta de las artes, simples adornos de la vida? Y «¿no soy yo el *camino* en el cual entró y no ha dejado de marchar el «género humano, y por el cual se ha elevado á la cumbre de la ci-«vilizacion? ¿No soy yo la suprema *Verdad*, tipo soberano de todas «las verdades? ¿No soy yo la vida de las inteligencias y de los cora-«zones, y no lo habeis experimentado en bien ó en mal cuantas ve-«ces se hizo alguna cosa? ¿No me he hecho, en fin, la *luz* en que «todo me ha sido transfigurado, con la cual todo ha lucido, y fuera «de la cual todo ha sido fantasmas y tinieblas? ¿Qué hay, pues, en «el mundo, repito, qué ha quedado en él de verdadero, de grande, «de bello, de vital y de inmortal, despues de mí, que no sea cristia-«no, que no sea yo mismo? Buscad en todos los estados de la huma-«nidad quiénes han sido los mas grandes corazones, las mas bellas «inteligencias, los mas sólidos talentos, y las mas hermosas virtudes «de todos los géneros: evocad todo lo verdadero, todo lo bueno, todo «lo bello que se ha dicho y hecho, y decidme: ¿no he sido yo el pa-«dre y el autor de todo? ¡Oh prodigio de ceguedad! todas mis pa-«labras se han convertido ya en hechos tan grandes como el mundo, «¡y dudais aun de mis palabras! La piedra y el bronce están de ellas «penetrados, ¡y vuestras inteligencias permanecen vacías! Lo lleno «todo, todo lo llevo en mí, lo soy todo, ¡y me buscais todavía! Mi «triunfo ha pasado hasta á la ignominia de mi suplicio y hasta á ha-«cer de la cruz, tipo de infamia y de dolor, el emblema de la glo-«ria y el instrumento de los mas sólidos consuelos, ¡y aun dudais de «mi triunfo! Antes de mi segunda revelacion, y cuando yo no era mas «que un lucero perdido en el mundo, y no era visto mas que á lo lé-«jos y en esperanza, encontré adoradores que me reconocieron: *Abra-«han vió mi dia*, y tantos otros justos, no solo en el pueblo judío, si-«no tambien en la mas remota antigüedad; un Confucio, un Sócra-«tes, un Platon, me entrevieron con los ojos del deseo, me nombra-«ron, me esperaron, ¡qué digo! todos los pueblos tuvieron fe en la «virtud del sacrificio y en la venida del Libertador; yo llamaba la aten-

«cion universal, y en el dia, que he entrado en mi heredad, que he «venido entre los mios, y que me he presentado á todos cara á cara «como un amigo que viene á sentarse á la mesa de su amigo, ¡vos«otros no me veis!... *¡Oh necios y tardos en creer!*»

—Es verdad, Señor; nos sentimos confundidos bajo el peso de tan grandes pruebas, deslumbrados por tanta evidencia, sin saber qué contestar á tantas señales de vuestra eterna Verdad; y no obstante, todavía hay muchos que no quieren reconocerla ni rendírsele. Su espíritu quisiera ir á Vos, pero su corazon se niega á seguirle: es *tardo,* como Vos dijísteis. Se atrincheran, para disputároslo, detrás de algunas sombras y sacrificios que Vos mismo interpusísteis en el camino que conduce á Vos, y no saben conocer que esta es precisamente la parte del corazon y de la libertad, sin la cual nada podrian dar ni hacer, arrastrados como serian irresistiblemente hácia el centro único de su felicidad. ¡Ah! si ellos supiesen al menos lo que les teneis reservado, no solo en la otra vida sino tambien en la presente, mas allá de esas mismas sombras y sacrificios, ¡cómo se apresurarian á atravesarlos! Pero si lo supiesen, por esto mismo no existirian ya para ellos sombras ni sacrificios, ni fe ni amor, y por lo tanto ni alianza posible con Vos, porque no hay alianza sin reciprocidad. Es decir, que todo al fin se reduce á que el corazon dé un paso hácia Vos, ¡Bondad soberana! paso que ellos titubean en dar. Disponedlos, pues, con uno de esos golpes que introduzcan á la vez en su alma el fuego del amor y el rayo de la verdad. Aprovechaos, si me atrevo á hablar así, de la mas lánguida disposicion de su corazon para hacer nacer en él la fe, la fe que no es una ciencia sino una virtud, madre de la ciencia, y que hecha para todos los hombres, no debia ser la conquista de la inteligencia, puesto que no todos los hombres son igualmente capaces de inteligencia, sino que la vinculásteis á la buena voluntad, ya que todos ellos son igualmente capaces de buena voluntad. ¡Ah! Vos lo sabeis: en dias de delirante impiedad nuestros padres nos disiparon el precioso depósito de esta fe, herencia de diez y ocho siglos, que debia habérsenos transmitido toda entera, y hemos quedado como una generacion de huérfanos errantes en la desnudez, en la oscuridad y en el hambre de la inteligencia... ¡Divino Maestro! enseñadnos por Vos mismo y daos todo entero á nuestros corazones. Habladnos Vos solo en el interior de nosotros mismos, é imponed silencio á los raciocinios y pasiones. Decidnos de esas cosas que todos comprenden desde el momento que quieren escucharlas; de esas cosas que

hacian decir á los discípulos de Emaús, despues de haberlas oido: *¿No es verdad que ardia nuestro corazon dentro de nosotros cuando en el camino nos hablaba*[1]? á fin de que pueda decirse tambien de nosotros: — Y FUERON ABIERTOS SUS OJOS, Y LO CONOCIERON[2].

[1] *Et dixerunt ad invicem: Nonne cor nostrum ardens erat in nobis dum loqueretur in via?* (Luc. XXIV, 32).
[2] *Et aperti sunt oculi eorum, et cognoverunt eum.* (Luc. XXIV, 31).

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

ÍNDICE.

PRIMERA PARTE.

PRUEBAS PRELIMINARES Ó FILOSÓFICAS.

LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

ENLACE ENTRE LAS DOS REVELACIONES.

FIN DEL ÍNDICE.